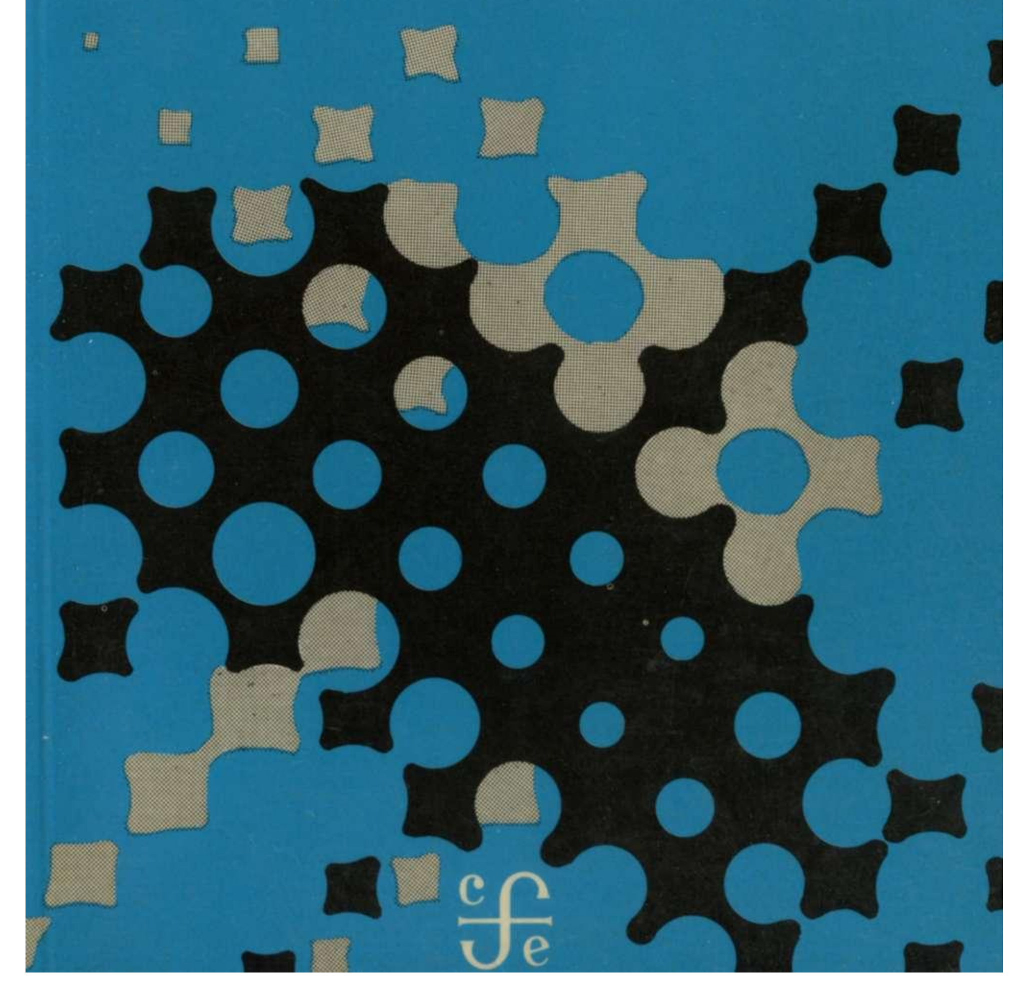
HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

IV

La Segunda Internacional 1889-1914

G. D. H. COLE



G.D.H. COLE

HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

IV

La Segunda Internacional

1889 - 1914

SEGUNDA PARTE



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1956
Primera edición en español, 1960
Primera reimpresión, 1965
Segunda reimpresión, 1974

Traducción de

ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO

Título original:

The Second International (1889-1914)

Av. de la Universidad 975, México 12, D. F.
Impreso en México

FIGURAS PRINCIPALES

[1] Estudiado en los volúmenes I y II.
[2] Estudiado también en el volumen I
[3] Estudiado en el volumen II.

CAPÍTULO XII

AUSTRIA

En la Segunda Internacional los socialistas austríacos, dirigidos por Víctor Adler, ocuparon una posición importante y gozaron de gran prestigio. En muchos sentidos los austríacos integraban un partido modelo: tanto su entusiasmo como su disciplina eran elevados; sus relaciones con los sindicatos obreros eran casi siempre satisfactorias; no tuvieron el problema de facciones disidentes de izquierda o derecha, aunque hallaron muchas dificultades por la cuestión de las nacionalidades. Además, era un partido muy culto; su periódico principal, *Arbeiter Zeitung,* era elogiado con justicia por su independencia y alto nivel; sus actividades culturales eran intensas y muy difundidas y había mostrado gran tenacidad y valor al perseguir sus objetivos en la difícil y complicada situación del Estado multinacional, o imperio, dentro del cual tenían que vivir. Por su parte, los socialistas austríacos estaban muy orgullosos de su partido; y la causa principal de ese orgullo era su internacionalismo. Les gustaba considerarlo y llamarlo una "Pequeña Internacional" dentro de la Internacional más amplia a que pertenecía. Se referían con satisfacción a su éxito en mantener «nidos a los socialistas de todos los grupos nacionales de que se componía el Imperio Austro-Húngaro, o más bien su parte austríaca. Dentro del partido, como dentro de la Gran Austria, había alemanes, cheeos, eslovacos, polacos, italianos y rutenos, representantes de toda la mezcla de pueblos sometidos al gobierno austríaco; y cada grupo tenía su propia organización nacional dentro de la unidad más amplia. El partido austríaco se enorgullecía de ser internacionalista casi por instinto; mientras que otros partidos tenían la necesidad de aprender a sobrepasar sus limitaciones nacionales, él ya lo había aprendido en su lucha diaria.

Este orgullo era genuino. Sin embargo, el Partido Socialista austríaco, a lo largo de toda su historia, fue esencialmente un partido de inspiración alemana, aunque incluía grandes contingentes de otros grupos nacionales. Su dirección era principalmente alemana, su pensamiento y su cultura también alemanes, y estaba poderosamente influido por un partido mayor —el de los socialistas alemanes—, más allá del imperio austríaco. Su concepción de lo que debía ser un partido socialista era una concepción alemana, modificada para adaptarse a las condiciones de un Estado multinacional, y también para tomar en cuenta el liecho de que el Imperio Austríaco no era una unidad social capaz de

despertar ningún sentimiento de lealtad apasionada ya hacia sí mismo o hacia el *Volksgeist* de su población geográfica.

Los alemanes de Alemania, incluyendo a los socialistas alemanes (o a la mayoría de ellos) aunque luchaban contra el Estado alemán que Bismarck había unificado bajo la dirección de Prusia, se enorgullecían también de él, como símbolo de las realizaciones alemanas. Pero los alemanes de Austria no sentían más orgullo por la Austria imperial que cualquiera de los grupos nacionales sometidos a su gobierno. A pesar de que, después de la guerra de 1866, ya no existía ningún problema referente a que Austria fuese políticamente una parte de la Gran Alemania; aunque, por el momento, el imperio de los Hapsburgos tenía que ser aceptado como un hecho, con excepción de las clases privilegiadas, no existía en esos pueblos el sentimiento de pertenecer a él. Dentro de sus fronteras, la clase obrera tenía que hallar la manera de unificarse a fin de luchar contra sus gobernantes y sus explotadores; pero esta unión se basaba en la conveniencia y en la necesidad, y no en la noción de patria o cultura común. Dada esta situación, su unidad era difícil de mantener, tan difícil como la unidad del mismo Imperio austríaco. Sin duda, a los socialistas austríacos tocaba, en cierto sentido, una tarea más fácil que la de los Hapsburgos. No tenían que establecer una organización común con los húngaros ni con los demás grupos nacionales sometidos al gobierno austríaco. Los húngaros tenían su propia organización socialista nacional, hasta donde el gobierno represivo de la aristocracia magiar les permitía tener una organización; y todo lo que los socialistas austríacos tenían que ver con esta organización era prestarle de vez en cuando alguna ayuda. Pero incluso sin los húngaros, y sin los croatas, los eslovacos y los transilvanos y las otras minorías nacionales sobre las cuales los magiares de Hungría ejercían una autoridad imperial, la mitad austríaca de la monarquía dual ofrecía ya una mezcla lo bastante complicada de pueblos como para constituir un problema muy difícil, especialmente respecto a las relaciones mutuas entre alemanes y checos. Estos dos grupos nacionales, aunque cada uno tenía su patria dentro de los dominios austríacos, vivían y trabajaban unos al lado de otros en muchos territorios, formando parte de una sola fuerza de trabajo, que sólo podía esperar protegerse a sí misma, si evitaba las luchas entre sus distintos elementos nacionales. Había extensos distritos alemanes en Bohemia y Moravia, y lugares en donde estaban mezclados alemanes y checos, como en la misma Praga; en Viena y en otras ciudades predominantemente alemanas existía una numerosa población obrera checa. Los polacos, en Galitzia, se mantenían más aislados; pero también allí había alemanes y checos, polacos y rutenos sometidos; y también había polacos, especialmente judíos polacos en Viena. Además el pueblo polaco estaba dividido entre tres imperios:

el austríaco, el alemán y el ruso; y, por consiguiente, el socialismo polaco se encontraba disgregado en organizaciones separadas, obligadas a actuar dadas las condiciones impuestas por los distintos gobiernos, y atraídas a la vez por el sentimiento de unidad nacional y por la necesidad de hacer causa común con los trabajadores de otras nacionalidades dentro del Estado en que vivían.

En la práctica, dentro del marco de la organización socialista austríaca, sólo contaban considerablemente estos tres grupos nacionales: los alemanes, los checos y los polacos. Ni los eslovacos ni los rutenos estaban bastante avanzados para responder al llamamiento socialista o para encontrar jefes propios; y los italianos y los eslavos del Sur, que estaban bajo el dominio austríaco, tampoco desempeñaban un papel importante: los italianos porque eran pocos y tenían puesta su atención en Italia, y los eslavos del Sur porque estaban atrasados y además divididos entre las dos mitades de la monarquía dual. El problema principal de los socialistas austríacos era el de la manera en que debían trabajar juntos los alemanes y los checos, y el de las relaciones de ambos con los polacos, que se planteaba constantemente, aunque menos como una condición fundamental que como un factor de complicación. Durante el periodo al que se refiere este capítulo, el problema de las relaciones entre alemanes y checos se hizo cada vez más difícil, porque el nacionalismo checo se convirtió en un movimiento más democrático. Los "viejos checos", aunque muchos eran partidarios del reconocimiento de Bohemia como reino por derecho propio y con sus antiguas instituciones, y hubieran deseado obtener para ese reino la situación de un tercero asociado en términos de igualdad, tan independiente como Hungría y con el mismo poder de maltratar a las clases bajas, no podían abrigar esperanzas de conseguir por completo esta situación en vista de la mezcla de los elementos checos y alemanes, tanto en la aristocracia de Bohemia como en el pueblo. Los aristócratas checos y alemanes tenían un interés común en el Estado austríaco como defensor de sus privilegios de clase. Los nobles checos y los alemanes, incluyendo a los alemanes de Bohemia y de Moravia, ocupaban altos puestos en la corte y en la burocracia gobernante. La mezcla de elementos alemanes y checos en las clases gobernantes simplificaba la tarea de los socialistas en la organización de un movimiento común en su contra, hasta que en Bohemia se desarrolló un movimiento nacionalista checo, hostil a la aristocracia y que halló a sus jefes entre los intelectuales y la clase media checa. Estos "jóvenes checos" nacionalistas eran contrarios al seminacionalismo aristócrata de los jefes políticos de los "viejos checos"; y, al mismo tiempo, planteaban un problema difícil a la organización socialista austríaca. Los socialistas checos se dividieron entre los que seguían fieles a la idea de una organización común, con una cierta

autonomía para los grupos nacionales, y los que no estaban dispuestos a seguir a los nacionalistas burgueses en su deseo de establecer una organización nacional independiente propia. En gran medida, esta división de las filas socialistas se producía entre los territorios en que la población era principalmente cbeca, por un lado y, por el otro, los distritos alemanes y aquellos en que los dos pueblos estaban mezclados. Como veremos, el problema se agudizaba especialmente en el campo de los sindicatos obreros, porque los socialistas checos dirigidos por Antonín Némec (1858-1926), habiendo creado su partido autónomo dentro del marco federal de un partido más amplio de todos los austríacos, reclamaban también el derecho a crear asimismo sus propios sindicatos obreros, y esto amenazaba dividir el movimiento obrero, no sólo en Bohemia, sino en todos los lugares en donde los trabajadores checos convivían con trabajadores de otras nacionalidades. Sin embargo, esta amenaza llegó al máximo relativamente tarde, sobre todo después de la profunda perturbación causada en todos los dominios austríacos por la revolución rusa de 1905, y después de haber obtenido el derecho al voto para todos los varones de Austria, lo cual sucedió después de ese gran acontecimiento. El Partido Socialista austríaco fue constituido en una época en que la disolución del imperio austrohúngaro, aunque se esperaba que sucediese algún día, todavía parecía demasiado lejana para servir de base a las alianzas o divisiones políticas cotidianas. Durante bastante tiempo los socialistas checos estuvieron dispuestos a participar en un partido austríaco unido, bajo la influencia y la dirección preponderantes de los alemanes; y mientras los socialistas checos y los alemanes pudiesen actuar juntos sin muchos rozamientos, los demás grupos nacionales, excepto los polacos, no era probable que creasen dificultades, ni que desempeñasen en realidad un papel muy importante.

En cuanto a los polacos de Galitzia, tenían clara consciencia de que les iba mucho mejor dependiendo de Austria que de Rusia o incluso de Alemania. La Polonia austríaca gozó en la última parte del siglo xix de una autonomía considerable bajo el gobierno de su propia aristocracia; y cuando se desarrolló allí un movimiento socialista, le fue mucho más fácil seguir un camino propio que a los checos, porque los polacos ocupaban un territorio bien definido, y estaban mucho menos mezclados que los checos y los alemanes si se exceptúa a los aldeanos rutenos, cuyos derechos no estaban dispuestos a reconocerlos ninguna de las tres nacionalidades más desarrolladas y, menos que nadie, los polacos. Los socialistas polacos reñían mucho más entre sí mismos, en los grupos sujetos al gobierno alemán, austríaco o ruso, que con sus correligionarios socialistas de Austria, aunque también mostraban más inquietud a partir de 1905, por el estímulo del gran cataclismo ruso.

El Partido Socialista austríaco, a diferencia del alemán, tuvo que

abrirse camino en una sociedad en la cual la clase trabajadora, hasta muy tarde, no tuvo derechos políticos. Bajo las sucesivas constituciones austríacas que rigieron hasta 1896, la clase obrera no tenía ningún derecho a votar. La reforma electoral de ese año mantuvo el antiguo sistema de votos separados por clases; pero creó una nueva clase en la cual tanto los obreros industriales como los campesinos (mas no los que prestaban un servicio personal o feudal) podían votar. Pero a la nueva clase de electores se le dio sólo una representación muy pequeña en el Reichsrath, que siguió dominado por las clases altas. Sólo en 1906 se extendió el derecho a votar a casi todos sobre una base de igualdad, y fueron suprimidas las distintas clases de electores.

Durante todo el periodo que va desde la fundación de la Segunda Internacional en 1889 hasta 1906 los socialistas austríacos estuvieron ocupados más que nada en la lucha por el sufragio universal. En realidad habían unificado su partido e iniciado esta lucha sólo pocos meses antes de que naciese la Segunda Internacional coincidiendo con el primer centenario de la gran Revolución Francesa. Hasta entonces estuvieron divididos. El movimiento socialista de Austria se había formado primeramente en la década de 1860 como un movimiento alemán y bajo una influencia predominantemente alemana. Se había establecido en Viena una rama de la Asociación General Obrera Alemana de Lassalle, como rival de un intento para establecer una Unión de sociedades mutualistas obreras basadas en los principios liberales de Schulze-Delitzsch; y después de la guerra austroprusiana de 1866, cuando Austria quedó definitivamente fuera de la Confederación Alemana, estos movimientos empezaron a desarrollarse con más independencia. Los grupos mutualistas, fundados en la hostilidad al socialismo, se habían acercado mucho a éste y el movimiento unificado, aunque sometido a una gran represión, recibió un estímulo con la reforma constitucional de 1877, cuando Hungría adquirió el derecho a tener un gobierno independiente bajo la monarquía dual, y fue necesario establecer alguna forma de representación parlamentaria para la parte austríaca del imperio. En el Reichsrath reconstituido de 1867, a la clase obrera no se le dio ningún derecho electoral, y ni siquiera había un sistema de elección directa. Los miembros del Reichsrath eran elegidos por las dietas provinciales de las distintas partes del imperio austríaco, y estas dietas continuaban siendo elegidas por medio del voto por clases que mantenían la preponderancia del poder en manos de las clases terratenientes. Sin embargo, el establecimiento de una forma de constitucionalismo estimuló la discusión política; y los socialistas, especialmente en Viena, recibieron la influencia del marxismo, y establecieron lazos con el nuevo Partido Socialista creado en Alemania en el Congreso de Eisenach del año de 1869, a base de la fusión de los marxistas

que seguían a Liebknecht y Bebel y la sección disidente de los partidarios de Lassalle. Algunos delegados de la Austria alemana asistieron al Congreso de Eisenach, y tomaron parte en la creación del partido alemán. Los socialistas vieneses, dirigidos por Heinrich Oberwinder (1846-?) trabajando con el amigo de Marx, J. P. Becker, en Ginebra y con los socialistas alemanes y suizo-alemanes en Zürich y en otras ciudades suizas, participaron en las últimas actuaciones de la Primera Internacional y, especialmente, ayudaron a proporcionar a Decker su ficticia mayoría marxista en el congreso espurio de la Internacional marxista celebrado en Ginebra en 1873. Pero la Internacional rival "antiautoritaria" también tuvo partidarios en Austria, especialmente en Viena; y el movimiento unificado de 1869 pronto se desintegró.

El derecho a formar sindicatos obreros de hecho fue otorgado nominalmente en 1866, y a esta concesión había seguido la lucha, ya mencionada, entre las facciones partidarias de la "propia ayuda" y de la "ayuda del Estado" respectivamente, es decir, entre los mutualistas y los lassallianos. Pero tan pronto como esta última facción adquirió preponderancia y empezó a organizar grandes manifestaciones en Viena y en otros centros, el gobierno detuvo a los líderes y revocó las condiciones que habían sido otorgadas como consecuencia de la derrota de Austria por los prusianos. 1869 es una fecha crítica en la historia del socialismo austríaco. En aquel año los obreros de Viena celebraron ante el palacio del Parlamento su manifestación histórica para presentar una petición en favor de los derechos de reunión pública y asociación sindical. El pequeño Partido Social-Demócrata, que tomó la iniciativa para organizar este movimiento, había sido establecido en 1867 sobre todo bajo la influencia de Lassalle; y en 1869 Hermann Hartung (1842-?) fundó el periódico, *Volksstimme,* como órgano del nuevo movimiento. La gran demostración siguió al establecimiento del gobierno parlamentario en Austria a continuación de la victoria de Bismarck sobre las fuerzas de Austria en Sadowa; fue una protesta en contra de la continua persecución del movimiento obrero, a pesar de la legislación nominal de los sindicatos, por el gobierno que se suponía liberal formado para aplicar la constitución de 1867.

El derecho de asociación fue nominalmente restablecido durante breve tiempo en 1870; pero otra vez las manifestaciones de masas fueron reprimidas con numerosas detenciones y con intentos de la policía de destruir el movimiento. La lucha renovada continuó hasta la crisis económica de 1873, la cual casi destruyó a los sindicatos obreros y empujó a la clandestinidad a sus restos.

En aquel año de crisis, el Partido Social-Demócrata Austríaco se dividió en dos facciones rivales, una, conocida por el nombre de "moderados", dirigida por Heinrich Oberwinder, y la otra, los "radicales",

dirigida por los hermanos Andreas y Josef Scheu. Se trata del mismo Andreas Scheu (1844-1927) que más tarde, establecido en Edimburgo y luego en Londres, tomó parte considerable en la Liga Socialista Inglesa y en la Federación Social-Demócrata. Los "radicales" estaban muy influidos por el alemán Johann Most, que se había hecho anarquista, y que fue expulsado del Partido Social-Demócrata Alemán hacia 1880. Most, después de haber sido expulsado de Alemania, trató de establecer su periódico, *Freiheit,* primero en Zürich y después en Londres, antes de trasladarse a los Estados Unidos en 1882. Pronto la influencia de Most fue reforzada por el anarquista nacido en Bohemia, Josef Peukert (1855-1910), que en 1879 fundó su propio periódico, *Zukunft,* en Viena. Peukert, que era un orador muy eficaz, realizó una vigorosa propaganda entre los trabajadores austríacos, pero los Scheu, y también Oberwinder y los "moderados" sospecharon que era un espía de la policía y un agente provocador. En todo caso, durante su etapa de influencia ocurrieron en Viena varios atentados anarquistas, contra los cuales se tomaron violentas medidas de represión policiaca, que se aplicaron tanto a los socialistas y a los sindicatos obreros como a los pequeños grupos anarquistas. Antes de que esta crisis llegase a su culminación, Oberwinder, en 1878, había salido de Austria y regresado a Alemania, su país natal. No participó en lo sucesivo en el movimiento socialista. Peukert salió de Austria en 1884, cuando se puso en vigor la ley excepcional contra los anarquistas. Fue a Alemania, donde se unió con el Pastor Stócker, fundador del movimiento protestante antisemita. Más tarde, después de residir en París, emigró a los Estados Unidos, muriendo en Chicago en 1910.

Lo que quedó del socialismo alemán después de principios de la década de 1870, estaba profundamente dividido en los grupos rivales de "moderados" y "radicales" estos últimos con una tendencia anarquista que fue favorecida por el hecho de que carecía del derecho de sufragio toda la clase obrera, y por las dificultades que existían para la organización política y económica abierta.

El socialismo en Austria, desde sus mismos comienzos, había estado sujeto a leyes excepcionales análogas a las que más tarde fueron aplicadas por Bismarck en Alemania. La *Sozialistengesetz* de 1886, que estuvo en vigor hasta 1881, impuso grandes restricciones al derecho de reunión y de asociación; y en 1884, como respuesta a las actividades de los anarquistas, se promulgó como complemento la Ley Especial *(Ausnahmezustanci);* análoga a la suspensión del *habeascorpus* en la Gran Bretaña. Esto puso a Viena y al Wiener-Neustadt bajo un régimen policiaco de emergencia hasta 1891. Estas medidas hicieron difícil el desarrollo, pero no consiguieron evitar la recuperación gradual del movimiento socialista desde que fue prohibido en 1884.

Mientras tanto, la constitución austríaca había sufrido algunas modificaciones. Bajo el sistema según el cual los miembros del Reichsrath eran elegidos por las dietas provinciales, había sido fácil para cualquier grupo nacional descontento crear dificultades al gobierno central negándose a elegir los representantes que le correspondían, y sostener entonces que las disposiciones tomadas por el Reichsrath no podían legítimamente ser aplicadas en su propio territorio sin haber intervenido en ellas sus representantes o incluso que toda su labor carecía de valor por falta de quorum adecuado. En 1868 el gobierno central trató de contrarrestar esta tendencia estableciendo que, cuando una dieta provincial dejase de elegir representantes para el Reichsrath, podía ordenarse que se celebrasen elecciones directas, si bien bajo el sistema de voto por clases, el cual daba preponderancia de poder a las clases altas. Sin embargo, las dietas recalcitrantes, fácilmente anularon esta medida eligiendo a sus representantes para el Reichsrath, pero pidiéndoles que no asistiesen a sus sesiones. Esto condujo, en 1873, a otra ley, por la cual las elecciones para el Reichsrath quedaron fuera de las manos de las dietas, y la elección directa se hizo general; pero los requisitos exigidos para votar no fueron alterados, y el sistema de representación por clases fue mantenido sin alteración. Prevaleció sin modificaciones hasta 1882, cuando una nueva ley electoral amplió el derecho al voto incluyendo a todo el que pagase una contribución de 5 florines o más, ejerciendo su derecho al voto los nuevos electores por "clase" en distritos de las ciudades y del campo. Esta reforma abarcó a una masa considerable de agricultores relativamente acomodados y también a electores urbanos de la clase media, incluyendo a judíos, que habían sido víctimas de un creciente movimiento católico antisemita desde la crisis económica de 1873. La campaña antisemita, dirigida por Karl Lueger en la década de 1870, contribuyó a que los judíos hiciesen causa común con los otros grupos hostiles al dominio ejercido por la Iglesia católica.

El crecimiento del socialismo austríaco, sobre todo bajo la dirección de Viena, empezó a fines de la década de 1880. En 1886 el médico de Viena, Víctor Adler (1852-1918), que pertenecía a una familia judía acomodada, y que ya empezaba a ser conocido como psiquiatra, fundó un periódico semanal, *Gleichheit*, como instrumento para reunir a las renacientes facciones socialistas (posibilistas y revolucionarios) en un solo partido. De *Gleichheit* nació poco después, en 1895, el *Arbeiter Zeitung*, el famoso diario que siguió siendo el órgano principal de la opinión del partido, hasta que lo suprimió Dollfuss en 1934. A los 10 años de estos inicios la situación estaba madura para establecer el partido unificado que se quería que imitase y emulase lo hecho por el Partido Social-Demócrata unido de Alemania. Karl Kautslcy, nacido en

Austria, tomó parte con Adler en la redacción de sus estatutos y plataforma política que fueron aprobados en una asamblea celebrada en Hainfeld en diciembre de 1888 y en enero de 1889. La estructura y el programa del nuevo Partido Social-Demócrata Obrero de Austria estaban basados en los del partido alemán, el cual todavía estaba sometido a las leyes excepcionales de Bismarck. De acuerdo con esto se dispuso que fuese un partido centralizado que trabajase en relación estrecha con los sindicatos obreros, teóricamente independiente de éstos pero que de hecho aceptaba una dirección común. Cuando fue creado apenas podía esperar conseguir puestos en el Reichsrath, dadas las limitaciones del derecho al voto; pero pronto, poco después de haber sido fundado, la situación fue alterada radicalmente por lo que sucedió en Bohemia. Durante el decenio de 1880 la representación checa en el Reichsrath había estado casi monopolizada por el partido de los "viejos checos", dominado por la aristocracia de Bohemia y apoyado por las fuerzas conservadoras del Estado austríaco. Este partido defendía una política de federalismo aristocrático en contra de la política centralista del constitucionalismo burgués sostenida por la mayoría de los representantes alemanes. Durante la década de 1880 este partido de los "viejos checos" había sufrido los ataques crecientes de los "jóvenes checos" nacionalistas, que se oponían tanto a su carácter aristocrático como a su sumisión a Viena y al grupo imperial gobernante. Este problema se agudizó en 1896, cuando el ministro central, conde von Taaffe, como parte de un intento del emperador para fortalecer su posición uniendo a los grupos más conservadores tras el poder central, negoció una solución del problema de Bohemia que consistía en una transacción entre los alemanes de Bohemia y los "viejos checos" en términos que habrían establecido poderosos obstáculos en el camino de la realización de las peticiones de los "jóvenes checos" de una autonomía democrática dentro de una "triple monarquía", que daría a las provincias de Bohemia un gobierno independiente análogo al de Hungría. La solución propuesta encontró tanta oposición en Bohemia, que hubo que renunciar a ella, y después de este fracaso Taaffe disolvió el Reichsrath e hizo un llamamiento para unir a la opinión moderada en torno al gobierno y en contra de los grupos más extremistas de los dos lados.

En Bohemia esta maniobra fracasó completamente. A pesar de las limitaciones del derecho a votar, el partido de los "viejos checos" fue prácticamente anulado por sus rivales, los "jóvenes checos", que hicieron su aparición tanto en la dieta como en el Reichsrath, defendiendo un programa de nacionalismo democrático intransigente.

No ha de suponerse que este nuevo nacionalismo checo era en modo alguno socialista o que tenía el apoyo de una gran masa de obre-

ros. Era, sobre todo, un movimiento de los grupos burgueses y pequeño-burgueses bajo la dirección de intelectuales checos. En realidad, Taaffe trató de contrarrestarlo e igualmente las manifestaciones análogas de nacionalismo burgués en otras partes de Austria, proponiendo una reforma electoral que suprimiría los requisitos de propiedad para votar en dos de las cuatro clases de electores: la de las ciudades y las de los distritos rurales, mientras que dejaba intacta la posición privilegiada de la clase de terratenientes y la representación especial concedida a las cámaras de comercio. Esperaba que al introducir una gran masa de nuevos electores podría sobreponerse a los constitucionalistas y nacionalistas burgueses, y al mismo tiempo mantener una garantía suficiente para la aristocracia mediante su derecho a tener una representación separada. Sin embargo, los aristócratas encontraron que esto no era en modo alguno aceptable; y esta propuesta a su vez tuvo que ser retirada. Taaffe dimitió en 1893; y siguió un breve periodo de equilibrio inestable, sucediéndose rápidamente los gobiernos, hasta que en 1895 un nuevo ministro, el conde Badeni, que era un aristócrata polaco, consiguió que fuese aprobada una reforma electoral que, por primera vez, admitió a una gran masa de obreros y de campesinos pobres como electores.

La ley electoral de 1895 fue una medida muy curiosa. En lugar de abolir el sistema de voto por clases, o de ampliar las clases existentes de electores de las ciudades y de los distritos rurales, como Taaffe había propuesto, Badeni mantuvo el sistema de voto por clases tal como estaba, pero añadió a las cuatro clases existentes (aristocracia, cámaras de comercio, ciudades y distritos rurales) una quinta clase, en la cual podía ser incluido cualquier varón adulto que no estuviese especialmente descalificado. La exclusión principal era la de los "sirvientes personales", incluyendo a quienes servían en las tierras de los grandes terratenientes. A éstos se les excluyó, basándose en que no eran plenamente libres y, por supuesto, como deferencia a la opinión aristocrática. La nueva clase —la quinta— formada por los electores excluidos de las otras cuatro, era la que con mucho tenía más electores, pero se le concedió sólo una pequeña proporción del número total de asientos en el Reichsrath: 72 de 425, mientras que sólo los terratenientes tenían 85, las ciudades y las cámaras de comercio juntas 139, y los distritos rurales 129 eligiéndose a estos grupos de acuerdo con el sufragio limitado de la antigua ley. Sin embargo, llegó a ser posible para los socialistas, después de 1895, obtener asientos, aunque sólo en número limitado, en la nueva clase quinta. En la primera elección celebrada con arreglo a la nueva ley consiguieron 14 puestos. Las victorias socialistas de 1897 se obtuvieron principalmente en Bohemia y en Viena, los dos baluartes del partido. En la elección siguiente de 1901, las pérdidas

que sufrieron en Viena redujeron la cifra a 10. En 1897, sobre todo como resultado de la ley electoral, el Partido Socialista decidió cómo efectuar una completa reorganización. Mientras los trabajadores no tuvieron derecho a votar, pudo luchar como masa unida, reuniendo a todos sus miembros en torno a la demanda de sufragio universal y enorgulleciéndose de su sólido frente en contra de las divididas facciones nacionales de los partidos burgueses y aristocráticos. Pero tan pronto como se halló en situación de luchar en las elecciones de las distintas regiones, tuvo que tomar en cuenta las diferencias nacionales existentes dentro de sus propias filas, a fin de no perder fuerzas que pasasen a otros partidos defensores de las demandas nacionalistas. Por esto, en el Congreso de Brünner del año 1899, los socialistas austriacos convirtieron a su partido en una agrupación casi federal de 7 secciones nacionales: alemanes, checos, eslovacos, eslovenos, italianos, polacos y rutenos, con un comité ejecutivo federal designado por las 7 secciones y con instrucciones para que el Partido actuase en el Reichsrath como un todo. Cada sección habría de tener su organización local y regional, y se ocuparía de sus propios asuntos con autonomía; pero, por supuesto, en los territorios de población mezclada, los grupos nacionales actuarían juntos en las elecciones y en la labor diaria de propaganda en favor del socialismo. La nueva forma de organización funcionó con bastante facilidad en las regiones en que cada nacionalidad ocupaba un territorio propio bien delimitado; pero llevaba consigo más complicaciones cuando estaban mezcladas, como en parte de Bohemia y de Moravia, en las regiones eslovenas y en Viena y algunos otros centros industriales.

El nuevo programa adoptado por el Congreso de Brünner en 1899 contenía la petición de que Austria fuese reorganizada como una federación democrática de las naciones que la constituían. Establecía que, en lugar de los países históricos, que no correspondían a las divisiones nacionales, se formasen varios territorios nacionales autónomos. Para cada uno de estos territorios existiría una cámara elegida mediante sufragio universal, igual y directo con facultades independientes para legislar y administrar dentro de su territorio en los asuntos nacionales y culturales. Estas cámaras nacionales sustituirían a las antiguas dietas. Los territorios habitados por la misma nación formarían uniones nacionales: en cada territorio los derechos de las minorías nacionales serían garantizados por leyes votadas por el Reichsrath como representante de toda Austria. Como a ninguna nación se le reconocería una situación superior, no existiría una lengua común para todos los Estados. Cada nacionalidad sería libre para emplear oficialmente su propia lengua materna, y para organizar sus actividades culturales sobre el principio de autonomía lingüística.

La nueva estructura fue aceptada con reservas por muchos alemanes que admiraban vigorosamente la forma unitaria y el poder centralizado del Partido Social-Demócrata Alemán; pero fue reconocido como la única alternativa posible al establecimiento de partidos socialistas completamente separados en Bohemia y Galitzia, cuando no en otros territorios. Nunca funcionó sin rozamientos; pero, hasta que se obtuvo el derecho al voto para todos los varones en 1907, la lucha continua en favor del derecho al sufragio igual y universal contribuyó mucho a mantener unido al Partido en una oposición común contra las clases gobernantes, las cuales también estaban aliadas, a pesar de sus diferencias nacionales, para resistir el avance de los adversarios. La necesidad de aceptar la nacionalidad como base de organización dentro del Partido, también hizo pensar mucho a los socialistas austríacos en las relaciones entre el nacionalismo y el socialismo, y tratar de hallar la manera de reconciliar las demandas nacionalistas con su concepción de una solidaridad obrera predominante que trascendiese de las diferencias nacionales.

Su labor era difícil en este aspecto porque algunos de los grupos nacionales del imperio austríaco estaban fuertemente decididos a afirmar sus demandas, no sólo de autonomía para sí mismos, sino también de superioridad sobre otros grupos que consideraban más atrasados. En la otra mitad de la monarquía dual, los nacionalistas magiares raramente sentían escrúpulos en ejercer dominio sobre los eslovenos o rumanos o alemanes de Transilvania o, cuando podían, sobre los croatas, que habían tomado parte en la derrota de la Revolución húngara de 1848. En Austria, las demandas nacionalistas nunca fueron exigidas tan fuertemente como en Hungría, sobre todo porque tanto los alemanes como los checos pedían una situación superior y una dirección intelectual, y estaban tan mezclados que no podían localizar sus aspiraciones como en general podían hacerlo los polacos. Los jóvenes checos pedían sin duda un reino autónomo de Bohemia, unido al resto de Austria Hungría sólo por una unión personal bajo un monarca común; pero no podían esperar conseguir esto, o nada que se le aproximara, si tenían en contra de ellos tanto a la mayor parte de la aristocracia de Bohemia, en la cual se mezclaban familias checas y alemanas como a la gran minoría alemana de las clases media y obrera de Praga y de muchas otras partes de Bohemia. Los grupos checos dentro del Partido Social-Demócrata tenían que hacer lo posible para llegar a un acuerdo con los alemanes; y los socialistas alemanes, por su parte, no podían hacer nada sin la ayuda de los checos, la cual necesitaban mucho más por los sentimientos antisemitas despertados por el numeroso elemento judío que existía en sus filas, especialmente en Viena. Los socialistas alemanes necesitaban toda la ayuda que puedieran conseguir de

otros grupos nacionales en su lucha contra el poderoso movimiento antisemita, el cual trataba de establecer asociaciones de oficios social-cristianas y organizaciones políticas tanto entre los obreros urbanos como en los distritos rurales.

Al aceptar una base nacional-federal para el Partido Socialista, los jefes socialistas insistían en rechazar una división paralela en los sindicatos obreros, basándose en que los trabajadores de las distintas nacionalidades en general estaban empleados no sólo en las mismas industrias, sino en las mismas empresas o en empresas rivales dentro de los mismos territorios, y que sería desastroso dividirlos en grupos separados según su nacionalidad. El Partido Social-Demócrata Alemán había convocado a un congreso de sindicatos obreros en Viena, a pesar de los obstáculos legales, ya en 1890, y de allí salió la Comisión Central de sindicatos obreros, análoga a la de Alemania, dividida en varios sindicatos obreros separados para las distintas industrias u ocupaciones. Esta organización Central funcionó en relación estrecha con la organización central del Partido Social-Demócrata; y cuando el partido fue reorganizado a base de secciones nacionales surgió la demanda de una reorganización paralela en los sindicatos obreros. La dirección socialista, predominantemente vienesa de la organización sindical estaba dispuesta a acceder al establecimiento de subcomisiones nacionales en los distintos territorios, compuestas de las ramas locales de los sindicatos obreros de toda Austria, y también a organizar en los casos correspondientes ramas de distintas lenguas del mismo sindicato en un territorio determinado. Lo que no aceptaría era establecer sindicatos separados para cada nacionalidad en cada industria u ocupación con afiliación de cada uno de estos sindicatos a una central nacional propia y sólo una agrupación confederada de organizaciones nacionales en una super comisión común.

La situación se complicó con la demanda de los socialistas checos —o más bien de un sector de ellos— de que debería haber no solamente una organización sindical obrera separada en Bohemia, unida directamente a la organización socialista checa, sino también el derecho reconocido de los sindicatos pertenecientes a la central checa de Praga a registrar a trabajadores de otras partes de Austria. Los nacionalistas, como de costumbre, trataban de dominar en las dos direcciones, estableciendo una organización sindical en la misma Bohemia y pretendiendo además tener jurisdicción sobre los trabajadores de nacionalidad checa dondequiera que trabajasen. Los alemanes no podían aceptar esta doble pretensión; pero tampoco estaban dispuestos a admitir sólo su primera parte basándose en que los sindicatos obreros necesitaban actuar bajo un control y una dirección comunes en todos los territorios pertenecientes a Austria. Los dirigentes del Partido Socialista Checo no esta-

ban conformes con esto, no sólo porque era contrario a su aspiración de que los trabajadores checos se mantuvieran fieles a su nacionalidad; sino también porque ello significaba en la práctica una organización de los sindicatos obreros con su central en Viena y sujeta sobre todo a la influencia alemana.

Cuando, en 1907, esta cuestión, no resuelta por negociaciones directas, fue llevada al congreso socialista internacional, y fue también discutida en el congreso internacional de sindicatos obreros, el Partido Socialista Austríaco y la Comisión de sindicatos obreros de Austria, hablaron por boca de su principal representante, Antón Hueber (1861-1935) y recibieron el apoyo abrumador de los delegados de otros países, con los socialdemócratas y los sindicatos alemanes a la cabeza. Karl Legien, secretario alemán de la Internacional de Sindicatos Obreros y principal representante de los sindicatos obreros en el Partido Social-Demócrata Alemán, censuró enérgicamente a los separatistas checos. Se indicó que de hecho la mayoría de los miembros de sindicatos obreros checos, tanto en Bohemia como en otros sitios, seguían afiliados a la comisión Central de Sindicatos Obreros de Austria, y habían aceptado como suficiente la existencia de una subcomisión en Bohemia y el derecho a formar ramas conforme a la lengua dentro de los sindicatos de toda Austria. En contra de esto, la mayoría de los socialistas checos, dirigidos por Antonín Nemec, se negaron a admitir que la Internacional tuviera derecho alguno a darles órdenes, y mantuvieron su actitud respecto a la doctrina aceptada de que la organización sindical obrera de cada país debiera estar constituida de tal manera que trabajase en la alianza estrecha con el Partido Socialista. Esto significaba, decían ellos, que el Partido Socialista checo, incluso si laboraba como una organización autónoma dentro de un partido de toda Austria, más amplio y federal, tenía que tener a sus propios sindicatos obreros en relación directa con él y no sometidos a una burocracia sindical situada en Viena y relacionado directamente con una Comisión Centralizada de sindicatos obreros de toda Austria. Esta disputa nunca fue resuelta: duró hasta que, como resultado de la primera Guerra Mundial, Checoslovaquia surgió como un Estado soberano e independiente, completamente separado de Austria.

Como vimos, hasta 1906-1907 las tendencias divisionistas del movimiento obrero austríaco fueron detenidas por concentrarse la atención del movimiento, no exclusiva, pero sí esencialmente, en la lucha en favor del sufragio universal, que lo unía en una cruzada común. En esta larga lucha era indispensable no sólo para los distintos grupos socialistas nacionales trabajar en relación estrecha, sino también para el partido central tener asegurado el apoyo de todo el movimiento sindical obrero. Mientras los socialistas no tuvieron el derecho a votar, e

incluso después de que muchos de ellos lo alcanzaron, pero en tanto que el sistema de votación por clases ponía fuera de su alcance la mayoría de los puestos del Reichsrath, tuvieron que emplear sobre todo procedimientos de presión no parlamentarios, y su arma principal fue la huelga general política. Esto, por supuesto, dependía del apoyo sindical; e, incluso aparte de la acción huelguística, los socialistas dependían mucho de que los sindicatos obreros llevasen a los trabajadores a la calle para manifestaciones de masas. Desde 1893 a 1907 la agitación socialista en favor del sufragio universal fue constante, y ocupó un lugar central dentro de las actividades del partido; y el empleo repetido del arma de la huelga contribuyó a unir a los sindicatos obreros más estrechamente con el partido, exigiendo que los trabajadores participasen en masa en los asuntos políticos a través de sus organizaciones sindicales. En Alemania los sindicatos obreros no desempeñaban un papel positivo análogo en la labor del partido, y con arreglo a esto su aceptación de la dirección socialdemócrata era mucho más pasiva que activa, y desempeñaban un papel mucho menos importante en relación con el partido. Mientras duró la lucha en favor del sufragio, Austria pareció haber realizado un sistema modelo de unidad del partido y de los sidicatos en la organización y en la acción; pero, en realidad, esto se debía mucho más a la ausencia de un sistema electoral democrático que a algo inherente a la estructura o las ideas fundamentales del movimiento obrero austríaco. En Bélgica y en Suecia la lucha en favor del sufragio universal tuvo, como veremos, un efecto algo semejante.

En Francia y en Alemania, por otra parte, el sufragio universal —o más bien masculino— no se logró como resultado de una agitación socialista victoriosa, sino por la acción de los no socialistas. El Partido Social-Demócrata Alemán integró su fuerza a base del sufragio para todos los varones introducido por Bismarck primero en la confederación alemana del Norte y después para el Reichstag de la Alemania unida. En la década de 1860 los partidarios de Lassalle se dispusieron a crear un Partido Socialista alemán, cuyo primer objetivo era el sufragio para todos los adultos; pero rápidamente obtuvieron lo que pedían, no como resultado de sus propios esfuerzos, sino porque Bismarck mismo lo deseaba como instrumento para fortalecer y modernizar al Estado alemán bajo su control. Después de 1870, los socialistas alemanes se ocuparon sobre todo de reunir afiliados que, si eran varones ya eran electores, y de no hacer una demostración impresionante de su poder electoral. No necesitaban, por su falta de medios de expresión política, invocar la ayuda de los sindicatos para poner en juego la presión laboral y por esto como no recurrían a la huelga general, se inclinaban a mirar con malos ojos a quienes las empleasen. En cuanto a Francia,

el temor a *les ruraux* y los recuerdos muy vivos del uso que Napoleón III hizo del plebiscito, despojó de atractivos al clamor en favor del sufragio universal, que había desempeñado papel tan importante en la propaganda de Louis Blanc en la década de 1840. Un derecho al voto muy extendido en contra de uno muy limitado no era cuestión que separase a los socialistas de los otros partidos: era un supuesto de los políticos republicanos, no un cambio revolucionario por el cual había que luchar; y a causa de sus malos resultados, tanto en 1871 como después en 1848, la opinión de la clase obrera francesa, o al menos gran parte de ella, se inclinaba a desdeñar el parlamentarismo democrático y a considerar la huelga general no como instrumento para fortalecer a un partido político, sino como arma por sí misma, para ser empleada en educar a los proletarios para la revolución, y acaso incluso para realizar la revolución.

Por otra parte, para los austríacos, la demanda del sufragio universal era a la vez un grito de combate en contra del Estado reaccionario, y todavía en gran parte feudal, y un medio para unir a los grupos socialistas nacionales en torno a un programa común. Los socialistas alemanes aspiraban a una Alemania socialista, y los socialistas franceses a una Francia socialista; pero era difícil que nadie aspirase a un imperio austríaco socialista, en todo caso sólo como un posible expediente. Muchos socialistas austríacos querían una organización socialista de toda Austria como arma en contra del Estado austríaco más bien que como medio para hacerlo socialista y para fundar un orden socialista duradero. Incluso si estaban orgullosos de la unidad federal de la "Pequeña Internacional" austríaca, y sostenían que era preferible, porque era internacional, a la división de Austria en varios Estados soberanos separados y dominados por una nacionalidad determinada, lo hacían sin entusiasmo y esperando que la "Pequeña Internacional" se integrara en una Internacional más grande después de la esperada victoria del socialismo en Europa. Entre los austríacos alemanes muchos se inclinaban ya a considerar la unión de Austria alemana con un Reich alemán socialista transformado, como el destino histórico que se produciría con el restablecimiento de Polonia como una nación unida y la creación de un gran Estado eslavo del Sur cuando la situación estuviese madura para ello. -Respecto a Bohemia tenían pronósticos mucho más inciertos a causa de la mezcla de alemanes y checos. Algunos esperaban que también Bohemia aceptaría participar en la Gran Alemania Socialista, pero en su mayor parte, no sabían lo que sucedería ni siquiera lo que debían desear. Mientras tanto, sabían que la *Anschluss* con Alemania no era una política práctica; y las complicaciones que llevaría consigo eran, por consiguiente, puestas a un lado.

A pesar de esta falta de entusiasmo y de esperanza definitiva por

Austria como país de varias nacionalidades, los socialistas austríacos estaban obligados por el momento a trabajar no sólo dentro de ella, y por su conservación, sino porque, dada la situación de las cosas, no podía ser disuelta sin una guerra. La organización socialista austríaca, que tenía su núcleo en Viena, era fuertemente pacifista y antimilitarista, no sólo por amor a la paz, sino también porque la guerra podía fácilmente empeorar la posición de Austria con ventajas para Rusia. En esta actitud los de Viena tenían el apoyo decidido de los polacos austríacos, que sabían que estaban mucho mejor que sus vecinos de la Polonia rusa, y no deseaban caer bajo la dominación de los zares. Tenían también el apoyo de los alemanes de Bohemia y de otras partes del imperio austríaco; e incluso los checos que pedían independencia completa, no deseaban en su mayoría cortar todos los lazos políticos con Austria para exponerse al peligro de ser anexados a otra gran potencia. Por consiguiente, contando relativamente poco los grupos eslavos menos adelantados en los consejos socialistas, los grupos nacionales que componían el Partido Socialista Austríaco siguieron pasando apuros juntos, no sin una buena cantidad de disputas, pero sin llegar a separarse. Sin embargo, su unidad se hizo más precaria después de 1905, cuando la posibilidad de que una revolución socialista en Rusia pudiera iniciar toda una serie de revoluciones en la Europa central y oriental, trajo a primer término el problema de la disolución de Austria Hungría e hizo que cada grupo nacional considerase su propia actitud ante ese hecho. La derrota que después sufrió la revolución rusa quitó por el momento actualidad a esta cuestión; pero las consecuencias sobre los sentimientos dentro del imperio austríaco fueron duraderas. Un gran factor que mantenía unidos a los austríacos era el temor a Rusia. Este temor se avivó mucho en el momento de la guerra de los Balcanes, que hizo más manifiesta la rivalidad de la Rusia zarista y del Imperio Austrohúngaro en el sureste de Europa. Pero después de 1905 la posibilidad de una revolución rusa triunfante ya no podía descontarse; y se vio que una revolución así era incompatible con la permanencia de Austria-Hungría como una sola potencia, o de su parte austríaca de ella, como un solo Estado soberano.

Aparte de esto, el mismo éxito de los austriacos en conseguir el derecho al voto necesariamente debilitó su sentimiento de la necesidad de una unidad estrecha. Llabiendo desaparecido el punto principal de su programa común, no era muy fácil encontrar otro que le sustituyera. Ahora que había llegado a ser un partido parlamentario importante, tendía a subrayarse la lucha en favor de las reformas sociales y económicas, especialmente en pro de mejor legislación del trabajo que regulase sus condiciones y en favor del desarrollo de los servicios sociales siguiendo el modelo alemán. Pero éstos eran sustitutos insufi-

cientes, porque tendían a convertir al Partido Socialista en un partido-reformista e implicaban compromisos con otros partidos del Reichsrath y en las legislaturas provinciales, y aún más porque al aspirar a las-reformas dentro de la estructura existente tendía a identificarse el Partido Socialista con el Estado austríaco y se le restaba su fuerza revolucionaria que había sido un poderoso lazo de unión.

Es muy poco probable que los socialistas austríacos hubiesen conseguido el voto para todos los varones y la abolición de voto por clases, si hubiesen sido los únicos en postularlo. La ley electoral de 1907 se debió tanto a los deseos del gobierno mismo como a la presión socialista. El gobierno esperaba, al aumentar considerablemente el número de electores y al privar a las clases privilegiadas del monopolio sobre la mayoría de los asientos en el parlamento, lograr una sólida mayoría que se le uniría contra los socialistas y contra de los partidos nacionales en pugna, que habían hecho imposible un gobierno estable. Durante los años que precedieron inmediatamente a este cambio, la labor del Reichsrath se había limitado a un puro desorden, sobre todo por la táctica obstruccionista de los nacionalistas checos y por la oposición violenta causada por la controversia acerca de las relaciones entre Austria y Hungría. El gobierno se había visto orillado a la necesidad de resolver los asuntos mediante ordenanzas imperiales de legalidad muy dudosa sin la aprobación del Reichsrath; y la nueva ley trataba tanto de aplacar a los grupos nacionales como de eliminar algunas de las causas de conflicto entre ellos.

En realidad era una ley muy especial. En lugar de la división de los electores en clases se estableció una nueva división en grupos nacionales por distritos. En cada región cada nacionalidad habría de votar separadamente sus propios representantes; y las circunscripciones estaban dispuestas de manera que se fijase el número de diputados que habría de tener cada nacionalidad. De este modo los alemanes progresistas podían luchar contra los alemanes conservadores, o los alemanes socialcristianos o los alemanes socialdemócratas; y los jóvenes checos podían luchar contra los "viejos checos" o los checos socialistas; pero los alemanes no podían luchar contra los checos, y lo mismo sucedía con respecto a las otras nacionalidades. La atribución de asientos a los distintos grupos nacionales no era proporcional al número de habitantes: se basaba en una mezcla de factores, incluyendo tanto el desarrollo económico y político como el número de habitantes, y estaba considerablemente influida por las maniobras que cada grupo ponía en juego a su favor. En su forma última era señaladamente favorable a los alemanes, y después a los checos, en contra de otros pueblos eslavos. Dio a los alemanes 233 asientos, a los checos 108, y a los polacos 80, de un total de 516 asientos, dejando sólo 95 para todos los demás.

Este sistema, que trataba en lo posible de conservar el predominio alemán, aunque teniendo en cuenta las demandas especiales de los checos y los polacos, necesariamente influía en contra de la unidad del Partido Socialista, que antes se había propuesto sobrepasar las diferencias nacionales en sus campañas electorales dentro de los territorios de población mezclada. Especialmente, significaba en Bohemia una profunda división entre los socialistas checos y los alemanes, que tenían que hacer su campaña en circunscripciones separadas. De este modo acentuaba la tendencia a hacer del partido austríaco una federación de partidos nacionales en lugar de un partido multinacional. En algunas circunscripciones el sentimiento de unidad fue lo bastante fuerte para hacer que los grupos locales del partido designasen candidatos que no fueran de su nacionalidad; pero esto sucedió muy pocas veces. En general las tendencias nacionalistas fueron reforzadas, y se hizo más difícil mantener el partido unido. Los nuevos arreglos constitucionales también influyeron algo en las relaciones del partido con los sindicatos obreros.

Durante la lucha referente a la reforma electoral, los socialistas y los sindicatos obreros, dirigidos por Anton Hueber y por Heinrich Beer, de los obreros metalúrgicos, habían actuado unidos con mucha eficacia. Los momentos culminantes de su cooperación fueron la huelga general que precedió a la creación de la nueva clase de electores en 1896, y la huelga general de 24 horas de 1905, que se declaró al llegar la noticia de la revolución rusa de aquel año ai congreso del partido austríaco, mientras estaba celebrándose. La limitación de la huelga de 1905 a un solo día fue obra principalmente de Víctor Adler. La táctica de Adler era no la de lanzarse a un movimiento que inevitablemente conduciría a grandes choques entre los huelguistas y la policía y los soldados, sino hacer de la huelga de un día la etapa final de un proceso que empezaría con reuniones públicas para preparar a los trabajadores, y que en seguida tomaría la forma de una serie de manifestaciones ordenadas cada vez más imponentes en Viena y en otras poblaciones. De este modo, la huelga misma fue sólo una manifestación de especial amplitud, realizada durante las horas de trabajo en lugar de al fin de semana; pero fue acompañada por la amenaza de que, a menos de que se atendiere la demanda en favor de igualdad en el voto, se repetiría, y no sería necesariamente limitada en otras ocasiones a un solo día. En medio de la excitación producida por los acontecimientos que tuvieron lugar en Rusia en 1905, el Dr. Adler tuvo alguna dificultad para persuadir al partido de que se contentara con este programa; pero lo consiguió gracias el enorme prestigio de que gozaba en el partido. Cuando el gobierno todavía dudaba, la amenaza de huelga fue renovada al año siguiente, y entonces el gobierno decidió por último aban-

donar completamente el sistema de votación por clases e introducir el derecho de sufragio para todos los varones en circunscripciones de nacionalidad diferente, desde la edad de 24 años. Esto no satisfizo la demanda socialista, que incluía tanto el voto para las mujeres, como un mínimo de edad más bajo para votar; pero la concesión fue lo suficientemente grande para poner término a la lucha por el momento. Los efectos inmediatos se apreciaron cuando, en 1907, bajo la nueva ley, los socialistas lograron 87 puestos en el Reichsrath de un total de 501, en comparación con sólo 10 en las elecciones de 1900. De los 87, 50 eran alemanes y 24 checos; además había 6 polacos, 5 italianos y 2 rutenos; pero los socialcristianos alemanes que dirigían a los antisemitas, obtuvieron 96 lugares; y los socialistas checos nacionalistas, luchando como un partido separado, alcanzaron 9.

Entre las dos fases principales de la lucha en favor del sufragio universal el Partido Socialista austríaco encontró tiempo en 1901 para revisar su programa, el cual había sido redactado poco antes de que los socialdemócratas alemanes reemplazasen el programa de Gotha de 1875 por el programa de Erfurt de 1891. Los alemanes en Erfurt habían eliminado la influencia de Lassalle y habían afirmado su adhesión completa al marxismo. Luego vino la controversia revisionista, terminando con la derrota del intento de Bernstein de redactar de nuevo la doctrina de Marx en forma gradualista. Como vimos, Karl Kaustky, que fue uno de los protagonistas en esta controversia, nació en Austria y había tomado parte principal en la redacción del programa original de los socialistas austríacos de 1889. Su influencia fue todavía fuerte en la redacción del programa revisado de 1901, que también seguía en gran parte el ejemplo alemán, excepto en que debía subrayarse mucho menos la centralización del Estado. Los austríacos, como los alemanes en Alemania, redactaron un programa inmediato de demandas en favor de la legislación social y obrera como complemento de su programa fundamental que aspiraba a la conquista completa del poder político y a la transformación del Estado; y después de 1907, con el aumento de su representación en el parlamento, estuvieron en situación de insistir más en sus demandas en favor de reformas dentro del sistema existente. Sin embargo, en Austria tenían que enfrentarse con un movimiento socialcatólico mucho más considerable que el de los alemanes; y este movimiento tenía un carácter más reaccionario a causa de sus lazos con los elementos feudales del Estado austríaco.[1] No existía en Austria ninguna *Kulturkampf* que hiciese del movimiento católico en algún momento incluso una fuerza potencialmente beneficiosa. El llamado socialismo cristiano, tal como se desarrolló en Austria, estaba

[1] Acerca del movimiento social-cristiano de Austria en sus primeras fases véase vol. II, p. 244 s.

estrechamente relacionado con el antisemitismo, y carecía completamente de las tendencias liberales que habían aparecido en Alemania bajo la influencia de von Ketteler y de sus partidarios. En Viena, especialmente, la lucha entre el movimiento socialista, en el cual los judíos desempeñaban un papel principal, y el movimiento social-cristiano, profundamente contagiado de antisemitismo, fue muy enconada. Los social-cristianos, dirigidos por Karl Lueger, se apoderaron del ayuntamiento de Viena, y también hicieron rápidos avances en las regiones rurales de lengua alemana.

El mismo hecho de ser la lucha enconada, contribuyó para dar al socialismo de Viena un acentuado carácter cultural. Incluso aún más que en Alemania, el socialismo llegó a ser sobre todo en Viena, una forma de vida, y creó sus propias instituciones culturales tanto en la esfera intelectual como en la artística. Tenían música propia, en un centro en el cual el talento musical se desarrolló mucho, y el entusiasmo por la música era excepcionalmente intenso. Tenía sus propios servicios de enseñanza, que abarcaba un campo muy amplio; y su principal periódico diario, El *Arbeiter Zeitung,* llegó a ser, bajo la dirección de Friedrich Austerlitz (1862-1931), no sólo órgano de información, sino un medio para exposición intelectual ilimitada y estudio de toda clase de problemas contemporáneos. Los socialistas austríacos, o por lo menos los de Viena, llegaron a ser la organización más culta e ilustrada de proletarios en el mundo entero; y, en general, lograron hacer de su intelectualismo y de su cultura instrumentos de solidaridad más que causas de sectarismos divergentes. Les gustaba actuar en grupos y hacer manifestaciones y fiestas en masa; tenían un alto sentido de la camaradería; cuando, en 1890, el movimiento obrero de las distintas naciones empezó a celebrar el primero de mayo y a emplearlo como ocasión para unir sus fuerzas y desafiar al orden establecido, nadie tomó con más entusiasmo que ellos el nueyo símbolo de la causa de los trabajadores. A los socialdemócratas alemanes nunca les complació mucho el primero de mayo, con el posible resultado de choques con las autoridades y con el empleo político del arma de la huelga. Los austríacos, por otra parte, utilizaron plenamente el primero de mavo como ocasión para manifestarse, no sólo en favor de la jornada de ocho horas y de reformas inmediatas en su país, sino también en contra de la guerra y en nombre de la solidaridad internacional de la clase obrera.

La "Pequeña Internacional" austríaca estaba en realidad muy orgullosa de su lealtad a la causa del internacionalismo en una esfera muy amplia. A medida que la amenaza de guerra en Europa aumentaba a causa de las rivalidades imperialistas, los austríacos se entregaron enérgicamente a la lucha por la paz. El punto de peligro para ellos

estaba especialmente en los Balcanes, en donde chocaban las ambiciones de Rusia y de Austria, y en donde la situación se complicaba por la marcha de Alemania hacia el Cercano Oriente. Los socialistas austríacos, especialmente los alemanes y los polacos, estaban sobre todo dominados por su hostilidad hacia la Rusia zarista; pero también les preocupaba evitar que el gobierno austríaco se lanzase a aventuras peligrosas en Bosnia y en Herzegovina o agravando hasta el extremo su conflicto con Servia, a la cual se le acusaba de fomentar la inquietud entre los eslavos del sur de Austria. Cuando estalló la guerra de los Balcanes, el Partido Socialista Austríaco tomó parte principal en los esfuerzos de la Segunda Internacional para poner fin a la lucha o, por lo menos, para evitar que se extendiese con la intervención de las grandes potencias. Participó en el congreso especial de Basilea convo cado por la Internacional en 1912, y apoyó fuertemente a los partidos socialistas de los Balcanes en sus manifestaciones de solidaridad internacional frente a las rivalidades de los Estados contendientes. Aprobó la petición socialista de una federación balcánica, y se opuso al expansionismo nacional separatista. Por último, cuando el asesinato de Sarajevo de 1914 puso a Europa al borde de la guerra, hizo lo posible para evitar que el Estado Austro-Húngaro saltase la barrera enviando un ultimátum a Servia.

Por esto fue una sorpresa para muchos socialistas que, al estallar la guerra europea, el Partido Socialista Austríaco diese todo su apoyo al Estado Austro-Húngaro, basándose en la necesidad de la defensa nacional. Ya, en la línea que siguieron después de Sarajevo, habían declarado que el gobierno austríaco tenía derecho a pedir garantías a los servios, y había dejado prever cuál sería su actitud en el caso de guerra, pero hasta el momento mismo de estallar la guerra, habían insistido en que la disputa podía ser solucionada por medios pacíficos; y el tono moderado de sus declaraciones no fue debidamente estimado. Una vez empezada la guerra, proclamaron la necesidad de que los socialistas defendiesen a su patria en contra de un ataque exterior, y justificaron su apoyo a la guerra por la amenaza de una invasión rusa. También trataron de justificar la actitud del Partido Social-Demócrata Alemán por la misma razón. Los socialistas alemanes, en los debates de la Segunda Internacional, siempre habían sostenido que, como cada pueblo tenía derecho a defenderse, los socialistas de cualquier nación tenían derecho a apoyar a un gobierno en una guerra defensiva, y tanto las mayorías alemanas como las austríacas sostenían entonces que la guerra era para sus pueblos un asunto de defensa nacional. De las cuestiones principales implícitas en esta afirmación tendremos que ocuparnos más adelante. Ahora sólo nos referimos a las razones en que los socialistas austríacos basaban su cambio de actitud. Indudablemen-

te las dos influencias que actuaban sobre ellos (por encima de toda la fuerte presión que siempre existe en favor de que el sentimiento de solidaridad con el Estado se afirme en tiempo de guerra) eran, primera, el odio a la autocracia rusa y, segunda, el vivo sentimiento de unidad alemana, de que estaba penetrada la mayor parte del partido austriaco. En 1914 se puso muy de manifiesto cómo el Partido Socialista austríaco era fundamentalmente de inspiración y dirección alemana. Además, en este punto, los austríacos alemanes contaban con el sincero apoyo de los polacos austríacos, que no solamente odiaban a los rusos, sino que veían en la guerra una oportunidad para emplear a Galitzia como base para invadir la Polonia rusa. Josef Pilsudski actuó rápidamente, poniendo en pie a una fuerza polaca en territorio austriaco con este propósito en nombre de Partido Socialista Polaco.

Es verdad que desde el primer momento hubo disidentes que se apartaron de la línea seguida por los jefes del partido austriaco. El mismo Victor Adler tomó la iniciativa para apoyar la guerra, pero su hijo, Friedrich Adler, fue uno de los que consideraban la actitud de los partidos de Austria y de Alemania como una traición al internacionalismo. Robert Danneberg, secretario del partido austriaco, fue de opinión análoga. El joven Adler más tarde fue arrastrado por su perturbada conciencia al acto sensacional de asesinar al primer ministro conde Stürgkh, como protesta contra la política de guerra; pero en 1914 la mayor parte del partido siguió a sus antiguos jefes, y aceptó la justificación dada por Victor Adler de que la guerra era de defensa nacional contra la agresión. De este modo, los austríacos, como la mayor parte de los países beligerantes, abandonaron la política que la Segunda Internacional había proclamado en Stuttgart y en Copenhague, y se pusieron al lado de sus enemigos tradicionales: la monarquía dual y los alemanes.

Creo que hay que admitir que desde el momento en que en 1907 fue introducido el voto para todos los varones, el Partido Socialista Austriaco perdió mucho de su ímpetu, y no supo bien cuál era el grito común de guerra que había de unirlo. Casi de la noche a la mañana había pasado a ser, de una cruzada principalmente extraparlamentaria, un partido parlamentario; y los que dentro de sus filas eran instintivamente moderados, y los jefes ya viejos que inspiraban respeto, tuvieron al fin la oportunidad, que antes se les había negado, de actuar sobre el Estado desde dentro. Después de 1907, la mayor parte del partido en el Reichsrath y en la organización central se había inclinado rápidamente hacia la derecha; y las diferencias entre el ala derecha y la izquierda amenazaban agravarse incluso antes de 1914, pero fueron contenidas por la necesidad de actuar unidos con respecto a las guerras de los Balcanes. El año 1914 dio fin a esta unidad, aunque al prin-

cipio no se puso de manifiesto hasta qué punto había terminado. Los jóvenes que habían criticado a los antiguos jefes, en su mayoría fueron llamados a filas, y nada podían hacer por el momento. A los checos y a los polacos les preocupó más el pensar en el futuro de sus propias comunidades nacionales que el seguir colaborando en la "Pequeña Internacional Austríaca". Hubo una creciente confusión de declaraciones, hasta que se puso en claro que los días de Austria-Hungría estaban contados, y que el partido austriaco del futuro tendría como dominio propio sólo un mero residuo del Estado multinacional dentro del cual estaba acostumbrado a trabajar.

Durante todo el periodo de que trata este capítulo, Victor Adler fue el jefe indiscutible de la organización socialista austríaca, y gozó de enorme prestigio. En la Segunda Internacional fue una gran figura, con Bebel, Vandervelde y Jaurés; y su palabra fue siempre la de un conciliador, haciendo ver que la unidad era necesaria y poniendo a su propio partido como ejemplo de ello dentro de un Estado en que la unidad internacional era especialmente difícil de mantener. En las controversias entre los marxistas ortodoxos y los revisionistas, Victor Adler se puso de parte de los marxistas ortodoxos. Estuvo en contra de Bernstein, porque sostenía que lo que él llamaba reformismo haría caer a cualquiera que lo siguiese en el peligro de olvidar su objetivo socialista. Era partidario de reformas, pero no del reformismo. "No debemos olvidar —decía—, que toda nuestra fatigosa labor diaria deriva actualmente su santidad y dignidad sólo de lo que significa en relación con el logro de nuestro objetivo último." En esta opinión, como en otras muchas, estaba muy cerca de Karl Kautsky; pero nunca quiso llevar hasta el extremo sus diferencias con los revisionistas. Siempre reconoció su sinceridad, y buscaba una manera de llegar a un acuerdo con ellos mediante una transacción, tanto más por ser él, por temperamento, un reformista más que un revolucionario, y se había visto arrastrado hacia el revolucionarismo teórico en contra de su inclinación a causa de la autocracia intransigente del Estado alemán y del austriaco. Después de 1907, incluso este revolucionarismo teórico había sido modificado, aunque nunca abandonado por completo; como Kautsky v la mayoría de los socialdemócratas alemanes, Adler había conseguido conciliar su actuación práctica reformista con la profesión de marxismo revolucionario.

Eminente como jefe, Victor Adler no hizo grandes contribuciones al pensamiento socialista. Fue un organizador y un jefe político, y no, salvo excepcionalmente, un teórico. Participó activamente en la solución de problemas prácticos de la unidad socialista en un Estado multinacional, pero contribuyó poco a las teorías referentes al problema nacional. Esto quedó para Otto Bauer. Tampoco añadió nada importan-

te a la teoría social-demócrata que tomó, ya formada, del marxismo del Partido Social-Demócrata Alemán. En sus discursos y en escritos ocasionales mostró a la vez entusiasmo y buen sentido, pero no verdadera originalidad. En realidad, los socialistas austríacos hicieron su contribución principal al pensamiento socialista, hasta que Otto Bauer y Max Adler adquirieron importancia, más como alemanes que como austríacos. Karl Kautsky, como hemos visto, nació en Austria; y también Rudolf Hilferding, cuyo *Finanz Kapital* fue una de las obras principales dedicadas al replanteamiento de las doctrinas de *Das Kapital* en una forma propia del siglo xx. Entre los otros dirigentes de la primera generación del socialismo austriaco, Engelbert Pernerstorfer (1850-1918) fue notable por su defensa de la unidad de la Gran Alemania; y Wilhelm Ellenbogen (1863-1947) sobresalió como expositor de la doctrina de la huelga general política en su forma austrobelga; pero ninguno de ellos puede ser considerado como un pensador socialista original.

En realidad no es fácil separar las contribuciones propiamente austríacas a la ideología socialista hasta 1914, aparte de la obra de Otto Bauer acerca del problema de las nacionalidades, de los movimientos contemporáneos del pensamiento socialista alemán. La frase "marxismo austriaco" llegó a ser corriente durante las controversias del periodo inmediatamente anterior a la primera Guerra Mundial, sobre todo en relación con las disputas epistemológicas que se produjeron mucho más intensamente en Rusia que en otros países. Plekhanov y, después de él Lenin, censuraron a los "empirio-criticistas" tanto de Austria como de Rusia, como Bogdanov, por construir su filosofía fundamental sobre Kant y, por consiguiente, abandonando el determinismo materialista, que era un artículo de fe marxista, y también por considerar a Hegel como letra muerta y prescindir del punto de vista dialéctico de Marx. En Alemania, Bernstein, siguiendo al muy calumniado F. A. Lange, había invocado el nombre de Kant en apoyo de su punto de vista revisionista respecto al marxismo y Lenin atacó al gran adversario de Bernstein, Kautsky, por decir que los socialistas no estaban llamados necesariamente a tomar partido en estas disputas filosóficas, y trató de tacharlo también de renegado del verdadero materialismo.

Los marxistas austríacos expusieron sus opiniones principalmente en el periódico, *Der Kantff,* fundado por Otto Bauer, Karl Renner y Adolf Braun en 1907, y en una serie de volúmenes iniciada en 1904 bajo el título colectivo de *Marx-Studien.* Además de Bauer, Renner y Braun, las figuras sobresalientes que han de tenerse en cuenta al considerar el desarrollo del marxismo austriaco antes de 1914, son Friedrich Adler, hijo de Victor Adler, Rudolf Hilferding, Max Adler y Gustav Eckstein.

Los marxistas austríacos nunca fueron en realidad una escuela coherente, con una teoría propia. Fueron más bien un grupo de individuos muy inteligentes, que partieron de una aceptación general del marxismo, y trataron de aplicar el sistema marxista a varios problemas particulares que, en su opinión Marx no había planteado o no había llegado a solucionar —algunos porque aún no estaban maduros para la solución, o porque no se plantearon como problemas hasta después de su muerte. De este modo, Otto Bauer, se dedicó primordialmente a los problemas de la nacionalidad y del nacionalismo en su relación con el internacionalismo básico de la doctrina socialista. Karl Renner se ocupó de la teoría del derecho privado y de la función del derecho en una sociedad socialista; Max Adler, en su obra sobre *Causalidad y teleología,* intentó conciliar las concepciones filosóficas de Marx y las de Kant; Rudolf Hilferding, en su *Finanz Kapital,* trató de desarrollar la teoría de Marx acerca del funcionamiento de la sociedad capitalista a la luz del paso del capitalismo de su fase industrial a la posterior financiera, en la cual las figuras dominantes ya no eran los patronos industriales como tales, sino más bien los grandes financieros, cuyos intereses se ramificaban a través de una multitud de empresas separadas, y cuya preocupación principal no era tanto la producción de un artículo determinado, sino la obtención de la plusvalía mediante el monopolio financiero y la presión de la alta finanza sobre los Estados a los que controlaba cada vez más. Por último, la contribución de Ekstein a los *Marx-Studien* fue un trabajo sociológico de la familia, basado principalmente en un estudio sobre el derecho japonés referente a la familia.

El resultado colectivo de esta actividad teórica difícilmente podía haber sido un cuerpo de doctrina común. En la medida en que tenía unidad, esta unidad consistía en negarse a considerar el marxismo como un sistema cerrado o completo y en la decisión de emplearlo como punto de partida para un pensamiento nuevo con aplicaciones prácticas a problemas contemporáneos. Rudolf Hilferding (1877-1941), que fue uno de los directores de los *Marx-Studien,* en 1907 se trasladó de Viena a Berlín, en donde lo hicieron redactor jefe del *Vorwaerts,* y llegó a ser una personalidad influyente en el Partido Social-Demócrata Alemán. Publicó su obra principal, *Das Finanz Kapital,* en 1910. En 1914 formó parte de la minoría contraria a votar los créditos de guerra, y se afilió al grupo antibelicista. En 1918 se hizo ciudadano alemán; y en las luchas de la posguerra dentro de Alemania, como director de *Freiheit* (1918-1922), se opuso a los comunistas, y llegó a ser el jefe de los socialistas independientes, que en 1922 volvieron a unirse a la mayoría del Partido Social-Demócrata. Fue ministro de Hacienda du-

rante breve tiempo con Stresemann en 1923, y otra vez en el gobierno de Müller de 1928. Desde 1910 en adelante se le consideró generalmente como el experto principal en finanzas de la socialdemocracia alemana.

Karl Renner (1870-1950), que había de llegar a ser Presidente de la República austriaca en 1946, era hijo de un aldeano moravo. Fue bibliotecario del Reichsrath, y más tarde fue elegido diputado, en 1907, y en seguida empezó a tomar parte principal en el Partido Social-Demócrata Austriaco. Con Otto Bauer fue un defensor enérgico de la autonomía cultural de las naciones que formaban el imperio austrohúngaro, ocupándose especialmente de los aspectos legales y administrativos de este problema. Por temperamento Renner era un moderado, aunque durante los años anteriores a 1914 fue considerado como miembro del ala avanzada del partido austriaco. En 1918 llegó a ser el primer canciller de la República austriaca y, después de volver al poder el Partido Social-Cristiano en 1920, fue presidente de la Asamblea. Su libro *The Foundation and Developrnent Aims of the Austro-Hungarian Monarchy,* que apareció en 1906, fue el intento más completo de elaborar un fundamento para la reconstrucción de la monarquía dual a base de una autonomía nacional. Más tarde escribió obras sobre *The Renewal of Austria* (1919) y sobre *Economía Planning and Socialization* (1924).

Friedrich Adler (nacido en 1879), hijo de la gran figura del Partido Socialista Austriaco antes a 1914, estudió física, y desde 1907 a 1911 enseñó física en la Universidad de Zürich, en donde se puso en relación estrecha con los socialistas suizos. En 1914 fue uno de los socialistas que se opusieron a la guerra. La disolución de la Internacional lo perturbó profundamente. En octubre de 1916, como protesta contra la política belicista de Austria, mató al primer ministro austriaco conde de Stürgkh, y aprovechó la vista de su juicio como una oportunidad para hacer un enérgico ataque internacionalista contra la guerra. Condenado a muerte, fue indultado y sentenciado a 18 años de presidio; pero al terminar la guerra fue puesto en libertad. Llegó a ser Vicepresidente del Partido Social-Demócrata en la Asamblea de la nueva República austriaca, y actuó como secretario de la "Unión de Viena", conocida más corrientemente con el nombre de Internacional "dos y media", que trató de reunir en una organización única a las internacionales rivales de los socialistas y los comunistas. Cuando este esfuerzo fracasó, llegó a ser secretario de la Internacional obrera y socialista, que en 1923 volvió a unir a los partidos de la Segunda Internacional y de la "Unión de Viena".

Friedrich Adler, mientras estuvo en Zürich, enseñó las doctrinas filosóficas del físico austriaco Ernst Mach (1836-1916), y después,

mientras estuvo preso escribió un libro acerca de ellas titulado *Ernst Mach's Conquest of Mechanistic Materialism* (1918). Mach no tuvo relación con el movimiento socialista, pero fue considerado por Lenin y por otros defensores del materialismo dialéctico como el inspirador principal de un intento para acabar con la creencia en la realidad última de los objetos materiales retornando a Kant y desarrollando sobre una base kantiana una teoría del conocimiento que al prescindir de toda concepción metafísica, rechazaba el materialismo porque éste implicaba una afirmación de la realidad de la "materia", que no podía ser desligada de la experiencia sensorial o comprobada por ningún procedimiento científico de investigación. Mach, que nació en Moravia y fue profesor sucesivamente en Graz y en Praga, formuló lo que él llamaba "principio de economía" como regla del método científico: lo que quería decir era, que el investigador siempre debía elegir los métodos más sencillos de considerar el problema, y excluir todos los factores que complican, y que no son esenciales para su solución. De acuerdo con este principio, excluía el concepto de Kant de una "cosa en sí", que necesariamente se halla fuera de la experiencia humana como base de las sensaciones, que él pensaba que proporcionaban todo el contenido del conocimiento humano. Mach sostenía que era innecesario y esencialmente "metafísico", postular entes más allá de las sensaciones experimentadas por el hombre; y continuaba basándose en una teoría "positivista" del conocimiento que no implicaba ningún supuesto metafísico. Esta opinión llevaba consigo la negación de que la "materia" existiese realmente o, más bien, de que pudiera conocerse su existencia; los que eran enteramente materialistas marxistas combatieron esta idea, porque sostenían que dudar de la realidad de la materia era volver a caer en el idealismo y atacar la doctrina marxista de la prioridad de las cosas respecto a las ideas. Más especialmente, Mach sostenía que las llamadas leyes científicas realmente deben ser consideradas no como leyes, sino meramente como maneras convenientes de acercarse a la solución de un problema y, por consiguiente, relativas a la naturaleza del problema más que verdaderas o válidas en un sentido absoluto. Lenin mantuvo que esta opinión era subversiva con respecto a la doctrina marxista, implicando la negación de su universalidad y limitándola a un mero instrumento de investigación. Además, el método de Mach, aplicado a los estudios sociales, pareció llevar implícito un enfoque psicológico a través del contenido sensorial de la experiencia más bien que por medio del mundo material en su conjunto; y esto lo censuraba Lenin, porque implicaba un mero "subjetivismo" en contra del punto de vista de Marx esencialmente objetivo. Muchas de las vehementes censuras de Lenin contra la doctrina de Mach en su libro *Materialismo y empiro-criticismo,* que es sobre todo

un ataque a los representantes rusos de esta doctrina, ahora parece sumamente deficiente e intempestivo; porque las doctrinas modernas de la relatividad y el desarrollo general de la física moderna han seguido de ordinario la línea trazada por Mach. Tampoco es fácil darse cuenta ahora de por qué Lenin sintió con tanta vehemencia que dudar de la necesidad de aceptar la existencia real de la materia como "cosa en sí" fuera de la experiencia fuese un pecado mortal. El verdadero error de Mach está, no en esto, sino más bien en confundir las dos afirmaciones esencialmente diferentes de que "toda nuestra experiencia se da en forma de sensaciones" y la de que "todo nuestro conocimiento *consiste* en sensaciones". Afirmar lo último supone realmente una subjetividad completa y la negación de toda realidad cognoscible de un modo exterior a nosotros; mientras que afirmar lo primero no supone negación de la realidad objetiva de lo que experimentamos mediante los sentidos y reconocemos como distinto de nuestra propia sensación de ello.

No parece que el punto de vista de Mach tuviera influencia alguna en el pensamiento del grupo de marxistas austríacos que, desde 1907, expusieron sus opiniones en los *Marx-Studien.* Indudablemente influyó en Friedrich Adler; pero su libro sobre Mach no apareció hasta 1918, y sus primeras lecciones sobre Mach apenas eran conocidas. Mucho más extendida fue la influencia de la filosofía kantiana en los marxistas austríacos: llegó manifiestamente a Otto Bauer, y afectó la manera de formular su teoría de la nacionalidad.

La figura más importante en el grupo de marxistas austriacos anteriores a 1914 fue indudablemente Otto Bauer (1881-Í938) cuya obra sobre *The Question of Nationalities and Austrian Social Democracy,* publicada por primera vez en los *Marx-Studien,* fue la contribución principal al problema de la cooperación de las nacionalidades dentro de un Estado multinacional. Bauer, nacido en Viena, llegó a la edad de 26 años a ser secretario del Partido Socialista Parlamentario Austriaco, y en seguida fue reconocido como uno de los principales teóricos del partido. Llamado a filas al estallar la guerra, fue prisionero de Rusia, y estuvo allí durante la revolución, lo cual reforzó sus opiniones de izquierda. De regreso en Austria, fue nombrado Subsecretario de Relaciones Exteriores en el primer gobierno de la República, y en seguida fue Ministro de Relaciones Exteriores al morir Victor Adler. Durante los años de la posguerra fue el responsable principal de la nueva política del socialismo austriaco. Su folleto, *The Way to Socialism* (1920), que define en líneas generales la marcha que el partido se proponía seguir, fue sucedido por dos obras acerca del problema agrario, *The Struggle in Wood and Pasture* (1925) y *The Agrarian Programme of the Austrian Social Democratic Party* (1926), y también

por otra exposición del programa general del partido (1926). También escribió un relato de *The Austrian Revolution* (1923), dos obras breves sobre el bolchevismo y la Revolución soviética, y un estudio del capitalismo de la posguerra publicado en 1925. La mayor parte de su obra, excepto su estudio de la cuestión nacional, pertenece, por lo tanto, al periodo siguiente a la primera Guerra Mundial, y será examinada en el volumen siguiente de esta obra.

Sin embargo, las opiniones de Bauer acerca del problema de la nacionalidad corresponde tratarlas aquí. £1 y Renner fueron los dos escritores principales que trataron de formular en una teoría la política que en la práctica habían seguido los socialistas austriacos al reconstruir su organización para adaptarla a las demandas nacionales. Las opiniones de ambos tienen mucho en común, pero no eran completamente idénticas. Los dos estaban muy influidos por el deseo de evitar, si era posible, que Austria quedase dividida en varios Estados completamente independientes, basándose cada uno en una unidad nacional; y a causa de esto, se inclinaron a acentuar los aspectos culturales y personales de la nacionalidad más bien que los políticos y económicos; pero Renner fue mucho más lejos en esta dirección que Bauer, tratando de establecer la posibilidad de una profunda separación entre los aspectos culturales y los politicoeconómicos de la sociedad, aspirando a una forma extremada de nacionalismo cultural combinada con la conservación de una estructura económica unitaria y de una autoridad política superior, que representase los elementos comunes de la ciudadanía. Bauer en modo alguno se daba cuenta de que esta separación profunda de los factores culturales y políticos era realmente impracticable, y llegó así a hacer un análisis mucho más detenido de los factores de la nacionalidad.

Según Bauer, la nacionalidad es esencialmente un concepto histórico; descansa, no en un factor único, como la raza o el lenguaje, sino en una tradición viva de unidad basada en muchos factores, y requiere libertad para realizar todas las actividades comprendidas en la tradición común. Entre estos factores la comunidad de lengua es uno de los más importantes, pero no basta por sí mismo para constituir una nacionalidad. La opinión de que la lengua por sí sola constituye la base efectiva de la nacionalidad, tiene como una de sus consecuencias la extensión de la demanda nacional a todos los que hablen la lengua. Supone, por ejemplo, la concepción del pangermanismo, que la mayoría de los socialistas austriacos deseaba evitar, en parte porque implicaría además la concepción de las mismas demandas a otros grupos lingüísticos como los polacos, los italianos y los servios. En contra de esto, Bauer consideraba un lenguaje común más bien como una condición de la nacionalidad que como un criterio suficiente, y estaba dispuesto

a tener en cuenta todo lo que de hecho distinguiese a una rama importante del pueblo o de familias de otras ramas. En otras palabras, concebía la nacionalidad sobre todo con arreglo a lo que los sociólogos llaman "cultura" o "forma de vida". Sobre esta base entendió el problema de las nacionalidades de Austria-Hungría sobre todo como uno de autonomía cultural, es decir, de disposiciones que permitirían a cada nacionalidad, en los territorios en que predominase, dirigir sus propios asuntos con su propia lengua y su manera acostumbrada en todas las cuestiones referentes a sus formas de conducta características, especialmente en la esfera de la educación, de las bellas artes, de la religión y de las prácticas y normas sociales. Sin embargo, esto en seguida planteó la cuestión de los derechos de las minorías que viven en territorios ocupados predominantemente por otra nacionalidad; y era necesario, de acuerdo con la concepción de los derechos culturales, extender concesiones análogas hasta donde fuera practicable a esas minorías permitiéndoles tener sus propias escuelas e instituciones culturales al lado de las del grupo predominante. Esto, por supuesto, planteaba la cuestión de en qué límite terminaría ese proceso de concesiones. ¿Cuál ha de ser el tamaño de una minoría nacional en un territorio determinado para disfrutar del derecho de autonomía cultural? La opinión extrema, seguida en general por Renner, era que la nacionalidad debía ser considerada como un atributo personal, y que cada individuo debía ocupar su lugar en una institución cultural de su nacionalidad, la cual le proporcionaría los medios para que disfrutase personalmente de la libertad y expresión nacionales propias. Renner sostenía que los factores culturales unían a los hombres en una nacionalidad sin introducir ningún factor de antagonismo de clase, y que el concepto de clase social debiera referirse exclusivamente a los aspectos económicos y políticos de la sociedad y no a sus formas de cultura. Bauer no podía aceptar esta opinión, y consideró imposible separar los factores culturales, los económicos y políticos; pero también reconocía un elemento en la nacionalidad no perturbado por los conflictos de clase, y quería que este elemento fuese reconocido.

Como vimos antes, el Partido Social-Demócrata, en su política oficial trazada en 1899, propuso que las divisiones provinciales tradicionales de Austria debían ser reemplazadas por varias unidades territoriales nuevas dentro de cada una de las cuales, hasta donde fuese posible, debería preponderar una sola nacionalidad, y que cada una de estas unidades debería ser legislativa y administrativamente autónoma en sus asuntos nacionales y culturales. Cuando más de una de estas unidades fuese ocupada por personas del mismo grupo nacional, esos territorios formarían una unión nacional para la coordinación de sus actividades; y la función del Estado multinacional sería establecer le

yes que reconociesen los derechos culturales de las minorías nacionales en todas las unidades autónomas. Todo esto parecía muy bien a primera vista; pero no definía lo que debería considerarse como "cuestiones nacionales y culturales" y que, por consiguiente, debían ser resueltas autónomamente por los territorios respectivos, y lo que debían considerarse como cuestiones comunes que caerían bajo la autoridad del Estado central. Los socialistas de la Austria alemana, querían, hasta donde fuera posible, conseguir que todas las cuestiones económicas fuesen tratadas como comunes al Estado como un todo; pero las demás nacionalidades principales, especialmente los checos y los polacos, de ningún modo estaban dispuestos a aceptarlo, incluso aunque estuviesen todavía dispuestos a actuar por el momento dentro del marco general del Estado austriaco. Después de la Revolución rusa de 1905 se inclinaron menos que nunca a aceptarlo, pues empezaban a creer más en la probabilidad de un pronto derrumbamiento del imperio austrohúngaro, y en la posibilidad de establecer Estados nacionales completamente independientes.

Sin embargo, otras nacionalidades existentes dentro de Austria Hungría estaban mucho menos articuladas, y tenían menos conciencia de su propia nacionalidad que los checos y los polacos. Bauer, en su libro, establecía una distinción entre nacionalidades "históricas" y "no históricas", siendo las "históricas", en general, las que habían podido mantener su propia estructura diferenciada de clases, con su aristocracia, clase media e intelectuales nacionales, y acaso grupos de artesanos y de agricultores, caracterizados por las maneras comunes del pueblo, mientras que las "no históricas" eran aquellas que, al perder su autonomía, habían perdido sus propios grupos superiores y medios y habían quedado reducidas a las masas dependientes explotadas que trabajaban en beneficio de las clases gobernantes pertenecientes a otra nacionalidad. Bauer observó que algunas de estas nacionalidades "no históricas" decadentes empezaban a recuperar la conciencia de su nacionalidad, y que, dadas las condiciones modernas, el proceso que facilitaba esto era el desarrollo de *élites* en forma de una burguesía y de una clase intelectual. Consideró que el Estado austriaco, si habría de sobrevivir como unidad política, tenía que reconocer este desarrollo de la conciencia nacional entre los pueblos "no históricos". Pero, deseando conservar el marco de la unidad económica, como otros socialistas austriacos de nacionalidad alemana, se encontró necesariamente en una situación de desventaja para competir con la propaganda de los nacionalistas burgueses, porque éstos estaban en situación de despertar sentimientos xenófobos, que trataban de evitar los defensores de la unidad multinacional. Por supuesto, podían recurrir en contra de los burgueses nacionalistas al sentimiento de solidaridad de clase, insistiendo en los

intereses económicos comunes de los trabajadores, prescindiendo de las diferencias nacionales; pero pudieron darse cuenta de que ello era ineficaz en los lugares en donde la clase trabajadora estaba formada principalmente por personas de la misma nacionalidad que los patronos y otros grupos superiores. En la práctica, las cuestiones culturales, económicas y políticas no podían mantenerse separadas; y aunque la sombra de un partido socialdemócrta de toda la Austria multinacional sobrevivía en las conferencias que a veces se celebraban de los partidos nacionales de toda Austria, y en la colaboración entre los grupos socialdemócratas de diputados en el Reichsrath, la desintegración del movimiento socialdemócrata austriaco se acentuaba a medida que cada partido socialdemócrata nacional era impulsado más adelante en el camino del. nacionalismo por la necesidad de competir con la propaganda nacionalista menos contenida de los movimientos nacionalistas burgueses. Por supuesto, los rusos tenían que enfrentarse con un problema análogo; y Lenin trató de examinarlo en una seria de artículos acerca de *El derecho de las naciones a la autonomía.* Publicados en 1914, principalmente en respuesta a Rosa Luxemburgo, Lenin se refiere especialmente en estos artículos a Otto Bauer y muestra por qué los alemanes austriacos, tratando de conservar y desarrollar la unidad del proletariado en todo el Estado austriaco, se acogieron a la concepción de la autonomía cultural a fin de evitar el reconocimiento del derecho a la autonomía política, el cual, decía, suponía el derecho de secesión a fin de establecer un Estado nacional independiente. Esto no quería decir que Lenin fuese un nacionalista, o quisiese que los grandes Estados se dividieran en unidades soberanas nacionales independientes. Sin embargo, insistió en que los socialistas tenían que reconocer el *derecho* a la autonomía nacional hasta el extremo de la secesión, y no podía bastarle el que arbitrariamente se limitase al reconocimiento de un derecho a la autonomía simplemente cultural. Para Lenin, apoyar un *derecho* en principio no equivalía a considerar el ejercicio efectivo de ese derecho en todo caso. En su opinión todos los "derechos" eran prácticamente válidos sólo en una situación histórica; y su opinión práctica acerca de la independencia nacional se basaba en la consideración de las circunstancias particulares de cada caso. Al formar juicio sobre esto, la consideración dominante para él era las consecuencias que se producirían con respecto a la campaña de la clase obrera internacional en favor de su emancipación. Insistía en que se había puesto de manifiesto como una necesidad histórica para el capitalismo en todos los países, a medida que se desarrollaba, el tratar de establecer un Estado nacional autónomo como su expresión política. Éste había sido un rasgo característico del desarrollo capitalista en la Europa occidental, pero en el oriente de Europa la revo-

lución burguesa ya realizada en los países adelantados del Occidente, todavía estaba por hacer y, por consiguiente, el nacionalismo burgués estaba todavía desarrollándose, y los socialistas necesitaban aliarse con él para reconocer el derecho de las nacionalidades a establecer un Estado, ejerciendo, cuando lo considerasen oportuno, su derecho a una separación nacional de los Estados gobernantes a que se hallaban incorporados. No significaba esto que fuera deseable el ejercicio de este derecho, porque era necesario conciliario con la necesidad más importante de favorecer la acción cooperativa internacional del proletariado. Pero los socialistas tenían que tomar posición acerca de este derecho, desearan o no su ejercicio en un caso particular; porque no hacerlo supondría ser cómplices de la pretensión de los nacionalistas de las naciones dominantes de tratar duramente a los proletarios de los pueblos sometidos. Lenin no rechazaba el nacionalismo "cultural"; pero insistía en su insuficiencia, y en sus posibles consecuencias reaccionarias, donde se combinaba con la negación del derecho de autonomía política hasta el extremo de establecer Estados nacionales soberanos independientes. Con este espíritu defendió el "derecho" de los noruegos a separarse de Suecia, y aplaudió la ayuda que les dieron los socialistas suecos. Decía que esta ayuda, lejos de aislar a la clase trabajadora sueca de la noruega, las había unido más estrechamente en la lucha contra la opresión capitalista de los dos países.

Los socialistas austriacos, ante el difícil problema de los conflictos nacionales dentro de la mitad austriaca multinacional del imperio austrohúngaro, no llegaron a encontrar una solución aceptable, porque se aferraban a la idea de conservar el marco de la unidad del Estado austriaco para mantener la unidad de la clase trabajadora de toda Austria. Sin embargo, al tratar de resolver un problema sin solución, hicieron contribuciones valiosas a la teoría de la nacionalidad, especialmente en sus aspectos culturales, y aunque no llegaron a trazar una estructura práctica para una Austria federal y democrática, proporcionaron un material valioso para resolver el problema de la autonomía cultural en los Estados multinacionales donde las fuerzas que tendían a la separación nacional eran menos poderosas; especialmente, la teoría austriaca de las nacionalidades fue una ayuda importante para los rusos cuando se ocuparon de su propio problema de autonomía dentro del marco general de la Unión Soviética Multinacional.

El otro teórico importante del socialismo austriaco en los años anteriores a 1914 fue Max Adler (1873-1940 o 1941), que no pertenecía a la familia de los Adler más famosos, Victor y Friedrich, a los cuales ya nos hemos referido. Max Adler escribió mucho acerca de los problemas filosóficos del socialismo y especialmente acerca de la teoría y de la experiencia de las relaciones de clase en la sociedad capitalista

contemporánea. La primera obra importante de Max Adler *Causalidad y teleología,* apareció como uno de los *Marx-Studien* publicado por el grupo de Bauer-Hilferding. En esta época Max Adler estaba ocupado en un intento de reconciliar al marxismo con la filosofía kantiana. En 1914 Max Adler formó parte de la oposición internacionalista a la política probélica del sector mayoritario del Partido Social-Demócrata Austriaco. En sus últimos escritos después de 1918, trata de establecer un puente entre el comunismo y la socialdemocracia. Se dedicó a estudiar el desarrollo efectivo de las estructuras de clase en el mundo moderno, y llegó a la conclusión de que el avance de la industria, el comercio y las finanzas en gran escala, al crear un nuevo proletariado de corbata completamente distinto de la pequeña burguesía del tiempo de Marx, había hecho necesario un replanteamiento de la doctrina de la lucha de clases reconociendo la necesidad de unión entre los trabajadores manuales y los no manuales y subrayando especialmente el hecho de que los trabajadores manuales ya no son capaces en las sociedades económicamente adelantadas del siglo XX, de realizar solos la revolución social, sino que tienen que arrastrar con ellos a los demás grupos, a riesgo de que esos grupos se pasen a las filas del fascismo.

Además, Otto Bauer y Max Adler establecen una distinción entre la revolución política y la económica, y afirman que mientras el poder político puede ser tomado por los trabajadores mediante un golpe, como resultado de una sola victoria revolucionaria, no puede decirse lo mismo del poder económico, el cual exige un prolongado proceso de preparación en las tareas de control de la industria y de los negocios y, por consiguiente, sólo puede obtenerse por métodos graduales. Ninguna de estas opiniones es original: lo que tiene interés es la importancia que se les ha dado al trazar la política socialista. Especialmente, la segunda convierte la idea de la revolución socialista en la de un proceso más bien que en la de un solo acto revolucionario, pero lo hace sin desechar el concepto de la revolución como un acto único en el campo político, que lleva consigo el derrocamiento del Estado capitalista, pero no del capitalismo en su aspecto económico.

El desarrollo completo de estas ideas pertenece al periodo posterior a la revolución rusa de 1917, cuando los socialistas del ala izquierda de la Europa occidental trataban de explicar las diferencias entre ellos, y los socialistas del ala derecha por un lado, y por otro los partidos comunistas que habían aceptado la versión bolchevique de la doctrina de la dictadura del proletariado. Por consiguiente es mejor ocuparnos de ellas más adelante en esta historia, cuando estudiemos los conflictos de la doctrina socialista provocados por la revolución rusa y los trastornos de la guerra en el occidente de Europa. Nos hemos re-

ferido ahora a estas ideas porque la controversia entre los bolcheviques y los marxistas austriacos empezó antes de 1914.

APÉNDICE AL CAPÍTULO XII: THEODOR HERTZKA

En la exposición que precede del socialismo austriaco no se menciona el movimiento iniciado en 1890 por el periodista liberal Theodor Hertzka, quien durante algún tiempo atrajo a bastantes partidarios, sobre todo entre los intelectuales, no sólo en Austria, sino también en otros países. Hertzka no era, en el sentido corriente de la palabra, un socialista, y no estaba en relación ni con el Partido Social-Demócrata ni con el movimiento obrero. Sin embargo, su Utopía, con su notable mezcla de liberalismo económico y de ideas socialistas, fue un documento importante del periodo, porque representa, más que ningún otro documento, el deseo de superar el capitalismo sin lucha de clases y de construir una nueva sociedad libre de explotación mediante el acuerdo entre hombres sensatos más bien que por la revolución o por medio de la lucha política. Hertzka negaba la necesidad de los antagonismos de clase, y creía en la posibilidad de un cambio fundamental en el orden social por la acción de hombres ilustrados y de buena voluntad. Aterrado por la ineficacia y la inmoralidad de las relaciones sociales existentes, hizo un llamamiento a los hombres de buena voluntad, sin tener en cuenta su clase social, para tratar de crear una nueva sociedad no pidiendo a los gobiernos que la estableciese ni organizando la revuelta contra el orden existente, sino llevando a los iniciadores a un territorio elegido, no desarrollado todavía por el industrialismo capitalista, y estableciendo allí una república de tipo nuevo que combinara las virtudes de la libre empresa y del control social. Por supuesto, no había nada nuevo en la creación de una utopía para llevar, a los que tuviesen fe, del antiguo mundo inmoral a un medio social no pervertido donde pudieran fundar una nueva comunidad. Lo que había de nuevo en la Utopía de Hertzka era que, lejos de rechazar los principios de la libre empresa y de la producción en competencia, trataba de fundar su comunidad en estos principios, haciendo que se cumpliesen universalmente, y otorgando al trabajador la libertad que le es negada bajo las instituciones del capitalismo.

En 1890 Hertzka (1845-1924) publicó su novela utópica, *Freeland* que fue traducida al inglés en el año siguiente. Hertzka nació de padres judíos en Budapest, pero empezó su carrera de periodista en Viena; fue director económico de la *Neue Freie Presse* desde 1872 a 1879. En este último año fundó el *Wiener Allgetneine Zeitung,* que que dirigió hasta 1886; entonces creó un semanario, *Zeitschrift für Staats- und Volkswirtschrift.* En 1901 volvió a Hungría como director

de un diario de Budapest. Mientras tanto había publicado varios libros sobre economía y cuestiones monetarias. Su última obra importante, *Das Soziale Problem,* apareció en Berlin en 1912.

Freeland es de interés especial como el desarrollo más completo de una doctrina social que es una fusión de liberalismo económico y de ideas socialistas. Hertzka, que estudió detenidamente las teorías económicas clásicas, estaba convencido de las virtudes de la competencia de la libre empresa. Quería un sistema económico que asegurase en lo posible la retribución a cada individuo de acuerdo con el valor de su contribución a la producción o de los servicios prestados a la sociedad, y sostenía que esto sólo podía realizarse mediante un movimiento completamente libre de la mano de obra y del capital en respuesta a las demandas del mercado. Pero sostenía, con la misma energía, que la demanda del mercado no debía ser limitada por ninguna otra fuerza que los límites de las fuerzas de producción, y que en el capitalismo estaba tan limitada por la pobreza de la mayoría, cuyas ganancias se mantenían al nivel de su subsistencia o cerca de él a pesar de las grandes ventajas siempre crecientes de las fuerzas técnicas de producción. En realidad era partidario de la doctrina del subconsumo que atribuye las crisis económicas y la lucha por los mercados a la limitación artificial de la capacidad de consumo de las masas por el funcionamiento de la ley de subsistencia de los salarios. Atribuía el predominio de esta ley a la propiedad privada de los medios de producción que permite a la vez a las clases poseedoras obtener de los trabajadores una parte de lo que éstos producen y las inclina a limitar la producción a fin de evitar el exceso de existencias en el mercado. Por consiguiente, era partidario de que toda la tierra perteneciese en común a la comunidad, y que el Estado proporcionase capital a todo el que lo pidiese, sin interés, pero sujeto a devolución, si el capital dejaba de ser empleado para el fin que fue prestado. De modo análogo la tierra debía ponerse al alcance de todo el que deseara cultivarla. Hertzka consideraba que, con este sistema, las demandas de tierra y de capital vendrían principalmente de asociaciones cooperativas, las cuales nombrarían democráticamente a sus gerentes, y serían responsables de la devolución del capital que se les confiara. Admitía que se concedieran algunos préstamos a individuos para empresas en pequeña escala, pero sostenía que la empresa capitalista moriría, porque ningún capitalista encontraría obreros dispuestos a trabajar por un salario cuando les convenía más participar en asociaciones cooperativas. El Estado mismo se encargaría de las empresas en gran escala, como la construcción de ferrocarriles, puertos y otras obras públicas, y no se cobraría nada por el uso de estos servicios públicos. Al prestar capital a los que lo pidiesen, el banco del Estado no ejercería ningún control sobre su empleo, excepto

la comprobación de que era dedicado a la producción. Hertzka creía que ese control sería innecesario siempre que no hubiese ninguna limitación para dedicarse a un determinado trabajo, y que estuviese asegurada una competencia completa. Decía que, si un tipo de producción se desarrollaba demasiado en relación con otros en la esperanza de obtener mayores ganancias, la competencia haría bajar los ingresos y determinaría que el sobrante de trabajadores y de capital se dedicase a otros fines. Para hacer imposible el desarrollo de los monopolios, las asociaciones de producción estarían completamente abiertas a cualquiera que desease ingresar en ellas, en términos de igualdad.

Como no se pagaría ninguna renta ni interés, no habría más gastos de producción que los del material y el combustible empleados; porque la mano de obra, incluyendo la gerencia, no sería un gasto, sino una participación en las ganancias netas. No habría salarios, sino dividendos basados en los ingresos netos de cada empresa, recibiendo los gerentes y los obreros especializados participaciones superiores en una proporción fijada por cada asociación, con toda libertad, conforme a sus deseos. El Estado, sin embargo, impondría una contribución a cada empresa sobre sus ingresos, que sería empleada para tres fines principales: atender a los gastos del gobierno y de los servicios públicos prestados gratuitamente; asegurar un fondo para invertir nuevos capitales, que sería usado tanto por las empresas del Estado como para préstamos sin interés hechos a los posibles solicitantes; y atender a los gastos necesarios para mantener a los no productores en un nivel comparable con el de los productores, y que variaría por consiguiente con las ganancias que por término medio obtendrían los últimos. Hertzka sostenía que el poder productor de la comunidad era en gran parte resultado de la inventiva y la energía de las generaciones pasadas, y debía considerarse propiedad común de todo el pueblo, disponible para atender a las necesidades de una seguridad social completa. Por consiguiente, deseaba conceder pensiones con los fondos públicos a los. niños y a los ancianos, y a todos los que no pudieran trabajar; y a éstos añadía a las mujeres, a no ser que ellas prefiriesen trabajar fuera de sus hogares, lo cual —pensaba— pocas lo harían, excepto en las bellas artes, en las profesiones liberales y especialmente como maestras y enfermeras.

Hertzka sostenía que, bajo el sistema propuesto, todos tendrían un fuerte estímulo para aumentar la producción por todos los medios posibles, porque todo aumento se reflejaría en una elevación de las ganancias de que cada uno podría disponer mediante el proceso igualitario garantizado por la movilidad completa del trabajo y del capital. Tenía una fe ilimitada en la posibilidad de aumentar la producción por una aplicación no restringida de cada procedimiento técnico, en las

economías en potencia de la producción en gran escala para un mercado prácticamente ilimitado, y en la eficacia de la emulación al estimular la inventiva y la eficiencia en todos los niveles. Era sumamente contrario a la planificación centralizada, excepto para las obras públicas más grandes, y a todo tipo de burocracia.

Políticamente, Hertzka abogaba por una democracia completa, tanto para los hombres como para las mujeres, pero su concepción de la administración era esencialmente pluralista. En lugar de un parlamento, concebía varios consejos funcionales de igual categoría, todos elegidos popularmente, quedando libre el elector para decidir en qué elección votaría. Creía firmemente que el gobierno parlamentario conducía a que las decisiones fueran tomadas por los que creen saberlo todo, en lugar de personas bien enteradas, y sostenía que su sistema funcional garantizaba que el pueblo votaría asuntos que realmente le interesasen, lo cual daría como resultado la elección de los mejores representantes. En la industria, creía que a los gerentes, elegidos democráticamente, se les deberían dar amplios poderes, pero manteniéndolos responsables ante las organizaciones de los asociados, pudiéndose destituirlos por el voto popular.

Hertzka daba mucha importancia a la enseñanza, tanto a la general como a la técnica, y también a las bellas artes. Era también un defensor decidido de la vida familiar, pero sostenía que los matrimonios debían realizarse y mantenerse sólo por el consentimiento libre de las partes. Tenía gran fe en que, cuando desapareciesen las restricciones en la producción libre, la riqueza aumentaría rápidamente, de tal modo que proporcionaría una vida de comodidad y de goce a todo ciudadano, no sólo en los países más adelantados, sino en todo el mundo.

Como sede para la Utopía descrita en *Freeland* Hertzka eligió las mesetas de Kenya. Atribuía la fundación de su Utopía a una asociación internacional, que había elegido este territorio como apropiado para una población blanca y como capaz de un desarrollo económico enorme por la calidad de su clima y de su suelo, y porque tenía grandes recursos minerales. Hacía que su comunidad se iniciara con la ayuda de contribuciones voluntarias de personas que deseaban establecerse en una nueva colonia; y, extrañamente los mostraba procediendo a ocupar el territorio elegido, y en seguida extendiéndose más allá de él, sin que se produjese la menor interferencia por parte de las grandes potencias. Tampoco encontraban mucha oposición por parte de los habitantes nativos, aunque al principio tuvieran que hacer algún uso de sus armas superiores para aterrorizarlos. Hertzka en modo alguno prescindía de los intereses de los nativos; pero consideraba que el continente africano podía sostener a una gran población de inmigrantes sin que se atentase contra los derechos de los nativos y, en realidad, con gran beneficio

para éstos, a los cuales los ciudadanos de "La Tierra Libre" no sólo les enseñarían las artes de la producción y de la civilización, sino que también estaban dispuestos a admitirlos como compatriotas siempre que alcanzasen un cierto grado de instrucción. Cuando se opusieran a estos procedimientos civilizadores, se tendría poca clemencia con ellos. Su libro incluye el relato de una guerra en la cual "La Tierra Libre" destrozó los ejércitos del emperador de Abisinia cuando atacaron su territorio. Hertzka no dudaba de la superioridad de la civilización occidental, o del derecho de sus colonizadores para ocupar, si fuese necesario por la fuerza, los territorios casi deshabitados del "continente negro".

En el relato de Hertzka, "La Tierra Libre", gracias a sus instituciones libres, rápidamente llega a ser el país más poderoso del mundo, como también el más rico y el más culto. Termina su relato hablando de un Congreso Mundial, elegido por todas las naciones del mundo, que decide introducir el sistema de "La Tierra Libre" en todas partes, pues incluso los representantes de los Estados más reaccionarios se convencieron de que la actitud de sus pueblos no les deja otra alternativa. Entonces se hace necesario decidir lo que ha de hacerse con respecto a los intereses invertidos por las clases propietarias de estos distintos países. "La Tierra Libre" misma no había tenido que enfrentarse con esos problemas, porque había surgido a la existencia en un territorio no ocupado, o por lo menos con gran cantidad de territorio y de recursos sin dueños. Hertzka presenta a su congreso mundial decidiendo, por el consejo de los ciudadanos de "La Tierra Libre", en favor de la compensación a todos los propietarios por la pérdida de los derechos de propiedad, limitándose la compensación, en algunos países, a un máximo por cada persona, liquidado al contado o a plazos. Los que la recibiesen, indicaba, quedarían en libertad de hacer lo que quisieran con esa suma; pero no podrían ganar réditos o intereses, porque ningún prestatario pagaría interés cuando podía obtener del Estado capital libre de intereses, y nadie aceptaría una ocupación asalariada cuando podía llegar a ser miembro de la cooperativa de producción que eligiese. Por consiguiente, los que recibiesen ese dinero o lo consumirían o lo cederían.

Esta notable Utopía es un excelente ejemplo de lo que los marxistas llaman "ideología pequeñoburguesa". Hertzka está completamente del lado de los pobres en contra de sus explotadores, y censura al capitalismo tanto como cualquier socialista; pero no quiere saber nada de la idea de luchas de clases, o de los llamamientos a la solidaridad de clases. Cree que es posible avanzar pacíficamente hacia la Utopía mediante la convicción racional de una minoría, reforzada por una prueba favorable de que su plnn podía ser llevado a la práctica. Su

punto de vista es a la vez ético y económico: defiende su doctrina basándose en que su proyecto acabará con la miseria humana y asegurará la justicia social, y sosteniendo que desarrollará libremente las grandes fuerzas de la producción, a las cuales el capitalismo y el feudalismo ponen obstáculos. En el fondo, la actitud es ética: le horroriza la miseria de la mayoría, incluso más de lo que le repugna la estupidez de los poderosos.

La elección del centro de África como sede de su "Tierra Libre" no es, por supuesto, casual. Hertzka escribía en una época en que el reparto de África entre las grandes potencias se estaba realizando rápidamente, pero cuando gran parte del interior del continente seguía sin dueño. Leopoldo II había convocado a su Conferencia, y había establecido su asociación internacional para la exploración y civilización de África en 1876, y se había convertido en la Asociación Internacional del Congo en 1882. En 1890, cuando se publicó *Freeland,* Leopoldo ya había avanzado mucho en el desarrollo del Estado Libre del Congo siguiendo líneas muy diferentes de las defendidas por Hertzka:[2] estaba a punto de emprender una serie de guerras contra los árabes y contra las tribus indígenas, que trataban de resistir a la explotación. Las medidas que tomó, todavía no habían provocado las grandes campañas de protesta que a la larga le obligaron a entregar el gobierno de su enorme imperio al Estado belga; pero ya se había puesto en claro que el Congo era el territorio del mundo que menos podía servir como modelo para reorganizar a la sociedad.

Durante algún tiempo Hertzka tuvo bastantes partidarios. En varios países del continente se crearon asociaciones de "La Tierra Libre", y también en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos; y se dice que el libro de Hertzka influyó en William Lañe para llevar a sus infortunados partidarios al intento de establecer una sociedad libre en el Paraguay.[3] Aunque las ideas de Lañe eran mucho más socialistas que las de Hertzka. Más tarde, muchas de las concepciones de Hertzka encontraron eco en la forma de "socialismo liberal", defendido por el sociólogo alemán Franz Oppenheimer después de la primera Guerra Mundial; pero "La Tierra Libre" nunca fue fundada; y hoy el libro es poco leído, lo cual es de lamentar, porque contiene mucho de buen sentido económico.

[2] Véase p. 111 ss.

[3] Véase p. *infra.* Cap. xxin.

CAPÍTULO XIII

HUNGRIA

El socialismo húngaro, hasta su breve etapa en el poder al final de la primera Guerra Mundial, siempre fue un movimiento perseguido. No produjo ningún pensador de gran importancia, ni nunca llegó a tener tantos partidarios como los austriacos. No le perturbó, como a éstos, el problema de las disensiones nacionalistas y la insistencia de establecer partidos separados, y esto se debió a que tenía poca fuerza en los territorios habitados por elementos no magiares de la mitad húngara de la monarquía dual. Entre los eslovacos y rutenos del Norte, los rumanos del Este, y los croatas y servios del Sur, nunca tuvo más que escasos partidarios. Su fuerza mayor estaba en Budapest y en mucha menor proporción entre los trabajadores rurales de la llanura central de Hungría. Estos últimos eran magiares; pero en Budapest sus partidarios eran de nacionalidades distintas, incluyendo muchos alemanes y, especialmente entre los jefes, una gran proporción de judíos. El partido Social-Demócrata de Hungría estaba muy influido por el Partido Austriaco, es decir, principalmente por su sección alemana preponderante, asentada sobre todo en Viena. Tanto era así que en 1890 el Congreso de los Social-Demócratas húngaros adoptó en su totalidad el nuevo programa Hainfeld del Partido Austriaco. Más tarde los socialdemócratas húngaros también cooperaron con los socialdemócratas checos oponiéndose a las campañas húngaras en favor de "magiarizar" el norte de Hungría.

No ha de olvidarse que la Hungría de la monarquía dual era un país mucho más extenso que la Hungría de hoy: incluía, además del territorio central magiar, Éslovaquia y la Rutenia de los Cárpatos en el Norte y en el Nordeste, Transilvania y el gran territorio principalmente alemán de Temesvár en el Este y Croacia, Eslavonia y la Voivodena en el Suroeste. Los magiares, incluyendo los grupos completamente "magiarizados" de origen no magiar, aunque ejercían, excepto en Croacia, un completo monopolio virtual del poder tanto local como central, constituían menos de la mitad de toda la población; pero una minoría cuyas clases altas creían fuertemente en su superioridad, y no dudaban de su derecho a insistir enérgicamente en sus reclamaciones nacionales y a la vez de tratar duramente tanto a los pueblos sometidos como a las clases inferiores de su propio pueblo. Sólo Croacia, que había ayudado al Emperador a dominar la revolución húngara de 1848, gozaba de derechos de autonomía que los ma-

giares tenían que respetar; e incluso allí el Ban o Gobernador, era nombrado desde Budapest, y tenía muchas facultades que le permitían actuar drásticamente contra cualquier movimiento subversivo. Por lo demás, lo único que atenuaba la supremacía racial, era que estaba abierto a hombres de todas las razas, especialmente si eran ricos, el llegar a asimilarse a los magiares, si adoptaban su lengua y su forma de vida y manera de pensar y cambiaban sus nombres y sus costumbres, para ser absorbidos por la parte magiar de la población. En modo alguno eran de antepasados magiares o, por lo menos, sin mezcla todos los ardientes nacionalistas magiares. Hasta cierto punto los alemanes podían lograr que no se les considerara pertenecientes a una raza sometida, sin renunciar a sus hábitos y lengua nacionales o a sus nombres; y, en realidad, el elemento alemán establecido desde hacía mucho tiempo en el centro y en el norte de Hungría, "los de Suabia", eran con frecuencia ardientes nacionalistas húngaros, y ocupaban muchos puestos importantes en la vida económica de la nación y en las fuerzas armadas. Sin embargo, a no ser que se "magiarizasen", seguían siendo sospechosos. Los judíos dominaban en los bancos y en las finanzas, y predominaban sobre todo en las clases profesionales y en el comercio; pero mientras conservaban sus nombres y su religión constituían sólo un grupo aparte, aunque tolerado. Algunos llegaron a "magiarizarse" completamente; y fue bastante frecuente que un miembro de una familia judía rica se hiciese cristiano y cambiase su nombre a fin de dar a su casa la posición e influencia necesarios para los fines de los negocios y para obtener el reconocimiento social. De hecho, los judíos, además de dominar casi completamente en las finanzas y en las industrias en gran escala, dirigían no sólo la oposición socialista, sino, por lo menos en igual medida, las de las clases medias; constituían gran parte de los intelectuales, incluyendo las profesiones liberales, y esta dirección judía, dentro de la izquierda, fue, naturalmente, muy utilizada por sus contrarios para desacreditarlos, siguiendo métodos análogos a los de las organizaciones austríacas cristianas y antisemitas.

Sin embargo, es preciso evitar la idea equivocada de que los magiares constituían una raza sólo de dominadores que gobernaban a pueblos sometidos. La mayor parte de los magiares estaba formada por trabajadores rurales y agricultores, dueños de muy poco, que estaban casi tan oprimidos como los labradores y aldeanos de otras nacionalidades. El aristócrata magiar no estaba dispuesto a aceptar de ninguna manera que el magiar pobre tenía derecho a compartir su poder político o a recibir un tratamiento económico mejor que otros miembros de las clases bajas. A sus ojos el derecho y la tradición nacionales estaban encarnados en las clases terratenientes, o en los que tenían un origen magiar aristocrático, con la acostumbrada disposición *de jacto* a ab-

sorber una cantidad limitada de personas ricas como magiares "honorarios".

Era más fácil atraer a los labradores magiares oprimidos y a los pequeños agricultores a los llamamientos socialistas que a los labradores y agricultores eslavos o rumanos que vivían sometidos al gobierno húngaro, porque en ellos no hacían mella los llamados a unir las fuerzas con sus compatriotas de otras clases sociales para resistir la opresión extranjera. Estaban oprimidos por compatriotas magiares, tanto política como económicamente, mientras que los eslavos o rumanos, cuando se despertó en ellos la conciencia política, tendían a sentirse atraídos hacia los movimientos nacionalistas que los relacionaban con sus compatriotas de más allá de las fronteras de Hungría. Los grandes desórdenes de campesinos en Hungría en la década de 1890 se produjeron casi todos en los territorios magiares, y, cuando se extendieron, fue más bien entre los alemanes del Bánato que entre otros grupos raciales.

Por otra parte, el movimiento de los obreros industriales contenía una gran proporción de no magiares; y así sucedía también con las clases industriales de patronos y de gerentes. Las clases altas magiares despreciaban la industria y el comercio, lo cual hacía que los que no podían vivir de sus rentas procedentes de tierras se dedicaran a los servicios públicos, donde fueron importantes auxiliares del aristocrático parlamento, predominantemente magiar, y de las autoridades locales electivas principalmente magiares también. Tanto la parte administrativa como la legislativa del gobierno eran completamente magiares, mientras que en la industria predominaba el elemento alemán, tanto en los puestos más altos como entre los obreros especializados. Los menos especializados estaban mucho más mezclados, incluyendo a los campesinos urbanizados que habían acudido a las ciudades en busca de trabajo, procedentes de grupos raciales distintos; y esta estructura interracial de la clase obrera industrial la predisponía a acoger el socialismo como un evangelio internacional. Esto explica en parte las relaciones muy estrechas entre los sindicatos obreros y el Partido Social-Demócrata, y también el punto de vista fuertemente internacional de los jefes de la socialdemocracia.

La industria húngara, primitiva hasta la década de 1860, se desarrolló considerablemente durante la segunda mitad del siglo xix. En gran parte fue financiada por capital extranjero y dirigida casi por completo por no magiares, incluyendo una gran proporción de judíos. Sus obreros especializados comprendían un numeroso elemento alemán, mientras que los menos especializados eran en gran número no magiares procedentes de Eslovaquia y de otras regiones rurales superpobladas. En Budapest y en otros centros industriales las condiciones de vivienda para la clase obrera eran de las peores de Europa; y un abismo sepa-

raba a la minoría especializada del resto del proletariado urbano. Tanto en las ciudades como en el campo, a pesar del desarrollo de las técnicas industriales, el nivel de vida de la gran masa de los trabajadores bajaba a medida que subían los precios sin mejoras equivalentes en los salarios; porque la afluencia continua de los obreros no especializados procedentes de las regiones rurales creaba una tendencia constante a que la oferta de esta clase de trabajo excediese a la demanda.

Esta marcha hacia las ciudades era resultado, no tanto de la atracción ejercida por el desarrollo de la industria, como del aumento de la población rural. El sistema agrícola dominante era el de grandes propiedades, con frecuencia sumamente grandes, poseídas por la alta nobleza y de propiedades más pequeñas poseídas por una clase acomodada muy numerosa, cultivada en parte por aldeanos o por labradores arrendatarios, en general bajo condiciones muy desfavorables; pero en gran parte por labradores asalariados, cuya situación seguía siendo semiservil, incluso después de haber sido oficialmente emancipados. Existía también una clase de agricultores principalmente alemanes, que cultivaban sus propias tierras, incluyendo un pequeño grupo de agricultores prósperos, algunos de ellos muy prósperos. Pero esta clase de agricultores era relativamente pequeña, y al dividirse la tierra entre los hijos, la situación económica de la mayoría tendía a empeorar a medida que la población aumentaba. Desde la década de 1860, durante algún tiempo, aumentó rápidamente la superficie cultivada por aprovecharse las tierras pantanosas mediante la construcción de canales y otras obras en los ríos. Esta tierra en gran parte fue comprada por especuladores, puesta en buenas condiciones por grandes masas de agricultores inmigrantes, y vendida después con grandes ganancias. Esto contribuyó a crear un proletariado, que acudió a las ciudades cuando terminó ese trabajo de preparación de las tierras, mientras otra parte volvió a las aldeas a difundir las nuevas ideas. Durante las últimas décadas del siglo, para una considerable parte del sobrante de la población rural se encontró salida en la emigración, principalmente hacia los Estados Unidos. Esto se inició sobre todo entre los eslovacos del norte de Hungría, y después se extendió a otros grupos. Aumentó rápidamente en las décadas de 1890 y 1900, y contribuyó a fortalecer la posición de los obreros urbanos y, a la vez, a reducir, pero no a evitar completamente, el descenso en el nivel de vida de los distritos rurales. Pero, aunque emigrasen, en modo alguno resolvían el problema. Hungría seguía siendo un país de gran desempleo, tanto entre los trabajadores industriales menos especializados, como entre los agrícolas, excepto en periodos de prosperidad de la industria y durante la temporada de la recolección en los distritos rurales, pues entonces se necesitaba aumentar el número de trabajado-

res. Los obreros industriales especializados eran relativamente pocos, y padecían mucho menos que los no especializados: quienes peor lo pasaban eran los inmigrantes (con casas malísimas) procedentes del campo, que formaban un numeroso *lumpenproletariat,* sobre todo en Budapest. Los desórdenes de campesinos generalmente ocurrían en la época de la recolección —una situación completamente diferente a la de casi todos los países agrícolas, en donde se producían generalmente durante el periodo de descanso posterior a la siembra y anterior a la recolección.

Políticamente, la situación fue, hasta 1914, enteramente incompatible con el desarrollo de un partido socialista capaz de utilizar con eficacia los métodos parlamentarios. Era también tal, que impedía la organización de partidos representantivos de las minorías nacionales, del mismo modo que esos partidos crecieron el en Reichsrath austriaco. El parlamento húngaro, como fue reconstruido después del llamado "Compromiso" de 1867, que restauró el gobierno autónomo de Hungría, no era, ni pretendía serlo, una asamblea representantiva ni siquiera de las clases altas de Hungría en su totalidad. Era todavía una dieta aristocrática dominada por los magiares, en la cual los no magiares generalmente sólo podían ocupar lugares bajo la condición de que se sometiesen al predominio magiar. No solamente estaban excluidos del derecho al voto los obreros urbanos y el proletariado rural, aunque fueran magiares: además, el sistema electoral estaba calculado de manera que prácticamente no diese participación a los eslavos y a otros grupos inferiores. En los distritos de población predominantemente no magiar, muchas de las circunscripciones eran virtualmente "burgos podridos", en los cuales un puñado de votantes reconocidos tenían la seguridad de enviar partidarios del régimen establecido. Las circunscripciones o distritos magiares tenían más electores, y ofrecían más oportunidad para verdaderas luchas; pero en general los métodos increíblemente complicados tanto para hacer las listas de electores como para ejecutar los tortuosos procedimientos de elección por latifundios, permitían al gobierno, en primer lugar, asegurar un predominio aristocrático y magiar falseando las listas y, después, descalificando, casi a capricho, a cualquier votante sospechoso, cuyo nombre apareciese en ella. Además, el voto público daba grandes facilidades para atemorizar al elector. En la primera formación de las listas, uno de los principios era excluir a toda persona cuya situación no fuera considerada como "libre", interpretado esto en el sentido de eliminar no sólo a los "sirvientes" de los grandes terratenientes, sino, por analogía, también a cualquiera que "sirviese" en una industria y en cualquier otra forma de trabajo manual. El sistema de votación era mucho menos liberal incluso que el de Austria después de 1867; porque estaba

dirigido no solamente en contra de las clases bajas, sino también contra todo el que fuera considerado como un contrario real o en potencia al gobierno magiar.

Esto explica una curiosa paradoja: que el apoyo en favor de una reforma electoral viniese no sólo de la clase media y de la clase obrera húngaras, sino también del rey-emperador y de sus ministros y de los partidarios de la unión con Austria, que defendían el "compromiso de 1867" en contra de los defensores de una independencia húngara mayor o completa. Después de la derrota de la revolución húngara de 1848, el país perdió por algún tiempo su autonomía interna, y quedó sujeto al gobierno imperial. En 1867, cuando el imperio quedó debilitado por su derrota a manos de Prusia, y cuando Austria fue expulsada de la confederación alemana, los magiares estuvieron en posición bastante fuerte para reclamar sus "derechos históricos". Hungría volvió a ser un reino independiente, unido a Austria por un monarca común, con un ejército federal, al cual Hungría tendría que contribuir con soldados y con parte de los gastos, pero los magiares insistían en su derecho a votar o a no votar respecto a los hombres y al dinero, como también a mantener un ejército territorial de reserva, el Honvéd, que hablara el magiar. Austria y Hungría estaban también unidas por un Ministro de Relaciones Exteriores común y por un tratado comercial destinado a abrir el mercado húngaro a la industria austriaca y el mercado austriaco a los alimentos húngaros. Había disputas constantes acerca de las condiciones del servicio militar y de los hombres y del dinero que habían de ser votados y acerca de los términos del tratado del comercio; y la política húngara fue en gran parte tema de las disputas entre los "hombres de 1867", que estaban dispuestos a cumplir con el "compromiso", y los "hombres de 1848", que trataban de alterarlo en el sentido de una mayor independencia respecto al gobierno imperial. Entre la mayor parte de las clases altas el compromiso de 1867 era muy impopular. En realidad, encontró más apoyo entre las clases altas que pertenecían a otros grupos nacionales, partidarios de la relación con Austria, porque contribuía a evitar la dominación completa de los magiares y hallaban salidas en los servicios comunes, especialmente en el ejército imperial. Siempre que los "hombres del 48" ejercían más presión, el gobierno imperial se hacía más favorable a los eslavos, y amenazaba con una reforma electoral y con otras medidas tendientes a igualar a los magiares con otros grupos nacionales. Siempre que los "hombres del 67" se acercaban a los deseos del gobierno imperial (el cual, naturalmente, tendía a ser predominantemente alemán) los "hombres del 48" trabajaban por despertar el sentimiento nacional magiar en contra de la unión con Austria. Sin embargo, la mayoría de la aristocracia magiar, incluso si

deseaba mejorar el compromiso de 1867, no quería romper la relación completamente, porque temía a Rusia, y dudaba de que fuesen capaces de mantener su dominio sobre los súbditos eslavos sin la ayuda de Austria. Los austriacos, por su parte, necesitaban de Hungría como fuente de poder militar y como medio de mantener la unidad del Estado austriaco multinacional.

En 1848 la revolución húngara fue derrotada, no sólo por el levantamiento de los croatas y por el ejército invasor de Jellacic que, en realidad hizo, poco, sino también por el ejército ruso enviado en auxilio del Emperador, y por sus disenciones internas. Louis Kossuth había sido un nacionalista de izquierda, con opiniones sociales avanzadas, pero había reñido con los aristócratas magiares y también con los eslavos de Hungría, y unos y otros habían contribuido a su derrota. Hasta 1867, el nacionalismo magiar tendió a unirse en contra del gobierno austriaco: pero después del "compromiso" siempre hubo conflictos entre los defensores de un nacionalismo intransigente contra la intervención de Austria, y los aristócratas magiares que tenían la democracia de Kossuth y preferían el "compromiso" a cualquier agitación que pudiera ayudar a revivirla. Esto produjo la situación curiosa y confusa en la cual el gobierno imperial con frecuencia apoyaba a los eslavos de Hungría, y a veces favorecía la reforma electoral con este propósito, mientras que sus mejores amigos de Hungría, los magiares conservadores, eran los enemigos más decididos de esa misma reforma.

La lucha por una ampliación del derecho al sufragio en Hungría en estas circunstancias no podía tomar la forma de un movimiento de la clase obrera y de la clase media en contra de la aristocracia. Tenía también el carácter completamente diferente de una espada de Damocleses colgada sobre los aristócratas magiares, que querían conservar el monopolio del poder tanto sobre los no magiares como sobre sus súbditos magiares. Por supuesto, había una demanda en favor del derecho al voto para todos los varones, que hacían los socialistas y los radicales de la clase media; pero ninguno de este grupo podía formar parte del muy aristocrático parlamento magiar, ni tampoco podía unirse fácilmente con los eslavos y con los otros grupos nacionalistas, que tan deficientemente representados estaban en él.

El nacionalismo y el orgullo nacional eran en Hungría más que en ninguna otra nación europea, sin exceptuar a Polonia, obstáculos para el desarrollo del socialismo y de la organización obrera. El antigermanismo, el antieslavismo y el antisemitismo, todos contribuían a despertar el sentimiento en contra del internacionalismo de los socialistas y de los intelectuales de izquierda; la causa del fuerte arraigo del prejuicio religioso en la población rural y en una parte de los habitantes de las ciudades el antisemitismo era la carta más eficaz que

podía jugarse contra ellos. Frente a todos estos obstáculos llegó a desarrollarse un importante movimiento obrero especialmente en Budapest; y durante algún tiempo pareció que el socialismo agrario también conseguiría arraigar en los distritos rurales, por lo menos en la Hungría central. Pero sólo después de que la monarquía dual, y con ella el control magiar ejercido en las regiones no magiares se vino abajo al terminar la primera Guerra Mundial, surgió el socialismo durante algún tiempo como una fuerza verdaderamente poderosa en el momento de la derrota; e incluso entonces sólo para ser aplastado por el terror blanco de la contrarrevolución aristocrática magiar.

Los primeros sindicatos obreros de que se tiene noticia, surgieron en Hungría sólo en el decenio de 1860, y ninguna organización importante apareció hasta después de 1867. Los impresores de Budapest tuvieron una especie de sociedad del oficio ya en 1861. En 1867 los tipógrafos celebraron una conferencia, donde los debates se desarrollaron en alemán y en italiano. De este modo, como en muchos otros países, los impresores parecen haber marchado a la vanguardia. A éstos siguieron otros sindicatos obreros, y en 1869 se formó un sindicato general bajo la dirección de Viktor Külföldi (1844-1894), que ya había fundado en 1868 el *Periódico de los Obreros,* que se convirtió en órgano del sindicato. El año siguiente fue puesto en marcha un periódico más decididamente socialista, *La Trompeta Dorada,* por Mihály Tamcsics, un antiguo luchador de 1848; pero pronto hubo dificultades con la policía y fue prohibido. Hasta entonces el principal expositor de las ideas socialistas en Hungría había sido József Kritovics, cuyas doctrinas derivaban en gran parte de Louis Blanc. Defendía el "derecho al trabajo" y el establecimiento de talleres nacionales autónomos con capital proporcionado por el Estado, que sería democratizado introduciendo el derecho al sufragio para todos los varones. Este programa era por supuesto, el de Lassalle; y al final del decenio de 1860 la influencia de Lassalle se hizo considerable, con János Flrabie como expositor principal. Una verdadera batalla se produjo entre los socialistas partidarios de Lassalle y los defensores de sociedades de ayuda económica formadas para la ayuda mutua y la paz social siguiendo el modelo de las sociedades establecidas en Alemania bajo la influencia de Schulze-Delitzsch. En 1870 hubo una división entre los dos grupos. Hasta 1867 el derecho de asociación había estado regulado por una ley austriaca, la cual limitaba mucho el derecho de reunión, y no permitía las huelgas. Después, durante algunos años, la situación legal fue incierta; y los sindicatos obreros pudieron desarrollarse sin molestias graves, aunque generalmente se disfrazaban con actividades de ayuda mutua, y realizaban sus discusiones semiclandestinamente mediante organizaciones auxiliares. La ley de 1872 reconoció el de-

recho de asociación, e incluso el derecho a la huelga; pero consideraba como un delito la incitación a la huelga, y puso muchas limitaciones al reconocimiento. Fue, en realidad, un intento de encauzar a los sindicatos obreros hacia las actividades pacíficas de ayuda mutua y de colaboración con los patronos siguiendo los principios de Schulze Delitzsch, y de apartarlos así de la influencia de las ideas revolucionarias y de la Asociación Internacional de Trabajadores. Las restricciones al derecho de manifestación y de reunión públicas fueron de hecho reforzados; y no se concedió ningún derecho de asociación a los trabajadores rurales.

Hasta 1872, los trabajadores húngaros no tomaron parte en los congresos de la Asociación Internacional de Trabajadores. En 1869 un emisario de esta organización, Wilhelm Raspe se presentó en Budapest, pero en seguida fue detenido. Sin embargo, en el Congreso de La Haya de 1872 estuvo presente un solo delegado húngaro, Károlyi Farkas, y votó con la mayoría marxista en contra de los partidarios de Bakunin. Parece que en realidad no era un marxista, sino un moderado, que se distinguió sobre todo por su gestión en favor del seguro contra enfermedades. Mucho antes, el gobierno húngaro había prohibido el Sindicato General Obrero y perseguido a sus dirigentes por alta traición, con el resultado de que se disolvió y desapareció. Sin embargo, el movimiento sobrevivió. En 1873 Viktor Külföldi, cuyo verdadero nombre era Jakob Meyer, y Jakob Schlesinger fundaron *La Crónica Semanal Obrera,* y Külföldi, con Antal Ihrlinger, trataron de fundar un partido obrero. Este partido fue prohibido; pero el periódico, aunque tuvo con frecuencia dificultades con la policía, logró continuar.

Hasta este momento la influencia marxista directa fue muy pequeña en Hungría, aunque el *Manifiesto Comunista* había sido traducido (y prohibido) y algunos de los manifiestos de la Primera Internacional habían sido publicados en los periódicos obreros. Pero en 1875 el "communard" Leo Frankel (1844-1896) regresó a Hungría, y en seguida empezó a actuar. Frankel, que había nacido en Budapest, estuvo en el extranjero durante los últimos años de la década de 1860 y los primeros de la de 1870: había estado en París durante la Comuna encargado de los asuntos obreros y de los problemas de ocupación.[1] A la caída de la Comuna escapó a Londres, en donde conoció a Marx, y aceptó sus ideas. Frankel no había asistido a ninguno de los congresos de la Internacional; pero estaba muy versado en marxismo, y se puso a organizar un Partido Social-Demócrata siguiendo el modelo del Partido Unido Alemán, que acababa de ser creado en el Congreso de Gotha. Desde 1876 a 1881 dirigió *La Crónica Semanal Obrera* de

[1] Véase vol. II, p. 148 ss.

Budapest; y pronto estuvo en desacuerdo con Külfóldi, quien al salir de la cárcel en 1877, fundó un órgano rival, *La Voz del Pueblo.* Aquel año Frankel, como delegado de Hungría, asistió al congreso de unidad socialista de Gante; y en 1880 los húngaros consiguieron reunir un congreso general obrero, que adoptó un programa ampliamente socialista. Al año siguiente Frankel fue encarcelado bajo la acusación de sedición, por sus declaraciones sobre del ejército; y mientras estuvo preso ardió la disputa entre los social-demócratas y los anarquistas, y durante el decenio de 1880 esta disputa siguió dominando el movimiento obrero. Mientras tanto los moderados continuaron su campaña en favor de la legislación del seguro social y por la limitación de la jornada de trabajo. En 1884 la ley de asociaciones fue liberalizada un poco y, al desarrollarse la industria muy rápidamente, los sincucatos obreros también se desarrollaron de prisa. En 1885 los sindicatos emprendieron una campaña para abolir el trabajo en los domingos, que se reglamentó legalmente en 1891. El mismo año se presentó un proyecto oficial de seguro contra la enfermedad, siguiendo el modelo de la ley alemana; y dos años más tarde otro sobre el seguro contra accidentes de trabajo.

Mientras tanto, fue disminuyendo la influencia anarquista, y la mayor parte de los sindicatos obreros quedaron bajo el influjo socialista, sobre todo social democrático. En 1889 pudieron celebrar-su primer congreso público, el cual, en realidad, se limitó principalmente a Budapest; y ese mismo año Frankel asistió como delegado socialista de Hungría al primer congreso de la Segunda Internacional en París —al marxista. Regresó entusiasmado con el acuerdo del congreso de hacer del primero de mayo de 1890 motivo para una manifestación de masas en todos los países, principalmente en favor de la jornada de ocho horas. Al mismo tiempo, los socialistas austriacos acababan de unir sus fuerzas en torno del programa Hainfeld; y en 1890 los grupos social-demócratas húngaros se aliaron para formar una organización unida y adoptar en bloque el programa austriaco. Desde este momento los sindicatos obreros crecieron rápidamente, y se establecieron relaciones muy estrechas entre los sindicatos y el Partido Social-Demócrata. En realidad, los sindicatos obreros se desarrollaron en una curiosa forma triple de organización. Exteriormente fueron organizados como sociedades ,de ayuda mutua, conforme a la ley de 1872, restablecida con algunas enmiendas en 1884. Esta organización exterior sirvió para ocultar dos formas de asociación clandestina, para las cuales se recogieron suscripciones de todos los miembros, una para las organizaciones obreras y la otra para ayudar al Partido Social-Demócrata, del cual los sindicatos se convirtieron virtualmente en ramas. Hasta entonces el movimiento obrero había sido enteramente urbano; pero en 1890

aparecieron algunos delegados rurales en el congreso social-demócrata, y el partido y los sindicatos iniciaron una cruzada para atraer a los trabajadores rurales.

En 1891 hubo algunos desórdenes rurales en la Hungría central durante la época de la recolección, especialmente acerca de la cuestión de los salarios de la recolección. Fueron reprimidos cruelmente, pero se repitieron en escala mayor tres años más tarde. De nuevo fueron dominados con mucho derramamiento de sangre, pero se repitieron en años siguientes, llegando a su máximo en 1896 y en 1897; pero todavía principalmente entre los magiares de la región central, aunque algo se extendieron a otros distritos, sobre todo a Transilvania y al Bánato. También hubo muchas huelgas en Budapest, a - las que se respondió con una fuerte represión y la deportación de varios de los jefes a distritos rurales, en donde contribuyeron a fomentar los desórdenes entre el proletariado rural.

También se produjo entonces una división en el Partido Socialista. En 1896 István Varkónyi (1852-1916) creó un Partido Socialista independiente, cuyos miembros pertenecían sobre todo a los distritos rurales, y tuvo en sus filas a muchos pequeños propietarios rurales y también a trabajadores rurales.

István Varkónyi, un tratante en caballos de Czegled, hizo una pequeña fortuna con carretaje y otros contratos. Le impresionó la terrible situación de los pequeños aldeanos y trabajadores rurales e, ingresando en el Partido Social-Demócrata, se dispuso a reclutar apoyo en los distritos rurales. Poco después cayó bajo la influencia del anarquista pacífico Dr. Eugen Heinrich Schmitt, y empezó a predicar una doctrina de socialismo cristiano basada en las ideas de éste. Según las enseñanzas de Schmitt hay en todo hombre, incluso en los peores, una chispa divina que es capaz de iluminar todo su ser con amor fraternal hacia sus prójimos y de inducirlo, sin coacción física, a vivir una vida buena y a organizar una buena comunidad; pero este elemento natural de bondad ha sido oscurecido por las largas tradiciones de miseria, por una parte, y de opresión, por otra, y no es posible acabar con las malas prácticas nacidas de estas tradiciones en un momento, o nunca, entre quienes continúan padeciendo miseria y opresión extremas. Por consiguiente, el primer paso hacia la regeneración es despertar el espíritu divino en quienes son capaces de reaccionar y\:on su ayuda poner en marcha una cruzada para el mejoramiento material. Varkónyi aplicó este diagnóstico especialmente a los agricultores pobres y a los labradores sin tierra del norte de Hungría, y recurrió a los más acomodados, pero no a las clases opresoras, para que pidiesen reformas que elevasen el nivel de vida de las masas rurales y, al conseguirlas, las hicieron accesibles al llamamiento de su naturaleza su-

perior. Inspirado por estas ideas, se separó del Partido Social-Demócrata, y fundó en 1896 un Partido Socialista Agrario, que, durante algún tiempo, tuvo bastantes miembros. Entre los terratenientes cundió el temor de un levantamiento general de los aldeanos. El partido de Varkónyi fue prohibido por la ley, pero continuó existiendo clandestinamente como rival de los social-demócratas, que continuaron activamente su propaganda agraria. El socialismo de Varkónyi se diferenciaba del de ellos sobre todo por no tener raíces en el marxismo, con su insistencia en la dirección obrera. Estaba dirigido a los trabajadores rurales, y tenía bastante en común con el "narodnismo" de los países eslavos. Su elemento místico, semirreligioso, atraía los sentimientos religiosos de la población rural. Varkónyi a veces fue acusado de anarquista; pero, en realidad, no fue más que un agitador agrario de un tipo corriente en los países menos adelantados.

A pesar de la severa represión del movimiento rural, se lograron importantes éxitos prácticos. En 1896 y en 1897 se obtuvieron grandes aumentos en los salarios de la recolección, y los salarios corrientes fueron también mejorados considerablemente en ciertas regiones. Sin embargo, estos éxitos no hicieron más que aumentar el celo de las autoridades para suprimir el movimiento, privándolo de sus jefes y molestando a los dos partidos socialistas. Después de 1897 la inquietud de los campesinos disminuyó por algún tiempo a causa de la represión. No reapareció en gran escala hasta 1905, cuando el fermento general que siguió a los levantamientos de Rusia, se extendió hasta Hungría, y afectó a los pueblos eslavos y rumanos como también a los magiares y a los alemanes.

Ante los desórdenes de los campesinos en 1896 y 1897, el gobierno recurrió a severas medidas de represión. No satisfecho con disolver las reuniones de aldeanos y de prohibir el partido de Varkónyi, estableció una nueva legislación represiva. En 1898 entró en vigor una ley generalmente conocida como "ley de la esclavitud". Prohibía todas las huelgas e imponía graves penas por el delito de "incitación a la huelga". También contenía medidas especiales en contra de los trabajadores rurales, a los cuales no sólo se les prohibía asociarse de cualquier forma, sino que además estaban sometidos a trabajo obligatorio. Se consideraba como un acto criminal de los trabajadores rurales ausentarse del trabajo al servicio del terrateniente; y la aplicación de la ley fue puesta en manos de las autoridades de los condados, controladas exclusivamente por los terratenientes locales. Al mismo tiempo se realizaron nuevas represiones contra los partidos socialistas y los sindicatos obreros urbanos, que tuvieron que volver a la clandestinidad, pero, sin embargo, siguieron desarrollándose. En 1900 un segundo grupo de socialistas agrarios dirigidos por Vilmos Mezófi, se separó y formó

un "Partido Socialista Reorganizado". En 1903, el mismo Partido Social-Demócrata fue reorganizado, todavía a base de una estrecha alianza con los sindicatos obreros, y en 1905 los obreros urbanos participaron activamente en los grandes movimientos huelguísticos que se produjeron al estallar la revolución rusa.

Los numerosos levantamientos de campesinos en 1905 y la excitación producida por la revolución rusa tuvieron como uno de sus resultados el casi milagro de que tres socialistas agrarios, Varkónyi, Mezófi y Andios Achin, fueron elegidos para el parlamento húngaro. Achin fue asesinado casi inmediatamente; pero los otros dos continuaron en el parlamento para defender la causa de los agricultores (por lo cual fueron censurados con frecuencia) y para desempeñar parte importante en la lucha por la reforma en los años siguientes. Los social-demócratas marxistas, por otra parte, no pudieron elegir ni un sólo miembro del parlamento hasta 1914.

Al mismo tiempo que la represión, se hicieron intentos durante todo este periodo para oponerse al crecimiento del socialismo creando movimientos que lo contrarrestasen sobre una base social-cristiana imitada de Austria. En la década de 1890 se había fundado un Partido Popular Cristiano, y en 1904 un Partido Obrero Cristiano en oposición al reorganizado Partido Social-Demócrata. Una característica principal de estas organizaciones fue el antisemitismo, dirigido tanto contra los radicales burgueses como contra los socialistas. El movimiento Social-Cristiano húngaro, aunque hizo algo por fomentar las sociedades cooperativas y de ayuda mutua sobre una base religiosa, y presentó un programa de reformas sociales, nunca tuvo un ala radical como existía en las organizaciones social-cristianas del Occidente. Era esencialmente, como el movimiento de Lueger en Viena, una organización combatiente antisemita de derecha, destinada a salvaguardar la autoridad de la Iglesia y a despertar sentimientos contrarios a los judíos y a los extranjeros, que tomaban parte importante en los grupos socialistas y radicales.

Durante todo el periodo examinado en este capítulo la constitución húngara se conservó sin ser reformada. Los trabajadores, como hemos visto, no tenían voto; tampoco lo tenía una gran parte de la clase media. En las regiones no magiares, muchos distritos electorales eran, en efecto, "burgos podridos", con muy pocos electores: las regiones magiares tenían más electores, pero en su mayoría estaban controladas por la aristocracia. En cualquier sitio era sumamente raro que consiguiese ser elegido alguien que por Jo menos no estuviese "magiarizado". La Cámara baja, lo mismo que la alta, era un coto de la aristocracia, dentro del cual penetraban pocos extraños. Esto no evitó que grupos con matiz de izquierda surgiesen dentro de los partidos

magiares tradicionales, que eran siempre más bien flexibles y organizados con libertad; pero era imposible la existencia de un partido socialista parlamentario, ni siquiera de un fuerte partido radical burgués. Tanto los socialistas como los radicales tenían que recurrir principalmente a una agitación extraparlamentaria, realizada bajo el control opresivo de la policía. El movimiento en favor del derecho al sufragio, en la medida en que procedía de la izquierda, fue organizado, sobre todo al principio, por los social-demócratas en alianza no oficial con el Partido Radical de la clase media, dirigido por Oszkár Jászi (nacido en 1875), el historiador que más tarde escribiría la historia de la revolución húngara, y que fue acogido en los Estados Unidos como profesor del Oberlin College después de la derrota de la revolución. Dentro del parlamento, estos partidos encontraron alguna ayuda en el ala izquierda del partido de la Independencia: los "Hombres del 48". Esta ala fue emancipándose poco a poco de los ultranacionalistas aristocráticos, y tendía a favorecer la alianza con no magiares, que eran contrarios al gobierno imperial y a la unión con Austria. Pronto pasó a ser dirigido por el aristócrata disidente conde Mihály Károlyi (1875-1955), que se constituyó en defensor de la reforma agraria y del desarrollo de las sociedades cooperativas; pero, en su mayor parte, incluso la izquierda magiar siguió siendo muy magiar, con su sentimiento tradicional de superioridad sobre los demás grupos nacionales.

Sin embargo, la situación de Hungría cambió considerablemente por los sucesivos golpes que para el orden establecido significó la revolución rusa de 1905 y el establecimiento del sufragio para todos los varones en Austria dos años más tarde. Este último hecho significó el crecimiento repentino del Partido Socialista Austriaco en un grupo grande y poderoso dentro del Reichsrath austriaco. Sin embargo, como hemos visto, fue acompañado de la desintegración del Partido Socialista Federal en distintos partidos nacionales de alemanes, checos, polacos y grupos nacionales menores, y por el rápido aumento de un sentimiento nacionalista en los territorios eslavos. Los sindicatos obreros austriacos, como vimos, también fueron afectados especialmente en Bohemia. Estas tendencias divisionistas, que parecían amenazar con la desintegración de Austria o con su reconstitución como federación de Estados nacionales, tenían que influir en Hungría, especialmente en los distritos eslovacos próximos a Bohemia, pero también a través de los territorios no magiares. Asimismo habían de intensificar el nacionalismo magiar, y establecer un abismo entre los elementos de derecha y los de izquierda. Era del consenso general que se había hecho inevitable una reforma electoral. Entre los partidarios del "Compromiso", los "Hombres del 67", existía una inclinación creciente a

aceptar el sufragio para todos los varones, con la esperanza de que podría atenuarse por medio del voto plural y por otros procedimientos, para evitar la desintegración del reino húngaro; pero el hombre fuerte del grupo pro-imperial, el conde István Tisza, siguió irreconciliablemente contrario a conceder el sufragio general masculino. Entre las facciones partidarias de la "Independencia", el ala derecha era también muy contraria a cualquier cambio que pudiera poner en peligro la supremacía magiar, mientras que el ala izquierda quería conceder el voto a los magiares pobres y destruir los "burgos podridos" no magiares que eran baluartes de los "Hombres del 67"; pero también estaban decididos a oponerse a cualquier cambio que pudiera entregar el poder a la mayoría no magiar de la población. De este modo la situación política se hizo sumamente confusa; pero ante la creciente agitación popular era imposible no hacer nada. Por esto, fueron apareciendo varios proyectos de reforma electoral, para morir a manos de los comités o para caer con los gobiernos que los habían presentado. En 1905-6 un gobierno que representaba a los "Hombres del 67" intentó la aprobación de un proyecto que habría dado tanto a la clase obrera como a los eslavos cierta esperanza de obtener asientos en el parlamento: la oposición nacionalista se opuso con éxito a estas mejoras. Por entonces, se produjo una disputa acerca del derecho de la Corona a aumentar el número de las fuerzas armadas y de pedir a Hungría tanto un número más crecido de soldados como una contribución financiera mayor. El rey-emperador, al no poder lograr su aprobación ante la unión de los partidos de oposición, permitió que estos partidos formasen gobierno bajo la promesa secreta de no alterar el Compromiso de 1867. A continuación el nuevo gobierno de coalición presentó en 1908 un proyecto de reforma electoral basado en un sistema de voto plural, lo cual contrarrestaría un aumento considerable en el número de electores compensando la representación en contra, tanto de la clase obrera como de la población no magiar. Los socialistas tomaron la iniciativa para organizar grandes manifestaciones de protesta. Hubo graves desórdenes en Budapest, contra los cuales, como de costumbre, se emplearon violentos métodos de represión. El gobierno de coalición, que se atrajo la oposición de sus mismos partidarios por su promesa, la cual había trascendido, de no alterar lo convenido en 1867, se hizo sumamente impopular, y el rey-emperador le quitó el poder. Los "Hombres del 67" volvieron a gobernar, y presentaron un nuevo proyecto de reforma electoral, que incluía el principio de sufragio para todos los varones, pero este proyecto fue tan modificado durante las discusiones parlamentarias, que llegó a desvirtuarse. Otro gobierno y otro proyecto fracasaron ante la negativa obstinada de los diputados a aceptar ninguna medida que pusiese en peligro el predominio de los aristócratas

o de los magiares. Especialmente hubo una fuerte oposición contra el voto secreto, sobre todo contra el de los distritos rurales, en donde el voto público permitía a los terretanientes ejercer una presión muy poderosa.

Los magiares también estaban decididos a conservar una distribución de puestos y de votantes que asegurase el mantenimiento de la preponderancia de su nación sobre los demás gmpos nacionales, y que mantuviese subordinada la representación de las ciudades, con su inclinación a elegir miembros socialistas o radicales. La verdad es que, llegado el momento, ninguno de los grupos principales quería realmente la reforma electoral; pero, una vez planteada la cuestión y surgido un movimiento popular, nadie se atrevía a pasarla por alto.

Estas luchas acerca de la reforma electoral coincidieron en el tiempo con un grave conflicto acerca del servicio militar. El parlamento húngaro sostenía que la Corona no tenía derecho a llamar a filas a los conscriptos en territorio húngaro sin su autorización o en número superior al que estuviese dispuesto a autorizar. El gobierno de Viena, ahora aliado con Alemania, quería aumentar el ejército de acuerdo con los términos de su tratado con los alemanes: los húngaros se negaban a autorizar este aumento o a votar fondos para gastos militares mayores. 1912 fue un año de graves disturbios en Croacia, en donde la Dieta fue suspendida y el movimiento nacionalista dominado con mano dura. También entonces volvió al poder para hacer frente a la confusión creciente, el conde István Tisza, uno de los principales enemigos del sufragio para todos los varones en el Partido de los de "1867", que primero como presidente de la Cámara de diputados y después como primer ministro, hizo aprobar la ley del ejército contra una oposición tumultuosa, obligando por la fuerza a los diputados hostiles a salir de la Cámara. Uno de éstos, Gyula Kovácz, volvió después de haber sido despedido y disparó contra Tisza, y al fallar se suicidó. Después el primer ministro Lukács se vio envuelto en un escándalo financiero, y tuvo que dimitir. Tisza le sustituyó, e hizo aprobar la ley electoral de Lukács en 1913 por los mismos métodos audaces. Pero la nueva ley no satisfizo a nadie, ni siquiera a su autor: las agitaciones continuaron en su curso confuso, y llegaban al máximo cuando estalló la primera Guerra Mundial en agosto de 1914.

Se observará que durante todo el periodo estudiado en este capítulo fue imposible para el socialismo húngaro hallar una manera efectiva de actuar en el parlamento. Había algunos socialistas independientes en el parlamento; pero eran figuras aisladas e ineficaces. Ningún socialdemócrata ortodoxo consiguió ser elegido. Tampoco se hallaban en mejor situación los radicales dirigidos por Jászi. Estos dos grupos tenían que recurrir a actividades extraparlamentarias: los

periódicos, propaganda oral y manifestaciones callejeras. En el parlamento tenían aliados, al menos para ciertos fines, en los elementos más avanzados del Partido Independiente: los "Hombres del 48"; pero mientras los social-demócratas eran internacionalistas y los radicales contrarios al monopolio del poder ejercido por los magiares, los "Hombres del 48" eran nacionalistas magiares, incluso cuando tenían ideas sociales avanzadas. Sin embargo, esta situación iba hasta cierto punto cambiando en los años anteriores a 1914, a medida que el ala izquierda de los independientes se separaba más del ala derecha nacionalista y se convertía virtualmente en otro partido dirigido por el conde Mihály Károlyi. Károlyi, que pertenecía a una familia de grandes terratenientes, se había dado a conocer por su actuación en defensa de mejoras agrarias. Estas actividades lo habían llevado a interesarse mucho por las sociedades cooperativas, de las cuales su pariente, el conde Sándor Károlyi, había sido un precursor. Las cooperativas húngaras se habían desarrollado principalmente en dos formas: sociedades de crédito agrícola y sociedades cooperativas de consumo, que, en los distritos rurales, proveían de utensilios para el cultivo y también de artículos para el hogar. Mihály Károlyi, después de haber sido durante algún tiempo presidente de la Unión Central de Terratenientes, una organización dedicada sobre todo a defender los intereses de los grandes terratenientes, pero también la introducción de mejores métodos de cultivo, llegó a ser presidente de la organización principal de cooperativas: Hangya *(la Hormiga),* y se atrajo muchos partidarios en el país. Desde entonces se inclinó cada vez más hacia la izquierda, y llegó a ser la figura principal en el sector más radical del Partido de la Independencia, del cual acabó por separarse con sus partidarios durante la guerra, para actuar con los radicales y los socialistas al terminar ésta, proclamando la República húngara. Sin embargo, hasta 1914 era todavía sólo un político de la izquierda parlamentaria considerado por sus contrarios como un demagogo ambicioso y por los socialistas y radicales con mucha sospecha por sus relaciones con la aristocracia magiar. Durante este periodo los socialistas no encontraron un jefe sobresaliente que sustituyese a Leo Frankel. Sus figuras más prominentes eran el guarnicionero Erno Garámi (1876-1935) que habría de llegar a ser miembro del gabiente de Károlyi en 1918 y que huiría luego a Austria cuando los comunistas se adueñaron del poder; Julius Peidl, un dirigente de sindicatos obreros, que fue primer ministro en el gobierno parcialmente social-demócrata que tuvo una breve existencia después de la caída de Béla Kun; Jacob Weltner, la sobresaliente figura de los sindicatos obreros, carpintero y delegado en los congresos de la Internacional Socialista de 1907 y 1910; Zsigmond Kunfi (1879-1930), maestro de escuela y primero radical, que entró al Partido

Socialista antes de 1914, llegó a ser miembro del gabinete de Károlyi, y después dirigió al Partido Social-Demócrata en su fusión con los comunistas, pero fue luego muy contrario al régimen de Béla Kun; Alexander Garbai, el albañil que llegó a ser presidente de la República de Béla Kun; Desirer Kokányi, otro albañil, y Max Grossman, el líder del sindicato de carniceros, ambos muy conocidos en la Segunda Internacional; y Louis Kassak (nacido en 1887), obrero metalúrgico, poeta y novelista, que fue figura central en el movimiento cultural del proletariado.

Este aspecto cultural fue importante, tanto entre los magiares como entre los alemanes y los judíos que formaban un sector considerable de los intelectuales. El socialismo, durante los años anteriores a 1914, fue ejerciendo una fuerte influencia sobre los estudiantes, sobre todo a través del Club Galileo, que empezó como sociedad de estudios científicos, y se convirtió después en auxiliar poderoso del movimiento socialista. Por último fue prohibido en 1918, y la mayoría de sus jefes, muchos de los cuales habían estado en la cárcel, reaparecieron como figuras activas en el movimiento revolucionario al terminar la guerra.

CAPÍTULO XIV

LOS BALCANES

1. PANORAMA GENERAL

En los países balcánicos (Rumania, Bulgaria, Serbia, Grecia y Turquía) el movimiento socialista fue pequeño hasta 1914. En ninguno de estos países existía un proletariado industrial lo bastante numeroso para proporcionar una base a un desarrollo considerable de los sindicatos obreros; y aunque los socialistas trataron de encontrar apoyo en el campo su éxito fue muy reducido. Sobre la mayor parte del territorio la forma predominante de producción agrícola era el cultivo en pequeña escala de tipo muy primitivo. Excepto en Rumania había pocos latifundios y no muchos labradores sin tierra. La situación de los agricultores variaba demasiado de un lugar a otro; pero ya estuviesen más o menos acomodados, la mayoría de ellos cultivaba sus pequeñas parcelas sobre todo para el consumo propio, importando los productos para la venta sólo en pocos distritos, por ejemplo, en las regiones de Macedonia, dedicadas al cultivo del tabaco. Las industrias urbanas eran principalmente de tipo artesanal: oficios que se practicaban en pequeños talleres con pocas fábricas, casi todas financiadas con capital extranjero, y que en su mayoría producían tejidos. Sin embargo, el capital extranjero no era un factor importante, excepto en Rumania, en donde la industria del petróleo se había desarrollado rápidamente después de 1900. En casi todos los Balcanes los recursos minerales no se utilizaban. Incluso en la agricultura, aunque el cultivo del trigo había disminuido, su lugar lo había ocupado principalmente el maíz, que constituía el alimento principal tanto para los hombres como para los animales. Sólo en muy pequeña escala se había desarrollado la agricultura especializada para la exportación. El nivel de vida era sumamente bajo, y precario; y sobre la mayor parte del territorio los agricultores estaban sujetos a exacciones grandes y con frecuencia arbitrarias por parte de los recaudadores de impuestos, y en Rumania también por parte de los terratenientes.

Dadas estas condiciones, la tierra tendría que agotarse, y la producción generalmente era baja. El exceso de población era causa de un desempleo considerable, especialmente en los meses de invierno; esto se remediaba parcialmente con una numerosa emigración, no sólo a los Estados Unidos, sino también al sur de Rusia y, en el caso de Grecia, a Egipto e incluso al Sudán. Sin embargo, se había desarrollado

considerablemente la clase de los kulaks, que prestaba dinero para explotar a los agricultores pobres; y los hijos de estos agricultores relativamente acomodados entraban como oficiales en el ejército, especialmente en Serbia, en donde llegaron a ser un factor importante en el movimiento nacionalista agresivo, sobre todo después de 1903. Existían tendencias análogas en Bulgaria, en parte contrarrestadas por la existencia de un verdadero Partido Campesino, el cual era contrario a aventuras militares.

Sin embargo, la ausencia de una aristocracia de terratenientes, atenuaba la mala suerte de los agricultores, especialmente en Bulgaria y en Serbia. Esta ausencia se debía sobre todo a la expulsión de los turcos y de las clases altas turcófilas a medida que en un país tras otro se fue estableciendo la autonomía política, incluso cuando se conservaba un predominio turco nominal. Esta expulsión dejó al aldeano dueño de su propia tierra y pobre, sobre todo porque sólo podía cultivarla con los métodos más primitivos. Es verdad que hubo algún desarrollo de las cooperativas agrícolas; pero no fue en gran escala y favoreció principalmente a los más acomodados, más bien que a la gran masa de agricultores. En algunos distritos sobrevivían formas primitivas de comunidad campesina, que hacían la producción en común, pero a poco eran sustituidas por el cultivo individual.

No debe olvidarse que todos los Estados balcánicos surgieron de las ruinas del imperio turco, y que a ninguno de ellos se le dejó ajustar sus cuentas con Turquía sin la repetida intervención de las principales potencias europeas. Especialmente la región balcánica fue teatro de conflictos continuos entre Rusia y Austria-Hungría, interviniendo las otras grandes potencias, no en favor de la causa de la justicia o la libertad, sino más bien con el propósito de impedir que ninguno de los protagonistas consiguiese sus objetivos. Nominalmente, en ciertas ocasiones históricas, se invocaba la defensa de los cristianos en contra de los infieles, como en la famosa ocasión de las atrocidades de Bulgaria; pero los cristianos de los Balcanes, lejos de estar unidos entre sí, se debatían en un violento conflicto religioso, a la vez que luchaban por la liberación nacional, y los altercados entre la iglesia ortodoxa griega y sus rivales continuamente confundían los problemas nacionales. Además, todos los nuevos Estados hacían demandas territoriales y nacionalistas incompatibles, basadas en recuerdos muy vivos de imperios muy lejanos; y era fácil para el gobierno turco, mientras conservó alguna autoridad, servirse de un grupo en contra del otro. Era éste un juego en el cual podían intervenir las grandes potencias, y así lo hicieron; de tal modo que el territorio de los Balcanes generalmente se hallaba en guerra encarnizada o proyectando emprenderla con frecuencia por instigación de algunas de las grandes potencias.

En cierto sentido, Bulgaria, Serbia y Grecia eran países democráticos, porque no tenían aristocracias de grandes terratenientes; pero su democracia apenas se extendía más allá de las cuestiones municipales, y significaba muy poco en cuanto a capacidad para controlar a sus políticos. En este respecto se reafirmaba sólo en los momentos en que, al resurgir enérgicamente el sentimiento nacional, desplazaban a un gobierno o a un gobernante, y obligaban al Estado a seguir, a veces en contra de su actuación anterior, una poíltica extremadamente nacionalista, por lo general declarando la guerra a uno o más de los Estados limítrofes. El resultado era, generalmente, una solución dictada por las grandes potencias, que sirviera o se ajustara a sus intereses más que a los de los pueblos balcánicos. Las escuadras de las grandes potencias siempre estaban bombardeando o amenazando con bombardear a alguien; y los ejércitos de Rusia y de Austria siempre estaban en pie de guerra o en actitud amenazante. Con frecuencia las soluciones eran impuestas por el nombramiento de gobernantes o comisarios extranjeros: cuando no sucedía esto y a veces hasta cuando ocurría, fracasaban o nunca llegaban a entrar de hecho en vigor.

Afortunadamente, en este libro no es necesario explorar los laberintos ni de la política balcánica ni de las intrigas de las grandes potencias y de su intervención en la región balcánica. Me ocupo de estas cuestiones porque constituyen el panorama de fondo del movimiento socialista que pudo escasamente desarrollarse. Cierta organización socialista había existido antes de 1914 en todos los países balcánicos, excepto quizá Montenegro; pero en ninguno de ellos había tenido gran influencia ni había surgido ningún pensador socialista de primera fila. Quien más se aproximó fue el Dr. Christian Rakovsky (nacido en 1873), que era una figura internacional. Nacido en Bulgaria, fue criado en la Dobruja, y se convirtió en rumano cuando este territorio quedó sujeto a la soberanía rumana. Empezó sus actividades socialistas en Bulgaria cuando era un escolar, y por esta razón no se le permitió recibir una enseñanza superior. Sus padres lo enviaron a Ginebra, donde conoció a Plekhanov, y recibió su influencia. Después pasó a Alemania, donde conoció a Liebknecht, y fue influido por el movimiento alemán. Expulsado de Prusia en 1894, se dirigió a Francia, y recibió el grado de Dr. en Medicina en Montpellier. Después en 1897 regresó a Bulgaria, donde fue de los principales organizadores del movimiento socialista, tratando de reconciliar a las facciones que luchaban violentamente. Allí publicó en 1898, su primer libro importante *Russia and the East:* un fuerte ataque a las ambiciones políticas del zarismo. Desde Bulgaria fue a la Dobruja. En 1900 trabajó como médico en el ejército rumano. En 1907, al producirse el levantamiento rural rumano, fue expulsado del país, con el pretexto de que después de todo no

era ciudadano rumano. Representó a Rumania en el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart de aquel año, después de haber representado a Servia en el Congreso de Amsterdam de 1904. Durante los años siguientes residió a veces en un país y luego en otro, incluyendo muchos periodos de residencia clandestina en Rumania. En 1911 volvió a Bulgaria como emisario de la Internacional Socialista, e hizo un nuevo intento de unir a los partidos socialistas que disputaban entre sí. En 1912 se le permitió que regresara a Rumania; pero después de la entrada de este país en la guerra fue encarcelado, y en mayo de 1917 los rusos lo pusieron en libertad. Entonces tomó parte en la revolución soviética, y llegó a ser miembro del Comité Ejecutivo Central Bolchevique. Presidió la delegación enviada por los bolcheviques para tratar con la Rada Ucraniana, y después, en 1919, llegó a ser presidente del Gobierno Soviético de Ucrania. En 1924 representó a la Unión Soviética en Londres, y negoció el abortado tratado anglo-soviético con el primer gobierno laborista. De 1926 a 1927 fue embajador soviético en París. Llamado en 1927, llegó a ser un jefe activo en la oposición contra Stalin, y poco después fue expulsado del Partido Comunista y desterrado a Stalingrado. En 1934 se retractó, y se le permitió regresar a Moscú; pero en 1938 cayó otra vez en desgracia. Fue uno de los "veintiuno" juzgados en marzo de 1938. Se le condenó, pero no fue ejecutado. Fue sentenciado a trabajos forzados. Había tenido escaramuzas con Stalin como defensor de las demandas de Ucrania; no había estado conforme con él después de la política soviética en China y en relación con el Occidente, y terminó, como otros que se atravesaron en el camino de Stalin, calificado de "trotskista". En realidad era un revolucionario culto y de espíritu independiente, con gran capacidad para ver los distintos aspectos de cada caso, y que comprendía tanto el socialismo del Occidente como el de Oriente. Aunque procedía de una familia aristocrática, heredó tradiciones revolucionarias, a las que unió un fuerte humanismo. Sin tener en realidad una patria, que pudiera considerar como propia, era ardientemente intemacionalista; pero al mismo tiempo un vigoroso defensor de la unidad balcánica, como medio para resistir al dominio de los asuntos balcánicos por las coaliciones rivales de las grandes potencias, y también como medio de unir a la clase obrera en contra de sus diferentes opresores. Escribió mucho, en varias lenguas, incluyendo obras sobre historia y economía, y también mucho en los periódicos y algunos libros acerca de la política contemporánea. Algunos de sus libros fueron publicados con el seudónimo de Insarov. Entre ellos un estudio sobre *Metternich and his Time* y una obra acerca de *Modern France,* publicadas en Rusia. También escribió sobre temas de medicina y de criminología.

Ningún otro socialista abarcó los Balcanes del mismo modo que Ra-

kovsky; ni hay ningún otro de importancia comparable, ni siquiera respecto a un solo país. Como es natural, en los países predominantemente eslavos la influencia principal era rusa, incluyendo tanto a los narodniks como a los social-demócratas, pero con predominio de Plekhanov, en parte porque no pocos de los socialistas de los Balcanes habían estado en Suiza, y se habían puesto en contacto con su grupo. En general estos lazos eran más estrechos con Rumania, donde rivalizaba con la influencia del socialismo francés. Porque muchos rumanos iban a París como estudiantes, y volvían con ideas occidentales en su expresión francesa. La influencia alemana no era tan importante directamente, a través de las relaciones personales, como a causa del gran renombre del Partido Social-Demócrata Alemán en la Internacional y, en realidad, en todo el mundo. La influencia socialista austríaca no fue muy grande, aunque por supuesto, hubo relaciones estrechas entre los eslavos del Sur, sometidos al gobierno austríaco o húngaro, y los eslavos de los Balcanes. La influencia del socialismo italiano fue escasa: los ingleses, fuera de Grecia, era como si no existiesen, excepto para el búlgaro moderado, Sakosov.

2. BULGARIA

Los búlgaros ahora consideran como iniciador del socialismo en su país al poeta Christo Botev (1848-1876), que fue a Rusia a la edad de 15 años, fue expulsado de ese país por actividades revolucionarias a la edad de 17 años y, después de trabajar como maestro en Besarabia durante dos años, regresó a su patria para practicar su profesión en 1867. El mismo año tuvo que salir de Bulgaria a causa de un fogoso discurso. Se dirigió a Rumania, en donde se ganó la vida como impresor y corrector de pruebas, y siguió sus actividades revolucionarias. En Rusia se había empapado de doctrinas narodniks, que le habían hecho creer en la posibilidad de un socialismo campesino, y también estuvo en contacto con los partidarios de Nechaiev. En 1871, desde Galatz, en donde trabajaba entonces, envió un telegrama de felicitación a la Comuna de París; y allí escribió su *Creed of the Bulgarian Commune,* el primer manifiesto socialista de su país. En Braila fundó un periódico para los desterrados búlgaros, pero desapareció después del quinto número. Se trasladó entonces a Bucarest y colaboró con Ljubra Karavelov para publicar otro periódico, al que llamaron primero *Libertad y* después *Independencia,* como órgano del movimiento en favor de un Estado búlgaro independiente y democrático. Estos dos periódicos fueron prohibidos por el gobierno rumano. Durante algunos años con Levski y Karavelov, organizó grupos revolucionarios en Bulgaria. En 1873, después de tratar de publicar un periódico satírico, *El Reloj*

Despertador, volvió a la enseñanza; y al año siguiente sucedió a Levski, que había sido fusilado en 1873, como secretario del Comité Central Revolucionario de Bulgaria —dedicado a la conspiración— del cual pronto fue presidente. Con este organismo trató de promover un levantamiento en Bulgaria y, después de fracasados varios intentos, se produjo un levantamiento importante en 1876. Botev y sus partidarios se apoderaron de un vapor alemán, y obligaron al capitán a transportarlos a Bulgaria, en donde cayó luchando en mayo de aquel año. Había dirigido varios otros periódicos después de *El Reloj Despertador,* y había publicado sus poemas, que son muy patrióticos y democráticos, en 1875.

Botev, cuya poesía es ahora muy estimada, no puede considerarse como un pensador socialista original. Era un nacionalista democrático revolucionario e influido por las ideas nihilistas y narodniks rusas, pero sin llegar a ser nihilista ni siquiera narodnik en el verdadero sentido de estas palabras. Su importancia estriba en el hecho de que es la figura sobresaliente entre los que llevaron las ideas socialistas rusas a los Balcanes. Sin embargo, no dejó tras sí ninguna organización socialista. No hubo ninguna durante los años de lucha por la independencia y unificación de Bulgaria, aunque había hombres de izquierda influidos por ideas socialistas. Sin una clase rica de terratenientes que explotase a los aldeanos, el problema social apenas existía como factor político. Los problemas planteados eran los de nacionalidad, independencia religiosa respecto a la Iglesia ortodoxa griega de Constantinopla y democracia política contra el gobierno impuesto desde fuera, ya fuese por Rusia o por acuerdo de las grandes potencias. Sólo a principios de la década de 1890 apareció una especie de organización socialista; pero el camino había sido preparado en la década de 1880, con el regreso del extranjero de dos hombres que después habían de disputarse la jefatura, y por las actividades de Rakovsky.. El primero de ellos dos fue Dimiter Blagoev (1856-1924), quien al principio del decenio de 1880 fue jefe de un grupo revolucionario extremista en Rusia donde publicó un periódico clandestino, *Rabochy,* como su órgano. Cuando, en 1886, este grupo fue disuelto por la policía zarista, Blagoev volvió a Bulgaria en donde había nacido, y allí publicó nuevamente su periódico. El otro iniciador fue el estudiante Ianko Sakosov (1860-1941), que fue a Londres a perfeccionar sus estudios, y regresó muy influido por las ideas occidentales, y sobre todo por las inglesas. Fue encaminado especialmente por los darwinianos y por Huxley y Spencer hacia las concepciones orgánicas de la sociedad y hacia las ideas evolucionistas del desarrollo socialista; su gradualismo pronto lo hizo chocar con el revolucionarismo intransigente de Blagoev. En 1891 Blagoev publicó un folleto en el que bosquejaba sus concepciones mar-

xistas del socialismo; y el mismo año él y el joven abogado Nikola Gabrowsky (1864-1925), crearon una organización socialista, primero en unión secreta a puerta cerrada y después en una asamblea mayor celebrada en la cumbre de una montaña a fin de no atraer la atención de la policía; pero casi en seguida el nuevo movimiento se dividió en facciones rivales. Un grupo sostenía que, en vista de la falta de madurez de la clase trabajadora búlgara, era prematuro tratar de establecer un partido político, y que antes debían tratar de organizar sindicatos obreros y grupos campesinos bajo la dirección social-demócrata, pero abiertas a cualquier trabajador. El otro grupo principal, dirigido por Blagoev, pedía la constitución de un partido político revolucionario; aunque favorecía el establecimiento de sindicatos obreros, insistía en que debían acoger sólo a quienes aceptasen todo el evangelio socialista revolucionario. Había además un tercer grupo, formado por partidarios de Rakovsky (éste había sido expulsado del país) que trataba de conciliar a los otros dos. Cada grupo fundó su propio periódico; y el primero y el segundo fundaron organizaciones rivales, el sindicato social-demócrata y el Partido Social-Demócrata. Esto sucedía en 1892.

Dos años más tarde, quien verdaderamente gobernaba a Bulgaria, el ex-revolucionario, Stambulov, que había reprimido con dureza las organizaciones avanzadas y había establecido una dictadura virtual, cayó del poder; y con su caída se hizo posible que los socialistas se organizasen más abiertamente y que los sindicatos obreros se formasen sobre una base nueva conspiratoria. El primer resultado fue la unificación de las facciones socialistas rivales, que empezaron a trabajar coordinadamente para la organización de sindicatos obreros y de grupos campesinos. Al año siguiente el Partido Unido obtuvo dos asientos en el Sobranje, ambos en distritos rurales; y en los años siguientes el movimiento se extendió con bastante rapidez, especialmente en los pueblos. En 1899 el Partido obtuvo seis lugares; pero el mismo año, en parte como resultado de su éxito, se creó un Sindicato agrario rival a base de un programa no socialista, sino puramente demócrata-campesino, y una gran parte de los simpatizadores rurales del socialismo se perdieron. En 1901 sólo pudo conservar un asiento. Entonces se produjeron de nuevo grandes disensiones internas. En 1899 se había planteado la cuestión de si los socialistas del Sobranje debían seguir una política de estricta independencia y emplear su representación sólo con fines de propaganda, o si debían cooperar con otros partidos democráticos para favorecer la reforma legislativa, y facilitar la subida al poder de un gobierno democrático. En 1900 Sakosov fundó un nuevo periódico, *La Causa Común,* donde defendía la segunda de estas políticas. En 1901 ocupó el poder un gobierno progresista presidido por el profesor Daneff

y una figura nueva y formidable, Alexander Stambolisky (1879-1923), apareció en escena como director de la *Bandera Agraria,* órgano del Sindicato Agrícola Nacional de Campesinos. En las elecciones, los socialistas consiguieron seis asientos, algunos por las ciudades y otros por el campo. Hubo también un número considerable de huelgas, seña de la fuerza creciente de los sindicatos obreros; pero el resultado de estos éxitos fue producir una ruptura definitiva entre las dos alas del Partido Socialista. La facción de Blagoev, con Vassil Kolarov, que más tarde actuó en el Partido Comunista como su representante principal, presentó en la asamblea del partido una proposición dirigida contra los "colaboracionistas" y destinada a colocar a los diputados socialistas del Sobranje bajo las órdenes del Comité Central del Partido. En Sofía, en donde los partidarios de Sakosov eran mayoría, los partidarios de Blagoev crearon una organización independiente, y pidieron ayuda al comité central, que tenía una mayoría de izquierda. Después el comité central expulsó del partido a la antigua rama de Sofía y a los jefes del ala derecha; y los grupos expulsados contestaron declarándose el verdadero partido y estableciendo una nueva organización en torno al grupo del Sobranje, que estaba casi todo de su lado. Además, cada ala procedió a establecer una federación separada de sindicatos obreros, una con criterio muy amplio, abierta a todos, y la otra sobre una base estrictamente revolucionaria y socialista. George Dimitrov (1882-1949), el futuro jefe de la Bulgaria comunista, que había ingresado en el sindicato de impresores en 1902, pronto llegó a ser la figura principal de la organización sindical que seguía a Blagoev. Gavril Giorgiev, G. Kirkov y Vassil Kolarov fueron también fundadores del partido de Blagoev, conocido desde entonces como los social-demócratas "de criterio estrecho", mientras que los partidarios de Sakosov fueron llamados los de "criterio amplio". Cada facción pretendía ser *el* Partido Social-Demócrata: cada una enviaba sus delegados a los Congresos Socialistas Internacionales para discutir las credenciales de la otra, y los de "criterio estrecho" hacían pública, tanto en informes escritos como oralmente, una corriente constante de difamación de sus contrarios.

Sin embargo, la división de 1903, no puso término a este asunto. La política rígidamente doctrinaria de Blagoev, que hizo imposible que su partido estableciera contacto efectivo con las masas, y de hecho hizo pasar el control de la mayoría de los pocos sindicatos obreros existentes a sus contrarios, pronto condujo a contiendas entre los de "criterio estrecho". En 1905, una sección, cuyos miembros se autollamaron socialistas 'liberales", se separó bajo la jefatura de Nikola Harlakov (1874-1927); y tres años más tarde se produjo aun otra división cuando Nikola Sakarov (1881-1943) se separó para formar el Partido So-

cialista "Progresista". Al año siguiente, los disidentes se unieron con los de "criterio amplio" para formar el Partido Social-Demócrata "Unificado", frente a la viva oposición de los de "criterio estrecho".

Antes, en 1906, se habían producido más huelgas importantes, especialmente la de los ferrocarriles y las de las minas. En 1908 Bulgaria se había proclamado reino en el momento en que Austria Hungría se anexaba Bosnia y Herzegovina; como consecuencia de la agitación que se produjo en toda la región y del peligro inminente de guerras sangrientas entre los Estados balcánicos, los partidos socialistas convocaron a un congreso unido, en el cual censuraron las alianzas militares y las intrigas de las grandes potencias y pidieron una federación de los Balcanes para la defensa común y la independencia. La necesidad de la acción común contribuyó mucho a limar las disensiones internas, y la Oficina internacional socialista envió una serie de emisarios a Bulgaria para convencer a los partidos rivales de que se uniesen. Uno de ellos fue Rakovsky, que en 1911 fundó un diario, *Adelante,* en el cual predicaba la unidad y una acción internacional común. La Federación internacional de sindicatos obreros envió a Karl Legien, su secretario y dirigente del movimiento obrero alemán, con una misión análoga a los sindicatos búlgaros; pero las divisiones continuaron. En el Sobranje especial elegido en 1911 los de "criterio amplio" obtuvieron cinco asientos y los de "criterio estrecho" sólo uno: en el Sobranje ordinario que siguió a éste sólo triunfó un socialista. Éste fue Sakosov, que se encontró solo para defender el punto de vista socialista en contra de la guerra cuando estalló la primera de los Balcanes en 1912. Después, en 1913, con una nueva ley electoral, los dos partidos lograron muchas victorias; pero más tarde, al estallar la guerra europea, la corriente favoreció a los de "criterio estrecho". Kolarov, en su representación, participó en la conferencia de Zimmerwald de 1917; y, después de la Revolución bolchevique, se convirtieron en el Partido Comunista Búlgaro.

Durante los años anteriores a 1914, sin embargo, tanto los de "criterio amplio" como los de "criterio estrecho" habían sido progresivamente superados por el crecimiento del Partido Agrario de Stambolisky. Stambolisky no fue elegido para el Sobranje hasta 1908, y hasta entonces reclutó simpatizadores fuera de la política parlamentaria. Al año siguiente publicó su libro más importante, *Political Parties or Class Organizations?,* en el cual expuso las doctrinas que había de aplicar después de 1918 como gobernante efectivo de Bulgaria y como inspirador de la "Internacional Verde". Sostenía que el futuro no sería de los partidos políticos organizados sobre una base ideológica, que llegaban a ser inevitablemente presa de los burócratas y de los egoístas, sino de grupos de clase organizados, que descansaran en cimientos de-

mocráticos de vecindad y de intereses económicos comunes. En los países predominantemente agrícolas, esto quería decir que el poder tendría que basarse en movimientos campesinos de masas, y no en el proletariado industrial como tampoco en los políticos profesionales de partido. La organización de Stambolisky, a diferencia de la mayoría de las organizaciones agrarias nacionales, era decididamente un movimiento de izquierda, que descansaba en el apoyo de los pequeños propietarios que dominaban la vida económica de Bulgaria. Destruyó las esperanzas que tenían las dos alas de social-demócratas de crear un poderoso movimiento socialista rural, e hizo que ellos se ocupasen especialmente de los obreros urbanos, y que se disputasen más vivamente que nunca entre sí, porque el campo de su influencia política se había reducido. En 1915 los socialistas de "criterio amplio" y los agraristas se unieron momentáneamente para publicar un manifiesto en contra de la participación de Bulgaria en la guerra, al lado de Alemania. Entonces ambos, como también los de "criterio estrecho", tuvieron que actuar clandestinamente, para no reaparecer hasta después de la revolución rusa y del derrumbe de las potencias centrales.

3. RUMANIA

Mientras que Bulgaria era un país de pequeños aldeanos propietarios de su tierra y que incluso, con un nivel de vida y de cultura bajos, gozaban de una libertad casi completa respecto a la opresión feudal, Rumania era un país de grandes latifundios y de campesinos sujetos a rentas y contribuciones sumamente altas y también a la prestación de trabajo no remunerado en los dominios de los terratenientes. Además, aunque el país rápidamente aumentó la producción hacia el final del siglo xix con la introducción de técnicas agrícolas más adelantadas y con los comienzos del desarrollo industrial moderno, especialmente en los campos petrolíferos, los campesinos, en lugar de participar de estos avances, se sumían en una pobreza cada vez mayor, a medida que los precios de los artículos que tenían que comprar subían, y su atraso les impedía competir con la productividad creciente de los latifundios. Siempre se había hablado de reformas agrarias, y los políticos, tanto los liberales como los "conservadores jóvenes", aseguraban que querían proporcionar más tierra a los campesinos, que se aglomeraban cada vez más en parcelas demasiado pequeñas; pero las leyes agrarias que realmente se aprobaban eran siempre tales que no daban acceso al campesino pobre, y facilitaban la compra o a los que ya eran terratenientes o a los que contaban con capital. Esto sin duda contribuyó a que la tierra así vendida se dedicara a usos productivos pero no satisfizo en absoluto las demandas de los campesinos. Además, el

movimiento de las sociedades cooperativas, las cuales se desarrollaron considerablemente con la ayuda de terratenientes progresistas como Vissarion Román, M. P. S. Aurelian, que fue durante breve tiempo Primer Ministro, y Vasily Kugalniceanu, también beneficiaba principalmente a los grandes agricultores y terratenientes, más bien que al campesino en general.

La situación semiservil en que vivía la mayoría de los campesinos, el dominio completo de los asuntos locales por los terratenientes y sus representantes y el abismo cultural enorme que separaba a las clases instruidas de la masa del pueblo, hacía casi imposible que surgiese un movimiento campesino como los que se habían desarrollado en Croacia, Bulgaria y otras partes de la región. Los campesinos mismos padecían demasiada miseria y malos tratos para crear una organización así; y los intelectuales se hallaban demasiado lejos de ellos para proporcionarles la dirección necesaria, incluso sin la fuerte represión con que hubiese tropezado un intento semejante. Ni un partido campesino ni un verdadero partido socialista podían desarrollarse bajo las condiciones existentes. La constitución de 1866, basada sobre todo en la constitución belga de 1831, oficialmente era liberal, hasta el punto de que establecía varios principios excelentes: libertad de conciencia, de reunión y de prensa; igualdad ante la ley; derecho a la enseñanza, etc. Pero casi todo esto no existía más que en el papel; y sus disposiciones electorales eran tales que aseguraba el predominio de las clases más ricas. El voto era por clases y limitado a los contribuyentes; los electores más pobres votaban indirectamente y estaban representados en una proporción mucho menor. Incluso después de las reformas de 1884, este sistema perduró en esencia sin modificaciones. Permitía a las clases profesionales que tuviesen una representación limitada en las ciudades, pero no como campeones de un grupo social amplio que participase en las elecciones.

En estas circunstancias no puede sorprender que en Rumania, aunque estaba más abierta que el resto de los Balcanes a la influencia de la cultura occidental y más desarrollada industrialmente por sus yacimientos de petróleo, no hubiese establecido una verdadera organización socialista hasta 1914. Una serie de grupos socialistas, compuestos casi enteramente por intelectuales, con muy pocos partidarios obreros, surgieron en la década de 1880. Algunos estaban inspirados por ideas occidentales procedentes sobre todo de Francia y de Suiza: otros eran influidos por refugiados de Rusia. Entre los últimos la personalidad más sobresaliente era Dobrogeanu Gherea, el único marxista rumano importante, a menos que contemos a Rakovsky, que nació en Bulgaria y por sus actividades era esencialmente una figura internacional. Gherea escribió un libro importante sobre la cuestión agraria en Rumania,

y siguió siendo una figura activa en el Partido Social-Demócrata Rumano hasta 1914. Pero, en su mayoría, los intelectuales que en los decenios de 1880 y 1890 adoptaron el evangelio socialista, pasaron del socialismo a partidos burgueses de izquierda, algunos de ellos para llegar a ser, hacia el final de sus vidas de los adversarios más activos del movimiento obrero y el radical campesino. El centro de reunión, en la década de 1890, fue la revista *humea Nova,* cuyo director, Nadejde, lo mismo que V. Mortzun, ambos miembros del Ejecutivo del Partido Socialista, llegaron a ser figuras principales del Partido Liberal y arrastraron tras de sí y nombraron para varios puestos de gobierno a otros muchos. Entre ellos estaba Encia Athanasiu, que en 1896 había sido delegado en el Congreso de la Internacional Socialista de Londres. Llegó a ser un prominente funcionario y desempeñó un papel importante en la represión del levantamiento campesino de 1907 y los movimientos obreros relacionados con él. Otro de los fundadores del Partido Socialista, Constantin Mille, lo abandonó para convertirse en influyente periodista radical. En 1900, principalmente a causa de estas defecciones, pero también por haber sido expulsados de Rumania los refugiados que habían actuado en favor de la causa socialista, el Partido Socialista Rumano dejó de existir de hecho.

Hasta el final del decenio de 1890, como hemos visto, el Partido Socialista había sido esencialmente un grupo de intelectuales; después, sin apoyo de los obreros urbanos, intentó llevar su mensaje a los sumamente explotados trabajadores rurales. Organizó una campaña rural y fundó varios clubes sociales en los pueblos, con un programa moderado de peticiones en favor de la reforma agraria y de mejoras en la situación social. Esta campaña fue reprimida con medidas muy severas. Los clubes, a pesar del cuidado que los dirigentes pusieron en mantenerlos dentro de los métodos estrictamente legales, fueron disueltos por la policía, y los dirigentes de la agitación, entre ellos Banghereanu y Ficsinescu, dos figuras sobresalientes del Partido Socialista, fueron encarcelados. Estas severas medidas resultaron eficaces para disolver lo qué quedaba del partido, y sólo sobrevivieron pocos grupos aislados clandestinos.

Un renacimiento se inició pocos años después con el desenvolvimiento de los sindicatos obreros, debido en parte a los comienzos del desarrollo industrial moderno, y en parte a las mismas medidas que el gobierno tomó para evitarlo. En las industrias en pequeña escala y en escala media el gobierno estableció un sistema de organizaciones mixtas, que incluían tanto a los patronos como a los obreros, en las cuales era obligatorio ingresar. Mediante estas organizaciones funcionaba un sistema de tarjetas obligatorias de trabajo, sin las cuales no se podía obtener legalmente empleo. Esto hizo que esas organizaciones fuesen

sumamente impopulares, y fueron muchos los que ingresaron en los sindicatos que estaban organizados secretamente bajo la dirección socialista. Estallaron huelgas y, a pesar de la represión del gobierno, tuvieron bastante éxito, especialmente entre los trabajadores de puertos y en los oficios especializados, en los cuales escaseaban los obreros. Este periodo fue de rápido desarrollo económico a partir de comienzos pequeños; y muchos patronos preferían hacer concesiones a enfrentarse con repetidas suspensiones del trabajo. Los sindicatos obreros, además de organizar huelgas, pronto empezaron, bajo la influencia socialista, a tomar parte en la lucha política, organizando manifestaciones en favor de la reforma electoral y también, en contra del sistema corporativo. En alianza estrecha con ellos, los socialistas empezaron a reformar sus organizaciones organizando círculos políticos locales, sin restablecer francamente un Partido Socialista en escala nacional. En esta labor de organización política Christian Rakovsky tomó parte principal, mientras que A. Constantinescu, que lo acompañó como delegado al Congreso de Stuttgart en 1907, dirigió los sindicatos obreros.

Sin embargo, en este momento, el renacido movimiento socialista sufrió otro desastre como consecuencia de los grandes levantamientos campesinos de 1907. Estos estallidos espontáneos, que empezaron en Moldavia, y después se extendieron rápidamente a casi todo el país, fueron sin duda en parte una expresión tardía del difundido malestar agrario que siguió a los movimientos revolucionarios de Polonia y Rusia en 1905. Aún más que en Rusia carecían de una dirección concertada y de un programa común. Eran meras revueltas contra una opresión intolerable, dirigidas contra los objetivos más próximos a los cuales los campesinos podían atribuir la culpa de su miseria creciente. Al principio fueron esencialmente antijudíos, por la impopularidad de los comerciantes y prestamistas judíos, a quienes se censuraba por los precios exorbitantes y los intereses usurarios. En realidad, el antisemitismo estaba profundamente arraigado en los campesinos rumanos tanto como en las clases gobernantes. La considerable población judía, dedicada sobre todo al comercio por menor y a la producción artesanal, no tenía ningún derecho político. Los judíos en todo momento podían ser detenidos arbitrariamente; y cualquier judío que se hiciese desagradable a las autoridades podía ser expulsado del país sin compensación. Si en 1907 los campesinos se hubiesen limitado a progromos, probablemente las autoridades no habrían hecho casi nada para contenerlos; pero de los ataques a los judíos pasaron a atacar las casas y las propiedades de los grandes terratenientes, quemando las residencias de varios propietarios influyentes y cometiendo actos de violencia contra sus administradores. Las clases gobernantes, que en su mayoría no habían esperado que los levantamientos campesinos se extendiesen

seriamente por Rumania, se alarmaron; y todos los partidos se unieron para acabar con los desórdenes. Los conservadores dimitieron, y se les dio el poder a los liberales, para que hiciesen frente a la situación con el general Averescu como Ministro de la Guerra. Averescu movilizó un ejército de 120 000 hombres, y aplastó a los campesinos, que sólo tenían las armas más toscas. Todo el país se dividió en varios teatros de guerra y columnas de caballería y de artillería fueron despachadas con la orden de adoptar las medidas más severas; las bandas de campesinos que intentaban resurgir eran muertas en masa; los soldados campesinos que- se negaban a hacer fuego contra parientes y amigos hallaban el mismo fin. En pocos días fueran asesinados más de 10 000 campesinos y grandes extensiones fueron devastadas para dar una lección a los insurgentes. Es verdad que al mismo tiempo se publicó una proclama real prometiendo a los campesinos atender algunas de sus demandas; pero sus términos fueron olvidados por las clases gobernantes cuando vieron segura la victoria.

La única participación que los socialistas tuvieron en el levantamiento campesino fue la publicación de un manifiesto solicitando a los campesinos que no empleasen la violencia, y que se limitasen a una agitación legal en favor de sus demandas —un consejo que no les podía ayudar mucho, en vista del hecho de que ninguna clase de agitación campesina era considerada como legal. La norma constitucional que establecía el derecho de reunión, incluso si hubiese sido observada, no les habría ayudado; porque explícitamente prohibía las reuniones en lugares abiertos, que era la única forma posible para la población rural. Los socialistas casi no tenían partidarios en el campo. El efecto de la excitación general se vio de hecho en varias huelgas de los obreros industriales, pero no tuvieron otra conexión con los levantamientos campesinos. Sin embargo, las clases gobernantes no estaban dispuestas a hacer diferencias. Las autoridades acabaron con las huelgas, y detuvieron a los dirigentes socialistas más conocidos, varios de los cuales, que no eran ciudadanos rumanos, fueron deportados del país. Entre los deportados se hallaba Christian Rakovsky, al que habían herido mientras hablaba en una reunión de obreros en Galatz. Se decidió convenientemente, que Rakovsky, aunque había prestado servicios como médico en el ejército rumano, y pertenecía como oficial a la reserva, y aunque su padre había sido nombrado varias veces para puestos políticos en el gobierno local abiertos sólo a los ciudadanos, no tenía derecho a ser ciudadano rumano porque había nacido en Bulgaria. De este modo a los socialistas les quitaron su jefe principal, a quien se debía principalmente su reorganización después del derrumbe en 1900; no se derrumbaron completamente otra vez, porque los sindicatos obreros se habían desarrollado bastante entre los obreros urbanos para

sobrevivir a la represión; pero tuvo que protejerse con los sindicatos obreros, y apenas había empezado a reorganizarse como entidad independiente cuando estalló la guerra en 1914.

El pánico que surgió entre las clases gobernantes por los levantamientos campesinos fue tal, que incluso los terratenientes progresistas que habían favorecido el desarrollo de las sociedades cooperativas fueron considerados como sospechosos. Vasily Kogalniceanu fue uno de los detenidos, aunque era hijo de un político importante, y no tenía seguramente que ver con el levantamiento campesino. Lo mismo sucedió con varios profesores que habían escrito acerca de la necesidad de la reforma agraria, y otros intelectuales sospechosos de opiniones avanzadas. El poeta Babu Lajareanu fue uno de los deportados.

De este modo el movimiento campesino, al asustar a las clases altas, sumió a Rumania en una reacción mayor que nunca; pero al mismo tiempo, el continuo y rápido desarrollo económico aumentó el número del proletariado industrial y estimuló el crecimiento de los sindicatos obreros. Creció el número de agricultores prósperos; pero la gran masa de campesinos quedó en su triste situación semiservil. Los obreros urbanos eran bastante fuertes para organizar manifestaciones en masa y desafiar a la policía en los años posteriores a 1905; pero en el campo, en donde vivía la gran parte del pueblo, la lección fue aprendida.

4. SERBIA

De las otras naciones balcánicas no es necesario decir mucho más. Serbia, como Bulgaria, era un país de pequeños agricultores: la *Enciclopedia Británica* lo caracteriza, en su edición de 1910-1911, como ""un país sin aristocracia y sin clase media". Prácticamente no tenía industrias ni tampoco una gran masa de labradores sin tierra. Serbia era sólo un pequeño país, con muchos serbios fuera de sus fronteras, en territorio sometido todavía al gobierno de Turquía o de Austria. Estaba separada de Montenegro, el otro país independiente de población serbia, por el Sandjak de Novibazar, todavía bajo la soberanía de Turquía, pero ocupado por una guarnición austríaca. Tenía pretensiones rivales con Bulgaria y Grecia sobre de Macedonia, y aspiraba a restablecer su antiguo imperio expulsando a los austríacos de Bosnia[1] y de la costa de Dalmacia. Era un pequeño país muy belicoso; y su política interior estaba complicada por luchas dinásticas. Había poca probabilidad de que la cuestión social ocupase el primer plano.

1 Había también un pequeño movimiento socialista en Bosnia-Herzegovina dirigido por Branko Hrisafovic (nacido en 1879), y una Comisión General de sindicatos obreros que trabajaba en cooperación con ese movimiento. Pero tenían conexiones más estrechas con Austria que con el movimiento serbio.

Difícilmente se podría afirmar que en Serbia existiera un movimiento socialista antes de fines del siglo xix, pero las ideas socialistas, especialmente las de los narodniks rusos, influyeron algo en el radicalismo de Serbia durante los decenios de 1870 y 1880. En 1872 el jefe radical Svetozar Marcovic, publicó un libro en el cual abogaba por una federación democrática de los pueblos balcánicos. En 1883 hubo un levantamiento campesino, dirigido por los radicales. Fue reprimido, y varios de los jefes ejecutados. Después el Partido Radical se hizo más moderado, abandonó sus ideas socialistas, y se transformó en un partido campesino del tipo corriente en los Balcanes, dirigido principalmente por abogados y otros intelectuales. El socialismo desapareció, pero empezó a renacer en Belgrado hacia 1900, cuando algunos sindicatos obreros fueron creados en relación bastante estrecha con los socialistas; pero los sindicatos obreros eran inevitablemente muy débiles. En 1903 se formó' un partido social-demócrata, y obtuvo un solo asiento en el parlamento serbio, añadiendo un segundo en 1905; pero en 1904 el informe que el partido presentó al Congreso de Amsterdam de la Internacional Socialista, en el cual estuvo representado no por un serbio, sino por el ubicuo Rakovsky, decía que estaba "compuesto principalmente por grupos de desterrados en todas partes de Europa". Logró enviar un delegado, Hermán Koschnia, al Congreso de Stuttgart de 1907, y entonces pudo anotarse algunos éxitos en las elecciones para el gobierno local. En 1912 tenía 2000 miembros y había formado una Federación de Sindicatos estrechamente relacionada con él. Sus jefes eran J. Kaclerovic (nacido en 1879) y Laptchevic (1864-?), sus dos representantes en el parlamento y su secretario, Duchan Popovic (1884-1918). No tuvo un teórico sobresaliente ni una masa considerable de ayuda intelectual.

5. GRECIA

El socialismo griego tiene un poco más de historia que el servio, pero se debe sólo a que produjo una figura de alguna distinción intelectual. El primer periódico socialista de Grecia, *Arden,* fue publicado en Atenas en 1885; pero no surgió un movimiento real hasta que Platón Drakoules empezó a actuar en la década de 1890. Drakoules, que había estudiado en Occidente, entusiasmado por la actuación de la Internacional Socialista, organizó la primera manifestación de primero de mayo griega en 1893. En 1895 se presentó como candidato en las elecciones para el parlamento griego, y obtuvo 4000 votos. Esto sucedió en un momento en que la excitación popular crecía con respecto a las revueltas de Creta de 1895 y a la agitación patriótica dirigida por la Ethnike Hetairea, una organización inspirada por oficiales jóve-

nes del ejército, que establecieron ramas entre los griegos, no sólo en Grecia misma, sino en todos los lugares donde había comunidades griegas importantes. La Hetairea, por supuesto, apoyó los levantamientos de Creta; pero su propósito principal fue promover una insurrección en Macedonia, en donde actuaban propagandistas rivales en representación de Bulgaria y el levantamiento en contra del gobierno turco parecía ser inminente. Esta excitación nacionalista se atravesó poderosamente en el camino para el desarrollo del socialismo. La nueva insurrección cretense de 1897, y el hecho de que Grecia enviase un ejército para ayudar a los insurgentes, produjo el estallido de la guerra con Turquía, en la cual las fuerzas griegas sufrieron una derrota desastrosa. Las grandes potencias intervinieron para atenuar las condiciones de paz; pero en Grecia la derrota fue seguida de un gran descontento popular, incluyendo levantamientos populares en las regiones productoras de pasas de Corinto; pero los socialistas eran demasiado débiles para participar activamente en estos acontecimientos.

En 1901, Drakoules fundó un periódico *Erevna* (Investigación) y tomó la iniciativa para establecer la Liga de las clases obreras de Grecia, la primera organización socialista que allí existió. Drakoules fue elegido para el parlamento; pero la atención popular siguió concentrada sobre todo en la agitación en favor de la expansión militar. Partidas griegas reanudaron sus actividades en Macedonia, y de nuevo surgió la amenaza de guerra con Turquía, que entonces se hallaba en vísperas de la revolución de los jóvenes turcos. En 1908 la Asamblea de Creta proclamó su nueva unión con Grecia; pero el gobierno griego siguió una línea prudente y, en 1909, fue derrocado por un golpe militar. A principios de 1910 los jefes militares llamaron a Venizelos, la figura más sobresaliente de Creta, para que fuese a Grecia como consejero. Venizelos aconsejó que se convocara una Asamblea Nacional para enmendar la Constitución, y en 1911 subió al poder, y estableció una nueva Constitución, y reorganizó el ejército con la ayuda de Francia y de Inglaterra.

En los desórdenes de 1909 los socialistas apoyaron a los jefes militares, y en 1911 convirtieron su Liga de las clases trabajadoras en un Partido Socialista. Trataron de organizar también, en relación con 'él, una organización sindical; pero hasta 1914 los sindicatos obreros, concentrados principalmente en Atenas, fueron muy débiles. La mayoría de sus miembros eran trabajadores del puerto del Pireo.

6. TURQUÍA Y ARMENIA

En Armenia, dividida entre el gobierno ruso y el turco, una federación revolucionaria conocida con el nombre de Dashnyaks, fue fundada en

1890 abarcando tanto el territorio turco como el ruso. Su actitud fue principalmente narodnik. En el momento de la revolución rusa de 1905, se dividió en dos organizaciones rivales, una análoga al ala izquierda de los social-revolucionarios, y la otra más de derecha. Existía también un partido social-demócrta armenio completamente independiente, todo él o casi todo en territorio ruso, pero independiente del Partido Social-Demócrata Ruso. Creo que fue este partido el que envió a dos delegados, E. Palian y J. Bek, al Congreso Socialista Internacional de Amsterdam de 1904. Ningún delegado de Armenia fue a Stuttgart en 1907; pero, en Copenhague en 1910, hubo dos delegados: M. Varandian y A. Barsegian, de la Armenia turca. Procedían de los Dashnyaks, cuyos jefes más conocidos, aparte de ellos dos, eran Vartakes, Zorab y el poeta Aharonian. En el territorio europeo, bajo el gobierno turco, el centro principal de actividad socialista era Salónica, que fue también la cuna de la conocida "Organización Revolucionaria del Interior de Macedonia", fundada y desarrollada entre 1894 y 1896 por dos notables maestros jóvenes, Damián Gruev (1871-1906) y Gotzé Deltchev (1872-1903). Ninguno de ellos era plenamente socialista, aunque Deltchev había sido expulsado del Colegio Militar Búlgaro, en Sofía, por dedicarse a hacer propaganda socialista. Merecen ser mencionados, porque el movimiento de liberación de Macedonia, que ellos organizaron, estaba completamente libre de las limitaciones y los exclusivismos raciales y religiosos característicos de casi todas las formas de nacionalismo balcánico.

Macedonia, la mayor parte de la cual siguió bajo el gobierno turco hasta la guerra balcánica de 1911, era codiciada por las tres naciones que limitaban con ella, y que ya habínn realizado su independencia política: Bulgaria, Serbia y Grecia. Estaba habitada por una población mixta, que tenía afinidades con esos tres países, y fue constantemente el centro de perturbaciones fomentadas por los intereses rivales, siendo los búlgaros los más activos en los intentos de promover la rebelión de Macedonia con la esperanza de poder anexarse este país. En contra de todos los anexionistas rivales, Gruev y Deltchev eran partidarios de una Macedonia independiente, abierta a todos los pueblos allí mezclados y libre del dominio de todas las Iglesias rivales a través de las cuales se realizaba gran parte de la campaña de los distintos aspirantes. De este modo la I. M. R. O. (Organización Revolucionaria del Interior de Macedonia), se halló en una enconada lucha no sólo en contra de los turcos, sino de los búlgaros "supremistas" (el Partido Anexionista) y también con los griegos y con los serbios. Entre ellos, Gruev y Deltchev lograron mantener durante algunos años una notable organización clandestina. Las órdenes del gobierno turco apenas llegaban más allá de las ciudades con guarnición. En las aldeas la I. M. R. O. organizó lo que

de hecho fue un gobierno paralelo, que cobraba sus propias contribuciones y poseía sus tribunales de justicia, aunque continuamente era expulsado de una u otra región por las concentraciones de tropas turcas, pero sólo para establecerse en otro lugar. En 1897 los turcos emprendieron operaciones en gran escala con el intento de acabar con la I. M. R. Ó. Muchos de los partidarios de la I. M. R. O. murieron en la lucha, o fueron ejecutados después de su captura, y varias aldeas fueron quemadas; pero el movimiento continuó y volvía a establecer su control sobre un territorio extenso tan pronto como las tropas se retiraban. En 1901 Gruev fue detenido y encarcelado, pero Deltchev prosiguió. Los desórdenes llegaron al máximo en 1903, cuando grupos de jóvenes macedonios terroristas causaron varias explosiones y consiguieron volar el banco turco de Salónica. Aquel año los búlgaros trataron de producir un levantamiento general, enviando bandas armadas a través de la frontera para promover revueltas locales. La I. M. R. O. se unió a ellos, aunque declaró su oposición a la política de anexión. Deltchev fue muerto en la lucha y la revuelta fue dominada; pero la I. M. R. O. siguió viviendo, para participar en todos los estallidos de descontento que se produjeron en la dividida Macedonia, que fue repartida dos veces en las guerras balcánicas, otra vez después de la primera Guerra Mundial y aún otra en 1945.

La I. M. R. O. no era una organización socialista; pero la mayoría de sus jefes eran socialistas, y los socialistas que había en Macedonia pertenecían casi todos a ella. En Salónica misma había un pequeño grupo socialista afiliado a la Internacional Socialista. Después de la revolución de los Jóvenes Turcos, Salónica envió al jefe de este grupo, el socialista macedonio Dmitar Vlahov (?-1954), para que ocupase un lugar en el nuevo parlamento turco. El gobierno griego lo expulsó de Salónica en 1913; pero su labor continuó. Entre sus partidarios había personas de origen nacional y racial muy distinto, que trabajaban amistosamente juntos en un movimiento común. Vlahov se convirtió pronto al comunismo. Después de vivir desterrado en Londres, París y Moscú, regresó como representante de Macedonia en el Presidium de Yugoslavia, permaneciendo en este puesto hasta su muerte. También en Constantinopla había un Grupo de Educación Socialista, con un periódico, *Ergatis* (El Trabajador), publicado en griego. Sin embargo, la figura principal era un francés llamado Coupette. El socialista ruso-alemán Parvus[2] también vivió durante algún tiempo en Constantinopla, y tenía algunos partidarios; pero en ninguno de estos territorios fue el socialismo un movimiento importante hasta 1914. La organización de Armenia, la más poderosa, era en realidad más nacionalista que socialista.

[2] Véase *infra*, cap. XXVIII.

CAPÍTULO XV

SUIZA

En Suiza, como vimos en el volumen segundo de este estudio, el desarrollo del socialismo estuvo muy influido por la presencia continua de grupos de emigrados y refugiados, que, o se establecían allí, o aprovechaban la mayor libertad que había en ese país con el propósito de organizar proyectos o complots para volver a sus propios países. Además, y aún más importante aunque relacionado con ello, era el movimiento de los artesanos de lengua alemana, que durante sus "años de viaje" con frecuencia trabajaban durante algún tiempo en ciudades suizas, especialmente Zürich. Estos hombres llegaban de Austria y de diversas partes de Alemania; y algunos se quedaban y se hacían ciudadanos suizos. La organización de la clase obrera empezó en el decenio de 1830, principalmente entre estos artesanos inmigrantes, pero pronto se extendió a los suizos nativos en los cantones de lengua alemana. En su primera época tomó sobre todo la forma característicamente alemana de sociedades educativas obreras. En 1838 apareció el primer intento de una organización política ya no sólo local: el famoso Sindicato Grütli, abierto tanto a pequeños patronos y comerciantes como a los obreros empleados. El Sindicato Grütli, que más tarde, en 1878, adoptó un programa socialista, fue al principio una mezcla de sociedad de ayuda mutua y de un grupo de presión radical, predominantemente obrero. Después de la guerra civil de 1847 y de la adopción de la nueva Constitución federal democrática de 1848, el Partido Radical dominó tanto la política federal como la de los cantones; y la clase obrera y los grupos socialistas actuaron sobre todo dentro del Partido Radical o en alianza estrecha con él.

Lo que hemos dicho hasta ahora se aplica sobre todo a la Suiza alemana, que es el elemento más numeroso de los que forman la nación, y de inmigrantes o refugiados alemanes o de lengua alemana. En los territorios de lengua francesa la organización de los relojeros empezó en la década de 1840. Ginebra muy pronto fue sumamente cosmopolita, trayendo a sus obreros menos especializados de otros territorios y atrayendo una colonia extranjera de Rusia y de otros países eslavos como también muchos franceses y algunos italianos. Los obreros de la construcción eran en Ginebra, como vimos en relación con su famosa huelga de 1868, un grupo peculiarmente cosmopolita, completamente abierto a la propaganda de izquierda y con carácter muy distinto al de los artesanos especializados de la "Fabrique", que generalmente se

aliaban políticamente con los radicales.[1] En Lugano y en otros sitios había grupos de emigrados italianos y rusos. Mucho antes de que la corriente de emigrados alemanes y franceses empezase a entrar a Suiza en 1848, Mazzini había empleado al país como base para su organización republicana nacionalista; y su influencia siguió siendo poderosa en lo sucesivo.

La Constitución Suiza de 1848 garantizaba el derecho de asociación, y aunque los suizos habían transigido a veces y accedido a expulsar a individuos especialmente odiosos para otros Estados, en general el derecho de asilo para refugiados políticos se mantuvo, incluso contra gobiernos poderosos, como el de Bismarck, durante el periodo de las leyes antisocialistas, cuando el Partido Social-Demócrata Alemán trasladó su organización y sus editoriales al territorio suizo. Las primeras corrientes de refugiados políticos llegaron a medida que las revoluciones europeas de 1848 iban siendo derrotada unas tras otra. El más célebre de estos refugiados fue J. P. Becker (1800-1886), quien se estableció en Ginebra después de luchar en la guerra civil de Badén, y llegó a ser el dirigente de los suizo-alemanes de aquella región y el principal organizador, para Marx, de la sección suiza de la Asociación Internacional de Trabajadores en sus primeras etapas. La Asociación celebró su primer congreso pleno en Ginebra en 1866; y después, como vimos, Suiza en general, y especialmente Ginebra, llegaron a ser el campo de batalla entre los elementos marxistas de la Internacional y los partidarios de Bakunin, no porque el marxismo como credo fuese fuerte allí, sino porque los grupos radicales obreros de Suiza estaban a su lado en contra de los anarquistas, a pesar de que la mayoría de ellos no estaban conformes con la hostilidad de Marx a la alianza con los radicales de la clase media. En un momento, incluso Becker rompió con Marx; pero después del Congreso de La Haya de 1872 volvió a ayudar a Marx, organizando el llamado Congreso Marxista de Ginebra de 1873.[2]

El mismo año los grupos obreros suizos establecieron su primera organización nacional basada en los sindicatos obreros de los principales distritos industriales, una Liga Obrera Suiza, en la cual Hermán Greulich, de Zürich (1842-1925), que había llegado de Alemania en 1865, llegó a ser la figura principal. Desde aquel momento Greulich fue el personaje sobresaliente en el movimiento sindical suizo y poco después también en el movimiento socialista. En la década de 1870 su periódico, *Tagwacht,* fue el órgano más importante del movimiento en los cantones de lengua alemana, y a él se deben principalmente los sucesivos intentos que se hicieron para establecer una organización

[1] Véase vol. II, p. 101.
2 Véase vol. II, p. 194.

verdaderamente nacional. La otra figura sobresaliente de aquellos tiempos residía también en Zürich, pero no era obrero, sino patrono curtidor, Karl Bürkly (1823-1901), que en 1858 tomó la iniciativa para fundar la Sociedad Cooperativa de Consumo de Zürich, la primera de la poderosa organización de cooperativas de consumo que se desarrolló en la Suiza alemana. Bürkly tomó parte activa en la Primera Internacional, asistiendo a sus congresos hasta 1869, pero dándose de baja antes de que se produjese la gran disensión. Era partidario de Fourier, y escribió varias obras exponiendo la doctrina de Fourier y sobre las cooperativas, de las cuales la más conocida es *The Gospel of the Poor.* Todavía actuó en el decenio de 1890. La tercera figura de importancia fue Heinrich Scherrer (1847-1919), que llegó a ser presidente del Sindicato Grütli, y que influyó mucho para que esta organización se hiciera socialista. Otro de los primeros iniciadores del socialismo fue Johan Treichler (1822-1906), también estrechamente relacionado con las cooperativas de Zürich. En la Suiza francesa, como vimos en el volumen anterior, el Dr. Pierre Coullery (1819-1903), de La-Chaux-de-Fonds, fue un iniciador de las sociedades cooperativas y del socialismo moderado en la década de 1860. Ya en 1863 trataba, de acuerdo con los belgas, de formar una asociación internacional de trabajadores, cuando fue a Bruselas con este propósito, y su periódico, *La Voix de Vavenir,* empezó a publicarse en 1865. Participó al principio en la Asociación Internacional de Trabajadores de Suiza; pero, decidido partidario de la alianza con los radicales y fuertemente contrario a los anarquistas, que dominaban a la Internacional en el Jura, pronto se dio de baja, y se dedicó principalmente a las reformas sociales y a las sociedades cooperativas rurales.

Ahora es necesario decir algo acerca de la estructura de la sociedad suiza y de los cambios que se produjeron en ella en la última parte del siglo xix. El país era un conjunto de pequeñas granjas sin una aristocracia de grandes terratenientes. Sus industrias, a mediados del siglo xix, se basaban sobre todo en oficios, con muy pocas fábricas grandes. No tenía carbón y, hasta el advenimiento de la electricidad como fuerza motriz, no pudo desarrollar mucho la producción industrial. Una gran parte, tanto de sus obreros especializados como de los menos especializados, trabajaban en sus casas o en talleres pequeños y, cuando surgieron las fábricas, tendieron a diseminarse por el país en busca de abastecimiento de agua, más bien que a concentrarse en las ciudades. Algunos artesanos eran dependientes; otros trabajaban de hecho como empleados de comerciantes urbanos o de contratantes intermediarios. A partir del decenio de 1850 se luchó mucho, a medida que la competencia de artículos producidos en las fábricas, al principio sobre todo en el extranjero, pero después también en el interior, poco

a poco amenazó el nivel de vida y las esperanzas de empleo de los artesanos, especialmente en relojería y en las industrias textiles y del vestido. Especialmente los trabajadores del Jura lucharon por largo tiempo contra los nuevos métodos de producción en masa de relojes: su combatividad en los decenios de 1860 y de 1870 explica en gran parte por qué se agravó esta lucha. El hecho de que la resistencia de los artesanos se prolongase por largo tiempo habría sido imposible si muchos de ellos, la mayoría en los distritos rurales, no estuviesen en posesión de pequeñas parcelas de tierra, y completaban sus ganancias industriales con el producto de éstas, recurriendo únicamente a este medio de susbsistencia cuando carecían de trabajo industrial.

El predominio de esta mezcla de artesanía industrial y de trabajo en la tierra fue un grave obstáculo para el desarrollo de los sindicatos obreros de Suiza, los cuales durante mucho tiempo se limitaron a grupos de obreros especializados de las ciudades. Tendían a fomentar, tanto en las ciudades como en el campo, el desarrollo de un radicalismo basado en la unidad, entre los artesanos y los grupos poco acomodados de los que no trabajaban para un patrono, pequeños agricultores, maestros de taller y pequeños comerciantes, un radicalismo dirigido no tanto en contra de una aristocracia de terratenientes, sino en contra de los comerciantes ricos e intermediarios y financieros que eran los principales representantes del conservadurismo suizo; pero también favorecía el desarrollo, entre los obreros industriales y dispersos en los distritos rurales y entre los inmigrantes no especializados de las grandes ciudades (sobre todo en Ginebra) de movimientos de izquierda fuertemente hostiles a la alianza con los radicales; y estos grupos se inclinaban al anarquismo y a lo que más tarde se llamó sindicalismo más bien que a la social-democracia o a los sindicatos obreros de tipo alemán.

Después de la década de 1870, este sindicalismo anarquista fue desapareciendo poco a poco a medida que el sistema industrial de fábricas se extendió a los oficios que se realizaban en el hogar. Se había mantenido activo durante la década del 70, en parte por la influencia de los refugiados franceses y rusos después de la Comuna de París y por haberse intensificado la represión zarista que siguió al breve periodo "liberal" de los primeros años del reinado de Alejandro II. Cuando Francia recobró su libertad, el centro de la actividad anarquista se trasladó ahí, y cuando Bismarck persiguió a los social-demócratas alemanes, una nueva oleada de emigrados alemanes llegó para implantar su tipo de socialismo en las ciudades suizas de lengua alemana. La Liga Obrera Suiza, después de contribuir a la promulgación de una ley sobre las fábricas, adoptada por referéndum en 1877, se derrumbó durante la depresión de 1879-1880, arrastrando consigo en su caída a muchos sindicatos obreros. El sindicato Grütli, sin embargo, sobrevivió,

y ya había empezado a virar en la dirección del socialismo reformista. Los sindicatos obreros que sobrevivieron crearon en 1880 una nueva Federación Central; pero tenía muy poca fuerza. En 1886-1887 los reformistas consiguieron que se aprobara, también después de un referendum una medida nacionalizando el comercio de licores; pero fue más bien una medida contra el vicio que una señal de avance socialista. Sin embargo, al mismo tiempo se produjo una grave lucha obrera en Zürich, con motivo de una huelga de cerrajeros. El Ayuntamiento de la ciudad pidió soldados para impedir las manifestaciones que se hacían en apoyo de la huelga; y una ola de protestas llegó de otras ciudades. La Federación de Sindicatos Obreros y el Sindicato Grütli, actuando conjuntamente, decidieron crear un Fondo General de Reserva Obrero, para emplearlo en ayuda de los obreros víctimas de las huelgas o de los paros, que se integraría mediante contribuciones de los miembros de las dos organizaciones. Esto produjo una división dentro del Sindicato Grütli, el cual, como vimos, aunque formado sobre todo por obreros, también estaba abierto a pequeños patronos o comerciantes. Algunos de sus miembros se separaron; pero la mayoría persistió, y este sindicato se acercó más a la posición socialista. En esta época no existía un partido socialista federal, aunque en algunas ciudades existían grupos social-demócratas. En 1888 estos grupos se unieron para formar un Partido Social-Demócrata siguiendo el modelo alemán, pero con pocos miembros.

Al mismo tiempo que se estableció el Fondo General de Reserva, se tomó una segunda iniciativa importante: la fundación de una institución llamada Secretariado Obrero, que debía reunir información y hacer investigaciones acerca de cuestiones obreras, incluyendo la legislación obrera, y aconsejar al gobierno federal respecto a las medidas para la protección del obrero y las relaciones entre patronos y obreros. El Secretariado no era exactamente un organismo oficial. Estaba dirigido y su director era nombrado por las organizaciones obreras; pero fue creado de acuerdo con el gobierno, y Hermán Greulich se hizo cargo de la dirección, sin que se le exigiese la renuncia a su relación con los sindicatos obreros. Llegó a ser un organismo muy importante, e influyó mucho en el desarrollo posterior de la legislación obrera de Suiza y en la participación activa que desde entonces tomaron los suizos en el movimento en favor de la legislación internacional del trabajo. A Greulich y Heinrich Scherrer principalmente se debe la organización de la primera conferencia sobre este problema, que se celebró en Suiza en 1897. El establecimiento del Secretariado Obrero también contribuyó a favorecer el desarrollo del socialismo suizo en una dirección reformista.

Pronto surgieron dificultades acerca del funcionamiento del Fondo

General de Reserva Obrera, en gran parte porque algunos de los sindicatos mayores creyeron que estaban contribuyendo demasiado a huelgas organizadas por pequeños sindicatos que no tenían fondos propios, y en parte por una oposición que procedía del Sindicato Grütli. En 1891 el Sindicato Grütli se separó, y el Fondo quedó bajo la administración de la Federación de Sindicatos Obreros. Sin embargo, el Sindicato Grütli fue volviéndose más socialista, y adoptó un nuevo programa esencialmente social-demócrata en 1893. Al año siguiente los grupos socialistas y obreros unieron sus fuerzas para organizar un *referendum* acerca del "derecho al trabajo", con el fin de establecer como obligación que el gobierno federal proporcionase trabajo a los desempleados, pero los electores rechazaron esta propuesta. Cuatro años antes, la introducción de un proyecto de seguro contra la enfermedad y los accidentes de trabajo había sido aprobado mediante *referendum;* y en 1898 otro *referendum* autorizó la nacionalización de los ferrocarriles, sobre todo porque con las empresas privadas se habían producido muchas rivalidades y luchas locales en torno de la construcción de nuevas líneas a través de la frontera de los Alpes. Por fin, en 1901, el Sindicato Grütli y los social-demócratas, que no habían dejado de crecer, se fusionaron para formar un único Partido Social-Demócrata, dentro del cual siguió existiendo el Sindicato como una organización afiliada, realizando sus actividades sociales y de ayuda mutua. Esta fusión reforzó la tendencia reformista dentro de la organización socialista que hasta 1914 se mantuvo en el ala extrema de la Segunda Internacional, aunque perduró dentro de ella especialmente en la Suiza francesa, un ala izquierda que habría de reafirmarse durante y después de la primera Guerra Mundial.

Sin duda un factor que contribuyó a la actitud reformista característica de gran parte del socialismo suizo, fue la fuerza considerable de la influencia social-cristiana. El principal representante de esta tendencia fue Leonhard Ragaz (1868-1945), profesor de la Universidad de Zürich. La fuerza del socialismo-cristiano tuvo que ver mucho con el fracaso del marxismo para conseguir un arraigo tan fuerte en Suiza como lo tuvo en otros países de lengua alemana. El socialismo suizo, en general, se ocupó más de la legislación obrera y de la reforma social que de la teoría. La parte principal que desempeñó en el movimiento en favor de la legislación internacional del trabajo debe mucho a Stephen Bauer (1865-1934), que durante muchos años fue secretario de la Asociación Internacional para la legislación del trabajo, como también a Greulich y Scherrer.

La formación del Partido Social-Demócrata Unificado fue seguida inmediatamente de otra reorganización de los sindicatos obreros. Durante el decenio de 1890 los sindicatos obreros nacionales se habían

hecho más fuertes en varias industrias y oficios; y como estos sindicatos empezaron a formar un fondo propio, aumentó la tendencia a no contribuir al Fondo General de Reserva de la Federación de Sindicatos. Y, efectivamente, desde el Congreso de Olten de 1902 el Fondo General se mantuvo sólo por y para los pequeños sindicatos; y en 1906 fue, por último, suprimido. A partir de 1902 la Federación reorganizada tomó medidas para favorecer las uniones, sobre todo siguiendo una orientación laboral, de acuerdo con el proyecto general de organización trazado por Greulich; y se obtuvo un éxito considerable, que dio por resultado un rápido aumento en el número de afiliados.

La fuente principal de perturbaciones en el movimiento obrero durante estos años fue la práctica persistente por parte de las autoridades municipales y cantonales de utilizar a los soldados para sofocar las huelgas. Esto se sentía aún más por el hecho de que la Constitución suiza prohibía un ejército permanente, y las fuerzas armadas consistían en una milicia de ciudadanos. En 1906 las organizaciones obreras celebraron un congreso especial de protesta contra el empleo de soldados frente a los huelguistas. Si el gobierno se negaba a prohibirlo el Congreso aconsejaba a los soldados que se negaran a obedecer las órdenes, y prometía indemnizar a todos los que lo hicieran por las multas en que pudieran incurrir, y sostener a sus familias si se les enviaba a la cárcel. Un fondo especial se formaría con este propósito. El gobierno replicó encarcelando y multando a los directores de periódicos que hicieron públicos estos debates y a algunos socialistas que distribuyeron propaganda entre los soldados; pero no hubo una verdadera prueba decisiva de fuerza hasta 1912. Aquel año estallaron huelgas de cerrajeros y de pintores. Los patronos llamaron a esquiroles y obtuvieron el servicio de los soldados para protegerlos. Los obreros de Zürich contestaron con una huelga general de 24 horas, pero no lograron ninguna concesión del gobierno. Después, las tendencias de izquierda empezaron a ganar terreno dentro dé los sindicatos obreros; pero a causa de la situación creada por la guerra, no se manifestaron hasta 1918, cuando el desplome de Austria y de Alemania, que siguió a la excitación producida por la revolución rusa, produjo una crisis repentina, otra vez en Zürich. Ese año los sindicatos obreros ya habían adoptado un nuevo programa de acción más combativo, en Olten; y, cuando con motivo de una manifestación organizada para celebrar el aniversario de la revolución rusa, se pidió de nuevo la intervención de la tropa, los sindicatos obreros respondieron en toda Suiza con una huelga general que paralizó los ferrocarriles y los servicios públicos a la vez que las industrias manufactureras. El gobierno adoptó una actitud enérgica, ordenando el regreso inmediato al trabajo y amenazando a los huelguistas con graves penas, especialmente a los ferroviarios y a otros

empleados públicos, y a todos los que habían intervenido en llamamientos hechos a los soldados para desobedecer órdenes de trabajar "sustituyendo a los huelguistas" o de disolver las manifestaciones obreras. La huelga general duró sólo tres días, por la fuerte hostilidad de las regiones rurales, que amenazaron con no enviar alimentos a las ciudades. Entonces el gobierno emprendió una serie de persecuciones, sobre todo de los dirigentes que habían firmado el llamamiento a los soldados lanzado por el Congreso de Olten; varios fueron enviados a la cárcel, la mayoría por poco tiempo, y otros multados. Pero, a pesar de esta derrota, en las elecciones generales del año siguiente, en 1919, celebradas con un sistema nuevo de representación proporcional, los socialistas aumentaron su representación en el parlamento federal hasta 41 de un total de 189 (comparados con los 18 de antes de la guerra).

En el desarrollo de la Segunda Internacional los suizos desempeñaron la parte que les correspondía; pero no hicieron ninguna contribución especialmente activa o notable, excepto cuando se trataba de asuntos de legislación del trabajo, o cuando la Internacional discutía sus propuestas en favor del establecimiento de milicias de ciudadanos en lugar de ejércitos permanentes. En estas últimas ocasiones no dejaron de recordar a los delegados, que el hecho de que Suiza poseyese un ejército de ciudadanos, en modo alguno había evitado el empleo de las fuerzas armadas para dispersar las manifestaciones o para acabar con las huelgas, como los socialistas de otros países parecían esperar. La mayoría de los delegados suizos enviados a los congresos de la Internacional, procedían de los cantones alemanes. Greulich era el representante principal, con Jean Sigg, de Ginebra (principal delegado de lengua francesa), Johann Sigg y Otto Lang (1863-1936), de Zürich, Cari Moor, de Berna, y August Merk por los sindicatos obreros. En Copenhague, el año 1910, Friedrich Adler se presentó como delegado suizo (entonces enseñaba en la universidad de Zürich), y Robert Grimm (nacido en 1881), el futuro dirigente del movimiento suizo, hizo su primera aparición.

CAPÍTULO XVI

BÉLGICA: LA SOCIAL-DEMOCRACIA ESTACIONADA

En el segundo volumen de este estudio nos referimos ligeramente a la participación de los belgas, sobre todo de César de Paepe, en la Primera Internacional, y al programa que el Partido Obrero Belga adoptó •en 1893, año en el cual, como consecuencia de la reforma electoral, pudo por primera vez presentar candidatos propios al parlamento con alguna esperanza de éxito. Vimos que en la Primera Internacional los belgas o, en todo caso, César de Peape, ocuparon una posición que los distinguía tanto de los marxistas como de los verdaderos anarquistas, y que los informes que Paepe presentó a la Internacional sobre la administración de los servicios públicos en la sociedad futura significaban un serio intento de formular un proyecto de organización, basado en los dos principios de funcionalismo y descentralización. Estos principios, como hemos visto, reaparecieron en el Programa Obrero belga de 1893, y lo distingue considerablemente del Programa de Erfurt adoptado dos años antes por los social-demócratas alemanes después de ser abolidas las leyes antisocialistas de Bismarck. A diferencia de los alemanes, los socialistas belgas daban mucha importancia al municipio como unidad social y organización política básica; a diferencia de los verdaderos bakuninistas creían en la necesidad de organizar ciertos servicios esenciales en un nivel nacional y otros en uno regional. A diferencia de los alemanes, destacaban fuertemente la necesidad de confiar la administración económica y social, no al Estado o al parlamento, sino a oficinas funcionales elegidas democráticamente, a las que se les haría responsables de la dirección de cada servicio especial, sujetas sólo a la coordinación general de la comunidad local y, en la esfera nacional, al parlamento.

A esta insistencia en la descentralización funcional correspondía una concepción del movimiento mismo. Para los belgas el partido nunca fue una estructura monolítica, concebida principalmente como instrumentos de masas para la conquista del poder político y empleando a los sindicatos obreros y a otras organizaciones obreras simplemente como auxiliares en la lucha política. El partido, según la concepción belga, era más bien una organización federal, basada y nacida en los grupos económicos y sociales de trabajadores, desempeñando las sociedades cooperativas, los sindicatos obreros y las mutualidades o partes integrales en su organización y control, para hacer de él no sólo un partido político, sino a la vez una expresión de las aspiraciones de los trabajadores

en todos los aspectos de sus actividades colectivas. En parte fue por esto que decidieron llamarlo Partido Obrero más que Partido Socialista, no porque existiese ninguna duda, como existió en los primeros tiempos del Partido Laborista inglés, acerca de su socialismo, sino porque sus jefes querían insistir en su carácter amplio como protagonista de los trabajadores tanto en sus luchas sociales y económicas como en las políticas.

El Partido Obrero belga sólo llegó a tener su forma característica de organización nacional en 1885, después del fracaso parcial en varias tentativas anteriores. Como vimos, a principios de 1870 existía una sección belga numerosa e influyente de la Asociación Internacional de Trabajadores con Paepe como dirigente principal; pero esta, federación bastante libre, basada sobre todo en federaciones locales o regionales de los sindicatos obreros o en los principales centros y en las numerosas sociedades cooperativas de producción fundadas durante el gran periodo de actividad que se inició a fines de la década de 1880, se hizo pedazos cuando la Primera Internacional misma se disolvió después de la división de La Haya en 1872. Los belgas participaron todavía en la Internacional bakuninista, que se mantuvo unida durante pocos años después de la división; y varios delegados asistieron al Congreso de unidad socialista de Gante el año 1887, entre ellos Anseele y van Beveren, de Gante, y Louis Bertrand, de Bruselas. También estuvo presente De Paepe, pero representaba a un grupo norteamericano. Sin embargo, por entonces el movimiento nacional se había disuelto, dejando tras sí un considerable movimiento anarquista en la región Valona, y también organizaciones locales activas en Bruselas, Gante y algunos otros sitios.

En realidad el socialismo belga empezaba a desarrollarse siguiendo una línea nueva. La limitación del derecho al sufragio no permitía que surgiera un partido obrero con fines electorales, y el socialismo sólo podía hallar expresión en la política parlamentaria mediante simpatizantes de la clase media pertenecientes a la fuerte ala izquierda anticlerical del Partido Liberal. Ya en 1866 un grupo de hombres jóvenes, sobre todo estudiantes y profesores universitarios, había publicado el *Manifiesto de los Obreros,* donde se pedían reformas sociales y el sufragio universal. De este grupo salieron figuras como Paul Janson (1840-1913), que dirigió el ala izquierda de los progresistas después de haber roto con los liberales; Héctor Denis, el economista, que después llegó a ser el jefe del grupo socialista parlamentario; el abogado y pedagogo Edmond Picard; y Guillaume de Greef, el sociólogo que pasó la mayor parte de su vida como profesor en la Universidad Nueva de Bruselas. Casi todos los miembros de este grupo estaban fuertemente influidos por las doctrinas de Proudhon, y se pusieron al lado de los proudhonianos en la gran controversia que di-

vidió al movimiento socialista en los decenios de 1860 y 1870. Estaban en relación con los racionalistas y positivistas que, influidos por Colins y, aun en mayor medida, por Auguste Comte, lucharon con el poder dominante de la Iglesia católica, en la prensa y en varias sociedades activas para la discusión de la filosofía y de la ciencia. En *La Liberté,* que contaba a Héctor Guillaume de Greef y Víctor Arnould entre sus colaboradores principales, hubo grandes controversias a principios de la década de 1870 acerca de la cuestión de la propiedad privada y en la sociedad futura, con César de Paepe y Désiré Brismée sirviendo de enlace entre los intelectuales proudhonianos y los grupos obreros.

Durante los años de 1871-1873 hubo un gran número de huelgas, sobre todo en favor de la jornada de 10 horas. Estos movimientos fueron reprimidos enérgicamente por el gobierno, que actuó en unión estrecha con los patronos; con la depresión producida a mediados del decenio de 1870 se fueron apagando y también desaparecieron muchos de los sindicatos obreros y sociedades cooperativas fundados hacía poco. En Bruselas, César de Paepe, Louis Bertrand (1856-1943), y el "communard" refugiado, Gustave Bazin, consiguieron en 1875 reconstruir una federación local de sociedades de oficios bajo el nombre de Cámara del Trabajo; y Édouard Anseele (1856-1938) y Edmund van Beveren (1852-1897) fueron los que más contribuyeron a la creación de un organismo análogo en Gante el año siguiente. Una Federación Local de Oficios se formó también en Antwerp; y estas tres organizaciones unidas convocaron a un Congreso Nacional para estudiar la fundación de una Central obrera belga. El intento fracasó porque los delegados de los distritos valones estaban influidos sobre todo por los anarquistas, y se negaron a ingresar en una organización que pensaba emprender una acción política parlamentaria. La consecuencia fue que, en lugar de un sindicato para todos, se fundaran dos partidos socialistas diferentes, un Partido Obrero Socialista Flamenco, con su centro en Gante, y un Partido Socialista brabanzon, con su centro en Bruselas. En 1879 ambos se unieron para llevar a cabo una nueva agitación en favor del sufragio universal; pero los distritos valones siguieron alejados y, después de la desaparición de la Asociación Internacional de Trabajadores, algunos de los sindicatos obreros que habían estado en conexión con ella, se afiliaron a los Caballeros del Trabajo norteamericanos y, con Jean Caeluwaert (1846-1918) como Gran Maestro, continuó su oposición a la acción política bajo los auspicios de esa sociedad. Esta curiosa afiliación duró de hecho, sobre todo en el distrito minero alrededor de Charleroi, hasta 1895, cuando los mineros de Charleroi al fin se unieron con el Partido Obrero Belga y con el movimiento afiliado de los sindicatos obreros.

En 1880 la fundación por Anseele y su grupo en Gante de Vooruit,

la primera de las cooperativas modernas de Bélgica, dio al movimiento un nuevo impulso. Vooruit se creó, no sólo como una sociedad cooperativa de consumo, sino como un centro común de todo el movimiento obrero del distrito. Proporcionó un lugar de reunión y un punto de relación a todas las sociedades obreras: sindicatos, mutualidades y grupos de enseñanza y de cultura; era característicamente socialista y estaba dispuesto a emplear sus fondos tanto para fines políticos como económicos. Llegó a ser el modelo para varios centros análogos en otras ciudades, sobre todo la famosa *Maison du Pewple* de Bruselas, y su éxito dio al movimiento belga una nueva y característica forma de organización. Había considerables diferencias entre los distintos lugares en la estructura exacta y en las relaciones entre los diferentes organismos; pero llegó a ser práctica común para las distintas formas de actividad obrera el reunirse en un centro común, que generalmente incluía la tienda de una cooperativa, varios salones para las actividades del club y salas de conferencias y de reuniones, y locales para las oficinas de varias sociedades especiales. En algunos sitios la sociedad cooperativa desempeñaba la parte principal; pero en otros la mutualidad local iba a la cabeza, y en otros la iniciativa procedía de la Cámara del Trabajo basada principalmente en los sindicatos obreros locales y en las cooperativas de producción que resistieron los malos tiempos de la depresión. Estas agrupaciones locales de las organizaciones obreras en torno a un centro común, formaron las bases sobre las cuales se creó más tarde el Partido Obrero Belga.

El partido se fundó ern abril de 1885 en una conferencia convocada por el Vooruit de Gante, la Federación de Sociedades Obreras de Bruselas y la Federación análoga de Amberes. A ella asistieron delegados de muy diversas organizaciones locales: sociedades cooperativas, mutualidades, sindicatos obreros y grupos socialistas. Hubo distintas opiniones acerca del nombre y del carácter del nuevo partido. Algunos deseaban llamarlo "socialista" o "socialista obrero"; otros sostenían que debía incluir sólo a obreros y excluir a los intelectuales de la clase media que eran de sus promotores más activos. La votación fue contraria a esta exclusión, pero favorable a un nombre que hiciera resaltar su carácter esencialmente obrero, y que no lo identificase demasiado estrechamente con la palabra "socialista", a la que todavía se atribuía en algunos círculos obreros un matiz demasiado intelectual y burgués. Sin embargo, no hubo disputa acerca de su carácter esencialmente socialista, o acerca de su propósito de actuar como un partido decididamente político, con el sufragio universal como su objetivo inmediato más importante.

A los pocos meses de haberse fundado el Partido Obrero Belga, el jefe socialista valon, Alfred Defuisseaux (1823-1901), publicó un fo-

lleto, *Catéchisme du peuple,* que tuvo un éxito asombroso. Se vendió por millares, especialmente en los distritos industriales del sur de Bélgica; y su elocuente defensa del sufragio universal tuvo efectos notables. Hasta qué punto se debe a Defuisseaux lo que sucedió después es dudoso. En todo caso, en 1886 hubo una serie de grandes huelgas, primero en las proximidades de Charleroi y después en Lieja y en gran parte de las provincias valonas. Las huelgas empezaron con los mineros, que estaban muy mal pagados y trabajaban en condiciones abominables; pero se extendieron casi inmediatamente a las fábricas de cristal, cuyos obreros estaban mejor pagados, y que se hallaban dispersas en los distritos mineros. La demanda principal de los huelguistas era la del sufragio universal; pero en algunos sitios hubo también demandas económicas, y en otros no era claro en qué consistían las demandas. Esta conmoción no parece haber sido proyectada deliberadamente: fue un levantamiento espontáneo que se extendió de un lugar a otro a medida que las masas de huelguistas iban de lugar en lugar pidiendo a los que todavía trabajaban que se declararan en huelga. Pronto se produjeron desórdenes, en donde los trabajadores dudaban si debían unirse al movimiento o cuando se visitaba el centro industrial de un patrono especialmente odioso. Se causaron algunos daños; y una fábrica de vidrio, donde las condiciones de trabajo habían sido especialmente malas, fue incendiada. Hubo numerosos choques entre los huelguistas y la policía, y pronto fueron empleados los soldados para sofocar los levantamientos y restaurar el orden. A continuación se hicieron detenciones en masa, no sólo de huelguistas, sino también de dirigentes obreros y socialistas en los distritos afectados. Alfred Defuisseaux, considerado responsable por su folleto, fue detenido y procesado, pero escapó al extranjero. Édouard Anseele, líder de los obreros de Gante, que no había tomado parte en la huelga, fue encarcelado durante seis meses, por pedir a los soldados que no disparasen contra los huelguistas. En los distritos de las huelgas se dictaron sentencias contra los jefes locales hasta de 20 años de trabajo forzado, incluyendo a Oscar Falloux, secretario de la sociedad de los obreros del vidrio.

Sin duda los anarquistas y los demás grupos de izquierda que actuaban en los distritos valones se unieron al movimiento huelguístico de 1886, e hicieron todo lo posible para extenderlo; pero no parece que ellos, ni en realidad, ningún grupo particular, lo produjeran. Sencillamente sucedieron en lugares en que las relaciones laborales y las condiciones de trabajo eran malas y el malestar permanente. El ala izquierda del Partido Obrero recién creado en aquella región, sin embargo, fue indudablemente responsable de lo que se hizo a continuación. En 1887, bajo la jefatura de Léon (1841-1906) y de Gcorges Defuisseaux, hermano e hijo de Alfred, respectivamente, una sección

de los miembros del Partido Obrero, principalmente en los distritos valones, se separó y formó un Partido Republicano Socialista rival, que adoptó como política la huelga general, y acusó de reformismo y transacción a los dirigentes de Gante y de Bruselas del Partido Obrero. Al año siguiente los republicanos socialistas, contra los deseos del Partido Obrero, que sostenía que el momento era inoportuno, declararon una huelga general en favor del sufragio universal, y se pronunciaron discursos que indicaban enérgicamente que la huelga debía ser el comienzo de un golpe revolucionario. Indudablemente, algunos de los jefes del movimiento eran blanquistas, que creían en la posibilidad de que una *élite* revolucionaria se adueñara del poder, mientras que otros eran sindicalistas exasperados, que reaccionaban fuertemente en contra del final forzado del movimiento de 1886. Sin embargo, existía un tercer elemento, formado por espías policiacos y agentes provocadores, que tomaron parte importante en la elaboración del "gran complot", que después ellos mismos denunciaron. Esta "gran conspiración" recibió mucha publicidad, lo cual facilitó que el gobierno recurriera otra vez a las detenciones en masa. Cuando los dirigentes del Partido Socialista Republicano fueron procesados, los hábiles abogados progresistas que se encargaron de su defensa pudieron demostrar que, por lo menos, uno de los principales jefes de la huelga, Loloi, siempre había sido espía de la policía, y que una provocación deliberada había desempeñado parte importante en todo ese asunto. Los encarcelados fueron indultados; y se despertaron a tal punto sentimientos contra los métodos empleados para provocar el movimiento, que las personas condenadas durante las huelgas anteriores del año 1886 también fueron puestas en libertad con el deseo de favorecer mejores relaciones y de evitar perturbaciones futuras. Otra consecuencia fue que el Partido Socialista Republicano quedó disuelto en 1890, y la mayoría de sus dirigentes volvieron al Partido Obrero, aunque una sección considerable de los miembros de los sindicatos, especialmente de los mineros, continuaron alejados y conservaron su relación con los Caballeros del Trabajo de los Estados Unidos. Algunos grupos anarquistas o casi anarquistas, que no creían en la acción política, también se quedaron fuera, declarándose partidarios de lo que más tarde se conoció como el evangelio "sindicalista"; pero, desde 1890, el Partido Obrero Reunificado pudo de nuevo hacer progresos continuos.

Esta nueva unión no resolvió el problema de cuál había de ser la política del partido. Los jefes del Partido Obrero habían sido contrarios a la huelga general de 1888, no en principio, sino porque sostenían que no había probabilidades de triunfar, y que, en la mayor parte del país, los trabajadores no estaban preparados para ella. En casi todo el territorio los sindicatos obreros eran todavía débiles, y las sociedades coope-

rativas apenas empezaban a adquirir poder; y las mutualidades que formaban parte del movimiento común, tenían sólo un pequeño número de los obreros en sus filas. Los católicos tenían un número importante de partidarios obreros, incluso en los distritos industriales, especialmente en las provincias flamencas; y los socialistas tenían poca influencia sobre la población rural, que constituía la gran mayoría en estas provincias. En tales circunstancias, no podía esperarse una verdadera huelga general ni siquiera una lo bastante extendida para paralizar las industrias esenciales fuera de los centros más importantes. Por otra parte, no había esperanza ninguna de una acción parlamentaria victoriosa dentro de los límites de la ley electoral vigente, ni de que el derecho al voto fuese ampliado excepto por una fuerte presión ejercida fuera del parlamento sobre todo porque una enmienda a la Constitución exigía una mayoría de dos tercios, muy improbable de obtener dada la fuerte oposición .de los partidos católicos. Dentro del parlamento, los únicos amigos de los socialistas eran los progresistas, que estaban en vías de separarse del antiguo Partido Liberal, que había alternado en el poder con los católicos, pero que era tan reaccionario como éstos en la política económica. Todavía no había aparecido un movimiento "social-católico" de izquierda; y los liberales progresistas, aunque algunos eran en cierto modo socialistas, incluían también a radicales individualistas, muy hostiles al socialismo, y que figuraban en la izquierda sobre todo por su oposición a las pretensiones de los católicos.

Dada la imposibilidad de avanzar mediante métodos electorales, de los cuales los social-demócratas alemanes habían hecho un uso tan eficaz, los jefes del Paitido Obrero tenían que hallar alguna manera de emplear una presión extraparlamentaria, a menos que se diesen por satisfechos con limitarse a organizar su propio movimiento como un "Estado dentro del Estado". Esto es lo que de hecho, trataban de realizar, convirtiendo a sus cooperativas y mutualidades en organizaciones de seguridad económica y social para sus miembros sin ayuda del Estado; pero los jefes del Partido Obrero estaban de acuerdo en que la creación de este nuevo tejido social dentro de su propia organización, aunque indispensable, no era suficiente. Querían emular a sus correligionarios socialistas de otros países consiguiendo una posición en el parlamento y empleándola para promover la legislación obrera y social a la vez que acercaban el día en que fueran lo suficientemente fuertes para adueñarse del poder político. No concebían que esto pudiera hacerse sin extender mucho el derecho al sufragio, o que pudieran utilizarse otras medidas, fuera de la huelga, para imponer esa ampliación a las clases sociales que entonces estaban en posesión de la maquinaria del Estado. Por consiguiente, no podían, como los social-demócratas

alemanes, oponerse al empleo de la huelga general como instrumento político: sólo podían insistir en la preparación adecuada y rechazar los argumentos de los blanquistas y sindicalistas, que depositaban su fe en la capacidad revolucionaria de una pequeña *élite* disciplinada o en la acción espontánea de las masas en el momento oportuno.

En 1891, al año siguiente de la reunificación con los disidentes, el Congreso del Partido Obrero, presidido por Léon Defuisseaux, se decidió en principio en favor de la huelga general como medio para obligar al parlamento a conceder el sufragio universal. Pero no se fijó fecha. El acuerdo fue más bien de empezar a prepararse para la acción que de emprenderla de inmediato. Sin embargo, una parte de la organización se negó nuevamente a esperar y tomó el asunto en sus propias manos. El primero de mayo, los mineros de Borinage, las minas de carbón de la frontera francesa, declararon una huelga general que se extendió a las otras minas de carbón; pero el resto del país se negó a seguirles, y la derrota de los huelguistas fue inevitable.

En el congreso siguiente del Partido Obrero hubo algunas recriminaciones, pero no fueron llevadas a extremos. Era claro que los mineros habían actuado en contra de la decisión del congreso anterior; y el partido, a pesar de ello, había hecho lo posible para reunir fondos a fin de sostener a los huelguistas y de protegerlos contra represalias. Ya entonces era evidente que el parlamento tendría que conceder algunas reformas electorales; y lo único dudoso era qué clase de reforma aceptaría. Los liberales, excepto el grupo de Paul Janson del ala izquierda de los progresistas, que proponía el sufragio para todos los varones, propusieron en su mayoría un sistema que exigiese algunas condiciones respecto al grado de cultura de los electores. Los católicos, o más bien sus representantes parlamentarios, eran en su mayor parte contrarios por completo a toda reforma, o, si la consideraban inevitable, trataban de conceder lo menos posible y de introducir ciertas garantías. De hecho estaban divididos entre un grupo ultraclerical, que todavía se oponía a todo cambio, y un grupo burgués-capitalista inclinado a una reforma moderada. Pero fuera del parlamento había ido creciendo un fuerte movimiento católico en favor de la reforma, y rápidamente fue tomando forma. Los católicos se habían dedicado a formar asociaciones católicas de diversas clases, desde mutualidades hasta Casas de los Obreros (*Maisons des Ouvriers*), en oposición a las mutualidades y Casas del Pueblo (*Maisons du* Peuple) socialistas; y se encontraron con que no podían mantener la adhesión de estos grupos a menos que les permitiesen aprobar propuestas en favor, tanto de una legislación social y obrera como de la reforma electoral, la cual, por supuesto, favorecían sinceramente algunos de los promotores de estas organizaciones. En 1892, un congreso de sociedades obreras católicas presentó una serie

de demandas en favor de una legislación obrera muy análogas a las del Partido Obrero, mas no se le permitió pronunciarse respecto a la reforma electoral prohibiendo que la cuestión se discutiera; pero un sector creciente de católicos jóvenes se negó a aceptar esta prohibición y se manifestó en favor del sufragio universal, o, mejor dicho, del sufragio para todos los varones. Después de esto, algunos católicos viejos aceptaron el sufragio para todos los varones, pero trataron de modificar sus efectos abogando porque la edad mínima fuese de 25 años en lugar de 21, como pedían los socialistas.

Por supuesto, estos hechos significaban que, al amenazar con recurrir a una huelga general en favor del sufragio universal, los socialistas ya no desafiaban a una clase gobernante unida; en realidad en algunos lugares se realizaron manifestaciones conjuntas de ambos grupos, en las que hablaban oradores socialistas y católicos jóvenes, y en otros lugares se hicieron mítines Separados donde intercambiaron elogios unos y otros. Por entonces, el parlamento había resuelto oficialmente que la ley electoral sería reformada, sin decir en qué consistiría la reforma; y se había decidido que la próxima elección general se haría para elegir una Asamblea Constituyente con poderes para aprobar una nueva ley constitucional, lo cual requería dos tercios de mayoría. En esta elección, que se efectuaría con arreglo al antiguo sistema electoral, el Partido Obrero no intentó presentar candidatos propios; y la nueva asamblea fue prácticamente una reproducción de la anterior. Durante algún tiempo, pareció que el problema quedaría en suspenso. El sufragio universal, tanto desde los 21 años como desde los 25, fue derrotado por gran mayoría en el comité encargado de estudiar este asunto; y ninguna de las numerosas propuestas rivales que fueron presentadas parecía tener probabilidades de triunfo. Sin embargo, poco a poco la opinión católica y la liberal fueron inclinándose a un proyecto que combinaba el voto para todos los varones con el voto plural, concediendo un segundo voto a todos los cabezas de familia y otorgando votos adicionales a los que eran propietarios y a los que llenaban determinados requisitos de educación.

No obstante, esto no sucedió hasta que el Partido Obrero, de acuerdo con las intenciones que había manifestado, declaró una huelga general, a la que respondieron cerca de 300 000 trabajadores, incluyendo algunos que pertenecían al ala izquierda de los grupos católicos. La huelga fue causa de algunos choques entre los manifestantes y la policía o los soldados, pero fue acompañada de mucha menos violencia que los desórdenes más locales de 1886, 1888 y 1891. Se ordenó el fin de la huelga en vista de la decisión precisa de conceder el sufragio a todos los varones de más de 25 años (no de más de 21), a pesar de que al Partido Obrero no le agradaba este límite de edad ni alguna de

las otras condiciones establecidas. Sin embargo, debe advertirse que el proyecto para dar un segundo voto a los cabezas de familia, fuertemente apoyada por los grupos católicos, no fue combatida por el Partido Obrero, que se limitó a oponerse a las otras formas de voto plural.

La reforma electoral de 1893 colocó al Partido Obrero por primera vez en situación de presentar candidatos para el parlamento con algunas esperanzas de éxito en las grandes poblaciones y en los distritos industriales; pero teniendo en cuenta su debilidad en la mayoría de las pequeñas poblaciones y de los distritos rurales, no podía esperarse que obtuviera una mayoría. Antes de la celebración de las elecciones, según el nuevo sistema, el Partido Obrero fue reforzado por un grupo de intelectuales socialistas, que hasta entonces había trabajado dentro del Partido Progresista; pero este partido, en conjunto, no acudió, y su dirigente máximo, Paul Janson, que había sido el defensor principal del sufragio universal en el parlamento anterior, siguió con los progresistas que quedaban. Sin embargo, el Partido Obrero logró varias adhesiones importantes: entre ellas las del pedagogo Léon Furnémont (1861-1927), y del senador Henri La Fontaine (1854-1943). En las elecciones generales, que tuvieron lugar en 1894, su triunfo fue notable consiguiendo 27 puestos e» el parlamento. Entre sus miembros diputados al parlamento estaban Édouard Anseele, de Gante; el profesor Héctor Denis, de la Universidad de Bruselas; Émile Vandervelde; Tules Destrée (1863-1936); y Alfredo y Léon Defuisseaux.

Así pues, desde 1894, el Partido Obrero belga fue un partido parlamentario, que daba sus batallas en el parlamento como otros partidos europeos, y dirigía gran parte de su atención a demandar una legislación obrera que mejorase las condiciones de trabajo. Sin embargo, era mucho menos exclusivamente un partido parlamentario que el alemán o cualquiera de los partidos franceses, porque formaban parte de él las sociedades cooperativas, mutualidades y sindicatos obreros, y, en consecuencia, consideraba la acción parlamentaria sólo como uno de los instrumentos disponibles para plantear las reclamaciones obreras. Por ejemplo, su celo en exigir del Estado que adoptase proyectos de seguridad social, disminuyó considerablemente cuando logró establecer sus propios servicios y utilizarlos como medio para atraer miembros y de asegurar su lealtad. En realidad, hasta cierto punto, no pedía la intervención del Estado, por el temor de que los servicios prestados o subsidiados por éste cayesen bajo el control de la Iglesia católica. En el establecimiento de redes de mutualidades, sociedades cooperativas, centros sociales e incluso sindicatos pronto se produjo una viva rivalidad entre los socialistas y los católicos, que después de 1893 se dedicaron seriamente a la creación de un amplio movimiento social, como baluarte contra el socialismo. Los socialistas, en las ciudades, tuvieron especial-

mente éxito organizando, mediante mutualidades o cooperativas, servicios médicos y de sanidad, y algunas de sus mutualidades y sociedades cooperativas se extendían en un sistema muy completo de seguridad social en otras esferas. En comparación con estos desarrollos y con el crecimiento de las cooperativas de consumo, sus esfuerzos por mejorar la organización sindical disminuyeron por algún tiempo. Hasta 1899 no descubrieron la necesidad de establecer una Comisión Sindical independiente, abierta no sólo a los sindicatos dispuestos a ser miembros completos del partido y contribuir a sus fondos, sino también a otros sindicatos obreros partidarios de la lucha de clases y dispuestos a trabajar con los socialistas, aunque sin ingresar oficialmente al partido. Después, el sindicalismo belga se organizó mejor, pero el apoyo principal siguió viniéndole al partido incluso aún más de sus sociedades cooperativas, que tuvieron un gran éxito, y que en 1900 se unieron para formar la sociedad de ventas al por mayor, que de sus sindicatos obreros afiliados.

En 1894 y, en realidad, siempre, la debilidad más manifiesta del Partido Obrero fue su incapacidad para obtener un fuerte apoyo en los distritos rurales. Tomaron conciencia de esta debilidad los jefes socialistas, sobre todo Émile Vandervelde, y dedicaron cada vez mayor atención a la cuestión agraria, lo mismo que Kautsky y Vollmar en Alemania y Jaurès, entre otros, en Francia. El año 1896, en una Conferencia presidida por Jaurès, Vandervelde presentó un informe sobre la política del Partido Obrero belga a ese respecto. Vandervelde empezó por llamar la atención haeia el hecho de que una proporción considerable de la población de los distritos rurales, no eran aldeanos ni trabajadores agrícolas de ninguna clase. Menos de un tercio de la población trabajadora de Bélgica, dijo, estaba empleado en la tierra; las fábricas y otros establecimientos industriales se hallaban dispersos por muchos de los distritos rurales y, además, numerosos habitantes de las aldeas iban todos los días a trabajar a las ciudades. El socialismo rural no ha de confundirse con el socialismo campesino o agrario: en muchos lugares podrá obtenerse una mayoría, sin que se afiliase ni un solo trabajador de la tierra. Pero también indicó que el desarrollo de las fábricas rurales estaba con frecuencia estrechamente relacionado con el desarrollo de formas de agricultura que exigían un cultivo en gran escala y el empleo de un número considerable de trabajadores agrícolas asalariados, que, por sus condiciones de trabajo, estaban predispuestos a Tecibir la propaganda socialista y sindical. Se ocupó de la explotación de los arrendatarios de pequeñas parcelas por los terratenientes, que ganaban más de este modo que cultivando ellos mismos sus tierras o arrendándolas a grandes agricultores; y examinó la mala situación de los propietarios rurales que empleaban métodos anticuados, porque ca-

recían del capital necesario para adoptar otros mejores. Hizo notar los resultados del cultivo de la remolacha al aumentar la cantidad de trabajadores empleados en la tierra, al exigir métodos más capitalistas y al traer consigo fábricas para elaborar los productos; y parecía esperar que en la mayoría de los distritos el cultivo tendiera a hacerse más capitalista, y que un número creciente de trabajadores serían empleados en condiciones mucho más parecidas a las de los obreros industriales, y así serían más susceptibles a la organización sindical y al adoctrinamiento socialista. Se felicitaban del desarrollo de varios tipos de organización cooperativa en los distritos rurales para elaboración y venta, especialmente de la leche y sus productos, para la compra de semillas y otros artículos necesarios y para el uso en común de la maquinaria; y para proporcionar capital y crédito. Pero no tuvo nada muy original que decir respecto a nuevos métodos a fin de acelerar el paso de la población rural al socialismo. En realidad, comprendía que este paso tendría que ser muy lento, y se inclinaba mucho más que Kautsky[1] a reconocer la fuerza de los factores contrarios a la desaparición de la propiedad rural y de los labradores arrendatarios en pequeña escala contrarios, por consiguiente, al rápido desarrollo de un proletariado agrícola asimilado por completo al proletariado industrial.

El movimiento obrero belga, al elegir una estructura basada en el principio de una estrecha integración de sus organismos políticos, sindicales, mutualidades y sociedades cooperativas, necesariamente renunciaba a la posibilidad de una organización completamente unificada en cada campo distinto de actividad. Si debían existir sociedades cooperativas, mutualidades y sindicatos relacionados íntegramente con el Partido Obrero, inevitablemente surgirían otras cooperativas y sindicatos que rechazasen esa relación íntima y que, o bien prefirieran permanecer independientes, o llegar a asociarse con movimientos rivales, sobre todo con la organización social católica. De hecho, todo el estilo de la organización obrera de Bélgica nació en gran parte de la lucha entre los socialistas y sus antecesores radicales por una parte, y por otra la Iglesia católica. Como vimos antes, los principales contrincantes que aspiraban al poder político antes de que el socialismo se desarrollara como fuerza política, eran los católicos y los liberales, que tenían relación estrecha con los racionalistas y los masones. El ala izquierda liberal, que llegó a convertirse en el Partido Progresista, estaba muy imbuida de racionalismo y muy influida por Comte, como también por las ideas que mantenían vivas los discípulos del Barón Colins, especialmente Louis y Agathon de Potter. El grupo socialista, del cual De Paepe llegó a ser la figura central, era también racionalista: se organizó por primera vez en 1857, en la sociedad de Les *Solidaires,* fundada

1 Véase Vol. III, pp. 252 ss.

por el suegro de Paepe, el maestro impresor Désiré Brismée, a base de "socialismo racional". Bélgica apenas tenía población protestante: los únicos contrarios a los católicos eran los racionalistas o positivistas de varias escuelas. Uno de los resultados de la ampliación del derecho al voto fue llevar a los socialistas a la escena parlamentaria como partido independiente; otro, no menos importante, fue debilitar a los liberales y fortalecer el arraigo de los católicos por la entrada en el electorado de una gran masa de electores pobres rurales o de las poblaciones pequeñas, a los cuales nunca había llegado la propaganda socialista ni la racionalista de ninguna forma. Esto era válido especialmente respecto al territorio flamenco: en los distritos valones la religión tenía arraigo más débil y atraían más las doctrinas de rebeldía social, aunque no fuesen socialistas. De esta manera, el antagonismo entre los distritos flamencos y los valones en cierto modo aumentó cuando la ampliación del sufragio convirtió a la política en una lucha entre los socialistas y la Iglesia.

Los lazos estrechos entre el socialismo y el racionalismo y la lucha constante entre los socialistas y los partidos católicos, contribuyeron a que la educación fuese especialmente un campo de batalla y que tuviese gran importancia en la lucha social. Antes del surgimiento del socialismo como fuerza política, los liberales, incluyendo a su ala progresista, fueron los principales combatientes en favor de la emancipación de la educación superior del control eclesiástico. La Iglesia católica tenía un firme arraigo en la enseñanza primaria; pero los liberales, mientras estuvieron en el poder, consiguieron establecer varios centros universitarios y de educación técnica superior bajo auspicios seculares, especialmente en Bruselas y en Lieja, que llegaron a hacerse famosos por sus cursos técnicos. Las universidades libres de Bruselas y de Lieja y los distintos institutos especializados de educación superior, se convirtieron en un buen campo de acción de los profesores de opiniones avanzadas y en sede de los grupos estudiantiles de izquierda, con frecuencia relacionados con los liberales, pero que incluían a muchos de los futuros intelectuales del movimiento socialista belga. Como vimos, Héctor Denis y Guillaume de Greef fueron los dos profesores universitarios, y Émile Vandervelde fue uno de los muchos cuyo primer contacto con el socialismo se produjo en la etapa de estudiante. De la Universidad de Lieja salieron adeptos no sólo del socialismo belga, sino también del francés; y el desarrollo de mutualidades médicas en relación con el movimiento obrero fue posibilitada en gran parte por hombres formados en la facultad de medicina de la Universidad Libre de Bruselas. El mismo César de Paepe se hizo médico allí al mismo tiempo que se ganaba la vida como impresor en la imprenta de su padre político.

La preocupación de los socialistas por la educación superior de los trabajadores, distinta de la de los estudiantes universitarios o técnicos ordinarios, empezó en 1892, cuando el Círculo Socialista de Alumnos y de antiguos alumnos inició una serie de clases para adultos en la Casa del Pueblo de Bruselas. Entre los primeros maestros estaban Vandervelde, Louis de Brouckére, y el abogado Max Hallet (1864-1941). Al año siguiente, los profesores de la Universidad de Bruselas, al frente de los cuales se hallaban Vandervelde y Léon Leclére, crearon un movimiento de extensión universitaria siguiendo el modelo de Inglaterra, con profesores exclusivamente universitarios. Organizaciones análogas fueron establecidas en otros centros; pero en Bruselas se produjo una crisis cuando la Universidad se negó a permitir una serie de conferencias dictadas por Élisée Reclus, el famoso geógrafo anarquista. Esta negativa produjo una división: varios de los profesores más avanzados se separaron, y fundaron la Nueva Universidad de Bruselas; y en adelante hubo dos universidades rivales, ambas no católicas, una predominantemente liberal y la otra en general socialista, aunque incluía también a varios miembros del ala izquierda progresista. Entre los profesores que fundaron la Nueva Universidad se destacaba el sociólogo De Greef, acerca de cuyas ideas tendremos que decir algo más adelante en este capítulo. Vandervelde, De Brouckére, Furnémont, Camille Lemonnier, Émile Verhaeren y Paul Janson, como también Réclus y varios extranjeros distinguidos, figuraban entre su profesorado. Sólo mucho más tarde, en 1911, estableció el Partido Obrero, sobre todo basándose en la labor hecha por estos intelectuales socialistas precursores, su propio Centro de Educación Obrera, con Henri de Man (1885-1953) como su primer secretario: y, aún más tarde, de esta institución nació, después de la primera Guerra Mundial, el Colegio Obrero Belga.

El Partido Obrero Belga, en la forma en que se adaptó a la situación nueva de la reforma de 1893, descansaba en una base federal. Se componía, localmente, de veintiséis federaciones regionales, teniendo cada una su centro en una sociedad cooperativa o en una casa del pueblo, las cuales servían de lugar de reunión y de domicilio para todas las secciones de la organización local: el Vooruit de Gante, la Casa del Pueblo de Bruselas, etc. Al lado de las federaciones regionales había varias federaciones corporativas, que agruparon nacionalmente a los sindicatos obreros de oficios o industrias, mutualidades, y otros organismos especializados. Cada federación gozaba de una autonomía considerable en sus propios asuntos, y tenía derecho a un representante en el Consejo General del Partido. Todos los años se reunía un congreso pleno de delegados, o cuando era convocado extraordinariamente, y ese consejo tenía autoridad suprema acerca de la

política a seguir. El Congreso y no el Consejo elegía una Junta ejecutiva de nueve miembros del distrito de Bruselas, y esta junta estaba encargada de la labor diaria. Hasta 1899 no hubo un organismo especial coordinador para los asuntos sindicales; pero en aquel año, el partido estableció una Comisión de Sindicatos, que más tarde convocó a congresos sindicales abiertos a todos los los sindicatos obreros que no estaban directamente afiliados al partido. Este cambio fue consecuencia de la aprobación en 1898 de una ley que reglamentaba los sindicatos y les concedía personalidad legal. Él Partido Obrero se opuso a los términos de esta ley, y los sindicatos socialistas se negaron a registrarse conforme a ella, prefiriendo basar sus derechos legales en la cláusula de la Constitución belga que garantiza la libertad de expresión. Desde 1900, las cooperativas socialistas tuvieron una federación similar de sociedades cooperativas socialistas, pero ésta se limitaba a las cooperativas que pertenecían al Partido Obrero. En realidad, muchas de las cooperativas habían sido fundadas por las federaciones regionales del partido y, a su vez, habían establecido mutualidades para la prestación de servicios sociales, o se habían puesto en relación estrecha con las mutualidades existentes. Hasta 1912 no se fundó una organización nacional independiente de mutualidades socialistas. La forma precisa de la organización obrera variaba de un lugar a otro, pero las características eran las mismas en todas partes.

Para los fines políticos, era el partido la autoridad que actuaba, funcionando a través de sus federaciones regionales en los asuntos de interés local o provincial; pero en cada región había círculos políticos para organizar discusiones y actividades de propaganda. No había organizaciones socialistas independientes. Para el trabajo rural, las federaciones regionales establecían organizaciones especiales: una forma de actividad muy practicada era la de los clubes ciclistas, que seguían el modelo de los Exploradores del "Clarión" en la Gran Bretaña. Estos clubes mandaban grupos de ciclistas a las aldeas para celebrar mítines, atraer electores y hacer prosélitos, a fin de establecer grupos campesinos de miembros de los sindicatos o de las cooperativas. Tuvieron mucho más éxito en los distritos valones y en las proximidades de Gante y de Bruselas que en el norte del país.

Por supuesto, los socialistas no estaban en modo alguno satisfechos con la ley electoral de 1893. Mantenían una activa campaña tanto en el parlamento como en el país en favor de su revisión; y también hicieron un intento vigoroso para adueñarse del control del gobierno local. A este intento respondieron los católicos con una medida reaccionaria de reforma de las elecciones locales, conocida por el pueblo como "Ley de las cuatro infamias". Conforme a esta ley, aprobada en 1895, la edad mínima para votar se elevó a treinta años, y a ciertas clases

de electores acomodados se les concedía un cuarto voto además de los tres permitidos por la ley de 1893. Sin embargo, esta medida no impidió que los socialistas consiguieran varios lugares en los organismos de gobierno local, suficientes para que mereciese la pena formar una federación nacional de representantes socialistas comunales a fin de coordinar su política; pero tuvo muchos resultados adversos. En 1899 el gobierno católico fue aún más allá, y trató de extender la ley de 1895 a las elecciones parlamentarias; pero la propuesta despertó tanta oposición, y se organizaron contra ella manifestaciones tan grandes en el país, que el gobierno tuvo que dimitir, y el proyecto fue abandonado. Sin embargo, el nuevo gobierno mantuvo su resistencia a todos los proyectos de reforma democrática y conservó la ley de 1895 en su aplicación a las elecciones locales. El Partido Obrero, no pudiendo hacer nada en el parlamento, recurrió de nuevo a una campaña de manifestaciones de masas; pero el gobierno no varió de actitud. Al fin, en 1902, el sentimiento del partido se hizo tan fuerte, que los jefes acordaron declarar una huelga general en favor del sufragio universal, aunque muchos de ellos dudaban acerca del resultado. La huelga fue muy extensa, mas no universal, por la decidida oposición de la mayoría de los grupos católicos. Se declararon en huelga más de 300000 obreros; pero el gobierno se mantuvo firme, y el Partido Obrero tuvo que admitir su fracaso y ordenar a los huelguistas que volviesen al trabajo. Poco después hubo elecciones generales, y el resultado para los socialistas fue un retroceso. Aún más grave fue el resultado para los sindicatos, muchos de los cuales se retiraron del partido y proclamaron su neutralidad política. Hubo defecciones análogas en las cooperativas y en las mutualidades; y, en general, el Partido Obrero sufrió una grave derrota.

Este retroceso indudablemente se debió en parte a los esfuerzos del movimiento social-católico para establecer una fuerte organización que se le opusiera. El grupo católico más de izquierda, dirigido por el abate Daens, que había sido elegido para el parlamento por Alost, fue expulsado de la organización católica, que quedó aún más que antes bajo el control del Partido Clerical. Los católicos no habían dejado de intensificar sus esfuerzos para organizar sociedades cooperativas y sindicatos obreros cristianos en oposición a los socialistas, o, cuando no pudieron hacerlo, predicaban las virtudes de la neutralidad política. Indudablemente estos esfuerzos tuvieron éxito considerable, sobre todo después del fracaso de la huelga general de 1902. En el parlamento, un gobierno católico sucedió a otro; y parecía que los socialistas se hallaban en un callejón sin salida. Varias leyes fueron aprobadas para proteger a las clases trabajadoras en contra de las peores formas de explotación; pero en este aspecto no se hizo mucho, y no dio resultado la

presión socialista para adoptar una organización pública de servicios sociales. Lo más que se pudo lograr en este terreno fueron pequeños subsidios públicos para asociaciones mutualistas; y éstos tendían a beneficiar más a las sociedades católicas que a las socialistas, que podían participar sólo con la condición de separar sus actividades de servicio social de su labor política y cooperativa.

A los socialistas también les afectó que, después de 1902, la controversia política se aplicara a puntos menos favorables para ellos que la campaña en favor del sufragio universal o la demanda de una legislación social y laboral. Durante el periodo que siguió a la seria derrota de 1902, la atención del pueblo y del parlamento se fijó primero en la controversia acerca de la conducta del rey Leopoldo II en el imperio privado que había creado para sí mismo en África y en el problema no menos difícil del papel de la Iglesia católica en la marcha del sistema escolar.

La disputa acerca del Congo, en realidad, no era una cuestión de controversia entre los partidos políticos belgas: era cuestión de responsabilidad del Estado belga por la actuación abominable del rey de los belgas en su capacidad de monarca absoluto del Estado libre del Congo. Esta cuestión se había planteado ya en 1876, cuando Leopoldo convocó en Bruselas a un congreso privado de explotadores y comerciantes interesados en África, con el propósito ostensible de acabar con la esclavitud y el comercio de esclavos en el "Continente Negro" y de abrirlo a la "civilización" mediante el desarrollo de las misiones y del comercio. El organismo creado primeramente por Leopoldo se llamó Asociación internacional para la exploración y civilización de África; y al principio no tuvo relación especial con el Congo ni pretensión alguna de crear un Estado; pero la atención de Leopoldo pronto se dirigió a la posibilidad de establecer para él un imperio muy provechoso en la cuenca del Congo, si las grandes potencias se lo permitían. En 1878 estableció como vástago de la primera asociación un nuevo organismo, que poco después tomó el nombre de Asociación Internacional del Congo. Bajo los auspicios de este organismo el famoso explorador H. M. Stanley pasó varios años en el Congo estableciendo centros para misiones y empresas comerciales y, de hecho, creando un Estado mediante vastas concesiones de tierra y poderes soberanos cedidos por los jefes indígenas. Estas maniobras coincidieron con los esfuerzos de varias potencias europeas para dividir el continente africano en esferas de influencias, que pronto se convirtieron en imperios coloniales. Leopoldo se había apoderado de un extenso territorio en el África central, en el cual vio la posibilidad de actuar sin interferencia de nadie, si lograba llegar a un acuerdo con las potencias europeas acerca de los límites de su proyectado imperio. Ayudado por sus pretensiones de ser

misionero de la civilización cristiana y por sus relaciones de familia con las casas reinantes en Europa, Leopoldo sacó el mayor provecho posible de sus grandes talentos para la intriga. Persuadió a los Estados Unidos para que reconociesen su Asociación del Congo como Estado Independiente, y después logró un reconocimiento análogo por parte sucesivamente de Francia, Alemania, la Gran Bretaña, Austria-Hungría y Rusia. Durante estas negociaciones, Bismarck convocó, en abril de 1884, a una conferencia en Berlín de las potencias interesadas en el desarrollo de Africa; y resultado de esta reunión fue, a principios de 1885, una acta general que se refería, entre otros asuntos, a la cuenca del Congo. Allí se establecía que dentro de este territorio existiría libertad completa para el comercio de todas las naciones, y que se tomarían todas las medidas para acabar con la esclavitud y proteger a todos los misioneros y exploradores. La Asociación del Congo fue reconocida sobre un extenso territorio como Estado independiente, y fue uno de los firmantes del acta general. A esto siguió una serie de negociaciones para fijar sus fronteras y, efectivamente, quedó repartida la mayor parte del África central entre ese Estado y las grandes potencias europeas. Al mismo tiempo Leopoldo obtuvo la aprobación del parlamento belga para que él asumiera el gobierno absoluto del Estado Libre del Congo, y se estableció que la unión entre éste y Bélgica sería "exclusivamente personal". Entonces Leopoldo se dedicó a establecer su dominio efectivo sobre el vasto territorio que le había sido asignad». Hubo guerras enconadas contra los árabes del interior y luchas feroces con los habitantes indígenas, cuya resistencia fue dominada cruelmente. En 1889 Leopoldo hizo un testamento disponiendo que después de su muerte el Congo pasase a ser posesión del Estado belga; pero procedió a delimitar dentro de él un vasto territorio privado, el Dominio de la Corona, cuyos derechos reclamaba como propiedad privada para sí y sus herederos. Hizo concesiones a grandes compañías capitalistas, en las cuales estaban interesados inversionistas de muchos países; y exigió que estas concesiones, lo mismo que el "Dominio de la Corona" fuesen respetadas cuando el Estado pasase al control de Bélgica. Inmediatamente después de lograr el reconocimiento de su imperio, emitió un monstruoso edicto declarando que todas las "tierras vacantes" del Congo eran propiedad del Estado; e interpretó este edicto incluyendo todas las tierras que en aquel momento no estuviesen cultivadas por los indígenas, es decir, no sólo todas las selvas y bosques y los derechos sobre las minas, sino todos los terrenos en los cuales las tribus indígenas erraban sin establecer poblados agrícolas permanentes. En sus propios dominios y en beneficio de las compañías a las que hizo concesiones, estableció un sistema de trabajo forzado que pronto fue imposible distinguir de la esclavitud; y sus tropas, formadas sobre todo de conscriptos indígenas mandados

por oficiales europeos, cometieron terribles brutalidades contra todos los que intentaban ofrecer resistencia a su tiranía y explotación. El régimen que estableció llegó a convertirse en un escándalo internacional, especialmente en el distrito productor de caucho controlado por una fundación especial que él creó para explotarlo. En 1904, Roger Casement, cónsul inglés en Borea, en el Congo, presentó un informe dando a conocer los tremendos abusos que prevalecían. Y el gobierno inglés, que ya había dirigido una nota sobre este asunto a todas las potencias que firmaron el Acta General, propuso más bien como tanteo que se llevara la cuestión al tribunal de La Haya. Por presión de la opinión pública mundial, Leopoldo, que había negado esas acusaciones, se vio obligado a nombrar una comisión de indagación presidida por Edmond Janssons, uno de los jueces belgas más eminentes. La comisión, en su informe, reconoció la existencia de graves abusos, y recomendó varias reformas; pero justificaba el empleo del trabajo forzado y el sistema de concesiones hechas a compañías privadas. Leopoldo entonces creó por sí mismo otra comisión para que estudiase el informe, y para que llevase a cabo las recomendaciones de éste que él estaba dispuesto a aceptar; pero siguió insistiendo en que tenían que ser respetados sus derechos al "Dominio de la Corona" y a las concesiones que había hecho.

Ya, desde 1901, el gobierno y el parlamento belga habían estado estudiando un proyecto de ley para reglamentar los asuntos del Congo desde la fecha futura en que, a la muerte de Leopoldo, se convirtiese en colonia belga; pero no se progresó nada, por las condiciones inaceptables en que el rey insistía. En 1906, después del informe de la comisión, Leopoldo agravó la situación haciendo varias concesiones nuevas a compañías dominadas sobre todo por capital extranjero, con la esperanza de conseguir el apoyo de los grupos capitalistas en los países más importantes en contra de sus opositores. A esto siguió una viva discusión en el parlamento belga, acompañada de crecientes protestas en el extranjero a medida que se hacía manifiesto que las supuestas reformas introducidas por Leopoldo no daban resultados de importancia, y que el régimen de violencia y de opresión cruel en el Congo seguía de hecho sin cambiar. El gobierno liberal de la Gran Bretaña y el gobierno de los Estados Unidos bajo la presidencia de Theodore Roosevelt, se unieron al clamor en favor de reformas; y en 1907 Leopoldo se vio obligado a firmar un tratado cediendo el Estado Libre del Congo a Bélgica y poniendo sus asuntos bajo el control del parlamento belga; pero Leopoldo todavía insistió en que el "Dominio de la Corona" y la fundación que había creado en él seguirían intactas, y que grandes sumas procedentes de las actividades de la fundación seguirían siendo percibidas por él y por su familia. Estas disposiciones condujeron a más protestas de la Gran Bretaña y de otras naciones, y también del

parlamento belga; y en 1908 se hizo un nuevo tratado, aboliendo la fundación y la mayor parte de los privilegios especiales a que Leopoldo decía tener derecho, más obteniendo el rey una compensación muy considerable por la pérdida de sus "derechos". El Estado belga se vio también obligado a reconocer varias de las concesiones hechas por Leopoldo, y a prometer que pagaría rentas muy crecidas a la familia real de Bélgica. Pero después de largos y enconados debates, la Cámara belga aceptó el tratado revisado, y hacia fines de 1908 el Estado Libre del Congo dejó de existir y se transformó en una colonia belga.

La situación del Congo enfrentó a los socialistas belgas con un problema difícil. No querían a Leopoldo y estaban dispuestos a unirse a las acusaciones que se hacían contra su régimen abominable y los capitalistas buscadores de concesiones, que estaban asociados con él. Con razón consideraban al Estado Libre del Congo como un ejemplo extremo de los males del imperialismo económico, y unieron su voz a la de otros socialistas, presentando el crecimiento del imperialismo como una etapa en el desarrollo de la explotación capitalista; pero el asunto no era tan fácil cuando se trataba de hallar una solución al problema planteado por la actuación de Leopoldo en su imperio privado. Los socialistas belgas no deseaban que su nación siguiera a las grandes potencias en sus aventuras imperialistas adquiriendo un imperio colonial; pero esto era claramente lo que Bélgica estaba en camino de hacer, al menos desde el momento en que Leopoldo anunció su intención de dejar el Estado Libre del Congo a Bélgica a su muerte. Además las condiciones bajo las cuales Leopoldo proponía hacer esto, reteniendo su dominio privado e insistiendo en que continuaran las concesiones que había hecho a varias compañías explotadoras, eran enteramente inaceptables para los socialistas belgas.

Desde 1901 en adelante, la cuestión se planteó ante el parlamento en los términos del proyecto que establecía la manera en que había de ejercerse el control del Estado belga sobre el Congo cuando éste fuera cedido a la muerte de Leopoldo. Según este proyecto, en su forma original, el sistema completamente autocrático de gobierno en el Congo seguiría sin modificaciones, y de hecho el parlamento belga no tendría voz en los asuntos de la colonia. Como es natural, los socialistas se opusieron enérgicamente a esto, y también a que se conservase el "Dominio real", y a los términos en que se habían hecho las concesiones que daban a las compañías poderes amplios para ejercer una acción policiaca y militar en contra de los indígenas. Pero muchos de los socialistas fueron aún más lejos, y se opusieron a que Bélgica recibiese el Congo en forma alguna. Algunos querían que el Estado Libre fuese sometido a una supervisión y administración internacional; otros no querían tener nada que ver con tan feo asunto en ninguna forma, y

adoptaron una actitud de anti-imperialismo puro sin sentirse llamados a plantear un proyecto positivo.

En las denuncias contra la actuación de Leopoldo en África, Héctor Denis y Émile Vandervelde desempeñaron un papel principal. Cuando, en 1906, la cuestión tomó un aspecto nuevo después del informe de la comisión y del fracaso evidente para llevar a cabo incluso las reformas moderadas recomendadas en él, se produjeron importantes desacuerdos dentro de las filas socialistas. Ya no se trataba de legislar acerca de lo que habría de hacerse en la incierta fecha futura de la muerte de Leopoldo, sino de actuar inmediatamente para poner término a lo que había llegado a ser un escándalo internacional intolerable, no sólo para los socialistas y los humanitarios, sino incluso para muchos defensores de la política imperialista. Vandervelde llegó a convencerse, después de haber visitado el Congo y de ver por sí mismo lo que sucedía, de que la única solución para el Estado belga era encargarse del Estado Libre en condiciones tales que le dieran al parlamento belga control completo sobre los asuntos del país, y que hicieran recaer en él la responsabilidad de establecer leyes que garantizasen los derechos y las libertades de los indígenas. Además, a fin de conseguirlo, estaba dispuesto a hacer las concesiones a las demandas excesivas del rey que parecían inevitables para llegar a un acuerdo. Sin embargo, Vandervelde, en este punto se halló en minoría dentro de su propio partido. La mayoría de los socialistas creían que habían sido arrastrados a convertirse en partes de un sistema de imperialismo económico que ellos reprobaban enérgicamente. Vandervelde, derrotado en la votación, propuso renunciar a su puesto en el partido; pero el partido se negó a aceptar su renuncia y, cuando él mantuvo su actitud, acordó permitirle que siguiera exponiendo su punto de vista en el parlamento. Se evitó una división en el partido decidiendo votar en contra del proyecto sobre el Congo, basándose en que las concesiones que hacía a las exigencias de Leopoldo eran inaceptables, sin obligar por otra parte a los representantes del partido en el parlamento a que se opusiesen a toda forma de trasmisión del Estado Libre. El proyecto revisado, que aseguraba al parlamento belga el control sobre el régimen del Congo y le encargaba la promulgación de leyes protectoras de los indígenas, fue aprobado con el voto en contra de los socialistas, que sabían muy bien que sería aprobado a pesar de su voto. Después, Vandervelde logró lo que quería; porque cuando el Congo se convirtió en colonia belga y el parlamento belga se hizo responsable de él, los socialistas no podían dejar de hacer lo más posible para liberalizar el régimen, por mucho que les desagradase en principio, so pena de permitir que continuaran las exacciones en que Leopoldo insistió hasta el final.

Los socialistas belgas se vieron de este modo obligados, en los pri-

meros años de este siglo, a enfrentarse con el problema de definir su actitud respecto al imperialismo capitalista de manera más directa e inmediata que los socialistas de otros países; y vieron que no era asunto fácil. Era muy fácil decir en un papel que debía establecerse un régimen internacional destinado a la protección de los intereses indígenas; pero resultaba evidente que no era posible, en modo alguno, un régimen así en la práctica bajo los auspicios de los Estados que habían firmado los tratados que reglamentaban su actuación en la cuenca del Congo. Estos Estados todavía estaban ocupados entonces en repartirse África, y en autorizar dentro de los territorios de que se habían apoderado compañías concesionarias apenas menos censurables que las concesionarias de Leopoldo en el Congo, y en "vigilar" a los indígenas y en apoderarse de sus tierras con el pretexto de hacer avanzar la causa de la civilización en África; e incluso si alguna de estas potencias censuraba los procedimientos de Leopoldo, lo hacía, no porque se opusiera a la explotación de los indígenas, sino sólo porque creía que con métodos menos brutales se obtendrían los mismos resultados o aún mayores. No había posibilidad alguna de establecer un régimen internacional para servir los intereses de los indígenas en contra de la explotación capitalista; ni tampoco era posible entonces entregar los territorios a una autoridad indígena autónoma. El nacionalismo colonial apenas existía todavía; y los árabes, que eran los únicos cuya organización superaba la etapa tribal, hubieran utilizado el poder, en caso de que se les hubiera concedido, para restablecer el comercio de esclavos en sus formas antiguas. Así pues, no había más solución, sino que el Estado belga se encargase del vasto imperio que Leopoldo había creado y que asumiera con ello las responsabilidades económicas que llevaba consigo el administrarlo; y, como los socialistas no constituían más que una pequeña minoría en el parlamento belga, y no tenían esperanzas de llegar pronto a ser mayoría —en realidad, entonces estaban perdiendo terreno— esto significaba que Bélgica se transformaría en una potencia imperialista que gobernaría un imperio en interés de los concesionarios capitalistas procedentes de varias partes del mundo. No es de sorprender que a la mayoría de los socialistas belgas les repugnase consentir en ello; pero ¿qué iban a hacer?[2]

[2] En varios países se organizaron campañas de protesta contra lo que se hacía en el Congo. En la Gran Bretaña tomó la iniciativa Edmund Dene Morel (1873-1924), que llegó a ser secretario de la Asociación para la reforma del Congo en 1904. Los numerosos libros y folletos de Morel sobre todo King *Leopold's Rule in Africa* (1904) y *Red Rubber* (1906), contribuyeron mucho a despertar la opinión pública en contra del mal gobierno de Leopoldo. Después de estallar la guerra de 1914, Morel participó activamente en la organización de la Unión del Control Democrático, de la cual fue secretario. Dirigió *Foreign Affairs*. Hasta 1914 había sido liberal, pero entonces ingresó en el Partido labo-

Tan pronto como el asunto del Congo fue solucionado —quedando, por supuesto, pendiente la estructuración de las leyes que habían de regirlo, el problema de la enseñanza vino a ocupar el centro de la controversia política belga. El gobierno católico trataba de fortalecer la influencia de la Iglesia en la escuela concediendo subvenciones oficiales a las escuelas particulares de carácter religioso en los mismos términos que a las escuelas oficiales. Los liberales, como defensores tradicionales del "laicismo" en la educación, se destacaron como adversarios de los clericales en este punto; y, ante la mayoría católica del parlamento, los socialistas se vieron obligados a formar una alianza anticatólica con el Partido Liberal. En 1911 el gobierno católico presentó un proyecto sobre enseñanza que obligaría a las autoridades locales a dar subvenciones en términos de igualdad a las escuelas católicas, y los socialistas liberales se unieron para realizar una agitación nacional en contra del proyecto. A continuación el gobierno lo retiró, pero disolvió el parlamento y recurrió a los electores para que aprobasen su política. Esto creó una situación difícil para los socialistas. Hasta entonces habían insistido en la necesidad de luchar con independencia de los partidos burgueses y en no realizar pactos electorales con ellos; pero ante el arraigo al parecer muy firme de los católicos en el poder político, mientras los liberales y los socialistas continuaran luchando entre sí con la ley electoral existente, y ante el fracaso para conseguir que ésta se modificara mediante las huelgas, la mayoría de los jefes socialistas cambiaron de opinión, pensando que los socialistas y los liberales debían olvidar temporalmente sus diferencias a fin de luchar juntos en favor del "laicismo" y de la reforma electoral. Este problema se planteó precisamente cuando la Internacional Socialista había discutido vivamente la participación socialista en gobiernos capitalistas con motivo del *affaire Millerand.* Jaurès, como hemos visto, fue entonces el defensor principal de esta política, cuando proporcionaba el único medio utilizable para defender a la República francesa en contra de las fuerzas reaccionarias. No consiguió persuadir a la mayoría de la Internacional; pero había logrado que su censura se limitase a adoptar la famosa propuesta de Kautsky, que, aunque contraria a la participación en casi todas las circunstancias, por salvar la unidad socialista no dejó la puerta completamente cerrada a ella.[3] La mayoría de los socialistas belgas, comprendiendo que su organización estaba en peligro de sufrir otro

rista independiente. En 1922, derrotando a Winston Churchill, llegó a ser miembro laborista del parlamento por el distrito de Dundee. Durante la guerra fue muy atacado como "germanófilo"; pero en realidad fue un enemigo sincero del imperialismo y de la diplomacia secreta, y creía con fervor en los derechos del hombre, sin tener en cuenta su color o sus creencias.

[3] Véase vol. III, pp. 49 ss.

retroceso, a no ser que pudieran expulsar del poder a los católicos, llegaron a convencerse de que la situación era lo bastante grave para justificar por lo menos una colaboración electoral con los liberales. Una sección del Partido Obrero, dirigida por Louis de Brouckére, se opuso enérgicamente a esta opinión, pero fue derrotada en el congreso del partido y, a pesar de sus vacilaciones, cedieron por lealtad hacia el partido. El congreso, en realidad, no aprobó una coalición completa, que estaría en contradicción con la política declarada por la Internacional Socialista. A Émile Vandervelde, como presidente de la Oficina Socialista Internacional, que tenía su sede en Bélgica, le hubiera sido muy difícil aceptar una propuesta claramente incompatible con la de Kautsky, sin embargo, esta propuesta reconocía que, en determinadas circunstancias, los socialistas podrían verse obligados a cooperar con los partidos burgueses; y se aprovechó esta cláusula para formular la política belga. El resultado, después de muchas discusiones, fue la celebración de un pacto electoral liberal socialista, según el cual, sin compromisos determinados para el futuro, los dos partidos se declaraban en favor del "laicismo", del sufragio universal y de un programa común de reformas sociales. Las elecciones generales de 1912, en las que se luchó a base de este punto, en lugar de derrocar a los católicos, los llevó al parlamento aún más fuertes que antes. Muchos liberales de la clase media votaron en favor del socialismo; y los católicos se atrajeron un apoyo considerable de la clase obrera, acusando a los socialistas de enemigos de la religión.

Este segundo revés produjo mucha preocupación en las filas socialistas. La política de coalición con los liberales cayó en descrédito; y la opinión predominante fue que la causa socialista no podía hacer más progresos sin la reforma electoral. Por consiguiente, se volvió a recurrir a la huelga general política; y los jefes del partido atendieron, a veces con repugnancia, las demandas que les hacían los combatientes del partido en favor de una política socialista con más acometividad; pero al mismo tiempo insistían en que la huelga general tenía que ser preparada con más cuidado que en 1902. Siguió un periodo de preparación intensa, incluyendo un esfuerzo especial paira atraerse el apoyo de más sindicatos obreros. Al mismo tiempo, se hizo un intento de persuadir al gobierno mediante manifestaciones en masa, para que hiciera concesiones; pero, cuando éste se mantuvo firme, los socialistas se hallaron en una situación en la cual, o tenían que reconocer su derrota o realizar sus amenazas de declarar una huelga general. Decidieron declarar la huelga para el 14 de abril de 1913; y cuando llegó el día, el número de huelguistas fue considerablemente mayor que once años antes. Unos 450000 trabajadores abandonaron el trabajo, en comparación con los 300 000 aproximadamente de 1902. El gobierno, ante esta

presión, accedió a crear una comisión que estudiase el problema de la reforma electoral, pero se negó a prometer alguna enmienda; y por la fuerza de esta concesión dudosa los jefes del partido ordenaron la vuelta al trabajo. Es imposible saber qué habría sucedido si la comisión hubiese completado su trabajo y el gobierno se hubiera visto forzado a actuar respecto a él. Tal como resultaron las cosas, la declaración de guerra y la invasión de Bélgica al año siguiente hizo que, por el momento, se aplazase este asunto, dejando que se planteara de nuevo en una atmósfera enteramente distinta después de que la guerra había llevado a los socialistas y a sus adversarios a unirse en el destierro en un gobierno de coalición. Inmediatamente, en 1913 y 1914, la terminación de la huelga condujo a grandes diferencias de opinión dentro del Partido Obrero, y muchos de los miembros locales más activos censuraron a los jefes nacionales por su conducta pusilánime. Sin embargo, la guerra impidió que se llegase a una decisión sobre este punto.

Entre los defensores más decididos de la política de acción conjunta con los liberales, estuvieron los dos principales sobrevivientes de los jefes del Partido Obrero en sus primeros tiempos: Édouard Anseele, de Gante y Louis Bertrand, fundador principal de la Casa del Pueblo de Bruselas. Eran ellos los lazos principales con el pasado del socialismo belga. César de Paepe, con quien Bertrand había trabajado en[1] relación estrecha, murió en 1890; y Jean Volders, que había fundado con Bertrand Le *Peuple,* el principal periódico socialista, en 1885, murió en 1896. Los hombres nuevos que habían figurado como jefes en la fase parlamentaria del movimiento, eran principalmente moderados; algunos, antiguos progresistas; otros, estudiantes y maestros que habían colaborado con entusiasmo en la labor educativa del partido. Por supuesto, el partido estaba formado esencialmente por trabajadores; pero su jefatura nacional contenía una excesiva proporción de intelectuales, y tanto la relativa debilidad de los sindicatos obreros, como el carácter del sistema electoral, que daba a los candidatos intelectuales y de la clase media una ventaja para atraer votos, había sido un obstáculo para una jefatura equilibrada. En Bélgica, en donde la Iglesia católica no tenía grupos religiosos rivales, el anticlericalismo estaba muy arraigado en los intelectuales y en una *élite* de los obreros más activos, pero relativamente poco en la masa de los trabajadores, excepto en algunos distritos. El vigoroso racionalismo de los jefes de la clase obrera los hacía caer en la tentación de aliarse con los liberales como compañeros de lucha en favor del "laicismo", pero tendía a no hacerles ver, sobre todo a los intelectuales —siendo de Brouckére una excepción notable— el peligro de permitir que los católicos los considerasen como enemigos, no sólo del clericalismo, sino de la religión misma. Por esto la alianza con los liberales les hizo perder más votos entre los trabajadores que

los que ganaron entre las clases medias; además, la situación de estancamiento a que se había llegado después de los grandes triunfos electorales de la década de 1890, tendía a despertar la duda acerca de si era acertada la política de tratar de organizar a los sindicatos y a las sociedades cooperativas como parte del Partido Obrero, hasta el punto de mantenerse apartado de todas esas organizaciones, que no estaban dispuestas a trabajar plenamente con ellos. Con conciencia de ello, el partido hizo lo posible, después de 1905, por establecer una Federación sindical más amplia, en la cual pudieran ingresar sindicatos que no estuviesen dispuestos a convertirse en federaciones corporativas dentro del partido. Pero esta política fue puesta en marcha demasiado tarde, y no dio mucho resultado; tampoco se hizo nada para aplicar al problema de las cooperativas normas análogas. En realidad, esto hubiera sido muy difícil, y acaso habría hecho más daño que bien. La estructura del partido estaba cimentada hasta tal extremo en sus prósperas cooperativas locales, que eran el centro de toda su vida local, que separarlas del partido hubiera sido para toda la organización un golpe quizás mortal. Sin embargo, el establecimiento de cooperativas socialistas como elemento integral del Partido Obrero, tenía como consecuencia necesaria el desarrollo de cooperativas no socialistas rivales; y los católicos, tanto en el campo de las cooperativas como en el de los sindicatos obreros aprovecharon la oportunidad para establecer una organización opuesta. Probablemente era inevitable que surgiesen dos grandes organizaciones rivales, en vista de la intensidad de la lucha entre la Iglesia y los que se oponían al poder clerical. Por esta o por otra razón, lo cierto es que se produjo un estancamiento. Los socialistas estaban tan lejos de aumentar su poder político en 1914 como lo estuvieron en 1394. En 1914 se intentó una coalición con los liberales anticlericales, pero fracasó. Y bajo el impulso dado a la idea de unidad nacional, queda por ver lo que podía hacerse en coalición con los católicos.

Durante todo el periodo estudiado en este capítulo, Émile Vandervclde (1866-1938) fue no sólo el jefe político más eminente del Partido Obrero Belga, sino también su teórico principal. Eminente como orador, tanto en el parlamento como en innumerables reuniones y manifestaciones en diversos países, incansable como educador, y constantemente preocupado por las cuestiones de la Segunda Internacional del partido belga, halló tiempo para exponer en varios libros un cuerpo de doctrina, declaradamente marxista, que difería en muchos aspectos de la ortodoxia de los partidarios alemanes de Marx, y debía bastante a César de Paepe, y a la forma que de hecho tomó la organización obrera belga en manos de Louis Bertrand y de Édouard Anseele. Tomó de De Paepe la insistencia en el papel del municipio en la dirección de los

servicios públicos y de la actividad industrial, y el hacer restaltar la necesidad de establecer organizaciones funcionales especiales para estos fines, más bien que confiar su administración a organismos de carácter principalmente político. De Bertrand y de Anseele procede la concepción del partido, no como estructura política monolítica, sino como una agrupación de cooperativas, sindicatos obreros, mutualidades y otras organizaciones obreras, basado en la solidaridad local más bien que en una autoridad directora central. El socialismo de Vandervelde se distingue del marxismo alemán, por ser mucho menos centralizador y autoritario, y porque rechaza la idea de un partido centralizado, organizado principalmente para la lucha electoral, como control supremo de la actividad de la clase obrera en todos los terrenos. Así pues, era contrario al "estatismo" en un sentido doble: no sólo al considerar al Estado capitalista como el enemigo que el proletariado estaba llamado a derrocar, sino también extendiendo su hostilidad al "estatismo" del futuro, y declarándose en contra del autoritarismo del Estado como instrumento para edificar la sociedad socialista. *Socialism against the State* es el título de uno de los libros de Vandervelde más conocidos: concibe el avance hacia el socialismo en forma que no se limita a la conquista del poder político por la clase obrera, sino que incluye también un proceso de construcción socialista realizado simultáneamente en muchos campos: por las cooperativas, por los sindicatos obreros y por los centros de cultura a la vez que por la acción política.

Vandervelde empezó su carrera como escritor con una serie de estudios sobre la historia y la estructura real del movimiento obrero belga y del desarrollo del industrialismo y del capitalismo en la sociedad belga. De estos estudios pasó a un examen especializado de las condiciones agrícolas de Bélgica y a considerar las doctrinas marxistas a la luz de la controversia provocada por las críticas revisionistas de Bernstein y de los reformistas franceses de la escuela "independiente". Esta labor le condujo a escribir su libro más conocido, Le *collectivisme et l'évolution industrielle,* que apareció en 1900. Publicó después una multitud de escritos ocasionales: acerca de la política agraria y de la propiedad de la tierra, sobre la cuestión del Congo y sobre colonización e imperialismo en general, sobre los aspectos artísticos y culturales del socialismo, sobre el socialismo y la religión, sobre los méritos relativos de las sociedades cooperativas socialistas y las "neutrales", y acerca de varios aspectos de la doctrina económica y filosófica de Marx. Su siguiente obra importante, Le *socialisme contre l'état,* no apareció hasta 1918, durante la primera Guerra Mundial, que lo llevó al poder como ministro en una coalición nacional. Después de la guerra siguió ocupándose del mismo tema en *Faut-il changer notre programe?* (1923), obra en la cual sostiene que sigue teniendo vigencia el Programa Obrero

belga de 1893, y en *L'Alternative: capitalisme d'état ou socialisme démocratique* (1933), su última obra importante, aparte de sus memorias, *Souvenirs d'un militant socialiste* (1939). En todos estos libros y trabajos ocasionales encierra su pensamiento en un molde marxista y defiende enérgicamente la validez de las doctrinas esenciales de Marx; pero al mismo tiempo ataca repetidamente al marxismo dogmático, e insiste en que el marxismo debe ser considerado como un método para aplicarlo a circunstancias diferentes, sin producir doctrinas absolutas. Es evidente que desde un principio fue influido tanto por Bernstein como por Jaurès, pero con respecto a las controversias que dividieron a la Segunda Internacional, siempre se colocó en una posición centrista, inclinándose hacia el ala derecha sólo en sus últimos años, en parte como resultado de su experiencia de colaboración ministerial y en parte por reacción en contra de la doctrina y la práctica bolchevique.

Para los fines del presente capítulo parece mejor considerar el socialismo de Vandervelde sobre todo a la luz de sus escritos hasta 1918, cuando publicó *Le socialisme contra l'état.* Esto quiere decir que tomaremos como fuente principal su obra de *El colectivismo y la evolución industrial.* En ella acepta como verdadera en su esencia la exposición que hace Marx del proceso de "socialización" producido dentro de la sociedad capitalista, como se manifiesta en la subdivisión creciente del trabajo, en la concentración del capital y en la creciente interdependencia de los procesos de producción tanto nacional como internacionalmente. Acepta como verdadera, en general, la doctrina de Marx sobre la plusvalía, en el sentido de pensar que el capitalismo se basa en la explotación del obrero; y no rechaza la posibilidad de que el socialismo tenga que establecerse mediante una revolución violenta. Pero atenúa mucho su marxismo. Como Bernstein, niega que el productor en pequeña escala vaya siendo eliminado tan rápidamente como suponen los marxistas ortodoxos; llama la atención sobre la vitalidad continuada de la propiedad y el cultivo en pequeña escala en la agricultura, y la ayuda que los productores industriales en pequeña escala pueden recibir del esfuerzo cooperativo. Además, hace resaltar el hecho de que el divorcio creciente entre los propietarios y la administración en las empresas en gran escala está desarrollando una numerosa clase nueva de administradores y de técnicos que no son dueños del capital que manejan, y que en gran medida controlan; y desecha completamente, como lo hizo Bernstein, la teoría de la "miseria creciente" y de la polarización de las clases económicas. Piensa que Marx fue excesivamente influido por las circunstancias que existían en el decenio de 1840 haciendo una generalización equivocada acerca del efecto producido por el desarrollo capitalista en el nivel de vida de la clase obrera y en las relaciones entre las clases sociales; y llega a la conclusión de que es enteramente

posible que el nivel de la clase obrera mejore a medida que las técnicas capitalistas avancen, y que sobrevivan indefinidamente muchas formas de empresas en pequeña escala ayudadas por los métodos cooperativos, de tal modo que persistan en la nueva sociedad socialista. Rechaza la idea de que toda la producción tenga que ser "socializada" con arreglo a un modelo uniforme de nacionalización, y muestra las ventajas de la diversidad en la era futura de la producción socialmente controlada.

Incluso en esta etapa de su pensamiento, aunque no rechazaba completamente la revolución violenta, su actitud era esencialmente gradualista. Excepto en los países en que la reacción estaba tan fuertemente arraigada, que sólo por la violencia podía ser sometida, aceptaba el pago de una compensación a los capitalistas a medida que fuesen siendo desposeídos al pasar poco a poco a la comunidad las empresas en gran escala; y creía que, durante un largo periodo, existirían diferencias considerables en los ingresos, correspondiendo, hasta donde fuese posible, al valor de los servicios prestados. Siguiendo a los saint-simonianos y a Colins, daba gran importancia a la limitación primero, y abolición luego, de la herencia de los medios de producción como instrumento para socializar los derechos de propiedad. También daba mucho valor a la legislación reformista, tanto para la protección de las condiciones de trabajo como para el desarrollo de los servicios de seguro social, y pensaba que los marxistas ortodoxos ponían límites demasiado estrechos a la posibilidad de mejorar el nivel de la clase obrera por estos medios.

Al mismo tiempo, desconfiaba de cualquier teoría sobre el desarrollo histórico que lo atribuyera por completo o casi por completo a factores materiales económicos. Negaba que la intención de Marx fuera la de exponer una teoría de determinación social por el medio material variable con exclusión de la intervención creadora del hombre mismo; y sostenía con vehemencia la importancia de los impulsos éticos e ideales que se encuentran en la raíz misma de las concepciones sociales del mismo Marx. Como procedía de la tradición nacionalista liberal, que tenía fuerza en el movimiento socialista intelectual belga, trató de conciliar esta tradición con el marxismo como método, e interpretaba el "materialismo" marxista, en último término como más realista que determinista, en cualquier sentido que esto implique una negación del papel creador de la razón. Su interés por las bellas artes y su fina apreciación de ellas, lo llevó a afirmar su importante contribución en la formación de las ideas sociales y a insistir en la necesidad de que el proletariado desarrollase tanto su cultura como su fuerza económica y política.

En efecto, Vandervelde era esencialmente lo que algunos marxistas

llaman un socialista utópico pequeño burgués, más que un socialista "científico", aunque continuamente empleaba métodos y conceptos marxistas. Siempre procuraba, sin duda en parte por razones de táctica, disminuir sus diferencias con el marxismo; y cuando disentía más se inclinaba a guardar silencio, mientras que subrayaba lo más posible sus puntos de acuerdo. No quiero indicar con esto que fuese culpable de una falta de honestidad consciente al presentarse como marxista. Ingresó en el movimiento socialista en un momento en que el marxismo, en su expresión social-demócrata alemana, había llegado a ser factor tan esencial del desarrollo socialista en el occidente de Europa, que no sólo era casi necesario, sino natural para cualquier socialista del continente que aspirase a la jefatura política, sobre todo en un plano internacional, aceptar el esquema marxista dominante y adaptar su pensamiento a él. Bernstein lo hizo en medida no menor que Vandervelde, aunque sus desviaciones de la ortodoxia marxista fueron aún mayores. Vandervelde, situado en Bélgica, como punto de intersección de las ideas alemanas y francesas, y para desempeñar un papel especial en el desarrollo del movimiento socialista internacional, no hubiera podido realizar su misión de conciliar los grupos en conflicto dentro de la Internacional, a menos que hubiese estado dispuesto a colocarse dentro del campo marxista y de hablar a los bandos que disputaban en lenguaje marxista. Tuvo la suerte, como dirigente de la Internacional, de que la gran controversia acerca de la coalición de los partidos socialistas y burgueses y la participación de los socialistas en gobiernos dominados por los burgueses, se produjera a causa del *affaire Millerand,* antes de que los socialistas belgas tuvieran que enfrentarse seriamente con la misma cuestión. Porque nos parece que Vandervelde era un hombre que por temperamento y por instinto político, estaba llamado a ser un coalicionista tan pronto como el problema se plantease de una forma práctica. Como político era bastante penetrante para darse cuenta de que la situación de los partidos en Bélgica no permitía esperar en modo alguno una pronta conquista del poder político por los socialistas, si actuaban solos; y por su celo como reformador social, le contrariaba la perspectiva de permanecer durante largo tiempo en el desierto político. Su espíritu crítico, su repugnancia por los dogmas y su moderación esencial, lo llevaban a ver el lado bueno de la idea de sus contrarios y las faltas de sus amigos; y su concepción de que el avance del socialismo requería una actividad "integral", que se extendía a varios campos distintos, más bien que a una campaña exclusivamente política, lo inclinaba a no creer que todo pudiera hacerse a través del partido, por amplio que éste fuera. Hasta 1914 estos elementos de su carácter no hallaron expresión plena en su conducta, aunque aparecieron tanto en su actitud respecto a la cuestión del Congo como a

la de las relaciones electorales con los liberales en la controversia sobre la educación. En realidad, su posición de jefe en la Internacional y el papel de mediador que esto traía consigo, lo llevaron a reprimir esos elementos suyos hasta donde pudo. Durante algún tiempo, después de la revolución rusa de 1917, su falta de dogmatismo social-demócrata hizo que fuese, a pesar de su apoyo ardiente al *jusquauboutisme* durante la primera Guerra Mundial, menos contrario a la Unión Soviética que muchos de sus colegas socialistas del Occidente, aunque más tarde los jefes soviéticos le consideraron como el enemigo público número uno. Pero el examen de este aspecto del socialismo de Vander velde tendrá que quedar para una sección posterior de esta obra.

Después de Vandervelde el técnico socialista belga más importante de este periodo es el sociólogo Guillaume de Greef (1842-1924). Primero abogado y periodista, de Greef llegó a ser profesor de sociología en la Universidad Libre de Bruselas, de la cual se separó más tarde para contribuir a formar la Nueva Universidad, cuando surgió el conflicto en torno a la invitación de Élisée Reclus para dictar cursos. De Greef formuló en el decenio de 1880 un sistema de sociología que debía mucho a Comte y a Herbert Spencer; pero se diferencia de éstos en la importancia fundamental que da a los grupos profesionales como influencias formativas principales en la conducta social. En su opinión, la sociedad se forma por un proceso de presiones de distintos grupos y por una acomodación entre ellas y tiende a pasar de una etapa, en la cual estas presiones actúan en forma de fuerzas en conflicto, a otra en la cual la acomodación se realiza mediante una discusión mutua y un toma y daca. Esta parte de la teoría de De Greef tiene semejanzas evidentes con la concepción de Bagehot del desarrollo del tipo "discursivo" como agente del progreso social; y De Greef hace resaltar la transición de las relaciones naturales a las relaciones contractuales que están en la base de la teoría social de Maine. Sin embargo, se diferencia tanto de Maine como de Bagehot al hacer resaltar la base profesional de las presiones sociales; y esto lo condujo a una teoría acerca de la sociedad futura que tiene mucho de común con el sindicalismo. El influjo de Proudhon también aparece muy claramente en su concepción del desarrollo social como dirigido hacia el predominio de las asociaciones voluntarias unidas entre sí por relaciones contractuales, a diferencia de la unificación de la sociedad mediante una organización política autoritaria. De Greef siguió a Herbert Spencer al concebir el progreso como un proceso que, mediante una diferenciación social creciente, lleva, no a la unidad, sino a la coordinación sin un control coactivo; pero, a diferencia de Spencer, hace resaltar la cooperación voluntaria, y no el conflicto, como su primera característica. En su tiempo ejerció poca influencia en el pensamiento socialista, aun-

que sí alguna en la sociología académica y entre los partidarios de la representación por profesiones contrarias a la representación geográfica.

En este campo especial, De Greef estaba de acuerdo como su colega y contemporáneo Héctor Denis (1842-1913), que fue profesor de ética y de economía política en Bruselas y, más tarde, jefe del Partido Obrero en el parlamento. Denis ingresó en el socialismo procedente del liberalismo progresista, y sus opiniones siempre conservaron muchos elementos del idealismo liberal, lo cual hizo que rechazase el marxismo ortodoxo al tratar de desarrollar su doctrina mediante un estudio inductivo de los hechos sociales. Escribió mucho, tanto acerca de la historia de las doctrinas económicas como sobre la teoría y la práctica de los impuestos, sobre lo cual fue el principal experto del Partido Obrero. Del mismo modo que De Greef, su amigo íntimo, estaba más influido por Comte y Proudhon, que por Marx; consideraba al socialismo no como el término del proceso de la evolución social, sino como una etapa, que poseía sólo un valor relativo. Hizo también un estudio especial de las crisis económicas y de sus relaciones con la acumulación de capital, y tuvo alguna influencia en la revisión del marxismo que hizo Vandervelde y en el pensamiento de Henri de Man.

Otra figura importante en el desarrollo del pensamiento socialista belga es Louis de Brouckére (1870-1915), a quien ya nos referimos en un capítulo anterior cuando presentó al congreso socialista internacional de 1907 un informe acerca de las relaciones entre el socialismo y el movimiento sindical.[4] De Brouckére, según se mostró entonces, era un defensor enérgico de la opinión de que debían existir relaciones estrechas entre el Partido Socialista, los sindicatos obreros y las sociedades cooperativas, y que, aunque cada uno tenía su misión especial, y debían tener libertad para realizarla por sí mismos, existían también tareas comunes en la construcción socialista, que exigían una colaboración estrecha de las tres alas de la organización obrera. A lo que se oponía Brouckére era a la opinión, muy generalizada entre los alemanes y sus partidarios, como los guesdistas franceses y los socialistas españoles, de que la tarea constructiva del socialismo era peculiar de los partidos políticos socialistas, que los sindicatos obreros y las sociedades cooperativas tenían poco que hacer en ello, y debían limitarse a la protección de los obreros dentro del capitalismo, en su carácter especial de asalariados y de consumidores. Como va vimos, De Brouckére era también el principal opositor dentro del Partido Obrero belga a la acción conjunta con los liberales, sosteniendo que la necesidad suprema era organizar un movimiento obrero que abarcara al mayor número posible de trabajadores, y no sólo en política, y que esto suponía una integración estrecha de todo el movimiento como una fuerza social, que se ocupara del

[4] Véase Vol. III, pp. 75 ss.

"modo de vida" como un todo, y tanto de la acción cultural como de la política y de la económica. De Brouckére era un educador muy activo y un escritor muy fecundo. Su primera obra importante fue un estudio histórico de la situación de las clases trabajadoras de Bélgica durante el siglo xix; escribió después una serie de libros, en los que se refirió especialmente a las funciones de los sindicatos, tanto bajo el capitalismo como en la preparación del camino para el control de la futura sociedad socialista. También contribuyó a la filosofía del socialismo, caracterizándose por un marxismo amplio más de izquierda que el de Vandervelde, pero con la misma falta de dogmatismo. Escribió una obra importante acerca de la concepción de la igualdad en relación con el socialismo. De Brouckére fue un gran idealista social; se dedicó sin descanso al movimiento obrero, y fue una de las figuras más profundamente respetadas del socialismo internacional tanto antes como después de la primera Guerra Mundial.

Ninguno de los cuatro: Vandervelde, De Greef, Denis y De Brouckére, puede ser considerado como una figura de primer orden en el desarrollo del pensamiento socialista; pero todos ellos son personalidades interesantes de segunda fila, cuyas doctrinas se adaptan a la peculiar situación de Bélgica, y en parte se derivan de ella, como país pequeño, muy industrializado, con influencias alemanas y francesas, y dividido en direcciones opuestas por la existencia de dos grupos lingüísticos, el de lengua flamenca y el de lengua francesa. Bruselas, como ciudad de población mezclada y capital del país, era el punto central para el intento de conciliar estos elementos, que con frecuencia se hallaban en conflicto; y los cuatro estaban, por último, relacionados con su universidad y con su vida intelectual. Era natural que en todos ellos la manera de pensar fuera fundamentalmente francesa más que alemana; porque en el aspecto cultural los grupos belgas de lengua francesa estaban más adelantados que los flamencos, y el desarrollo industrial también era mayor entre ellos que en la mayoría de los distritos flamencos. Lo más notable en la doctrina de los cuatro es que, sin ser en modo alguno anarquistas, concebían el socialismo no tanto como la conquista política del poder, sino como la penetración de la clase obrera, en todas sus actividades de asociación, por el espíritu de construcción social y del establecimiento de un nuevo orden, como resultado de una acción espontáneamente coordinada mediante instituciones complementarias de diferentes clases. Ésta fue la concepción que halló expresión en el Vooruit de Gante, en la Casa del Pueblo de Bruselas, y en la estructura federal del Partido Obrero belga en su conjunto. Se le oponía una concepción rival de actividad social coordinada bajo la jefatura autoritaria de la Iglesia católica; y en la dividida sociedad belga, ninguna de estas concepciones llegó a ser lo bastante fuerte para derrocar a la

otra. Siguen existiendo, hasta hoy, luchando por predominar en el pueblo belga y, sin embargo, uniéndose a veces en contra del individualismo extremado del liberalismo capitalista. La lucha social resultante, era a veces confusa; pero presenta rasgos que ayudan mucho a comprender la confusión de la política europea del presente. Bélgica fue de toda Europa el país donde la social-democracia, después de un rápido avance en el terreno de la influencia política, se estacionó más pronto.

CAPÍTULO XVII

HOLANDA

La política holandesa, hasta el decenio de 1870, estuvo dominada por los liberales bajo la jefatura de Jan Roudolf Thorbecke (1798-1872), que emancipó a los católicos y puso los cimientos de una política liberal. Después de su muerte, el liberalismo perdió terreno con el desarrollo de partidos confesionales: los calvinistas, bajo la jefatura del reaccionario Dr. A. Kuyper, y los católicos, organizados, por un sacerdote más radical en lo social, el Dr. Schaepman. Después, el poder político alternó en manos de los liberales y de una coalición de partidos confesionales rivales, que se unían en la demanda de que el Estado apoyase igualmente a las escuelas públicas y a las confesionales. Sin embargo, la dirección cultural del país correspondió principalmente a los liberales hasta 1914. Thorbecke tenía la formación de un jurista, y escribió obras de importancia sobre cuestiones legales y constitucionales; y la influencia de sus ideas siguió siendo fuerte. Lo católicos habían prescindido de su radicalismo social en 1901, cuando colaboraron con los calvinistas en el ministerio Kuyper; los liberales tenían un ala progresista partidaria tanto de la legislación social como del derecho al voto.

Los holandeses desarrollaron más tarde que sus vecinos un movimiento socialista; y, cuando lo hicieron, las disensiones sembraron una continua división. Anarquistas y anarcosindicalistas lucharon larga y enconadamente contra los social-demócratas, y dentro de las fuerzas social-demócratas la batalla entre facciones rivales se renovó una y otra vez. Además, el socialismo encontró poderosos obstáculos en las controversias que dividían tanto a la clase obrera como a las demás clases sociales. En mucha mayor medida que en Bélgica la cuestión de la educación confesional dominó la política holandesa, hasta que se resolvió en favor de las iglesias en 1919. Los poderosos partidos protestante y católico, que a veces luchaban entre sí y otras se aliaban en contra de los defensores del laicismo, crearon organizaciones sindicales independientes de oposición a los socialistas y sindicalistas, y estas dos facciones también establecieron centrales sindicales rivales. Además, surgieron otras dos organizaciones sindicales "neutrales", una de las cuales quería mantenerse apartada de la política, mientras que la otra aspiraba a unir las facciones en lucha en un movimiento común.

Estos distintos movimientos: socialista, religioso y neutral, no se organizaron en verdaderas federaciones hasta principios del siglo xx,

pero sus elementos integrantes existían desde antes. Disensiones análogas impidieron el desarrollo de un movimiento bien organizado de sociedades cooperativas de consumo. Sólo la cooperación agrícola, con una base estrictamente comercial, pudieron crecer bastante sin el obstáculo de esas discordias. La primera fábrica cooperativa de manteca fue fundada en 1886; y después las distintas formas de cooperación agrícola no dejaron de desarrollarse —cremerías, fábricas de tocino, asociaciones para la venta y agencias de crédito—, todas llegaron a arraigar fuertemente en el campo. Las cooperativas de consumo se desarrollaron menos rápidamente hasta el final de la primera Guerra Mundial.

Antes de la década de 1860 el socialismo apenas había aparecido en territorio holandés. Los holandeses participaron mínimamente en la Primera Internacional. No enviaron ningún delegado a sus congresos hasta 1872, cuando cuatro de ellos, presididos por H. Gerhard, el precursor del movimiento obrero holandés, y por Victor Dave, se presentaron en La Haya y participaron bastante activamente en los debates, especialmente en relación con la gran controversia entre Marx y Bakunin. Los cuatro apoyaron a los federalistas en contra de los marxistas, y parece que actuaron en relación estrecha con los federalistas belgas. Sin embargo, ninguno apareció en los congresos siguientes de la llamada Internacional "Anarquista". En el Congreso de Ginebra de 1873 (el congreso no marxista), Holanda estuvo representada por el belga van den Abeele, y en el Congreso de Berna de 1876 César de Paepe tenía la representación holandesa. No hubo ningún delegado que representase a Holanda en Bruselas en 1874 o en Verviers en 1877 o, lo que es más extraño, en el Congreso de Unidad Socialista de Gante el año de 1877. !

En realidad, durante todo este periodo, np existió en Holanda un verdadero movimiento socialista, ni siquiera sindical. Había algunos sindicatos pero fueron duramente reprimidos. H. Gerhard (1829-1886), el principal impulsor de los sindicatos y de la Internacional, era sastre, y construyó una organización bastante fuerte, especialmente en la industria del vestidcy al final de la década de 1860, y en los primeros años de la del 1870/pero casi desapareció durante la etapa de reacción que siguió a 1872. En 1878 Gerhard trató de recomenzar, y en Amsterdam y Rotterdam se formaron nuevos grupos socialistas. Mas este movimiento sólo empezó a arraigar al año siguiente, cuando Ferdinand Dómela Nieuvvenhuis (1846-1919) fundó su periódico *Recht voor Alien,* e inició su larga cruzada en favor de una versión muy ética, humanitaria e internacionalista del credo socialista. Nieuwenhuis era pastor protestante c hijo de pastor protestante; estaba a cargo de una iglesia luterana de La Haya, a la que acudíar) sobre todo miembros prósperos de la clase media, y había llegado a ser famoso como predicador an-

tes de convertirse al socialismo. Su conversión se debió a un deseo ardiente de mejorar la situación de los trabajadores, que era muy mala por no existir una verdadera organización de sindicatos obreros. En 1879 se separó de la Iglesia, y decidió dedicar el resto de su vida a la causa socialista. Al principio apenas fue algo más que un reformador social, que creía firmemente en la hermandad de los hombres, y que odiaba toda forma de opresión; pero esto hizo de él un enérgico internacionalista y un denodado enemigo de la guerra y del militarismo en todas sus formas. Nieuwenhuis no era un gran pensador; pero la nobleza de su carácter y su idealismo romántico lo conviritieron casi inmediatamente en el jefe más destacado del socialismo holandés. En 1881, los grupos socialistas de las cuatro ciudades principales, se unieron para formar la Liga Social Demócrata, conocida más tarde como Liga Socialista. Nieuwenhuis y la Liga quedaron pronto fuera de la ley, por su propaganda antimilitarista y por sus esfuerzos para organizar a los trabajadores a fin de que pidieran mejoras en las condiciones de trabajo. Muchos de los propagandistas de la Liga fueron encarcelados, incluyendo al mismo Nieuwenhuis, que estuvo preso varios meses en 1886 por delitos de lesa majestad. Al año siguiente una nueva ley electoral elevó el número de electores de 130 000 a 300 000; y esta reforma, aunque todavía limitaba mucho el derecho al sufragio, y lo hacía depender de la situación económica, hizo posible que Nieuwenhuis consiguiese ocupar una asiento en el parlamento, debido sobre todo a la simpatía que despertó en su favor el encarcelamiento. Perteneció al parlamento durante tres años, desde 1888 a 1891, cuando fue derrotado. La experiencia de estos años lo convirtió en convencido adversario del parlamentarismo. Creía que el parlamento estaba tan dominado por intereses reaccionarios y capitalistas, que nada importante podía lograrse si se trataba de utilizarlo para el establecimiento de una sociedad mejor. Creía también que los trabajadores tenían que establecer su propia organización y empezar a trabajar en favor de su emancipación mediante la acción directa en el terreno social. Se convirtió efectivamente en un sindicalista, aunque este término todavía no se empleaba, y generalmente se calificó de anarquista, aun antes de que llegara realmente a serlo. La Unión Socialista, bajo su jefatura, durante este periodo no fue una organización anarquista; dentro de sus filas estaban, además de los que pensaban como Nieuwenhuis, defensores de la acción parlamentaria, la mayoría de los cuales buscaba inspiración en el Partido Social-Demócrata Alemán, y durante varios años, estos grupos rivales permanecieron dentro de una organización común. Entonces, en 1891, se desarrolló una gran lucha acerca de la ampliación del derecho al voto. La ley de 1887 había dejado planteada la cuestión de la ampliación del sufragio a otros grupos de personas, estableciendo requisitos

respecto al nivel cultural y otras condiciones; y el jefe liberal, Tale van Poortvliet, había propuesto, mediante una interpretación muy amplia del artículo correspondiente de la ley, el establecimiento de lo que casi equivaldría al derecho del sufragio para todos los varones. Tanto las iglesias protestante y la católica como los conservadores y parte de los liberales, se oponían decididamente a este proyecto: los liberales, salieron del poder y fue abandonado; pero se reconoció la necesidad de conceder una mayor ampliación del sufragio.

Esta cuestión de la reforma electoral puso de manifiesto las diferencias que existían dentro de la Liga Socialista. En 1893, en su Congreso de Groninga, la Liga, por mayoría, rechazó la acción parlamentaria, y se mostró partidaria del anarcosindicalismo. Al mismo tiempo, los sindicatos obreros relacionados con ella fundaron una organización central propia, el Secretariado Obrero Holandés, que también siguió en general la línea sindicalista, aunque incluía sindicatos que no eran partidarios de esta política. El acuerdo tomado en Groninga tuvo por consecuencia que se separasen de la Liga Socialista los parlamentarios. En 1894 un grupo conocido como los "Doce Apóstoles" fundó un Partido Social-Demócrata, siguiendo el modelo alemán con un programa derivado en gran parte del Programa de Erfurt de 1891. Entre los jefes de este movimiento estaban A. H. Gerhard (1858-1948), hijo del viejo Gerhard; Pieter Jalles Troelstra (1860-1930), que siguió al frente del partido hasta el decenio de 1920; H. H. van Kol (1852-1925), que poco antes había regresado de las Indias holandesas; dos obreros, Willem Hubert Vliegen (1862-1947), que con Troelstra y van Kol llegaron a ser los principales representantes de este partido en los congresos de la Segunda Internacional; y Henri Polak (1868-1943), el organizador principal, con Jan van Zutphen (nacido en 1863), del sindicato de trabajadores de diamantes, el sindicato holandés más fuerte y más unido. Otra figura que influyó mucho fue Frank van der Goes (1861-1939), uno de los primeros teóricos del marxismo en Holanda y expositor de las doctrinas social-demócratas de izquierda para la nueva generación de socialistas "radicales". Dos años después de la integración del Partido Social-Demócrata, el gobierno liberal de van Houten adoptó una reforma electoral que, aunque no llegó a igualar el proyecto de Tak van Poortvliet, de nuevo aumentó a más del doble el número de electores —de 300 000 a 700 000— y de este modo dio a los socialistas la oportunidad de triunfar en los distritos industriales. Al año siguiente, en 1897, los social-demócratas obtuvieron tres asientos en el parlamento, y en las elecciones siguientes, en 1901, su número llegó a 7, en una cámara de 100 miembros.

Hasta este momento, aunque los social-demócratas crecían en fuerza, la mayoría de los sindicatos que tenían alguna relación con la iz-

quierda, permanecieron bajo la influencia de Nieuwenhuis y del Secretariado Obrero. Después, en 1903, se produjo el mayor conflicto obrero de la historia holandesa, en el cual, por única vez actuaron unidos los obreros social-demócratas y los sindicalistas. Empezó por una huelga de ferroviarios: el primer resultado fue una victoria; pero el gobierno cambió la situación en contra de los obreros negando a los ferroviarios el derecho de huelga, disponiendo que los soldados ocupasen las estaciones de ferrocarril y deteniendo a algunos dirigentes. A continuación los sindicatos unidos al Secretariado Obrero declararon una huelga general en apoyo de los ferroviarios; pero pocos respondieron a este llamamiento y, ante una represión severa del gobierno, fracasó todo el movimiento. Entonces el Secretariado Obrero tenía sólo unos 18 000 miembros, habiendo quedado fuera de él muchos sindicatos obreros. Como consecuencia de esta derrota el número de sus miembros bajó a 8 000 en 1908 y a sólo 3 500 en 1910, cuando apenas le quedó otro apoyo que el de los trabajadores portuarios. Henk Sneevliet, líder izquierdista de los ferroviarios, fue cesado en su cargo y emigró a Tava, donde actuó en la causa de la rebelión indonesia contra el dominio holandés. Entretanto, en 1905, los sccial-demócratas habían tomado la iniciativa para la formación de un nuevo cuerpo, la Federación Holandesa de Sindicatos, que al año siguiente tenía cerca de 19 000 miembros y, en 1912, había aumentado a 52 000. Su secretario era Jan Oudegeest (1870-1950), después secretario de la Federación Sindical Internacional. En oposición a los socialistas, los protestantes habían organizado una Federación Sindical Nacional Cristiana, que en 1910 tenía cerca de 6 000 miembros y los católicos habían fundado una Oficina de Organización Sindical, con cerca de 10000. Todas estas cifras son muy pequeñas. Algunos sindicatos se negaron a participar en ninguna de las federaciones rivales; pero una alta proporción de los trabajadores industriales permanecieron totalmente desorganizados. Después de 1910, los sindicalistas volvieron a ganar terreno; pero en 1914 tenían sólo cerca de 9 000 miembros, principalmente en las zonas portuarias.

La derrota de 1903 influyó muy seriamente en el movimiento sindical holandés y puso fin, en definitiva, a la etapa de ascendencia sindicalista. En lo sucesivo, el principal conflicto no fue ya entre anarcosindicalistas y social-demócratas, sino entre militantes y reformistas dentro del Partido Social-Demócrata, y entre los socialistas y los movimientos sindicales rivales con base confesional. Los anarcosindicalistas, bajo la dirección de Christian Cornelissen (1864-1942), siguieron desempeñando un papel activo en el intento de crear una Internacional Sindicalista, conjuntamente con grupos semejantes en Francia, Italia, España, Alemania y los Estados Unidos; pero en Holanda su influencia había

declinado grandemente. Cornelissen era un teórico de reputación internacional más que un líder práctico; contribuyó al *Mouvement socialista* de Huber Lagardelle, mientras siguió siendo el principal órgano de discusión de las doctrinas sindicalistas.

En 1908, el Partido Social-Demócrata se desintegró. Un pequeño grupo izquierdista de marxistas revolucionarios reunido en torno al periódico *Tribune,* se rebelaba contra la política de los social-demócratas en el parlamento, a los que acusaban de transigir ilícitamente con los liberales. El Congreso del Partido expulsó al grupo del *Tribune* que, con otros disidentes del ala izquierda, formaron en 1909 un Partido Social-Demócrata Independiente, encabezado por David Wijnkoop (1876-1941), que fue en lo sucesivo la principal figura del comunismo holandés; Herman Gorter (1864-1927), su principal teórico marxista; Henriétte Roland-Holst (1869-1952), uno de los máximos valores de la poesía de Holanda y traductora al holandés de William Morris; Henri Polak y F. M. Wibaut (1859-1936), experto en finanzas, que encabezó a los socialistas en el Consejo Municipal de Amsterdam. El nuevo partido, no obstante, sólo atrajo a una minoría. En 1919-1920 la mayoría, aunque no todos sus miembros, formó el núcleo del Partido Comunista Holandés, cuyo representante en el Comintern fue Wijnkoop.

Sin el ala izquierda, el principal Partido Social-Demócrata se movió durante un tiempo claramente a la derecha. El gran problema que se le presentaba era si debía entrar en una coalición con los liberales para expulsar del poder al gobierno clerical derechista. El problema había surgido en forma práctica en 1905, cuando hubiera sido posible para los liberales formar gobierno con el apoyo socialista. Los socialistas habían insistido en la expulsión del gobierno anturevolucionario (protestante-conservador) del doctor Kuyper, que había sido responsable en 1903 de la derrota de la huelga general y de la aprobación de la ley que privaba a los trabajadores ferroviarios del derecho a la huelga. Habían hecho una activa campaña contra el doctor Kuyper en las elecciones generales, lo que había producido una obtención de votos por los liberales, suficiente como para hacer mayoría con el apoyo socialista. Los socialistas, sin embargo, influidos por la hostilidad de la Segunda Internacional a la participación en coaliciones capitalistas, se habían negado a aprovechar esta oportunidad; y después de un periodo de gobierno liberal de minoría, uno de derechas había ocupado el poder en 1908, sin una clara mayoría, pero con el apoyo de los liberales de derecha. En las siguientes elecciones generales, en 1909, los social-demócratas aumentaron considerablemente su votación, sin ganar más asientos. Entonces, en 1913, subieron súbitamente de 7 a 19 asientos y se encontraron nuevamente en posición de dar una mayoría a los

liberales, tasando los términos de la coalición bastante más altos de lo que hubiera podido hacerse en 1905.

Esta situación condujo a una aguda división de opiniones dentro del partido. Las discusiones en torno a las escuelas parroquiales llegaron al máximo y había también agudas controversias acerca de la legislación laboral propuesta y la institución de un proyecto general de seguridad social y pensiones de retiro. Tras una acalorada discusión y por escasa mayoría (375 contra 320), el congreso del partido en Zwolle, en 1913, rechazó la coalición como contraria a los principios socialistas, a pesar de ser apoyada por Troelstra, que pronunció en esa ocasión su más famoso discurso. Se vio entonces que era impracticable formar un gobierno basado en los partidos, y un gobierno no partidista, encabezado por un conocido liberal independiente asumió el poder. Este gobierno puso en vigor una considerable cantidad de leyes sociales, en las que Holanda había permanecido a la zaga de otros países y, en lo fundamental, los socialistas lo apoyaron. Cuando estalló la guerra, en 1914, suscribieron su política de mantener a Holanda neutral, y desempeñaron un papel importante al conservar la Oficina Socialista Ininternacional y al promover un arreglo del conflicto por medio de los esfuerzos del Comité escandinavo-holandés. La Oficina, con el belga Camille Huysmans como secretario, se trasladó de Bélgica a Holanda; y, en 1917, cuando fue transferida temporalmente a Estocolmo para la proyectada Conferencia Socialista Internacional que debía llamar a la paz en nombre de las clases trabajadoras de todos los países, sus delegados al Comité escandinavo-holandés —Troelstra, J. W. Albarda (n. 1877), y H. van Kol, con W. H. Vliegen y F. M. Wibaut como suplentes— procedieron a unirse a los rusos tratando de persuadir a los socialistas de los países beligerantes a que participaran en ella.

La Conferencia de Estocolmo no debía llegar a realizarse y la guerra seguiría su curso. Cuando terminó y estalló la revolución alemana, en noviembre de 1918, Troelstra pronunció un discurso en el parlamento holandés con el fin de pedir la dimisión del gobierno y abrir paso a la República socialista. No hubo respuesta: gran parte de su propio partido estaba en su contra y el gobierno tomó medidas rápidas, que evitaron la oportunidad de cualquier estallido. En verdad, jamás hubo posibilidad de una revolución en Holanda, a no ser que se hubieran producido revoluciones triunfantes en casi toda la Europa occidental. El movimiento socialista holandés, aunque hubiera estado unido, no era lo bastante fuerte como para hacer una revolución y la mayoría de sus líderes no deseaban hacerla. Tampoco era Troelstra un líder revolucionario más popular que, digamos, Ebert o Scheidemann, que se habían vuelto hasta cierto punto revolucionarios, contra su voluntad. Troelstra se había dejado influir en ese momento por su

participación en la cuestión de Estocolmo y, más inmediatamente, por los acontecimientos de Alemania. Perdió su influencia en el partido, aunque siguió siendo nominalmente su líder hasta retirarse en 1925.

Las dos principales figuras del socialismo holandés, hasta 1914, fueron: Nieuwenhuis, primeramente, y luego Troelstra. Edo Fimmen (1881-1942), aunque activo en el movimiento sindical desde 1905, llegó a ser secretario de la Federación Holandesa de Sindicatos hasta 1916, y no desempeñó un papel prominente en el movimiento socialista sino después de 1918. Después de Nieuwenhuis y Troelstra, Henriétte Roland-Holst y, en la extrema izquierda, David Wijnkoop, el futuro comunista, y el sindicalista cristiano Cornelissen son las principales figuras de importancia internacional. Polak, quien era diamantista, hizo también alguna contribución intelectual pero principalmente como traductor e intérprete del socialismo británico. Tradujo al holandés obras de Robert Blatchford, de H. N. Brailsford, y de Sidney y Beatrice Webb. Henriétte Roland-Holst, como vimos, tradujo *News from Nowhere,* de William Morris, y otras obras, y fue una notable poetisa y escritora de gran influencia. Su socialismo, como el de Nieuwenhuis, era idealista, ético y fuertemente internacionalista. Escribió, en 1905, un notable informe para la Internacional Socialista sobre la huelga general, impulsada por la fácil derrota de la huelga general holandesa de 1903. Su tesis era que una gran huelga que infligiera serios inconvenientes al público sólo podía aspirar a triunfar si llenaba dos condiciones: o bien debía tener un objetivo limitado, que recabara un amplio apoyo popular fuera de las filas de huelguistas, o debía ser el preludio de la revolución. Cualquier otra forma de huelga general fracasaría porque, cuanto más éxito tuviera al iniciarse, mayor sería la resistencia que provocaría entre las clases medias —y, en verdad, en todos los sectores excepto los participantes. Decía:

> El poder del Estado moderno es superior al de la clase obrera en todas sus bases *materiales,* de carácter político o económico. El hecho de las huelgas políticas no puede alterar esto de ninguna manera. La clase obrera no puede ganar más económicamente, muriéndose de hambre, de lo que puede ganar utilizando poderes de la misma especie que los que emplea el Estado —es decir, la fuerza. Sólo en un aspecto supera la clase obrera a la clase dominante: en sus fines... Puede quebrar la superioridad física del Estado sólo con su superioridad moral.

La conclusión de su tesis era que la huelga general sólo podía aspirar al éxito cuando la conciencia moral de las clases trabajadoras hubiera avanzado lo suficiente como para imposibilitar a que cualquier fuerza las obligara a la obediencia contra su voluntad y conciencia. Esta

opinión coincidía, en esencia, con la de Nieuwenhuis, quien también predicaba un evangelio de regeneración ética.

Nieuwenhuis escribió mucho, tanto en holandés como en alemán. Su *My Farewell to the Church* es la mejor declaración de los fundamentos éticos de su fe socialista. Publicó después una *Vida de Jesús* y otras obras de teología democrática no ortodoxa, así como trabajos sobre el socialismo y el antimilitarismo, de los cuales el mejor conocido es *The Future Social Democracy.* Se inclinó hacia el anarco-socialismo, muy en contra de su naturaleza, y en rebeldía contra lo que le parecía la desvergüenza de la batalla parlamentaria de palabras y consignas. Fue un inquebrantable idealista. En la Segunda Internacional, a la que asistió desde sus comienzos en 1889, destacó en la lucha antimilitarista y como sustentador de la idea de huelga general contra la guerra; y abogó también ardientemente por una organización amplia, abierta a todas las tendencias, desde el anarquismo hasta el reformismo de todos los matices. Excluido como anarquista de la Segunda Internacional, siguió predicando en Europa la cruzada del antimilitarismo y persistió en su campaña después de 1914. Aunque en Holanda perdió a casi todos sus seguidores después de la huelga general de 1903, conservó su inmensa popularidad personal y siguió siendo una figura hondamente respetada, en cuyo funeral en 1919 se dieron la mano opositores y simpatizadores, para rendirle homenaje.

Troelstra es también una figura importante, pero sólo en el plano nacional —como orador más que como pensador original—. También él procedía de la clase media y se había convertido al socialismo por su deseo de mejorar la desgraciada suerte de las clases pobres —en su caso, no los obreros industriales, sino el proletariado rural de Friesland, donde se crió—. Empezó su carrera como abogado, y abandonó una exitosa carrera jurídica para participar en la Liga Socialista de Nieuwenhuis. Estudió entonces a Marx y, más particularmente, al naciente Partido Social-Demócrata Alemán, del cual se convirtió en cálido admirador. Durante la controversia de Millerand, en la Segunda Internacional, siguió la línea alemana de oposición a la participación socialista en gobiernos capitalistas, pero se unió a Jaurès para demandar un programa práctico y gradual de avance hacia el socialismo. Su marxismo no era revolucionario; parecido al de Vandervelde en que consideraba a Marx, no como un profeta de la revolución, sino como la fuente de un método de estudiar los problemas concretos que requería una adaptación continua, a medida que cambiaban las condiciones. Su temperamento era fuertemente "político" y fue el que encabezó la ruptura con Nieuwenhuis y constituyó el Partido Social-Demócrata Holandés siguiendo el modelo alemán. Después, provocó la guerra contra el ala izquierda del partido y fue el protagonista de la expulsión del grupo

del *Tribune* en 1909. Sus grandes dotes oratorias lo hicieron figura prominente entre los líderes de la Segunda Internacional durante los años inmediatamente anteriores a 1914; pero no puede decirse que haya hecho una contribución distinguida en el plano del pensamiento.

El partido holandés, entre los partidos de la Segunda Internacional en los países adelantados, tenía en ciertos aspectos que hacer frente a la tarca más difícil, puesto que no eran ni una pequeña minoría sin influencia política inmediata ni un partido de masas que pudiera parecer en camino de conquistar el poder político. Se enfrentaban a una situación que mantenía dividida inevitablemente a la clase obrera; tenían que luchar contra un poderoso esfuerzo protestante y católico por conquistar el apoyo de la clase obrera, y abrirse paso en un parlamento constituido por numerosos partidos entre los cuales las cuestiones religiosas y sociales constituían las líneas divisorias. Con el movimiento sindical dividido en facciones en pugna, carecían del fundamento sólido necesario para construir un partido como el alemán; y, en un país de predominio agrícola, su apoyo procedía principalmente de algunas ciudades que, en el mejor de los casos, sólo podían darles una posición minoritaria en el parlamento. Este estado de cosas era en gran medida, por supuesto, la razón de la persistencia de tendencias antiparlamentarias y de la separación de grupos de izquierda siempre que los frustrados parlamentarios mostraban señales de desear romper el callejón sin salida, aliándose más íntimamente con los liberales. Con los partidos religiosos no hubo nunca, hasta 1914, posibilidad alguna de alianza. El socialismo cristiano, que incluía multitud de tendencias, tenía muchos simpatizadores en el Partido Social-Demócrata, así como entre los seguidores de Nieuwenhuis; pero tanto el partido parlamentario protestante como el católico eran vehementemente antisocialistas y conservadores, y las tendencias progresistas que existían en los movimientos sindicales confesionales tuvieron, hasta 1914, muy poca influencia sobre ellos. En el parlamento, los socialistas debían escoger entre una estrecha alianza con los liberales, a los que se podía persuadir para que adoptaran algunas medidas útiles de reforma social, pero no a aceptar nada que supiera a socialismo, y permanecer aislados, en una situación en que la abstención podía poner el poder en manos de los grupos más reaccionarios. Lo que más conveniente les pareció fue el "empate" de 1913, cuando ninguna coalición de partidos podía alcanzar la mayoría y Holanda estaba gobernada por una coalición no partidista, sobre la que podían ejercer una considerable presión para mejorar la legislación social. Pero esto no los acercó más al socialismo —si el socialismo significaba algo más que el Estado bienhechor. Estaban inmovilizados, en medida no menor que los belgas, y aún con menos posibilidades de salvar el escollo.

CAPÍTULO XVIII

LOS PAÍSES ESCANDINAVOS Y FINLANDIA

1. DINAMARCA

Los países escandinavos, con excepción de Dinamarca, llegaron relativamente tarde al socialismo. En Dinamarca, los antecedentes empiezan con el trabajo de un joven doctor, Frederik Dreier (1827-1853) quien, al finalizar la década de los cuarenta, fue el principal responsable de la introducción de las ideas socialistas francesas y alemanas entre los daneses. Dreier abogaba por la formación de un Partido Obrero. Con su prematura muerte, el movimiento desapareció en gran parte y no hubo un renacimiento sustancial hasta después de 1860. Muchos artesanos daneses pasaron algunos años en el extranjero y algunos de ellos trajeron consigo, a su regreso, ideas marxistas y ayudaron a sentar las bases para establecer una sección danesa de la Primera Internacional.

Entre 1850 y 1870 —aproximadamente— no hay mucho que consignar. Las escuelas secundarias de artes y oficios, que empezaron en la década del cuarenta, bajo la influencia de Nikolai Frederik Grundtvig (1783-1872), en tanto que tuvieran un carácter político, eran nacionalistas y liberales, pero de ninguna manera socialistas. Las escuelas secundarias para trabajadores, asociadas con los sindicatos y los socialdemócratas empezaron mucho después, con la fundación de la Secundaria Esbjaerg, en 1910. En la década de 1840, Rasmus Sórensen había concebido la idea de hacer de las secundarias de artes y oficios un medio para entrenar jóvenes campesinos y trabajadores del campo como líderes de la opinión en las aldeas campesinas y en el gobierno local; y otros iniciadores anteriores a 1848 sustentaron ideas semejantes. Pero a quien se considera el principal expositor práctico de la concepción de Grundtvig —Christen Kold (1816-1870)— inició sus labores en 1851, en el periodo de reacción política que siguió a la derrota de la revolución europea; y, aunque preconizaba en cierto sentido la democracia, se
4 empeñó en hacer de sus escuelas, sobre todo, centros de formación del carácter bajo la inspiración del amplio, no dogmático, cristianismo del que Grundtvig era el principal exponente.

En 1849, Dinamarca había votado una Constitución, no democrática, pero sí con un elemento democrático mucho mayor que el existente en la mayor parte de Europa occidental en aquel momento, y esto la hizo sospechosa ante las grandes potencias. Concedía el voto a los padres de familia, abriendo así el camino a los trabajadores y

campesinos para que participaran en las cuestiones políticas. La cámara alta seguía siendo, no obstante, reducto de los grandes terratenientes. Dinamarca había atacado a la Asamblea alemana tratando de incorporar los ducados de Slesvig y Holstein, que habían sido gobernados por el rey de Dinamarca con otros títulos, al reinado danés. Por el momento, la corona danesa conservaba los ducados; pero había trastornos continuos respecto a su administración, y la unificación del reino bajo un gobierno común parecía impracticable. Se ensayaron varios métodos y los políticos daneses se dividieron entre los que estaban dispuestos a concederles sus instituciones propias y los que estaban decididos a mantener, al menos en Slesvig, la bandera del nacionalismo danés. El Slesvig meridional, entonces como más tarde, era un territorio de población alemana y danesa mezclada; uno de los propósitos de las primeras escuelas secundarias era convertir a los daneses a un ardiente nacionalismo. Esto, por supuesto, suscitó una contraofensiva del lado alemán; y, a la larga, en los años sesenta, después de ser derrotada por las fuerzas combinadas de Prusia y Austria, Dinamarca perdió los ducados y Prusia, volviéndose sobre Austria, los adquirió. Bismarck obtuvo, en Holstein, la salida que necesitaba en el Mar del Norte. Dinamarca, que había recibido la promesa, al terminar su propia guerra, de que la suerte del Slesvig meridional sería decidida por un plebiscito, vio que las promesas no tenían valor y que los prusianos estaban firmemente instalados.

Estos hechos son pertinentes al tema de este capítulo sólo porque forman los antecedentes de la política danesa en el periodo siguiente. Dinamarca surgió de su derrota con una nueva Constitución, adoptada en 1866, mucho menos democrática que la de 1849. Había un Rigsdag de dos cámaras: una electa por votación amplia —el Folketing—, la otra controlada casi totalmente por las clases ricas —el Landsting—; y ambas tenían formalmente poderes iguales, pero en la práctica el Landsting, aliado a la Corona, que seguía siendo la autoridad ejecutiva, tenía prioridad. Lo más que podían hacer, constitucionalmente, los elementos progresistas era buscar una mayoría en el Folketing; pero aun si la conseguían no controlaban al gobierno, que la Corona, aliada con la cámara alta, podía designar entre los opositores de aquéllos. La lucha entre las dos cámaras y las^ fuerzas que tenían detrás no llegó a su culminación hasta los años setenta, cuando los partidos de izquierda, incluyendo el pequeño Partido Socialista, demandó la introducción de un gobierno parlamentario responsable, que dependiera de la mayoría de la cámara baja. Pero esta concesión no se logró, siquiera nominalmente, hasta 1901 y, en lo sucesivo, la lucha se prolongó hasta la primera Guerra Mundial. Desde 1864 hasta 1914, afectó todo el curso de la política danesa.

Además, después de 1864, la situación política se vio infectada por la contienda entre los que estaban dispuestos a aceptar la pérdida de Slesvig-Holstein como hecho inevitable y los que soñaban con una guerra para recuperar los territorios perdidos. El nacionalismo, que había sido en conjunto un movimiento de la izquierda, se convirtió cada vez más en lema del ala derecha y tomó la forma de una discusión sobre los gastos militares. Los partidos de izquierda, cuando fueron mayoría en el Folketing, se negaron a votar en favor del presupuesto por la alta proporción destinada a las fuerzas armadas y obras de fortificación. La derecha, actuando con la autoridad real y apoyada por el Landsting, creó los impuestos que quiso a pesar de la cámara baja. Esta notable situación duró cerca de veinte años, de 1875 a 1894 y terminó sólo porque una parte sustancial de lo que se había considerado como izquierda rompió con los grupos más radicales, principalmente en cuestiones de política interior, y se alió con la derecha, de modo que el proceso de conseguir una mayoría en el Folketing tuvo que iniciarse de nuevo.

Éstas eran condiciones altamente desfavorables para el desarrollo de un Partido Socialista como fuerza parlamentaria y no menos para el desarrollo de un cuerpo fuerte de opinión socialista. Eran tanto más desfavorables cuanto que Dinamarca, principalmente, era un país agrícola, sin grandes ciudades con excepción de Copenhague, donde se concentraba una gran proporción de los trabajadores industriales y comerciales. Copenhague podía desarrollar, y lo hizo, un movimiento obrero notablemente fuerte y coherente; pero, hasta mucho más tarde, no consiguió gran apoyo del resto del país.

En la década del sesenta, dentro del reducido territorio que le quedó a Dinamarca después de su derrota, empezaron a ocurrir cosas notables. Las escuelas secundarias de artes y oficios se extendieron rápidamente, y se ligaron estrechamente por lazos personales, aunque no formales, al partido del centro que representaba principalmente a los campesinos. Esta alianza se hizo más fuerte en los años siguientes: las escuelas secundarias de artes y oficios no atrajeron nunca a un gran número de estudiantes de la clase obrera y ni siquiera de trabajadores del campo y sus maestros procedían mucho más de entre los grandes y medianos propietarios rurales que de los pequeños cultivadores. Había, sin embargo, muchos más propietarios medios que grandes y su número creció relativa y absolutamente. Desde la época de la ley de 1861 de Monrad que concedía el voto a los arrendatarios, aprobada por un gobierno liberal antes de que fuera revisada la Constitución, el número de pequeños propietarios aumentó rápidamente, no tanto por acción directa del Estado como por los esfuerzos de un cuerpo privado, el Hedeselskabit —la Sociedad de reclamación de tierras baldías—,

fundado en 1866, que se empeñó en abrir al cultivo las tierras que no lo estaban y estableció una serie de pequeñas granjas adicionales. Este proceso, que se amplió grandemente con el Acta de distribución de tierras de 1899, convirtió a casi toda Dinamarca en un país de propietarios rurales medios y pequeños y de pequeños cultivadores. Al principio, los granjeros cultivaban principalmente trigo; pero cuando los precios de los granos cayeron, en los años setenta, empezaron a dedicarse al cultivo altamente intensivo y especializado que ha hecho famosa, desde entonces, a Dinamarca: a la producción de leche y de tocino principalmente para la exportación.

Esto no sucedió hasta bastante después que, en Copenhague, el socialismo había tenido ya su primer impulso. Hasta 1857 había sobrevivido el viejo sistema de gremios reglamentados, más tarde fue eliminado y, a mediados de la década de los sesenta, se fueron creando sindicatos entre los obreros calificados, tales como impresores, panaderos y trabajadores de la construcción. Estos sindicatos iniciadores, sin embargo, permanecían aún bajo la influencia de las ideas de los gremios, y nuevos grupos de obreros calificados constituyeron la base de una sección danesa de la Primera Internacional, que se formó en 1871. La principal fuerza que la impulsaba era un joven trabajador de correos, Louis Pio, quien publicó en ese año dos impresos, *Socialistike Blade,* de los que surgió un periódico, el *Socialisten.* Se recordará que cuando, durante la huelga de mecánicos ingleses en la costa nordeste en ese año, los patronos trataron de importar esquiroles de Dinamarca, la I. W. M. A. envió a James Cohn, un danés que vivía en Londres y que formaba parte de su Consejo General, a Copenhague para evitar su envío. Entretanto, en la misma Copenhague empezaba una etapa de huelgas y, en 1872, la I. W. M. A. danesa se lanzó con todo su peso en una gran huelga de trabajadores de la construcción, encabezada por los albañiles. Una demostración de masas en apoyo de los huelguistas fue disuelta por la policía; los editores de *Socialisten,* incluyendo a Pió, fueron arrestados y encarcelados, con Harald Brix, Poul Geleff y varios líderes más, y al año siguiente, la I. W. M. A. fue suprimida por ley y disuelta su organización. Sin embargo, algunos de los sindicatos que la integraban sobrevivieron y, en 1875, Pio, libertado, reinició sus actividades. En los años siguientes, los daneses no permanecieron inmunes a las disputas que desgarraban a lo poco que quedaba de la Internacional. No aparecieron, sin embargo, delegados daneses en ninguno de los Congresos de los restos de la Internacional después de 1872. Había acudido uno, Pihl, a La Haya ese año; pero en el Congreso de Unidad Socialista de Gante en 1877, se confió el mandato danés al alemán Wilhelm Liebknecht. Por ese tiempo se había formado una nueva organización en Copenhague, en un

mitin conjunto de sindicalistas y socialistas efectuado en 1876, con Pió como presidente, pero fracasó cuando éste emigró a los Estados Unidos al año siguiente, con Brix y Geleff. En 1878, se hizo un nuevo intento, sobre otra base, con social-demócratas en vez de sindicalistas a la cabeza. Se formó una Unión Social-Demócrata, sin gran apoyo sindicalista en un principio, permaneciendo alejados muchos de los sindicatos, ya sea dirigidos por semianarquistas o como sociedades aisladas de artesanos. El nuevo cuerpo arraigó lentamente en los años siguientes. Entonces, en 1883, recibió un gran estímulo del Congreso del Partido Social-Demócrata Alemán que tuvo lugar en Copenhague a causa de las leyes antisocialistas. Al año siguiente, los social-demócratas ganaron dos asientos en el Folketing e iniciaron su carrera recodar como partido parlamentario. Se logró mayor apoyo de los sindicatos cuando éstos se recuperaron de la depresión de fines de la década de los años setenta.

Su situación era, no obstante, muy diferente de la de los alemanes. Entraron en el Folketing para encontrar una coalición de la izquierda unida, con una mayoría detrás, ocupada en una caldeada contienda con el gobierno del consevador Estrup, apoyado por el rey y la cámara alta; y el camino natural era aliarse a los partidos de izquierda en la lucha contra los elevados gastos militares y por la reforma de la Constitución. En ninguna de estas cuestiones podían aspirar, sin embargo, a desempeñar un papel director porque tenían poco apoyo aun en las zonas rurales y en las ciudades pequeñas. En cuanto a la legislación social, podían presionar, desde luego, en su favor, pero todavía esta cuestión no dividía a la derecha de la izquierda. Bajo el gobierno de Estrup se decretaron las pensiones por vejez, en 1391, y el seguro voluntario con ayuda estatal en 1892, ya que el gobierno estaba dispuesto a emular ia política social de Bismarck y aun a ir más allá, en busca del apoyo popular. Estas medidas dividieron a la izquierda y a la derecha políticas.

Mientras los socialistas se abrían paso hacia el Parlamento, fuera de él los sindicatos reagrupaban a sus fuerzas. En 1886, los sindicatos de Copenhague formaron una nueva central, independiente, aunque aliada al Partido Social-Demócrata; en lo sucesivo, se formaron nuevas centrales en otras ciudades y, en 1898, al crecer hasta convertirse en organizaciones nacionales, constituyeron una Central Sindical Nacional, que se lanzó pronto a una férrea pelea con los patronos. Por entonces, la unidad de los partidos de izquierda se había quebrantado. Estrup había renunciado a su cargo en 1894 y una coalición de la derecha con los grandes propietarios rurales y los elementos más ricos de las ciudades, lo había sustituido y estaba tratando de agrupar una mayoría en el Folketing. En el terreno industrial, los patronos habían

formado una contraorganización para hacer frente al desafío de los sindicatos; y, en 1899, respondieron a una serie de huelgas locales pro aumento de salarios y mejoras sociales con un despido en masa que afectó a 43 000 trabajadores. El gobierno nombró ministro del interior a Ludvig Bramsen, importante industrial progresista, quien elaboró un plan de juzgados arbitrales para resolver las disputas laborales. Los patronos, sin embargo, estaban determinados a quebrar el poder de los sindicatos e insistían en responder a los trabajadores con el despido en masa y en tratar de forzar la firma de un "documento" donde se renunciara a las pretensiones de los sindicatos. Los sindicatos habían estado pidiendo no sólo el reconocimiento del derecho al contrato colectivo, sino también, en algunos casos, la contratación de obreros sindicados, exclusivamente. La intransigente actitud de los patronos alentó una masa tan considerable de opiniones hostiles que se vieron forzados a modificar su actitud ante la prolongada resistencia de los trabajadores, que recibían ayuda sustancial del exterior. En el acuerdo, conocido como "Acuerdo de septiembre", la dos partes acordaron reconocer el derecho mutuo a organizarse y los patronos consintieron en el contrato colectivo, con la condición de que los sindicatos avisaran por anticipado su intención de ir a la huelga e hicieran pleno uso del procedimiento de negociación antes de hacerlo. Además, debía constituirse un juzgado arbitral al que debían ser remitidos todos los casos en los que pudiera alegarse que no se estaba siguiendo el procedimiento acordado, para su decisión final. No se le dio poder, sin embargo, para arbitrar acerca de lo sustancial de cualquier cuestión en disputa, sino sólo el de ocuparse de los incumplimientos alegados del acuerdo.

Lo que significaba en la práctica que, aunque las negociaciones se efectuarían por separado en cada caso, detrás de cada disputa estaría la amenaza de recurrir a un despido en masa o a una huelga generales. Los patronos daneses habían decidido que la respuesta efectiva a la huelga local organizada por los sindicatos, apoyada por su Federación Central, era un despido general, que imposibilitaría que los huelguistas fueran ayudados con los salarios de los que permanecían trabajando. Como veremos, los patronos suecos imitaron el plan algunos años después. No hay duda de que los sindicatos podían, igualmente, declarar una huelga general; pero ¿les bastarían sus recursos para hacerlo? Los patronos creían que no y los acontecimientos demostraron que tenían razón. El resultado no fue, en verdad, una paz industrial duradera, pero era un estado de cosas en el que los patronos tenían la ventaja por el momento. Había de acuciar, por otra parte, a los obreros a una mayor actividad política y, al mismo tiempo, empujaría al Partido Socialista a una alianza con los partidos de izquierda, en la esperanza de romper la sostenida coalición del ala derecha.

En este punto debemos volver atrás, para considerar lo que había venido sucediendo en el campo, que constituía siempre el factor predominante. El sistema de cooperativas empezó, en Dinamarca, en los años sesenta como un movimiento de los *consumidores,* pero tanto entre la población rural como entre la urbana. La cooperación agrícola, en las dos formas de sociedades de mercados y sociedades para la industrialización de los productos agrícolas, vino después, en los años ochenta. Las sociedades cooperativas de crédito no se desarrollaron porque los granjeros podían hacer arreglos satisfactorios con los bancos corrientes y recibir ayuda del Estado para equipar nuevos establecimientos agrícolas. A partir de 1880, las cooperativas, de consumidores y agrícolas, se desarrollaron rápidamente y a la par. Se establecieron sociedades de venta al por mayor, relacionando a las sociedades locales de consumo, y suministraban implementos necesarios para las granjas, así como bienes de consumo ordinarios; y, en 1896, las sociedades de venta al por mayor de Zeeland (formada en 1884) y Jutland (formada en 1888) se reunieron para formar una sola sociedad, que se convirtió en el centro coordinador del movimiento de los consumidores. El principal inspirador de estos procesos fue Severin Jórgensen (1842-1926), primer líder de la Sociedad de Judand. Mientras tanto, la formación de cooperativas campesinas para el manejo de los nuevos productos especializados de la agricultura danesa se había iniciado con el establecimiento de la Asociación Cooperativa Exportadora de Huevo, en 1880. La primera cremería cooperativa fue. establecida al año siguiente y el primer establecimiento cooperativo de tocino fue fundado por Peter Bojsen (1828-1922) en 1887. Por entonces, Dinamarca se había convertido en un. país de pequeños propietarios rurales. Hombres como Stiller Anderson y Christian Sonne (1859-1941) desempeñaron un papel principal en el desarrollo del sistema cooperativo agrícola, influido grandemente por la labor educativa desplegada en las escuelas secundarias de artes y oficios. A fines del siglo, Dinamarca era el país del mundo con una organización cooperativa más importante, no sólo en la agricultura, sino también por lo que respecta a la universalidad de su movimiento de consumidores. Esta penetración de la cooperativa, como movimiento de los negocios y como punto focal de las ideas sociales, no podía dejar de tener una gran influencia en el desarrollo de la política, aunque las organizaciones cooperativas se mantuvieron fuera de toda actividad formal en el terreno político y ni siquiera el movimiento de los consumidores estableciera liga alguna con los social-demócratas o los sindicatos. Las cooperativas estaban dominadas, casi siempre, por los propietarios rurales más "consistentes", a los que no atraía la social-democracia. Los socialistas, sin embargo, encontraron simpatía creciente entre los pequeños propietarios y los trabajadores

rurales, y pudieron convertirse, así, en un partido de alcance nacional y aumentar regularmente su fuerza parlamentaria.

El socialismo danés, no obstante, no produjo teóricos notables, aparte de Frederik Dreier, que murió demasiado joven para que su obra dejara huella de alcance mundial. En la Segunda Internacional, su líder más prominente fue P. Knudsen, quien llegó a ser burgomaestre de Copenhague. Otras figuras importantes eran la feminista y educadora Nina Henriétte Wendeline Bang (1866-1928) quien, en 1924, como ministro de Educación en el gabinete de Stauning habría de ser la primera mujer con cargo ministerial; su esposo, el doctor Gustav Bang, que fuera el principal intérprete danés de las ideas y movimientos socialistas europeos, y Thorvald Stauning (1873-1942), originalmente tabaqueros y luego presidente de la Unión de tabaqueros, que entró al Folketing en 1906 y se convirtió en líder del Partido Social-Demócrata algunos años después. Posteriormente, Stauning participó en un gobierno de coalición durante la guerra, en 1916, y fue primer ministro socialista en 1924. Pero ninguno de ellos, excepto, quizás, Nina Bang, hizo una contribución importante al pensamiento socialista. Las concepciones danesas de la organización de los partidos estaban moldeadas por condiciones económicas y, especialmente, por el predominio de pequeños establecimientos agrícolas de muy alta calidad técnica. La política socialista danesa fue experimental y severamente práctica en los asuntos internos y fuertemente antimilitarista en su aspecto internacional.

Después de la lucha de los sindicatos en 1899, los social-demócratas se unieron a los partidos de izquierda en un nuevo intento de derribar el poder de la derecha y asegurar un gobierno constitucional, basado en el predominio del Folketing sobre la cámara alta. En 1901, subió al poder un gabinete de izquierda, encabezado por el profesor Deuntzer, con el apoyo socialista, y emprendió un programa de reforma fiscal. Pero era una alianza incómoda, ya que la izquierda burguesa estaba constituida por elementos muy diversos, algunos fuertemente hostiles al socialismo. Gradualmente, entre 1903 y 1905, las relaciones se hicieron más tirantes; y cuando, en 1905, subió al poder un nuevo gabinete de izquierda encabezado por J. C. Christensen, hubo un rompimiento con los socialistas y una división en las filas de la izquierda no socialista. El sector más avanzado de la izquierda se separó con C. T. Zahle (1866?) y formó un Partido Radical. El gobierno de Christensen, después de aprobar en 1907 una Ley de Seguro de Desempleo que disponía subsidios públicos como ayuda a los beneficios administrados por los sindicatos, cayó en 1908 como resultado de un escándalo que afectó a uno de sus ministros, Alberti, en fraudes relacionados con la administración del Banco Agrícola; y Zahle subió en-

tonces al poder, en un gobierno radical de corta vida, al que dieron su apoyo los socialistas.

Antes de la caída de Christensen se había producido, en 1908, un segundo y serio choque entre los patronos y los sindicatos. Ante crecientes demandas de aumentos de salarios, la organización central de los patronos recurrió al despido en masa con que habían amenazado; y el país vio cómo se enfrentaban dos fuerzas muy bien organizadas y aparentemente irreconciliables. Después de una notable lucha, la cuestión fue resuelta con la redacción de un nuevo acuerdo, enmendando el de 1899. Las dos partes acordaron tratar de arreglar sus asuntos siempre que fuera posible, mediante la negociación colectiva pacífica y, si no podían llegar a un acuerdo, someterse siempre a la mediación a petición de cualquiera de la partes antes de recurrir a una huelga o al despido en masa. En 1901, este acuerdo voluntario fue fortalecido con la aprobación de dos leyes, una estableciendo un juzgado de arbitraje con poderes para resolver definitivamente cualquier disputa que surgiera del incumplimiento alegado de un acuerdo colectivo y la otra estableciendo el cargo de mediador público en las disputas industriales. Estos acontecimientos iniciaron un periodo de relaciones industriales pacíficas. Los sindicatos, que ya eran fuertes y se vigorizaron más en el periodo subsiguiente, pudieron obtener concesiones sustanciales: en 1914, en verdad, los trabajadores daneses eran de los mejor pagados y más fuertemente organizados de Europa. Los sindicatos funcionaban principalmente sobre la base de los oficios, con una Unión General que reunía a los menos calificados, aunque algunos de los sindicatos de oficios también agrupaban a trabajadores menos calificados. Dentro del movimiento había partidarios del sindicalismo industrial, pero esta cuestión no se planteó hasta después de 1914.

El gobierno de Zahle cayó en 1910 y los socialistas se unieron a los radicales en una campaña intensiva en pro de la reforma a la Constitución. El nuevo gobierno, encabezado por el antiguo maestro de las escuelas secundarias de artes y oficios, Klaus Bernsten, representaba al centro y favorecía reformas moderadas; pero el Landsting vetaba sus proposiciones. Entonces, en la elección general de 1913, los radicales y socialistas unidos obtuvieron una clara mayoría en el Folketing. Como el Landsting seguía obstruccionado, el gobierno obtuvo su disolución y esta vez obtuvo también en la cámara alta una pequeña mayoría. El rey retiró entonces su oposición y, por fin, se aclaró el camino para la reforma constitucional. En junio de 1915, el rey firmó una nueva Constitución, que entró en vigencia tres años después. La votación, para las dos cámaras quedó abierta para hombres y mujeres por igual. El derecho de voto se hizo universal, pero se fijó la edad en 35 años para la cámara alta, mientras que en el Folket-

ing debía irse reduciendo por etapas de 30 a 25 años. El nuevo Folketing debía ser elegido en la mayoría del país por delegaciones de un solo miembro, pero Copenhague debía formar una sola delegación, con representación proporcional y un número de asientos adicionales que debían distribuirse entre los partidos de acuerdo con su fuerza de votación total, para que cada partido tuviera un número de miembros correspondiente a su votación. El Landsting debía ser elegido también por un sistema proporcional, pero por votación indirecta y existía una curiosa disposición por la cual el Landsting saliente podía nombrar a algunos miembros para suceder* a los que se retiraban. Las primeras elecciones efectuadas con el nuevo orden dieron a socialistas y radicales una amplia mayoría en el Folketing, con los socialistas como partido mayoritario. En el Landsting los conservadores y el centro tenían todavía una importante mayoría.

Dinamarca fue así, en los primeros años de este siglo, uno de los países en donde el problema de la cooperación entre los socialistas y los radicales burgueses se planteó en una forma muy definida. De los partidos que integraban la mayoría de izquierda-centro en el Folketing, los grupos reformistas y los de izquierda moderada, que se se amalgamaron en 1909, representaban principalmente a los propietarios rurales, mientras que los radicales, después de la división de 1905, eran, sobre todo, el partido de los intelectuales de clase media y de los vecinos de las ciudades pequeñas, pero tenían también cierto apoyo de los pequeños propietarios rurales. Los socialistas, que° incluían a un grupo considerable de intelectuales, tenían mucho más en común con los radicales que con los grupos reformistas y de izquierda, que eran contrarios, en cierta medida, a las reclamaciones de los trabajadores urbanos. Desde 1898, cuando se inició un movimiento de extensión universitaria siguiendo el modelo del movimiento británico, las actividades educativas formaron un vínculo entre obreros e intelectuales, y los socialistas empezaron sus propias labores educativas como contrapeso a la influencia de las escuelas secundarias de artes y oficios. Los sindicatos y la Unión Social-Demócrata estaban muy ocupados organizando círculos de estudio y clases nocturnas mucho antes de que fundaran sus propias escuelas secundarias de artes y oficios, en Esbjaer'g, dirigidas por J. P. Sundbo, en 1910. Los socialistas debían también mucho a su periódico principal, el *Social-Demokraten,* después que Emil Wiinblad se convirtió en su editor en 1881. Wiinblad era una personalidad política influyente así como un excelente periodista y sentó las bases de la extensa red de periódicos y revistas que establecieron los social-demócratas en todo el país. Esta forma de propaganda ayudó especialmente a fortalecer el control socialista sobre los gobiernos locales. Los radicales, que formaban un partido independiente sólo

desde 1905, tenían una larga tradición de lucha por un gobierno democrático, derivada en gran parte del abogado y periodista V. Hórup, que fundó el exitoso periódico *Politiken,* en 1884. En gran medida constituyeron la fuerza impulsora de la reforma en la lucha contra Estrup y el rey y sirvieron de puente entre los intereses de los trabajadores rurales y urbanos en los diversos frentes unidos de los partidos reformistas hasta que el viejo orden empezó a quebrarse. Cuando al fin el rey, en 1901, permitió la constitución de un ministerio de izquierda, la unidad de estos aliados desapareció pronto y se vio claramente que la llamada "izquierda moderada" —es decir, en efecto el partido de los grandes propietarios rurales— no estaba preparada para impulsar la cuestión constitucional hacia una aguda contienda con el rey y la cámara alta. Los radicales, dirigidos por Zahle, que había sucedido a Hórup como líder, con Ove Rodé como figura principal, se organizaron entonces como partido independiente y los socialistas tuvieron que escoger entre unir sus fuerzas a las de ellos en una campaña decisiva por un gobierno democrático o, si se negaban a hacerlo, destruir toda posibilidad de una pronta reforma constitucional. No entraron, como Millerand en Francia, a un gobierno de coalición con Zahle; prefirieron permanecer fuera del ministerio radical y dar apoyo independiente —posiblemente porque la Segunda Internacional, en la resolución Kautsky, se había declarado en contra de la participación a no ser en condiciones altamente excepcionales. Pero dieron al ministerio Zahle un apoyo pleno, que debía ser pagado más tarde cuando los radicales apoyaron al Partido Social-Demócrata, por entonces el mayor de los dos, después de la guerra. En verdad, los radicales fueron más allá: el mismo Zahle fue ministro de Justicia en el ministerio de coalición de Stauning de 1929.

Por esta política de acción conjunta con la izquierda burguesa, que se remontaba a las luchas contra Estrup en los años ochenta y noventa, los socialistas daneses fueron criticados con frecuencia en la Segunda Internacional y también acusados algunas veces de ir en busca de puestos. No tenían, sin embargo, dónde escoger. La cuestión constitucional debía resolverse y los radicales eran verdaderos radicales y estaban dispuestos a pelear. Los socialistas no tenían oportunidad de obtener una mayoría, de no lograr una considerable proporción de los pequeños propietarios rurales y trabajadores urbanos y habrían perdido toda posibilidad de hacerlo si se hubieran mantenido aislados de los elementos más progresistas en el Folketing, echando a perder así las posibilidades de un gobierno democrático. La situación en Dinamarca era muy distinta de la que existía en Alemania o en Austria-Hungría, porque los propietarios rurales constituían un sector poderoso de la opinión media. Las fuerzas reaccionarias y conservadoras, aunque pudieron conservar

el poder por tanto tiempo, no tenían una fuerza parecida a la de los reaccionarios austriacos o alemanes. Social, aunque no políticamente, Dinamarca, al menos desde 1880, era un país altamente democrático, donde había ocurrido una revolución económica en los intereses, no del capitalismo industrial, sino del propietario rural independiente, que utilizaba técnicas de producción avanzadas y exportaba productos, a altos precios, a los mercados mundiales. No podía considerarse a los propietarios rurales daneses —o a los pequeños propietarios— como una clase en decadencia, o análoga a los atrasados campesinos de casi todos los países europeos. Los hombres del campo y de las pequeñas ciudades eran prósperos, bien educados y políticamente conscientes y el socialismo danés tuvo que adaptarse al clima de un país donde era improbable que hiciera impresión un llamado a la revolución social.

2. SUECIA

Suecia, que ha sido con frecuencia admirada en los últimos tiempos como país modelo de socialismo democrático y de cooperativas de consumo, llegó bastante tarde a ambos movimientos. En los días de la Primera Internacional no alentaba en absoluto el socialismo, aunque Malmó, en Skane, está frente a Copenhague, a través del Sound, y había mucha comunicación entre ambas ciudades. Skane, en verdad, había sido hasta el siglo xvii una provincia danesa y conservaba mucho de su carácter danés. Todavía hoy lo conserva. Cuando por fin comenzó a desarrollarse un movimiento obrero sueco, era natural que Skane y, en particular, Malmó, desempeñaran un papel importante. Resulta bastante sorprendente que en los años sesenta y setenta no haya existido ningún eco de las actividades de Louis Pió y la Asociación Danesa Internacional de Trabajadores en ningún lugar de Suecia.

La explicación reside, sin duda, en la inmadurez de la industria sueca. Hacia los años setenta, el desarrollo industrial apenas había empezado. El viejo sistema de gremios reguladores, con poder para extender credenciales a los artesanos que habían terminado su aprendizaje y presentaban la requerida "obra maestra", duró hasta 1864, aunque los gremios habían perdido su monopolio en los años cuarenta. Cuando desaparecieron dejaron tras de sí —como en Dinamarca, donde fueron disueltas en 1862— una tradición de organización por oficios; y, en ambos países, muchas se transformaron en sociedades amicales o fueron sustituidas por tales sociedades, especialmente en las industrias de la construcción y de la elaboración de metales. Y no surgieron sindicatos de tipo más moderno sino hasta la década del 80 y, al mismo tiempo, empezó un movimiento socialista bajo la influencia del sastre August Palm (1849-1922), que había trabajado en Alemania y Dina-

marca y volvió a Suecia en 1881, imbuido de ideas socialistas. Palm encontró pronto un aliado brillante en el joven estudiante Axel Ferdinand Danielsson (1863-1899), quien lo ayudó a iniciar un periódico' socialista, *El Social Demócrata,* y a organizar grupos socialistas. Pronto se les unió un elemento aún más notable, de la Universidad de Upsala, FIjalmar Branting (1860-1925), quien después de trabajar de 1883 a 1887 en el personal del periódico radical, *Tiden,* en Estocolmo, y de editarlo desde 1885, se hizo cargo, ese año, de la edición de Eí *Social Demócrata,* que siguió editando hasta 1917 y al que convirtió pronto en órgano principal de la opinión socialista. Danielsson, desplazado de *El Social Demócrata,* trasladó su cuartel general a Malmó, donde fundó un nuevo periódico, *Arbeitet,* y se manifestó con gran vigor y elocuencia. Danielsson era un orador popular muy eficaz y un buen periodista; era también persona de considerable valor y tenacidad. Viajó por Skane, pronunciando discursos y organizando sindicatos y grupos socialistas y, en 1888, redactó un proyecto de programa socialista, que fue ampliamente aclamado. En esta época, Danielsson se oponía a la acción parlamentaria y creía en la acción directa basada en la organización de clase en el campo de la industria. Pronto tropezó con la ley y, después de varios encuentros con los tribunales, pasó dieciocho meses en prisión. Salió convertido a la acción parlamentaria y, en lo sucesivo, desempeñó un papel activo y polemista, con frecuencia, en la labor del Partido Social-Demócrata, que Branting había empezado a organizar en 1889. El mismo Branting se convirtió en miembro del Riksdag en 1896 y el Partido Social-Demócrata adoptó un programa oficial al año siguiente. El programa del partido de 1897 se fundaba en gran medida, bajo la influencia de Branting, en el programa de Erfurt de los social-demócratas alemanes; pero las ideas de Danielsson también lo influyeron, especialmente en la gran importancia que se dio a los sindicatos y a la acción en las industrias. Danielsson, sin embargo, se había convertido en sus años de madurez en vigoroso opositor de los anarquistas, contra los cuales emprendió una guerra sin cuartel. Gozó de inmensa popularidad en el sur de Suecia y, si hubiera vivido, habría podido muy bien rivalizar con Branting en la dirección del creciente movimiento socialista. Era, no obstante,, pendenciero y más popular entre los obreros que entre los líderes, algunos de los cuales no sintieron probablemente que la muerte eliminara su turbulenta personalidad en 1899. Sólo tenía entonces treinta y seis años. Un año después, murió otro de los principales iniciadores: Fredrik Sterky de Góteborg, cuyo *Tiempos Nuevos,* fundado en 1892, se había convertido en centro del movimiento obrero en el occidente de Suecia, con importancia no mucho menor de la de *El Social Demócrata* de Branting o el *Arbeitet* de Danielsson. Sterky, además de

su labor como periodista, había sido presidente de la Federación de Sindicatos, que había ayudado considerablemente a organizar. Palm sobrevivió, pero no era un líder de altura. La dirección incuestionable del socialismo sueco pasó, a partir de 1900, a las manos capaces de Hjalmar Branting.

El Partido Social-Demócrata, como vimos, se había constituido formalmente en 1889 —el año del congreso inaugural de la Segunda Internacional. Estuvo representado en París, en el Congreso Marxista, por dos delegados —S. Palmgreen y O. Allard— que representaban también a una liga socialista escandinava con sede en París y fueron, posiblemente, delegados de esta última más que del recién formado Partido Socialista. Él partido, al fundarse, permaneció principalmente con una base sindical. En 1889, los sindicatos suecos eran todavía, principalmente, grupos locales de oficios, que empezaban a unirse en cámaras de trabajo locales, abiertas a todas las industrias, más que en uniones nacionales. La cámara de Estocolmo se había fundado ya en 1883. Estas cámaras de trabajo locales, sin prescindir de sus funciones industriales, se convirtieron en unidades locales del Partido Social-Demócrata. Se pidió a cada sindicato que perteneciera a una cámara local, que afiliara a sus miembros en masa al partido; pero después de algunos años esto produjo tales dificultades que tuvo que sustituirse por un sistema de afiliación voluntaria, sujeto ál derecho individual de contratación. Aun así, la relación entre los sindicatos afiliados y el partido siguió siendo muy estrecha; pero no todos los sindicatos se adhirieron a él.

El partido, inmediatamente después de su establecimiento, se lanzó a una animada disputa entre social-demócratas y "anarquistas", como los llaman generalmente sus historiadores, aunque más correctamente debería decirse entre partidarios de la acción parlamentaria y partidarios de la acción directa, o entre germanistas y sindicalistas. En 1891, siguiendo las directivas del Congreso Socialista Internacional, derrotó a los llamados anarquistas y apoyó la primacía de la acción política por medios parlamentarios. Esto, no obstante, no significaría, bajo las condiciones prevalecientes en Suecia, que abrigara alguna esperanza de convertirse en un poderoso partido parlamentario más que cuando el sistema constitucional fuera drásticamente reformado. A diferencia de los alemanes y los franceses, pero como los belgas y austríacos, tuvo que enfrentarse a la necesidad de empezar conduciendo la agitación en pro de la reforma parlamentaria. Estaba, sin embargo, en una posición relativamente débil para realizar por sí solo semejante cruzada; porque Suecia era principalmente un país agrícola y era evidente que los trabajadores urbanos no eran lo bastante fuertes como para imponer su voluntad a los reaccionarios que dominaban el Estado sueco.

El desarrollo económico se realizaba rápidamente, en verdad, por el año de 1889. La agricultura sueca había atravesado malos tiempos en los años setenta y ochenta, como consecuencia de la baja del precio del trigo, al aumentar las importaciones del Nuevo Mundo. Se había producido una fuerte emigración de los distritos agrícolas, principalmente hacia los Estados Unidos, pero también hacia las ciudades. En 1888, el sistema de libre empresa fue abandonado en interés de los propietarios rurales y terratenientes, que dominaban el Riksdag y, en pocos años, los patronos de las ciudades habían asegurado la protección para la industria. Estos cambios significaron más altos costos de vida, que impulsaron el sindicalismo y el cooperativismo; pero sus efectos fueron mitigados por grandes cambios en la estructura de la agricultura y de la industria. Los agricultores suecos, a partir de los años ochenta, pasaron cada vez más del cultivo del trigo a la cría de ganado, la industria lechera y el cultivo de la remolacha, y se produjo un gran desarrollo de la industria forestal, a la que se dio nuevo ímpetu con la rápida expansión de la demanda de pulpa de madera y papel. Esto dio como resultado el establecimiento de una importante nueva industria y, al mismo tiempo, la industria del hierro del Norte creció rápidamente bajo la influencia de la creciente demanda alemana de hierro de alta graduación. El campo experimentó un gran acceso de riqueza, la mayoría de la cual pasó primero a los bolsillos de los grandes propietarios rurales, terratenientes y patronos industriales, que podían obtener mano de obra barata, especialmente en el Norte y en las recién abiertas zonas forestales.

La Constitución sueca, hasta 1866, había descansado en un anticuado sistema de estamentos, divididos en cuatro cámaras, de tal manera que se excluía no sólo a los trabajadores, sino a gran parte de las clases medias. En ese año fue reformada: se estableció un Riksdag de dos cámaras, con una cámara alta elegida por sufragio indirecto, con un derecho de voto graduado de acuerdo con la propiedad o el ingreso, con el fin de asegurar su dominio mediante la aristocracia de nacimiento y de la riqueza. La cámara baja era elegida directamente, pero también aquí existía el requisito de la propiedad o el ingreso, lo suficientemente altos como para excluir a la gran mayoría de trabajadores y colocar el control de las representaciones rurales —que eran la mayoría— en manos de los propietarios de tierras.

Como en Dinamarca, ambas cámaras recibieron poderes iguales y la política se convirtió, en gran medida, en una lucha continua entre la aristocracia y los propietarios rurales, cuyo Partido Agrario controlaba la cámara baja. La disputa fue particularmente intensa respecto al servicio militar, del que reclamaban estar exentos los propietarios rurales, mientras pagaran el impuesto especial sobre la tierra, co-

brado como contribución a los gastos de la defensa. El surgimiento de Alemania, las guerras europeas de los años sesenta y la agresividad rusa en Finlandia se habían combinado para crear una fuerte demanda de más y mejores armas; otros problemas perdieron gradualmente actualidad, mientras que la oposición de los propietarios rurales a la política militar del gobierno se debilitó progresivamente. En los años ochenta, los propietarios rurales se habían dividido en relación con el proteccionismo y se habían peleado entre sí dos partidos de propietarios rurales; pero cuando ese problema se resolvió, se unieron nuevamente y volvieron a presentar una sólida mayoría en la cámara baja. Hablando en términos generales, estaban en favor de reformas electorales, pero sólo si se les aseguraba el mantenimiento del predominio de las representaciones rurales y con el fin de combatir el predominio aristocrático en la cámara alta; y no podían unirse a los reformadores urbanos porque su principal propósito era unir a los grandes y pequeños propietarios rurales contra las exigencias de las ciudades.

En estas circunstancias, la lucha por la reforma electoral tenía que realizarse, en gran parte, fuera del Parlamento; los protagonistas de la lucha, del lado de la reforma, eran las clases medias y los obreros de las ciudades y los trabajadores de la industria maderera, así como un sector de pequeños propietarios rurales, aliados a los trabajadores asalariados de las zonas agrícolas. Los social-demócratas y los radicales rivalizaron en la obtención de la afiliación de estos grupos, pero eran también, necesariamente, aliados en la campaña. En 1893, los radicales eran todavía el elemento dominante en la agitación pro reforma. En ese año, los social-demócratas unieron sus fuerzas a las de los radicales, en un movimiento en pro de la elección, por sufragio masculino, de una cámara popular no oficial, que debía coordinar la demanda de reforma y movilizar a la opinión pública —siguiendo el modelo de la Convención Cartista en Gran Bretaña. En esta cámara, los social-demócratas tenían sólo la cuarta parte de los asientos, pero cuando se reunió fue aprobada una resolución decidiendo tomar en consideración la declaración de huelga general si el gobierno se negaba a otorgar el sufragio universal. El Congreso social-demócrata que tuvo lugar en Góteborg al año siguiente apoyó esta política, pero no se siguió ninguna acción inmediata. En 1896, con las nuevas elecciones para el Riksdag, se utilizó el mismo método. Nuevamente, socialistas y radicales unieron sus fuerzas para elegir una cámara popular no oficial, pero esta vez los radicales se opusieron a la huelga general y la cámara derrotó por pocos votos una proposición de recurrir a ella. En este año, Branting obtuvo un asiento en el Riksdag.

Las disensiones acerca de la huelga general detuvieron la campaña conjunta de socialistas y radicales en pro de la reforma electoral y en

los años siguientes la atención se desvió, principalmente, hacia la lucha de los sindicatos. A partir de 1886, se habían realizado, cada dos años, congresos de delegados sindicales de los países escandinavos en uno u otro de ellos y, en estas reuniones, se había discutido mucho las cuestiones de la acción industrial y la huelga general. Los congresos, siguiendo las directivas de la Segunda Internacional, habían empezado a recomendar la organización de grandes demostraciones el primero de mayo, especialmente para demandar la jornada de ocho horas y, en Suecia, las cámaras de trabajo locales se habían ocupado de esta cuestión. Pero hasta 1898, los sindicatos suecos no tuvieron organización central, exceptuando la del Partido Social-Demócrata. Ese año, siguiendo una recomendación aprobada por el Congreso escandinavo, los sindicatos suecos decidieron establecer un organismo central, la Lands-Organisationen conocido generalmente como "L.O.". Éste se constituyó, como el organismo paralelo en Dinamarca, como una federación centralizada, destinada a mantener en disponibilidad los recursos de los sindicatos afiliados, para ayudar a cualquiera de ellos que se viera envuelto en una disputa que no pudiera resolver por sí solo. En lo principal, estaba destinado a asegurar la ayuda financiera a los huelguistas o trabajadores afectados por un despido en masa, con los salarios de los que continuaban trabajando pero, detrás de esto, estaba la idea de la huelga general como arma definitiva para burlar a los patronos. En 1899, la L. O. se vio envuelta en una serie de disputas que surgieron en gran medida de la negativa de los patronos del norte de Suecia a reconocer los derechos de asociación y contrato colectivo, que ya estaban bastante bien establecidos en el Sur. Estos trastornos en las industrias duraron hasta el año siguiente; entonces, en 1901, el problema del voto volvió súbitamente a cobrar actualidad como consecuencia de la insistencia del gobierno en un gran incremento de los gastos militares y los impuestos destinados a pagarlos. La segunda cámara aceptó de mala gana estas medidas, pero exigió la reforma constitucional, como *quid pro quo:* el gobierno conservador presentó una Ley de Voto limitada, donde proponía dar el voto a los varones mayores de 25 años que pagaran impuestos y hubieran cumplido con el servicio militar, y también a los hombres casados y a los mayores de 40 años.

Esto llevó al campo a los socialistas, con una demanda de sufragio igual y universal. Se organizaron grandes demostraciones en las ciudades y el Partido Social-Demócrata, apoyado por los sindicatos, decidió convocar a una huelga general que coincidiera con el debate del Riksdag sobre la Ley propuesta por el gobierno. Sería sólo una huelga de "demostración"; no existía la intención de prolongarla más de unos cuantos días. Cuando llegó la hora hubo una amplia respuesta, pero

el gobierno no estaba dispuesto a ceder a las demandas socialistas. Su Ley no fue aprobada. En vez de ello, el Riksdag, por moción de la cámara alta, decidió en favor de una encuesta sobre el problema. En los dos años siguientes, los gobiernos cambiaron con rapidez y se presentó una serie de proposiciones de reforma, en términos totalmente inaceptables, no sólo para los socialistas, sino también para los liberales, que habían constituido un nuevo Partido Liberal en 1900 y se estaban convirtiendo en una fuerza parlamentaria considerable. Entonces, por cierto tiempo, la cuestión se dejó a un lado al culminar la vieja disputa acerca de los derechos constitucionales de Noruega, unida aún a Suecia bajo un monarca común, con instituciones autónomas cuyos límites jamás habían sido claramente definidos ni habían sido producto de un acuerdo entre ambos países.

Los incidentes de la disputa decisiva que, en 1905, puso fin a la unión de Suecia y Noruega, y condujo al establecimiento de un reino noruego enteramente separado no nos interesan aquí, excepto en lo que concierne al movimiento obrero. Los socialistas suecos y los sindicatos unidos a ellos apoyaron plenamente a los noruegos en su reclamación de independencia, que fue finalmente aceptada por la corona y el gobierno suecos, después de una amenaza de huelga general. Tan pronto como terminó la crisis, se sintieron sus efectos en la política interior de Suecia. Subió al poder un gobierno liberal, encabezado por Karl Staaff, quien abogó por la introducción del sufragio general masculino, en las representaciones de un solo miembro. La Ley de Staaff fue aprobada en la cámara baja, pero fue rechazada en la alta, que estaba dispuesta a aceptar el sufragio general masculino sólo si se combinaba con la representación proporcional en las representaciones amplias. El problema de si también debía darse el voto a la mujer fue sometido al rey para que diera su opinión. Los liberales propusieron, entonces, la disolución de la cámara baja para conocer la opinión de los electores, pero el rey se negó y el gobierno renunció. Los conservadores volvieron y lograron la aprobación de ambas cámaras, aunque sólo por pequeña mayoría en la cámara baja, de una medida que establecía la representación proporcional para ambas, con sufragio general masculino para la cámara baja y un reducido requisito de propiedad para la cámara alta. Esta medida se convirtió en ley en 1907.

Entretanto, se habían multiplicado los trastornos en el terreno industrial. Los capitalistas suecos, en parte como respuesta al establecimiento de la L. O., habían estado muy ocupados en organizar sus propias fuerzas en los terrenos industrial y financiero. El principal financiero sueco de la época era Knut Agathon Wallenberg, miembro de una poderosa familia con intereses en muchos lugares. Fundó la Asociación Sueca de Banqueros, que se convirtió en el vocero principal de las altas

finanzas. Los grandes patronos industriales se unieron también, en 1902, en una organización central, conocida como la S. A. F. —Svenska Arbetsgivere Föreningen— que pasó pronto a manos de la dominante dirección de Hjalmar von Sydow. Von Sydow era, por entonces, un duro opositor del sindicalismo y se ganó el sobrenombre popular de "el Jefe". Él, más que cualquier otro, fue responsable de la gran lucha de los años siguientes. La S. A. F. siguió el modelo del organismo danés ya descrito en este capítulo, y tenía el mismo fin —responder a los sindicatos unidos mediante un despido general si persistían en su política de huelgas parciales.— Como vimos, los sindicatos estaban organizados con una base local más que nacional y actuaban principalmente a través de contratos locales, apoyados por la cámara de trabajo local, con la L. O. para dar su apoyo en caso necesario. Contra esto, los patronos querían contratos nacionales en cada empresa o industria, con la S. A. F. para amenazar con un despido general si cualquier sindicato se negaba a aceptar los términos que los patronos consideraban razonables. Los patronos, no obstante, necesitaban tiempo para perfeccionar su organización para la "demostración" que iba a dar a la L. O. y que, sin duda, tenía decidida la S. A . F.. Por dos o tres años continuó la guerra de guerrillas y, entonces, mientras que la crisis noruega estaba aún en su climax, se declaró una gran huelga entre los metalúrgicos, a la que se respondió con un despido en masa que se extendió a toda la industria y que duró de mayo a octubre de 1905 y terminó con una victoria parcial de los trabajadores, que aseguraron un salario mínimo. Los sindicatos daneses y noruegos enviaron dinero para ayudar a los obreros afectados por el despido en masa y llegó también alguna otra ayuda exterior.

La lucha de 1905 impulsó a la S. A. F. a la acción. El gobierno introdujo en el Riksdag una Ley restringiendo el derecho a la huelga, pero fue rechazada, después de una amenaza de la L. O. de huelga general. Una Ley de Mediación, parecida a la ya vigente en Dinamarca, fue aprobada en 1906, pero no tenía fuerza de obligatoriedad. La S. A. F., por su parte, decidió fortalecer su organización y adoptar una actitud agresiva. Obligó a todos los patronos que pertenecían a ella a seguir una política común bajo su dirección. Todo patrono debía observar el principio de libre contratación —es decir, debía negarse a emplear sólo a miembros de los sindicatos— y ningún patrono debía participar en un convenio colectivo sin someterlo a la S. A. F. y obtener su aprobación. Frente a la poderosa unión de los patronos, la L. O. se sintió obligada, en 1906, a firmar un acuerdo con la S. A. F., según el cual cada parte aceptaba el derecho del otro a organizarse y contratar colectivamente, pero implícitamente aceptaba la libre contratación contra la que los sindicatos habían realizado una gran campaña.

Tal acuerdo era semejante al que se había hecho en Dinamarca, excepto que no había disposiciones de arbitraje o mediación estatal en caso de desacuerdo.

Así permanecieron las cosas los años siguientes. En 1907 se produjo una severa depresión, extendiendo el desempleo y produciendo una seria pérdida de poder de los sindicatos. Disminuyeron los salarios y las relaciones industriales empeoraron rápidamente. Los sindicatos intentaron la resistencia y los patronos se dispusieron a darles una lección. La S. A. F. amenazó que, a no ser que los sindicatos retiraran la declaración de huelga que se había hecho en algunas empresas, recurriría a un despido en masa general de todos los trabajadores conectados con la L. O. Los sindicatos, aunque conscientes de las desventajosas condiciones económicas, decidieron resistir y, en vez de esperar el despido en masa, declararon una huelga general. Hubo una amplia respuesta al llamamiento a la huelga. Un periódico especial para la huelga, *Svarst* (La respuesta), fue editado por Gerhard Magnusson y hubo grandes mítines, donde fueron claramente denunciados Von Sydow y los Wallenberg. Pero la S. A. F. se mantuvo apoyada en amplios recursos, y el ritmo económico disminuyó.

La huelga general sueca de 1909, se diferencia de la huelga general política de 1902, fue una verdadera prueba de fuerzas entre la clase trabajadora y sus opositores. No todos los trabajadores suecos pertenecían a la L. O. ni todos los patronos a la S. A. F. Fuera de la L. O. estaban los ferroviarios, los impresores y algunos otros sindicatos: la S. A. F. era, esencialmente, una liga de industriales en gran escala. Existía otra organización de patronos, menos estrechamente federada, con sus principales miembros en las industrias de la construcción y, también, una federación de pequeños patronos. Ninguno de estos organismos había participado en el pacto mediante el cual se habían obligado entre sí los grandes industriales, ni había un apoyo universal entre sus miembros a las tácticas militantes de la S. A. F. Del lado de los trabajadores, numerosos sindicatos habían preferido permanecer aislados del intento de la L. O. de construir un movimiento centralizado. Pero las dos grandes organizaciones cubrían bastante campo como para hacer de su conflicto un asunto importante, decisivo en sus efectos para el futuro curso de las relaciones industriales y, en verdad, para toda la futura política del movimiento obrero sueco. Como vimos, la huelga se declaró en un momento desfavorable. Los líderes la hicieron sabiendo que posiblemente serían derrotados; muchos de ellos eran contrarios a declararla, pero cedieron ante el fuerte sentimiento de los miembros contra la rendición que pedía la S. A. F. En vista de este sentimiento, parecía mejor tomar la iniciativa y no esperar el despido en masa, sobre todo porque, cuanto más duraran las huelgas parciales

y despidos en masa ya existentes antes de que se produjera la prueba final de fuerza, habría menos dinero en los sindicatos cuando llegara el momento y estarían más fatigados los trabajadores ya fuera de su trabajo. De cualquier manera, no había duda de la determinación de los militantes locales de dar la pelea; y así se declaró la huelga general.

Como huelga general duró un mes. Se colectaron fondos una vez más del exterior, lo mismo que del país. Los daneses y noruegos ayudaron en gran escala y otros muchos movimientos extranjeros enviaron contribuciones. Los patronos trataron de importar esquiroles de Gran Bretaña, especialmente para trabajar en los puertos y se produjo mucho resentimiento por el hecho de que los sindicatos británicos no mandaron ayuda financiera a los suecos. Este resentimiento se expresó en el siguiente Congreso Socialista Internacional, donde los delegados de los sindicatos británicos tuvieron un mal recibimiento. A finales del mes, los fondos escaseaban y la L. O. se vio forzada a ordenar que volvieran al trabajo los grupos que habían ido a la huelga por simpatía con los directamente afectados. La huelga continuó, en escala reducida, por algún tiempo, pero no se evitó la derrota. Los grandes industriales habían demostrado que, sin obstáculos de los pequeños de su bando, podían derrotar a los sindicatos en su propio terreno. Si se trataba de una prueba de resistencia entre dos grandes organizaciones de capital y trabajo, el capital podría durar más, especialmente cuando la situación económica estaba en malas condiciones y suponiendo siempre que la huelga fuera simplemente una huelga y no se convirtiera en revolución.

En Suecia, en 1909, con la nueva Constitución entrando apenas en vigencia, no podía ocurrir que la huelga se convirtiera en revolución. Había revolucionarios en las filas sindicalistas que, cuando la lucha terminó, se separaron de la L. O. y fundaron, en 1910, una unión sindicalista independiente, que agrupó principalmente a los trabajadores forestales pero nunca alcanzó suficiente fuerza como para influir mucho en otros sectores. El principal efecto de la derrota fue sacar a muchos miles de trabajadores de los sindicatos y, también, reducir seriamente la fuerza numérica del Partido Social-Demócrata, que descansaba principalmente en las afiliaciones de los sindicatos. Cayó de 112 000 en 1905 a 55 000 en 1910. Bastante antes de 1909, el viejo sistema de sindicatos locales coordinados principalmente por las cámaras de trabajo locales había sido sustituido en casi todos los casos por un sistema de uniones que realizaban convenios nacionales con las organizaciones patronales. En 1907, había 45 de estas uniones, con 230 000 miembros y, de éstas, 28, con 186 000 miembros, pertenecían a la L. O. Después de la huelga, el número total de miembros se redujo a 114 000

y los de la L. O. a 80 000. En lo sucesivo, las uniones recobraron su fuerza gradualmente, hasta un total de 158 000 en 1915, cuando la L. O. tenía 111 000. Más tarde, durante los años de la guerra, aumentaron rápidamente los miembros y, en 1919, los sindicatos eran más fuertes que nunca. Pero por algunos años, inmediatamente después de 1909, a pesar de una gran recuperación en la economía, pudieron hacer muy poco. No estaban, sin embargo, quebrados, y los patronos, habiendo demostrado su fuerza, prefirieron continuar los convenios nacionales, en lugar de tratar de destrozarlos al costo probable de empujar a los trabajadores a apoyar a la Unión Sindicalista rival.

Se produjo un serio incidente durante la huelga, en Malmó, Skáne, donde un pequeño grupo de jóvenes sindicalistas trataron de dinamitar una embarcación que era utilizada para albergar esquiroles que habían sido introducidos en el puerto. El complot fue descubierto y los líderes fueron apresados y sentenciados a muerte, aunque después se suspendió la sentencia. Los socialistas y la L. O. los repudiaron, por supuesto y no se produjeron en ninguna otra parte incidentes semejantes. Se utilizó mucho, rio obstante, el incidente, en una campaña de descrédito contra los sindicatos y el Partido Social-Demócrata.

En 1911 tuvo lugar la primera elección general bajo la nueva Constitución y el Partido Social-Demócrata, a pesar de la disminución de sus miembros, dobló su representación en la cámara baja, asegurando la elección de 64 socialistas contra 101 liberales y 65 miembros de los partidos del ala derecha. El líder liberal, Staaff, volvió al poder y lo conservó hasta 1914. En estos años los liberales promulgaron algunas medidas útiles de legislación social, incluyendo las pensiones .de retiro (en 1913), pero se vieron envueltos en una acida disputa por la cuestión de los armamentos, sobre la que habían hecho un compromiso de economía. La derecha enderezó una activa campaña para aumentar» los gastos militares y navales y, cuando el gobierno negó los fondos, se formaron sociedades patrióticas para recoger suscripciones voluntarias para aumentar la marina y hacer propaganda. En las elecciones de febrero de 1914, los liberales perdieron muchas posiciones que obtuvo la derecha, pero los social-demócratas hicieron algo más que mantener sus posiciones, ganando 73 asientos contra 71 de los liberales y 86 de los partidos de derecha. Asumió el poder un nuevo gabinete dominado por los grandes patronos, con Knut Wallenberg y Oscar von Sydow —no el líder de la S. A. F., sino el promotor de la comisión de Desempleo[1]— en el gabinete y este gobierno, al estallar la guerra, mantuvo la neutralidad de Suecia frente a una aguda división de simpatías en el país —con toda la derecha favore-

[1] Esta Comisión, que controlaba los subsidios a los desempleados, fue utilizada en los años veinte como instrumento para reducir los salarios.

ciendo a los alemanes y la izquierda a los Aliados, pero con contracorrientes debidas a la fuerza del sentimiento antirruso—. Había, no obstante, a pesar de estas diferencias, un sentimiento casi general en favor de la neutralidad. Los social-demócratas, que se habían opuesto* al aumento de los gastos militares en los años de preguerra, eran vigorosamente neutralistas. En 1917, cuando subió al poder un nuevo gobierno, principalmente liberal, Branting participó en el gabinete con el apoyo del partido. Inmediatamente antes se había separado un sector, para formar un Partido Socialista independiente de izquierda, pero el relato de esta división y sus efectos internos debe reservarse para el próximo volumen de este trabajo.

Después del serio contratiempo de 1909, los social-demócratas se habían dedicado enérgicamente a mejorar su organización. Las tendencias del ala izquierda que habían estado alentando en el partido hasta la huelga general perdieron terreno y el reducido partido se volvió hacia la educación como medio de reconstruir su fuerza. La historia más importante de la ahora poderosa Asociación Educativa de Trabajadores Suecos (A. B. F.) pertenece al periodo posterior a la primera Guerra, pero los fundamentos se establecieron antes de 1914, en estrecha sociedad con el Partido Social-Demócfata, los sindicatos y el movimiento cooperativista.

Hasta ahora no he dicho nada del cooperativismo sueco, que apareció tarde y empezó a ser una fuerza social importante sólo después de 1900. Los fundamentos del cooperativismo sueco fueron establecidos, en gran medida, por G. H. von Koch, quien había hecho un detallado estudio de los movimientos inglés y escocés y volvió lleno de entusiasmo por el sistema Rochdale. Von Koch iomó la iniciativa de crear una organización central para todo el movimiento de los consumidores y fue el primer secretario de la K. F. —Kooperativa Fórbundet— al establecerse en 1899. En lo sucesivo, el movimiento quedó bajo la dominante dirección de Albin Johansson (n. 1888), quien inició su carrera en el cooperativismo como asistente en 1903, pero> no llegó a ser director de la K. F. hasta 1917. En los primeros tiempos, después de Von Koch, la figura más influyente fue Martin Sundell (1879-1910), reforzado desde 1910 por Anders Orne (n. 1881), quien fue editor de *Kooperatoren* hasta que le sucedió Axel Gjóres en 1920. K. Eriksson (n, 1878) fue otro líder importante, que llegó a director de la K. F. en 1911 y desempeñó un importante papel en, el desarrollo del seguro de cooperativas. El cooperativismo sueco se hizo fuerte primero en Sk⁵ne, bajo la influencia danesa; se extendió luego a la Suecia central y adquirió allí, con Johansson, su carácter específico de una lucha en favor de los consumidores contra el monopolio capitalista. Su organización central, la Kooperativa Fórbundet,

combinó desde un principio las funciones que comparten en Gran Bretaña las sociedades cooperativas de venta al por mayor, como organismos de comercio y fabricación y la Unión Cooperativa, responsable de la propaganda, la educación y la coordinación general. La K. F. se extendió regularmente, manteniéndose alejada de la política y tratando de recabar apoyo en el campo y en las ciudades y entre los propietarios rurales y las clases medias, lo mismo que entre los trabajadores industriales. En Estocolmo, una de las principales sociedades de consumo, Hogares Suecos, se inició en 1905, desligada de la K. F., como Sociedad Femenina, bajo los auspicios de la clase media, pero amalgamada después a la sociedad de Estocolmo, asociada a la K. F. En 1908, la Sociedad Cooperativa de Seguros inició sus operaciones; y, en 1909, la K. F. lanzó su primera gran campaña antimonopolista contra el cártel, que dominaba la fabricación de la margarina. El cártel quebró en 1911. La K. F. alcanzó un número de 100000 miembros en 1913 y, en 1917, había doblado sus fuerzas.

Entretanto, los propietarios rurales suecos se habían ido organizando separadamente —desligados de la K. F.— en una Unión Nacional de Propietarios Rurales, que había constituido sus propios bancos y había iniciado sus servicios de embarque para la exportación de productos agrícolas. Pero este cuerpo, al extenderse más allá de sus capacidades, se vio en dificultades financieras durante los años de la guerra y fracasó. Johansson, en 1916-1917, afirmó su posición en relación con los negocios de la Sociedad Cooperativa de Estocolmo, que reorganizó completamente. Se convirtió entonces en director de la K. F. y la elevó también definitivamente. Estaba ya preparando la batalla decisiva con el cártel de molinos de harina, que se había integrado en 1914, pero esa lucha no llegó a su culminación sino después de la guerra. El famoso Molino Tres Coronas, frente a Estocolmo, no fue comprado por la K. F. hasta 1922. Mientras tanto, Johansson y la K. F. ayudaron a reorganizarse a algunas cooperativas de propietarios rurales y negociaron convenios de compra mutuos entre éstas y el movimiento de consumidores. Johansson empezó los planes, con daneses y noruegos, para una sociedad conjunta de venta al por mayor —la Nordisk Andelsforbund— que se inició bajo la dirección del danés Frederik Nielsen, en julio de 1918. Las otras grandes batallas contra los monopolios vinieron más tarde, principalmente en los años veinte. El otro movimiento importante del cooperativismo sueco —en el terreno de la vivienda— empezó durante la guerra, cuando los sindicatos jugaron un gran papel en el establecimiento de la Sociedad Cooperativa de la Vivienda de Estocolmo en 1916. A ésta siguió, en 1923, el establecimiento de la H. S. B. —la Sociedad Cooperativa de la Vivienda— con Sven Wallander como inspirador. Este movimiento de la

vivienda es enteramente independiente de la K. F. y está afiliado en forma autónoma a la Alianza Internacional Cooperativa.

El carácter peculiar del cooperativismo sueco se hizo plenamente obvio sólo después de 1918, pero los líderes de la K. F. ya lo habían distinguido firmemente cuando la batalla con el cártel de la margarina en 1911. La actitud de los cooperativistas suecos fue la que J. T. W. Mitchell había tratado de imponer, en una etapa anterior, en nombre de los "principios de Rochdale", al movimiento británico. Insistieron en que las cooperativas de consumidores debían limitarse a su tarea de defender a los consumidores contra la explotación, administrarse como negocios y no distraerse en prácticas idealistas que obstaculizaran el éxito en los negocios. Como necesitaban el apoyo de los agricultores, estaban dispuestos a ayudar a las cooperativas de productores y a contratar con ellas sobre una base estrictamente comercial, para comprar sus productos. Pero insistieron en mantener a la K. F. como una organización exclusivamente de consumo y se opusieron a todos los intentos de hacer política o de entrar en alianza formal con los sindicatos. Johansson en especial era un devoto creyente de la participación voluntaria y el control democrático por los consumidores miembros. Pero también pensaba en la K. F. como protagonista del cuerpo todo de consumidores y no sólo de sus miembros. En la serie de batallas sobre los precios que emprendió contra los monopolistas, se expresó muy satisfecho, no de quitarles negocios en favor del Movimiento Cooperativo, sino de forzarlos a bajar sus precios. En esta causa, estaba dispuesto a vender productos de las cooperativas a comerciantes privados, así como a través de las tiendas cooperativas. Sostuvo muchas discusiones con los que querían constituir, siguiendo el modelo belga, una triple alianza de socialistas, sindicalistas y cooperativistas, para dar una batalla común. No creía en el socialismo, ni en dar al cooperativismo una base de clase; se apegó a lo que consideraba su única y exclusiva tarea. Por supuesto, las sociedades cooperativas estaban integradas, en gran parte, por sindicalistas y socialistas, muchos de los cuales eran figuras prominentes. Pero, nacionalmente, integraron una dirección totalmente separada de la de los sindicatos o el Partido Social-Demócrata y el movimiento de los propietarios rurales se desarrolló también en independencia total del movimiento de consumidores organizados en la K. F.

Los social-demócratas, bajo la dirección de Branting, fueron esencialmente a partir de 1909 un partido moderado, aunque tuvieron su ala izquierda hasta que se desintegró inmediatamente antes de la revolución rusa. Después de 1909, los lazos orgánicos entre la Central Sindical y el Partido Social-Demócrata se desligaron un poco. La L. O. declaró su "solidaridad moral" con el Partido Social-Demócra-

ta, pero ambos cuerpos quedaron orgánicamente separados aunque se empeñaron en una colaboración activa, a través de la Asociación Educativa de los Trabajadores, en el terreno de la educación. Los liberales, cuando llegaron al poder, invitaron a los socialistas a formar un gobierno de coalición, pero la invitación fue rechazada. No obstante, los socialistas los apoyaron en su mayoría en el Riksdag. Aparte de Branting, sus líderes principales incluían a F. W. Thorsson, Värner Ryden, C. G. T. Wickman, quien fue secretario del partido desde 1901, y A. C. Lindblad y, del lado de los sindicatos, a Charles Lindley (n. 1865), de los trabajadores del transporte, Hermán Lindquist, presidente de la L. O. desde 1900, E. Blomberg (m. 1911) de los trabajadores metalúrgicos, y Nils Persson de los albañiles. El futuro líder y primer ministro Per Albin Hansson (1885-1946), de Malmó, empezaba a figurar en los años anteriores a 1914, como editor del Fram (Adelante), órgano de la Juventud Social-Demócrata. Los sindicalistas eran numerosos en las filas del partido en el Riksdag y dominaban su organización en el país aun después de la separación formal en el centro. Los suecos, hasta 1914, no habían desempeñado, con excepción de Branting un papel importante en el movimiento socialista internacional: durante la guerra tuvieron que desempeñar nuevas funciones, por la posición de Estado neutral de Suecia. Estocolmo debía obtener celebridad mundial como centro designado para la proyectada gran Conferencia Socialista de 1917. Pero, aun entonces, el socialismo sueco estaba aún lejos de adquirir el *status* de exponente de la social-democracia moderada que se ganó en el periodo intermedio de las dos Guerras Mundiales.

3. NORUEGA

Hasta 1905, Noruega estuvo unida a Suecia bajo un monarca común, pero con plena autonomía en sus asuntos internos. Esto no evitaba una fricción continua con Suecia y el gobierno sueco. En verdad, la lucha noruega por la democracia se relacionó estrechamente con la lucha por la independencia nacional. Las clases altas noruegas apoyaban la unión con Suecia sobre todo porque esperaban que el rey y sus ministros aristócratas los apoyaran en su resistencia a la presión democrática, mientras que la izquierda veía la mejor esperanza de democracia, algunos en romper totalmente la relación con Suecia y otros en limitar la facultad del rey para trazar una política común, dentro de los límites más estrechos posibles. En la estructura social, Noruega, en el siglo XIX, era en comparación con los demás países de Europa un país altamente democrático, principalmente de agricultores campesinos, pescadores y marinos, con muy poco desarro-

lio industrial hasta los últimos años del siglo. Esta tierra, favorable al desarrollo del nacionalismo democrático, era desfavorable a las ideas socialistas, distinguiéndolas de las radicales, precisamente porque era favorable a una especie de radicalismo en el que podían encontrar lugar algunas socialistas —por ejemplo, la demanda de legislación social-. En 1848, Markus Thrane (1817-1890) fundó las Asociaciones de Trabajadores con trabajadores rurales y urbanos. Demandó el sufragio universal y leyes para la protección de obreros y campesinos. Pero en 1851, él y sus principales seguidores fueron arrestados y reducidos a prisión y, en medio de la reacción general de los años cincuenta su movimiento fue suprimido. El mismo Thrane emigró a los Estados Unidos en 1863. Se estableció en Chicago y participó allí activamente en la Primera Internacional.

El año anterior a estos arrestos, Johan Sverdrup (1816-1892), quien debía dominar la vida política de Noruega en la siguiente generación, fue electo para el Storthing (Parlamento noruego). Sverdrup, abogado por práctica, se convirtió en líder incuestionable de un partido radical de su propia creación, que obtenía su principal apoyo de los pequeños agricultores y las clases medias. Era un nacionalista radical, muy influido en su pensamiento por Francis Lieber (1800-1872), el alemán radicado en los Estados Unidos que se convirtió en expositor de la soberanía nacional contra las concepciones federalistas y el dominio extranjero. Las doctrinas de Lieber —era profesor de la Universidad de Columbia— influyeron el pensamiento norteamericano durante la guerra civil y ofrecieron la mezcla de nacionalismo y gobierno popular que era precisamente lo que querían los noruegos Sverdrup pudo agrupar tras de sí, en la lucha por la independencia noruega y el gobierno parlamentario, al núcleo de la opinión literaria y popular. Noruega tenía ya una tradición de apoyo de las letras a las ideas democráticas, que procedía del poeta republicano Henrik Wengeland. Wengeland había cooperado activamente con Ohle Ueland, el líder campesino de los años treinta, que fue miembro del Storhing hasta 1869. Sverdrup, a su vez, tenía el pleno apoyo de una notable figura literaria de la siguiente generación, Bjórnstjeme Bjórnson (1832-1910), cuyos relatos de la vida campesina habían empezado a aparecer en los últimos años de la década de los cincuenta. La batalla de Sverdrup por la extensión del sufragio y por un gobierno plenamente democrático y responsable, no empezó efectivamente hasta los últimos años de la década del sesenta y sólo en 1884 se vio obligado el rey a hacerlo primer ministro, pero, desde 1850, había estado agitando activamente por la independencia nacional y en favor de los pequeños agricultores.

Frente a la influencia de Sverdrup había sólo un ligero eco en

Noruega de las actividades de la Primera Internacional en Dinamarca. Las tendencias socialistas existentes se desarrollaban dentro del Partido Radical. En los años ochenta, no obstante, este partido empezó a desintegrarse. De pequeños grupos socialistas, iniciados en 1885, surgió dos años después un Partido Social-Demócrata en embrión, que en un principio era puramente un órgano de propaganda. El sindicalismo se desarrollaba también en pequeña medida y en 1889, se estableció una Federación Central Socialista y Sindicalista, basada en gran medida en las cámaras de trabajo locales integradas en la misma forma que las de Suecia. El mismo año, el Partido Radical de Sverdrup se dividió en dos grupos —uno liberal y favorable al *laissez-faire* y el otro radical, tanto políticamente como en sus demandas de legislación social—. El rápido desarrollo económico de Noruega estaba comenzando apenas con la expansión de las industrias madereras y la marina mercante, y esto tendió, por una parte, a crear un partido medio, favorable a la empresa capitalista y, por otra parte, a favorecer el desarrollo de los sindicatos y las ideas socialistas. Se promulgó mucha legislación social en los años noventa, por influencia radical. Los socialistas presentaron su primer candidato para el Storthing en 1894, pero les fue mal, ya que la mayoría de los trabajadores carecían todavía de voto. En 1898, sin embargo, el Storthing estableció el sufragio masculino, derrotando una enmienda que extendía el derecho a la mujer; y, en 1903, los socialistas pudieron elegir cuatro miembros. Entretanto, en 1899, los sindicatos, que se habían ido desarrollando rápidamente, establecieron otra central y las uniones, hasta entonces locales, empezaron a agruparse en federaciones nacionales, basadas en la industria más que en los oficios. Estas uniones industriales nacionales eliminaron a las cámaras de trabajo del control de la actividad económica. Los socialistas se reorganizaron como Partido Laborista, todavía estrechamente ligado a los sindicatos a través de las cámaras locales.

En 1905, la lucha nacional por la independencia llegó a su punto culminante. El Storthing declaró su plena independencia de Suecia y del rey sueco, y el gobierno sueco envió patrullas a Noruega. No había posibilidad, sin embargo, de que el rey pudiera conservar su poder sobre el pueblo noruego, aun si los derrotaba militarmente y, casi de inmediato, suspendió las patrullas y consintió en negociar. Él resultado fue su abdicación del trono de Noruega, por lo que éste se independizó totalmente y tuvo que decidir su futura forma de gobierno. El resultado de una votación popular se manifestó fuertemente en favor de escoger un nuevo rey y en contra de una república. El sistema de gobierno unicameral, que había existido desde 1814, se mantuvo y el nuevo rey recibió sólo facultades limitadas. Como he-

mos visto, en la culminación de la lucha, los sindicatos suecos, en estrecho acuerdo con los de Noruega, amenazaron con una huelga general si el rey y el gobierno sueco se negaban a ceder; pero no tuvieron que actuar. En la elección general de 1906, siguiendo al establecimiento de la plena independencia de Noruega, el Partido Laborista ganó diez asientos. Tres años después añadió uno más, después de la promulgación, en 1907, de una medida de sufragio femenino, sujeto al requisito de propiedad.

En este punto había surgido una aguda controversia, entre radicales y socialistas de un lado y liberales y conservadores del otro, sobre la cuestión de las concesiones a capitalistas extranjeros para el desarrollo económico de Noruega —especialmente de sus recursos madereros—. Los partidos del ala derecha se opusieron y la izquierda apoyó leyes que evitaran la enajenación de los recursos nacionales a concesionarios extranjeros y, en 1909, se promulgaron esas leyes, sólo para ser modificadas poco después cuando la derecha volvió al poder. Entretanto, en 1907-1908, se había producido una división definida entre liberales y radicales y se había establecido un nuevo Partido Radical. En las elecciones generales de 1912 hubo un deslizamiento hacia la izquierda: el Partido Laborista dobló su representación, ganando 23 asientos. Al año siguiente, el nuevo Storthing estableció el sufragio igualitario para hombres y mujeres, eliminando el requisito de propiedad.

Vino entonces la guerra, con la neutralidad de Noruega, ya que, a pesar de la simpatía de casi todo su pueblo por los aliados, la neutralidad era, claramente, la mejor política. Esto implicó una unión más estrecha de los países escandinavos para la protección mutua. En Noruega especialmente significó también una gran escasez de artículos necesarios y, pronto, una intervención considerable del gobierno en el terreno económico, para regularlos. Los precios subieron bastante y esto produjo un gran descontento y, en 1916, hubo un gran estallido de huelgas, que afectaron a los trabajadores del transporte, a los mineros y a los trabajadores industriales. Los partidos no laboristas se unieron, en lo sucesivo, y promulgaron una ley que introducía el arbitraje obligatorio, que permaneció vigente, a pesar de las protestas laboristas, hasta 1923 (y fue promulgada nuevamente en 1927). La lucha industrial y la acción tomada por el Storthing impulsó al Partido Laborista a inclinarse agudamente hacia la izquierda. Cuando la revolución rusa estalló se acentuó esta tendencia y, en 1919, el Partido Laborista noruego jugó su parte en la Tercera Internacional. Esto condujo a una división: el ala derecha se separó y fundó un Partido Social-Demócrata. Hacia fines del año siguiente hubo una huelga ferroviaria, que fue vigorosamente reprimida por el gobierno.

Los ferrocarriles eran de propiedad pública y la huelga constituía a sus ojos un doble delito, por ser al mismo tiempo una violación de la Ley de Arbitraje y por estar dirigida contra el Estado. Los ferroviarios fueron derrotados: unos meses después, los sindicatos convocaron a una huelga general, que ya no tuvo éxito. Dos años después, en 1923, el Partido Laborista tuvo una disputa con la Tercera Internacional y se separó de ella. Un sector de la izquierda se apartó y fundó el Partido Comunista Noruego. Hasta 1927, hubo tres partidos socialistas rivales. Entonces el Partido Laborista y los social-demócratas se unieron y dejaron fuera a los comunistas, y el Partido Unido ganó 59 asientos en el Storthing y constituyó un gobierno de minoría, que cayó casi de inmediato.

He llevado la relación hasta este punto porque resultaba difícil terminarla antes. Hasta 1914 el partido laborista, aunque había ido creciendo regularmente, y recibido en 1912 una gran inyección de fuerza, no había podido anotarse nada especial y sólo estaba jugando en segundo lugar, siguiendo a los radicales. Los sindicatos, no obstante, habían ido creciendo rápidamente y logrado mucho éxito en el aumento de los salarios y el mejoramiento de las condiciones, principalmente por el avance excesivamente rápido de la inversión capitalista y la situación favorable de la industria de la madera y sus productos. Noruega era todavía, esencialmente, un país agrícola, pero tenía una gran marina mercante y gran parte de su industria estaba situada en zonas rurales. Hubo, pues, en consecuencia, mucha menos dificultad que en la mayoría de los demás países para constituir los sindicatos y obtener apoyo para el socialismo fuera de las principales ciudades —que eran puertos y, con la excepción de Cristianía (ahora Oslo), todas bastante pequeñas—. Había mucho menos conflicto entre la ciudad y el campo que en otros lugares; el principal conflicto se producía entre los grupos más ricos y los más pobres, con hombres de las ciudades y del campo en ambos lados. Noruega, hasta 1914, no había hecho una contribución muy notable al pensamiento socialista, principalmente porque tenía una tradición democrática tan viva que podía salir adelante sin desarrollar un movimiento socialista importante, hasta que el gran flujo de capital én los años de preguerra creó una nueva serie de problemas.

Entre los principales constructores del movimiento obrero noruego debe darse preferencia de lugar a Christian Holtermann Knudsen (1845-1929). Nacido en Bergen, Knudsen se radicó en Cristianía como cajista; en 1876, se convirtió en Presidente de la Unión Tipográfica, y, en 1883, presidente de la Central Sindical. En 1884 fundó un periódico, *Nuestro Trabajo,* y estableció su propia imprenta para editarlo. Al año siguiente fue fundador y primer presidente de la

Asociación Social-Demócrata, de la cual salió el Partido Laborista. Su periódico cambió de nombre por el de Eí Sociaí *Demócrata* y se convirtió después en órgano oficial del partido. Knudsen fue electo para el consejo de la ciudad de Oslo en 1898 y para el parlamento en 1906. Fue líder del Partido Laborista y conservó esta posición hasta 1918, cuando fue eliminado por el sector más radical que obtuvo la mayoría. Se negó, sin embargo, a separarse del partido con los social-demócratas del ala derecha e hizo lo posible por evitar la división. En los debates de la Segunda Internacional, Knudsen fue el representante principal del movimiento noruego.

Estrechamente asociado con Knudsen desde los años ochenta, estuvo Carl Jeppesen (1858-1930), nacido en Dinamarca y que había sido aprendiz de tabaquero, convirtiéndose ya adulto en fabricante de cepillos. Jeppesen se estableció en Cristianía en 1878 y se unió a Knudsen para fundar la Asociación Social-Demócrata. En 1887 fue editor de Eí *Social Demócrata* y, en 1898, fue electo con Knudsen para el consejo de la ciudad. En 1892 renunció a su puesto de editor para abrir una tabaquería, pero, en 1906, volvió al periódico y lo editó nuevamente hasta, 1912, cuando renunció por una diferencia política acerca de la legislación sobre el alcoholismo. Jeppesen fue presidente del Partido Laborista durante cinco años, en la década del noventa. Cuando sobrevino la división en 1918, se unió a la derrotada ala derecha y, en lo sucesivo, al grupo social-demócrata disidente.

Pronto Knudsen obtuvo un importante seguidor en el médico radical, Elias Gottlieb Oscar Egide Nissen (1843-1911). Nissen sirvió como médico, primero, en la guerra germano-danesa y, después, en la franco-alemana. Se estableció entonces en Oslo como ginecólogo y defendió las causas de la abstinencia total y la reforma sanitaria. Fue presidente de la Sociedad pro Abstinencia Total, de 1879 a 1887, editó su periódico y convirtió, junto con otros, este problema en una importante cuestión política. En los últimos años de la década de los ochenta se unió a los socialistas y, de 1894 a 1898, editó *El Social Demócrata.* Otro radical que se unió a los laboristas fue el clérigo Alfred Eriksen (1864-1934) quien en 1902 abrió el periódico *Nordlys* (Luz del Norte), entró al parlamento al año siguiente y en dos elecciones subsecuentes. Eriksen, sin embargo, disputó con el Partido y, en 1910, no pudo obtener la postulación. En 1912 fue expulsado del Partido Laborista y en sus últimos años fue conservador en política, aunque siguió teniendo opiniones sociales y culturales avanzadas. En los años noventa y a principios de siglo, fue una poderosa fuerza ética del lado del movimiento obrero por su elocuencia como predicador y escritor, pero era más bien un reformador social que un socialista.

Otra figura importante fue Olav Kringen (1867-1951). Empezando como trabajador agrícola y forestal, Kringen fue a los Estados Unidos en 1887. Recibió allí entrenamiento como maestro y, después de enseñar durante algunos años, volvió al periodismo laborista. Recibió la influencia del socialismo británico y colaboró en el *Líder Laborista* de Keir Hardie. De regreso a Noruega en 1897, editó *El Social Demócrata* durante dos años y, después de un intervalo, varios años más. Participó activamente en la Segunda Internacional y fue miembro, por cierto tiempo, de la Oficina Socialista Internacional. En el Partido Laborista noruego perteneció al ala derecha y cuando se produjo la división después de la guerra se unió al grupo social-demócrata. Kringen escribió mucho —folletos y periódicos— y fue, con Knudsen, el noruego más conocido en los congresos de la Internacional.

Del lado sindicalista, después de Knudsen, la principal figura fue Ole Olsen Lian (1868-1925). Marino en la adolescencia, Lian se convirtió en impresor y en social-demócrata. Desde 1907 fue presidente de la Central Sindical. Aunque social-demócrata moderado, luchó duramente contra una división cuando_ el ala izquierda obtuvo mayoría en el Partido Laborista y persuadió a los sindicatos que siguieran cooperando con el partido, aun cuando éste se unió a la Tercera Internacional. Fue presidente de la Central Sindical hasta su muerte. Su principal colega en la Central fue Ingvald Marius Ormestad (n. 1874) quien en 1911 se convirtió en administrador de la Oficina de Seguridad contra Enfermedades, de Oslo, y en un notable experto del Partido Laborista en cuestiones de legislación social.

En 1914 ganaba popularidad un nuevo líder, Martin Tranmael (n. 1879). Tranmael fue primero impresor en Noruega, pero en 1900 emigró a los Estados Unidos. De regreso en 1905 fue activo periodista laborista, editando Ny *Tid* (Nuevos Tiempos) de 1912 a 1918. Tranmael se colocó desde un principio muy a la izquierda de los movimientos socialistas y sindicalistas y, en 1918, fue el principal líder de la victoriosa ala izquierda que llevó al Partido Laborista a la Tercera Internacional. En ese año fue secretario del partido. Desde 1921 editó *El Social Demócrata* y su sucesor, El *Diario Laborista.* Como orador elocuente y periodista efectivo e inflexible, Tranmael ganó gran respeto entre sus opositores así como entre sus seguidores y colegas.

Ninguno de estos líderes desempeñó un gran papel en el desarrollo del pensamiento socialista, que fue en su mayoría derivado, al menos hasta 1914, y sólo adquirió un carácter distintivo en los años que siguieron a la revolución rusa.

4. FINLANDIA

Finlandia, hasta 1917, fue parte del Imperio ruso. Hasta el siglo xx tuvo poca industria, y fue principalmente un país agrícola, con grandes recursos madereros que apenas empezaban a explotarse. Desde 1880, no obstante, empezó a desarrollar la agricultura especializada para la exportación, en especial la industria lechera y, después de 1900, sus industrias madereras fueron explotadas rápidamente. Estos progresos dieron como resultado un cambio en el comercio con Europa occidental y el crecimiento de un movimiento cooperativo amplio y un proletariado industrial. Las sociedades cooperativas rurales empezaron a extenderse en los años ochenta y en 1900 el cooperativismo de consumidores y el agrícola habían hecho grandes progresos. Una organización central de cooperativas agrícolas fue establecida en 1899 y, por esta época, el profesor Hannes Gebhard dirigió una enérgica campaña en pro del desarrollo del cooperativismo. En 1903, las sociedades de consumidores, principalmente rurales, establecieron una Sociedad Cooperativa de Venta al Por Mayor (S. O. K.) sobre una base de neutralidad política. La rival Sociedad Progresista de Venta al Por Mayor, basada principalmente en las cooperativas urbanas, no surgió hasta que se estableció la independencia de Finlandia en 1917.

Hasta 1917 los finlandeses habían estado sumidos en la batalla por su independencia. Finlandia había sido anexada a Rusia, en 1808 después de haber estado unida a Suecia, como ducado autónomo, con sus propias instituciones y el zar como duque. Rusia conservó, de los días de soberanía sueca, una asamblea de cuatro clases, que excluía del voto a los trabajadores, y este anticuado instrumento duró hasta 1905. Por largos periodos, no obstante, no fue convocada y Finlandia fue gobernada por un Senado designado por los rusos, con un gobernador ruso. La política rusa alternó entre permitir una amplia libertad a Finlandia para que viviera bajo sus propias instituciones y utilizando su propio idioma, e intentos de rusificar por la fuerza y hubo repetidas discusiones acerca de los términos en que los finlandeses debían ser excluidos del servicio militar fuera de Finlandia, en el ejército zarista.

Excepto en el terreno de las cooperativas, no hubo movimiento obrero en Finlandia hasta fines del siglo xix. En 1894, al subir al trono el zar Nicolás II, se produjo un renovado movimiento de rusificación. Al mismo tiempo, un grupo de socialistas finlandeses iniciaron un periódico, *Tyomies* (El trabajador), del cual surgió tres años después un Partido Laborista local en Helsinki. Al año siguiente (1899), en una conferencia que tuvo lugar en Abo, se estableció un

Partido Laborista, basado principalmente en grupos sindicalistas. El manifiesto que lanzó, derivado en gran parte del Programa alemán de Erfurt de 1891, fue inmediatamente confiscado. El mismo año, el gobierno zarista, en el llamado "Manifiesto de febrero", abrogó virtualmente la Constitución finlandesa y empezó un proceso intensificado de rusificación. El gobernador ruso, Bobrikov, fue dotado de facultades dictatoriales y el gobierno se dedicó a suprimir el uso del idioma finlandés y a destruir el movimiento nacional, que se redujo a la clandestinidad. Al año siguiente, el joven nacionalista Eugen Schaumans mató al gobernador ruso y se suicidó; la hazaña fue ampliamente elogiada. Vino entonces la sucesión de derrotas rusas en el Lejano Oriente y las rebeliones en todo el Imperio, que casi acabaron con el dominio zarista. Los finlandeses aprovecharon los trastornos del zarismo para afirmar su demanda de independencia nacional. En octubre de 1905 efectuaron una huelga general que paralizó al país: no fue tanto un movimiento de trabajadores como un retiro general de la cooperación de todas las clases, exceptuando las que dependían directamente del apoyo zarista. El gobierno ruso, que tenía bastante con combatir los movimientos revolucionarios en la misma Rusia, cedió, después que los finlandeses habían desafiado su autoridad y establecido lo que fue, en efecto, un gobierno rival. Incluso la Asamblea de cuatro clases fue arrastrada a la rebelión nacional y exigió drásticos cambios constitucionales. En noviembre de 1905, en el clímax de los trastornos en Rusia, el zar prometió otorgar a los finlandeses plena libertad para gobernarse como consideraran conveniente. Una Asamblea elegida por el viejo sistema fue inducida, por la intensidad del sentimiento nacional, a adoptar una nueva Constitución, estableciendo un gobierno unicameral, sobre la base del sufragio universal que se extendió a las mujeres y hombres mayores de 24 años. Mientras la aceptación de esta Constitución estuvo todavía en la balanza, los finlandeses amenazaron con otra huelga general y, en junio de 1906, el zar cedió de nuevo y permitió que entrara en vigencia. En las elecciones siguientes, efectuadas bajo un sistema de representación proporcional, los socialistas, que apenas habían existido hasta entonces como fuerza política, ganaron 80 asientos de los 200 de la nueva Asamblea —incluyendo nueve mujeres que, con otras 10 pertenecientes a otros partidos, fueron las primeras electas como miembros en un parlamento—. La Asamblea procedió en seguida a promulgar una larga serie de legislación social altamente progresista, pero, en la práctica, ninguna de estas leyes entró en vigor. Por entonces, el gobierno zarista estaba dominando la Revolución y la policía represiva de Stolypin se iba perfeccionando. La Asamblea finlandesa se vio envuelta en una nueva lucha con la Duma, así

como con el gabinete zarista, porque las últimas Dumas no fueron menos hostiles que el gobierno zarista al nacionalismo finlandés. En 1909, y nuevamente en 1910, la Asamblea de Finlandia fue disuelta por úcase del zar y el país fue gobernado por leyes impuestas por la Duma, sin el consentimiento de los finlandeses. Las organizaciones obreras, que habían salido a la luz durante la revolución, fueron suprimidas y sus líderes apresados o exiliados. Pero la resistencia nacional no se quebró. En 1910 la Duma, por Ley de la Legislación Imperial, abrogó prácticamente la autoridad legislativa de la Asamblea finlandesa y trató de gobernar imponiendo leyes rusas. Los funcionarios finlandeses respondieron a este intento con renuncias en masa, que desorganizaron la maquinaria administrativa. La lucha iba en aumento cuando estalló la guerra en 1914 y cobró entonces nueva intensidad cuando el gobierno ruso trató de hacer obligatorio el servicio militar fuera de Finlandia para los conscriptos finlandeses. El intento fracasó y los finlandeses, bajo la presión de las condiciones bélicas, pudieron mantener cierta autonomía —incluyendo una exención del control de la policía rusa— que permitió a muchos perseguidos encontrar refugio en territorio de Finlandia, como habría de hacerlo Lenin en 1917, entre la primera y la segunda revolución. El gobierno de Kerensky hizo algunos esfuerzos por sujetar a los finlandeses; los bolcheviques, inmediatamente que tomaron el poder, declararon la independencia de Finlandia, que proclamó en seguida una República Socialista. Vino entonces la guerra civil y, como secuela inmediata, la ocupación de Finlandia por fuerzas alemanas a principios de 1918. Los socialistas fueron proscritos y una Asamblea espuria, de la cual fueron excluidos, desconoció la legislación social que había sido rápidamente promulgada el año anterior. La guerra terminó entonces con la derrota de Alemania y los alemanes fueron expulsados del país. La nueva Asamblea, elegida en 1919, contaba de nuevo con 80 socialistas, de un total de 200 miembros, y se adoptó una nueva Constitución. Pero de nuevo, tras un intervalo de gobierno constitucional dominado por el ala derecha encabezada por el general Mannerheim, el resultado fue la guerra civil entre el movimiento reaccionario "Lappo" y la izquierda, complicado con la división en las filas socialistas entre los comunistas y sus simpatizadores y los social-demócratas del ala derecha, que tenían su principal apoyo en el movimiento de las cooperativas.

El socialismo finlandés surgió, así, súbita y sorprendentemente, en 1905, en el momento de la primera revolución rusa, como poderoso movimiento nacional, que controlaba casi la mitad de la Asamblea. Tuvo que hacer frente en seguida a una crisis interna, cuando su líder más prominente, J. K. Kari, consintió en aceptar un cargo mi-

nisterial del zar. El Partido Socialista lo expulsó de inmediato y Edward Walpas lo sustituyó como líder y representó al partido en el Congreso Internacional de Stuttgart en 1907. Vaino Tanner (n. 1881), el líder de las cooperativas, se convirtió pronto, sin embargo, en la figura principal. Los sindicatos estaban, todavía en esta etapa, organizados principalmente sobre una base local: sólo los impresores y trabajadores de la industria del hierro habían establecido uniones nacionales y, en su mayoría, las uniones actuaban bajo la influencia coordinadora del Partido Social-Demócrata. Después de 1905, se organizó una Central Sindical, todavía estrechamente unida al partido, pero la represión que se desencadenó después de la derrota de la Revolución dificultó la acción efectiva. El cooperativismo, más que el sindicalismo, siguió siendo la fuerza dirigente, pero estaba dividido entre las cooperativas neutrales, que tenían fuerza en las áreas rurales, y las cooperativas progresistas de las ciudades, íntimamente asociadas con el Partido Social-Demócrata, aunque no formalmente afiliadas a éste.

Había, además, divisiones muy agudas entre aquellos que, por odio a Rusia, pensaban en Alemania y aquellos que deseaban probar suerte con la lucha del proletariado ruso, primero contra el zarismo y, después de 1917, contra los intentos occidentales de acabar con la revolución soviética. Hasta 1917, la derecha como un todo pensó en Alemania; pero también una parte de la izquierda, que se inclinó hacia los alemanes como contrapeso contra los renovados intentos de rusificación forzosa, después de derrotada la revolución de 1905. Estas influencias antagónicas dentro del movimiento obrero finlandés, debían persistir hasta la segunda Guerra Mundial y evitarían que los socialistas finlandeses obtuvieran la clara victoria a la que parecían haberse acercado tanto en 1905. Pero la relación del largo conflicto del periodo posterior a 1917 debe dejarse para el próximo volumen de esta obra.

CAPITULO XIX

ITALIA

A través de la etapa estudiada en este volumen, Italia fue campo de batalla de filosofías rivales, socialistas, anarquistas y sindicalistas, con la complicación de los movimientos sociales católicos, profundamente influidos por la disputa entre el Papado y el nuevo Estado italiano. Durante casi todo este periodo el Vaticano mantuvo su prohibición a la participación de los fieles en las cosas del Estado; sólo en los últimos años empezó a surgir un Partido Católico poderoso y organizado. Un efecto de esto fue concentrar los esfuerzos católicos en los terrenos de la actividad social y económica —cooperativista y sindicalista, así como mutualista y benevolente—. Los católicos luchaban con frecuencia en un doble frente —contra el socialismo y contra el Estado— y, algunas veces, los católicos más avanzados combatían también al Papado, por ejemplo en la Liga Nacional Democrática de Romolo Murri, en la primera década del presente siglo. El socialismo italiano, en común con el radicalismo burgués italiano, tenía una fuerte tradición antirreligiosa, que excluía cualquier colaboración con la izquierda católica, aun en los terrenos sindicalista y cooperativo.

Aparte de las complicaciones religiosas, existía una pronunciada diferencia de condiciones entre el sur y el norte o, más bien, entre los centros industriales más avanzados del norte de Italia, por una parte, y todo el sur por otra, con el centro del país, incluyendo a Roma, en una situación intermedia. La terrible pobreza del sur, principalmente agrícola pero encerrando en las minas de Sicilia quizá el área industrial más terriblemente explotada de toda Europa, creaba unas condiciones tales que no podían existir organizaciones estables, laboristas o socialistas, parecidas a las de los países más adelantados. Podían producirse motines por hambre y aun insurrecciones y, de tiempo en tiempo, establecerse Ligas (o Fosct), temporalmente amplios, de campesinos y trabajadores; pero estos movimientos y organizaciones surgían y desaparecían, y no entraban jamás en relaciones orgánicas con las organizaciones más durables de las ciudades del norte. Sólo en áreas donde la agricultura y la industria estaban entremezcladas y las condiciones agrarias eran malas, como en Emilia y la Romana, los movimientos de trabajadores urbanos lograban, cada cierto tiempo, establecer contactos estrechos con los trabajadores agrícolas, especialmente en los grandes latifundios; y estas agitaciones combinadas fueron aplastadas pronto, aunque sólo para surgir de nuevo,

por violentas represiones en las que hicieron causa común los propietarios de tierras y las autoridades públicas.

Bakunin había iniciado su campaña entre los trabajadores italianos en Nápoles, y Nápoles, en estrecho contacto con el sur agrícola y cuna de un gran lumpemproletariado y de una industria poco desarrollada, era el centro natural del anarquismo italiano, mientras que Milán, Genova y Turín eran las ciudades en donde el desarrollo de la industria en gran escala creaba un campo para la actividad sindical y el desarrollo de un movimiento socialista más parecido a los de la Europa occidental. Pero aun estas ciudades y más todavía en los centros industriales menos importantes de Emilia, se producía mucho en pequeña escala y había estrechos contactos con el campo, donde seguía existiendo una pobreza y una tiranía apenas menos extremada que las del sur. El anarquismo siguió teniendo seguidores en el norte, así como en el centro y en el sur de Italia; pero, en mayor medida, en el norte y en las grandes ciudades del centro, podía transformarse en una especie de sindicalismo, con base en el movimiento de los sindicatos y muy influido por las ideas sindicalistas de Francia.

Otra razón del atractivo ejercido por las ideas y tácticas anarquistas y sindicalistas, aun en el norte industrial, fue la limitación del sufragio en casi todo el periodo que estudiamos. Aunque las leyes electorales se modificaron cada cierto tiempo, especialmente en 1882, cuando fueron electos los primeros diputados socialistas al parlamento, el requisito de saber leer y de un mínimo de contribución fiscal, dejaba a la gran mayoría de trabajadores y campesinos, especialmente en el sur, sin derecho al voto, hasta que la reforma de Giolitti en 1912 más que dobló el electorado. Las leyes constitucionales pusieron más obstáculos en el camino de la representación de la clase obrera, en forma de requisitos de propiedad para poder ser elegido y, hasta 1912, los diputados no recibían remuneración. En consecuencia, los primeros diputados socialistas eran miembros de las clases medias. Hasta 1900 no fue electo ningún obrero como diputado socialista y el dominio del grupo parlamentario por abogados, profesores y periodistas era una fuente constante de sospecha entre los trabajadores con conciencia de clase y de partido y favoreció un contrapunteo continuo entre el grupo y los organismos directivos del partido, fuera del parlamento.

Él Partido Socialista Italiano era, en verdad, más rico en calidad intelectual que en ninguna otra cosa, pero sus intelectuales, aunque muchos de ellos sufrieron el exilio y la prisión por la causa socialista, podían encontrarse un poco alejados de las corrientes de sentimientos de sus seguidores: más aún porque muchos de ellos tenían estrechos lazos, en muchas cuestiones de opinión, con los grupos anticlericales

de la izquierda burguesa y estaban dispuestos a apoyar a gobiernos burgueses que defendieran el laicismo y las instituciones parlamentarias, aunque esos gobiernos no tuvieron escrúpulos en disparar sobre campesinos y trabajadores en rebeldía contra la opresión y hasta sobre obreros industriales que participaban en huelgas o demostraciones de masas. Una y otra vez, los socialistas en el parlamento tuvieron que apoyar a un gobierno de la izquierda, o aun del centro, para evitar que tomara su lugar un gobierno peor y una y otra vez hubo que abandonar esta política cuando palizas y matanzas de huelguistas y trabajadores rurales encendían la violenta indignación de los miembros de filas del Partido Socialista y los sindicatos. En consecuencia, hubo oscilaciones continuas en la política socialista y, al terminar esta etapa, se produjo una aguda división en la unidad formal que el partido había mantenido por mucho tiempo, a pesar de las diferencias internas.

En verdad el socialismo italiano, aunque muchos de sus líderes eran por naturaleza moderados y reformistas, se desarrolló con un trasfondo de continua violencia y desorden. Las clases terratenientes, sobre todo en el sur, eran prodigiosamente reaccionarias y los trabajadores rurales eran objeto de una increíble tiranía y explotación; la clase de financieros e industriales en ascenso no estaba menos determinada a defender sus derechos contra cualquier demanda de la clase obrera, para contratar o ejercer influencia política municipal o nacional. Había poderosas ligas de patronos agrícolas e industriales, frente a las ligas de trabajadores rurales y las cámaras de trabajo urbanas y ni uno ni otro grupo de patronos se abstenía de urgir a las autoridades a que dispararan cuando ocurrían trastornos. Aparte de las injusticias agrarias, un sistema de impuestos que pesaba duramente sobre los consumidores estimulaba continuamente los motines de hambre, cuando los tiempos eran malos. Estos ciegos estallidos eran invocados como razones para suprimir las organizaciones socialistas y sindicales, así como para las matanzas de amotinados. Las cámaras de trabajo, que se convirtieron en los centros de la actividad sindical en las ciudades, eran cerradas una y otra vez por las autoridades; el Partido Socialista fue suprimido varias veces por ley y las organizaciones de trabajadores rurales fueron quebradas con menos remordimientos aún. Estas supresiones, es verdad, no duraron; los gobiernos alternaron entre la represión violenta y un reconocimiento modificado del derecho de asociación y la cámara hacía caer a aquellos gobiernos que iban demasiado lejos en una u otra dirección. Pero, a través de todas estas oscilaciones de la política oficial, hubo siempre actos de violencia y contra violencia aun en los lugares más adelantados del país, y, en el sur, nunca se detuvo realmente la represión.

Con estos antecedentes, el socialismo italiano logró, sin embargo, constituir, en el último cuarto del siglo xix y la primera década del xx, un poderoso movimiento político que contaba como factor en los consejos de la Segunda Internacional. Por otra parte, el movimiento sindical italiano permaneció relativamente débil por el desarrollo menos amplio de la industria en gran escala y ante la imposibilidad de crear organizaciones estables —con excepción de las cooperativas— en la población rural. El sindicalismo italiano, en parte por influencia del socialismo político, se volvió, al terminar esta etapa, mucho menos tumultuoso y anarquista de lo que había sido antes; pero el resultado fue que se hizo menos efectivo, porque enajenó una buena parte de sus militantes con el rompimiento entre las facciones sindicalistas y anarquistas.

Para seguir la historia del socialismo italiano desde el punto en que lo dejamos en el segundo volumen de esta obra, debemos retroceder hasta 1870. La Federación Italiana de la Asociación Internacional de Trabajadores, integrada inmediatamente antes de la Conferencia de 1872 de La Haya, en la que se negó a participar, estaba influida principalmente por los anarquistas y permaneció así hasta que se desintegró en los primeros años de la década del ochenta. Contra ella se agrupaban, en el norte, pequeños grupos marxistas bajo la dirección intelectual de Enrico Bignami (1847-1921) y Osvaldo Gnocchi-Viani (1837-1917); pero éstos no lograron abrirse mucho camino. Recibieron algunos refuerzos cuando Benoit Malón, en el exilio desde la Comuna de París, después de una estancia en Milán, se trasladó, alrededor de 1874, a Palermo en Sicilia, y fundó allí un periódico, II *Povero,* que tuvo una considerable influencia intelectual. Malón fue después el principal propugnador, a su regreso a Francia, de lo que llamó el "Socialismo integral", término con que designaba una doctrina basada en la aceptación de las diversas formas de acción apoyadas por las distintas es•cuelas del pensamiento socialista, desde la busca de paliativos inmediatos y reformas hasta la revolución abierta y desde el uso de métodos municipales y parlamentarios hasta la huelga general como primera etapa en la insurrección del proletariado. Este "integralismo" fue elemento importante en la doctrina socialista italiana, sirviendo como argumento para mantener unidos a los socialistas de todas las tendencias en una organización común basada en la tolerancia mutua y el reconocimiento de que había cierta validez en todos los puntos de vista en cuestión.

En 1879, Andrea Costa (1851-1910), hasta entonces miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores Anarquista, escribió una carta, desde su prisión francesa, que se publicó en II *Plebe,* de Bignami, anunciando su convencimiento de la necesidad de acción política y, al

año siguiente, al ser liberado, volvió a Milán y empezó a trabajar en .la creación de un Partido Socialista Italiano. Ese mismo año, la moribunda Federación Italiana de la Internacional, que había sido su_primida legalmente en 1877, después del levantamiento de Benevento, convocó para un Congreso Socialista en Chiasso, Suiza; la batalla se entabló entre marxistas, anarquistas y otras variantes del movimiento proletario italiano y los anarquistas triunfaron de nuevo. Pero casi al mismo tiempo se inició en Milán un nuevo movimiento, encabezado por Erminio Pescatore, bajo el nombre de *Figli di havoro* (Hijos del trabajo). Los *Figli* no eran sindicatos ni asociaciones políticas, en el sentido ordinario de los términos, sino una mezcla de ambos. Destinados a organizar a toda clase de trabajadores, dividieron a sus miembros en grupos por oficios, y combinaron así la agitación industrial y la política. Eran definitivamente organismos de la clase trabajadora y prepararon el camino a una organización más definitivamente política. Ésta surgió en Lombardía dos años después, en estrecha relación con la reforma del voto de 1882, que hacía posible, por primera vez, la acción política de la clase obrera en el plano parlamentario.

El Partido Obrero Italiano, formado en Milán en 1882, bajo la dirección de Constantino Lazzari (1857-1927) y Giuseppe Croce (1853-1914), cajista uno y el otro guantero, se basaba directamente en los Figli y los sindicatos locales y sólo admitía a miembros de la clase trabajadora. No pudo elegir a ninguno de sus candidatos en las elecciones de 1882; en verdad, la mayoría de los candidatos socialistas se mantuvieron bastante independientes de él. Sólo Costa, que había transferido sus actividades a Imola, en Emilia, logró la elección como socialista, con otro obrero, Antonio Maffi (1845-1912), quien fue electo como demócrata-republicano. Pero bajo el ímpetu del nuevo movimiento, los *Figli di havoro* se extendieron rápidamente, en las regiones rurales del norte y en las ciudades, y en 1884 estaban a la cabeza de un importante movimiento de huelga de trabajadores industriales y agrícolas. En ese año, otros diputados socialistas obtuvieron la elección, pero uno de ellos, el antiguo intemacionalista Luigi Castelluzzo (1827-1890), fue descalificado.

En este punto, el gobierno italiano empezó a lanzarse seriamente a una política de imperialismo colonialista en el África del Norte. En 1879 había adquirido por compra de una empresa privada la base carbonera de Assab en el Mar Rojo y, en 1882, este puerto, con su *hinterland,* había sido proclamado colonia italiana. En 1885, el gobierno envió una fuerza expedicionaria al África, con misión de conquista y colonización, y Costa, como líder de los socialistas, aceptó de inmediato el reto y se dedicó a organizar la resistencia a la política de expansión

imperialista. Esta agitación coincidió con otra ola de huelgas y movimientos agrarios, en los que grupos de campesinos y trabajadores agrí-. colas sin tierras, trataron de ocupar y cultivar tierras del Estado no explotadas. El gobierno respondió con violentas medidas de represión, ordenando la disolución de las ligas en el área de Mantua, que era el centro principal de los disturbios rurales. Hubo arrestos en masa de los líderes, la mayoría de los cuales fueron puestos en libertad, al comparecer a juicio, al año siguiente. En medio de los trastornos, el Partido Obrero realizó su Congreso en Mantua y proclamó su completa independencia de todos los demás partidos. El gobierno arrestó a algunos de sus líderes y los sometió a juicio por incitar a la huelga y alentar el odio de clase. El efecto fue dar gran estímulo al movimiento. La Federación Lombarda del Trabajo, que había sido organizada por moderados, en oposición a los *Figli,* se unió al Partido Obrero y éste moderó su oposición a los socialistas intelectuales y se unió a ellos para combatir la represión. En las elecciones de 1886, los socialistas obtuvieron de nuevo 3 diputaciones. El gobierno ordenó la disolución del Partido Obrero y de los *Figli,* y muchos de los líderes de estos organismos —Lazzari Croce y Alfredo Casati (¿-1921) entre otros— fueron sentenciados a prisión. Los FigZi, no obstante, reformaron pronto sus grupos y continuaron las huelgas en escala considerable. También se reconstituyó el Partido Obrero.

En ese momento ocurrieron dos cosas fuera del movimiento obrero, pero de considerable efecto sobre su suerte. Las fuerzas italianas en África sufrieron un serio revés en Dogali y el primer ministro, Depretis, murió y fue sucedido por otro mucho más reaccionario, Crispí. Siguió un periodo de violenta represión. En el Congreso de Pavía del Partido Obrero Reconstituido, en 1887, hubo un vivaz debate sobre las relaciones entre trabajadores y socialistas intelectuales, en el que Lazzari argumentó contra Casati que ambos grupos debían unir sus fuerzas. Sin poder persuadir al grupo con "conciencia de clase", Lazzari se unió al joven intelectual Filippo Turati, que pronto se convertiría en la figura principal del socialismo italiano, para formar una Liga Socialista en Milán. Al año siguiente, en Imola, Costa fue amenazado con la prisión por su oposición militante a la guerra de África y al Tratado de Triple Alianza con Austria y Alemania, y tuvo que refugiarse en el extranjero. En 1889 representó a Italia, con Amilcare Cipriani (1844-1918), el semianarquista garibaldino, y Giuscppe Croce, del Partido Obrero, en el Congreso Socialista Internacional. Ese mismo año hubo grandes demostraciones en Milán y en otros lugares contra la guerra y la Triple Alianza y, en las elecciones municipales efectuadas bajo una nueva ley electoral, los socialistas obtuvieron considerables triunfos. Este éxito fue seguido por la obtención de cinco

asientos en el parlamento en las elecciones generales de 1890. De acuerdo con la decisión del Congreso Socialista Internacional, hubo grandes demostraciones el primero de mayo. Se produjeron de nuevo disturbios rurales en el norte y el centro de Italia, especialmente en Emilia; y, a fin del año, estaba en marcha un nuevo movimiento en Sicilia, con organizaciones llamadas "Fasci" a la cabeza. Los terratenientes de Sicilia y las clases dominantes respondieron con un intento de poner en lista negra a todos los miembros conocidos del movimiento.

Crispi cayó a principios de 1891 y fue sucedido por Di Rudini, pero los trastornos continuaron. El primero de mayo hubo disturbios muy extendidos, que fueron violentamente reprimidos. En Milán, el Congreso del Partido Obrero votó a favor de ampliar su base para incluir a trabajadores intelectuales, cambió su nombre por el de Partido de los Trabajadores[1] y designó una comisión especial para redactar un programa. Al mismo tiempo, se abrió en Milán una Cámara del Trabajo, modelada como las *Bourses du Travail* francesas; y cámaras semejantes fueron establecidas pronto en otras ciudades del norte para servir de oficinas federales de los sindicatos locales, para el intercambio de trabajadores, y como centros de la vida obrera local. Éste fue un paso en la separación de la organización industrial y la política: fue llevado más allá en 1892, cuando el Partido de los Trabajadores adoptó un programa que excluía a los anarquistas y, en 1893, cuando adoptó al socialismo como base de su programa y cambió su nombre por el de Partido Socialista de los Trabajadores Italianos. En estos años, se hicieron los primeros intentos, por los ferroviarios en 1890 y los metalúrgicos en 1891, de formar federaciones nacionales de los grupos locales en sus respectivas industrias; pero el sindicalismo italiano siguió desarrollándose principalmente con una base local, con las cámaras de trabajo como sus principales centros de agrupación. Las cámaras se multiplicaron rápidamente y, en 1893, bajo la dirección de Angiolo Cabrini (1869-1937), se formó una Federación Nacional, que se convirtió en la contrapartida, en el terreno industrial, del Partido Socialista de los Trabajadores. Al mismo tiempo, los *Fasci* se extendieron rápidamente en las zonas rurales, en el norte y centro del país, así como en Sicilia.

Este año, 1893, fue de trastornos extendidos. Giolitti había subido al poder el año anterior, a la cabeza de un gabinete que representaba a los partidos del ala izquierda y, en las elecciones generales, los socialistas habían obtenido diez asientos. Pero el gabinete de izquierda cayó a principios de 1893 y Crispi volvió a renovar su política de represión. En Sicilia los "Fasci", dirigidos por Garibaldi Bosco (1867-?) se exten-

[1] El nombre antiguo era Partito Operaio Italiano. Se cambió por el de Partito dei Lavoratori Italiani.

dieron rápidamente y obtuvieron muchas victorias en las elecciones municipales. Se hicieron muchos intentos, por parte de grupos campesinos, para ocupar la tierra comunal no explotada y hubo grandes demostraciones en las ciudades contra los precios excesivos del pan y otros alimentos. El gobierno repuso proclamando la ley marcial en Sicilia y a principios del año siguiente intensificó su acción, proclamando un "estado de sitio" y arrestando y encarcelando a los líderes del movimiento, de acuerdo con la ley marcial. Entretanto, la agitación contra los precios altos se había extendido al resto de Italia y, en el climax de los trastornos, el asesinato del presidente Sadi Carnot por el anarquista italiano Sante Gerónimo Caserío, dio a Crispi una excusa para promulgar una Ley Antisocialista, copiada de la de Bismarck, que decretaba la disolución del Partido Socialista y de otras muchas organizaciones obreras, incluyendo muchas de las cámaras de trabajo. Muchos líderes socialistas fueron reducidos a prisión. Pero, a pesar de las leyes excepcionales, los socialistas pudieron efectuar un Congreso en Parma en 1895: decidieron allí reconstituir el partido sobre una base totalmente nueva y adoptar el nombre de Partido Socialista, sin más añadidos. El viejo partido se había basado principalmente en las afiliaciones colectivas de grupos sindicales y políticos. En el futuro, se decidió que se basara enteramente en la participación individual y que se convirtiera en partido unificado con ramas locales a través del país, con un consejo elegido, facultado para dirigir las actividades del grupo parlamentario.

Este cambio en la estructura fue pensado para salvar a los sindicatos y cámaras de trabajo de ser efectados por las medidas de represión dirigidas contra el Partido Socialista en las Leyes Antisocialistas; pero era también, en parte, un reconocimiento de que debía permitirse a los sindicatos desarrollarse a su manera y de que la exclusión de los anarquistas del partido no debía resultar en el establecimiento de movimientos sindicales rivales, bajo el control socialista y anarquista. Con los nuevos arreglos, los socialistas obreros, aunque separados políticamente de los anarquistas, siguieron trabajando con ellos en los sindicatos y cámaras de trabajo.

A fines de 1895, cesaron las leyes excepcionales y los organismos que habían sido suprimidos por ellas pudieron reanudar sus actividades a la luz del día. A principios de 1896, la derrota de la fuerza expedicionaria italiana en Adowa condujo a la caída de Crispi y a la firma, por su sucesor, Di Rudini, de un tratado con el emperador Menelik. En las elecciones generales de 1895, los socialistas habían ganado doce asientos y se había progresado hacia la unidad entre el norte y el sur, colocando a algunos de los líderes sicilianos proscritos, como diputados por distritos de la península. El Congreso Socialista de 1896

sostuvo un largo debate sobre el problema del movimiento cooperativista, al que decidió extender su apoyo, y discutió también el sufragio universal, al que se oponía un sector del partido, basándose en que la gran masa de analfabetos apoyaría, probablemente, a los partidos reaccionarios. Ese año, el Partido Socialista abrió el periódico *Avcmti* como su órgano nacional, con Leonida Bissolati (1857-1919) como editor.

Después de la derrota de Adowa y de la caída de Crispí había subsistido un corto periodo de relativa calma. Pero ésta fue rota por la agitación de los monárquicos en pro de una Constitución revisada, copiada de la alemana, con el poder ejecutivo investido en la Corona y en un canciller y poderes reducidos para la cámara elegida. Este movimiento no tuvo éxito, pero una seria depresión económica condujo a una renovación de los desórdenes locales y los trastornos se multiplicaron al año siguiente. El año de 1898 es conocido, en efecto, por los italianos como el "Año terrible". Se caracterizó por grandes huelgas y disturbios en la ciudad y el campo y por muchos choques violentos con la policía y los soldados, culminando en Milán en una batalla campal donde la artillería atacó a los trabajadores. Se proclamó la ley marcial en Milán, Florencia y Nápoles. El Partido Socialista, con la mayoría de las cámaras de trabajo y otras muchas organizaciones obreras, fue disuelto nuevamente. Muchos de sus líderes fueron arrestados y sentenciados a duras penas —incluyendo a Turati, quien fue sentenciado a 12 años de prisión—. Otros muchos líderes socialistas y sindicales huyeron al extranjero —principalmente a Suiza—. Al año siguiente, el gobierno trató de introducir todavía más leyes represivas, dirigidas especialmente contra el derecho de reunión pública, pero la obstrucción de los partidos de izquierda evitó su aprobación.

En esta situación, los socialistas tuvieron que hacer causa comúr» con los partidos de la izquierda burguesa, de los cuales se habían declarado, hasta entonces, totalmente independientes —una política conocida en Italia como "intransigencia"—, en el sentido de rechazar toda; transacción electoral con elementos no socialistas. En 1899 un bloque- de izquierda obtuvo victorias considerables en las elecciones municipales y, a principios del año siguiente, las mismas tácticas condujeron a una victoria del ala izquierda en las elecciones generales y aumentó el número de diputados socialistas a 33. Entre éstos había dos trabajadores, uno de los cuales era el tallista Rinaldo Rigola (m. 1954), de Biello. Anteriormente, como vimos, los diputados socialistas procedían totalmente del grupo de intelectuales. El gobierno de derechas fue sucedido por una coalición de centro-izquierda, con Saracco. Los socialistas volvieron del exilio y reformaron su organización: las cámaras de trabajo resurgieron y restauraron su Confederación Nacional. Pero- apenas se habían logrado estas victorias cuando el tejedor anarquista

de Toscana, Gaetano Bresci, logró asesinar al rey Humberto. El nuevo rey, Víctor Manuel III, subió al trono en un momento de alta tensión y, ante el estado del sentimiento popular, hizo amplias promesas de reforma y libertad para el movimiento socialista. En el parlamento, los socialistas denunciaron el crimen y a los anarquistas. El Congreso del Partido Socialista, después de una discusión, decidió permitir que continuara el pacto con la izquierda burguesa y redactó un nuevo programa mínimo de reformas inmediatas. El gobierno declaró una amnistía que se extendía a todos los principales presos políticos, con excepción de los anarquistas. Pero se produjo, casi de inmediato, otro choque entre los sindicatos y las autoridades. Estallaron grandes huelgas y fueron disueltas de nuevo algunas cámaras de trabajo. Los trabajadores respondieron con movimientos de protesta en masa y el gobierno se vio forzado a repudiar a los prefectos que habían sido responsables. Las cámaras se reabrieron y se obtuvo realmente el derecho general de asociación sindical. Al año siguiente Zanardelli formó un nuevo gabinete en unión de Giolitti y puso fin, definitivamente, a la política de represión en el norte de Italia, aunque continuó en gran medida en Sicilia y en el sur. Por su parte, los socialistas en el parlamento apoyaron al gobierno, que necesitaba sus votos contra la fuerte oposición de la derecha. Hubo un rápido desarrollo del sindicalismo sobre una base nacional, formándose muchas Federaciones nacionales de gremios e industrias. Además, por primera vez los trabajadores agrícolas pudieron establecer su Federación Nacional. Hubo muchas huelgas, casi todas sin demasiada violencia; pero el hecho de que los soldados dispararan contra piquetes de huelguistas en Berra Ferrarese, en el mes de junio, inició una nueva serie de choques entre huelguistas y autoridades militares y de policía. Eso colocó en dificultades a los diputados socialistas. Estaban convencidos de la necesidad de mantener en sus cargos a los miembros del gabinete Zanardelli-Giolitti y tenían conciencia de que la violenta acción ejercida contra los huelguistas y campesinos era debida a los militares y prefectos más que al gobierno. Pero los activos sindicalistas y socialistas fuera del parlamento se obstinaron y rebelaron cada vez más, al repetirse los incidentes; y hubo una creciente demanda de volver a la política de completa "intransigencia". Se produjo una disputa dentro de la organización del partido que condujo en algunos lugares, especialmente Milán, a la formación de grupos minoritarios constituidos por partidarios de la política de colaboración.

Por entonces los patronos, reaccionando contra las huelgas victoriosas de 1901, recurrieron a numerosos despidos en masa, que llevaron a los sindicatos a considerar los medios de unirse más para resistir coordinadamente. Dos tendencias rivales aparecieron en el movimiento

sindical —federalistas y cameralistas—; los federalistas, que formaban la parte moderada, deseaban organizar fuertes federaciones nacionales de las sociedades locales, en cada oficio o industria, mientras que los cameralistas deseaban basar el movimiento principalmente en la solidaridad local de toda clase de trabajadores, organizados en las cámaras de trabajo locales. El Congreso Sindical de Milán, sin resolver esta cuestión, decidió establecer una Secretaría Nacional de Resistencia, abierta a los dos tipos de organismos, con Angiolo Cabrini como secretario. En la práctica, los sindicatos empezaron a oponerse vigorosamente a la política de apoyo al gobierno Zanardelli-Giolitti y los partidarios de la concepción sindicalista de la huelga general ganaron terreno rápidamente. Mientras tanto, los socialistas, en su Congreso de Imola, en 1902, dieron a los moderados, dirigidos por Ivanoe Bonomi (1873-1951), una amplia mayoría sobre el ala izquierda, encabezada por Enrico Ferri (1856-1929). La acción del grupo parlamentario sosteniendo al gobierno fue aprobada y otorgada la autonomía del grupo para adaptar sus actos a esta política. En las elecciones municipales, los socialistas obtuvieron muchos asientos, en parte porque abogaban por la municipalización de la industria del pan como medio de mantener bajos los precios.

En 1903, no obstante, la política de colaboración empezó a disolverse. *Avanti* lanzó una vigorosa campaña antimilitarista. Hubo serios trastornos en las zonas rurales: la Liga de Trabajadores Agrícolas se disolvió; ante el reinicio de las matanzas de huelguistas y campesinos, especialmente en el sur, los socialistas retiraron su apoyo al gobierno. En ese tiempo murió Zanardelli y Giolitti pasó a ser primer ministro y ofreció a Turati un cargo en el nuevo gabinete. Turati, por deferencia a las opiniones del Partido Socialista, rechazó esta oferta y, en el Congreso Socialista, efectuado en abril en Bolonia, la disputa entre las tendencias rivales llegó a su culminación. El ala izquierda, encabezada por Ferri del grupo parlamentario y de los nuevos líderes sindicalistas Arturo Labriola (1859-1904)[2] y Enrico Leone, derrotó por pocos votos a los moderados y controló la maquinaria del partido. La política de apoyo a la izquierda burguesa fue definitivamente variada y el grupo parlamentario, a pesar del disgusto de muchos de sus miembros, tuvo que cambiar a una política de independencia completa de los partidos radicales. La izquierda socialista, en unión del grupo dominante de los sindicatos, emprendió una propaganda intensiva para una nueva alianza de trabajadores y campesinos. En 1904 hubo violentos conflictos entre huelguistas y autoridades en numerosas áreas, culminando en una serie de matanzas en Buggeru, Cerdeña, en

[2] No debe confundirse con el economista socialista Antonio Labriola, que murió en 1904. Véase p. 199.

Castelluzzo, Sicilia, y en Sestri Ponente, Liguria. En represalia, los sindicatos decidieron declarar una huelga general, que estalló simultáneamente en Milán y Genova y se extendió rápidamente a Turín, Bolonia, Mantua, Venecia y otras ciudades del norte, así como a Roma y Florencia. Muchos campesinos y trabajadores agrícolas en Emilia y la Romana se unieron al movimiento, el más amplio que se había producido en el país.

La huelga general duró sólo algunos días; pero terminó definitivamente con el bloque de izquierda en el que Giolitti había intentado basar su ministerio. Frente a éste, formó un nuevo ministerio, que descansó en una alianza con los partidos del centro y los sectores menos extremos de la derecha. La política de reforma social, que había dado algunos resultados en la legislación social en los años 1900-1904, llegó a un abrupto fin. En las elecciones generales afectuadas hacia fines del año los socialistas, sin sus antiguos aliados, bajaron de 32 diputados a 28, y tuvieron suerte de no experimentar mayores pérdidas.

Aunque los sindicalistas tenían gran ascendiente, en esta etapa, entre los sindicatos, su política no dejaba de tener opositores. Los ferroviarios y trabajadores postales se habían negado a participar en la huelga general de 1904 y en el Congreso de Sindicatos del año siguiente hubo una aguda lucha entre revolucionarios y reformistas. Una división entre federalistas y cameralistas fue evitada con muchas dificultades: el Congreso aprobó una resolución que afirmaba el derecho a recurrir a la huelga general en respuesta a ulteriores matanzas, pero se abstuvo de llevar a extremos sus diferencias. Inmediatamente después, surgió un nuevo problema. Los ferrocarriles italianos, aunque de propiedad pública, habían sido otorgados en concesión a algunas empresas privadas. El gobierno se proponía ahora administrarlos y convertir así a los trabajadores ferroviarios en funcionarios públicos, lo que significaba, bajo las leyes existentes, que estarían privados del derecho de huelga. En protesta contra esta privación, los ferroviarios recurrieron primero a una política obstruccionista y entonces, como el gobierno se negó a modificar su actitud, declararon una huelga general, para la cual demandaron el apoyo de los trabajadores en otras industrias. La Secretaría de Resistencia, consciente de que el sindicato ferroviario no había participado en la huelga general del año anterior, negó su apoyo y la huelga fracasó. Como secuela, los sindicalistas se apoderaron del control de la Secretaría de Resistencia, pero no pudieron hacer efectivo uso de la misma frente a la oposición de los moderados, que estaban fuertemente atrincherados en las federaciones industriales nacionales. Mientras tanto, Giolitti había caído y, tras un breve gobierno de Fortis, había subido al

poder un nuevo gobierno de derecha, con Sonnino a la cabeza. Siguió a esto un breve periodo de violentos conflictos económicos, que culminaron en otra huelga general, menos amplia que la de 1904, pero que se extendió de Turín a algunas otras ciudades. Hubo nuevamente violentos choques con soldados y policías, y los socialistas, habiendo fracasado en lograr que la cámara actuara, renunciaron a sus diputaciones como protesta, y se presentaron para ser reelectos —en general con éxito—. Sonnino renunció en mayo de 1906 y Giolitti volvió al poder. Como consecuencia de estos acontecimientos, el conflicto dentro del movimiento obrero llegó a su climax. La Federación de Trabajadores Metalúrgicos tomó la iniciativa de convocar a un Congreso general de organismos sindicales, con el objeto de establecer una nueva Confederación copiada de la C. G. T. francesa. En este Congreso, los sindicalistas y anarquistas estaban en minoría y, tras acidas disputas, se separaron. La mayoría fundó entonces una Confederación General del Trabajo Italiana (C. G. L.), con sede en Turín y con el control en manos, principalmente, de los socialistas moderados, que procedieron a aliarse con la Liga Nacional de Cooperativas y la Federación de Sociedades Amicales, para la defensa y la ayuda mutuas. Los sindicalistas, bajo la influencia del joven director de la Cámara del Trabajo de Parma, Alceste de Ambris (1874-1934), formaron en 1907 un Comité de Sociedades de Resistencia rival y trataron de organizar un nuevo movimiento alrededor de algunas cámaras de trabajo y sindicatos locales, que eran hostiles a la política centralizadora de la C. G. L. Los ferroviarios, todavía disgustados con los líderes de la C. G. L., se unieron a este movimiento.

Antes de esto, inmediatamente después de la fundación de la C. G. L., se había producido otra disputa dentro del Partido Socialista. En el Congreso de Roma de octubre de 1907 había cuatro facciones rivales —reformistas, integralístas, sindicalistas e intransigentes—. Los reformistas, que tenían su fuerza principal en el grupo parlamentario, favorecían una política de libertad para que el grupo entrara en alianzas electorales o parlamentarias con otros partidos de la izquierda y deseaban utilizar su posición parlamentaria para asegurar una mejor legislación laboral y social. Los integralistas, dirigidos por Enrico Ferri y Oddino Morgari (1865-1929), abogaban por el reconocimiento de todos los métodos de lucha, desde la actividad parlamentaria hasta las huelgas generales, como admisibles de acuerdo con las circunstancias; pero bajo la presión de la extrema izquierda, los integralistas y reformistas se unían cada vez más en oposición a los sindicalistas. El grupo sindicalista, encabezado por Arturo Labriola, permaneciendo dentro del Partido Socialista, repudiaba la idea de obtener reformas a través del parlamento y seguía las doctrinas de "Acción

directa" de los sindicalistas franceses. Finalmente, en la extrema izquierda, aparecía una facción marxista, que era hostil a todas las formas de acomodación con otros partidos y también al sindicalismo, abogando por la creación de un partido revolucionario totalmente intransigente, con control centralizado. El resultado del debate fue una unión de fuerzas entre reformistas e integralistas, apoyando una moción integralista, que fue aprobada por una gran mayoría —27 000 votos, contra 5 000 de los sindicalistas y sólo 1 000 de los intransigentes—. La nueva dirección del Partido Socialista procedió a entrar en un tratado de alianza con la C. G. L., dirigida principalmente contra los grupos sindicalistas y los anarquistas que, en su Congreso de Roma de 1907, trataron de reconstruir su influencia.

Los años 1907 y 1908 estuvieron llenos de conflictos económicos, producidos por una crisis comercial. Hubo una huelga general local en Milán. Los ferroviarios, a pesar de su *status* como funcionarios, participaron y hubo numerosos arrestos entre sus líderes. La Cámara de Trabajo local aconsejó a los trabajadores ferroviarios, que no fueran a la huelga, y hubo muchos resentimientos, que condujeron al sindicato ferroviario a unirse al grupo sindicalista. A principios de 1908 estalló una gran huelga de agricultores en la zona de Parma, donde eran fuertes los sindicalistas. Los reformistas apoyaron la huelga, pero el gobierno ocupó y cerró la Cámara de Trabajo de Parma. Hubo serios encuentros entre huelguistas y policías y la huelga fracasó. La cuestión fue debatida en el Congreso de la C. G. L., que declaró que la autoridad de convocar a huelgas generales debía, retirarse a las cámaras de trabajo locales y otorgarse al Consejo central de la misma C. G. L. De acuerdo con esto, el Consejo de la C. G. L. trató de unir a las federaciones industriales nacionales bajo su dirección centralizada, en oposición a la política cameralista. El mismo año —1908— en el Congreso del Partido Socialista hubo un rompimiento definitivo con la facción sindicalista, que fue excluida del partido. La salida de los sindicalistas debilitó al ala izquierda del partido. Ferri, el líder integralista, se unió a los reformistas, dirigidos por Turati, en un grupo de "Concentración", que derrotó a los intransigentes y los integralistas restantes. El Partido Socialista se inclinó definitivamente a la derecha, perdiendo una fracción sustancial de sus antiguos partidarios. Pero, electoralmente, pudo contrapesar estas pérdidas obteniendo el apoyo de elementos de la izquierda burguesa. En las elecciones generales de 1910, que resultaron en una victoria para los partidos de izquierda, obtuvo 42 asientos —una ventaja de 16.

Frente a este movimiento hacia la derecha, los sindicalistas entablaron negociaciones para una reunión con la C. G. L. Pero las negociaciones en favor de la unidad fracasaron. No obstante, cuando lle-

garon a Italia las noticias de la ejecución de Francisco Ferrcr el apóstol español del anarquismo, estalló una huelga general espontánea en todo el país, incluyendo a muchas regiones del sur. Ese año —1909— los católicos, que habían ido participando cada vez más en política, a pesar de la oposición papal, formaron una Secretaría General de Sindicatos Católicos. Romolo Murri (n. 1870), líder del movimiento demócrata-católico, elegido para la cámara con apoyo socialista, fue excomulgado por el Papa, pero este movimiento siguió extendiéndose.

A principios de 1910, el veterano líder de los socialistas, Andrea Costa, murió. Anarquista en un principio, se había convertido al marxismo y había sido el principal fundador del Partido Socialista, donde era el más notable líder de la izquierda. Pero en la cámara, de la cual terminó siendo vicepresidente, se había inclinado gradualmente hacia la derecha. Estaba en esa situación en el Congreso del partido de 1908, donde se consumó la victoria del ala derecha. Su muerte dejó a Filippo Turati como líder principal del partido, junto con Ferri, que estaba en rápida evolución de su izquierdismo original hacia la extrema derecha. Giolitti, que había caído a finales de 1909, y que fue sucedido por dos gabinetes de corta vida, encabezados por Sonnino y Luzzatti, volvió al poder en marzo de 1911, y ofreció de nuevo un cargo ministerial a un socialista —esta vez a Leonida Bissolati, que estaba por entonces a la extrema derecha del partido, pero no se le permitió aceptar el cargo.

Los socialistas, no obstante, apoyaron al gobierno de Giolitti. El Congreso del partido en 1901 había acordado dar plena libertad al grupo parlamentario para modelar su propia política y autorizado también a sus ramas locales a entrar en pactos electorales cuando lo consideraran conveniente. Editado por Claudio Treves (1869-1933), *Avanti* se convirtió definitivamente en órgano del ala derecha y todo parecía listo para la colaboración cuando Giolitti anunció una reforma electoral destinada a aumentar el electorado de menos de 3 y medio a cerca de 9 millones. Además, la influencia sindicalista experimentó un impedimento con la derrota de una gran huelga en las fábricas de automóviles de Turín. Pero la situación cambió abruptamente cuando el gobierno anunció su intención de ocupar Libia y declarar la guerra a Turquía. El núcleo principal del Partido Socialista se opuso vigorosamente a la guerra de Libia, pero un grupo encabezado por Leonida Bissolati, Ivanoe Bonomi y Angiolo Cabrini la apoyó por razones nacionalistas. El Congreso del Partido Socialista de 1911, al autorizar al grupo parlamentario a sostener al gobierno por el momento, se declaró en contra de asegurarle un apoyo sostenido. Por el momento se evitó una división pero, al año siguiente, Benito Mussolini dirigió un ataque al grupo parlamentario, y el Congreso expulsó a

Bissolati y otros partidarios de la guerra de África. La autonomía del grupo parlamentario fue suprimida; se prohibió a los partidos locales que entraran en pactos electorales y el partido como un todo volvió a su antigua posición de "Intransigencia". Al mismo tiempo, Treves fue sustituido en la edición de *Avanti* y Benito Mussolini, nuevo "elemento depurador" de la izquierda, fue instalado en su lugar. Los socialistas expulsados, bajo la dirección de Bissolati, formaron un Partido Socialista Reformista independiente.

Los sindicalistas también tuvieron problemas acerca de la guerra de Libia, que algunos de ellos apoyaron por razones nacionalistas. En 1912 formaron una nueva organización sindical central —la Unione Sindícale Italiana— pero los ferroviarios, aunque bajo una dirección anarco-sindicalista, se negaron a participar y la nueva Unión, dirigida por Arturo Labriola, no alcanzó mucha fuerza.

La reforma electoral de Giolitti fue ley en 1912 y, en las primeras elecciones efectuadas de acuerdo con esta ley al año siguiente, los partidos de izquierda resultaron victoriosos y los socialistas, a pesar de la división en la derecha, que los había reducido a 25, obtuvieron 52 asientos. Los socialistas reformistas llegaron a 18 y había 7 u 8 independientes, principalmente de la izquierda semisindicalista. Estas victorias se obtuvieron a pesar de la formación de un poderoso bloque católico contra los socialistas. Mientras tanto, la suena de Libia había terminado y habían empezado las guerras de los Balcanes. Los socialistas siguieron su campaña antimilitarista, con Mussolini cada vez más al frente como su líder. En los conflictos de los Balcanes, los socialistas abogaban por una política de estricta neutralidad y, en 1914, el partido siguió la misma línea ante las noticias del asesinato en Sarajevo y el ultimátum de Austria a Serbia. Pero en los años inmediatamente anteriores a la primera Guerra Mundial, el socialismo italiano fue desgarrado por una nueva secuela de disputas internas. Los sindicalistas, aunque expulsados del partido y de los principales sindicatos, con excepción del de ferroviarios, no habían perdido, de ningún modo, seguidores. Un intento de establecer una Internacional Sindicalista, en el Congreso de Londres de 1913, con participación española, francesa y holandesa, así como italiana, y británica, no tuvo éxito. La guerra de Libia había creado una crisis económica y, en 1913 y 1914, hubo nuevos conflictos en muchas regiones entre huelguistas y fuerzas armadas. Una matanza en Rimini, en 1913, fue seguida por una gran huelga general y, en 1914, después que Salandra, de la derecha, había sucedido a Giolitti como primer ministro, ocurrieron trastornos todavía más serios. En protesta contra la supresión de las manifestaciones obreras se declaró una huelga general en Ancona, donde era fuerte la influencia anarquista, y ésta se

extendió a través de las Marcas y la Romana y a muchas de las grandes ciudades. En las zonas rurales principalmente afectadas, los anarquistas, dirigidos por Enrico Malatesta,[3] eran lo bastante fuertes como para dar al movimiento un carácter revolucionario. En las ciudades, las organizaciones de trabajadores pelearon en las calles contra soldados y policías y hubo serios choques antes de que las autoridades recuperaran la ventaja. La Confederación General del Trabajo desaprobó las huelgas, pero no pudo evitarlas.

El sanguinario incidente había apenas terminado cuando el asesinato de Sarajevo condujo a la primera Guerra Mundial. Mussolini, que había participado activamente en el movimiento de huelga, disintió de la política de neutralidad del Partido Socialista y abogó por la intervención de Italia del lado de las potencias aliadas. La Unión Sindicalista se dividió. Un sector, encabezado por Alceste de Ambris, siguió a Mussolini y se separó para formar una nueva Unión Italiana del Trabajo —precursora de las posteriores uniones fascistas—. El núcleo principal de los socialistas, no obstante, siguió favoreciendo la neutralidad. Mussolini tuvo que dejar *Avanti* y fundó su nuevo órgano, *Popólo d'Italia,* para apoyar su política intervencionista.

He dado, en este capítulo, lo que puede considerarse un relato demasiado detallado de los acontecimientos en Italia, porque no encuentro otra manera de destacar los caracteres esenciales del socialismo italiano y porque Italia fue el país más sujeto a la influencia de las fuerzas en conflicto en el movimiento socialista internacional. En la historia del socialismo italiano hasta 1914, no hay una figura notable, ni en la dirección política ni entre los teóricos. Hubo, en efecto, importantes teóricos de segunda fila, como Antonio Labriola y Francesco Saverio Merlino, y Enrico Ferri y Filippo Turati fueron ambos teóricos y, al mismo tiempo, parlamentarios activos. Malatesta fue un líder del pensamiento anarquista internacional. La composición altamente intelectual de la dirección socialista, en parte consecuencia de los bajísimos niveles de la educación proletaria en casi todas partes del país, condujo a una gran proliferación de las controversias literarias. Pero el movimiento italiano no logró producir una aportación realmente original de pensamiento socialista. Estuvo muy sujeto a influencias extranjeras, por una parte, a la de Francia en los terrenos del sindicalismo y el anarquismo y, por otra, a la de la Segunda Internacional dominada por los alemanes, cuyas incitaciones a la unidad y el entendimiento de clase entre el partido y los sindicatos tomaron muy en cuenta los líderes políticos.

La razón fundamental de que el socialismo italiano no pudiera desarrollar una visión coherente propia debe buscarse en la naturaleza del

[3] Para Malatesta, véase el vol. II, p. 332 ss.

país, con sus profundas diferencias internas entre norte y sur, entre las regiones industriales y el campo y entre lo viejo y lo nuevo. En la industria, al lado de las grandes fábricas que utilizaban técnicas modernas, en ciudades como Milán y Turín, prevalecía la producción en pequeña escala, de tal modo que muchas de las cámaras de trabajo representaban a grupos de artesanos más que a trabajadores fabriles. Estas empresas en pequeña escala eran el principal campo de batalla, en el periodo que siguió a la unificación, de las luchas entre mazzinistas, que apoyaban un nacionalismo democrático basado en la unidad republicana, y los que abogaban por la lucha de clases, que se agrupaban en la Primera Internacional. Después, cuando los sindicatos se habían desprendido casi de la influencia de Mazzini, la disputa continuó, divididas las empiesas en pequeña escala entre socialistas y anarquistas y después entre socialistas, sindicalistas y anarquistas extremistas de la escuela de Malatesta. Estos grupos, a pesar de sus batallas internas, tendían a favorecer el desarrollo del sindicalismo sobre una base de federación general local en las cámaras de trabajo, contra la tendencia de los trabajadores de la industria en gran escala a preferir las Federaciones nacionales para cada industria o empresa distinta. Pero la Federación nacional, aunque generalmente significaba relativa moderación y un intento de controlar desde el centro la acción de huelga, no tuvo siempre estos efectos. Los ferroviarios, por ejemplo, privados del derecho a la huelga después que el Estado asumió la administración de los ferrocarriles, aceptaron la dirección sindicalista y constituyeron el grupo sindical donde tenían más influencia los anarquistas.

Las cámaras de trabajo, como federaciones locales abiertas a toda clase de trabajadores, estaban en contacto mucho más estrecho con el campo que las federaciones industriales nacionales —tanto más cuanto que la mayoría de las ciudades eran pequeñas y servían de centros para las regiones rurales que las rodeaban—. Así, las cámaras de trabajo apoyaban con frecuencia, o inclusive inspiraban, movimientos entre los trabajadores rurales. No había, sin embargo, una fusión real entre los movimientos urbanos y rurales, que eran en sí extremadamente diversos. En lugares del norte y centro, así como en Sicilia y en el sur, había grandes terratenientes que empleaban y tiranizaban a grandes núcleos de trabajadores sin tierras, así como a gran número de *métayers* que cultivaban pequeñas extensiones, compartiendo el producto con los propietarios que obtenían la mayor parte. En el valle del Po, los trabajadores sin tierras eran numerosos y, como trabajadores asalariados, podían hacer causa común con el proletariado urbano más fácilmente que los campesinos del sur; pero estos trabajadores no pudieron jamás constituir una organización estable frente a

la represión policiaca, que era más continuamente severa y violenta en los distritos rurales que en las ciudades. En el sur y, en gran medida, en todas partes, los trabajadores rurales eran analfabetos y, por tanto, no tenían derecho al voto hasta que la reforma electoral de Giolitti en 1912 concedió a un número considerable de ellos el sufragio. Eran inaccesibles a la propaganda escrita y tenían dificultades para encontrar líderes que pudieran leer y escribir —tanto más cuanto que el gobierno actuaba duramente sobre los socialistas de clase media o los anarquistas que venían en su ayuda—. Dos hambres actuaron para impulsarlos a la con frecuencia repetida rebeldía —el hambre de pan y el hambre de tierras—. En años de malas cosechas, los elevados precios de los alimentos los empujaban a rebelarse contra sus señores, con frecuencia en conjunción con los hambrientos de las grandes ciudades, como Nápoles. y Roma, en donde se encontraban grandes grupos de desempleados o de semiempleados, lumpenproletariado a punto de morirse de hambre. El hambre de tierras, por otra parte, era cuestión del campo y no de las ciudades. Se dirigía, principalmente, a la ocupación de tierras incultas, pertenecientes a las comunas, o a terratenientes feudales absentistas —con mucha menor frecuencia a intentos de ocupar tierras ya explotadas por los grandes ganaderos y propietarios agrícolas de vastos dominios—. Pero, cualesquiera que fueran sus fines, cualquier levantamiento semejante de los trabajadores rurales era seguramente suprimido con gran ferocidad, casi independientemente de la integración política del gobierno. Las autoridades locales que detentaban las funciones policiacas, eran consistentemente reaccionarias, aun cuando el parlamento tenía una mayoría de partidos de izquierda.

Las actividades de la clase obrera italiana eran afectadas, además, por el problema religioso. Hasta la subida de Pío X al Papado en 1903, los católicos tenían prohibido oficialmente, por el decreto *Non Expedit,* reconocer al Estado italiano o participar en sus asuntos. Este boicot, que descansaba en la pretensión del Papado al poder temporal,, no evitaba, de hecho, que muchos católicos votaran, pero mantenía a muchos alejados de la política y evitaba, efectivamente, el desarrollo de un Partido Católico dentro del Estado. El nuevo Papa, aunque no renunció a su pretensión de poder temporal, dejó de considerarlo como una razón para boicotear al Estado y llegó a un entendimiento con Giolitti, según el cual se estableció un régimen de tolerancia mutua y los católicos, aunque todavía con la prohibición de formar un partido, no eran ya desalentados a votar y se les permitía inclusive presentarse en las elecciones como independientes o participar en las cuestiones de otros partidos —principalmente de la derecha—. La izquierda italiana, y la mayoría de la derecha estaban contra las pretensiones

del Papado, y apoyaban el principio de 'laicismo" en los asuntos políticos. Pero al desarrollarse el socialismo, se volvió cada vez más difícil para los católicos mantener su alejamiento de las cuestiones políticas. Los elementos más conservadores deseaban agrupar a los fieles contra los socialistas, mientras que, en las regiones rurales, se desarrollaba un movimiento católico democrático que estaba del lado de los campesinos en su lucha contra los terratenientes y las autoridades. El Papado tomó el partido del más reaccionario de los grupos católicos e hizo lo posible por suprimir a la izquierda católica, que apoyaba a los campesinos en sus luchas contra la opresión social. El Papa, en una encíclica de 1906, condenó de plano a la Liga Nacional Democrática de Romolo Murri y los clérigos que habían venido apoyándola, con excepción del mismo Murri, fueron obligados a retirarse del movimiento. El Congreso de la Liga en 1906, no obstante, decidió persistir frente a la oposición del Papa, y Murri, desafiando la condenación papal, siguió dirigiendo el movimiento. En 1907, el Papa lanzó otra condenación, *Pascendi Domini* y Murri fue suspendido de sus funciones religiosas (a *divinis).* Cuando persistió en sus actividades políticas y fue electo diputado en 1909 fue, como vimos, excomulgado finalmente por la Iglesia.

Este desarrollo de un movimiento católico-radical inclinó más al Papado, en política, del lado reaccionario. En 1910, los seguidores de Murri, en el Congreso Nacional de la Liga Demócrata-Cristiana, se declararon en favor de un programa social avanzado, que incluía la abolición del latifundismo y del sistema de trabajadores asalariados y decidieron eliminar la palabra "cristiana" de su título basándose en que el movimiento era principalmente político y no debía tener un carácter exclusivamente confesional. El movimiento sindical católico siguió creciendo, especialmente entre los trabajadores textiles, y cayó en agudas disputas entre los que seguían a Murri y los que deseaban conservar su carácter confesional. Los grupos católicos hostiles a Murri formaron un bloque antisocialista, que se unió con los partidos burgueses seculares en apoyo de Giolitti, en las elecciones generales de 1913, efectuadas bajo la nueva ley electoral; pero se abstuvieron aun de formar un partido político independiente. El Partido Popular Católico dirigido por Luigi Sturzo, no hizo su aparición hasta 1918, cuando la situación se había transformado por la guerra. De 1905 a 1914, el Papado se Jiabía convertido en aliado de los partidos reaccionarios contra el socialismo en todas sus formas, pero tuvo que hacer frente a una consi-" derable oposición de los seguidores de Murri, que preconizaban un cristianismo democrático, hostil al socialismo, pero abogando por la pequeña propiedad de la tierra para sus cultivadores, contra los grandes terratenientes y los magnates industriales y financieros. Sturzo, sacer-

dote siciliano que fue a Roma como organisador del grupo de Acción Católica en 1914, sucedió a Murri y reorganizó el movimiento iniciado por éste y, dadas las nuevas circunstancias, pudo lograr el apoyo a medias del Vaticano para un Partido Católico de izquierda, que tuvo al menos el mérito, a los ojos oficiales, de mantener a un gran sector de los trabajadores católicos lejos de la seducción del socialismo.

El Partido Socialista, por su parte, fue afectado seriamente, a lo largo de su historia, por tener que actuar como vocero de una clase trabajadora que se encontraba en estadios diferentes de desarrollo en las diversas partes del país, y por la indebida preponderancia de los intelectuales entre sus líderes. Estuvo constantemente dividido entre su deseo de sostener al Estado 'laico" contra el Papado y la autocracia de estilo alemán y su hostilidad hacia la izquierda burguesa. A diferencia de los social-demócratas alemanes, no tuvo que hacer frente a una poderosa maquinaria estatal, bajo el puño de hierro de un Bismarck; tuvo que adaptarse, en vez de ello, a las vacilaciones de un parlamento constituido por muchos grupos, en donde el equilibrio del poder oscilaba constantemente entre la izquierda, la derecha y el centro, de tal modo que la composición del gobierno en el poder dependía con frecuencia de la votación de los diputados socialistas, por pocos que fueran. Apoyando a los partidos burgueses y a sus líderes menos reaccionarios era posible mitigar con frecuencia, pero nunca evitar, los violentos conflictos sociales entre los trabajadores y las fuerzas de "la ley y el orden" y, algunas veces, había la oportunidad de lograr una valiosa legislación social. La mayoría de los diputados socialistas favorecían por tanto, generalmente, una especie de entendimiento con los burgueses radicales, tanto en el parlamento, para mantener fuera o derrotar a los gobiernos de derecha, como en las elecciones, no sólo para lograr su propia elección, sino también para procurar cierta mayoría de la izquierda. Contra esto, sus partidarios en el país fueron empujados, por reacción contra la represión policiaca y el quebrantamiento de las organizaciones obreras, a una violenta hostilidad hacia el gobierno, aun cuando se suponía que éste representaba a la izquierda contra los grupos reaccionarios más extremos. El dilema socialista era aún mayor porque, en un país predominantemente agrícola, sin más que "parches" de alto desarrollo industrial, excesivamente superpoblado en relación con su uso y conocimiento de las fuerzas de producción y sufriendo de extremos de pobreza en la mayor parte de su territorio, la rebeldía contra las condiciones insoportables tomaba necesariamente, en gran medida, la forma de movimientos espontáneos producidos por el hambre, más fácilmente aprovechados por los anarquistas que dirigidos dentro de los canales de una agitación socialista organizada.

El socialismo italiano, puesto que la influencia de Mazzini decayó cuando se hizo claro que el establecimiento de la unidad nacional no llevaba consigo la garantía de liberación de la opresión, se afirmó casi inevitablemente, al principio, en formas anárquicas. Siguió a Bakunin, no tanto porque estuviera influido por sus doctrinas, sino porque sus naturales y espontáneas formas de acción les convenían. No podía haber una base sólida para un movimiento socialista que descansara en el proletariado en sentido marxista, hasta que se produjo un desarrollo suficiente de la industria en gran escala en algunas ciudades del norte, como Milán y Turín; y aun cuando esta revolución industrial se había abierto cierto camino, el desarrollo de un Partido Socialista efectivo siguió detenido por cierto tiempo, debido a las sospechas de los líderes obreros de que los intelectuales socialistas los trataban como simples peones en el juego político. A la larga, en los principales centros industriales, estas sospechas quedaron parcialmente disipadas y los sindicatos de las industrias más avanzadas del norte hicieron causa común con la *intelligentzia* socialista. Pero nunca quedaron totalmente eliminadas, ni siquiera en centros como Milán, Genova y Turín y, en la mayor parte del país, todavía muy atrasado industrialmente, eran bastante fuertes en el periodo que examinamos en este capítulo.

Había, entonces, mucho campo para el desarrollo de un movimiento sindicalista que, adoptando gran parte de la actitud anrquista, pero uniéndola a un sindicalismo muy localizado, mantenido en cohesión por las cámaras de trabajo locales, hizo de la huelga general no un "mito social", sino una práctica casi regular de protesta contra las medidas represivas de los poderes públicos. En Italia la huelga general, lejos de ser una concepción utópica que los trabajadores necesitaban para ser atraídos lentamente por la agitación persistente, surgió espontáneamente de las condiciones en que vivían los obreros y sufrían la opresión. Su teoría vino mucho después de la práctica. Una y otra vez se produjo la misma serie de acontecimientos. En primer lugar, se producía una huelga local en una empresa determinada o en una fábrica, para protestar contra el alto precio del pan, o un movimiento de los agricultores sin tierras o de los campesinos en una aldea o zona rural dada.. La segunda etapa era un choque violento entre los manifestantes o los piquetes de huelguistas y la policía o una expulsión de los campesinos de la tierra que habían ocupado. En esta etapa, había con frecuencia muertos por disparos, casi siempre heridos serios y numerosos arrestos. La tercera etapa era, generalmente, de demostraciones de masas, que hacían intervenir en la cuestión a trabajadores de otras ocupaciones, además de los originalmente afectados y extendía con frecuencia los trastornos a una región amplia —por ejemplo,

del campo a la ciudad, o de la ciudad a los distritos vecinos—. Entonces se producían más encuentros con la policía, reforzada con frecuencia por soldados, más arrestos y más ataques con armas de fuego. Por entonces, si no había estallado ya espontáneamente una huelga general local, la cámara de trabajo local convocaba a todos los trabajadores a la huelga, a veces por un solo día, a veces por más tiempo. Había todavía más choques, algunos de los cuales conducían a batallas campales en las calles y una huelga general localizada en una ciudad producía a veces huelgas similares en otros lugares, en parte por simpatía con los primeros huelguistas, pero generalmente porque había bastantes agravios locales para llevar a los obreros a la calle. Estos movimientos casi nunca duraban mucho: el hambre que cundía entre los huelguistas y la ferocidad de la represión se encargaban de ello. Pero mientras duraban alentaban hondas emociones de masas y cuando terminaban dejaban una herencia de odio detrás. Francia, donde la doctrina de la huelga general era expuesta tan ardientemente por una serie de sindicalistas y social-revolucionarios de muchas clases, no tenía la experiencia continua de Italia de la huelga general en acción, como expresión de la violencia del sentimiento de clase en una sociedad donde no había una gran fuerza estabilizadora como había sido la de los campesinos en Francia, desde la revolución de 1789.

Hay que recordar siempre que, mientras en Francia y Alemania el derecho de voto correspondía, en los últimos años del siglo xix, a la gran masa de trabajadores y campesinos, en Italia seguía siendo, hasta 1912, privilegio de un sector, con la mayoría analfabeta de campesinos y trabajadores y el lumpenproletariado de las ciudades despojado de derechos políticos. Condiciones muy semejantes a este respecto existían en otros países —por ejemplo en Austria y Bélgica— y, como hemos visto, la huelga general se utilizó en ambos países como medio de presionar la demanda de sufragio universal. Pero las huelgas generales italianas no fueron utilizadas con este fin, ni fueron organizadas por el Partido Socialista en unión de los sindicatos, como las huelgas políticas de Austria y Bélgica. Eran, esencialmente, estallidos locales producidos por una represión mucho más salvaje que la sufrida en esos países. Además, había razones especiales para que en Italia la huelga general no fuera utilizada como arma para obtener la reforma electoral. La verdad es que el sufragio universal no ocupaba un sitio importante en las demandas de los socialistas italianos, que podían ver en ello el peligro de ser ahogados por la masa de votantes analfabetos e incultos, especialmente en el sur y en el centro; y, por supuesto, los anarquistas, que eran también una poderosa fuerza en el fondo, no querían reformar al Estado, sino destruirlo en sus raíces. A este respecto, las condiciones en Italia eran mucho más cercanas a las de

Rusia que a las de los países occidentales más adelantados. Si el norte de Italia hubiera permanecido separado del resto del país, habría podido integrarse una alianza socialista-sindicalista, si no al estilo alemán, al menos al estilo de Austria o Bélgica. Aun tal como estaban las cosas, semejante alianza empezó a crecer en la primera década del siglo xx, pero nunca abarcó más de una pequeña parte del país y no podía significar mucho, dadas las condiciones que prevalecían en el sur o en Sicilia y hasta en Cerdeña. El Partido Socialista Italiano, aun después de que su representación parlamentaria había dejado de ser casi exclusivamente de clase media, siguió siendo, en gran medida, un partido de líderes intelectuales sin lazos estrechos con la masa de trabajadores urbnos y menos aún con los trabajadores de las zonas rurales. Había intelectuales, por ejemplo en Sicilia, que hicieron grandes esfuerzos por establecer esos contactos con los grupos más explotados y atrasados pero, en su mayor parte, en las zonas rurales y en las ciudades hambreadas del sur, de Palermo a Nápoles., el abismo era demasiado grande. Aun en las ciudades del norte, donde los contactos entre intelectuales y trabajadores eran mucho más estrechos, no era fácil salvar barreras entre un partido representado principalmente por abogados, periodistas y profesores y un movimiento obrero que se sentía sin participación en el Estado y se reclutaba en las regiones rurales, con su espantosa carga de pobreza, ignorancia y opresión.

En estas circunstancias, no podía haber lugar para un Partido Social-Demócrata como el de Alemania, ocupado sobre todo en movilizar a una clase obrera con derecho de voto, para la conquista del poder político por medios electorales. Ni podía haber, como en Francia hasta 1905, una multiplicidad de partidos socialistas todos con un número considerable de miembros, obreros de fila, que debatían apasionadamente sus políticas rivales y las teorías que las respaldaban. El Partido Socialista Italiano, casi hasta 1914, permaneció unido, no porque sus miembros estuvieran más de acuerdo entre sí que los franceses, sino porque descansaba sobre una base mucho más estrecha de apoyo inteligente de la clase obrera. No tenía suficientes miembros proletarios activos como para permitirle dividirse sin bordear el desastre y se mantenía unido por la opinión común de sus líderes de que debía combatir a "los anarquistas por una parte y a la Iglesia y la reacción por otra, si quería tener oportunidad de éxito. Esta unidad formal no podía salvarlo de convertirse en campo de batalla de tendencias rivales, porque ninguna facción podía superar de tal manera a las demás como para dejar en el partido la huella firme de su doctrina.

No es de sorprender que ese movimiento produjera más bien una serie de pensadores socialistas individuales que un cuerpo coherente de pensamiento socialista. El socialismo italiano es rico en periódicos

y revistas de alta calidad intelectual y literaria, desde íí *Proletario,* de Nicolo Lo Savio, de 1865, y *La Plebe,* de Enrico Bignami, en 1863, hasta el siciliano ÍZ *Povero,* de Benoit Malon, en 1874, y la *Rivista Internazionale del Socialismo,* de Andrea Costa, en 1880, y, el más importante de todos, Cwore *e Critica,* de Filippo Turati, del que se hicieron cargo él y Ana Kuliscioff en 1891, desarrollándolo en la *Critica Sociale* de los años subsecuentes. También *Avanti,* iniciado en 1896 con Leonida Bissolati como editor, desempeñó un papel muy importante en el desarrollo del Partido Socialista, siendo el cargo editorial una posición clave muy disputada por las facciones rivales, que cambiaba del mismo modo que el equilibrio del poder entre ellas, con Mussolini como exitoso encargado, en los años críticos que precedieron a la primera Guerra Mundial.

En estos periódicos se expuso y discutió la teoría socialista, pero casi siempre en relación con doctrinas importadas más que nacionales. Los italianos seguían con profundo interés los procedimientos de la Segunda Internacional, la controversia revisionista en Alemania, y el *affaire Millerand* en Francia. Fuera de los periódicos traducían al italiano muchos trabajos socialistas extranjeros, especialmente los de Marx y los principales marxistas, así como de los sindicalistas franceses. También se traducían muchas obras anarquistas y había, por supuesto, literatura anarquista nacional, desde los días de la influencia de Bakunin hasta los escritos de Errico Malatesta.

Entre los escritores socialistas italianos el más conocido en el exterior es el filósofo de la historia Antonio Labriola (1843-1904), que empezó enseñando la concepción materialista de la historia en la Universidad de Roma, en 1891, y fue uno de los representantes de Italia en el Congreso Socialista Internacional de Zürich, en 1893. Labriola publicó el primero y segundo volumen de su estudio en cuatro tomos sobre el marxismo en sus aspectos históricos en 1895 y 1896, y fueron ampliamente traducidos, convirtiéndose el autor en un clásico socialista de segunda fila. Su influencia en Italia se basaba, sin embargo, principalmente en sus lecciones orales, que cubrían un campo mucho más amplio que el de sus trabajos publicados. Había empezado como seguidor de Hegel, pero pasó a un enfoque marxista más amplio. Difería, no obstante, de Marx al destacar, en su interpretación del desarrollo histórico, la capacidad creadora del hombre, negando que la historia humana siguiera un curso predeterminado, o que el progreso estuviera de alguna manera asegurado. La interpretación de la historia de Labriola, como la de Marx, es esencialmente económica: la historia es para él el desarrollo de la fuerza de trabajo del hombre y de las condiciones sociales que dependen de ella y surgen de ella. El trabajo, dice, es "el conocimiento en acción", y toda la teoría es un<

desarrollo y sistematización de este conocimiento práctico de la manipulación de las cosas: la historia es "el hombre que se produce a sí mismo" y desarrolla ideologías que tienen como fundamento la respuesta del hombre a su experiencia práctica. Así los hombres, con base en su trabajo, crean sociedades y las recrean y desarrollan constantemente, al cambiar sus relaciones con el proceso de producción. Las instituciones que crean se convierten en fuerzas que actúan sobre ellos, dé tal modo que el hombre es, en un aspecto, la criatura del medio que han creado los hombres, pero actúa constantemente también sobre ese medio y es creador a la vez que criatura en un proceso de reacción continua entre causa y efecto. Sus reacciones no están, de ninguna manera, predeterminadas: puede ir hacia atrás o avanzar y es posible que haga buen uso de las oportunidades que se abren ante él. La condición esencial del progreso es una apreciación realista de las posibilidades de las situaciones reales a las que tienen que hacer frente las sociedades humanas. Como Marx, Labriola descarta el utopismo, que es inconsistente con su enfoque realista. No podemos adivinar el futuro ni guiar nuestra conducta a buenos fines, mediante concepciones abstractas del bien. Tenemos que aprovechar las oportunidades como se presentan y limitar nuestra mirada hacia el futuro a lo que podemos ver en el pasado y el presente, como tendencias persistentes de las que podemos hacer uso práctico. Sobre esta base, Labriola abraza el método "crítico" de Marx y encuentra la noción de revolución proletaria justificada como interpretación de tendencias históricas reales. Del mismo modo, ve la socialización progresiva de los medios de producción como una tendencia manifiesta del desarrollo económico contemporáneo y considera que lleva en sí un movimiento hacia una estructura social en la que el dominio del hombre por el hombre ceda su lugar a la sociedad sin clases que descansará en la justicia igualitajia entre los hombres.

Algunos considerarán que este examen de las opiniones de Labriola exagera sus diferencias con Marx, de cuyas ideas fue más un intérprete que un crítico. El "hombre" que hace su propia historia —y puede no hacerla bien— es, en la concepción de Labriola, no el individuo, sino la masa, sujeta a una experiencia común dé las condiciones reales de vida. Ningún autor es más severo en sus reflexiones sobre la teoría histórica del "héroe". Para Labriola, como para Marx, las fuerzas creadoras de la historia son clases: es por la clara expresión de este concepto, sobre todo, que ve el *Manifiesto Comunista* como un documento de notable importancia histórica y destaca el punto de que Marx no hizo más que exponer claramente un concepto que tenía sus raíces en las condiciones reales de la sociedad capitalista y que debía encontrar su expresión teórica como derivado de la experiencia vital.

Labriola subrayó el hecho de que la burguesía —la clase capitalista— y el proletariado son dos emanaciones necesariamente coexistentes de la forma capitalista de producción, inteligibles sólo si se estudia a cada una en relación con la otra. Su doctrina, tanto como la de Marx, descansaba en el concepto de la lucha de clases, y pensaba que más las clases que los individuos encontrarían el camino en las sociedades nuevamente integradas, donde las clases desaparecerían. Compartía también, íntegramente, la concepción de Marx del Estado como órgano del dominio de una clase y deseaba su desaparición. En verdad, a pesar de su negación de la inevitabilidad del progreso, escribía a veces como si considerara el advenimiento de la sociedad sin clases basada en la propiedad social y la administración colectiva como seguro y sostenía sólo que las formas precisas que adoptaría no podían ser previstas: de modo que parecía estar de acuerdo, en esta cuestión, con la corriente general de los marxistas. Creía tanto como Marx en la "necesidad histórica". Escribió: "La comprensión teórica perfecta del socialismo está hoy, como siempre lo ha estado y lo estará, en la comprensión de la necesidad histórica, es decir, en la conciencia de la manera en que surge." Pero siguió combinando esta concepción de la necesidad con una idea del papel creador del hombre que, si no era fundamentalmente distinto del de Marx, se expresaba, sin embargo, diversamente y parecía representar a la acción humana menos como consecuencia necesaria de fuerzas inexorables actuando sobre el hombre que como una interacción entre esas fuerzas y el espíritu creador del hombre.

Las obras de Labriola influyeron considerablemente en Sorel y, en verdad, en todo el pensamiento intelectual sindicalista. Su interpretación de la historia parecía dejar más campo que la de Marx para el papel creador del hombre y atraía a los que sentían disgusto ante el determinismo aparentemente rígido de la doctrina de Marx, expuesto en el *Manifiesto Comunista.* Tuvo también alguna influencia en la formulación menos rígida de Engels en sus escritos posteriores. Engels y Labriola sostenían correspondencia y algunas de sus cartas han sido publicadas.

Después de Labriola, el teórico más importante del socialismo italiano fue su compañero de cátedra, el penalista Enrico Ferri (1856-1929), uno de los fundadores de la escuela de la "Criminología positiva". Ferri, como Lombroso, con quien trabajó, insistía en que la criminología científica debía empezar con el estudio del criminal más que del crimen, para penetrar en las raíces psicológicas y sociales de la conducta criminal. Como socialista, insistió en que la causa de la criminalidad debía encontrarse, en gran medida, en las condiciones económicas y en los factores hereditarios asociados a ellas. Contra

Lombroso, subrayaba la posibilidad de reformar al criminal ayudándolo a lograr una mejor adaptación a su medio y destacaba también la importancia de medidas sociales destinadas a evitar el crimen, brindando salidas distintas a los impulsos potencialmente criminales, en vez de reprimir simplemente la conducta criminal. Llamó a esto la doctrina de los "sustitutos penales". Ferri, como profesor de Derecho Penal en Roma, tenía gran influencia sobre la teoría penal en Italia y también viajó mucho extendiendo el conocimiento de sus ideas. Como pensador socialista en otros terrenos, es mucho menos importante. Su libro más conocido, *Socialismo y ciencia positiva* (1894), expone la opinión de que el marxismo debe ser considerado el complemento social de las ideas de Darwin y Spencer sobre la evolución y que estos tres hombres, reunidos, constituyen la gran trinidad de la ilustración del siglo xix. En sus ideas evolucionistas, no obstante, estaba con frecuencia más cerca de Spencer y de Lamarck que de Darwin, subrayando las posibilidades de adaptación creadora contra las de selección puramente natural. En efecto, como vimos, esta concepción de la evolución creadora fue utilizada por él como base para parte de su teoría criminológica.

Como socialista, Ferri surgió y se hizo un nombre como líder de la izquierda del Partido Socialista Italiano, al que entró en 1893, en oposición al reformismo de Turati. Nunca un "intransigente" total, fue el principal vocero del ala izquierda de la facción "integralista". Durante bastante tiempo fue editor de *Avanti*, pero sus opiniones cambiaron gradualmente, y pasó por etapas primero a la derecha del partido y, finalmente, fuera de éste. Desde 1897, fue el líder del grupo principal de opositores al reformismo de Turati pero, combatido por el auge del sindicalismo como fuerza dentro del partido, se unió a Turati en 1908 para derrotar a la izquierda, dejando a Morgari a la cabeza del grupo integralista. En sus últimos días, apoyó al fascismo.

Filippo Turati (1857-1932), aunque se cuenta entre las principales figuras de la *intelligentzia* del socialismo italiano, no puede considerarse un pensador original. La revista *Critica Sociale*, que dirigió con su esposa, la refugiada nihilista rusa, Anna Kuliscioff (1857-1925), fue por mucho tiempo el periódico en que se ventilaron más seriamente las ideas socialistas y Turati no era un mal escritor. Pero lo que tenía que decir no era mucho. Estaba convencido de que las tácticas revolucionarias eran pasadas de moda y que el camino hacia adelante para el socialismo italiano era a través de la acción parlamentaria destinada a mejorar las condiciones sociales y favorecer el desarrollo económico. Creía en la constitución de fuertes sindicatos y sociedades cooperativas al estilo occidental y en la integración de una estrecha alianza entre ellos y el Partido Socialista. Su' concepción de la acción

política progresiva lo impulsaba necesariamente, en vista del subdesarrollo del país, a abogar por la cooperación con los partidos burgueses dondequiera que se presentara una oportunidad de obtener que se promulgaran importantes leyes sociales con su ayuda; y, en el Partido Socialista, estuvo batallando constantemente contra los intransigentes que exigían que se mantuviera alejado de compromisos con otros partidos y también contra los sindicalistas, cuya concepción del sindicalismo era muy diferente de la suya. En la Segunda Internacional, su apoyo de la acción conjunta con la izquierda burguesa lo condujo a la oposición con el núcleo central de la opinión socialista, dominado por los social-demócratas alemanes. Siempre del lado moderado, estuvo con frecuencia fuera del favor de su propio partido, pero era un socialista evolucionista convencido y leal, y siguió siéndolo hasta el fin. Se opuso a las guerras de África y difirió agudamente del grupo de Bissolati, que las apoyaba. En relación con las guerras de los Balcanes, estaba en favor de la estricta neutralidad y cuando estalló la guerra en 1914 siguió la misma línea, abogando por la formación de un bloque activista de países neutrales para intervenir y obligar a los beligerantes a hacer la paz. Cuando el fascismo apareció se opuso vigorosamente a él, permaneciendo en Italia hasta 1926, cuando escapó a Córcega y de allí se dirigió a París, donde murió seis años después.

Del lado anarquista, los principales pensadores italianos fueron Errico Malatesta, cuyas ideas fueron brevemente examinadas en el segundo volumen de esta obra, y Francesco Merlino, quien fue elogiado por Sorel. Merlino estaba entre los anarquistas que trataron de lograr que se les admitiera en el Congreso Internación"] Socialista Guesdista de París, en 1889, pero se le negaron credenciales y fue expulsado.

La obra más conocida de Merlino, *En pro y en contra del socialismo,* apareció en 1897 y fue seguida por *La Utopía colectiva* al año siguiente. Sorel admiraba mucho a Merlino, cuya doctrina era una especie de socialismo sindicalista, que criticaba mucho al parlamentarismo y subrayaba la espontaneidad y la acción directa. Malatesta también trató de lograr que se le aceptara como delegado a la Internacional, pero fue igualmente rechazado. Era, sin duda, el menos transigente de todos los anarquistas y el más persistente en tratar de incitar revueltas armadas, aun cuando no tenían la menor posibilidad de éxito. Su filosofía social era muy parecida a la de Bakunin: era anarco-comunista más que industrialista, pero destacando mucho la necesidad de acción rebelde positiva como medio de mantener vivo el espíritu de rebeldía.

De los escritores sindicalistas, Arturo Labriola es el más importante. Su primera obra sustancial fue *Reforma y revolución social* (1904),

que fue seguida de un libro sobre Marx como economista y teórico del socialismo (1908). Su *Historia de diez años* (1910), que cubre el periodo de 1899 a 1909, es una fuente histórica importante, y su *Socialismo contemporáneo* (1910) es la mejor exposición general de sus ideas. Escribió también un agudo estudio sobre la *Opinión socialista y la guerra de Trípoli* (1913) y colaboró con artículos descriptivos sobre el socialismo italiano en el *Mouvement Socialiste* de Lagardelle. Tuvo relaciones estrechas con el grupo de Lagardelle en Francia. Abogaba por el tipo de sindicalismo favorecido por Fernand Pelloutier, pero no era un opositor definitivo de la acción política, aunque era muy hostil al género de socialismo parlamentario representado por hombres como Turati.

Durante un tiempo, el gran liberal italiano Benedetto Croce (1866-1952) se interesó profundamente por el marxismo y también él estuvo en estrecho contacto con Sorel y Lagardelle y con el *Mouvement Socialiste.* Escribió, en 1907, un célebre artículo sobre Sorel, que apareció como introducción a la traducción italiana de las *Reflexiones sobre la violencia.* El conocido estudio de Croce, *El materialismo histórico y el pensamiento económico de Karl Marx* (1900), fue traducido al francés con una introducción de Sorel y apareció también en inglés. Los maestros de Croce en el pensamiento histórico no eran, por supuesto, Marx, sino Francesco de Sanctis y, más atrás, Vico. Pero se acercó con mucha simpatía al estudio de la teoría marxista de la historia, porque destacaba la evolución de las "fuerzas de producción" y por su intento de formular una concepción científica. Su influencia se unió a la de Antonio Labriola para dar una orientación humanista a gran parte del pensamiento socialista italiano.

Un economista italiano que, aunque no socialista, fue considerablemente influido por las ideas socialistas es Achille Loria (1857-1934), cuyo *Análisis de la propiedad capitalista* (1889) dio mucha harina al molino socialista. Loria era un vigoroso crítico del sistema capitalista y, especialmente, de la explotación de los productores por la extracción de la renta. Sus remedios, sin embargo, eran buscados en la difusión de la propiedad y en la abolición de la renta, más que en la socialización y, aunque rindió cálido tributo a los socialistas por sus críticas a la sociedad capitalista, rechazó sus conclusiones.

CAPÍTULO XX

ESPAÑA

En el periodo de la Segunda Internacional, el Partido Socialista Obrero Español, presidido por Pablo Iglesias, ofreció el curioso espectáculo de un partido exageradamente moderado y constitucional, operando en un medio de extrema ilegalidad y violencia. Estrechamente conectado con él estaba el movimiento sindical —la Unión General de Trabajadores (U. G. T.)— que, en su mayor parte, compartía su moderación y hacía lo posible por practicar métodos pacíficos de contratos colectivos —cuando podía hacerlo—. Pero la U. G. T. tenía pocos seguidores: en 1910 el número de sus afiliados era sólo de 42 000 en total* y su influencia se limitaba a algunas regiones particulares —especialmente Castilla, Bilbao y Asturias—. Había, además, un movimiento sindical mucho más amplio, con su centro en Barcelona y con importantes asociaciones con los continuos movimientos revolucionarios de Andalucía. Este movimiento sindical rival tuvo diversos nombres: no quedó plenamente constituido como Confederación Nacional del Trabajo (C. N. T.) hasta 1911, pero había existido antes por largo tiempo. No es posible discernir cuánto mayor que la U. G. T. era, porque las estadísticas sobre el número de sus afiliados no proporciona una idea clara de su verdadera potencialidad. Puede afirmarse que fue capaz de un rápido crecimiento y decadencia y que, en cualquier momento, su influencia se extendía mucho más allá de los que contribuían efectivamente a sus fondos. En verdad, apenas tenía fondos. No pagaba beneficios, apenas empleaba funcionarios asalariados y manejaba sus asuntos con el mínimo de organización formal. Su dirección era predominantemente anarquista y los anarquistas que inspiraban su política actuaban como grupo. Pero no existía una organización central anarquista con nombre o públicamente constituida: la célebre Federación Anarquista Ibérica (F. A. I.) no se estableció formalmente hasta 1927. Hasta entonces, los anarquistas estaban organizados en grupos pequeños, en su mayoría secretos, unidos por una red de periódicos, que desaparecían y reaparecían constantemente y circulaban en muchos casos clandestinamente, y por juntas clandestinas informales de

* Otras fuentes dan cifras mucho más elevadas ya en 1912. Tanto para éste como para otros puntos de detalle, y aun de apreciación general, en que hubiera podido rectificarse la información del autor, remitimos al lector a la bibliografía original en español, y particularmente a las obras de J. J. Morato y F. Mora, citadas por él en la página 211. [T.]

revolucionarios profesionales que compensaban su deliberada falta de organización sistemática con energía y determinación.

A finales del periodo que examinamos en este capítulo —es decir, la década anterior a 1914— este segundo movimiento, centrado en los sindicatos que formaron la C. N. T., estuvo cada vez más sujeto a las influencias francesas. En las filas del anarquismo español, apareció un núcleo de anarcosindicalistas que querían subrayar la necesidad de integrar un apoyo continuo de masas entre los trabajadores, mediante la participación activa en un movimiento sindical organizado, contra la política de descansar en una pequeña *élite* revolucionaria para que ésta encabezara cualquier estallido espontáneo de malestar obrero o campesino. La primera diferencia entre las dos escuelas de pensamiento correspondió al papel que debían desempeñar en los sindicatos los anarquistas conscientes. Los anarco-sindicalistas sostenían que los anarquistas debían participar en la labor cotidiana de los sindicatos y debían estar dispuestos a hacer las transacciones necesarias para representar a los trabajadores en sus luchas diarias; mientras que los anarquistas "puros", aunque dispuestos a lanzarse a los conflictos obreros y campesinos, sostenían que esto debía hacerse siempre con el propósito inmediato de dar a estos conflictos un carácter revolucionario. No había una clara línea divisoria entre ambos grupos, pero sin duda, bajo la influencia del sindicalismo francés, el acento varió, en los primeros años del siglo, más y más hacia el anarco-sindicalismo y, con ello, hacia el intento de constituir una forma más amplia de sindicato, sobre una base clasista, y una estructura de organización más constante en cada gran empresa industrial y entre los distintos grupos ocupacionales en cada centro de población.

En España, entonces, el ala izquierda del movimiento obrero era anarquista o anarco-sindicalista y el ala derecha era socialista. En Madrid, Bilbao, Asturias y algunas otras regiones predominaban los socialistas, aunque no sin competencia. Por otra parte, en Cataluña, la parte más altamente industrializada del país, y en su mayoría en el resto del este y el sur del país, predominaba el anarquismo y era fuerte no sólo entre los trabajadores industriales, sino también entre los campesinos y trabajadores agrícolas sin tierras de los distritos rurales —sobre todo, en esa perpetua cuna de miseria y tumultos, Andalucía—. Había otras regiones donde ni los anarquistas ni los socialistas tenían mucho control —por ejemplo, en la católica y carlista Navarra y en casi todo el país vasco y gran parte de la árida región central de España —Castilla la Vieja y Castilla la Nueva y León— y, salvo en momentos excepcionales, casi toda Extremadura en el oeste y Galicia en el extremo noreste. El control de la Iglesia católica sobre el pueblo era mucho mayor en el norte, excepto en Cataluña. Este control se extendía hasta Ara-

gón, pero tropezaba allí con una fuerte influencia anarquista, centrada en Zaragoza. En casi todo el resto del país, la Iglesia era intensamente antipopular —y hasta detestada por la gran" masa de los pobres, así como por una alta proporción de los intelectuales—. El ejército era tradicionalmente anticlerical, aunque bastante menos después de las guerras carlistas de los años setenta, al terminar las cuales los oficiales carlistas fueron incorporados al ejército nacional.

Las condiciones de la agricultura y la tenencia de la tierra eran muy diferentes de una región a otra. El sureste y la parte meridional de la meseta central (es decir, Extremadura, el oeste de Andalucía y La Mancha) constituían la región de los vastos latifundios, propiedad de los grandes terratenientes que las cultivaban o no y que podían, en cualquier momento, matar de hambre a la desgraciada población de sus dominios, negándose a explotar la tierra. El resto del sur, casi todo el este y el norte de la meseta central estaban principalmente en manos de terratenientes poseedores de dominios menos extensos y que arrendaban pequeñas fincas por plazos muy cortos, lo que no daba a los arrendatarios ni los medios ni el incentivo de mejorar la tierra. Casi toda esta región tenía escasez de lluvias y estaba sujeta a temporadas de granizo destructor, que hacía precario el cultivo con arado y exponía a los infortunados campesinos a terribles desgracias en los tiempos malos. Pero aun en el sur y más aún en la costa oriental —el Levante— había sitios de suelo fértil y bien provisto de agua, especialmente alrededor de Valencia; y, en estos distritos, los terrenos eran más productivos, los arrendamientos más largos y los arrendatarios estaban mucho mejor que en cualquier otro lugar. Condiciones semejantes existían en gran parte del norte —fincas de extensión mediana y con largos términos de arrendamiento— pero en el noreste, en Galicia, la tierra estaba dividida en pequeños lotes donde apenas podían vivir los arrendatarios, y en los distritos vinícolas de Aragón y Cataluña había agravios relacionados con un sistema obsoleto de arriendos, que afectaban grandemente a la seguridad de los cultivadores campesinos. Estas diferencias de condiciones agrícolas y de tenencia de la tierra explican en gran medida las actitudes sociales ampliamente diferentes y la conducta de los campesinos en las diversas regiones. Pequeñas fincas con cortos arriendos, especialmente en las regiones afectadas por el granizo, significaban las formas más violentas de disturbios agrarios; los grandes latifundios significaban, por la situación relativamente indefensa de sus habitantes, estallidos más ocasionales pero no menos violentos. Terrenos más adecuados, con mejores lluvias y arriendos razonablemente largos implicaban generalmente condiciones rurales mucho menos trastornadas, pero capacitaban también más a los campesinos para la organización sostenida cuando tenían quejas reales.

España era —y lo sigue siendo hoy—, principalmente, un país agrícola, con la mayoría de la tierra laborada, si lo está, a niveles de eficiencia muy bajos, porque los terratenientes no invierten capital en la tierra y los que la cultivan no tienen que invertir. Los terratenientes, aristócratas o burgueses de las ciudades, eran principalmente rentistas: en el norte, en considerable medida, recibían sus rentas en especie, como participación del producto, pero en la meseta central y más al sur con pagos en dinero por arriendos cortos. En todas partes, salvo en algunas regiones afortunadas, la tierra estaba subcapitalizada y sólo se utilizaban los implementos agrícolas más primitivos. Grandes extensiones permanecían sin cultivar y los campesinos que trataban de utilizarlas eran expulsados una y otra vez por la violencia. La guerra agraria era endémica y lo había sido durante siglos: el Estado se enfrentaba al campesino casi exclusivamente como el policía de las clases terratenientes que lo controlaban.

Cataluña, como hemos visto, era la parte más industrializada de España y el principal proveedor de bienes de consumo al mercado español. Los otros centros industriales importantes se ocupaban principalmente de la minería y la elaboración de metales —Bilbao v las regiones mineras de Asturias en el norte, Rúo Tinto en el sureste y el distrito minero cercano a Córdoba—. El capital extranjero se interesaba cada vez más en las minas y la elaboración de los metales; Cataluña era el centro de un capitalismo nacional que invertía sus excedentes fuera y dentro de su región —por ejemplo, en bancos y en la industria eléctrica—. Los vascos también intervenían en las finanzas y en la industria, mientras que los castellanos que dominaban el gobierno central eran esencialmente rentistas. Madrid no fue jamás un centro industrial realmente importante. Hasta su movimiento obrero tendía a ser dominado por los obreros de "saco negro" y los artesanos de los más viejos oficios.

Barcelona era, en un sentido realista, la capital económica de España; pero el centro político era Madrid, no sólo en el sentido de que Madrid era la sede del gobierno, sino también porque promovía la centralización contra el intenso regionalismo de gran parte del país. Castilla era el centro unificador, tratando siempre de dejar su marca en la multiplicidad de las provincias exteriores. En el periodo que revisamos en este capítulo, el nacionalismo ganaba fuerzas no sólo en Cataluña, sino también en el País Vasco. En otras regiones, lo que imperaba no era el nacionalismo, sino un intenso localismo que resurgía en cualquier momento de tensión. En Andalucía, en Levante y en Aragón —y, en verdad, en otras muchas regiones— había una disposición instintiva, en tiempos de trastornos, a proclamar la total independencia de la comuna local o de la región. Esto fue lo que

ocurrió en 1873, casi simultáneamente con la proclamación de la República Federal después de la retirada de Amadeo de Saboya. Lo que se proclamó entonces fue, en realidad, un Estado *federal,* y su primer presidente, Francisco Pi y Margall, era el líder de un Partido Federalista que sostenía el principio de la autonomía regional contra la tendencia centralizadora de la monarquía castellana. Pi y Margall había traducido la obra de Proudhon, *Du -principe fédératif,* y había escrito y hablado elocuentemente contra los abusos del poder centralizado. Pero no quería que España se dividiera totalmente en numerosos Estados o en un número todavía mayor de comunas locales independientes. El instinto, no obstante, de cualquier grupo fuera de la España central, al verse aliviado de las presiones externas y verse momentáneamente dueño de su casa, era declararse totalmente autónomo y dedicarse a reordenar sus asuntos locales, importándole muy poco lo que pudiera ocurrir en otra parte. Esta afirmación debe matizarse en relación con las regiones carlistas —Navarra, el País Vasco, y partes de Aragón— que eran realistas-católicas al mismo tiempo que regionalistas-nacionalistas y querían la plena autonomía, con un monarca católico. Estas regiones estaban ya en rebeldía cuando se estableció la República Federal; fue el este y el sur de España lo que se desintegró y, al recurrir al puro localismo, abrió el camino para que el ejército restableciera la monarquía en la persona de Alfonso XII.

En el segundo volumen de esta obra se dijo algo de la historia de la Primera Internacional en la Península Ibérica. Vimos entonces cómo el emisario de Bakunin, el mecánico italiano Giuseppe Fanelli (1826-1877), que visitó España en 1868, plantó la semilla de la Internacional en Barcelona y Madrid, en el momento mismo en que la expulsión de la reina Isabel había puesto en el crisol a todo el futuro gobierno del país —y, en verdad, a toda su estructura social—. En ese desorden, los trabajadores de las ciudades adquirieron por el momento una gran libertad de formar asociaciones abiertamente y en Barcelona y Madrid surgieron agrupaciones federales así como clubes de diversos oficios. En Barcelona y sus alrededores, los trabajadores textiles tomaron la delantera para integrar una unión federal; en Madrid, los impresores eran el grupo más articulado. En ambas regiones, las secciones de la I. W. M. A., formadas bajo la influencia de Fanelli, eran al principio grupos muy pequeños, distintos de los sindicatos en embrión que se iniciaban en numerosos oficios. Pero en Barcelona, particularmente, los sindicatos empezaron a identificarse rápidamente con la Internacional. La Central Federal de Sociedades de Trabajadores, que se había formado allí, se unió a la I. W. M. A. en 1869, y dos años después la Unión Manufacturera de las Tres Clases, nueva sociedad de los trabajadores textiles, declaró su solidaridad con la Internacional.

En 1870 se había constituido plenamente una Federación Regional Española de la I. W. M. A., con su cuartel general en Barcelona y el círculo interior de bakuninistas había fundado una especie de hermandad o alianza secreta, a través de la cual esperaban dirigir y controlar el movimiento.

Ese año, el ejército y los liberales hicieron a Amadeo, de la Casa anticlerical de Saboya, rey de España, y trataron de instituir una monarquía constitucional. A principios del año siguiente, hubo grandes huelgas en Barcelona, que tuvieron como resultado considerables ganancias para los trabajadores; pero el gobierno, tratando de restaurar el orden, empezó arrestando y persiguiendo a los líderes obreros. El Consejo de la I. W. M. A., para escapar al arresto, se trasladó en masa a Portugal, donde logró constituir una sección portuguesa. En agosto estaban de vuelta y, en septiembre, la Federación Española de la I. W. M. A. efectuó en Valencia un Congreso del pleno, donde decidió subdívidir a España en cinco regiones unidas por una oficina federal común y establecer Uniones de oficios e industrias dentro de la organización general.

En enero de 1872, el ministro liberal Sagasta ordenó la disolución de la I. W. M. A. como organización ilegal, ya que la legislación de sindicatos introducida en 1868 se limitaba a organismos sin afiliaciones extranjeras. Los líderes de la I. W. M. A. formaron, entonces, un organismo secreto de defensores de la Internacional, pero en la práctica la disolución no cambió mucho las cosas y la Federación Española siguió funcionando tan abiertamente como antes. En abril de 1872 efectuó un Congreso en Zaragoza, donde se aprobaron numerosas resoluciones redactadas por Bakunin.

Hasta ese momento, los españoles apenas habían sido afectados por la gran disputa que llevaba a la deriva a la Internacional. La Federación Regional Española había sido fundada por influencia bakuniniana y ningún emisario marxista había aparecido. Por una vez, Barcelona y Madrid parecieron trabajar en amigable unión. Esto, sin embargo, varió pronto después de la llegada a Madrid, cerca de finales de 1871, del yerno criollo de Marx, Paul Lafargue, como refugiado de la Comuna de París. Lafargue fue a España con una misión definida de Marx y Engels para declarar la guerra a los seguidores de Bakunin y empezó de inmediato a intrigar contra el grupo dominante. En Barcelona, donde se encontraba el corazón del movimiento, no podía abrirse paso, pero logró atraer al lado de Marx a un grupo de miembros madrileños de la Internacional y asegurar el control del periódico, *La emancipación,* que habían abierto, con José Mesa como editor, en junio de 1871. Anselmo Lorenzo (1841-1914), que había representado a España en la Conferencia de la I. W. M. A. ese año, era in-

transigente bakuninista y pronto se declaró la lucha en Madrid, entre ambos grupos. En el Congreso de La Haya de 1872, cinco delegados pretendieron representar a España. Sólo uno de ellos, Lafargue, votó del lado marxista. Los demás, Rafael Farga Pellicer (1844-1890), Nicola Alonso Marselau (antiguo sacerdote), Tomás González Morago y el francés Charles Alerini eran todos bakuninistas. Dos, Morago y Farga Pellicer, fueron después al Congreso Anarquista Internacional en St.-Imier.

Entretanto, en junio de 1872, Lafargue y su grupo, conocido por el periódico como el "Grupo Emancipación", habían sido expulsados de la sección madrileña de la I. W. M. A. y habían establecido una "Nueva sección madrileña" con principios marxistas. La Nueva sección fue, de hecho, un antecedente directo del Partido Socialista Español. Incluía, además de Lafargue, a la mayoría del grupo que debían convertirse en líderes del socialismo español en su larga lucha contra el predominio anarquista. Entre ellos estaba el formador Pablo Iglesias (1850-1925), que debía presidir por tantos años el Partido Socialista; pero en un principio la figura principal era José Mesa (1829-1898), quien después se estableció en París como periodista y, asociándose estrechamente a Jules Guesde, dio regularmente a Iglesias material marxista procedente de Francia y marcó con el carácter guesdista al nuevo Partido Socialista Español. Otras figuras principales incluían a Francisco Mora, historiador del Partido Socialista Español y su secretario por algún tiempo, y Juan José Morato Caldeiro (n. 1864), que sobrevivió para escribir la vida de Iglesias y un libro sobre el partido, en 1931.

En diciembre de 1872, en el Congreso de Córdoba de la I.W.M.A. española, este grupo combatió sin éxito a los anarquistas, encabezados por Lorenzo, Morago, Farga-Pellicer y Fermín Salvochea (1842-1907). La decisión fue inequívoca: los "minoritarios" de Madrid encontraron muy poco apoyo entre los demás. Pero el Congreso de Córdoba, aunque definitivamente antiparlamentario, adoptó gustosamente un programa bastante moderado, que difería poco en sus principales demandas sociales del de los federalistas de Pi y Margall. Sus rasgos principales eran la jornada de ocho horas, mejores condiciones sanitarias en las fábricas y educación universal, gratuita y laica. Su anarquismo se reveló, más bien, en su negativa a dotar al comité central electo con facultades por encima de los grupos regionales y locales. Como el Congreso Internacional de St.-Imier, no aceptaría más que una oficina central de correspondencia, desprovista de autoridad ejecutiva. La acción local espontánea, libremente coordinada al estímulo del momento, sería la orden del día.

Los marxistas, separándose de la principal organización española

de la I. W. M. A., efectuaron su reunión en Valencia, en enero de 1873, y procedieron a establecer otra Federación Española, que efectuó un Congreso en mayo en Toledo, pero desapareció rápidamente. Con anterioridad, las elecciones efectuadas en marzo de 1873 habían resultado en una mayoría republicana y, en junio, se proclamó la República Federal con Pi y Margall como presidente, sólo para disolverse casi instantáneamente ante el movimiento cantonalista. Hubo estallidos en diversos lugares del país y, en muchas regiones, incluyendo Barcelona y Cartagena, los insurgentes locales, en vez de unirse a la República Federal, proclamaron la completa independencia de sus comunidades. Pi y Margall fue depuesto, y las fuerzas del gobierno bombardearon Cartagena, donde se había instalado el más enérgico movimiento revolucionario. En enero de 1874, después del golpe de Estado del general Pavía, se disolvió de nuevo la I. W. M. A. española y lo que quedó de ella pasó a la clandestinidad. Los centros de actividad obrera, como el Ateneo de los Trabajadores, fueron cerrados y muchos centros locales del sindicalismo fueron suprimidos. En junio, los remanentes de la I. W. M. A. pudieron efectuar un Congreso secreto en Madrid, pero antes de terminar el año, levantamientos militares pusieron fin a la República. Alfonso XII fue proclamado rey y el conservador moderado Antonio Cánovas del Castillo empezó su largo periodo de ascendencia política. Dos años después, terminó la guerra carlista y España volvió a unirse bajo el gobierno monárquico.

En el periodo de la monarquía de Saboya y de la República Federal no había habido unidad entre los políticos radicales, anticlericales, republicanos y los líderes de los caóticos movimientos campesinos y obreros que encontraron expresión parcial en el apoyo dado a la I.W.M.A. La principal diferencia entre federalistas e internacionalistas no era de programa, sino de composición y método. Los federalistas eran políticos y obtenían su apoyo principalmente de la *intelligentzia* y la clase media: tenían poco apoyo popular, aunque muchos de ellos eran socialistas en cierto sentido —discípulos o semidiscípulos de Proudhon—. Los pertenecientes a la Internacional, por otra parte, eran esencialmente un grupo obrero, aunque incluían a algunos intelectuales. Su apoyo estaba en esta etapa principalmente entre los trabajadores urbanos, aunque ya empezaban a establecer nexos con regiones de descontento agrario. No eran políticos y no simpatizaban en su mayoría con la burguesía intelectual, aunque compartían y superaban, en verdad, su hostilidad hacia la Iglesia católica. Se rebelaban contra la autoridad y su campo de rebelión era la fábrica o la comunidad rural, en donde descansaba su fuerza y no en la arena política, donde no eran nadie. No deseaban crear un nuevo Estado, ni siquiera con base federal, sino destruir la autoridad política que siempre había

actuado contra ellos y sido utilizada en servicio de las clases terratenientes y patronales. Pi y Margall y sus federalistas querían, sin duda, la reforma agraria, la educación laica universal y la destrucción de la burocracia central. Pero Pi y Margall creía en la acción gradual y constitucional, sin violencia: desconfiaba de los efectos de la fuerza, y se disponía a esperar. Ellos, por otra parte, veían a su alrededor desgraciados que no podían esperar y la violencia era el único medio que conocían para lograr que se les prestara atención. Tampoco creían que Pi y Margall y sus partidarios, por sinceros que pudieran ser, tuvieran la menor probabilidad de conseguir lo que querían con un Estado o un parlamento de cualquier género. En cualquier momento un pronunciamiento militar podría poner fin a la República Federal, tan fácilmente como había expulsado a Isabel del trono. En consecuencia, su tarea, tal como la concebían, consistía en todo lo que estaba en sus posibilidades para quebrar y disipar al poder central y, tomando en sus propias manos el control local, aniquilar la autoridad repartiéndola entre todos.

De 1874 a 1881, la I. W. M. A. mantuvo sólo una existencia a la sombra. El intento de Juan Oliva Moncasi (1855-1879) de matar al rey en 1878 fue seguido de arrestos en masa de anarquistas sospechosos y, en Andalucía, por el reino del terror. Como en otras épocas de represión severa, el ala izquierda reaccionó recurriendo a tácticas terroristas. Las conferencias de la I. W. M. A., en 1878 y 1879, dirigieron la actividad terrorista y las represalias contra las clases dominantes, quemando edificios y fincas. En 1880, hubo muchas huelgas y disturbios campesinos en Cataluña y en el sur; y, en Cataluña, el gobierno respondió suprimiendo los sindicatos. Pero tales supresiones no tuvieron jamás un efecto durable. A principios del año siguiente, el gobierno liberal de Sagasta permitió de nuevo los sindicatos. La vieja I. W. M. A., que había caído en descrédito y no tenía ya ningún carácter representativo, sostuvo una conferencia final y se disolvió, sólo para resurgir de nuevo en septiembre, en Barcelona, con el nuevo nombre de Federación de Trabajadores de la Región Española. Al año siguiente, hubo un rápido crecimiento de la organización: el Congreso de Sevilla de ese año se caracterizó por agudas diferencias entre los catalanes moderados y los terroristas andaluces, pero no ocurrió una división efectiva. El mismo año, no obstante, un grupo del sur, con centro en Jerez, se separó con el nombre de 'los desheredados", pero la Unión Manufacturera de Cataluña, la principal organización de los trabajadores fabriles de Barcelona, se mantuvo firme. En 1883 se produjo el célebre asunto de la Mano Negra en la región de Jerez. Todavía hoy no se sabe cuánto de verdad había en los alegatos de una gigantesca conspiración anarquista de asesinatos y rapiña que las auto-

ridades propagaron y utilizaron como base para condenar en masa a los anarquistas sospechosos; pero parece indudable que los agentes provocadores estuvieron muy activos y que la gran mayoría de los cargos fueron enteramente inventados. De cualquier manera, los sobrevivientes que quedaron en prisión fueron puestos en libertad, finalmente en 1903. El Congreso de Valencia de 1883 condenó a los terroristas que, desde entonces, se separaron e hicieron lo posible por continuar con su política extremista.

En 1885, murió Alfonso XII, dejando como heredero a un niño y la reina madre, María Cristina, se convirtió en Regente. Los políticos, asustados por el peligro de una minoría real, entraron en el pacto de El Pardo, por el cual acordaron, en efecto, compartir el poder a través de gabinetes alternos de liberales y conservadores. El liberal Sagasta asumió el poder y procedió de inmediato a adoptar una política conciliatoria, que incluía una mayor libertad de prensa y la organización de sindicatos. Cinco años después, Sagasta instituyó el sufragio para todos los varones, mientras que hasta entonces los trabajadores, que eran en su mayoría analfabetos, no habían tenido el derecho de voto. Pero en tanto que en otros países la adopción del sufragio general masculino alteró profundamente la situación electoral, en España no tuvo prácticamente ningún efecto, por mucho tiempo. Para todos los fines, el gobierno siguió manejando las elecciones como le placía, hasta el extremo de decidir desde el centro quiénes debían ser elegidos, no sólo por su propio partido, sino también para representar a los grupos reconocidos de la oposición. Los métodos por los cuales se obtuvo este singular resultado diferían de una región a otra. En las grandes ciudades, se hacía principalmente manipulando las listas electorales o, cuando esto no bastaba, simplemente contando mal los votos y destruyendo las boletas que no convenían. En las pequeñas ciudades y en las regiones rurales, el principal método era el de la intimidación directa. El gobierno utilizaba como agentes electorales a los influyentes locales, que empezaron a ser conocidos como "caciques" —generalmente terratenientes u otros ciudadanos prominentes—. La labor del cacique era asegurar que los electores votaran por los candidatos a los que el gobierno deseaba dar el triunfo y lo hacía amenazando a los arrendatarios con echarlos fuera y a los empleados con la pérdida de sus trabajos si votaban de otra manera. Se practicaba con tanta efectividad esta intimidación que no era raro que en los distritos donde se producían más disturbios se eligiera a las mismas personas contra las cuales se rebelaban. El sistema de representación política se reducía a una farsa total; y su descrédito reforzaba, naturalmente, los sentimientos antiparlamentarios que ya eran fuertes entre las clases más pobres. Los pocos radicales electos eran los que el gobierno quería

tener en las Cortes para que pronunciaran discursos de oposición, suponiendo la seguridad de que no representaban fuerzas poderosas del país. Este notable sistema, que dependía del poder virtualmente absoluto de los terratenientes en casi todas las regiones rurales y en la autoridad del gobierno sobre los consejos municipales que redactaban las listas de votantes de las cuidades, duró en realidad hasta nuestro siglo, aunque en sus últimos tiempos se hizo más difícil de manejar.

En los años noventa, a pesar de la existencia nominal del sufragio masculino, ningún representante de la clase obrera tenía la menor oportunidad de ser elegido, siquiera para un consejo municipal. De acuerdo con esto, en su mayoría el movimiento obrero desarrolló sus actividades enteramente aparte de la política electoral, y estuvo en mayor disposición de aceptar la dirección anarquista. En estas circunstancias, es aún notable que el socialismo político pudiera encontrar simpatizadores y que se desarrollara en España un Partido Socialista firmemente comprometido en la acción parlamentaria y municipal, que hacía lo posible por reproducir, en condiciones totalmente diferentes, las políticas y métodos de la social-democracia alemana, interpretados en Francia por los seguidores marxistas de Jules Guesde. El Partido Laboral Socialista Español fue fundado, como organismo secreto, en 1879, con miembros del sindicato de cajistas de Madrid, del cual era figura directiva Pablo Iglesias. Tenía también un pequeño número de miembros de la clase media, principalmente médicos y periodistas, pero sus partidarios venían principalmente de la clase de artesanos calificados. En 1882, cuando subió al poder el gabinete de Sagasta, salió a la luz y adoptó una constitución formal, pero su extensión fue lenta y, en los primeros tiempos, principalmente en Castilla y en pocos lugares fuera de ella. En Cataluña casi no pudo encontrar apoyo. En 1886, después que el periodo de represión relacionado con la Mano Negra había terminado, volvió a actuar abiertamente y fundó EZ *Socialista,*. su órgano madrileño. Pero, al mismo tiempo, sufrió una división, retirándose casi todos sus pilares intelectuales, encabezados por el científico Jaime Vera. Quedó como un pequeño partido de trabajadores manuales, pertenecientes a pequeños sindicatos aislados de oficios, y con muy poca influencia fuera de la capital.

Entonces, de acuerdo con la teoría ortodoxa de la social-democracia, Iglesias y su grupo decidieron establecer una organización sindical estrechamente subordinada al partido, aunque nominalmente independiente de él. En 1888 persuadieron a algunos grupos sindicalistas pequeños a establecer la Unión General de Trabajadores —la U. G. T. —. Los principales promotores del nuevo organismo, con Iglesias, eran Francisco Mora, ya mencionado, y García Quejido, que entraron después al Partido Comunista. Pero la U. G. T. fue, desde sus comien-

zos, un organismo tan moderado como podía permitirlo la intransigencia de las clases patronales españolas; y, por mucho tiempo, fue en efecto mucho más un auxiliar del Partido Socialista que una organización obrera independiente. Sólo en el siglo xx adquirió importancia en el terreno industrial, cuando se extendió a las regiones mineras de Asturias y Bilbao en el norte y a las del sur. En Cataluña nunca tuvo mucho control. Al principio hizo un esfuerzo por inducir a los trabajadores textiles catalanes a participar, pero éstos permanecieron alejados, aunque la U. G. T. efectuó su Congreso de constitución en Barcelona, en un intento de lograr apoyo.

Mientras tanto, el viejo grupo de la I. W. M. A. se desintegraba. Los anarquistas efectuaron un Congreso Anarquista Internacional en Barcelona en 1885, pero después el movimiento se desintegró y, en 1888, la Federación de Trabajadores de la Región Española había fallecido. Pero en vez de participar en la U. G. T., que tenía su sede, aunque pocos simpatizadores, en Barcelona, la mayoría de los sindicatos catalanes se unieron en 1888 en un Pacto de Unión y Solidaridad, que constituyó en efecto una nueva organización federal con lincamientos más definidamente sindicales; y, al mismo tiempo, los anarquistas fundaron otra Organización Anarquista de la Región Española, que descansaba totalmente en la participación individual. Esta organización doble debía prolongar su existencia bajo sucesivos nombres, a través de la siguiente etapa, y en verdad hasta los años treinta. Los dos nuevos organismos se extendieron más allá de Cataluña: la reunión inicial de los anarquistas se efectuó en Valencia y el Pacto de Unión y Solidaridad se extendía pronto a otras regiones del este y el sur.

El año de la ley de reforma electoral de Sagasta —1890— fue de considerable inquietud tanto en la industrial Cataluña como en la agrícola Andalucía. Hubo huelgas generales en Barcelona y otros centros por la jornada de ocho horas —parcialmente en respuesta a las decisiones de los Congresos Socialistas y Sindicalistas Internacionales efectuados en París en 1889—; y hubo también movimientos rurales de huelga muy extendidos, basados en demandas de reforma agraria. Pero tan pronto como promulgó Sagasta su ley electoral, fue forzado por la Corona y los líderes del ejército, bajo la amenaza de un *putsch* militar, a dar su lugar a un gobierno conservador. Cánovas lo sustituyó a la cabeza del gobierno y los métodos habituales de manipulación electoral fueron utilizados plenamente. En estas circunstancias, los sindicatos principalmente dominados por los anarquistas, comprometidos en los pactos regionales de Unión y Solidaridad, invitaron a la U. G. T. a un Congreso conjunto para considerar la convocatoria a una huelga general de alcance nacional. Algunos sindicatos socialistas

asistieron al Congreso, pero de acuerdo con la decisión del Partido Socialista se opusieron a que se utilizara políticamente el arma de la huelga. Los socialistas habían decidido, en 1890, al promulgarse la ley electoral, que participarían en las elecciones parlamentarias y ahora se declaraban hostiles a la huelga general como arma política y, a su debido tiempo, enviaron sus delegados al Congreso Socialista Internacional de Bruselas, en 1891, con instrucciones de votar en contra. En los dos años siguientes, procedieron a elaborar un programa municipal, como base para participar en las elecciones locales. Los sindicatos pertenecientes al Pacto de Solidaridad, por otra parte, habían decretado paros generales de advertencia, para lograr la jornada de ocho horas en Barcelona, Zaragoza y otros centros, en mayo de 1891.

En esa época empezó, principalmente en Barcelona, una serie de atentados dinamiteros que condujo a una severa represión de las actividades anarquistas. Los incidentes empezaron con la colocación de una bomba en el Fomento, sede de la organización patronal de Barcelona; y esto fue seguido por una secuencia de desórdenes en el curso de la cual pistoleros rivales asesinaron en las calles a quienes se habían comprometido a matar y estalló un sorprendente número de bombas en lugares insospechados —generalmente sin causar desgracias personales—. Se sospechaba que muchas de estas bombas singularmente ineficaces fueron colocadas, no por anarquistas, sino por provocadores pagados por los patronos o las autoridades, aunque era claro que los tiroteos eran provocados por las dos partes. Dieron como resultado la promulgación, en 1894 y 1896, de nuevas y más limitativas leyes contra el anarquismo, bajo las cuales fueron ejecutados numerosos líderes anarquistas, especialmente en Barcelona. El estallido de la guerra hispano-americana produjo una nueva cosecha de disturbios, en parte antimilitaristas y en parte dirigidos contra la aguda subida de los precios. La pérdida de casi todo el imperio español de ultramar hizo perder mucho de su prestigio al régimen establecido y estimuló el desarrollo del sentimiento anarquista y del socialista. En 1898, el Partido Socialista presentó sus primeros candidatos a Cortes —sin éxito— y, en 1899, Eí *Socialista* pudo convertirse en periódico diario. En el campo rival, se efectuó un nuevo Pacto de Unión y Solidaridad en 1900, en un Congreso celebrado en Madrid, que decidió también reconstituir la Federación de Trabajadores de la Región Española.

En los años siguientes, se produjo otra serie de huelgas, principalmente para lograr más altos salarios y poder hacer frente al alto costo de la vida y, los días primero de mayo, la jornada de ocho horas. En 1901 se desarrolló una huelga en los tranvías de Barcelona hasta convertirse en huelga general, que se extendió entonces a otras zonas. Al año siguiente, los trabajadores metalúrgicos de Barcelona fueron a

la huelga, pero sufrieron una derrota, y como consecuencia de esta derrota, tomaron la iniciativa para integrar una nueva combinación general, llamada Solidaridad Obrera. En 1903, hubo amplios movimientos de huelga en Andalucía. Entretanto, en 1902, Alfonso XIII, al llegar a los dieciséis años, asumió el poder real y empezó de inmediato a afirmarse, no tanto siguiendo una política definida, sino contra sus ministros. Pronto demostró que gozaba el poder por el poder mismo y que le gustaba ejercerlo manteniendo a sus gabinetes en la inseguridad, bajo la amenaza continua de despedirlos. Los gobiernos se sucedían con rapidez y no podía seguirse una política consistente. Se aprobó, en efecto, en estos años un cuerpo considerable de legislación social, redactada en gran parte por un Instituto de Reformas Sociales, que se estableció en 1903; pero muy poco se puso efectivamente en práctica. Al debilitarse la acción del gobierno, la actividad anarquista en los sindicatos revivió. En 1904, un Congreso convocado en nombre de la Federación de Trabajadores de la Región Española, discutió la cuestión de la huelga general, que se debatía entonces en el Congreso Socialista Internacional, y aprobó con vehemencia esa política; pero, al año siguiente, el granizo provocó muchos fracasos agrícolas y miseria en el campo, tan agudos que pusieron un alto a las huelgas. Hubo disturbios por hambre en las ciudades, acompañados por una más vigorosa represión y, en 1906, con pretexto de que la prensa de izquierda había insultado al ejército, los líderes militares insistieron en que el gobierno promulgara la Ley de Jurisdicciones, que hacía posible que todas las ofensas contra las fuerzas armadas fueran juzgadas por cortes marciales en vez de tribunales civiles. Por este tiempo, Solidaridad Obrera empezó a extenderse, primero de Barcelona al resto de Cataluña y luego a los distritos vecinos y se renovó el conflicto en la industria. Se produjo entonces, de 1907 a 1909, un reino extraordinario del terror en Barcelona.

En este punto se hace necesario decir algo de las condiciones especiales que existían en Cataluña, que era tanto la principal región industrial de España como el centro de un fuerte movimiento de nacionalismo autonomista. Hasta fines de las guerras carlistas, en 1876, los distritos rurales de Cataluña habían sido predominantemente carlistas y las clases altas en toda la región habían adoptado la misma posición. Después de la derrota de los carlistas, tanto los propietarios rurales como los intelectuales tendieron hacia el nacionalismo catalán, que primero tomó la forma de un movimiento literario y cultural para el renacimiento del idioma catalán y las artes tradicionales. Pero pronto el movimiento empezó a adquirir, además, una forma política. Los industriales catalanes, dependientes del mercado español altamente protegido, no querían separarse del resto de España, pero muchos de ellos

llegaron a compartir el deseo de restauración de las libertades locales que habían sido reducidas después de la segunda guerra carlista y, especialmente, de la plena libertad de utilizar el idioma catalán en las escuelas. En su mayoría, el movimiento nacionalista que creció en los años ochenta y noventa, era tradicionalista y conservador y fuertemente hostil a los movimientos anarquistas, antirreligiosos, que encontraron simpatizadores entre los trabajadores industriales —muchos de ellos inmigrantes de otros lugares de España—. Pero había también el ala izquierda nacionalista catalana, encabezada por Valentín Almirall, antes seguidor de Pi y Margall —que era también catalán—. En 1886, Almirall publicó su famoso libro, Lo *Catalanisme,* que se convirtió en la biblia del nacionalismo popular de la región; y, en 1892, ambas alas de los nacionalistas catalanes se unieron para redactar un programa, las *Bases de Mantesa,* de demandas de autonomía regional. Dos años después, Enrique Prat de la Riba (1870-1917) fundó su periódico, *Renaixensa,* como órgano del movimiento cultural. No fue, sin embargo, hasta después de la derrota de España en la guerra de Cuba que el nacionalismo catalán se convirtió en una poderosa fuerza política. Se organizó entonces en la Lliga presidida por el gran industrial, Francisco Cambó, que era banquero y presidente de Fomento, de la Unión de Patronos Catalanes y de la Chade, principal empresa eléctrica española. La Lliga era un partido de derecha, hostil tanto a la clase obrera catalana y a los movimientos republicanos como a los centralistas de Madrid. En oposición a ella surgió pronto un Partido Radical, anticlerical, dirigido por el demagogo Alejandro Lerroux (n. 1860); y este partido pudo realizar, sin interferencia policiaca, una violenta campaña en la esperanza de que, como fuerza hostil al nacionalismo catalán, pudiera controlar a la Lliga y servir, así, a los intereses del gobierno central. En 1903, los radicales de Lerroux lograron derrotar a la Lliga en las elecciones catalanas; pero dos años después este veredicto fue invertido cuando el gobierno central, ahora en manos conservadoras, retiró su apoyo. La Lliga, no obstante, no satisfizo pronto al gobierno central que, a petición del ejército, promulgó la Ley de Jurisdicciones, sujetando todos los supuestos delitos contra las fuerzas armadas al juicio de una corte marcial. Como el ejército era fuertemente centralista por tradición y muy hostil al nacionalismo catalán, esta ley puso en manos de las fuerzas militares estacionadas en Barcelona una facultad muy peligrosa, que podía utilizarse para suprimir la libertad de palabra de periodistas y oradores. El efecto de esta promulgación fue empujar a una alianza, la Solidaridad Catalana, a los partidos políticos catalanes, con la Lliga a la cabeza; y esta alianza colmó las urnas en las elecciones de 1907. El primer ministro conservador, Maura, prometió a la Lliga cierta autonomía y anunció su intención de

establecer un sistema de elecciones nacionales, libres; pero no pudo hacer que las Cortes aprobaran su proyecto y su secretario del interior, La Cierva, lejos de cumplir la palabra del líder, procedió a aumentar la corrupción electoral y permitió al ejército y a la policía especial de Barcelona que establecieran un reino extraordinario del terror contra los autonomistas. Por más de dos años, Barcelona estuvo a merced de pistoleros que, en muchos casos, se comprobó eran pagados por la policía. Los líderes de la Lliga derechista, así como los republicanos y los anarquistas, eran asesinados en las calles y pronto se formaron pandillas rivales, integradas en las filas de los desempleados, que tomaban represalias. El principal pandillero, Juan Rull, fue sometido finalmente a juicio y ejecutado en 1908 y se probó plenamente que muchos de sus crímenes habían sido cometidos cuando recibía paga de la policía. En esta atmósfera, el gangsterismo se extendió de un grupo a otro. Los radicales de Lerroux, cuyo anticlericalismo era extremado, crearon una organización subsidiaria, los Jóvenes Bárbaros, y lanzaron ataques contra sacerdotes e iglesias; y los grupos anarquistas también se unieron, aunque parecen haber desempeñado un papel menor. La prensa, sin embargo, tanto en España como en el extranjero, atribuía el reino de la violencia a los anarquistas que eran, de hecho, mucho más sus víctimas.

Después de la ejecución de Rull hubo un periodo de calma, pero en 1909 las cosas llegaron a un climax. Las fuerzas españolas sufrieron un serio revés en Marruecos y el gobierno, para rellenar las filas y emprender la tercera guerra de Marruecos, llamó a los reservistas de Cataluña, que eran en su mayoría hombres casados. Esto puso en juego a las clases trabajadoras, ya que la guerra era intensamente impopular. Los anarquistas, sindicalistas y socialistas formaron un comité conjunto de resistencia y Solidaridad Obrera decidió convocar a una huelga general. Hubo grandes demostraciones callejeras contra la guerra y los Jóvenes Bárbaros participaron con una orgía de quemas de iglesias y ataques a sacerdotes y monjas. Fue la "Semana Trágica" de Barcelona. La policía y los soldados respondieron a la huelga y a los disturbios con disparos y arrestos en masa, no sólo de los comprometidos, sino de cualquier sospechoso de divulgar ideas subversivas. Entre los arrestados estaba el célebre reformador anticlerical de la educación, Francisco Ferrer y Guardia (1859-1909), fundador y dirigente del movimiento español de la Escuela Moderna. Ferrer había estado en Inglaterra en el momento de los disturbios, con los cuales nada tenía que ver; pero fue sometido sumariamente a una corte marcial y fusilado en el Castillo de Montjuich, fortaleza militar que dominaba a Barcelona.

La ejecución de Ferrer y la conducta de las autoridades durante los

disturbios, provocó un sentimiento de aguda repugnancia. El gobierno de Maura se vio obligado a renunciar y el gobierno liberal que lo sucedió, con Canalejas, obligó al ejército y a la policía a abandonar sus peores excesos. Canalejas hizo aprobar, también, en las Cortes un estatuto que daba cierta autonomía a Generalidad Catalana, y la excitación se sosegó gradualmente.

Una consecuencia importante de los acontecimientos de 1909 fue forzar al Partido Socialista Español, que hasta entonces había rechazado toda alianza con los partidos burgueses, a entrar en un pacto electoral con los republicanos. Otra fue destruir la simpatía obrera por el Partido Radical de Lerroux y una más inducir a los anarquistas, que se habían mantenido alejados de las elecciones, a hacer lo posible por llevar a los trabajadores a las urnas para apoyar a los candidatos socialistas y republicanos. En estas nuevas circunstancias, el Partido Socialista logró su primer y único representante a las Cortes, siendo electo Iglesias en 1910 por Madrid, con apoyo de los republicanos y de los socialistas y anarquistas. En estas elecciones, el viejo sistema de manipulación por el gobierno de las listas de votantes y de intimidación a través de los caciques dio señales definitivas de quebrarse en las grandes ciudades, aunque en muchas ciudades pequeñas y en las regiones rurales permaneció todavía intacto. Los poderes detrás del gobierno —aunque no la mayoría de los dignatarios eclesiásticos ni de los grandes terratenientes y patronos— comprendieron la necesidad de hacer, al menos, algunas concesiones al sentimiento popular. Canalejas promulgó algunas otras leyes laborales, que se observaron poco e hizo algunas concesiones a las demandas regionalistas. Pero se vio envuelto de inmediato en una lucha con la Iglesia, sobre la educación y otros problemas; y, frente a la creciente obstrucción de las clases altas pudo hacer muy poco. En 1912 fue asesinado, después de intentar actuar duramente contra el creciente movimiento sindicalista.

Los acontecimientos de 1909 tuvieron gran influencia sobre el movimiento obrero, especialmente en Cataluña. Mientras que el Partido Socialista se alió a la izquierda republicana, en la lucha contra la guerra y la Iglesia, los sindicatos atravesaron un proceso de reorganización interna y rápido crecimiento. La U. G. T. socialista, que había sido arrastrada a la contienda común, experimentó un gran aumento de simpatizantes y se extendió a numerosas regiones donde había tenido antes poco o ningún ascendiente —especialmente en las regiones mineras de Asturias y Río Tinto y en León y el campo en torno a Bilbao, pero también en numerosos distritos agrícolas en el centro de España—. La U. G. T. no varió su carácter esencial: siguió siendo un organismo moderado, organizado en distintas uniones industriales o de oficios, cuando éstas eran posibles con una base nacional, y

al estilo de los movimientos sindicales centralizados de los países más adelantados. Pero, dadas las circunstancias de la época, se hizo cada vez más militante en respuesta al sentimiento popular y fue arrastrada a movimientos emprendidos por los grupos sindicalistas más militantes.

El gran cambio, no obstante, tuvo lugar en la formación de los organismos mucho más amplios de sindicalistas que permanecían fuera de la U. G. T. En Cataluña, y en menor medida en otras regiones, muchos habían estado agrupados sin demasiada cohesión en el movimiento conocido como Solidaridad Obrera, con influencia anarquista o semianarquista. En 1910, como secuela inmediata de los acontecimientos del año anterior, la gran mayoría de los sindicatos fuera de la U. G. T. se unieron en una federación nacional —la Confederación Nacional del Trabajo (C. N. T.)— que, en lo sucesivo se enfrentó a la U. G. T. como un organismo mucho más numeroso, basado en una teoría radicalmente diversa de organización y acción sindical. Aun antes de que fuera plenamente constituida la C. N. T., hubo una ola de huelgas que se extendió rápidamente por el país en 1911. Barcelona, exhausta por la prueba que había pasado, permaneció relativamente tranquila, pero cerca, en Zaragoza, bastión anarquista, hubo una huelga general que se convirtió en insurrección, y fue sometida por las fuerzas armadas. Más al sur, en Valencia, los trabajadores proclamaron una Comuna independiente. Bilbao, relativamente pacífica, tuvo su primera huelga general y allí, como en otros numerosos lugares, la U. G. T. fue arrastrada en contra de la voluntad de sus líderes. El gobierno de Canalejas se vio forzado a tomar fuertes medidas contra los huelguistas y, en septiembre de 1911, ordenó la disolución de la C. N. T., que acababa de realizar su Congreso de constitución en Barcelona. Pero el único efecto de esto fue empujar al movimiento a la clandestinidad y colocar su control aún más en manos de los grupos secretos anarquistas. El año siguiente fue, en general, menos inquieto; pero la U. G. T. convocó a la huelga, en septiembre, a los trabajadores ferroviarios, y después del asesinato de Canalejas en noviembre hubo otro estallido de huelgas. Los conservadores volvieron al poder, pero no pudieron contener la marea. En 1913, los trabajadores agrícolas de Andalucía formaron una Federación Nacional de Agricultores Españoles, bajo la dirección anarquista, y entraron en estrecha relación con la C. N. T. Los obreros textiles de Barcelona hicieron una huelga con mucho éxito. A principios de 1914 hubo grandes huelgas en las minas de Río Tinto y en Valencia. Por entonces, el gobierno había abandonado su intento de suprimir a la C. N. T., que volvió a la luz a tiempo para tropezar con un nuevo problema, al tener que definir su actitud respecto a la guerra europea.

La C. N. T. y la U. G. T. descansaban, como he dicho, en teorías

esencialmente diversas del sindicalismo. Los sindicatos de la U. G. T. tenían funcionarios y oficinas regularmente retribuidos: pagaban los subsidios en caso de huelga y, en algunos casos, ayudas amistosas. El propósito de la U. G. T. era constituir en cada empresa o industria un sindicato nacional con ramas y fondos centralizados y, donde fuera posible, hacer contratos colectivos con los patronos y utilizar la maquinaria de mediación que habían establecido los gobiernos con la esperanza de promover la paz social. Esto era difícil, no obstante, fuera de unas pocas industrias; porque la mayoría de los grandes patronos no estaban dispuestos a aceptar el mecanismo normado de los contratos colectivos —y, por supuesto, los dueños de los grandes latifundios ni siquiera estaban dispuestos a entrar en convenios—. En consecuencia, la U. G. T. encontró dificultades para funcionar industrialmente, excepto dentro de un campo muy limitado y su estrecha asociación con el Partido Socialista y con Madrid era también un obstáculo en su camino. Por mucho tiempo mantuvo su sede en Cataluña, a pesar de su debilidad allí, que se debía en parte al sentimiento local contra la centralización y en parte a la inaplicabilidad de sus métodos en las relaciones laborales exacerbadas de la región. Los sindicatos catalanes alternaron entre hacer "Pactos" que generalmente caían bajo la dirección de los anarquistas o dividirse en distintos grupos que trataban de actuar por su parte. En 1910 estaban más dispuestos a unirse que nunca antes y a establecer una organización común de un carácter menos incoherente y autónomo que los "Pactos", en los que habían entrado en ocasiones anteriores. En su nueva disposición, estaban indudablemente muy influidos por el ejemplo y la doctrina de la Confederaron Genérale du Travail, que estaba entonces en la cima del triunfo. Pero, en la práctica, la C. N. T., que crearon a imagen de la C. G. T., era un organismo considerablemente diferente y mucho menos cohesivo en su estructura y estaba dominado por los anarquistas españoles de una manera tal como nunca lograron los relativamente débiles anarquistas franceses dominar la C. G. T.

La C. G. T. francesa descansaba en una doble estructura —Bourses du Travail locales, que comprendían a los sindicatos de todas las empresas locales y federaciones nacionales de industrias determinadas o, en algunos casos, de oficios—. Estos dos tipos distintos de organización habían existido primero por separado y luego se habían reunido.[1] Las federaciones nacionales habían sido constituidas, en su mayoría, en parte bajo la influencia de los guesdistas y habían funcionado con el Partido Guesdista de los Trabajadores y, algunas veces, con el Partido Posibilista rival. Luego rompieron con sus relaciones políticas, pero habían sido modeladas por ellas. En general, correspondían a los ele-

1 Véase p. 347.

mentos del sindicalismo español que participaban en la U. G. T. Las *Bourses du Travail* francesas, por otra parte, habían surgido con la teoría sindicalista que se concretaba en ellas y no habían tenido, en su mayoría, ninguna filiación política. El sindicalismo francés, al menos en sus primeras etapas, era un movimiento de solidaridad de clase local, al que se unió una organización sindical de distinto carácter, que descansaba en la idea de una federación nacional de industria por industria. En España, los sentimientos locales eran aún más intensos que en Francia; pero, hasta 1910, no habían encontrado su expresión en ninguna estructura parecida a las *Bourses du Travail.* En efecto, no podía haber sido de otra manera, porque las *Bourses* francesas lograron el control al ser reconocidas como oficinas de colocaciones y al recibir, con frecuencia, subvenciones de autoridades municipales favorables. En España los municipios no hubieran reconocido ni ayudado a organizaciones obreras realmente independientes. El equivalente español más cercano a la *Bourse du Travail* —la Casa del Pueblo— no se desarrolló hasta después de 1910, en imitación consciente de la *Bourse;* y, realidad, las primeras Casas fueron establecidas, no por los sindicatos, sino por los radicales de Lerroux hostiles a ellos. La típica expresión española de solidaridad fue el "Pacto" en el que participaban algunas sociedades obreras locales para la defensa mutua o para realizar una campaña común —la Solidaridad Obrera— y esos Pactos y las organizaciones basadas en ellos eran generalmente evanescentes y prácticamente desprovistas de maquinaria, con excepción de un comité coordinador. Esto se debía en parte a que los que las dirigían desconfiaban mucho en su mayoría de la organización formal y de la dirección constituida y estaban animados, aún más que los sindicalistas en Francia, por la creencia en la eficacia y la virtud de la acción plenamente espontánea. Los anarquistas que fueron los inspiradores de los movimientos de masas españoles, salvo en Castilla y en algunas otras regiones, no quisieron establecer, hasta 1910, ninguna especie de organización sindical que implicara atesorar fondos y recoger contribuciones regulares, pagando a determinados funcionarios para hacerlo. Había sindicatos, aun en Barcelona, constituidos de esta manera —por ejemplo, entre los trabajadores textiles— pero eran excepcionales. El sindicato típico en Cataluña y dondequiera que sobresaliera la influencia anarquista, era el grupo espontáneo de la fábrica o del campo, dispuesto a unirse a otros si lo requería la ocasión, pero dirigido por miembros voluntarios de un comité y secretarios con un mínimo de formalidad y, cuando los miembros iban a la huelga, no les ofrecían un centavo de subsidio para mantenerlos. Las huelgas, por tanto, tenían que ser cortas y, para triunfar pronto los huelguistas tenían que ser, con frecuencia, violentos, tanto con los esquiroles como con la

policía que iba a romper la huelga. Si había alguna dirección, que trascendiera a los grupos espontáneos surgidos en los lugares de trabajo, ésta residía en los pequeños círculos secretos de anarquistas o semianarquistas, que se dedicaban a la tarea de la revolución social que ellos mismos se habían adjudicado.

Esta concepción del sindicalismo, que era parte, por supuesto, de la antigua teoría bakuninista de la hermandad secreta y su acción en la masa de surgimiento espontáneo, fue puesta a prueba cada vez más bajo el impacto del movimiento sindicalista en Francia. Los anarquistas empezaron a diferir entre sí —favoreciendo una sección el mantenimiento de los viejos métodos, que aseguraban la pureza del impulso revolucionario, mientras que otra estaba dispuesta a transigir con la austeridad de la doctrina pura para lanzarse más plenamente al movimiento de masas—. Los "viejos anarquistas" preferían mantenerse aislados como *élite* revolucionaria, siempre listos a lanzarse a la lucha de masas cuando ésta se desarrollara como expresión de los agravios de las masas, pero a hacerlo con fines inmediatamente revolucionarios —utilizando a las masas, pero nunca antes de que la revolución estuviera en camino—. Los "anarco-sindicalistas", por otra parte, querían lanzarse dentro de las masas, organizarías y asumir sus causas, aunque estuvieran lejos de las demandas revolucionarias e identificarse con la masa para conducirla, por etapas, a la plena conciencia de clase revolucionaria.

Este segundo enfoque condujo al establecimiento de la C. N. T. en el momento en que las experiencias de Barcelona en los años de inquietud habían inducido a muchos anarquistas a realizar el acto odiado de votar por políticos de izquierda y a ver la necesidad de colaborar con los socialistas y la U. G. T. en una lucha común contra la guerra de Marruecos, la Iglesia y el poder con sede en Madrid. Muchos estaban dispuestos, en esta situación, a hacer todo lo posible por fortalecer a sus simpatizadores para la lucha y a organizar un movimiento que los capacitara más para actuar que a los políticos de izquierda. Pero aun aquellos influidos por el ejemplo francés, y que veían la necesidad de crear la C. N. T. como movimiento de masas, tenían mucha desconfianza de todo lo que supiera a centralización o dirección profesional. En consecuencia, trataron de establecer la C. N. T. prácticamente sin personal pagado ni equipo de oficina, como una confederación sin gran cohesión de grupos locales dirigidos por voluntarios, con federaciones locales y regionales de grupos de empresas y federaciones regionales y nacionales de oficios determinados, todas organizadas de la misma manera, sin funcionarios a sueldo y prácticamente sin fondos. No habría tampoco subsidios para las huelgas —ni, por supuesto, aportaciones solidarias: no habría contratos colectivos regulares— sólo

arreglos de las huelgas sin obligación para el futuro; y no habría imposición central de una política común, excepto un llamado a la huelga general cuando llegaba un momento de crisis suficiente.

Se produjeron muchos debates dentro de la C. N. T. después de su integración, acerca de la mejor forma de agrupación sindical básica. Las opiniones se decidieron en favor de los sindicatos únicos —lo que significaba el sindicato local que agrupara a todos los trabajadores, al menos en una empresa determinada, independientemente del oficio y, en las pequeñas localidades, el sindicato primario, que reuniera a todos los obreros de todas las ocupaciones—. Esto difería de la concepción anarquista de la auto-organización espontánea, pero era el paso más compatible con la fe anarquista en la solidaridad natural de la comuna local. En la práctica, como las contribuciones no tenían mucha importancia y los sindicatos no requerían mucho dinero para su funcionamiento, los sindicatos de la C. N. T. nunca supieron, ni les importó mucho, cuántos miembros tenían. Lo que importaba no era que los miembros aportaran algo, sino que estuvieran dispuestos al llamado de solidaridad cuando se presentara la ocasión.

En Cataluña, los patronos no permanecieron inactivos ante el desarrollo de este género de sindicalismo. Hicieron lo posible por organizar contrasindicatos —sindicatos libres, se llamaron— que no eran simplemente hostiles al socialismo y al sindicalismo, sino destinados definitivamente a romper las huelgas y aun a convertirse en organizaciones gangsteriles. Además, en muchos lugares, hubo intentos de organizar sindicatos católicos y sociedades de trabajadores rurales y campesinos católicos, de acuerdo con la concepción de la Encíclica *Rerum Novarum.* Sin embargo, la jerarquía católica podía rechazarlos tan pronto como trataran de tomar seriamente sus doctrinas sociales. Los católicos más progresistas — porque había algunos, incluso en España— tuvieron más éxito con diversas formas de organización cooperativa, especialmente en las regiones rurales, y en las regiones del norte con Sociedades Amicales Católicas. El nuevo movimiento sindical católico, fundado en 1912 por los padres dominicos Gerard y Gafo, se concentró principalmente en Navarra y las provincias vascas y en partes de Castilla la Vieja.

El anarcosindicalismo español no había tenido tiempo para producir mucha literatura teórica en la etapa que estudiamos en este capítulo. Heredó la teoría del anarquismo español e italiano, y la modificó con una infusión de doctrina francesa. Desde los días de Bakunin había habido estrechos contactos de los anarquistas catalanes con Italia y el sur de Francia y más tarde Malatesta tuvo una influencia importante, particularmente en Andalucía y el sur, mientras que la escuela "Libertaria" de Sébastien Faure influyó grandemente en las *élites* inte-

lectuales anarquistas de Cataluña y Madrid. Los escritos anarquistas españoles, por lo que sé,[2] no son de gran importancia teórica. El más original de sus escritores parece ser Tomás González Morago quién, después de participar en la Primera Internacional, murió joven en una prisión de Granada. Sus escritos se dispersaron en revistas; su tema principal es el de la indignidad de la personalidad del trabajador producida por su subordinación a la producción capitalista y la falta relativa de importancia de las consideraciones materiales cuando se pesan en la balanza contra la libertad personal de autoexpresión. Esta baja estimación de la riqueza y los niveles materiales de vida aparecía en gran parte a los escritos anarquistas.

Tanto Farga-Pellicer como Anselmo Lorenzo, entre los miembros de la Internacional de la etapa de la I. W. M. A., escribieron mucho —Lorenzo escribió libros e hizo periodismo—. Las reminiscencias de Lorenzo, El *proletario militante,* son una fuente importante de información para todo el periodo. Murió en 1914. En la próxima generación, el más infatigable de los escritores anarquistas fue el antiguo coronel del ejército, José López Montenegro, quien produjo novelas, así como libros y panfletos: El *botón de fuego* es la más conocida. El impresor anarquista gallego, Ricardo Mella (1861-1925) fue otro teórico fértil. El profesor Tarrida del Mármol (1861-1915) produjo una exposición clásica de los métodos policiacos en su obra *Les inquisiteurs en Espagne* (en francés, 1897). Pero como fundamento teórico para un movimiento tan amplio como el anarquismo español, los trabajos de esta etapa, hasta 1914, no significan demasiado. Los españoles produjeron muchas traducciones de obras anarquistas —Kropotkin, Reclus, Malatesta, Malato y otros muchos—, pero escribieron pocas cosas de importancia, excepto en sus revistas ocasionales. Los socialistas produjeron menos aún: a través de todo el periodo que analizamos en este capítulo, no conozco ningún trabajo socialista importante.

En el amplio sentido de la palabra anarquismo, supongo que Ferrer debe ser considerado como el más importante de sus exponentes españoles. Pero el fundador de las Escuelas Modernas escribió poco, aunque editó y publicó muchas obras educativas que se utilizaron en sus escuelas. Ferrer empezó su carrera como secretario de Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895), líder de los monárquicos radicales en la revolución de los años sesenta y por un tiempo Ministro de Instrucción Pú-

[2] Admito que no sé mucho. Hay que tener en cuenta, también, los trabajos de los anarquistas españoles de América Latina, algunos de los cuales eran refugiados de la persecución en la misma España. Cuando la represión se hizo especialmente severa en España, Latinoamérica tendió a convertirse en centro de los periódicos y otras publicaciones anarquistas españolas, y las relaciones entre los movimientos en ambos continentes se hicieron muy estrechas. Para el anarquismo latinoameircano, véase el capítulo xxn.

blica bajo Amadeo de Savoya. Ruiz Zorrilla era un vigoroso anticlerical y racionalista. Después de la caída de la República vivió en París, proyectando una revolución y Ferrer trabajó con él y permaneció después en París como maestro. Tuvo relaciones allí con una dama de mediana edad, católica no ortodoxa, que murió, dejándole una fortuna sustancial con libertad para dedicarla a la causa que se le antojara. Ferrer volvió entonces, en 1901, a su Cataluña nativa y abrió en Barcelona la primera de sus Escuelas Modernas, donde se dedicó a ofrecer una educación estrictamente moderna y racionalista, basada en las enseñanzas de la ciencia contemporánea. Contrató a los principales racionalistas para escribir los libros de texto, que él editó, y publicó numerosas traducciones de obras racionalistas extranjeras. Su escuela original fue reproducida en otras numerosas en Cataluña y las regiones vecinas, y encontró muchos imitadores en otros lugares de España, donde bastantes escuelas racionalistas se fueron estableciendo en los primeros años del siglo, para oponerse al control casi exclusivo del sistema educacional por la Iglesia católica. Naturalmente, su movimiento despertó una violenta hostilidad eclesiástica y se hicieron numerosos intentos de suprimirlo. El mismo Ferrer fue arrestado en 1906, en la etapa de arrestos en masa que siguió al intento anarquista de ese año de matar al rey Alfonso y a su esposa. Todas las Escuelas Modernas fueron cerradas por las autoridades y se intentó complicarlo en el asunto. A pesar de que se fabricaron pruebas, fue absuelto y puesto en libertad un año después; pero su principal Escuela Moderna permaneció clausurada por orden de las autoridades. Algunas otras volvieron a abrirse y Ferrer volvió a su trabajo, pero estuvo ausente en el ex-extranjero o, al menos, fuera de Barcelona durante los disturbios de 1907-1909. Como vimos, estuvo fuera durante la "Semana Trágica" de 1909, pero eso no evitó que fuera arrestado, enjuiciado sumariamente y fusilado, a su regreso, después de terminados los motines.

Es difícil captar ahora la calidad del atractivo de Ferrer. No parece haber sido un pensador original y, en efecto, ni hizo ni trató de hacer ninguna contribución al pensamiento socialista o anarquista. Excepto a través de su amistad con anarquistas de primera fila, no desempeñó ningún papel en el movimiento anarquista. Era un racionalista ortodoxo y anticlerical de una especie familiar en muchos países, con pasión por rescatar a los jóvenes del adoctrinamiento de los dogmas religiosos y por enseñarles, en su lugar, los hechos de la ciencia, con una aguda moral materialista. Sus Escuelas Modernas recibieron, naturalmente, a los hijos de anticlericales activos y se dieron a conocer, principalmente, por la campaña de descrédito que se emprendió contra él y contra las escuelas. Su vida privada fue continuamente atacada: él y su esposa se habían separado y, siendo imposible obtener

el divorcio, vivía con una compañera sin estar casados. Se les acusó de haber obtenido el legado en Francia por indebida influencia, de haber pervertido el propósito para el cual se le había entregado, y de haber vivido en pecado con la donante. También se le acusó, sin ninguna prueba, de ser el poder detrás de los asesinos anarquistas —y, en verdad, de todos los delitos que sus enemigos pensaban que podían comprometer su reputación—. Pero no era en sí, a no ser por la suerte del martirio, una figura de gran importancia y no puede señalarse nada particularmente original, siquiera en sus opiniones sobre educación.

Termino este capítulo un poco insatisfecho con lo que he escrito. Los movimientos anarquista y socialista españoles son difíciles de entender excepto con base en un conocimiento íntimo del pueblo español y de su historia y tengo plena consciencia de mis limitaciones en el conocimiento de ambos. Entre anarquistas y socialistas, los primeros son los más interesantes. El socialismo español, en tanto que encontró expresión en el Partido Socialista Español, era un movimiento de criterio estrecho y poco original, que nunca llegó al corazón del pueblo y ni siquiera trató de elaborar por sí mismo la política y las formas de acción adaptadas a las condiciones del país como un todo. Fuertemente centralista y dominado por la concepción de un partido centralizado y disciplinado que llevara tras de sí a un movimiento sindical subordinado, no logró encontrar lugar para los fuertes impulsos regionalistas y localistas que eran el factor dominante de la política obrera desde Cataluña hasta el sur y por este fracaso pareció con frecuencia, a los españoles que no pertenecían a la región central, un emisario de la centralización de Castilla más que como un movimiento liberador. Estas características debían llevar a una parte considerable del partido, bajo la dirección de Largo Caballero, a colaborar con la dictadura de Primo de Rivera y más tarde, por una reacción no menos centralizadora, a caer en brazos del comunismo ruso durante la Guerra Civil. Fue siempre consistente en su hostilidad, no sólo al anarquismo y al sindicalismo, sino también a la descentralización; y fue la suerte del movimiento obrero español, y de España misma, un continuo desgarramiento entre los extremos del localismo y el centralismo, de tal manera que los centralistas y los libertarios no pudieron siquiera unirse para luchar contra sus enemigos comunes, las clases terratenientes y capitalistas y la Iglesia católica. No hay duda de que los socialistas eran los más humanos de las partes contendientes —porque eran los "occidentalizantes" en un medio donde la barbarie era todavía una fuerza dominante—. No hay duda de que anarquistas y sindicalistas, como las clases dominantes contra las cuales luchaban, eran con frecuencia crueles y generalmente no tenían muy en cuenta la vida

humana. No hay duda de que el tono predominante en los conflictos rurales, sobre todo en el sur, y aun en las batallas industriales de Barcelona, era el de una primitiva *jacquerie* campesina, más que el de una moderna lucha de clases. No obstante, con todo esto, los anarquistas españoles tenían muchas buenas cualidades además del valor. Eran inmensamente idealistas: vivían generalmente existencias de gran austeridad y sacrificio; eran severos moralistas, que vivían de acuerdo con su credo, y esperaban siempre que los demás hombres se desprendieran de la inercia y del egoísmo y revelaran su bondad natural. El movimiento que crearon fue el menos materialista y el menos egoísta de todos los movimientos obreros y tuvo un alcance muy amplio. El defecto de sus cualidades fue una absoluta incapacidad, en realidad una negación, a someterse a las necesidades de la organización en gran escala o a planear y ejecutar un movimiento coherente.

En cuanto a los simpatizadores de los anarquistas, la mayoría sabía poco de teoría y no les importaba mucho. En los distritos rurales, el anarquismo significaba para la mayoría de sus partidarios la distribución de la tierra y poco más, excepto una gran disposición a responder a un sentimiento retórico y un arraigado sentimiento de solidaridad en oposición a las clases dominantes. Los líderes anarquistas que tenían más ascendiente no eran los teóricos, sino los misioneros que viajaban, pronunciando arrebatados discursos y leyendo extractos de los diarios anarquistas. Fueron notables entre éstos Fermín Salvochea y José Sánchez Rosa, que fueron conocidos en todo el país; pero había innumerables fanáticos locales del mismo tipo. Estos oradores anarquistas eran esencialmente predicadores, que hacían del anarquismo un evangelio religioso de regeneración y una cruzada.

PORTUGAL

Sobre el socialismo en Portugal, debo confesar que sé muy poco. El fourierismo tuvo allí cierta influencia, derivada principalmente de España, a mediados del siglo xix; y la Sección Española de la Asociación Internacional de Trabajadores, cuando su ejecutivo tuvo que refugiarse por un tiempo en Portugal, en 1870, estableció una Sección Portuguesa. Ésta no puede haber sobrevivido mucho tiempo, porque en 1876 se estableció una nueva Sección portuguesa como afiliada a la Internacional marxista de Madrid, que había sido fundada por Paul Lafargue. También expiró pronto. La figura solitaria de cierta importancia en la última parte del siglo xix parece haber sido Azedo Gnecco, que fundó también una ambiciosa empresa cooperativa, la Lusitania, que terminó mal. No hubo prácticamente un movimiento socialista en lo sucesivo, hasta la revolución de 1911, durante la cual se for-

mó un Partido Socialista. Un periódico, O *Socialista*, fue fundado en Lisboa en 1912 y un solo socialista, el cajista Manuel José da Silva, fue electo al parlamento en Oporto por la misma época. También se desarrolló un pequeño movimiento sindical, en gran medida bajo la dirección anarco-sindicalista; pero, hasta 1914, ni el socialismo ni el sindicalismo habían desarrollado una fuerza sustancial. Por lo que he podido descubrir, no aparecieron delegados de Portugal en ninguno de los Congresos de la Segunda Internacional, aunque Gnecco fue miembro de la Oficina Socialista Internacional.

CAPITULO XXI

LOS ESTADOS UNIDOS Y EL CANADA

En el segundo volumen de esta obra examiné el desarrollo del socialismo en los Estados Unidos, hasta principios del siglo xx —es decir, hasta la fundación del Partido Socialista Norteamericano en 1901—. En los doce años siguientes, el A. S. P. evolucionó de sus pequeños inicios hasta convertirse en una organización de amplitud nacional, con 150 000 miembros y una fuerza de votación, en la elección presidencial de 1912, de no menos de un millón. Nunca pudo elegir, en verdad, más de un representante al Congreso de los Estados Unidos —Víctor Berger, de Wisconsin— pero obtuvo un número considerable de representantes a las Asambleas de los diversos Estados e hizo demostraciones sustanciales en muchos lugares, en el terreno del gobierno local, especialmente en las ciudades industriales más pequeñas, pero también en numerosas regiones agrícolas. Lo hizo a pesar de (¿o, quizá, a causa de?) su negación persistente a entrar en alianzas electorales con otros partidos, y también a pesar de la existencia de un Partido Laboral Socialista rival, que lo denunciaba constantemente como un organismo reaccionario y oportunista. Logró simpatías cada vez mayores, sin embargo, a pesar de agudas disensiones internas en cuestiones fundamentales y a pesar de una persistente lucha interna acerca de la relación correcta del partido político con el movimiento sindical y frente a la hostilidad de la mayoría de los líderes de la Federación Norteamericana del Trabajo (American Federation of Labor), donde estaban agrupados la mayoría de los trabajadores organizados.

En estos años, entre 1901 y 1912, la mayoría de los líderes del Partido Socialista Norteamericano, pertenecientes a cualquiera de las facciones, sostenían indudablemente la opinión de que existía una fuerte ola en favor del socialismo en los Estados Unidos y en Europa e incluso que la victoria del socialismo era sólo cuestión de algunos años de propaganda socialista exitosa. Consideraban que el capitalismo norteamericano estaba muy avanzado en su decadencia y sostenían que no podía tardar mucho tiempo antes de que, frente al rápido desarrollo de los monopolios antisociales, los obreros industriales y un gran sector de la población agrícola y de la pequeña burguesía y los burócratas se convencieran de la necesidad de un avance hacia el socialismo, como medio de escapar a la explotación común de los "señores feudales" del capitalismo financiero norteamericano. Siempre creyeron estar a punto de apoderarse de la American Federation of Labor, donde había por

estos años una gran minoría socialista, o de desintegrarla y sustituirla por un nuevo sindicalismo, bajo la dirección socialista. La agudeza de su división interna no parece haber debilitado, de ninguna manera, su fe en la inminencia de una victoria socialista.

No obstante, en pocos años de este rápido y confiado avance, el movimiento socialista norteamericano estaba en ruinas: y, hasta ahora no ha sido reconstituido efectivamente. Esta decadencia y caída se han atribuido a la influencia de la primera Guerra Mundial; pero, de hecho, la decadencia había comenzado y había ido bastante lejos antes de que empezara la guerra, inclusive en Europa. En 1913, el Partido Socialista Norteamericano rodaba ya con rapidez de las alturas que había alcanzado en 1912; tampoco existía otra organización lista para tomar su lugar. Los deleonistas del Partido Laboral Socialista no eran más que un residuo ineficaz y los "socialistas industriales" de la Industrial Workers of the World, con sede en Chicago, habían llegado a su punto culminante de influencia prácticamente en el mismo momento que el Partido Socialista y en 1913 ya compartían su decadencia

Evidentemente es de la mayor importancia para el historiador descubrir por qué sucedieron estas cosas —por qué pareció que el socialismo norteamericano se abría paso tan rápidamente en los primeros años de este siglo y por qué se eclipsó después—. La primera cuestión con que se enfrenta el historiador es si debe buscarse la explicación principalmente en la naturaleza del desarrollo contemporáneo de la sociedad norteamericana o en las actitudes y conducta de los mismos socialistas norteamericanos. Puede alegarse, por supuesto, que las formas en que pensaban y actuaban los socialistas norteamericanos reflejaban simplemente las fases cambiantes del desarrollo social de los Estados Unidos y que lo que pasó tenía que pasar y no tuvo nada que ver con las virtudes o defectos de los diversos grupos de socialistas que trataban de guiar al movimiento por caminos distintos, o hacia concepciones distintas del socialismo mismo. Pero no es fácil para los que adoptan esta opinión, demostrar por qué el socialismo ganó tantos partidarios entre 1900 y 1912 o por qué su simpatía popular desapareció tan rápidamente después de 1912. Aun si llegamos a la conclusión de que el debilitamiento de la influencia socialista se debió principalmente a cambios en la estructura de la sociedad norteamericana —agravando la guerra los efectos de factores que ya actuaban antes de su estallido— tendremos que reconocer, me parece, que la conducta de las facciones socialistas norteamericanas ejerció una considerable influencia secundaria.

Indudablemente, un factor de gran importancia para evitar que los socialistas obtuvieran una posición directiva entre los trabajadores

norteamericanos fue la fuerza creciente de la Iglesia católica, que emprendió una guerra incesante contra las influencias socialistas en los sindicatos y en el terreno político. En el periodo que termina en 1890, el principal grupo católico era irlandés; y los irlandeses desempeñaron un gran papel en la constitución de los sindicatos, así como en la administración de la política del partido en todos los niveles. Pero a partir de 1890, la gran corriente de inmigrantes incluyó a una gran proporción de trabajadores católicos de los países europeos menos desarrollados —Italia, Hungría, Polonia y Croacia, por ejemplo— y la Iglesia católica se convirtió en poderoso obstáculo para la afiliación de esos inmigrantes en los partidos socialistas o en sindicatos con una actitud socialista o sindicalista —tal como la organización de I. W. W.—. Esto no impidió que el socialismo norteamericano hiciera, hasta cerca de 1912, rápidos progresos, principalmente entre los no católicos, pero sí impidió seriamente los intentos de apoderarse de los sindicatos que pertenecían a la American Federation of Labor y de constituir sindicatos rivales de un carácter más izquierdista. Cuando menos, la creciente fuerza política del catolicismo influyó mucho para mantener a los sindicatos alejados de cualquier movimiento de matiz socialista o "teñido" por la doctrina de la lucha de clases o las filosofías materialistas de acción.

Por supuesto, todo movimiento socialista del mundo tiene en todo momento sus facciones y sus luchas de facciones; y generalmente pueden describirse estas luchas internas en términos de un conflicto entre una derecha reformista y una izquierda revolucionaria, con frecuencia con un centro que lucha contra ambos extremos o que se encuentra precariamente en alianza con cualquiera de los dos contra el otro. Por supuesto, las luchas de facciones del socialismo norteamericano en los primeros años de este siglo se prestaban a ser descritas en estos términos —con la I. W. W.— simbolizando la actitud de la izquierda revolucionaria, los socialistas del Estado de Wisconsin simbolizando a la derecha reformista y gradualista y la facción Hillquit que por algún tiempo dominó al Partido Socialista Norteamericano, y ayudó a mantenerlo unido, en la posición centrista, hasta que en las etapas más recientes se unió casi completamente a la derecha. Nadie que observe un poco más que de pasada la historia del Partido Socialista Norteamericano puede dejar de contemplar la prominencia de estos tres grupos contendientes, pero ningún intento de interpretar la historia del socialismo norteamericano simplemente en términos de estas divisiones logrará más que una visión superficial de lo que se estaba produciendo. La derecha, la izquierda y el centro estaban presentes, como lo estaban en los movimientos socialistas de otros países; pero no estaban relacionadas de la misma manera al núcleo principal de la clase

obrera o de los trabajadores organizados, como lo estaban en cualquiera de los principales países europeos.

Ya hemos visto que el socialismo, tanto en sus etapas primeras de constitución, como durante la segunda mitad del siglo xix, hizo su aparición en los Estados Unidos principalmente como doctrina importada de Europa —sobre todo de Alemania—. De todos los inmigrantes extranjeros a los Estados Unidos —entre 1871 y 1895—, más de la cuarta parte eran alemanes, con menos del 16 % de Gran Bretaña y menos del 13 % de Irlanda— como los contingentes inmediatamente más numerosos. Los grupos italianos y eslavos fueron en este periodo relativamente pequeños; los franceses, aunque incluían a muchos individuos con fuertes ideas socialistas, llegaban sólo al 1,5 % del total —unos 150 000, en comparación con más de 2 600 000 alemanes—. Estos inmigrantes alemanes eran lo bastante numerosos, en las regiones donde se radicaron principalmente, como para establecer sus propios grupos socialistas, para mantener relaciones estrechas con el movimiento socialista en Alemania e, inclusive cuando se habían aclimatado lo suficiente a las condiciones de vida norteamericana para preservar sus características nacionales y sus puntos de vista, en considerable medida. Siguieron hablando alemán entre sí; hacían sus reuniones en idioma alemán y su propaganda y discusiones políticas en ese idioma, a través de periódicos, revistas y folletos ocasionales. Muchos ni siquiera aprendían a hablar inglés y mucho menos a escribirlo y los que sí lo aprendieron siguieron utilizándolo por mucho tiempo sólo como lengua secundaria. En algunos lugares mantuvieron sus propios sindicatos, en otros ramas alemanas, aunque a medida que la American Federation of Labor ganó terreno en los oficios calificados, la mayoría de los artesanos fueron gradualmente absorbidos en las filas de sus sindicatos, en algunos de los cuales pudieron ejercer una gran influencia. En la mayoría de los países adelantados, el movimiento socialista, en su desarrollo de 1880 a 1914, fue muy influido por la fuerza y prestigio del Partido Social-Demócrata Alemán; en los Estados Unidos esta influencia fue muy grande por la gran masa de inmigrantes alemanes a través de la cual podía ejercerse. Su misma fuerza era, no obstante, un factor seriamente limitativo, porque obstaculizaba la adaptación de la doctrina socialista alemana a las condiciones de la sociedad norteamericana y tendía también a mantener a los socialistas alemanes aislados como grupos que seguían sus propias formas de vida y pensamiento y que realizaban su propaganda principalmente entre sí o en los grupos, como los austríacos y escandinavos, que estaban más cerca de ellos por sus hábitos y actitudes. El Partido Socialista Norteamericano, aunque los alemanes no pasaban de ser una importante minoría dentro de él en cuanto a su número, estuvo desde un principio

muy sometido a la influencia alemana; y, cuando entraron nuevos elementos que tenían poco en común con el grupo predominante que lo había constituido, no hubo una fusión real, no se pensó en común una política ajustada a las condiciones norteamericanas y, en consecuencia, no hubo coherencia en las opiniones ni en la acción. El Partido Socialista Norteamericano se dividió casi tan pronto como empezó a producir un impacto notable porque, cuando empezó la tensión, no había nada que lo mantuviera unido.

El elemento alemán del partido encontró especiales dificultades para adaptarse a las condiciones del sindicalismo en los Estados Unidos. Los social-demócratas alemanes en Alemania misma tenían una clara visión de las relaciones correctas entre el partido y los sindicatos. Ya fueran marxistas o lassallianos, querían construir el movimiento sindical bajo una efectiva dirección socialista, como aliado y auxiliar del partido. Marxistas y lassallianos podían diferir acerca de la capacidad del sindicalismo para lograr mejoras en los salarios y en las condiciones de trabajo bajo el capitalismo, pero estaban de acuerdo en que los sindicatos no estaban en situación de producir ningún cambio fundamental en el sistema económico y que sólo la conquista por la clase obrera del poder político podía lograr un cambio en el sistema de clases, o liberar a las fuerzas de producción de su confusa situación dentro de las contradicciones del capitalismo. Bernstein y los demás revisionistas, aunque creían que el gran cambio se produciría gradualmente, por una sucesión de pequeños avances, estaban de acuerdo con los marxistas ortodoxos y con los lassallianos en proclamar la necesidad de una conquista social-demócrata del poder político y de considerar a los sindicatos principalmente como auxiliares del ejército del partido. Los social-demócratas alemanes, después de la fusión entre eisenaquistas y lassallianos, comprendieron la necesidad de no atar a los sindicatos formalmente al Partido Socialista —que habría expuesto claramente a los sindicatos a la represión política y los habría obstaculizado en su lucha contra ramas rivales del sindicalismo bajo los auspicios cristianos o liberales—. Pero se dedicaron a unir firmemente al Partido el movimiento sindical, por nexos informales de dirección común y lograron, en considerable medida, establecer esta forma de influencia.

En los Estados Unidos, por diversas razones, nada semejante era ni remotamente posible. El sindicalismo norteamericano, aunque algunos de sus sectores se desarrollaron bajo la influencia británica, era principalmente un producto del país. Surgió de condiciones específicamente norteamericanas, que diferían en gran medida de una parte a otra del país; y, salvo en algunos lugares, sobre todo en Wisconsin, los socialistas no tenían oportunidad de establecer sobre él una influen-

cia parecida a la que habían podido lograr los social-demócratas alemanes. Esto se debía, en parte, en los Estados Unidos y Gran Bretaña, a que los sindicatos se establecieron firmemente antes de que el socialismo como doctrina política hubiera producido un impacto sustancial. Pero también porque en los Estados Unidos, los socialistas tenían que actuar dentro de una estructura política y social enteramente diferente a la de Alemania. En el Imperio alemán y sobre todo en Prusia, las clases trabajadoras tenían que enfrentarse a una maquinaria estatal poderosa, autocrática, militarista que, a pesar de la adopción del sufragio universal masculino para el Reichstag, siguió descansando en una base de privilegios de clase legalizados. La clase dominante no era todavía la burguesía capitalista, sino la aristocracia terrateniente, con sus estrechas conexiones con el poder militar. La autoridad ejecutiva correspondía al canciller como agente de la Corona y no como representante de ningún cuerpo de opinión política y la autoridad legislativa del Reichstag era controlada por las grandes facultades investidas en la cámara alta federal. Además, en Prusia, el mayor estado del Reich, el sistema electoral de clases excluía efectivamente al núcleo principal del pueblo de una participación real en la autoridad legislativa y creaba un obstáculo insuperable en el camino de la representación obrera en la Asamblea. Bajo estas condiciones, existían factores de peso para la creación de un gran partido de masas en oposición a la estructura del gobierno, y un partido de la clase obrera que pudiera constituirse en símbolo de la lucha contra la autocracia y los privilegios de clase podía esperar reunir al núcleo más importante de la clase obrera, al menos excepto en aquellos lugares donde tenía que competir con la Iglesia católica que luchaba, durante la *Kulturkampf*, contra el Estado en medida no menor que los socialistas, por su derecho a la vida. En Alemania la lucha económica de los trabajadores era secundaria en relación con la lucha política; los líderes políticos estaban en posición de persuadir a sus simpatizadores de que, aun si los sindicatos pudieran hacer algo para mejorar la suerte de los trabajadores y protegerlos contra la extrema opresión, el primer paso hacia la emancipación real debía ser apoderarse del Estado y convertirlo en un instrumento de progreso social. Hubo anarquistas alemanes, como Johann Most y después Gustav Landauer, que rechazaron esta opinión y creían que no había que apoderarse del Estado, sino destruirlo; pero encontraron poco apoyo y fueron fácilmente expulsados del Partido Social-Demócrata y reducidos a la impotencia en los sindicatos, que en su mayoría se contentaban con desempeñar un papel secundario en el concierto socialista.

En los Estados Unidos, por otra parte, el gobierno era mucho más penetrante y el Estado no era ni una autocracia ni estaba dominado por

una casta aristocrática legalmente privilegiada. El presidente, como el Congreso, era electo por un número de votantes que incluían a casi todos los ciudadanos varones, con excepción de los inmigrantes recientes y los negros excluidos constitucionalmente por los prejuicios de raza del sur. Las legislaturas y gobiernos de los Estados de la Unión estaban constituidos, similarmente, sobre la base de la elección popular: la democracia formal por la que luchaban los alemanes no podía ser allí objeto de lucha porque ya existía. Esto no impedía que los gobiernos —especialmente los gobiernos de algunos Estados— actuaran violentamente contra los huelguistas en momentos de disputas laborales o inclusive contra los organizadores acusados de realizar propaganda subversiva anticapitalista. Pero significaba que el núcleo-principal de trabajadores norteamericanos cobraba conciencia de que el Estado y el gobierno eran sus enemigos sólo en casos especiales o en ocasiones determinadas —por ejemplo, cuando una liga de patronos capitalistas se había apoderado o había comprado a la autoridad del Estado, o una parte de ella, para mantener a los trabajadores organizados sometidos o para evitar que sus empleados se organizaran o, más especialmente, cuando habían invocado la fuerza de las milicias del Estado o de las ligas de "ciudadanos" dominadas por los patronos para romper una huelga, o sobornado a la justicia del Estado para- inculpar a líderes sindicales cuyas actividades deseaban suprimir—. La historia del movimiento obrero norteamericano está hecha, en considerable medida, de choques violentos y sangrientos entre los trabajadores y las fuerzas combinadas de patronos y poderes públicos dominados por los patronos. El registro de choques violentos del movimiento contrasta agudamente con el carácter pacífico de las luchas laborales alemanas. No obstante, en los Estados Unidos la batalla principal se daba siempre entre trabajadores y patronos y no, salvo incidentalmente aquí y allá, entre la clase trabajadora y el Estado.

En los Estados Unidos, hablando en general, el Estado no *dominaba,* como en Alemania; sólo intervenía para una causa particular. Esto es válido ya sea que consideremos sólo al gobierno federal o a la Federación y a los Estados en conjunto. El patrón dominante de la sociedad norteamericana era el de una comunidad formalmente democrática donde la mayoría de las cuestiones —al menos casi todas las cuestiones económicas— debían resolverse por un conato de guerra entre los grupos directamente afectados, interviniendo por regla general el poder público sólo cuando se le introducía como aliado de algún grupo poderoso que había logrado controlarlo. Hubo, por supuesto, muchos intentos sucesivos de alterar esta situación creando partidos de reforma social que agrupaban a la opinión pública en tomo a programas particulares destinados a unir a los sectores popu-

lares contra los poderes del capital y las finanzas en gran escala; y éstos se combinaban con frecuencia con movimientos orientados a "limpiar" a los gobiernos, en todos sus niveles, de la corrupción y los "negocios". El "populismo" norteamericano asumió diversas formas y se fundó generalmente, en un país todavía agrícola en gran medida y con multitud de pequeños empresarios agrícolas y comerciales, y numerosas pequeñas empresas artesanales, en un intento de inducir a los pequeños propietarios agrícolas a unirse a la pequeña burguesía urbana y los asalariados en un movimiento común contra los "monopolistas". Naturalmente, las demandas de crédito libre o liberalizado, y algunas veces de nacionalización de la banca, ocuparon un gran lugar en los programas de los "populistas", con el capitalista financiero como principal enemigo; y, naturalmente, esas demandas lograron las mayores simpatías en las etapas de depresión económica y tendían a debilitarse rápidamente cuando mejoraban las condiciones económicas. Se repetían una y otra vez, pero sus patrocinadores nunca lograban un éxito estable ni conseguían elaborar programas que satisficieran a los diversos grupos a los que debían atraer. Sus patrocinadores, en nombre del hombre de la calle, denunciaban no sólo el carácter restrictivo del "monopolio del crédito", sino también la masa creciente de industria y el comercio en gran escala dominados por el capital financiero, al que acusaban de mantener altos los precios y de crear escasez artificial, a expensas del consumidor. Pero lo menos que deseaba el pequeño propietario rural era que los productos de la agricultura se mantuvieran baratos y el industrial en pequeña escala o el comerciante al menudeo se inclinaban a culpar a las grandes empresas capitalistas más por establecer una competencia desleal que por mantener los bienes de consumo escasos y caros. El pequeño empresario acusaba con frecuencia a los *trusts* y a las grandes empresas por cobrarle excesivamente por los bienes intermedios que debía adquirir de ellos, del mismo modo que acusaba a los banqueros de cobrarle demasiado por el crédito; pero no tenía el mismo entusiasmo para abaratar lo que vendía. Consideraba a los grandes negocios como competidores peligrosos, porque sus costos de producción más bajos les permitían afectar cada vez más a su mercado, y no porque cobraran demasiado al consumidor. Había, en consecuencia, un dualismo de actitud aun entre los dueños de pequeños negocios opositores de la empresa en gran escala; y cuando estos grupos eran coordinados en un movimiento común con los obreros o los empleados de empresas capitalistas, forestales o de granjas, aparecían aún más dificultades. El obrero no quería, por supuesto, que le redujeran su salario con el fin de reducir los costos y rebajar así el precio de los artículos para el consumidor. Reconocía, justamente, que haría mejor presionando lo más posible por una mayor participación en

la ganancia bruta del patrono. Estaba dispuesto a participar en la protesta contra el beneficiario capitalista al que podía acusarse de practicar el monopolio, pero su interés primario, en una sociedad basada en el supuesto de que cada cual trataba de obtener el mayor provecho, estaba en organizar un "grupo de presión" para lograr mejores salarios y las mejores condiciones que pudieran obtenerse de un patrono o grupo de patronos determinado con quienes tuviera que tratar.

Frente a estas "contradicciones" —para usar el término marxista— los movimientos populistas tendieron siempre a desintegrarse al desaparecer la ocasión que los había provocado y, particularmente cuando las condiciones económicas mejoraban después de una depresión. Pero los elementos que se agrupaban en esos movimientos "no veían la posibilidad de establecer organizaciones políticas estables cuando se separaban y trataban de actuar separadamente. Los pequeños propietarios agrícolas y los pequeños empresarios comerciales e industriales tenían intereses económicos divergentes y comunes. Compartían, sin duda, un antagonismo común a los financieros; pero los propietarios rurales querían alimentos caros y productos industriales baratos, mientras que los comerciantes de las ciudades y los fabricantes en pequeña escala querían lo contrario y el núcleo creciente de asalariados y profesionales querían que los productos agrícolas e industriales fueran baratos, pero que sus propios servicios —por ejemplo, el profesorado o la medicina— recibieran una alta remuneración. Todos estos grupos tendían, cuando expiraba un movimiento populista, a unirse al Partido Demócrata porque, en la mayoría de los Estados y en el plano federal, los republicanos constituían el partido apoyado por los grandes negocios y las finanzas. Pero no eran lo bastante poderosos, salvo en algunos lugares, para controlar al Partido Demócrata, o lo suficientemente unidos como para actuar sobre él como un grupo de presión coherente. Como hacían, en gran medida, demandas inconsistentes, podían ser apaciguados con concesiones menores, cuando no se les contentaba sólo con grandes palabras que no comprometían a nada a los políticos.

Cuando los trabajadores trataban de actuar por su cuenta políticamente, encontraban las mismas dificultades por la falta de homogeneidad en la clase asalariada y en las condiciones dadas bajo las cuales se ganaban la vida. Se ha señalado con frecuencia que, en las primeras etapas, cuando se empujaba la frontera hacia el oeste y era fácil obtener la tierra, los salarios, al menos los de los trabajadores calificados, se mantenían en un buen nivel, sujetos a la importante circunstancia de que esto dejaba de suceder en las depresiones, que afectaban por igual a la industria y a la agricultura. En una economía en desarrollo donde los recursos naturales eran considerables, en relación con la

mano de obra, era fácil para el trabajador calificado trasladarse en las épocas buenas y establecerse en el campo o encontrar una oportunidad de empleo relativamente bien remunerado en un distrito nuevo o en rápida expansión; y, en consecuencia, esos trabajadores, como los pequeños propietarios rurales y comerciantes, eran impelidos hacia la política radical, sólo en épocas de crisis económica o estancamiento. Pero existía también el obstáculo, para la acción política de la clase obrera, de que el trabajador calificado que había crecido en los Estados Unidos no se consideraba necesariamente, en esa etapa del desarrollo económico norteamericano, un asalariado para toda su vida, en ía misma medida en que esto era válido para los trabajadores calificados de Europa. Aun el inmigrante, que había crecido en la Europa occidental y era un proletario con conciencia de clase cuando llegó a los Estados Unidos podía, al llegar a la "tierra de promisión", desprenderse de gran parte de su sentimiento de solidaridad de clase con los demás trabajadores y dividirse mentalmente entre la lealtad de clase y las esperanzas de elevarse en la escala socioeconómica.

Las divisiones en la clase trabajadora, lejos de eliminarse con el cierre gradual de la frontera en los años ochenta y con el desarrollo de la empresa capitalista en gran escala, se hicieron positivamente mucho mayores en esta época. Una razón para ello fue un cambio en la naturaleza y destino de la masa rápidamente creciente de inmigrantes en los Estados Unidos. De 1850 a 1880, la afluencia de inmigrantes, aunque sustancialmente diversa de un año a otro, había permanecido casi constante en un total por década de cerca de 2 500 000. En la década de 1881 a 1890, subió a 4,300.000. En la década siguiente, disminuyó a 3 200 000 y después, en los años 1901-1910, subió a 5,600.000.[1] Además, el carácter de la inmigración sufrió un cambio considerable. Hasta 1880 una alta proporción de los inmigrantes afluía al campo y una alta proporción de los que afluían a la industria eran trabajadores calificados, ocupaban un lugar al lado de los núcleos existentes de artesanos. Había, por supuesto, aun entonces, muchos que encontraban trabajo no calificado en la industria —por ejemplo, en los almacenes de Chicago o en las minas— con salarios relativamente bajos. Pero en comparación con lo que ocurrió después de 1880, la afluencia de trabajadores no calificados a los empleos industriales era pequeña. La llegada de contingentes mucho mayores de los países menos industrialmente desarrollados de Europa, donde los niveles de vida eran bajos, así como de trabajadores procedentes de Japón y China, alteró radicalmente la situación y condujo al rápido aumento de las formas de ocupación que dependían de la oferta de mano de obra barata, para ser utilizada en conjunción con instrumentos altamente

[1] Éstas son cifras netas; la inmigración bruta fue, por supuesto, mucho mayor.

capitalizados de producción en gran escala. Puede preguntarse si durante este periodo la llegada de inmigrantes estimuló el desarrollo de la industria capitalista en gran escala, o si el desarrollo de la tecnología de la producción en masa estimuló la creciente inmigración. La verdad evidente es que cada uno de estos factores actuó sobre los demás.

En todo caso, el advenimiento de esta horda de inmigrantes, acostumbrados en su mayoría a niveles de vida muy bajos, tuvo un profundo efecto sobre el desarrollo del movimiento obrero norteamericano, especialmente en las regiones industriales ya establecidas del este y el medio oeste. Los sindicatos existentes tenían que escoger entre organizar a los recién llegados y exigir para ellos un "nivel de vida norteamericano" o cerrar filas contra ellos, en un intento de lograr mayores salarios y mejores condiciones de vida para los nativos o para los trabajadores calificados ya asimilados como norteamericanos. En vista de la absoluta imposibilidad de que los inmigrantes, obstaculizados por barreras de idioma y por la pobreza, organizaran sus sindicatos efectivamente, fue obvio que el presupuesto del éxito en la primera de estas políticas era la creación de una especie de sindicalismo que diera a los trabajadores calificados norteamericanos la dirección efectiva de un movimiento combinado, bien reorganizando a los sindicatos por oficios en sindicatos por industria, abiertos, en todas las industrias, a los obreros calificados y a los no calificados por igual, o bien constituyendo una vasta Unión general, capaz de atraer en masa a los inmigrantes y de poner en apoyo de cada sector industrial los recursos combinados de todos.

La otra política posible era no intentar organizar a los recién llegados ni mejorar sus condiciones de trabajo, sino concentrar la atención en establecer un monopolio de los empleos más calificados y de obtener los salarios diferenciales más altos posibles para la escasa condición del trabajo calificado y la aclimatación a las condiciones de la industria norteamericana. Esta política podía seguirse en la mayoría de los casos organizando sobre una base de oficios y por la adopción de métodos de contratación dirigidos al establecimiento del control monopolio) sobre el desempeño de las operaciones más altamente calificadas o de las que podían ser manejadas fácilmente por reglamentaciones de aprendizaje o por otros medios que las hicieran de difícil acceso.

No es necesario advertir que ninguna de esas políticas fue seguida plenamente por los sindicatos norteamericanos. Pero la mayoría de los sindicatos, que durante la década de los ochenta se reunían bajo la bandera de la nueva American Federation of Labor, se acercaron más a la segunda que a la primera. En los años sesenta y setenta, los "caballeros del trabajo" se habían dedicado a agrupar a toda clase de trabajadores, independientemente de su calificación u ocupación, en

una sola unión, subdividida sólo por conveniencia y con la autoridad concentrada en manos de una dirección central. Desde principios de la década de los ochenta esta forma de organización había sido combatida por un tipo diferente de sindicalismo, basado en la organización separada de cada oficio o grupo de oficios, que trataba de imponer su código de reglamentaciones laborales a los patronos principalmente para la protección y mejoramiento de los trabajadores calificados, sin ocuparse demasiado de lo que pudiera sucederles a los demás. Bajo la capaz dirección del cigarrero inglés Samuel Gompers (1850-1924), este tipo de sindicalismo hizo rápidos progresos y logró obtener, de un número creciente de patronos, grandes y pequeños, convenios colectivos o contratos que regulaban los salarios y las condiciones y cerraban algunas veces las posibilidades de trabajo a los que no fueran miembros de aquellos sindicatos. Esta política no se adoptó, en primera instancia, como recurso consciente para discriminar a los inmigrantes o dividir a la clase obrera norteamericana en dos grupos —privilegiados y no privilegiados—. Fue principalmente una reacción ante la incapacidad de la sindicación colectiva para lograr los resultados esperados. Pero se adaptó fácilmente a la nueva situación, en la que los inmigrantes no calificados, acostumbrados a bajos niveles de vida, empezaban a constituir una proporción rápidamente creciente de la fuerza de trabajo en las industrias en gran escala, empleando métodos de producción en serie; y también correspondía a la tendencia de la sociedad norteamericana de organizarse más y más en grupos de presión, que representaban intereses bastante estrechos y coherentes.

Este tipo de sindicalismo, destinado a favorecer el interés económico de cada grupo particular de trabajadores calificados, era inconsistente con cualquier forma de acción política que descansara en un llamado a la solidaridad de toda la clase obrera, o que tratara de unirla como clase contra la clase capitalista, para la conquista colectiva del Estado. No era, de ninguna manera, inconsistente con la acción política de cierto tipo, en forma de presión sobre el Estado para que éste retirara su apoyo a los patronos en los conflictos laborales o para que promulgara una legislación que favoreciera las demandas de los sindicatos. Pero la forma más natural de acción politiea en semejantes casos era inclinar la votación del sindicato del lado de cualquier partido o grupo o individuo que pudiera ser inducido a apoyar las demandas sindicales particulares más importantes del momento, más que la de un compromiso permanente con cualquier partido. Nunca se pensó conducir el apoyo sindical a un partido socialista o laborista, porque semejante compromiso habría destruido totalmente la fuerza de los sindicatos para presionar a los partidos en el poder, o con posibilidades de obtenerlo en un futuro próximo. El sindicalismo como "grupo de

presión" —sindicalismo "puro y simple", como se le llamó con frecuencia— quería vender su apoyo a los políticos que demostraban más posibilidades de favorecerlo; y, si los políticos debían ser inducidos a responder a su presión, necesitaba ofrecerles algo tangible a su vez.

A partir de 1880, bajo la inspiración de la American Federation of Labor, este tipo de sindicalismo ganó terreno rápidamente. Pero nunca dejó de tener competencia, hasta en su interior; y hubo continuos intentos de combatirlo desde el exterior. Dentro de la A. F. L. hubo siempre, hasta 1914, una minoría socialista sustancial, que tenía situados algunos líderes en la mayoría de los sindicatos que constituían la Federación. Esta minoría promovió decisiones socialistas generales en sucesivos congresos de la Federación y con frecuencia alcanzó hasta una tercera parte de los votos. Cada cierto tiempo desafiaba la dirección de Gompers; y una vez al año lograba expulsarlo de la presidencia, aliándose con otros sectores con los que aquél estaba, temporalmente, en desgracia. Sus luchas dentro de la Federación estaban estrechamente mezcladas con disputas relativas a la base real de la organización sindical. La política de la A. F. L. era dar a cada sindicato cuya participación aceptaba, una carta donde se definía su "jurisdicción" —es decir, los tipos de trabajadores que tenían derecho a agrupar— y asegurar que ningún sindicato afiliado se apoderaría de lo correspondiente a otro, y que no se admitiera a dos sindicatos que pelearan por el mismo grupo de trabajadores. En lo principal, estas cartas jurisdiccionales definían la capacidad para pertenecer a un sindicato en términos de oficios y no de industria —como era natural—, ya que la atención se concentraba en la construcción de monopolios de la mano de obra basados en la habilidad común para determinado oficio. Había, no obstante, numerosas industrias donde no era fácil trazar una línea divisora entre los trabajadores calificados y los menos calificados; y, en este grupo, las industrias de extracción, en rápido desarrollo, ocupaban una posición clave. Se les unieron después las modernas industrias de producción en serie, como la industria del automóvil y la industria del hule. En las minas de carbón, en particular, el sindicalismo efectivo era imposible a no ser que la base fuera la industrr. más que el oficio, tanto más cuanto que los propietarios de minas de carbón, que con frecuencia poseían y controlaban toda la pequeña ciudad o aldea donde tenían que vivir sus empleados, se oponían terriblemente contra todo reconocimiento de los derechos de contrato colectivo y llegaban a usar la mayor violencia, mediante pandilleros armados y controlando el gobierno local y la autoridad del Estado, para romper sindicatos o imposibilitar del todo su surgimiento.

Frente a estas condiciones bélicas, tuvo que permitirse a los mineros

del carbón que se organizaran, donde pudieran, sobre la base de la industria —es decir, a los calificados y a los no calificados unidos- más que como agrupaciones de trabajadores calificados exclusivamente; y hubo otros casos en los que los sindicatos afiliados a la A. F. L. no observaron estrictamente la base por oficios. En general, sin embargo, la A. F. L. insistió en seguir líneas divisorias ocupacionales más que industriales: de tal modo que, por ejemplo, los mecánicos de mantenimiento en una fábrica textil pertenecían al sindicato de maquinistas más que al de obreros textiles y los trabajadores del transporte pertenecían a los sindicatos de conductores aun cuando estuvieran empleados por una empresa industrial. En su mayoría, los socialistas de la A. F. L., o bien favorecían al sindicalismo industrial contra el de oficios o, cuando menos, sostenían que debía existir amplitud de criterio para adoptar la base por industria cuando lo exigieran las condiciones y que no debían ponerse obstáculos en el camino de los sindicatos para que éstos abrieran sus filas, cuando lo consideraran conveniente, a los trabajadores de diversos oficios. Los socialistas dentro de la A. F. L. proclamaban que su política era de "avanzar desde adentro", es decir, tratar de ganar a los demás miembros para una política de acción clasista y promover la elección de socialistas para las posiciones sindicales claves. Pero había siempre otros socialistas que, denunciando a la A. F. L. como una fuerza esencialmente reaccionaria y considerando como tarea inútil su transformación, apoyaban la política rival de "sindicalismo doble", es decir, de tratar de crear nuevos sindicatos industriales o un "Sindicato general" abierto a todos los trabajadores, en oposición a la A. F. L. y como instrumento de lucha agresiva de clases contra el sistema capitalista en general. En los años noventa, antes de la fundación del Partido Socialista Norteamericano, fue ésta la política del Partido Laboral Socialista de Daniel de León, que formó la Alianza Industrial y Laboral, en agria hostilidad con la A. F. L. En los novecientos, la enseña del sindicalismo industrial militante fue tomada por la Industrial Workers of the World que, empezando con el apoyo conjunto de los partidarios de De León y el ala izquierda del nuevo Partido Socialista, se desintegraron pronto en facciones pro De León y contrarias a éste, acerca de la cuestión de la acción política y se convirtieron, dentro del Partido Socialista, en causa de honda disensión entre los socialistas de la A. F. L. y los partidarios del sindicalismo doble, encabezados por E. V. Debs y W. D. Hayvvood.

Para que pueda entenderse la naturaleza de estas disputas y sus efectos en el socialismo norteamericano, es necesario reseñar las condiciones que dieron origen al establecimiento de la I. W. W., con un apoyo inicial procedente, principalmente, de las regiones mineras y madereras del Lejano Oeste. La I. W. W., en sus inicios en 1905, se

basaba principalmente en un solo sindicato —la Federación Occidental de Mineros— que estaba en desacuerdo con la A. F. L., en parte por disputas de jurisdicción, pero sobre todo por la violencia de los conflictos laborales en que se había visto envuelta. La Federación Occidental de Mineros —totalmente distinta de los Mineros Sindicados que organizaban a la industria del carbón— agrupaba principalmente a mineros metalúrgicos y fundidores de los nuevos centros industriales que se desarrollaban en los Estados del Oeste. En estos distritos aislados, que se desarrollaban bajo los auspicios de empresas capitalistas, virtualmente como centros urbanos propiedad de la compañía y controlados por ella, las relaciones laborales eran muy duras y las compañías no se detenían en su esfuerzo por evitar la sindicación y por reforzar su poder, comprando el apoyo de las fuerzas de "la ley y el orden" y de la maquinaria del gobierno local o estatal.

De estas condiciones surgió, en 1893, la Federación Occidental de Mineros, miembro originalmente de la A. F. L., de la cual se separó en 1897. La Federación Occidental de Mineros tomó entonces la iniciativa de formar una Central Obrera del Oeste, integrada por numerosos sindicatos locales de la región "fronteriza", que daban la batalla a las compañías que controlaban las industrias y las instalaciones de las grandes regiones mineras, madereras y productoras de petróleo de los Estados del Oeste. El centro original de este movimiento estuvo en Montana, en la ciudad de Butte, pero se extendió rápidamente a otros Estados —Colorado, Idaho, Nevada, California, Oregon y Washington y también hacia el este—. En 1902, la Central Obrera del Oeste cambió su nombre por el de Central Obrera Norteamericana (American Labor Union) y tres años después se unió a la I. W. W. que fue, en efecto, una fusión entre los grupos del oeste, que representaba, y los grupos de De León y otros partidarios del "sindicalismo doble" del medio oeste y los estados del este. En este periodo, la Federación Occidental de Mineros fue el único integrante en verdad sólido del movimiento, porque aunque éste llegó a incluir a otros sindictos que eran nominalmente más que locales, ninguno era en realidad fuerte ni representaba a una mayoría de los trabajadores organizados en las industrias en cuestión. La Federación Occidental de Mineros, por otra parte, era dentro de su región un organismo fuertemente organizado, que había logrado, en batallas muy peleadas, la lealtad del núcleo principal de mineros metalúrgicos y grupos afines; y las tácticas violentas seguidas por ella eran, en gran medida, el resultado necesario de la oposición sin tregua de las compañías mineras a cualquier forma de contrato colectivo y de la violencia que utilizaban estas compañías en sus esfuerzos por suprimir el sindicalismo. En efecto, cuando esta actitud fue modificada, después de dos décadas de lucha intensi-

va, la Federación Occidental de Mineros perdió pronto su entusiasmo por las causas extremas. En 1907, se separó de la I. W. W., a cuya integración había contribuido, y en 1911 volvió a la A. F. L.

Las figuras importantes de la Federación Occidental de Mineros eran su presidente, Charles H. Moyer y su principal organizador, William Dudley Haywood (1869-1925). Fueron las figuras centrales en un juicio famoso que constituyó también un punto de desviación en la historia del movimiento. Junto a un tercero, George Pettibone, fueron acusados de la muerte de un antiguo gobernador de Idaho, nombrado Steunenberg quien había desempeñado un papel principal en el uso de los poderes del Estado contra el sindicato. El asunto empezó a principios de 1906, con el secuestro ilegal de los tres hombres en Colorado, por la policía del Estado de Idaho y su encarcelamiento en Idaho en espera del juicio. Terminó en 1907 con su absolución, después de una célebre defensa del abogado Clarence Darrow. Este juicio sensacional centró la atención en todos los Estados Unidos en los asuntos y la política de la I. W. W., pero también dio origen a hondas disensiones dentro de la Federación Occidental de Mineros y fue responsable, en gran medida, de la separación de ese sindicato de la I. W. W., mientras sus principales líderes de izquierda estaban ausentes. Porque, aunque los acusados eran inocentes del crimen, lo que salió a la luz en el juicio reveló la conducta de ambos partidos en las duras luchas de los años anteriores e hizo caer sobre ambos todo el peso de la opinión pública. El periodo de violencia en los conflictos laborales del oeste no terminó de ninguna manera, como veremos, en 1907; pero, por lo que se refiere a los mineros, la intensidad de la lucha varió sustancialmente, desde ese momento, y se abandonó el intento de acabar de una vez con el sindicato.

En la I. W. W., desde su establecimiento en Chicago en 1905, hubo un agudo conflicto de tendencias. Sus fundadores y patrocinadores estaban de acuerdo en que la base de la política obrera debía ser la lucha de clases revolucionaria dirigida a la supresión total del capitalismo y a lograr que los trabajadores organizados asumieran el poder en la sociedad. Estaban también de acuerdo en condenar la idea de trabajar dentro de la American Federation of Labor y sindicatos independientes como las hermandades de ferroviarios, con esperanzas de convertir a sus miembros a una actitud más militante y de lograr que aceptaran la doctrina de la lucha de clases y su práctica. Estaban también totalmente en contra de los socialistas que pensaban en el éxito electoral y la reforma progresiva como medio de avanzar hacia la nueva sociedad y, en consecuencia, se dedicaron a obtener el apoyo de los electores no socialistas o, cuando menos, semisocialistas, presentando programas moderados de reforma. Pero, aunque los par-

tidarios de la I. W. W. estaban de acuerdo contra el sindicalismo ortodoxo y el socialismo reformista, estaban en agudo desacuerdo acerca de las políticas positivas que debían conducir a su meta revolucionaria. Había entre ellos cuando menos cuatro grupos bastante definibles. En primer lugar, los partidarios de De León del Partido Laboral Socialista y la Alianza Industrial y Laboral, que creían fervientemente en la acción política a través de un partido revolucionario, pero deseaban que este partido, trabajando en alianza con el sindicalismo industrial revolucionario, descartara la obtención de reformas dentro del sistema capitalista e hiciera uso de las elecciones y las instituciones parlamentarias sólo como medio de educar e ilustrar a los trabajadores para atraerlos al marxismo revolucionario y, del mismo modo, participar en la lucha laboral cotidiana sólo teniendo a la vista el mismo propósito. Los partidarios de De León creían que el partido y el movimiento sindical debían ser dirigidos por socialistas revolucionarios y estar permeado por ideas revolucionarias y que el partido debía ser un organismo centralizado que trazara la política a seguir y ejerciera una fuerte disciplina sobre todos sus miembros y guiara a los trabajadores industriales hacia la acción revolucionaria unida cuando llegara el momento.

El segundo grupo dentro de la I. W. W., con W. D. Haywood como principal líder, no repudió, como se ha sugerido alguna vez, la acción política de plano, sino que la consideró como de importancia secundaria. El mismo Haywood era miembro activo del Partido Socialista Norteamericano hasta que fue expulsado de su directiva nacional en 1913 y siempre rechazó el cargo de ser un opositor a la participación en política. Sostenía, no obstante, que era necesario hacer la lucha de clases primeramente en el terreno industrial y que la única forma efectiva de hacer revolucionaria a la clase obrera era ejercitando a sus miembros en una lucha constante contra los capitalistas en las minas, fábricas y otros centros de trabajo. Pensaba, por tanto, antes que nada, en la creación de un movimiento industrial sindicalista militante y revolucionario y consideraba subsidiaria la función del Partido Socialista. En verdad, fue más lejos, porque sostuvo que la participación en elecciones y en la labor de los organismos de gobierno estatal o local corrompería inevitablemente a los participantes, a no ser que éstos fueran orientados y conservaran la responsabilidad con un movimiento sindical militante que hiciera, incesantemente, la lucha de clases en el terreno industrial. La actitud de Haywood había surgido de su experiencia concreta en las minas y campamentos madereros del floreciente oeste. No podía repudiar totalmente la acción política; no sólo porque deseaba utilizar el sindicalismo industrial como instrumento para presionar continuamente a los gobiernos hostiles de

los Estados y a los locales, aliados a los grandes negocios, sino también porque veía la necesidad de apoderarse, de cualquier manera, de los organismos de los gobiernos locales, como parte de la estrategia de la lucha laboral. Era, no obstante, tan hostil como los partidarios de De León a cualquier especie de transacción electoral y a todo intento de utilizar los organismos del gobierno como medios de obtener reformas graduales. Descontada la Revolución, lo único útil que podían hacer, políticamente, los trabajadores era, en su opinión, evitar que los organismos de gobierno fueran utilizados por los capitalistas contra los trabajadores. Además, la concepción que Haywood tenía de la futura sociedad proletaria era que podía basarse en el movimiento sindical revolucionario y no en un partido político. Los mismos trabajadores, a través de sus sindicatos industriales, asumirían el control de la industria de manos de los capitalistas y sustituirían a los parlamentos y ejecutivos políticos por instrumentos directos de su poder industrial organizado.

Esta concepción, por supuesto, se acerca a la de los sindicalistas franceses en muchos aspectos; pero no fue tomada de ellos, ni era idéntica a sus opiniones. La idea clave del grupo Haywood de la I. W. W. era la de "una gran central", que uniera sobre una base de clase a todos los trabajadores del país —y, en un momento dado, de todo el mundo— y agrupara a esa masa bajo una dirección centralizada con un plan amplio. Haywood insistió siempre en que una gran central debía convertirse en el principal organismo de planeación de la nueva sociedad proletaria, que se ocupara del uso y desarrollo correcto de las fuerzas de producción para responder a las necesidades de los trabajadores y que controlara la distribución de lo producido. En la práctica, los sindicalistas industriales dependían mucho de la iniciativa espontánea de grupos de militantes locales; pero, mientras los sindicalistas franceses insistían en la autonomía local como base necesaria para una sociedad libre, los partidarios de Haywood sostenían que el poder centralizador del capitalismo no podía ser combatido efectivamente a no ser por un poder centralizado de la clase obrera. Ambas escuelas de pensamiento creían firmemente en la concepción de una *élite* revolucionaria —que los franceses llamaban la "minoría consciente"—, pero la Federación Obrera del Oeste y la I. W. W. del oeste trataban de establecer un control central sobre la *élite* y lanzarla a la pelea en el momento en que se presentara la oportunidad.

Esta política quedó ejemplificada, sobre todo, en los métodos utilizados por los sectores del oeste de la I. W. W. (y antes por la Central Obrera del Oeste) para realizar la lucha por el derecho de libre expresión. Siempre que surgía una pelea por la libre expresión en un lugar cualquiera, aparecían miembros de la I. W. W. de otros lu-

gares para participar, provocando que se les arrestara y se llenaran las cárceles locales. Fue posible poner en práctica estas tácticas principalmente por la extrema movilidad de la mano de obra en las regiones fronterizas del oeste. Las clases trabajadoras del oeste estaban, acostumbradas a trasladarse de un lugar a otro —generalmente sin pagar en los ferrocarriles en los cuales viajaban—. No tenían, como la mayoría de los trabajadores franceses, o siquiera como casi todos los trabajadores de las regiones más asentadas de los Estados Unidos, raíces locales difíciles de romper. No eran ciudadanos de las nuevas ciudades o campamentos donde trabajaban, sino individiuos de una fuerza de trabajo migratoria que se sentía igualmente —o tan poco— arraigada en un lugar o en otro. Esto conducía, entre los militantes, a un sentimiento intenso de solidaridad contra los enemigos de clase, expresado en sus cantos y en el *argot* que elaboraban en su diario contacto. Pero esta solidaridad no era localizada y ésta fue una gran razón para que tomara forma más fácilmente en la acción laboral dentro de la industria que en la acción electoral.

El tercer grupo de miembros de la I. W. W. estaba integrado por los opositores decididos a la acción política —los Sindicalistas Industriales Anarquistas (Anarchist Industrial Unionists) con los que se confundían con frecuencia los haywoodistas. Esta facción recibía mucha más influencia europea en sus teorías. Su anarquismo había sido importado por inmigrantes de Europa, aunque modificado por la experiencia de las condiciones norteamericanas. Se remontaba a Johann Most (1846-1909) y los grupos que se habían reunido en torno a su periódico, *Freiheit,* y a los anarquistas de Chicago de los años ochenta;[2] y sus simpatías se contaban principalmente entre los inmigrantes extranjeros. Llegó a dominar en gran medida el movimiento sindicalista industrial, cuando la secesión de la Federación Occidental de Mineros había destruido su fuerza en los Estados del oeste. El sindicalismo industrial del oeste, en contraste, era una actitud original, nacida de Jas condiciones regionales en un área fronteriza con pocas deudas a la influencia europea.

Los anarquistas, o anarco-sindicalistas, de la I. W. W., se dispusieron, no a apoderarse del Estado para transformarlo en una dictadura proletaria, ni a crear en su lugar "una gran central sindical" que asumiera su poder centralizado, sino a destruir todo gobierno coercitivo, en favor de la auto-organización "libre" y espontánea de los trabajadores sobre una base local, comunal, con "libre" federación de los grupos locales como medio de abordar los problemas de grandes zonas. No hay necesidad de describir sus doctrinas esenciales ahora porque ya

[2] En relación con Most y los anarquistas de Chicago, véase el vol. II de esta obra.

han sido plenamente analizadas en otros capítulos, en relación con sus manifestaciones europeas. Sólo hay que advertir que, en los Estados Unidos, los anarco-sindicalistas sintieron un fuerte impulso de organizar a las masas de inmigrantes que afluían al país procedentes de Europa y, particularmente, a los que llegaban de los países latinos, donde el sindicalismo europeo tenía su bastión, o de las regiones menos desarrolladas de la Europa oriental y suroriental. Mientras que en el siglo xix Alemania había surtido mucho más inmigrantes a los Estados Unidos que cualquier otro país, en los primeros años del siglo xx, los italianos eran los más numerosos, seguidos por los rusos y los polacos. Los franceses eran relativamente pocos y el sindicalismo norteamericano fue menos influido por ellos que por los italianos, quienes en muchas regiones se constituyeron en líderes de los inmigrantes que se establecían en las grandes ciudades y se convertían en obreros de fábricas, empleados de tiendas y restaurantes o empleados de servicio en diversas ocupaciones urbanas. Los rusos y polacos, que entraban en las industrias de la aguja, respondían también, en cierta medida, al llamado sindicalista.

La I. W. W. incluía un quinto elemento, cuyo principal ejemplo era una figura notable: Eugcne Víctor Debs (1855-1926), candidato del Partido Socialista en una sucesión de elecciones presidenciales. Debs había surgido como líder de un intento de organizar a los trabajadores ferroviarios en un amplio sindicato industrial, en oposición a las conservadoras hermandades ferroviarias, que estaban organizadas sobre una base de oficio e ignoraban las demandas de los obreros menos calificados empleados en la construcción y el mantenimiento de las vías férreas. Debs mismo era un trabajador ferroviario y se convirtió en secretario de la Hermandad de Bomberos Ferroviarios, cargo al que renunció en 1892, para formar el Sindicato Norteamericano de Ferrocarrileros, sobre una base industrial. A la cabeza del nuevo sindicato ganó una importante huelga contra la Great Northern Railroad en 1894; pero, ese mismo año, su sindicato estableció un boicot de varios ferrocarriles en apoyo a la huelga de trabajadores de la Pullman y las compañías respondieron obteniendo un mandamiento de los tribunales federales e induciendo al gobierno federal a enviar tropas federales a Illinois para ayudar a romper la huelga. El mismo Debs fue acusado de conspiración y absuelto, pero se le mantuvo en la cárcel por incumplir el mandamiento mientras que la huelga, y con ella el sindicato, eran suprimidos por la acción combinada de las compañías, los tribunales y el gobierno federal. En este caso se introdujo por vez primera el procedimiento de mandamiento judicial como medio de derrotar la acción sindical; y fue también notable por el hecho de que las tropas federales fueron llevadas a Illinois a pesar de la

protesta del gobernador liberal del Estado, John P. Altgeld, de quien ya hemos hablado en relación con los anarquistas de Chicago.[3] Estas experiencias convirtieron a Debs al socialismo y participó en el establecimiento del Partido Socialista Norteamericano, convirtiéndose de inmediato en su líder más popular. Se mantuvo siempre en la izquierda del partido y fue siempre un partidario intransigente del sindicalismo industrial. Como el mejor orador del partido, tenía gran simpatía y fue designado candidato presidencial en elecciones sucesivas a pesar de sus pronunciados desacuerdos con la mayoría de los líderes del partido. Sus demostraciones de resistencia como orador viajero, por el partido, fueron prodigiosas y fue, por muchos años, la única figura realmente popular de sus filas, capaz de ganar el apoyo de muchos simpatizantes fuera del partido. Una y otra vez, el ala derecha del partido trató de desplazarlo de su posición como candidato a la presidencia: su popularidad permaneció inconmovible hasta la primera Guerra Mundial, en la que adoptó una actitud vigorosamente pacifista y sufrió nuevamente prisión. Aunque sincero y directo en la expresión de sus ideas izquierdistas, Debs se negó siempre a participar en las disputas internas del Partido Socialista, sirviendo en su ejecutivo: prefirió mantenerse libre y se negó a aceptar direcciones de la junta del partido. Su socialismo no era dogmático, pero sí fuertemente ético. No le importaban mucho las teorías y no le interesaban las cuestiones sutiles de doctrina. Creyente firme en la necesidad de la lucha de clases y en el advenimiento de la sociedad sin clases, era un intransigente partidario de una especie de sindicalismo que agrupara a los trabajadores calificados y a los no calificados en una organización común; y se oponía, por tanto, vigorosamente a la American Federation of Labor y al sindicalismo por oficios, en todas sus formas. Apoyaba a la Industrial Workers of the World; pero era partidario de "una gran central" del tipo Haywood, y no del tipo sindicalista. El equivalente más cercano en el movimiento obrero de otros países es Gcorge Lansbury, quien tenía el mismo criterio ético amplio y la misma intensidad de sentimiento hacia las injusticias que se cometían con los de abajo —y también la misma capacidad de enfurecer a los socialistas de derecha y a los sindicalistas que se veían obligados a reconocer su sinceridad y fuerza moral—. En el movimiento de la I. W. W., Debs introdujo a muchos socialistas que hubieran sentido repulsión de otra manera, por su violento repudio de la moral capitalista y su justificación de la violencia como respuesta a la opresión capitalista.

Este repudio del código moral prevaleciente era, en verdad, la cuestión más vehementemente debatida entre los socialistas norteamericanos, v el aspecto de la conducta de la I. W. W. que sus opositores

* Véase vol. II, p. 311.

trataban de utilizar siempre como medio para hacerla impopular. El repudio se expresaba con mayor fiereza en el Lejano Oeste, donde los sindicalistas industriales libraban continuas batallas con los opositores que no mostraban escrúpulos morales en las medidas que estaban dispuestos a tomar. Los tiroteos, arrestos ilegales, deportaciones y palizas a los "agitadores" eran prácticas comunes en los conflictos de la frontera de los Estados del oeste y los agentes empleados por las compañías no dejaban de construir falsos indicios de culpabilidad contra los líderes sindicales que deseaban eliminar. Los sindicalistas respondían con la violencia, no sólo contra los esquiroles y espías y agentes de las compañías, sino también, cuando podían, contra policías y políticos sobornados por las compañías para sus fines más bajos; y Haywood y otros líderes, al justificar esta acción, tenían que denunciar toda la estructura de la justicia y el orden como una simple burla a la verdadera justicia y a la libertad, y las ideas que representaban como simple "moral burguesa", que los trabajadores no tenían que tomar en cuenta. Cualquier declaración en este sentido era recibida con escandalizadas denuncias de los grandes periódicos y se convertía en justificación de las medidas represivas tomadas contra los culpables. Había, por supuesto, un gran elemento de hipocresía en estas denuncias; pero el rechazo de la moral prevaleciente por los sindicalistas industriales escandalizaba también a muchos socialistas —especialmente al núcleo considerable de socialistas cristianos que se habían afiliado al Partido Socialista en sus primeros años—. Debs, aunque defendía a los extremistas sosteniendo que éstos habían sido empujados a los actos de violencia por la injusta y en ocasiones positivamente ilegal represión a la que se les había sometido, nunca llegó a los extremos de repudio moral que daba mala reputación a la I. W. W. entre el público irreflexivo, facilitando así su persecución. Permanecía en una solitaria altura, en la izquierda, y este mismo aislamiento contribuyó mucho para mantener unido al Partido Socialista, a pesar de la intensidad de la discordia entre sus facciones rivales.

Después de la secesión de la Federación Occidental de Mineros, las facciones contendientes de la I. W. W. forzaron una declaración sobre el grado y destino de su política o, más bien, de los partidos políticos. Los párrafos iniciales del Preámbulo a la Constitución de la I. W. W., adoptada en 1905, decían lo siguiente:

> La clase obrera y la clase patronal no tienen nada en común. No puede haber paz, mientras el hambre y la necesidad reinen en millones de trabajadores, y los privilegiados, que constituyen la clase patronal, gozan de lo mejor de la vida.
>
> Debe producirse una lucha entre estas dos clases hasta que

> todos los trabajadores se unan, en el terreno político y en el laboral, y tomen posesión de lo que producen con su trabajo, a través de una organización económica de la clase obrera, sin afiliación a ningún partido político.

Esta fraseología bastante enigmática era el resultado de una transacción. Los partidarios de De León no habrían participado en la I. W. W. si ésta no se hubiera manifestado a favor de la solidaridad política, así como de la laboral; pero no habrían podido afiliarse a un partido político sin plantear el problema de a cuál de los partidos socialistas rivales habría de asociarse la organización industrial. Tampoco los miembros de la I. W. W. que favorecían la acción política deseaban necesariamente que la organización sindical se afiliara al algún partido, porque esto habría podido significar la disolución del partido por elementos que no aceptaban plenamente sus doctrinas. Muchos preferían, en efecto, la estructura alemana, en la que el movimiento sindical no estaba afiliado al partido, pero aceptaba su dirección y sus funcionarios eran los leales al partido. Esto era, esperaban ellos, lo que pasaría en el caso de la I. W. W., como había pasado en el caso de la Alianza Industrial y Laboral que fue sustituida por la I. W. W. No sucedió, en parte porque entonces el nuevo Partido Socialista se desarrollaba mucho más rápidamente que el Partido Laboral Socialista de los deleonistas y en parte porque los deleonistas no tenían ningún control en el oeste, de donde procedía la mayor parte de los miembros de la I. W. W. en sus primeros tiempos.

Los deleonistas de la I. W. W. dieron mucha importancia a la frase del preámbulo que parecía destacar tanto la organización política como la laboral. Contra esto, no sólo los anarcosindicalistas, sino también los sindicalistas industriales del oeste consideraban la acción laboral como la forma primaria y, con mucho, la más importante de la actividad obrera revolucionaria y les molestaba la frase sobre la cuestión política que los deleonistas, y algunos miembros del Partido Socialista en la I. W. W., nunca se molestaron en borrar. En consecuencia, los anarco-sindicalistas y los del oeste se unieron para lograr la enmienda de esa parte del preámbulo, eliminando toda referencia a la política.

En 1908 estos grupos, dirigidos por W. E. Trautmann de los Obreros Cerveceros y Vincent St. John del oeste, elaboraron y presentaron una enmienda al segundo párrafo en los siguientes términos:

> Debe producirse una lucha entre estas dos clases hasta que los trabajadores del mundo se organicen como clase, tomen posesión de la tierra y de los instrumentos de producción y realicen la abolición del sistema de salarios.

Todo el párrafo antiguo fue suprimido, no dejando ninguna referencia a la acción política ni a la acción laboral, en términos explícitos. Pero el resto del preámbulo aclaraba que la organización de clase en el terreno económico era considerada como el objetivo primario y, además, que esta organización debía ser, no sólo el instrumento para llevar a cabo la lucha de clases, sino también el factor de control en la administración de la sociedad después de la Revolución. La acción política no quedó explícitamente eliminada —no podía haber una mayoría en favor de esto— pero tampoco se afirmó: simplemente se hizo silencio respecto a ella.

Los deleonistas no podían aceptar esto de ninguna manera. Se separaron de inmediato y, en otra convención, formaron una I. W. W. rival y reafirmaron las disposiciones políticas que la mayoría había suprimido. En verdad, fueron más allá y redactaron un nuevo párrafo que encerraba una afirmación mucho más definitiva de su punto de vista. Decía como sigue:

> Debe producirse una lucha entre estas dos clases hasta que los trabajadores se unan, en el terreno político, bajo la bandera de un partido político revolucionario orientado por los intereses de la clase obrera y, en el terreno laboral, bajo la enseña de una gran central laboral que asuma y controle todos los medios de producción y distribución, y los administre para beneficio de todos los productores de riqueza.

Así, a partir de 1908, hubo dos organismos rivales con el mismo nombre de Industrial Workcrs of the World, que trataban de constituir organizaciones revolucionarias de masas de la clase trabajadora. El grupo mayoritario, con Haywood como figura central, tenía su sede en Chicago; la organización rival de los deleonistas funcionaba desde Detroit. De los dos, el núcleo de Chicago era mucho más amplio e influyente; pero ambos eran bastante pequeños. En el momento de la división el organismo combinado reunía apenas 15 000 miembros que pagaran cotizaciones y un año después la I. W. W. de Chicago tenía menos de 10000 y la W. I. I. U. de Detroit 4 000 cuando más. En lo sucesivo, ambas aumentaron sus miembros, al ponerse sus activistas a la cabeza de los movimientos de huelga entre los obreros inmigrantes, especialmente en las industrias textiles. Pero los nuevos miembros que afluían durante una huelga desaparecían generalmente tan pronto como ésta terminaba y, aun en el climax de su influencia en 1914, la I. W. W. de Chicago nunca llegó a tener 20 000 miembros permanentes, ni la W. I. I. U. de Detroit más de 10 000 aproximadamente. El proyectado sindicato general no

llegó a existir; la I. W. W. debió su reputación mundial y su influencia positiva a un puñado de revolucionarios excesivamente enérgicos, que estaban dispuestos a acudir en cualquier momento a cualquier lugar donde surgiera un conflicto laboral. En esto adoptó las tácticas de sus antecesores del Lejano Oeste, la Federación Occidental de Mineros y la Central Obrera Norteamericana, pero las aplicó principalmente no a las condiciones fronterizas de los Estados del oeste, sino a las comunidades de inmigrantes del Este y el Medio Oeste.

La excitación que despertaron las actividades de la Industrial Workers of the World se debió, me parece, mucho más a la publicidad que le dieron sus opositores que a sus propios esfuerzos. Las huelgas de trabajadores textiles en Lawrence y Lowell en Massachusetts y en Paterson, Nueva Jersey, fueron sin duda importantes para señalar los principios de rebeldía entre los inmigrantes, que eran explotados como fuente de mano de obra barata y reducidos a una posición de inferioridad social y económica en relación con los trabajadores "norteamericanos". Pero constituían un núcleo bastante pequeño y habrían atraído relativamente poca atención si los intereses financieros norteamericanos no hubieran estado dispuestos a recurrir a cualquier método para acallarlos. A principios de la segunda década del siglo xx, el capitalismo norteamericano, en los sectores afectados por el desarrollo del sindicalismo entre los artesanos calificados, había medido el alcance del sindicalismo por oficios y estaba dispuesto a llegar a un entendimiento, aunque no sin dejar de recurrir ocasionalmente a métodos más primitivos de lucha salvaje. Había todavía muchas grandes empresas que empleaban espías entre los trabajadores y fuerzas privadas de matones y recurrían al soborno de las autoridades públicas para combatir al sindicalismo; pero, en su mayoría, estos métodos se practicaban sólo donde los trabajadores calificados y los no calificados estaban tratando de hacer causa común. Sobrevivieron en los centros mineros de West Virginia, y en el Lejano Oeste; en las fábricas de automóviles Ford y en la industria del acero; en los pozos petrolíferos y regiones madereras de California y estados limítrofes y donde quiera que la existencia de grandes núcleos de inmigrantes que percibían bajos salarios ofrecía una oportunidad para que los "agitadores" fomentaran el desasosiego. Pero en lo que se refería a la mayoría de los grupos organizados en la American Federation of Labor, el capitalismo había aprendido, de mala gana, la lección de que valía más dividir a la clase obrera entendiéndose con los obreros calificados que hacer una guerra indiscriminada a las asociaciones laborales en todas sus formas. Donde los sindicatos de trabajadores calificados estaban dispuestos a actuar como grupos de presión, para obtener los mejores términos posibles para sus propios miembros, sin ocuparse de la suerte que corrieran

los que no contaban en sus filas, era generalmente más seguro entenderse con ellos que declararles la guerra en nombre de la "libertad de contratación". Además, el capitalista ávido de dinero comprendía al obrero necesitado de dinero, mientras buscara sólo mejores condiciones para sí y para sus compañeros, sin invocar ideas sin sentido de solidaridad y lucha de clases. La cuestión varió cuando aparecieron sindicatos cuyos voceros demandaban la "abolición del sistema de salarios" y proclamaban la solidaridad de clase de todos los trabajadores y la oposición absoluta de intereses entre los capitalistas y la clase obrera. Los agitadores que predicaban esas doctrinas y las organizaciones que las apoyaban debían ser perseguidos sin tregua, como enemigos del "modo de vida norteamericano" o, para usar la jerga de la época, como culpables de "sindicalismo criminal". Varios Estados promulgaron leyes que hacían de la predicación de las doctrinas sindicalistas una ofensa criminal y hubo caza de brujas, menos ruidosa e irracional que las de hoy sólo porque el mundo no había caído tanto como en la actualidad en esa locura neurótica.

El climax de la actividad de la I. W. W. en el periodo que siguió a la división fue la huelga de trabajadores textiles en Lawrence, Massachusetts, en 1912.[4] Fue éste un ejemplo notable de improvisación en un grupo de trabajadores que tenían el serio obstáculo de las barreras lingüísticas y de la indiferencia del núcleo central del sindicalismo norteamericano hacia sus problemas. La I. W. W., al organizados para llevar a cabo la huelga, utilizó hábilmente las ramas lingüísticas y la propaganda escrita y hablada en los diversos idiomas. Pero su improvisación más exitosa fue la de organizar piquetes de masas, con filas de obreros que se movían constantemente, obstruyendo la entrada de esquiroles a las fábricas afectadas por la disputa. Se invocó la ley contra el uso de este método, pero ayudados por una gran simpatía popular y apoyo monetario, y por la disposiciór de sus militantes a arrostrar la prisión, la I. W. W. persistió en su estrategia y obtuvo una victoria notable. Esto no se logró, sin embargo, sin añadir uno más a la suma de procesos iniciados contra líderes que se atrevían a probar sus principios de lucha de clases en la práctica. Dos de los principales líderes de la huelga, Joseph Ettor y Arthur Giovannitti, fueron acusados de asesinato en relación con accidentes que surgieron con motivo de la huelga, para ser absueltos sólo cuando todo había pasado y los miles de obreros que habían entrado en la I. W. W. en el curso de la huelga se habían retirado en su mayoría, después de obtener los beneficios. Las huelgas de Lowell y Paterson produjeron idéntica afluencia de miembros a la I. W. W. rival; pero ni una ni otra pudie-

* Para un análisis más completo véase mi *World of Labour,* publicado en 1913.

ron conservar suficiente número de miembros en las regiones afectadas cuando la excitación del momento llegó a su fin. En la tarea de organizar a los inmigrantes más permanentemente y de obtener para ellos concesiones duraderas, los sindicatos menos revolucionarios de obreros del vestido y de fábricas de ropa de señora, dirigidos por Sidney Hulmán (1887-1946) y David Dubinsky, habían de lograr pronto mucho mayor éxito. La I. W. W. siguió siendo, esencialmente, una liga de militantes, incapaz de realizar las tareas diarias de la organización sindical. Podía lograr, algunas veces, éxitos extraordinarios, pero no podía disminuir su ritmo revolucionario para responder a las demandas de la pelea cotidiana.

A través de esta etapa de militancia sindical, los socialistas norteamericanos se encontraron agudamente divididos, no sólo en las cuestiones sindicales, sino también respecto a sus objetivos fundamentales. En las cuestiones sindicales, los partidarios del "sindicalismo doble" se oponían decididamente a quienes abogaban por "influir desde adentro" pertenecientes a los sindicatos más antiguos. La mayoría de los socialistas favorecían, en principio, la sindicación por industria más que por oficios, y deploraban la falta de interés entre los sindicalistas por oficios en el bienestar de los de abajo; pero quedaba el problema de si los sindicatos por oficios podían llegar a practicar una política más socialista, concentrándose en su transformación desde adentro, o si estaban tan profundamente comprometidos con las tácticas de los grupos de presión que sus puntos de vista eran apenas menos capitalistas que los de los mismos capitalistas. Había además, muchos socialistas que, aunque preferían teóricamente la sindicación por industria que por oficios, se interesaban muy poco en las cuestiones sindicales y estaban dispuestos a prescindir de ellas como si no tuvieran importancia para la causa socialista. Esta actitud se daba, especialmente, entre los socialistas de Wisconsin, quienes constituían el sector más fuerte y sólidamente organizado del Partido Socialista Norteamericano, y eran el único grupo lo bastante fuerte políticamente como para obtener un asiento en el Congreso para su líder. Wisconsin y, sobre todo, la capital, Milwaukee, estaba habitado por un gran número de inmigrantes alemanes quienes habían llegado con las primeras olas de inmigración y se veían reforzados continuamente por otras olas de recién llegados de Alemania y los países escandinavos. Los alemanes, encabezados por Víctor Berger (1860-1929), creían firmemente en lasvvirtudes de un partido de masas disciplinado, dedicado a la conquista del poder político y que utilizara el sindicalismo simplemente como auxiliar electoral. Pero, mientras que en Alemania los socialistas seguían, al menos en teoría, pensando en la Revolución y desconfiando de las medidas destinadas a aumentar el poder del Estado capitalista, Berger y sus sim-

patizadores consideraban que el Estado existente en los Estados Unidos era lo bastante democrático en sus instituciones básicas para utilizarlo sin peligro en la construcción de una superestructura de socialización y reformas sociales parciales. En su opinión, los Estados Unidos no necesitaban una revolución: la situación reclamaba la educación del electorado en las ideas socialistas y la creación de un Partido Socialista de masas lo suficientemente fuerte como para apoderarse del control de las maquinarias legislativa, ejecutiva y judicial existentes. Berger era fiel a las ideas de los social-demócratas alemanes, al proclamar la necesidad de una acción política socialista independiente, libre de alianzas o compromisos con los partidos burgueses; pero estaba dispuesto, para obtener votos para el Partido Socialista, a atemperar su programa inmediato para no despertar mayores antagonismos entre los votantes burgueses más progresistas, y apoyar cualquier causa, como la demanda de "gobierno limpio", que fuera susceptible de aumentar el número de sus simpatizantes. Era, no obstante, fuertemente colectivista; en verdad, en su concepto, el socialismo y la propiedad y administración colectivas de las industrias y servicios vitales eran casi términos sinónimos. Era fundamentalmente un socialista de Estado, pero estaba dispuesto a expresar sus aspiraciones inmediatas en términos de demandas para transferir los servicios públicos esenciales y las industrias controladas por *trusts* y empresas monopólicas, especialmente odiosos, a la propiedad pública, nacional o local. Él y su grupo no creían mucho en la acción laboral; sostenían que no podía lograr casi nada y que la llave de la situación estaba en la conquista pacífica del poder político por medios electorales. Berger sentía, además, un amor muy alemán por el orden y la autoridad y el curso turbulento de la actividad izquierdista le repugnaba. Eugene Debs, quien le parecía absolutamente incapaz de pensar ordenada y racionalmente y que ponía en peligro la suerte del socialismo con su apoyo sentimental a toda clase de rebeldía informe, lo exasperaba. Bajo la dirección de Berger, los socialistas de Wisconsin formaron un ala derecha bastante sólida del Partido Socialista Norteamericano; pero constituían un ala derecha peculiar. Había otros grupos de derecha que deseaban que los socialistas se aliaran a núcleos burgueses progresistas en un bloque reformista, o esperaban reunir a los sindicatos en un Partido Laborista, semi-socialista, al estilo inglés. Los seguidores de Víctor Berger no querían semejantes transacciones: eran socialistas auténticos a su manera e insistían en que los burgueses progresistas debían acercarse a ellos y aceptar la etiqueta socialista. Adoptaron, en gran medida, la doctrina colectivista del movimiento nacionalista de Edward Bellamy;[5] pero

5 Véase vol. II, p. 349.

diferían de Bellamy al fundar su política en una interpretación derechista del marxismo y al asignar a un Partido Social Demócrata de masas la función clave en la creación gradual de la nueva sociedad. Seguían en esto a Eduard Bemstein más que a Bellamy o a los Fabianos ingleses y no vacilaban, en su mayoría, en aceptar la etiqueta de "revisionistas".

Contra el colectivismo gradualista del grupo de Berger se encontraban, en el otro extremo, los socialistas revolucionarios que no podían contentarse con la dirección de Daniel de León. Uno de los principales grupos que participaron en la integración del nuevo Partido Socialista en 1901 se había alejado del Partido Laboral Socialista principalmente porque no aprobaba la política "sectaria" de De León y veía en el fracaso de su Alianza Industrial y Laboral una base firme para desconfiar de la posibilidad de organizar a los trabajadores norteamericanos en un programa que ignoraba la lucha por las concesiones inmediatas y posponía las perspectivas de beneficios económicos reales hasta después de la Revolución. Muchos de estos secesionistas querían lanzarse a la tarea de convertir a los miembros de la A. F. L. al socialismo participando en sus luchas diarias. Otros, menos interesados en los sindicatos, rechazaban la versión deleonista del evangelio marxista y deseaban un Partido Social Demócrata más parecido a los partidos de masas de los socialistas alemanes y austríacos, que combinaban programas inmediatos de reforma con la proclamación de la inminente revolución socialista. Estos dos grupos y los recién llegados que se les unieron después de la formación del nuevo partido, constituían su centro, pero no eran de ninguna manera homogéneos ni estaban unidos en otra cosa que en su disensión con los extremistas de las alas derecha e izquierda. Comprendían, por una parte, a sindicalistas progresistas como Max Hayes, de la United Mine Workers y James F. Carey, de Haverhill, Massachusetts, y, por otra parte, a teóricos del marxismo de la clase media, cuyas figuras principales eran el abogado de Nueva York, Morris Hillquit (1869-1933) y los escritores John Spargo (n. 1876) y A. M. Simons (n. 1870). Ambos grupos que se iniciaron en el centro del partido, fueron empujados por etapas hacia la derecha al reaccionar contra las tendencias sindicalistas y extremistas de los sindicalistas industriales del ala izquierda. Cuando la I. W. W. se volvió activa, se hicieron aliados de Víctor Berger y del ala derecha contra los revolucionarios.

Éstos no eran los únicos elementos que intervinieron en la formación del Partido Socialista Norteamericano en los años anteriores a 1914. Hubo, en este periodo, una afluencia considerable de escritores y periodistas, ministros religiosos y otros hombres y mujeres profesionales quienes, repugnados por las corrupciones y crudos con-

trastes de la sociedad capitalista norteamericana, empezaron apoyando campañas en favor de un gobierno limpio o contra actos particulares de violencia o injusticia legal, o contra las prácticas anti-sociales de los grandes negocios y se convencieron después de que todo el sistema estaba podrido y había que acabar con él. Había también un grupo de llamados "socialistas millonarios" —es decir, de hombres ricos que se unían al Partido Socialista como otros lo habían hecho antes en relación con las proposiciones de impuesto único de Henry George—. No todos los convencidos de tales estamentos se afiliaban efectivamente al partido, pero muchos de ellos lo hacían y algunos participaban activamente en sus consejos —con tanta mayor facilidad cuanto que había relativamente pocos líderes obreros notables en sus filas—. Las obras de Jack London (1876-1916) y Upton Sinclair (n. 1878) desempeñaron un papel considerable, para ganar simpatizadores del socialismo. *The Jungle* de Sinclair, que ponía las condiciones de los corrales donde se guardaba el ganado en Chicago, apareció en 1906; *The Iron Heel,* de Jack London, al año siguiente; y unos años antes, *The Octopus* (1901) de Frank Norris y *The Pit* (1903) descubrían los elementos de especulación en las finanzas norteamericanas. La *History of the Standard Oil Company* (1905) de Ida Tarbell y otros trabajos contra los *trusts* también ayudaron a atraer partidarios para el socialismo y escritores como W. D. P. Bliss (1856-1926), fundador de la Sociedad Fabiana Norteamericana, y George D. Herrón (1862-1925) participaban activamente en la causa del socialismo cristiano. Entre los periodistas que llegaron a convencerse se contaban Charles Edward Russell y Robert Hunter, quienes incluso fueron miembros activos del partido. Hunter, conocido antes como trabajador social, entró al Partido Socialista en 1906 y contribuyó ampliamente con sus escritos a extender el conocimiento del socialismo europeo en los Estados Unidos. La Segunda Internacional pareció entonces avanzar rápidamente y tanto la Revolución rusa de 1905 como el éxito que tuvo en sus inicios el Partido Laborista británico en 1906 tuvieron efectos sustanciales sobre la opinión pública norteamericana, que fue afectada también por el pánico financiero de 1907. Estos acontecimientos ocurrieron en el periodo de la política de lucha contra los *trusts (trust-busting)* de Teodoro Roosevelt; y cuando Taft sucedió a Roosevelt como Presidente, en 1909 y el Partido Republicano se inclinó rápidamente hacia la derecha hubo otra ola de progresistas desilusionados que afluyeron a las filas socialistas. En las elecciones presidenciales de 1900, Eugene Debs había obtenido unos 100 000 votos y el candidato del Partido Laboral Socialista sólo unos 33 000. En 1904, la votación de Debs subió a cerca de 400 000; en 1908 apenas superaba la suma de 421 000; pero en 1912 llegó a 900 000. Entretanto el número de

miembros del Partido Socialista había crecido rápidamente, de cerca de 30 000 en 1908 a un máximo de 150 000 en 1912.

Por supuesto, muchos de estos miembros eran trabajadores normales; pero el partido, sin el apoyo de los sindicatos en gran escala, estaba dominado considerablemente, en el centro y en muchas regiones, por sus elementos de clase media. Puede decirse que la situación era la misma en la mayoría de los Partidos Socialistas de Europa; y, en efecto, la mayoría de los principales líderes de la Segunda Internacional procedían de las clases profesionales por ejemplo, Jaurès, Víctor Adler, Vandervelde, Hyndman y Wilhelm Liebknecht y también Plekhanov y Lenin. Keir Hardie y August Bebel eran las principales excepciones. Pero en casi todos los países los líderes, de cualquier clase que procedieran, actuaban en estrecha asociación con el núcleo principal o, al menos, con un sector considerable, de la clase obrera organizada y tenían necesidad de adaptar sus políticas teniendo en cuenta las reacciones de la clase obrera. Los socialistas norteamericanos, por otra parte, luchaban contra la principal organización representativa del obrerismo norteamericano y tenían de su lado sólo a los líderes obreros que se rebelaban contra la tendencia predominante en los sindicatos. Además, los sindicalistas del partido estaban agudamente divididos entre sí, entre los partidarios de "influir desde adentro" en la American Federation of Labor y los partidarios de la Industrial Workers of the World. Esta situación condujo a muchos de los socialistas de clase media a argüir que el Partido Socialista debía evitar complicarse en los conflictos sindicales; y esto podía hacerse sólo permaneciendo completamente alejados de la lucha laboral de todos los días. Victor Berger y sus simpatizadores, partidarios exclusivamente de la acción política, adoptaron en gran medida esta actitud; pero los socialistas "sentimentales" de clase media, que se habían convertido al socialismo por la explotación y la injusticia que veían a su alrededor, se sentían confusos entre sus simpatías por los de abajo, por una parte, y su rechazo de la violencia de palabra y de acción que caracterizaba a la I. W. W., por la otra. Algunos se inclinaron por un lado y otros por otro pero, en última instancia, la mayoría se puso de parte de Victor Berger o, al menos, de Morris Hillquit contra "Big Bill" Haywood, mientras apoyaban a Eugène Debs como luchador por el socialismo que permanecía por encima de la disputa cotidiana.

El famoso caso de los hermanos McNamara tuvo indudablemente considerable influencia en fortalecer al ala derecha del socialismo contra la izquierda. Este caso no tuvo nada que ver directamente ni con el Partido Socialista ni con la I. W. W. El sindicato más afectado pertenecía a la American Federation of Labor. El asunto empezó en 1910, con una huelga de miembros de la Asociación de Trabajadores

de Puentes y Estructuras Metálicas de Los Ángeles. El consejo de la ciudad trató de romper la huelga expidiendo una ordenanza que prohibiera los piquetes y hubo desórdenes que provocaron arrestos en masa de huelguistas y simpatizadores. En el climax del problema el edificio de Los *Angeles Times* fue destruido por una explosión que mató a 21 personas. El *Times,* que había participado en primer plano contra la huelga, acusó de inmediato al sindicato de haber provocado la explosión. La notoria Agencia de Detectives Burns fue comisionada para investigar el caso; y, a principios del año siguiente, James B. McNamara, hermano de John McNamara, secretario del sindicato, y otro hombre, llamado McManigal, fueron arrestados sin mandamiento judicial en Detroit y enviados a Los Ángeles. John McNamara también fue arrestado en Indianápolis, donde el sindicato tenía su oficina central; pero negó toda conexión con la explosión del edificio del *Times.* La A. F. L. persuadió a Clarence Darrow (1857-1938) que asumiera su defensa; pero Darrow se convenció de la culpabilidad de James McNamara y entró en negociaciones con el fiscal, en la esperanza de salvar a John McNamara, quien no había estado en California en aquel momento y no tenía nada que ver, obviamente, con la explosión del *Times.* James estuvo de acuerdo en declararse culpable, a condición de que su hermano fuera absuelto; pero el fiscal insistió, no sólo en una condena de por vida para James, sino también en una pena de prisión por diez años para John, y Darrow, temiendo los efectos que pudiera tener para el sindicato un juicio, consintió a su pesar. Estas negociaciones habían tenido lugar sin el conocimiento del comité de defensa, donde los socialistas se mostraban activos y Debs y algunos otros habían estado realizando una amplia campaña confiando en que los prisioneros eran totalmente inocentes y que los patronos habían elaborado falsas pruebas contra ellos. En consecuencia, se produjo gran consternación cuando se conocieron los actos de Darrow y las cosas empeoraron cuando, en el juicio, a pesar del alegato de James McNamara, el juez insistió en enviar a John *a* la cárcel por quince años. James fue sentenciado a prisión perpetua. Las pruebas demostraron que James McNamara había estado complicado en numerosos actos dinamiteros anteriores a la explosión del *Times,* aunque ninguno había dado como resultado pérdida alguna de vidas. Por otra parte, Se demostró que John McNamara y el sindicato no habían tenido absolutamente ninguna relación con el asunto del *Times.* En verdad, John se declaró culpable de haber tenido alguna relación con los actos dinamiteros sólo porque esto representaba para él la única manera de llegar a un arreglo que salvara la vida de su hermano.

El caso McNamara perjudicó mucho, naturalmente, a la causa del

sindicalismo de izquierda, aunque la I. W. W. no estuvo complicada, a no ser al participar en la defensa. El asunto fue utilizado para fomentar los sentimientos populares contra el sindicalismo en general y el sindicalismo militante en particular; y muchos de los socialistas más moderados abrigaron asustados una fuerte hostilidad hacia el ala izquierda del partido. Esto influyó mucho en el éxito del ala derecha para asegurar la expulsión de W. D. Haywood del ejecutivo nacional, mediante un referendum realizado a principios de 1913, aunque Haywood no tenía ninguna relación con el caso McNamara.

En 1913, el Movimiento Socialista Norteamericano empezaba a declinar. La expulsión de Haywood produjo considerables separaciones del ala izquierda y algunos miembros del ala derecha también se retiraron. La guerra precipitó después su decadencia, pero la suerte adversa había empezado antes. Hasta 1912, los socialistas ganaban fuerza dentro de la American Federation of Labor; pero, en 1913, sufrieron un serio revés allí también, porque la A. F. L. se inclinaba hacia la derecha en respuesta a la presión de la opinión anti-izquierdista del público en general. Es fácil ver retrospectivamente que las oportunidades de los socialistas de llevar de alguna manera al socialismo a la A. F. L. fueron siempre muy pequeñas, pero, hasta 1913, muchos de ellos no abrigaban esta opinión. Por el contrario, los partidarios de "influir desde adentro" estaban convencidos de que la inclinación de la opinión pública hacia el socialismo colocaría rápidamente a una mayoría de la A. F. L. bajo su esfera de influencia. En 1912, cerca de una tercera parte de los votos en la convención de la A. F. L. habían sido emitidos en favor de algunas resoluciones socialistas; pero ese punto culminante no volvería a producirse.

Tenemos que preguntarnos ahora, de nuevo, por qué el socialismo norteamericano, después de lograr los avances que sin duda hizo entre 1900 y 1912, volvió súbitamente hacia atrás y por qué no pudo obtener el apoyo del movimiento obrero organizado. Pueden darse mejores respuestas si se considera, en primer lugar, lo que había detrás del gran éxito de los socialistas en el establecimiento de su situación directiva entre los trabajadores de algunos países europeos. En Alemania y Austria, donde la influencia de los socialistas entre los trabajadores era enorme, los partidos socialistas luchaban no sólo contra la clase patronal, sino también contra Estados poderosos, autocríticos y militaristas. Combatían el feudalismo y el militarismo tanto como el capitalismo y hasta más. La lucha política contra el militarismo y la autocracia tenía prioridad en la opinión de los líderes y votantes por igual, sobre la lucha contra la clase capitalista; y el hecho de que, en última instancia, capitalistas, militaristas y feudales se agruparan contra los trabajadores solidificaba a la clase obrera como

grupo político y económico. En Francia, donde la situación era menos clara, los socialistas no pudieron establecer jamás la msima influencia sobre los sindicatos y, en Gran Bretaña, donde el feudalismo, el militarismo y la autocracia no dominaban, los sindicatos se aliaron a los socialistas sólo a través de un Partido Laborista que no estaba comprometido con el socialismo (hasta 1918) y cuyo control último estaba en sus propias manos. Aun en Inglaterra, no obstante, los sindicatos tendieron gradualmente a la aceptación de una especie de socialismo y aceptaron a los socialistas como aliados en la lucha común.

En los Estados Unidos, el militarismo y el feudalismo eran factores relativamente sin importancia y el Estado carecía en absoluto del carácter autocrático y aristocrático que poseía en Alemania y Austria. Los gobiernos se ponían con frecuencia en contra de los trabajadores organizados y hacían uso, en efecto, de la fuerza pública para someterlos. Pero cuando esto ocurría, los gobiernos, federal, estatal o local, actuaban como auxiliares subordinados de los patronos más que por cuenta propia. La principal lucha de los trabajadores se llevaba a cabo contra la clase patronal —no contra el gobierno—, y, en particular, contra un sector de la clase patronal —los grandes *trusts,* monopolios e intereses financieros— más que contra los pequeños patronos o la clase patronal como un todo. Lo más despiadado de la lucha se reducía, en gran medida, a determinadas regiones limitadas de empresa capitalista —principalmente a las nuevas regiones mineras, madereras y petroleras, a las zonas carboníferas y a los centros de la industria de producción en masa, como Chicago, Bethlehem y Detroit. En estas áreas limitadas, la lucha de clases se producía con mucha mayor fiereza que en la Europa Occidental —aunque también Francia tuvo salvajismos en los conflictos laborales—. Pero la guerra de clases despiadada nunca existió en los Estados Unidos como un todo, o de tal manera, que pudiera dejar su huella en todo el movimiento sindical —y mucho menos en la clase obrera en general—. Además, como la base del gobierno era democrática, al menos en un sentido formal, y como las intervenciones anti-obreras del gobierno eran esporádicas y de ninguna manera universales, no podía producirse una agrupación general del sentimiento político de la clase obrera en contra del Estado. Los revolucionarios eran las excepciones, mientras que en Alemania y Austria el mayor núcleo de obreros esperaba, algún día, la revolución política casi como un acontecimiento seguro. Las relaciones laborales norteamericanas —como otros elementos de la vida norteamericana— tenían resabios del ambiente "sin ley" que prevalecía en la frontera y de la costumbre de los linchamientos; pero la vida "sin ley" y la Revolución son dos cosas

muy diferentes y proceden de diversos estados de opinión. Los revolucionarios en los Estados Unidos eran en su mayoría, aunque no exclusivamente, personas que habían traído sus principios revolucionarios de Europa; era la actuación que prescindía de la ley, más que el revolucionarismo, lo que había detrás de la dura lucha laboral en los Estados del Oeste.

En consecuencia, el socialismo en los Estados Unidos no podía ir lejos como doctrina revolucionaria inspirada en el *Manifiesto Comunista.* En la opinión de la mayoría de los norteamericanos, incluyendo a casi todos los sindicalistas, no había necesidad de una revolución política: cuando más era necesario que hombres nuevos controlaran la maquinaria existente del Estado y que la utilizaran para servir a los fines de los trabajadores. Pero había también una razón más profunda de que los sindicatos en particular no estuvieran dispuestos a aceptar la dirección socialista. No había una clase obrera unificada o unificable. Aun aparte del problema negro, había dos clases obreras norteamericanas: por una parte, una aristocracia del trabajo relativamente privilegiada, constituida por trabajadores calificados nacidos en los Estados Unidos y por inmigrantes procedentes en su mayoría de partes económicamente avanzadas de Europa con la misma capacidad que los anteriores y, por otra parte, una masa creciente de mano de obra no calificada, extraída en parte de las áreas campesinas de los países más adelantados pero también, en grado cada vez mayor, de países en donde los niveles de vida estaban muy por debajo de los de la mayoría de norteamericanos nativos. Por supuesto, no puede trazarse una línea divisoria clara entre ambos grupos: había muchos casos marginales. No obstante, la distinción entre ellos era lo bastante real como para afectar profundamente la estructura de clases de los Estados Unidos y evitar el desarrollo de un movimiento obrero unificado. Un factor era el lenguaje que daba inmensa ventaja a los trabajadores de habla inglesa sobre los demás —aunque no tanto sobre los alemanes, quienes pudieron establecer sus propias comunidades, con altos niveles, en Wisconsin y en otros lugares—. Como la afluencia de inmigrantes muy pobres, en su mayoría no calificados para el trabajo industrial, y de idioma extranjero, aumentaba, el abismo se hizo mayor. Los sindicatos, que habían sido relativamente abiertos —para la entrada de nuevos miembros y para las ideas europeas— empezaron a cerrarse en los años setenta, en organismos constituidos principalmente por obreros calificados, que trataban de establecer y mantener posiciones de privilegio y superioridad y no se interesaban por pelear en favor de extraños. El tono y el ritmo de la sociedad norteamericana, además, favorecía la tendencia de los sindicatos a convertirse en grupos de presión. El gobierno, en los Estados Unidos, no

era tanto un enemigo contra el cual había que luchar sino algo que se podía aprovechar. Los grandes negocios habían marcado el camino y el camino más fácil era seguir su ejemplo. Los políticos, como clase, no despertaban odio ni respeto; eran más bien correveidiles, que podían algunas veces ser sobornados, otras intimidados y en ocasiones adulados. Además, Estados Unidos era un país de oportunidad económica y esto no es muy distinto que llamarlo un país de hombres de acción. Se daba por supuesto que los hombres de negocios iban tras los dólares; y, como los trabajadores también querían dólares, el camino correcto parecía ser el de exprimir al patrón lo suficiente para inducirlo a comprender que su interés estaba en hacer concesiones a los que pudieran apretar más. Era obviamente más difícil para los sindicatos tratar de hacerlo en favor de toda la clase obrera más que de sectores privilegiados; y el sindicalismo de oficios era, en consecuencia, en la mayoría de los casos, la forma de organización más beneficiosa. Puede responderse que no es necesario ir a los Estados Unidos para encontrar ejemplos de egoísmo de oficios y despreocupación por los menos calificados. De acuerdo; pero los alicientes eran mayores en los Estados Unidos que en ninguna otra parte y la política resultaba más fácil por el abismo existente entre los trabajadores norteamericanos y los inmigrantes. Tampoco existían en los Estados Unidos los factores favorables a la solidaridad política que ayudaban en la Europa Occidental a unificar a la clase trabajadora en sus actitudes laborales y políticas.

La I. W. W., como hemos visto, después de iniciarse principalmente en el Lejano Oeste, se desarrolló principalmente en la práctica como una organización de pequeños grupos de líderes revolucionarios que ejercían su impacto sobre núcleos mayores de inmigrantes ignorantes y mal pagados. Pero nunca pudo integrar a estos recién llegados en una fuerza organizada capaz de ir más allá de la pelea inmediata. La oportunidad de crear sindicatos de masas en los Estados Unidos se produjo sólo cuando las restricciones a la inmigración habían reducido la afluencia de trabajadores no calificados y había dado tiempo para la asimilación en gran escala de los que ya habían entrado. Entonces, el Congreso de Organizaciones Industriales pudo romper la oposición todavía formidable a la libre organización de los sindicatos en las industrias de producción en masa y establecerse al lado de la A. F. L. Pero aun entonces, el legado del pasado prevalecía para evitar la coaligación de los dos grupos en un solo movimiento. Tampoco los sindicatos de la C. I. O. aceptaron el socialismo junto con el sindicalismo industrial.

Me adelantaría demasiado si entrara ahora en un examen del desarrollo ulterior. Lo que me interesa aquí llega hasta el estallido de la

guerra europea en 1914. He tratado de demostrar que, aun después del fin de la época de "tierra libre" y del cierre efectivo de la "frontera" no hubo oportunidad, en los primeros años de este siglo para el desarrollo de un movimiento socialista norteamericano realmente poderoso. Las razones más importantes, me parece, son dos —la ausencia de la motivación política que unía a las clases obreras de Europa en la hostilidad a los Estados autocráticos y militaristas y la división de la clase obrera en grupos privilegiados y otros desprovistos de privilegios, entre los cuales había un abismo de niveles y modos de vida, incluyendo la barrera del idioma. Este segundo factor hizo imposible en los Estados Unidos la solución de transacción entre los socialistas y los sindicatos en un Partido Laborista dispuesto a pelear por las demandas de toda la clase obrera. Esto se produjo en la misma medida en que el primer factor descartó la creación de un Partido Social Demócrata, al estilo alemán.

La debilidad del socialismo norteamericano como movimiento se reflejó, en la etapa estudiada en este capítulo, en la debilidad del pensamiento socialista. *Progress and Poverty* de Henry George es la única contribución realmente poderosa hecha por un norteamericano a la corriente del pensamiento socialista —y no es socialista—. *Iron Heel* de Jack London ha sido elogiada, no sólo como narración, sino como una previsión notable del fascismo; y lo es. Las novelas de Upton Sinclair, desde *The Jungle* hasta *Oil,* contienen una reveladora condenación de la sociedad capitalista. Edward Bellamy escribió, en *Looking Backward,* una utopía popular, aunque no muy' atractiva. Hubo varias exposiciones bastante buenas del marxismo e intentos de aplicar las ideas de Marx y sus métodos al estudio de la sociedad norteamericana. Pero nadie escribió nada sustancial u original, ni acerca del socialismo en general ni del socialismo norteamericano en particular, si no se cuenta la justamente célebre *Teoría de la clase ociosa* (1899)* de Thorstein Veblen (1857-1929), que fue la primera de una serie de obras sociológicas donde la sociedad capitalista en general y el capitalismo norteamericano en particular eran agudamente criticados y valorizados. Los escritos de Veblen, no obstante, son más anti-capitalistas que constructivamente socialistas. Predijo la próxima desaparición del capitalismo y del "sistema de precios" que es su fundamento económico en la sociedad contemporánea; pero no ofrecía un remedio explícito a no ser que, basándonos en su última obra, lo consideremos un precursor del evangelio de la tecnocracia. Llegó a creer, en efecto, como Saint-Simon antes que él, que el futuro estaba en el "ingeniero" como planificador y controlador de las fuerzas de producción y que un orden social científicamente basado estaba desti-

* F.C.E., México, 1951.

nado a suceder al caos existente del individualismo adquisitivo. Les disgustaba el marxismo, por exagerar el factor puramente económico, a expensas de los factores psicológicos de la evolución social. Sus fundamentos filosóficos estaban con Kant en contra de Hegel; y concebía el desarrollo social, en gran medida, en términos de la expansión de la ciencia como cuerpo de conocimientos aplicables. Poco leído en su tiempo más allá de un círculo de devotos admiradores, ha ejercido una gran influencia en los últimos años, pero no principalmente entre los socialistas, aunque algunos, como J. A. Hobson, han sido considerablemente afectados por sus ideas.

Aparte de Veblen, y de Henry George, el pensamiento norteamericano relativo al socialismo se expresó en el periodo que termina en 1914 principalmente en trabajos ocasionales y en discursos sobre la política socialista. En el periodismo, en efecto, los socialistas norteamericanos fueron notablemente prolíficos y algunas de sus revistas llegaron a un público muy amplio. Fue notable a este respecto Julius A. Weyland (1854-1912), con su *Afpeal to Reason* publicado desde 1895 en Kansas, que alcanzó una circulación de más de un cuarto de millón de ejemplares alrededor de 1910. Otro éxito popular fue el del *Wilshire's Magazine,* editado por Gaylord Wilshire (1861-1927) del Canadá, pero que circuló principalmente en los Estados Unidos, con una venta mensual calculada en 100 000 ejemplares. Otra revista importante, aunque con circulación mucho menor fue *The Socialist* de Hermán F. Titus, publicada primero en Seattle en 1900 y trasladada después a Toledo, donde Titus la editó durante algún tiempo junto con William Mailly (1871-1912), secretario por un tiempo del Partido Socialista. Titus era un médico de Seattle; convertido al marxismo, participó activamente en el ala izquierda del Partido Socialista, atacando el oportunismo destinado a obtener votos e insistiendo en la necesidad de fundamentos teóricos sólidos. Después, *The Socialist* se trasladó a Idaho, y luego volvió a Seattle, donde siguió representando al ala izquierda del Partido Socialista hasta que Titus lo dejó en 1909.

En el otro extremo estaba el órgano de Wisconsin, *Social Derno-cratic Herald,* que, bajo una serie de editores, apoyó la tendencia puramente política del grupo de Víctor Berger. Una tribuna más abierta, con tendencia izquierdista, fue la de la *International Socialist Review,* publicada por la editorial socialista más grande, la de C. H. Kerr de Chicago. La *Review* empezó como órgano de análisis en un alto nivel intelectual, con A. M. Simons como editor; pero, en 1908, Kerr decidió reestructurarla en una línea más popular, y entregó los cargos editoriales a Mary y Leslie Marcy. Mary Marcy era autora de un éxito sensacional, *Letters of a Pork Packer's Stenographer* —empleo que ella había desempeñado—, que apareció poco después de

The Jungle de Upton Sinclair. Los Marcys convirtieron a la *Review* en una revista popular ilustrada y subieron poco a poco las ventas a 50 000 ejemplares por mes.

Toda esta actividad, no obstante, no contribuyó mucho al pensamiento socialista. Así como el socialismo norteamericano produjo poca obra escrita original, el sindicalismo industrial norteamericano no produjo una literatura comparable con la producida por el sindicalismo en Francia. El socialismo de Estado norteamericano, después de Bellamy, tiene que ser estudiado principalmente en los artículos y discursos de Victor Berger y sus simpatizadores de Wisconsin. El marxismo norteamericano produjo a Daniel de León,[6] cuyos escritos eran admirados por Lcnin; pero, aparte de De León, casi se limitó a exposiciones de segunda mano de las doctrinas europeas. La impresión que se tiene al estudiar la gran cantidad de escritos ocasionales es que no faltaron hombres de buena voluntad, dispuestos a exponer y plantear la causa ética del socialismo de la misma manera que la plantearon en Inglaterra Robert Blatchford y el Partido Laborista Independiente. Pero no había un grupo realmente pensante, como los Fabianos, que proyectaran políticas gradualistas para las condiciones de la sociedad norteamericana; ni había una sólida fuerza motora que mantuviera unidos a los intelectuales y enraizados en la realidad. Una gran parte de las obras socialistas de derecha eran extraordinariamente ingenuas; y el ala izquierda estaba generalmente muy excitada y peleando demasiado por la subsistencia como para encontrar el ocio necesario para la reflexión. Algunos escritores, como William English Walling en su *Socialism as it is* (1912), produjeron agudos estudios críticos del socialismo europeo y sus ideas básicas; y el joven Walter Lippman, con su *Preface to Politics* (1913), hizo un brillante inicio crítico, inspirado grandemente por Graham Wallas, en el campo casi nuevo de la psicología social. Pero todo esto no es mucho en relación con la magnitud de la tarea de introducir al socialismo en el mapa de los Estados Unidos. Había posibilidades de aguda crítica y ataques abiertos, y éstos se produjeron; pero el material necesario para la construcción faltaba y no surgió un socialismo específicamente norteamericano.

CANADÁ

No he incluido en este volumen un estudio del socialismo en el Canadá porque no hubo un desarrollo importante allí hasta 1914. El movimiento obrero canadiense se desarrolló a partir de 1880, en gran medida bajo influencias procedentes de los Estados Unidos, al principio a través de los Knights of Labor, que fundaron su primera sección

[6] En relación con de León véase el vol. II, pp. 349 ss.

local canadiense en Hamilton, Ontario, en 1881 y al terminar la década de los ochenta tenían unas 250 secciones locales en el Canadá. Los Knights mantuvieron su fuerza hasta mediados de los años noventa y luego decayeron rápidamente, aunque algunas secciones locales de Quebec duraron hasta 1910. Entretanto, algunos sindicatos "internacionales", con sede en los Estados Unidos, habían invadido regularmente el Canadá a partir de 1880, fundando nuevas secciones o apoderándose de sociedades canadienses antes independientes. Una central obrera canadiense, que trató de unir a todo tipo de sindicatos, había sido fundada a principios de 1873, pero duró sólo algunos años frente a una seria depresión económica. Un nuevo organismo central, el Congreso Industrial y Laboral del Canadá (Trades and Labour Congress), se estableció en 1886, primero con simpatizadores de Ontario, pero con una base lo bastante amplia como para incluir a los organismos afiliados a los Knights of Labor y a los sindicatos "internacionales" relacionados con la creciente American Federation of Labor. Ésta ganó terreno gradualmente y, en 1902, el Congreso Industrial y Laboral expulsó a ambos grupos afiliados a los Knights y también a los sindicatos independientes no relacionados con la A. F. L. Éstos procedieron a establecer una central rival, puramente canadiense, llamada primero Congreso Industrial y Laboral Nacional y después Federación Canadiense del Trabajo, con su fuerza principal en Quebec. En Nova Scotia se había creado en 1879 un organismo distinto, la Asociación Provincial de Trabajadores (Provincial Workmen's Association), entre los mineros y se había extendido a otras industrias. Los Knights of Labor y poco después la United Mine Workers empezaron a establecer secciones locales, que le hacían la competencia, y la P. W. A. perdió terreno rápidamente. Sobrevivió, no obstante, hasta 1917, cuando un sindicato regional de mineros fue establecido, sólo para unirse a la U. M. W. A. al año siguiente. Hubo también, en Quebec especialmente, numerosas Sociedades Laborales Católicas; pero éstas no se unieron en una Federación de Trabajadores Católicos plenamente constituida hasta después de la primera Guerra Mundial.

Había, así, en el Canadá, diversos movimientos sindicales rivales, con sus principales baluartes en diversos lugares del país. El mayor de todos era el Congreso Industrial y Laboral del Canadá, estrechamente unido a la American Federation of Labor. El Congreso Industrial y Laboral no se ocupaba mucho de la acción laboral, controlada principalmente por los sindicatos "internacionales" de la A. F. L. Dirigía sus principales esfuerzos a lograr la legislación laboral, tanto en el plano nacional como en el de las provincias, y trató también de obtener leyes regulando la inmigración, especialmente a las áreas urbanas. A mediados de la década de los noventa favoreció la acción poli-

tica; pero la dejó enteramente a las federaciones provinciales o a organismos laborales electorales constituidos por separado. Un pequeño número de candidatos laboristas fueron electos en diversas provincias; pero no surgió un Partido Laborista nacional hasta después de 1918, aunque se hicieron varios intentos, especialmente después del establecimiento del Partido Laborista británico en 1906. Existía un pequeño Partido Socialista del Canadá en los años noventa y, durante algunos años, sus secciones locales fueron admitidas en el Congreso Industrial y Laboral; pero esta conexión terminó en 1902, y el Partido Socialista no llegó a tener nunca gran influencia.

Apareció un nuevo competidor en 1902-3, cuando la Central Obrera Norteamericana —vastago de la Federación Occidental de Mineros de los Estados Unidos y precursora de la I. W. W.— empezó a establecer ramas en la Columbia Británica. Fue éste el organismo que envió a Ben W. Baker a representarlo en el Congreso Socialista de Ámsterdam de 1904. Este movimiento fue sucedido pronto por el de la I. VV. W., que se extendió al oeste de Canadá desde 1906. La I. W. W. de De León —Workers's Internacional Industrial Union— se extendió también al Canadá después de la división y ambas se abrieron algún camino hasta que fueron disueltas en 1915 por sus actividades anti-belicistas. Resurgieron por un tiempo después de 1918, pero la principal competencia del ala izquierda en los años de posguerra vino de la Gran Central establecida en 1919 —el organismo responsable de la gran huelga general de Winnipeg de ese año—.

El movimiento obrero canadiense, hasta 1914, no produjo ningún líder notable. D. J. O'Donaghue (m. 1905), cajista de Ottawa y uno de los fundadores de la Central Obrera Canadiense en 1879, llamado el "padre" del obrerismo canadiense; George Dower, de Toronto, también cajista, en los años ochenta y noventa; y P. M. Draper y Tom Moore desde 1900 fueron figuras importantes en el Congreso Industrial y Laboral hasta 1914, con Alphonso Verville, miembro del Parlamento por Montreal desde 1906 y J. G. O'Donaghue, quien actuó como su agente y secretario particular. Pero ninguno de ellos hizo una contribución independiente al pensamiento socialista o laborista. En su mayor parte, el sindicalismo canadiense siguió modelos norteamericanos, mientras que la actividad política fuera de Quebec hacía eco a las demandas británicas de legislación social, pero tenía que funcionar provincia por provincia porque la mayor parte de la legislación social correspondía a las provincias, según la constitución del Dominio. En el plano nacional, las principales cuestiones eran los derechos sindicales y el control de la inmigración. La cuestión del socialismo apenas surgió antes de 1918, excepto en la Columbia Británica, bajo la influencia de la American Federation of Labor y de la I. W. W.

CAPÍTULO XXII

AMÉRICA LATINA: LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Hasta después de la primera Guerra Mundial, América Latina no jugó un gran papel en el movimiento socialista. Sólo dos países —Argentina y Uruguay— estuvieron representados en la Segunda Internacional, aunque una que otra vez aparecían observadores en esos Congresos, de otros dos países —Chile y Brasil—. Todo el continente, desde México hasta la Patagonia, era principalmente agrícola, con algunas regiones de desarrollo minero y con cierta industrialización en Buenos Aires y algunas otras ciudades, como Rio de Janeiro y Sao Paulo. Además, la población, con excepción de Argentina y Uruguay, estaba constituida en gran parte por indios y mestizos, con una gran mezcla de negros en algunos Estados. Argentina, hasta 1914, había recibido cerca de 2 500 000 italianos y 1 500 000 españoles, con contigentes mucho más pequeños de otros lugares de Europa: también Uruguay había sido poblado, en gran medida, por España e Italia, en proporciones aproximadamente iguales. Eran éstos los únicos países de América Latina habitados principalmente por gente de procedencia europea sin mezclas. Los tres millones de inmigrantes blancos en Brasil habían sido absorbidos por una población predominantemente negra o mestiza. La mayor parte de Suramérica estaba dominada todavía por una aristocracia criolla de terratenientes, algunos de los cuales eran propietarios de dominios mucho más vastos que los de los nobles en España. Los indios y mestizos trabajaban bajo sistemas de tenencia de la tierra que con frecuencia estaban aún muy cerca de la servidumbre; los negros, después de su emancipación del *status* legal de la esclavitud, estaban en gran medida en las mismas condiciones, y 'con frecuencia todavía peor. Las minas y las vastas fincas fruteras propiedad de empresas extranjeras eran mejor explotadas técnicamente que la mayoría de las empresas dirigidas por propietarios nativos y, en general, pagaban salarios menos abominables. Pero también estaban muy mal y, ayudadas por los gobiernos, sofocaban la rebeldía o las huelgas con mano dura. En Argentina y Uruguay, las condiciones de trabajo eran sustancialmente mejores; pero también en esos países eran bastante malas fuera de las capitales. En todas partes era muy fuerte el control de la religión entre el pueblo, y la fe católica se mezclaba, especialmente entre los negros, con creencias procedentes de religiones más primitivas. La Iglesia era un gran terrateniente y había un abismo entre su jerarquía, todavía reclutada en gran parte

de Europa, y los pequeños sacerdotes de pueblo. El analfabetismo estaba muy extendido, —era casi general en muchas regiones entre la población india y negra—. También lo estaba la desnutrición crónica, con sus acompañantes, la enfermedad y la muerte prematura.

En general, América Latina, aunque incluía vastos espacios áridos, y amplias extensiones de selva virgen, podía sostener a una población mucho mayor, con buenos niveles de vida, si sus recursos productivos hubieran sido utilizados moderadamente bien. De hecho, sólo una fracción de sus regiones cultivables eran utilizadas, aun incluyendo las grandes extensiones en las que crecían ganado y ovejas, casi sin cuidados. Los habitantes de los pequeños pueblos, hacinados en diminutos terrenos que apenas les alcanzaban para vivir, estaban rodeados por grandes áreas pertenecientes a grandes terratenientes, o a la Iglesia, y no explotados en su mayoría. Casi no hubo intentos en el continente de mejorar los métodos de explotación de la tierra. Argentina y Uruguay eran, en efecto, grandes países ganaderos, dominados por las empresas importadoras de carne de Europa y los Estados Unidos; y, en el Norte, el cultivo de frutas se desarrollaba bajo el control norteamericano. Chile tenía sus empresas mineras capitalistas: la plata y el oro se extraían en muchas regiones, y desde 1890 se inició la explotación del estaño boliviano. Se buscó la goma en el interior del Brasil, especialmente antes de que empezara la competencia de Ceilán y Malaya en las últimas décadas del siglo xix.

Este terreno no se prestaba mucho, hasta 1914, para el desarrollo de un movimiento socialista parecido a los de los países de la Europa Occidental. Pero, hasta 1914, los movimientos que se produjeron imitaban en su mayoría al socialismo europeo y, especialmente, a sus variantes española e italiana, aunque también tuvieron un papel las influencias francesa y, en menor medida, alemana. Los inmigrantes de estos países desempeñaron un importante papel. El socialismo norteamericano casi no tenía influencia, pero las ideas de Henry George influyeron mucho en los latinoamericanos que trataban de hacer frente al gran problema agrario que era, en realidad, fundamental. Desgraciadamente, eran muy pocos en casi todos los países a los que nos referimos: el socialismo latinoamericano se desarrolló, en gran medida, como movimiento urbano entre los trabajadores industriales y no logró, hasta después de 1914, producir gran impacto en el campo. Aun en México, donde la gran Revolución que siguió a la caída de Porfirio Díaz atravesaba sus primeras etapas en los años justamente anteriores a la primera Guerra Mundial, no hubo una combinación efectiva hasta mucho después entre los líderes agrarios y la clase obrera urbana.

El socialismo, en las condiciones prevalecientes, debía ser sobre

todo un movimiento de intelectuales de clase media, reforzados por pequeños grupos de trabajadores calificados, tales como impresores, carpinteros, panaderos, mecánicos y empleados de los servicios públicos. Los mineros, que trabajaban en su mayoría en regiones remotas y estaban sujetos a severa represión, no pudieron unirse sino mucho después. Los socialistas aparecían como el ala izquierda de los partidos reformistas de la clase media, que luchaban contra el dominio de la aristocracia terrateniente y de la Iglesia o, reaccionando contra estos partidos, surgían como sectas que disputaban, en un medio ajeno, las batallas europeas de marxistas y bakuninistas, parlamentarios y anarquistas, social-demócratas y sindicalistas, tanto más agrias cuanto que ninguno de los contendientes tenía un núcleo efectivo de apoyo de masas. El positivismo comtiano, que tuvo una honda influencia en los políticos radicales y los teóricos sociales, combatía en partes y se mezclaba en otras con las doctrinas socialistas. No surgió un ala izquierda del catolicismo y ni siquiera un movimiento de reforma social, hasta que entre las dos guerras mundiales se produjo algo semejante en Costa Rica, bajo la dirección del padre Benjamín Núñez. En México, en verdad, muchos sacerdotes de pueblo se pusieron del lado de la revolución agraria, pero la Iglesia como poder organizado era totalmente aliada de la aristocracia contra el pueblo.

La historia del socialismo latinoamericano en el siglo xix, tal como se ha producido, empieza con inmigrantes de Europa después de 1848 y entra en su segunda etapa con la llegada de más refugiados socialistas y anarquistas después de la Comuna de París de 1871. Las primeras influencias rastreables, como en casi todo el mundo, son las de Fourier y Cabet. La fantasía pasajera de Robert Owen, en 1827, de un nuevo Estado cooperativo en Texas, territorio mexicano entonces, y su coloquio con el general Santa-Anna no dejaron recuerdos permanentes. La única manifestación socialista antes de 1848 fue la fundación en Argentina, por el poeta utopista José Esteban Antonio Echeverría (1805-51), en 1838, de una "Asociación de Mayo"; para la que escribió un manifiesto basado én las ideas de Saint-Simon y Pierre Leroux. Echeverría era exiliado y se estableció en Montevideo, donde publicó su obra más conocida, *Dogma socialista* (1846), exponiendo la doctrina de su manifiesto. Escribió también algunos trabajos sobre planificación económica y filosofía social, que fueron publicados en Buenos Aires, con *Dogma socialista,* en 1915. La propaganda socialista de Echeverría no produjo por el momento ningún resultado; pero se le reconoce como el fundador de las ciencias sociales argentinas y como el primer historiador social de Argentina. El segundo fue un francés, Taudonnet, que publicó una revista de corta vida, la *Revista Socialista,* en Rio de Janeiro, en 1845. Surgió un Club

Socialista en Colombia en 1849. De mayor importancia fue la Sociedad de la Igualdad, fundada en Chile, en 1850, por Francisco Bilbao (1823-64). Bilbao había salido exiliado de Chile en los años cuarenta y había participado en la Revolución de 1848 en París. Volvió entusiasmado con el cooperativismo y la "ayuda mutua" y, con sus simpatizadores, que en seguida se unieron políticamente a los Radicales, participó activamente en la promoción de sociedades cooperativas y mutualistas. Pudieron echar las bases de un movimiento cooperativista y mutualista considerable, que ha hecho de Chile, hasta ahora, el más fuerte centro del cooperativismo en América Latina. También México tuvo un movimiento mutualista en la década de 1850.

Vino entonces el sastre griego Plotino Rodokanaty, quien fundó un periódico fourierista, *Falansterio,* en México, en 1861. En Cuba, al iniciarse la serie de levantamientos criollos contra el dominio español, que duraron de 1868 a 1878, aparecieron los primeros grupos anarquistas, encabezados por españoles y que reflejaban, como el levantamiento en general, los trastornos contemporáneos en España. Su líder, Saturnino Martínez, logró organizar un sindicato entre los obreros de la industria tabaquera —el primer sindicato de considerable extensión en toda la región.

Desde principios de la década de los setenta, el proceso se hizo más activo. Se fundaron numerosas sociedades cooperativas y mutualistas en México, y muchas de estas últimas empezaron a funcionar como sindicatos en embrión. Se estableció en 1872 un Gran Círculo de Obreros de México —el primer intento de organización general— y empezó a publicar un periódico, EZ *Socialista.* Se celebró un Congreso Obrero Mexicano en 1876 y, en 1878, Alberto Santa Fe fundó una Liga Bakuninista. Los sindicatos y los grupos anarquistas tenían que funcionar principalmente en secreto, bajo la dictadura de Díaz; pero se multiplicaron rápidamente. Algunos grupos sindicales se relacionaron con los Knights of Labor de los Estados Unidos y otros imitaron sus métodos. Estos movimientos, no obstante, se produjeron sobre todo entre artesanos y los muy limitados grupos de obreros de fábricas. No llegaron a los mineros y prácticamente no establecieron contacto con los campesinos, que constituían la gran mayoría de la población. Fueron movimientos de inmigrantes, más que de la clase trabajadora primordialmente indígena.

Entretanto, en Brasil, donde la esclavitud duró hasta 1888, los progresistas se ocuparon principalmente del movimiento de emancipación, dirigido por Luis Álves y Joaquín Nabuco. En Argentina, los inmigrantes de Europa participaron activamente en la fundación de grupos socialistas y anarquistas —franceses, italianos, alemanes y españoles—, en su mayoría organizados separadamente. El francés Émile

Dumas, quien después regresó a Francia y llegó a ser diputado, fundó en 1872, en Buenos Aires, EZ *Trabajador,* y estableció una sección francesa de la I. W. M. A., dirigida después por Charles Mauli. S. Poureille, un poco después, fundó Eí *Revolucionario* y los alemanes empezaron a publicar su *Vorwaerts.* En 1878, los impresores argentinos lograron fundar un sindicato de tipógrafos, que llegó a ser un organismo poderoso y dio la pauta a otros oficios. Al año siguiente, los anarquistas establecieron un Círculo Socialista Internacional, que fue reforzado por las visitas del anarquista italiano Errico Malatesta, en los años ochenta. Los anarquistas también se mostraron activos en Perú, donde fundaron en 1884 un Sindicato Universal, abierto a trabajadores de todos los oficios.

En 1887 surgió el primer partido político socialista —en Chile, donde el sufragio masculino, sujeto a la prueba de alfabetismo, que limitaba grandemente su. alcance, había sido concedido en 1874—. El nuevo partido se llamó Partido Demócrata, pero tenía un amplio programa socialista y un apoyo sustancial de las sociedades cooperativas y mutualistas. Lo dirigía Rafael Allende y su teórico fue Malaquías Concha, quien le dio una orientación definitivamente socialista que después perdió. De sus actividades surgieron las huelgas de 1890 entre los mineros del salitre y otros grupos antes no conmovidos por movimientos sociales. Señaló el camino a las actividades de Luis Recabarren (n. 1924), quien debía convertirse en el líder más importante del sindicalismo chileno y del socialismo de izquierda en el nuevo siglo.

Mientras tanto, acompañado por vividas disputas entre anarquistas y social-demócratas, el movimiento tomaba forma en Argentina. Los grupos argentinos respondieron al llamado del Congreso Socialista Internacional de 1889, lanzando una campaña por la jornada de ocho horas y estableciendo una Federación de Trabajadores de la Región Argentina y un periódico, EZ *Obrero,* editado por Ave Lallemant. Los alemanes, agrupados en torno a su periódico, *Vorwaerts,* editado por A. Uhle, tomaron la iniciativa para la organización de las demostraciones del *1°* de mayo de 1890, en las que participaron numerosos sindicatos y cooperativas. También el grupo francés tenía su periódico, *L'Avenir Social,* editado por Achule Cambier. En gran medida como resultado de este movimiento, los diversos grupos socialistas, a diferencia de los anarquistas, se unieron en 1894, para formar el Partido Socialista Obrero Internacional que en octubre de 1895 se constituyó como Partido Socialista Obrero Argentino. En junio de 1896 se reúne el Congreso, que acuerda la estructura definitiva al Partido y aprueba la declaración de principios y el programa mínimo al que ajustará su acción futura. Muy pronto se incorporó a la Segunda Internacional y participó en sus Congresos.

El inspirador y auténtico fundador fue el doctor Juan B. Justo (1865-1925) talentoso médico y profesor de la Universidad de Buenos Aires, primer traductor al español de Das *Kapital* de Marx. Fundó el periódico obrero *La Vanguardia* el 7 de abril de 1894 y durante varios años representó al Socialismo en el Congreso de la Nación. Justo compartió la dirección del nuevo Partido con un grupo de obreros, de intelectuales y de universitarios entre los que se destacaban José Ingenieros, Leopoldo Lugones, Roberto J. Payró, Nicolás Repetto.

Pocos años después se incorpora Alfredo L. Palacios, aún estudiante y que fue uno de sus más brillantes dirigentes. Palacios era el orador del movimiento, una gran figura en la tribuna, un romántico que gozó muy pronto de gran popularidad. Fue un profesor y jurista prestigioso que llegaría a ser rector de la Universidad de la Plata. En 1904 fue elegido diputado al Parlamento, primer representante socialista de América y desde entonces mantuvo una poderosa influencia entre los estudiantes, los obreros y los intelectuales.

Otros líderes de los inicios eran Achule Gambier, Uhle y posteriormente A. S. Lorenzo que llegó a ser Secretario y presentó un informe sobre la inmigración al Congreso Socialista de Amsterdam de 1904; el escritor Mario Bravo y el joven poeta Manuel Ligarte (1878-1932), quien vivió durante algún tiempo en París y representó a Argentina en la Oficina Socialista Internacional.

El establecimiento del Partido Socialista estimuló a los anarquistas a hacer nuevos intentos. Los socialistas querían utilizar a los sindicatos como auxiliares en la lucha parlamentaria; los anarquistas querían alejarlos de las seducciones transaccionistas de la política parlamentaria, pero estaban divididos entre anarquistas "puros", que no se interesaban por la organización de masas y creían en la misión de una banda revolucionaria de hermanos, y los anarco-sindicalistas, que esperaban crear un movimiento de masas de sindicalismo revolucionario con la huelga general como arma principal. Cuando la Federación de Trabajadores de la Región Argentina fue establecida en 1890, los anarquistas "puros" se negaron a cooperar y muchos anarco-sindicalistas no estaban muy decididos porque los grupos socialistas habían asumido la dirección, especialmente los alemanes. En 1892, la Federación se desintegró; fue reconstituida bajo la dirección socialista y duró todavía cuatro años más, pero entonces llegó definitivamente a su fin. Esto, sin embargo, no evitó una considerable actividad huelguista, principalmente bajo la influencia anarcosindicalista. En los últimos años del siglo xix, los sindicatos de Buenos Aires, en una secuencia de movimientos separados, obtuvieron considerables concesiones —no, precisamente, la jornada de ocho horas, pero sí la semana de 54 horas en muchas de las industrias principales—. Esto significaba una gran

reducción de las horas que antes se trabajaban; y hubo también ganancias sustanciales en los salarios.

En 1898, el anarco-sindicalista italiano Pietro Gori, pasó algún tiempo en Argentina tratando de persuadir a los anarquistas disidentes a influir tras el creciente movimiento sindical, para eliminar a los socialistas políticos y unirlo bajo la dirección anarquista. Los efectos fueron notables. En 1901, la mayoría de los sindicatos se unió en un nuevo organismo —la Federación Obrera Regional Argentina—, conocida como F. O. R. A. A partir de 1902, la F. O. R. A. realizó una serie de movimientos de huelga cada vez más generalizados. Los negocios marchaban mal y el desempleo era muy severo, y estos movimientos, fieramente reprimidos por la policía, tomaron un carácter cada vez más militante. Entretanto, en 1902, los sindicatos que rechazaron la dirección anarco-sindicalista habían formado una federación rival —la Unión General de Trabajadores (U. G. T.)— y este organismo entró progresivamente en estrechas relaciones con el Partido Socialista. El gobierno trató de recurrir a una legislación especial contra los huelguistas, pero ante grandes demostraciones tuvo que retirar su proyecto de ley. Las condiciones de perturbación culminaron en la gran demostración del 1° de mayo de 1909, que fue dispersada por la policía con muchas bajas y a la que siguió una huelga general a través de la cual se obtuvieron otras muchas concesiones sustanciales. Pero en noviembre de ese año, el anarquista polaco, Simón Radowitzki, mató al jefe de la policía de Buenos Aires, coronel Falcón, con una bomba. Severas medidas represivas siguieron, incluyendo una Ley Anti-anarquista, que afectó también a los sindicatos no anarquistas y al Partido Socialista. Hasta 1906, muchos sindicalistas habían sido miembros del Partido Socialista que los expulsó por esas fechas. Muchos permanecieron en la U. G. T., que se había convertido en campo de batalla entre reformistas y revolucionarios: los. primeros insistían en que los sindicatos debían concentrarse en demandas inmediatamente practicables para mejorar las condiciones, mientras que los segundos simpatizaban ampliamente con la política de la F. O. R. A. de fomentar huelgas generales como preparación para la revolución social. Los moderados de la U. G. T. favorecían también vigorosamente el cooperativismo y se dedicaron activamente a promover tiendas cooperativas y viviendas, así como la producción cooperativa, en la que obtuvieron bastante éxito. Pero después de los trastornos de 1909, ambas alas fueron objeto de persecuciones. Muchas de las organizaciones de trabajadores fueron suprimidas o empujadas a la clandestinidad; muchos líderes fueron arrestados o deportados de la capital o tuvieron que escapar al exterior. La imprenta socialista que publicaba *La Vanguardia* de Justo fue destruida. En

1910, el Partido Socialista tuvo que celebrar su Congreso en Montevideo, Uruguay, fuera del alcance de la policía. En los años siguientes, los salarios y las condiciones empeoraron sustancialmente, mientras los sindicatos reconstituyeron y recuperaron gradualmente sus fuerzas. En general, los efectos inmediatos fueron favorables a los moderados, porque la U. G. T., menos severamente reprimida que su rival, pudo recuperarse más rápidamente y el Partido Socialista ganó terreno a expensas de los anarquistas. La organización se extendió también a los trabajadores agrícolas en el Norte del país y los socialistas pudieron avanzar algo en su política agraria.

En 1909, el líder socialista italiano y criminólogo Enrico Ferri, hizo una larga visita a Argentina y entabló una enconada disputa con los líderes del Partido Socialista, a los que acusó de no ser, en realidad, más que un grupo radical de clase media. Ferri sostenía que en un país tan atrasado industrialmente como Argentina no podía naber campo para un verdadero Partido Socialista, porque semejante partido podía basarse sólo en un proletariado industrial suficientemente desarrollado, sujeto a la explotación capitalista. Justo respondió que Ferri no había logrado entender la situación. Argumentó que la clase terrateniente dominante en Argentina y en otros lugares de América Latina había ido creando rápidamente un proletariado urbano, no estableciendo industrias adecuadas para darle ocupación, sino excluyéndolo del acceso a la tierra y provocando así que invadieran las ciudades. Sostenía que el desarrollo de un proletariado no dependía necesariamente del progreso técnico de la industria capitalista, como había argüido Ferri, pero podía empezar —y, en efecto, así había comenzado en Europa— con la expropiación violenta de los trabajadores de los medios de vida en el campo: un proceso que había sido seguido, no precedido, por el desarrollo del sistema factoril y la máquina de vapor. Apeló a la referencia de Marx al origen de la "acumulación primitiva" y de la oferta de mano de obra explotable que había hecho posible el capitalismo industrial y opinó que, en el siglo xx, el mensaje del socialismo debía ser llevado directamente a la población excedente que se moría de hambre en las ciudades, no menos en los países subdesarrollados que en los industrializados.

Se trataba, pues, de averiguar: ¿a qué clase de mensaje:, ¿a qué evangelio responderían estos trabajadores excedentes y sus compañeros empobrecidos del campo? Los socialistas de Argentina —y también los de Uruguay y, en considerable medida, los de otros países latinoamericanos— encontraron parte de la respuesta en una política agraria que debía más a Henry George que a Karl Marx o Bakunin. Demandaban una forma de impuesto sobre la tierra que devolviera las sumas que se apropiaban como renta los terratenientes a la sociedad toda y, al

mismo tiempo, se cobrara un impuesto sobre la tierra no explotada ni mejorada por el valor que rendirían si fueran correctamente trabajadas. Ésta era, en efecto, la doctrina del "impuesto único" y los socialistas argentinos querían aplicarla como medio de provocar una forzosa apertura de la tierra para el establecimiento de productores agrícolas en pequeña escala. El cultivo, llevado a cabo por los campesinos, ayudados por el suministro de capital y equipos por el Estado y por el crédito y el mercado cooperativo, se convirtió en el rasgo principal del programa agrario socialista; pero obtuvo para el partido, hasta 1914, sólo un reducido apoyo entre los campesinos y trabajadores rurales: su atractivo se dirigió principalmente al proletariado sin tierra y, con frecuencia, desocupado de la hinchada ciudad.

Había, dentro del Partido Socialista, algunos que denunciaban este agrarismo como una desviación perjudicial del marxismo y esta facción encontró un líder en el único senador socialista, Enrique del Valle Iberlucea (1877-1921). Pero había también disensiones inmediatas más serias dentro del partido por la cuestión del nacionalismo, que se agudizaba ante la invasión de empresas capitalistas extranjeras. Los socialistas no se decidían acerca de la línea que debían tomar en relación con el desarrollo industrial que llevaba consigo el peligro del control capitalista extranjero. Por una parte, la mayoría de ellos querían la industrialización como medio de fortalecer al proletariado industrial, así como de suministrar más ocupación; por otra, resentían el poder ejercido por grupos capitalistas británicos y norteamericanos, con el apoyo de los gobiernos británico y norteamericano, y acusaban a las empresas extranjeras de prácticas monopolistas y de explotar burdamente a los nativos del país. El pago de salarios y sueldos mucho más altos a los trabajadores traídos de afuera, en relación con los del país, fue resentido agudamente; y se produjo una creciente demanda de que se igualaran obligatoriamente los salarios y de una legislación social dirigida contra las empresas extranjeras. Hasta este punto el movimiento socialista argentino y, por supuesto, también el anarquista, habían sido vigorosamente internacionalistas, partiendo de las declaraciones de la Segunda Internacional y de la flexible Internacional Anarquista. Pero durante los años que precedieron a la primera Guerra Mundial había ido ganando terreno una especie de nacionalismo democrático; y debía desarrollarse mucho más rápidamente durante la guerra y después de ella. Por el momento, produjo sólo una secesión menor del partido, encabezada por Manuel Ügarte, pero que no produjo una organización rival durable. Fue sólo durante la primera Guerra Mundial que el Partido Socialista sufrió una seria división cuando, en 1917, su ala izquierda se separó para fundar un Partido Socialista Internacional que después se convirtió en el Partido Comunista de

Argentina. Esta disputa surgió, no en torno al "nacionalismo" en el sentido en que acabamos de utilizar el término, sino sobre el problema de la actitud del partido respecto a la guerra y la Revolución rusa. Los líderes del partido favorecían principalmente la intervención argentina en la guerra del lado de los Aliados, mientras que la mayoría de los miembros de filas favorecían la neutralidad. Analizar esta cuestión habría ido más allá, sin embargo, de los límites de este volumen; corresponde, con todo el desarrollo del socialismo latinoamericano después de 1914, a la época inaugurada por la Revolución rusa de 1917.

En los primeros años de este siglo la situación política en Uruguay sufrió una dramática transformación. Desde el establecimiento de la independencia uruguaya, el país había sido escenario de guerras civiles casi continuas entre los partidarios de los partidos rivales —los Colorados y los Blancos— y una dictadura presidencial había sucedido a otra. No había habido oportunidad para la existencia de un Partido Socialista ni para un movimiento sindical: los dos partidos, de los cuales el que generalmente tenía el poder era el de los Colorados, eran más bien aglomeraciones de grupos de familias que exponentes de ideas políticas definidas; y cada uno contenía sus facciones relativamente de izquierda y sus facciones de derecha. Entonces, en 1897, después del asesinato del presidente colorado, Idiarte Borda, el presidente del Senado, Julián Cuestas, asumió el poder y trató de pacificar al país. La guerra civil continuó intermitentemente hasta que, en 1903, José Batlle y Ordoñez (1856-1929), radical y propietario de un periódico, fue electo Presidente. Batlle había fundado su periódico, *El Día,* en 1880 y lo había convertido en un órgano poderoso de la opinión radical. Su política tenía caracteres esencialmente socialistas. Derrotó primero un levantamiento de los Blancos y luego empezó a trabajar en un programa de reformas fundamentales, que fue continuado bajo sus sucesores y al que se dio cuerpo en la nueva Constitución de 1919. Esta Constitución no evitaría —y, en verdad, fue en parte su causa— grandes trastornos posteriores; pero, durante el periodo de influencia de Batlle, Uruguay pasó rápidamente a ser el Estado suramericano más progresista, con las leyes laborales más avanzadas (incluyendo la jornada de ocho horas) y un sistema notablemente eficiente de educación pública, después de haber sido uno de los peor gobernados y turbulentos. Estos cambios no se realizaron sin una gran lucha con la Iglesia: los simpatizadores de Batlle eran vigorosamente anti-clericales, pero, personalmente poseía una influencia conciliatoria, por lo que logró agrupar tras de sí a los mejores elementos de ambos partidos tradicionales. Las nuevas condiciones hicieron posible el desarrollo de un Partido Socialista, bajo la dirección del

poeta y profesor universitario Emilio Frugoni (n. 1880), quien lo fundó en 1910, siendo, al año siguiente, su primer representante en el Parlamento. Hasta entonces sólo habían existido pequeños grupos de inmigrantes socialistas de diversas tendencias. Pero, entre los seguidores de Batlle, había numerosos simpatizantes de las ideas socialistas, y la legislación promulgada bajo su influencia tenía una tendencia socialista sustancial.

Brasil, hasta 1914, no tuvo prácticamente ningún movimiento socialista, aunque no fue ajeno a las rebeliones de los negros y experimentó en 1910 un motín naval que se extendió a casi toda la flota. Los amotinados, cuyas demandas se referían puramente a la paga y las condiciones de vida, bombardearon Rio de Janeiro y obligaron al Congreso a aceptar la mayoría de sus demandas. El cuerpo de infantería de marina también se amotinó, pero fue suprimido. Estos disturbios, no obstante, no tenían contenido político: no había, en efecto, un movimiento nacional de izquierda, aunque había grupos anarquistas y socialistas, constituidos principalmente por inmigrantes, en algunas de las ciudades especialmente en Sao Paulo y Rio. La población de los Estados del norte de la República, principalmente negra y mulata, vivía en profunda miseria, pero no encontraba líderes, con excepción de algún fanático religioso ocasional de influencia puramente local. Los inmigrantes blancos se concentraban principalmente en la política local. Los alemanes tenían un grupo socialista en Sao Paulo, que publicaba su propio *Vorwaerts* desde 1912; y, en Bahía, en el norte del Brasil, los italianos editaban *Avanti,* desde la misma época. En Rio de Janeiro, la principal influencia era la anarquista. Los anarquistas se organizaron en los años anteriores a 1914 en una Unión Sociocrática, que publicaba allí un periódico, O *Libertarista.* El Partido Socialista brasileño no se fundó hasta 1916 y sólo durante la primera Guerra Mundial empezó a tomar forma un movimiento efectivo. Los sindicatos existentes eran locales, con pocas conexiones a través de los grupos anarquistas. En las áreas rurales empezó un movimiento en 1914, bajo la influencia de una unión de agricultores recién formada.

Chile donde, como hemos visto, el socialismo se había iniciado desde mucho antes, tiene una forma muy impropia para el establecimiento de un movimiento obrero o campesino que cubra todo el país. La mayoría de la población se concentra, en efecto, en la región central, especialmente en torno a Santiago y Valparaíso; pero las principales regiones mineras están en el Norte, en un territorio desierto carente de agua o, en el caso del carbón, muy al Sur, en el distrito de Concepción. Las regiones del Norte, donde se encuentran los principales depósitos de nitratos y otras riquezas minerales no formaron parte del país hasta que Chile se apoderó de ellos, durante la Guerra

del Pacífico (1879-83), quitándoselos a Bolivia y Perú; pero su desarrollo bajo auspicios chilenos, con la ayuda de capital extranjero, empezó antes, en condiciones extremadamente malas e insalubres, que contribuyeron después a hacer de sus mineros el grupo militante obrero de mayor persistencia, no sólo en el país, sino en toda América Latina.

A pesar de la existencia del sufragio masculino, sujeto a la condición de no ser analfabeto, desde 1874, Chile siguió siendo gobernado por una estrecha oligarquía, apoyada por intereses capitalistas extranjeros, hasta 1886, cuando José Balmaceda (1840-91) fue electo para la presidencia. Balmaceda era un aristócrata radical, de ideas sociales bastante avanzadas y enemigo del fuerte control que ejercía todavía la Iglesia católica sobre el país. En el curso de sus conflictos con la Iglesia y la aristocracia terrateniente, fue empujado a asumir poderes dictatoriales: esto provocó una rebelión y fue derrocado y se suicidó en 1891. El régimen que lo sucedió, al que se llamó "democrático", duró hasta la primera Guerra Mundial. La etapa fue de gobiernos rápidamente cambiantes, basados en diversas combinaciones de partidos de derecha y de centro, y que, económicamente, produjeron un rápido desarrollo de la minería y, especialmente, de la extracción de nitratos, que constituían el máximo de las exportaciones y del ingreso nacional. Las condiciones eran tales, no obstante, que permitían el desarrollo de un movimiento obrero considerable. Ya hemos hablado de la fundación del Partido Demócrata, con un amplio programa socialista, en 1886; pero fue de mayor significación el crecimiento de los sindicatos, sobre todo disfrazados de sociedades mutualistas de beneficencia, y de un movimiento cooperativista sustancial. El sindicato más antiguo —el de tipógrafos— existía desde 1853. Hasta 1900, la fuerza de los sindicatos descansó principalmente en los trabajadores no manuales y de los servicios de transporte; pero, en lo sucesivo, los mineros desempeñaron un papel cada vez mayor y el movimiento en general empezó a adoptar un carácter más militante. Aparte de las huelgas de los mineros, se produjeron otras de tranviarios y portuarios en Santiago y en Valparaíso, en 1902 y al año siguiente; y, en 1905, en un periodo de crisis económica, estalló una huelga general en Santiago y se extendió a otras regiones, incluyendo los distritos mineros. El gobierno tomó fuertes medidas represivas y varios cientos de huelguistas cayeron en los tiroteos antes de que terminara la huelga. Cuatro años después, el movimiento se había recuperado lo bastante como para organizar una Federación Obrera de Chile (conocida como F. O. CH.) que cubría todas las áreas industriales e incluía las más antiguas sociedades de beneficiencia y los nuevos y más militantes sindicatos industriales, que obtuvieron gradualmente el control, y trabajaban con un núcleo más pequeño de militantes que había sido organizado bajo

la dirección de norteamericanos asociados con la Industrial Workers of the World. La I. W. W. llegó a poseer una fuerza considerable entre los obreros portuarios en particular. La principal figura de la F. O. CH.) era Luis E. Recabarren, quien también fue miembro activo del Partido Demócrata y dirigió un periódico, *La Reforma.* En 1906 el Partido Demócrata decidió participar en la Internacional Socialista, pero no mantuvo la conexión. En 1912, el ala izquierda se separó del Partido Demócrata, que se había inclinado hacia la derecha y Recabarren había de jugar un importante papel en el movimiento del Frente Popular de los años que siguieron a 1918. En 1912 fue electo al Parlamento, pero no tomó posesión porque se negó a jurar lealtad a la Constitución. La F. O. CH. siguió siendo la principal organización sindical hasta los años veinte, cuando, después de entrar en la Internacional Comunista de Sindicatos, se desintegró por sucesivas divisiones. En la primera Guerra Mundial, sus facultades fueron seriamente debilitadas por el efecto adverso de la guerra en el comercio de exportación. Muchas minas tuvieron que clausurarse y el desempleo se hizo severo. Pero tanto los sindicatos como el Partido Socialista pudieron mantenerse y resurgir con nuevo vigor cuando terminó la guerra, aunque la decadencia de la industria de nitratos frente a la competencia de los nitratos sintéticos siguió afectando adversamente la condición económica del país y la capacidad de los sindicatos para obtener reformas sociales. El creciente desarrollo de la industria minera del cobre dio, sin embargo, otro centro para la mili tancia sindical.

En los primeros años del siglo xx, hubo comienzos de actividad socialista en algunos otros Estados latinoamericanos. En Bolivia, un Centro Social de Obreros se fundó en La Paz, en 1906, y realizó grandes manifestaciones el 1º de mayo para pedir la jornada de ocho horas. De aquí surgió, en 1912, la Federación Obrera Internacional, designada más tarde con el nombre de Federación Obrera del Trabajo, que cobró importancia sólo después de 1918, con los mineros del estaño como su principal fuente de fuerza. Hubo también pequeños movimientos en algunas repúblicas centroamericanas; pero también allí los principales movimientos se produjeron después de 1918. En 1912, los argentinos convocaron en Buenos Aires un congreso general latinoamericano del trabajo, al que acudieron delegados de Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Chile y Perú; pero no surgió de esto una organización perdurable. El intento de la American Federation of Labor y las disputas entre este organismo y los principales sindicatos de Centro y Suramérica, pertenecen al periodo posterior a 1914.

La primera ola de revolución nacionalista en Cuba había gastado sus fuerzas en los diez años de lucha de 1868 a 1878 y no se des-

arrollaron nuevas fuerzas de rebeldía en gran escala sino alrededor de 1890. La principal figura del movimiento revolucionario cubano durante los años intermedios fue José Martí (1853-95), quien había sido apresado por su periodismo revolucionario en 1870, a la edad de 17 años, y había sido deportado a España el año siguiente. En España estudió en Zaragoza y Madrid, donde se graduó en 1874. Publicó también artículos exponiendo el sistema carcelario en Cuba y atacando a la República española por no otorgarle a Cuba su independencia. En 1875 fue a México, donde trabajó como periodista y después enseñó en Guatemala. De vuelta a Cuba en 1878, fue deportado de nuevo a España al año siguiente; pero, en 1880, se estableció en Nueva York y se dedicó a organizar un movimiento nacionalista cubano entre los exiliados. Escribió poemas y una novela e hizo mucho trabajo periodístico por la causa de la independencia latinoamericana. En 1890 formó una Liga entre los exiliados cubanos en Nueva York; y esto se convirtió, en 1892, en el Partido Revolucionario Cubano, con *Patria*, que él fundó, como órgano. El nuevo partido estableció lazos estrechos con los nacionalistas de Puerto Rico. En los tres años siguientes, Martí, junto con el general Máximo Gómez, que había sido uno de los jefes de la lucha anterior, se dedicó a preparar la revolución y, en 1895, él y Gómez lanzaron un manifiesto donde se llamaba al pueblo cubano a las armas y, con una pequeña fuerza, desembarcaron en Cuba en el mes de abril. Al mes siguiente, Martí murió en una escaramuza, dejando a Gómez y Antonio Maceo para realizar la campaña revolucionaria.

Entretanto, en Cuba, el poeta Diego Vicente Tejera (1845-1905) había fundado, en 1890, un Club de Propaganda Socialista y había continuado la labor de organización sindical iniciada por Martínez en los años setenta. La señal para el levantamiento fue dada por la desastrosa caída de los precios del azúcar que siguió a la depresión norteamericana de 1893. El levantamiento tuvo éxito al principio pero, en 1896, el general Weyler, designado para comandar las fuerzas españolas, recurrió a una política brutal para suprimirlo, hacinando a muchos miles de cubanos en campos de concentración para despoblar los distritos afectados. Esto produjo protestas de los Estados Unidos y España se vio obligada a otorgar una especie de gobierno autónomo, a principios de 1898. Pero, en este momento, la voladura del acorazado estadounidense *Maine* en la bahía de La Habana condujo a la intervención armada de los Estados Unidos y al desembarco de fuerzas norteamericanas en Cuba. Al terminar la guerra hispanoamericana, Cuba se convirtió en dependencia de los Estados Unidos. Bajo el gobierno militar norteamericano, que duró de 1899 a 1902, entró en vigencia una Constitución, que hacía a Cuba un Estado independien-

te, pero reservaba a los Estados Unidos el derecho de intervención que fue ejercido, en lo sucesivo, en diversas ocasiones. En los años siguientes, hubo grandes huelgas entre los trabajadores de los ingenios azucareros que culminaron, en 1911, en una revuelta en gran escala. En 1912 hubo un levantamiento de los negros y los Estados Unidos desembarcaron tropas para ahogarlo. El movimiento de huelga empezó en 1902, principalmente como protesta contra el pago de salarios en papel moneda depreciado. Fue reprimido y, en los años siguientes, los sindicatos, aunque dieron una dura batalla, perdieron terreno gradualmente. La American Federation of Labor intervino, tratando de reconstituirlos al estilo norteamericano; pero no se hizo mucho y el movimiento socialista, nunca fuerte, perdió el control con el nuevo régimen, en el curso de una lucha prolongada entre facciones parlamentarias y anarco-sindicalistas.

A través del periodo que va de 1895 a 1914, el país había sufrido muchos disturbios y los Estados Unidos habían intervenido repetidas veces, generalmente en favor de los reaccionarios. En 1917, hubo un levantamiento de los liberales contra el Presidente conservador, general Menocal, que había establecido una corrompida dictadura. Los norteamericanos desembarcaron infantes de marina para proteger las propiedades y los liberales fueron derrotados. La lucha interna y la intervención de los Estados Unidos persistió en la década de los veinte, pero no podemos ocuparnos aquí de ese proceso.

Los revolucionarios cubanos no eran socialistas. Tampoco su principal teórico, José Martí, expresó una doctrina específicamente socialista. Era un nacionalista revolucionario más que un socialista; pero su nacionalismo era muy radical y descansaba en una concepción de igualdad racial que lo asocia a los posteriores desarrollos del socialismo y el comunismo en América Latina. Reconoció la necesidad de fundar su movimiento revolucionario en las clases trabajadoras y, especialmente, en los trabajadores de los ingenios; y rechazó siempre el programa de los autonomistas cubanos, que deseaban rescatar a la Isla de la opresión española para ponerla bajo la protección de los Estados Unidos. Fue un fuerte opositor del "colonialismo" y, durante su residencia en Nueva York escribió vigorosamente condenando al capitalismo norteamericano, especialmente en sus aspectos imperialistas. Su política, no obstante, fue de colaboración entre la clase trabajadora, en la que confiaba principalmente, y la clase media nacionalista que podía ser inducida a unirse a aquélla, contra la aristocracia terrateniente, sobre una base de no discriminación entre las razas. Abogaba también por una legislación social avanzada y, por todo esto, merece un lugar en esta historia.

He dejado para el final, al país de América Latina donde tuvieron

lugar los acontecimientos más importantes en el movimiento obrero y socialista en los años inmediatamente anteriores a la primera Guerra Mundial. México, hasta 1900, apenas había desempeñado algún papel en la actividad socialista o siquiera sindicalista aunque, como hemos visto, había habido un desarrollo limitado de las sociedades cooperativas y mutualistas en una etapa anterior. Bajo la dictadura de Porfirio Díaz, hasta que ésta empezó a quebrarse, no había habido campo para la actividad política ni el sindicalismo. Los sindicatos habían existido clandestinamente, especialmente entre los ferroviarios y los trabajadores textiles, y habían realizado huelgas ocasionales; pero el amplio movimiento de los años setenta casi había desaparecido. Los trabajadores petroleros, aislados en el Norte, habían sido reprimidos con demasiada fuerza para poder formar organizaciones estables. La rebeldía de los campesinos era endémica, pero no podía ir más allá de una resistencia puramente local y no podía asumir otra política que la de una mera protesta contra las terribles condiciones en que vivía la gran masa del pueblo bajo el dominio feudal de los grandes terratenientes, que eran en gran medida extranjeros —europeos— o absentistas, que no vivían en sus vastos y descuidados territorios. La política de Díaz era de desarrollo económico con ayuda de capital extranjero; había poco capital nacional, aun en las fábricas textiles que existían en número considerable y virtualmente ninguno en los pozos petrolíferos, donde el capital inglés y norteamericano desempeñaban el papel dominante.

Un gran obstáculo para el desarrollo de un movimiento obrero efectivo, aparte de la dictadura, era el agudo desnivel existente entre los trabajadores industriales y la población campesina. Los niveles de vida del núcleo principal de la población rural, que era predominantemente indígena, eran terriblemente bajos. Los inmigrantes blancos no podían establecerse en la tierra si no eran capitalistas que pudieran trabajarla con mano de obra indígena. Se radicaban en las ciudades y trataban de obtener condiciones de vida tolerables, constituyendo una aristocracia obrera de trabajadores calificados, mediando un abismo en nivel de cultura y capacidad adquisitiva en relación con los trabajadores no calificados. La separación de estos dos grupos se agravó por el poder de la Iglesia sobre la gran masa de la población, porque las formas religiosas prevalecientes incluían una gran mezcla de pura superstición y creencias mágicas que tenían poco en común con el catolicismo de las clases ilustradas, mientras que el racionalismo de la *intelligentzia* producía un choque en el devoto y lo enajenaba. La gran necesidad básica de México era la reforma agraria; pero los trabajadores urbanos y los mineros, con grandes motivos de queja individualmente, no estaban en situación de dirigir, o de

aliarse fácilmente con un movimiento agrarista. El tipo de propaganda agrarista realizada por el Dr. Justo en Argentina no podía atraer a los habitantes de las ciudades en México: lo último que deseaban era establecerse en el campo como competidores de los campesinos indígenas, a cuyos niveles de vida hubiera sido imposible adaptarse, por bajos que fueran los suyos en comparación con los de países más adelantados.

El renacimiento de la propaganda socialista en México empezó en 1900, cuando tres hermanos, Enrique (1877-?), Jesús (1871-1930) y Ricardo Flores Magón (1873-1922) iniciaron su periódico, *Regeneración,* que fue inmediatamente proscrito. Lo sacaron entonces en Texas, del otro lado de la frontera, y lo introducían a través de la frontera. Los hermanos Flores Magón eran anarquistas, pero del tipo anarcosindicalista más que del "puramente" anarquista. No eran hostiles a todas las manifestaciones de acción política, sólo a la parlamentaria o reformista. En 1906, desde St. Louis, Missouri, publicaron un Manifiesto constituyendo un "Partido liberal", que no era tanto, en efecto, un partido parlamentario como un centro de propaganda destinado a unir a los grupos de izquierda en torno a un programa común. Este programa era un llamado a la revolución, para derrocar a la dictadura y acabar con el poder de la Iglesia e instituir un régimen liberal que socializara los vastos dominios eclesiásticos y las tierras sin cultivar pertenecientes a grandes terratenientes, aboliera el trabajo obligatorio y estableciera un salario mínimo para trabajadores urbanos y rurales. El Manifiesto exigía también la jornada de ocho horas, la educación universal laica, la igualdad de salarios entre trabajadores extranjeros e indígenas, la autonomía municipal y la sustitución del ejército regular por una milicia de ciudadanos.

El Manifiesto de los Flores Magón tuvo efectos considerables, especialmente en los campos petroleros y en los distritos del este de México, hasta Yucatán. Una Unión Fraternal Liberal, organizada en 1906, se extendió rápidamente desde las minas de propiedad norteamericana de Cananea, cerca de la frontera con los Estados Unidos, donde estalló en 1906 una huelga por la igualdad de salarios entre trabajadores mexicanos y extranjeros. Tropas norteamericanas, llamadas por la compañía, violaron la frontera para reprimir el movimiento y esto ayudó a despertar los sentimientos nacionalistas. En ese año y el siguiente, hubo muchas huelgas en las fábricas textiles y Díaz respondió declarándolas ilegales e instituyendo un sistema de certificados de buena conducta para los trabajadores que no participaron en ellas, una especie de lista negra indirecta. A principios de 1907 una gran huelga textil en Río Blanco fue terminada con una promesa de atender las demandas de los huelguistas; pero cuando,

confiados en esto, volvieron al trabajo, se produjo una salvaje represión y no se hizo ninguna concesión. Siguieron fieros conflictos en las áreas industriales y muchos líderes liberales se fueron a las montañas y trataron de organizar revueltas entre los campesinos. Entretanto, bajo la dirección de Emiliano Zapata (1869-1919), se desarrollaba una formidable rebelión campesina entre los indios y mestizos del sur de México y los hermanos Flores Magón hicieron lo posible por establecer relaciones con ellos. La dictadura tenía que hacer frente, también, a la amenaza creciente de los políticos más liberales, encabezados por Francisco Indalecio Madero (1873-1913).

Madero era un gran terrateniente y propietario de minas del norte de México. Había sido educado en Francia, donde estuvo entre 1889 y 1895, y en la Universidad de California. Después de 1900 actuó en política, organizando el Club Democrático "Benito Juárez",[1] con ramas en casi todo el país, en un intento por construir un partido avanzado para luchar contra la dictadura de Díaz y en pro de la reforma agraria. Organizó convenciones democráticas en los diversos Estados, y luego una Convención Nacional, con el objeto de oponerse a la reelección de Díaz cuando expirara su periodo presidencial en 1910. Como parte de su campaña publicó en 1908, un libro *La sucesión presidencial en 1910,* en el que defendía la causa contra la dictadura y exponía un programa de reforma constitucional y social. Díaz prohibió el libro, pero éste siguió teniendo una amplia circulación clandestina. Cuando llegó el momento de las elecciones, Madero fue postulado como candidato a la Presidencia y realizó una activa campaña contra Díaz. Fue apresado en la culminación de la campaña por insultos al dictador. Cuando terminaron las elecciones, ,en las que Díaz proclamó su victoria, Madero fue liberado. Los partidaríos de Madero afirmaron que los resultados de las elecciones habían sido falseados. Madero atravesó entonces la frontera y, desde Texas, lanzó el Plan de San Luis Potosí, con un llamado a la insurrección. El Plan incluía, además del gobierno constitucional y la no reelección, amplios proyectos de reforma económica y social: la educación universal libre del control de la Iglesia, la distribución de la tierra entre los campesinos, la abolición del sistema, heredado de España, de los "caciques" que controlaban a los campesinos para los intereses del gobierno y la aristocracia terrateniente y la restauración de los derechos colectivos de los vecinos a los bosques y a los suministros de agua. El Manifiesto de Madero declaraba inválida la elección, por haber sido realizada por medios corrompidos —como lo fue, efectivamente, mediante los caciques—. Se proclamó Presidente Provisional v,

i Fue Benito Juárez (1806-72), Presidente radical de México y héroe nacional, quien promovió la Constitución liberal federal de 1857.

atravesando de nuevo la frontera, se unió a las fuerzas rebeldes que ya empezaban a reunirse en las provincias del Norte, con Pascual Orozco (1888-1916), un antiguo arriero, y Francisco Villa, conocido como Pancho Villa (1877-1923), quien se había mantenido por algún tiempo en las montañas contra los intentos de Díaz de desalojarlo. Con estos auxiliares Madero estableció un Gobierno Provisional en Ciudad Juárez. Zapata se levantó en el Sur y hubo numerosos levantamientos en otras provincias. Díaz, frente a una aplastante oposición, buscó entonces la paz y Madero llegó a un acuerdo con él en el sentido de que dimitiera en favor de un Presidente electo constitucionalmente y que las fuerzas revolucionarias se licenciaran para que pudieran realizarse elecciones libres. Zapata, no obstante, se negó a licenciar sus tropas de campesinos, hasta que se hubiera realizado definitivamente la reforma agraria y casi todos los ejércitos rivales se mantuvieron. Se realizó, sin embargo, una elección presidencial y, en 1911, Madero fue electo Presidente por una enorme mayoría; pero el viejo Congreso elegido bajo el gobierno de Díaz siguió existiendo y la mayoría de los antiguos funcionarios y generales del dictador no fueron desplazados. El Congreso empezó de inmediato a obstruir la promulgación de las reformas postuladas en el Plan de San Luis Potosí, y Madero se vio atacado por ambas partes —por los partidarios del viejo orden a causa de sus proyectos subversivos, y por los revolucionarios, como apóstata que había transigido desastrosamente con los opositores de la reforma—. Zapata, desde el Sur, lanzó en 1911 su Plan de Ayala, pidiendo la renuncia de Madero y la distribución inmediata de todas las tierras no cultivadas entre los campesinos, así como la confiscación de las tierras de los partidarios de Díaz. En el Norte, Orozco se puso a la cabeza de un nuevo levantamiento, con un programa muy semejante; y Ricardo Flores Magón, que se había adueñado de la provincia exterior de Baja California, estableció allí una República Socialista. Madero envió al general Huerta, jefe del ejército, contra Orozco, quien fue derrotado. Pero Huerta se preparaba, asociado con elementos reaccionarios hostiles a la Revolución, a volverse contra Madero. En febrero de 1913 se produjo una contrarrevolución en la ciudad de México. Huerta se unió a ella, con casi todo el antiguo ejército. Capturó a Madero, lo hizo asesinar, en unión del vicepresidente Pino Suárez, por los guardias que los conducían a la prisión y se proclamó Presidente. Huerta fue agasajado pronto en un banquete por el embajador de los Estados Unidos, Henry Lañe Wilson, pero el asesinato de Madero era demasiado para el Presidente Woodrow Wilson y se negó el reconocimiento norteamericano al gobierno de Huerta. De cualquier manera, no controlaba al país: Zapata no había sido derrotado en el Sur y había muchos Estados donde las órdenes de Huerta no se

cumplían. En particular, el viejo partidario de Madero, Venustiano Carranza (1857-1920), gobernador de Coahuila, en el Norte, se negó a reconocer a Huerta y, con el apoyo de otros gobernadores y de guerrillas como las de Pancho Villa, se preparaba para la guerra civil. Carranza trató de llegar a un acuerdo con Zapata, pero Zapata desconfiaba de él y las negociaciones se rompieron. Entretanto, Huerta desencadenó un verdadero reinado del terror en la ciudad de México, ejecutando a muchos senadores y diputados de opiniones liberales o radicales y actuando de tal manera respecto a los intereses extranjeros como para provocar la intervención activa de los Estados Unidos. Para proteger los intereses de los Estados Unidos, el Presidente Wilson envió una flota que, tras una dura batalla, ocupó Veracruz, el puerto del Golfo de México, con una fuerza de infantes de marina. Mientras tanto, Pancho Villa se levantaba de nuevo en el Norte y el antiguo amigo de Madero, Alvaro Obregón (1880-1928), quien ya había mostrado su capacidad militar defendiendo a Madero, en las campañas contra Orozco y otros, se pronunció contra los contrarrevolucionarios, de parte de Carranza, y derrotó primero a Félix Díaz, sobrino del viejo dictador y luego al mismo Huerta, apoderándose de la ciudad de México, en agosto de 1914. Huerta huyó al extranjero, pero su eliminación no acabó de ninguna manera con la confusión. Tanto Zapata como Villa habían marchado hacia el centro de México y exigían con insistencia la inmediata distribución de la tierra entre los campesinos, mientras que Carranza quería dar precedencia a las reformas constitucionales y ocuparse del problema agrario sólo después del establecimiento de un nuevo régimen constitucional. Carranza fue expulsado de la ciudad de México, que fue ocupada primero por las fuerzas de Zapata y después por las de Villa. Pero los líderes campesinos no lograron llegar a un acuerdo con los líderes obreros de la ciudad, que habían formado en 1912 una organización central llamada la Casa del Obrero Mundial. Los sindicalistas urbanos, aunque favorecían la reforma agraria, temían a los ejércitos de campesinos y preferían apoyar a Carranza más que a Zapata o Villa. En mayor medida se inclinaban por Obregón, quien era un partidario fiel del programa social de Madero y, cuando Obregón decidió apoyar a Carranza, su decisión influyó grandemente en la actitud de los grupos políticos organizados de la clase obrera y de la izquierda. A principios de 1915, las fuerzas de Obregón infligieron una severa derrota a Zapata, quien se retiró a su región sureña. Obregón marchó entonces contra Villa y empujó a las fuerzas de éste a sus refugios en las montañas del Norte. Carranza volvió a entrar en la ciudad de México y se estableció como Presidente, con el apoyo de Obregón. Presionado por Obregón, puso en vigor en 1915 decretos de gran alcance referentes a la reforma

agraria. El más importante disponía la restitución a los vecinos de los pueblos de los ejidos (comunidades rurales) que habían sido destruidos bajo la dictadura de Díaz, la expropiación de tierras para el establecimiento de nuevos ejidos y la devolución a los ejidos de sus derechos tradicionales en los bosques y fuentes de agua. Al mismo tiempo, Carranza firmaba un pacto, conocido como el "Pacto de Veracruz", con la Casa del Obrero Mundial, de acuerdo con el cual la Casa se comprometía a formar Batallones Rojos, para la defensa de la Revolución y poner esos batallones a su servicio para la supresión de sus opositores.

Reinstalado así en el poder, Carranza pudo consolidar su posición y obtener el reconocimiento del gobierno de los Estados Unidos. Pero quedaban aún nuevos problemas. Villa campeaba aún en el Norte y, en enero de 1916, un núcleo de sus partidarios asaltaron un tren en Santa Isabel y mataron a dieciocho norteamericanos que iban en él. Siguieron confusas escaramuzas y, en marzo, Villa penetró en territorio de los Estados Unidos y atacó a Columbus, en Nuevo México, matando a otros diecisiete ciudadanos norteamericanos. El gobierno de los Estados Unidos envió entonces un ejército, comandado por el general Pershing, para perseguir a Villa hasta territorio mexicano; y este ejército, al avanzar considerablemente dentro de México, chocó con las fuerzas de Carranza en una escaramuza, que casi condujo a la guerra entre los dos países. Numerosos soldados norteamericanos fueron capturados y puestos en libertad sólo después de agudas protestas, a las que se respondió con otras relativas a la ocupación de territorio mexicano por fuerzas norteamericanas. Entretanto se divulgó la falsa noticia de la muerte de Villa y el ejército norteamericano se retiró, por fin, a principios de 1917.

En este periodo, Zapata mantuvo su control en el Sur y, en diversos Estados hubo intentos de adelantarse a Carranza en la realización de las reformas agrarias que éste había prometido. En Yucatán, particularmente, el gobernador del Estado, Salvador Alvarado (1888-1924) declaró abolida toda propiedad privada de la tierra y promulgó un código laboral muy avanzado —medidas que Carranza desautorizó—. Yucatán siguió siendo un centro de rebeldía socialista, bajo la dirección de Felipe Carrillo Puerto (n. 1872) hasta su muerte en 1924.

Pero, a principios de 1917, el país estaba controlado lo suficiente por Carranza y Obregón como para que un nuevo Congreso se pusiera a trabajar en la redacción de una Constitución fundada en el programa de Madero. Esta Constitución demostró ser un documento muy avanzado. Establecía, al menos en el papel, un sistema de gobierno plenamente democrático; pero sus cláusulas económicas y sociales eran aún más importantes. Declaraba que la tierra y los minerales

del subsuelo eran propiedad pública e iniciaba, así, el gran conflicto con las compañías petroleras y los gobiernos extranjeros que apoyaban sus reclamaciones, así como los intereses de los nacionales propietarios de tierras. Encerraba en la misma cláusula, garantías de posesión a los pequeños propietarios y limitaba la cantidad de tierra que podía ocupar un individuo bajo el dominio del Estado. Se pronunciaba por la educación universal, libre, laica y por la abolición del control religioso de las escuelas, iniciando así una fiera lucha con la Iglesia y sus partidarios. Prescribía una jornada máxima de trabajo de ocho horas y un jornal mínimo que debía revisarse periódicamente para responder a los cambios del costo de la vida; también establecía las bases de un código de trabajo y sanitario y establecía la completa igualdad de salarios entre los trabajadores extranjeros y los del país, así como entre hombres y mujeres. Garantizaba la plena libertad de asociación y el derecho a la huelga; y, finalmente, prometía la libertad de expresión hablada y escrita.

Así, según la Constitución de 1917, los agraristas y los sindicatos obtenían —en el papel— todo lo que querían y mucho más de lo que deseaban muchos partidarios de Carranza —o el mismo Carranza—. Los aspectos económico y social de la nueva Constitución no obstante, a diferencia de las disposiciones políticas, eran simplemente declaratorios: no tenían, en su mayoría, efectividad práctica, antes de traducirse en leyes positivas. Carranza, que trataba de conciliar a sus opositores de derecha menos intransigentes y a los gobiernos extranjeros cuyo reconocimiento y apoyo quería, no estaba apurado por ver que se hicieran efectivas. Estaba envuelto, al mismo tiempo, en una acida disputa con las compañías petroleras extranjeras, que se negaron a reconocer la expropiación de sus propiedades como válida, y apelaron a sus gobiernos en busca de apoyo. Cuando se promulgó la Constitución, principalmente bajo presión de Obregón y la Casa del Obrero Mundial, Carranza se inclinó cada vez más a la derecha y perdió poco a poco la influencia sobre las fuerzas que lo habían llevado al poder. Especialmente, se disgustó con Obregón, quien seguía presionando en favor de la acción. Logró sostenerse casi todo el periodo de cuatro años para el que había sido electo a la presidencia. Pero sus intentos de obstaculizar la legislación social y sus interferencias con los gobiernos de los Estados lo hicieron cada vez más impopular. A través de la primera Guerra Mundial mantuvo una política de neutralidad y se consideró que favorecía a los alemanes —otra causa de división interna—. Entonces, a principios de 1920, cedió ante la presión de los intereses petroleros hasta el punto de suspender los decretos obligándolos a aceptar la nacionalización del subsuelo, el pago de regalías y el derecho del gobierno mexicano a reglamentar las condi-

ciones de trabajo. Carranza no abandonó estas reclamaciones, pero suspendió su funcionamiento y permitió a las compañías extranjeras seguir trabajando en los campos petrolíferos bajo las viejas condiciones, poniendo así en su contra a muchos de sus partidarios de la clase obrera. Finalmente, Obregón rompió con él, se retiró a su Estado natal, Sonora, y pactó con otros generales descontentos, para derrocarlo y evitar que forzara la elección de su propio candidato en las próximas elecciones presidenciales de 1920. Obregón marchó sobre la ciudad de México y la ocupó; Carranza, en su huida a Veracruz, fue asesinado en el camino. Después de un periodo de gobierno provisional, Obregón fue electo Presidente, en diciembre de 1920.

Mucho antes de esto, en abril de 1919, el largo desafío de Zapata a la autoridad había llegado a su fin: no por una derrota, sino por asesinato. Cayó en la trampa de una cita con un oficial, Guajardo, quien fingió querer pasarse a su lado, y fue muerto por los soldados de Guajardo. Con su muerte, el movimiento que había inspirado y dirigido se desintegró y los territorios que había dominado volvieron al control federal. Villa sobrevivió hasta 1923, cuando también fue asesinado; pero no contaba como fuerza seria después de la denota que sufrió a manos de Pershing, en 1916.

Obregón, al llegar al poder en 1920, hizo un intento serio de llevar adelante el programa revolucionario, especialmente en los aspectos agrarios. Se empeñó en poner la tierra a disposición de los campesinos, restaurar los ejidos y devolver a las comunidades campesinas sus derechos a los bosques y suministros de agua y apoyar a los sindicatos en sus esfuerzos por hacer que se cumplieran las disposiciones del código laboral. Pero tropezó con formidables obstáculos y sus reformas agrarias se aplicaron sólo en una pequeña parte del país; después de su periodo de gobierno no se avanzó mucho bajo sus inmediatos sucesores. Fue el Presidente Cárdenas, en los años treinta, quien hizo resurgir la causa de la Revolución y la llevó adelante al reiniciar la distribución de las tierras y la extensión del sistema del ejido a otras regiones.

La historia de estas últimas etapas de la Revolución Mexicana pertenece, no al volumen presente de esta obra, sino al próximo. Era imposible, sin embargo, interrumpir el recuento antes, porque no había una línea divisoria hasta después de la desilusión que siguió a las grandes promesas hechas a principios del periodo de Carranza. En el cuarto volumen, seguiré la historia desde la Constitución de 1917, que encerró formalmente, aunque de ninguna manera en su funcionamiento real, los logros de la Revolución en sus etapas iniciales.

Queda por averiguar en qué medida, hasta 1920, cuando Obregón llegó al poder, había triunfado la Revolución Mexicana, en qué había

fracasado y por qué había llegado hasta allí y no más adelante. Su éxito se debió más, indudablemente, a la fuerza y persistencia de la rebelión campesina que a cualquier otra causa. Sobre todo, se debió a Emiliano Zapata quien, a pesar de no ser un pensador, sabía claramente lo que quería hacer para mejorar la suerte de los campesinos. Los problemas del gobierno le preocupaban sólo por su influencia en las vidas de los hombres del campo. Zapata había empezado su carrera como defensor de los campesinos bajo el gobierno de Díaz, y por sus actividades revolucionarias se había visto obligado a servir durante diez años en el ejército mexicano. Al ser liberado, en 1910, hizo un intento de obtener que la tierra de su pueblo, donde él mismo era arrendatario rural, fuera restaurada por proceso legal a la propiedad colectiva. Cuando fracasó su intento, organizó un levantamiento y llevó a los vecinos a atacar las grandes haciendas y tomar la tierra por la fuerza. Al principio apoyó a Madero; pero, al no realizarse la reforma agraria, volvió a la acción directa en una región más amplia y se adueñó del Estado de Morelos y de una gran parte del territorio vecino. En su Plan de Ayala pedía la división de los grandes dominios y la restauración de la tierra a las comunidades de campesinos. Zapata fue un líder campesino notablemente efectivo y recibió el apoyo intelectual de los escritos de Antonio Díaz Soto y Gama (n. 1874). Si Zapata no hubiera mantenido a sus fuerzas campesinas un año tras otro, desafiando todo intento de suprimirlo, y no hubiera practicado la distribución de la tierra y destruido las grandes propiedades rurales en las regiones que controlaba, los políticos de la ciudad de México jamás habrían promulgado la Constitución de 1917 —o, cuando menos, las partes referentes a la tierra—, y, probablemente, los obreros habrían sido demasiado débiles, si Carranza no hubiera necesitado su ayuda contra Zapata, para lograr el avanzado código de protección laboral que 4a Constitución estableció. No obstante, los trabajadores urbanos hicieron poco por apoyar a Zapata o a los demás líderes campesinos: en verdad, pelearon con las fuerzas de Carranza contra ellos. Ahí está una clave para comprender la primera etapa de la Revolución, que logró su éxito a pesar del hondo abismo existente entre el movimiento obrero urbano —o su mayor parte— y los campesinos. Este abismo no existía, en verdad, entre el movimiento "liberal", semianarquista, de los hermanos Flores Magón y los campesinos; pero era profundo entre los sindicalistas organizados de las ciudades —trabajadores de fábricas, artesanos y burócratas, principalmente de origen europeo— y los indios y mestizos que constituían los ejércitos campesinos. Los trabajadores relativamente civilizados e ilustrados de la ciudad de México y las más antiguas ciudades, tenían miedo de los campesinos analfabetos,

dominados por los sacerdotes y medio salvajes, no sólo físicamente, cuando sus bandas recorrían los campos y ocupaban las ciudades, sino también económicamente, como competidores potenciales que podían ser utilizados para rebajar sus propios niveles, bajos y precarios, de vida. Es verdad que Zapata, cuando sus fuerzas ocuparon la ciudad de México, pudo evitar el saqueo y, por la pura fuerza de su personalidad, inducir a la buena conducta; pero Zapata tenía buenos consejeros y una política, y era mucho más que un líder casual de un levantamiento campesino. Pancho Villa y algunos otros tenían mucho más de bandoleros y sus bandas eran mucho menos de confiar. Los seguidores de los hermanos Flores Magón eran, por supuesto, de otro tipo, socialistas con conciencia de clase o anarquistas, que no dirigían grandes ejércitos campesinos sino pequeños grupos dispuesto a establecer repúblicas socialistas en determinadas regiones y no se movían muy lejos de sus bases; pero aun ellos eran vistos con cierta desconfianza por los sindicalistas y políticos socialistas de la capital.

Zapata, por encima de todos los demás líderes, dejó su huella en la imaginación de los campesinos mexicanos, no sólo en las regiones que controló, sino en gran medida en todo el país. En el Sur de México se ha convertido en héroe legendario y su tumba se considera un monumento sagrado. Para el resto del mundo es conocido hoy como héroe de una película de gran éxito, que se exhibió en muchos países hace algunos años. En su época era conocido en los círculos reaccionarios de México como el "Atila del Sur" y se narraban lóbregas historias de los excesos cometidos por sus bandas de campesinos. La guerra campesina mexicana se peleó, sin duda, con mucha crueldad por ambas partes y llevó consigo una gran destrucción de vidas y propiedades. Pero ¿de quién fue la culpa? Difícilmente puede culparse a los desgraciados campesinos o a Zapata, quien tenía que conducir a sus hombres de acuerdo con sus luces, y las de él mismo, para conservar su lealtad.

La Revolución Mexicana, en su primera etapa, no encontró un líder capaz de unificar sus fuerzas. Zapata era un gran líder de los campesinos del Sur; pero no tenía gran arraigo en el Norte ni capacidad para llegar a un acuerdo con las clases trabajadoras urbanas. Los hermanos Flores Magón tenían pocos partidarios, demasiado estrechamente limitados a algunas regiones y demasiado lejos de la capital para poder tratar de obtener la dirección nacional. Madero era demasiado débil y mostraba poca capacidad de organización; tampoco tenía ideas demasiado claras sobre el establecimiento de un gobierno constitucional. Carranza se hizo el líder, con Obregón detrás, y sacó adelante la nueva Constitución y la Ley Agraria, menos

por virtud de cualidades personales para hacer política como porque tenía la capacidad de captar la situación y estaba dispuesto a dejar que el nuevo Congreso se diera gusto haciendo leyes, aunque no se llevaran a la práctica. Obregón, cuando subió al poder en 1920, hizo esfuerzos reales en favor de la reforma agraria, pero no pudo llevarlos adelante.

En consecuencia, lo que logró la Revolución Mexicana, hasta los años veinte, fue minar el viejo orden más que la construcción de un orden nuevo para sustituirlo. El socialismo, a diferencia del semianarquismo de los hermanos Flores Magón, era demasiado débil. Hasta 1910 no había un Partido Socialista, sino sólo un grupo de socialistas que actuaban dentro del Partido Liberal formado por Madero en 1907. Éste grupo, encabezado por J. Sarabia (1882-1920), se separó para formar un Partido Socialista Mexicano en 1910, que siguió cooperando con Madero —y después con Carranza— pero no tenía ningún arraigo entre los campesinos ni en los campos petrolíferos. El socialismo era más que un movimiento una tendencia de políticos radicales y el credo de algunos pequeños grupos de inmigrantes. Los socialistas no tenían una política agraria clara: el elemento socialista en la Revolución estaba más en la fuerza del sentimiento nacional contra la explotación extranjera en minas y fábricas y contra los privilegios concedidos a los extranjeros por Díaz y los salarios preferenciales pagados a los trabajadores también extranjeros, que de un sentimiento o convicción socialista de la solidaridad internacional de la clase obrera.

La cuestión de los pozos petrolíferos era, por supuesto, de importancia clave en relación con esto. En 1884, Porfirio Díaz había promulgado un decreto que confería a los terratenientes la propiedad de los recursos minerales del subsuelo. Esto iba en contra de la tradición legal española, que hace del subsuelo propiedad pública. Se hizo para alentar al capital extranjero, y obtener regalías de los extranjeros a los que se les daban concesiones, y, al mismo tiempo, asegurar el apoyo de las clases ricas del país; y dio como resultado la adquisición de gran cantidad de terrenos petrolíferos por compañías extranjeras, inglesas y norteamericanas, así como el enriquecimiento de los terratenientes mexicanos que pudieron posesionarse de derechos sobre minerales. La concesión de Díaz fue revocada por la Constitución de 1917, que hizo del subsuelo propiedad nacional y obligó a las empresas petroleras a someterse a las leyes nacionales que regulaban la explotación de los recursos minerales. La nueva Constitución también los obligaba, como condición para la renovación de sus concesiones, a no apelar, en ningún caso, a sus propios gobiernos contra las leyes que el gobierno mexicano decidiera poner en vigor.

Tanto las compañías inglesas como las norteamericanas, con el apoyo de sus gobiernos, se negaron a aceptar las cláusulas relativas de la Constitución de 1917 como válidas. Argüyeron que las concesiones hechas por Díaz de acuerdo con la antigua Constitución eran irrevocables. Se negaron también a aplicar las leyes relativas a salarios y condiciones de trabajo y trataron de conservar sus propiedades mediante guardias armadas privadas, que desafiaban los poderes del Estado. Evitaban que se formaran sindicatos, a no ser clandestinos, y actuaban fuertemente contra los agitadores que trataban de desafiar sus disposiciones. Cuando, en 1920, Carranza cedió a la presión extranjera y consintió en suspender la vigencia de las leyes de 1917, sin perjuicio para el futuro, el gran deseo de las compañías extranjeras era "al buen día meterle en casa". La cantidad de petróleo extraído alcanzó cifras *record,* porque las compañías se apresuraron por obtener lo más posible antes de que surgieran nuevos problemas sobre sus derechos. Explotaron al máximo sus concesiones, porque sabían que muchas de las fuentes existentes estaban a punto de quedar exhaustas y no estaban dispuestos a arriesgar nuevo capital para abrir nuevas fuentes de suministro. En los años veinte, la producción petrolera de México descendió rápidamente: la disputa duró hasta que Cárdenas la abordó con resolución en los años treinta.

La Revolución Mexicana quedó así, al terminar su primera fase, a menos de la mitad del camino de su realización, con un hondo abismo abierto entre la masa de campesinos y los trabajadores urbanos. Los trabajadores urbanos aprovecharon esto al máximo: obtuvieron la libertad de asociación y el derecho a la huelga, apoyados por una amplísima legislación laboral y una mejora real en los salarios, horas y condiciones de trabajo. Pudieron constituirse en una aristocracia laboral, todavía muy débil siguiendo los criterios europeos, pero muy por encima de los niveles de vida de la masa del pueblo —los indios y mestizos de las áreas rurales—. Los que eran radicales o socialistas —o, por supuesto, anarquistas— aprovecharon también las grandes brechas que se habían abierto en el poder de la Iglesia. No sólo los racionalistas y los ateos odiaban a la Iglesia mexicana; era odiada profundamente por los campesinos, quienes la tenían por un aliado tiránico de la aristocracia terrateniente siendo la Iglesia misma de los terratenientes opresores que vedaban el acceso de los pobres a la tierra. La diferencia estaba en que los campesinos odiaban a la Iglesia, pero no a la religión ni, por regla general, al sacerdote párroco, quien era generalmente tan pobre como ellos y se ponía con frecuencia de su parte.

Los campesinos eran, en su mayoría, profundamente supersticiosos y se ponían fácilmente en contra de los intelectuales ateos de las

ciudades. Había actuado en contra de Díaz el hecho de que estaba rodeado por consejeros "malvados" y ateos y, después de la caída de Díaz, la Iglesia hizo lo posible por sembrar la misma desconfianza contra sus sucesores en el poder. La jerarquía eclesiástica era, no obstante, demasiado impopular para que los campesinos se pusieran de su parte; y el debilitamiento de su autoridad después de 1917 fue un factor importante que permitió a Cárdenas, cerca de veinte años después, emprender la tarea de hacer el México nuevo que los sucesores de Obregón habían abandonado.

CAPÍTULO XXIII

LABORISMO Y SOCIALISMO EN AUSTRALIA

Australia y Nueva Zelandia, remotas y muy diferentes en estructura social de cualquier país de Europa, apenas desempeñaron algún papel en la Segunda Internacional. Tenían movimientos obreros activos, basados en gran medida en los sindicatos, y, especialmente después de 1890, los sindicatos australianos se interesaron vivamente en la política y establecieron partidos laboristas, con diversos nombres, en los distintos Estados; pero estos partidos no era socialistas, en un sentido pleno, y en su mayoría no recibieron mucha influencia de las ideas socialistas procedentes del exterior. Queensland era, en este aspecto, una excepción por tener allí el socialismo, gracias principalmente a los esfuerzos propagandistas de William Lañe, una influencia mayor que en ninguna otra parte. En los demás Estados de Australia, los partidos laboristas empezaron actuando como terceros, sosteniendo o deponiendo gobiernos formados por los partidos más antiguos, pero permaneciendo fuera de los cargos hasta que estuvieron lo bastante fuertes como para formar sus propios gobiernos. Entretanto, en Nueva Zelandia, los liberales dirigidos por John Ballance y después por Richard Seddon, lograron conservar la alianza de los sindicatos y formaron un Partido Laborista independiente hacia 1904.

Esto no significa, por supuesto, que no hubiera socialistas en Australia. Había socialistas y organizaciones socialistas y hubo más de un intento de formar un Partido Socialista. Los partidos laboristas mismos se declararon con frecuencia en favor de los objetivos socialistas, tales como la nacionalización de los medios de producción. No obstante, el socialismo siguió siendo, para la mayoría de los australianos, una doctrina extranjera: nunca atrajo el apoyo de las masas. Aun cuando los partidos laboristas australianos planteaban proposiciones socialistas preferían generalmente evitar la palabra. Sus actividades políticas se centraban en los objetivos inmediatos; aun sus líderes se interesaban muy poco, en su mayoría, por las teorías de un nuevo orden social. Esto no significa que fueran necesariamente moderados: hubo muchas disputas entre patronos y trabajadores y los sindicatos —especialmente entre los trasquiladores, mineros y las industrias del litoral— eran con frecuencia accesibles a doctrinas muy radicales y respondían prontamente a las consignas y argumentos de la lucha de clases. Entre estos grupos, el izquierdismo tomaba con frecuencia la forma de declaraciones fuertes de solidaridad de clase y hostilidad

de clase, con el fin declarado de echar abajo el sistema capitalista. Pero, aun así, en la práctica los sectores militantes de los trabajadores industriales pensaban en controlar a sus patronos capitalistas, más que en suprimirlos; y, en política, la gran pelea se inició principalmente por la colonización de la tierra y se dirigió contra los grandes ganaderos y en favor del establecimiento de fincas familiares más que por un objetivo socialista. Aparte de los grupos de militantes laborales, las proposiciones de impuesto único de Henry George encontraron una respuesta mucho mayor que la social-democracia marxista; y los partidos laboristas se ocupaban mucho más en crear impuestos contra los ricos, quienes durante mucho tiempo pagaban muy bajos impuestos en un sistema de imposición indirecta, que en expropiarlos.

Tampoco hay que olvidar, en relación con Australia, la poderosa influencia ejercida desde un principio sobre el movimiento obrero por la gran fuerza de los inmigrantes irlandeses y sus descendientes y, a través de ellos, por la Iglesia católica —siempre opositora decidida del socialismo—. En todo momento, una gran proporción de líderes, locales y centrales, del laborismo australiano han sido irlandeses católicos; y han surgido interminables pugnas en la mente de esos líderes, surgidas del conflicto de fidelidad a su filiación al catolicismo y a los partidos laboristas que han tendido hacia una fe socialista. Con frecuencia estas luchas tomaron la forma de rivalidades personales o de grupo por el control de posiciones clave, y muchos líderes no católicos reprimieron sus impulsos de declararse socialistas por miedo a perder el apoyo de la clase obrera católica, o de ser anatematizados oficialmente por la jerarquía de la Iglesia católica. Los irlandeses, aunque fueran socialmente radicales y anti-imperialistas, permanecían alejados del socialismo y esto evitaba que los partidos laboristas, aun cuando su política fuera de hecho, hasta cierto punto, socialista, aceptaran el nombre de socialistas o se asociaran a los movimientos socialistas de otros países, por contactos directos o afiliándose a la Internacional Socialista.

En Australia, hay una aguda línea divisoria en 1850 y otra en 1890; marcada, la primera, por los descubrimientos de oro y, la segunda, por la derrota de la gran huelga portuaria y de los esquiladores. Hasta 1850, había sólo algunos sindicatos aislados. Los obreros de la industria del mueble se organizaron ya en 1833, para mantener la lista de precios de Londres y proporcionar utilidades propicias. Los toneleros y los cajistas tenían también sindicatos en Sydney, en los años treinta, y hubo una huelga de marineros en 1837, seguida por el establecimiento de un sindicato regular dos años después. En 1839, en un momento de seria desocupación, una Asociación Sindical de Sydney recogió fondos de ayuda y trató de establecer una pana-

dería. En 1840 había también sindicatos de carroceros y mecánicos. La Sociedad Australiana de Cajistas, establecida en 1840, se declaró en huelga, en Sydney, ese año. Los sastres y trabajadores de la construcción también se organizaron en los años cuarenta. Surgieron, además, en el periodo anterior a 1850, disputas acerca de la utilización de los presos con permisos de trabajo *(ticket of leave~)* como mano de obra barata. Los descubrimientos de oro despojaron al mercado de trabajo de trabajadores calificados, quienes se dirigían en grandes núcleos a las zonas auríferas. Al mismo tiempo, se produjo una aguda alza de los precios, de modo que los trabajadores que quedaban tenían que exigir aumentos de salarios y estaban en buena situación para que sus demandas fueran aceptadas. Los salarios subieron rápidamente; los sindicatos se volvieron muy activos y algunos de ellos pudieron establecer, con o sin huelga, la jornada de ocho horas. En las zonas auríferas, los cavadores batallaron contra los abusos del sistema de licencias, culminando en 1854 en la batalla campal de Eureka Stockade; y ese mismo año los mineros de Ballarat establecieron una Liga Reformista. Pero esta batalla duramente peleada no tenía nada que ver con el socialismo ni con el sindicalismo corriente; y cuando las licencias de propiedad se redujeron y su administración fue mejorada el movimiento desapareció.

El año siguiente —1855— vio los comienzos del movimiento por la jornada de ocho horas en Melbourne y Sydney. Empezó, bajo la influencia del antiguo cartista gales James Stephens, entre los trabajadores de la construcción, particularmente los albañiles, quienes habían formado sindicatos en Melbourne, en 1850, y en Sydney, tres años después. En 1855, el líder de los albañiles, Hugh Landreth promovió su famosa disposición que incitaba a los trabajadores a dejar el trabajo después de las ocho horas y, cuando los patronos se negaron a aceptarlo, les albañiles de Melbourne, seguidos por otros oficios, fueron a la huelga en 1856 y obtuvieron una fácil victoria. Ese año, T. W. Vine organizó la Sociedad Progresista de Carpinteros y Ensambladores de Melbourne; los sindicatos se unieron en una Liga de la Jornada de Ocho Horas, y la concesión se extendió pronto a otros oficios. En Sidney, tras de un comienzo no menos prometedor, el movimiento se interrumpió por cierto tiempo y la jornada de ocho horas no se logró plenamente sino cerca de veinte años después. Pero en Melbourne los sindicatos eran lo bastante fuertes como para' conservar lo que habían ganado y, gracias a su triunfo, la jornada de ocho horas se fue estableciendo gradualmente entre los trabajadores calificados y empezó a ser considerada como el primer gran resultado del sindicalismo australiano. La práctica de celebrar el día anualmen-

te no quedó establecida, sin embargo, hasta 1872, primero en Sydney, a la que siguieron después otras ciudades.

Victoria también tomó la delantera en el envío de representantes laboristas a la Asamblea de la colonia. Peter Lalor (1827-89), quien había perdido un brazo en la Eureka Stockade, fue electo representando a Ballarat en 1856; y un sindicalista distinguido, Charles Jardine Don (1820-67) obtuvo un asiento en 1859. En 1858 los sindicatos de Melbourne formaron una Operatives' Board of Trade, que se convirtió dos años después en el Trades Hall Committee, el primero de los consejos industriales y laborales que habían de establecerse pronto en todas las capitales de los Estados. Entretanto los mineros se habían ido organizando. Los mineros del carbón de Newcastle formaron un sindicato en 1854 y, a principios de los años sesenta, los mineros del carbón y otros habían entrado en una etapa de lucha laboral activa. James Fletcher (m. 1891), líder escocés del Sindicato de Mineros del Carbón de Newcastle, los persuadió para iniciar una cooperativa carbonera bajo su administración en 1863; pero, después de algunos años, fue vendida a una compañía, a cuyo nombre siguió administrándola. Después se convirtió en miembro de la Asamblea Legislativa de Nueva Gales del Sur y siguió desempeñando un papel activo en los intereses laboristas. Los sindicatos de mineros tuvieron sus altas y bajas en los años sesenta y setenta. Los mineros del carbón ganaron una gran huelga en 1872, en Nueva Gales del Sur; pero los diversos grupos no unieron sus fuerzas hasta los años ochenta, en un Sindicato Unido de Mineros que cubría a Nueva Zelandia y las zonas mineras de Australia.

Puede decirse, en términos generales, que los "buenos tiempos" de los sindicatos australianos duraron hasta 1890. Hubo, por supuesto, altibajos y se ganaron y perdieron muchas batallas. Hubo intentos de los patronos de sustituir la mano de obra blanca por mano de obra barata, procedente de China o de las islas y hubo muchas quejas de que el gobierno favorecía la inmigración de trabajadores blancos. Pero, en general, las condiciones del mercado de trabajo eran favorables, de cualquier manera, para los trabajadores calificados; y los sindicatos aprendieron a utilizar su poder para obtener lo más posible de los patronos que, en general, obtenían grandes ganancias. En particular, los sindicatos por oficios aprendieron a mantener el monopolio de la mano de obra obligando a la limitación del aprendizaje y negándose de común acuerdo a trabajar con obreros no sindicados. En casi toda esta etapa, los patronos no estuvieron fuertemente organizados para resistir a las demandas de los sindicatos y éstos, aunque no tenían una organización efectiva que cubriera todo el continente, actuaban bastante unidos, dentro de cada Estado, a través de sus Trades Hall Committees o con-

sejos sindicales en las principales ciudades y, ocasionalmente, cooperaban en movimientos que se extendían más allá de las fronteras del Estado.

Angus Cameron, secretario del Consejo Laboral de Sydney, parece haber sido el primer sindicalista electo para la Asamblea Legislativa con apoyo financiero de los sindicatos. Fue electo por West Sydney en 1875. El primer Congreso Sindical Australiano se reunió en 1879, y el segundo, que se celebró en 1884, pidió que se pagara a los miembros para hacer posible la representación laboral efectiva en las asambleas coloniales. El Congreso estableció también comités parlamentarios en los diversos Estados para ocuparse de manejar los intereses laboristas, siendo las principales demandas la enmienda de la ley del amo y el siervo, la inspección de fábricas, la protección de las industrias locales y la abolición del voto plural. En 1885, el Trades Hall Council de Victoria se manifestó en favor de la representación laborista y, al año siguiente, el cuarto Congreso Sindical Australiano adoptó la misma política, reafirmando también su demanda de que se pagara a los miembros. En este periodo, muchos sindicatos tenían reglamentos que les impedían interferir en política —es decir, en las elecciones—. Esto no impidió que ejercieran presión sobre los políticos cuando estaban en juego directamente los intereses laborales; pero no veían la necesidad de establecer partidos laboristas independientes mientras pudieran obtener casi todo lo que querían, inmediatamente, mediante la acción laboral, reforzada con el envío de algunos representantes a las Asambleas de los distintos Estados, donde actuaban en alianza con los políticos más radicales que favorecían a los "hombres pequeños" contra los ricos ganaderos y los riquísimos patronos.

En 1890 la situación varió abruptamente. La etapa de rápida expansión económica, que había sido financiada principalmente con capital importado, llegó a su término, y hubo una fuga precipitada en busca de solvencia por parte de los capitalistas y de los gobiernos excesivamente endeudados. Los patronos rebajaron a diestro y siniestro los salarios; los gobiernos abandonaron sus obras públicas y establecieron grandes economías en los servicios públicos. Además, los capitalistas y ganaderos más importantes, descubriendo una oportunidad en la situación alterada del mercado de trabajo, se unieron para combatir la "tiranía de los sindicatos". En particular, acordaron ofrecer una resistencia combinada a la política sindical de negarse a trabajar con obreros no sindicados y proclamaron el principio de "libre contratación" entre el patrono y el obrero: es decir, el derecho del patrono a negarse a ser limitado por reglamentaciones colectivas de salarios y condiciones y poder contratar a su antojo a sus empleados, individualmente. Esta cuestión se planteó simultáneamente en las navieras e industrias del litoral y entre los ganaderos y el fuerte y organizado sindicato de es-

quiladores, que había sido de los que más éxito habían tenido al negarse a permitir a sus miembros que trabajaran donde se empleaban trabajadores no sindicados.

W. G. Spence, quien había empezado a reorganizar a los mineros en 1878 y, después de convertirse en secretario de la Asociación de Mineros de Victoria en 1882, la había ampliado rápidamente para convertirla en una Unión General Australiana, fue la figura principal en el desarrollo del movimiento sindical en esta etapa. Estableció en 1886 el Sindicato Unido de Trasquiladores (Amalgamated Shearers' Union), que se extendió rápidamente de Victoria a otros Estados y trabajó en estrecha relación con el sindicato similar que se había establecido en Queensland. Estos dos sindicatos de trasquiladores lograron establecer, en los años siguientes, acuerdos comunes y sus miembros sólo trabajaban bajo esos acuerdos. Estos acuerdos incluían el sistema de contratación limitada a los sindicados, que era vigorosamente objetado por los ganaderos. Como consecuencia, éstos establecieron organizaciones propias para resistir las reclamaciones de los sindicatos y en 1890 habían formado un Consejo Federal de Ganaderos con un programa común de 'libre contratación" —es decir, de negación concertada a tratar con los sindicatos o reconocer sus términos—. Los trasquiladores, quienes se trasladaban en grupos de una estancia a otra durante la estación de la esquila, vivían en sus propios campamentos y ofrecían un frente fuerte a los ganaderos. El Manifiesto de Spence, en 1890, que insistía en el pleno mantenimiento del "Contrato sindical", precipitó la gran huelga de ese año, conocida generalmente desde sus comienzos como la "huelga marítima".

La gran huelga marítima se inició por la cuestión del derecho del sindicato de oficiales de los barcos a afiliarse al Trades Hall de Melbourne y federarse, así, con los sindicatos de marineros, cocineros y despenseros y trabajadores del litoral. De sus reducidos comienzos, la disputa se extendió de un Estado a otro y de un oficio a otro, por simpatía y por un intento de aplicar la regla de que ningún sindicalista debía manejar "artículos contaminados" ni hacer nada en ayuda de una empresa que empleara esquiroles. Primero en Nueva Gales del Sur y en Victoria y después en Queensland, la huelga marítima se unió con la de los trasquiladores con el fin de negarse a manejar la lana consignada por los establecimientos donde hubiera huelga de esquiladores provocada por el empleo de mano de obra no sindicada. Era una práctica de los esquiladores, en esas disputas, establecer "campamentos de huelga" cerca de los lugares afectados, y tratar de obstaculizar tanto la introducción de esquiroles como el trabajo de los no sindicados ya empleados. Estas tácticas produjeron con frecuencia violentos choques, y los ganaderos invocaron la ayuda de la policía y los soldados para someter a los esquiladores. Los propietarios de

barcos y los administradores de los muelles invocaron la misma ayuda para acabar con los intentos de interferir a la mano de obra integrada por esquiroles y hubo choques violentos en los puertos. Muchos líderes sindicales fueron arrestados y sentenciados a prisión.

Con los malos negocios y la desocupación muy extendida, los patronos estaban en una situación favorable, aun sin la ayuda que les prestaban los gobiernos de los Estados. Con el correr del tiempo, los fondos del sindicato de esquiladores fueron desapareciendo, hasta que en 1890, se vieron obligados a suspender la huelga dejando que sus miembros obtuvieran las mejores condiciones posibles, sujetando al mayor número posible de ganaderos a las condiciones del contrato sindical, pero abandonando el intento de negarse a trabajar con trabajadores no sindicados o impedir que los esquiroles trabajaran. Apenas había terminado esta lucha cuando, a principios de 1891, el sindicato de esquiladores de Queensland, que estaba conectado con la Federación Australiana de Trabajadores de Lane, se vio envuelto en una prueba similar. Esto se convirtió en una cuestión mucho más violenta que las luchas de Nueva Gales del Sur y Victoria del año anterior. El gobierno de Queensland era excepcionalmente reaccionario, dominado por los intereses de los dueños de ganado lanar: la Asociación de Ganaderos de Queensland era la más militante de todas; y quizás por razón de estos hechos el movimiento obrero de Queensland era también el más agresivo. Los ganaderos organizaron de inmediato cuerpos de esquiroles de las ciudades; y el gobierno del Estado movilizó a la caballería y a la policía para someter a los esquiladores. La Federación Australiana de Trabajadores hizo un llamado a otros sindicatos, para que apoyaran a los esquiladores, negándo-e a manejar la lana trabajada por esquiroles y el gobierno respondió arrestando a numerosos líderes y acusándolos de conspiración de acuerdo con la Ley de Asociación (British Combination Act) de 1825 que había sido abrogada en Inglaterra hacía tiempo, pero tenía aún vigencia en las colonias australianas. El juez hizo el resumen en contra de los acusados, en términos muy hostiles: el jurado estuvo primero en desacuerdo pero, finalmente, después de permanecer encerrados sin alimentos, acordó condenar a diez de ellos, con una vigorosa recomendación de clemencia. El juez administró entonces duras sentencias, casi todas de varios años de prisión. A través de esta disputa, los tribunales se condujeron con gran severidad y con evidente prejuicio en contra de los huelguistas y, al fin, la huelga fracasó.

No obstante, los esquiladores siguieron luchando por algún tiempo para conservar el contrato del sindicato donde fuera posible. En 1894, sin embargo, los ganaderos se sintieron lo bastante fuertes en todos los Estados como para imponer una 'libre contratación" todavía más rígida y negarse a tener trato alguno con los sindicatos, que se habían

debilitado demasiado para presentar resistencia, aunque los hombres de Queensland fueron una vez más a la huelga ese año antes de admitir, definitivamente, la derrota. En este momento Spence convirtió al Sindicato de Esquiladores en el Sindicato de Trabajadores Australianos y se dedicó a reconstituir sus fuerzas sobre una base de solidaridad más amplia.

Ésta era la situación cuando surgieron rápidamente partidos laboristas, bajo diversos nombres, en los diferentes Estados. Los sindicatos se inmiscuyeron más en política, al comprender que su fuerza en el campo laboral no bastaba para salvaguardar sus intereses ante las adversas condiciones en las empresas y una determinada coordinación de los patronos para derrotarlos, invocando la ayuda del gobierno.

Las dos principales figuras en el movimiento obrero australiano en la etapa de las grandes huelgas de 1890 eran W. G. Spence y William Lañe. William Guthrie Spence (1846-1926) nació en las Islas Orkney, pero fue llevado a Australia de muy niño. Trabajó como pastor y minero y, como vimos, fue secretario de la Asociación de Mineros Unidos de Victoria, desde 1882. Se dedicó entonces a organizar a los esquiladores, cuyo sindicato, formado en 1886, tuvo éxitos inmediatos y desempeñó un papel importante en la lucha de 1890. Spence, no obstante, no se contentó con estos logros considerables en la organización de los sindicatos. Creía firmemente en la acción laboral concertada y su ambición era construir una organización efectiva que abarcara a los trabajadores de todas clases, industriales o agrícolas, y que llevara la. fuerza de todos en ayuda de cada sector que pudiera necesitarla. Nunca logró lo que ambicionaba, pero utilizó al Sindicato de Esquiladores a la hora de su derrota como un núcleo para el establecimiento del sindicato más grande de Australia, el Sindicato de Trabajadores Australianos. Este sindicato estaba abierto, según sus reglamentos, a todos los asalariados; pero se limitó por mucho tiempo, en la práctica, a la industria lanera, dentro de la cual incluía a una amplia variedad de trabajadores de ocupaciones muy diversas. Más tarde, se extendió más allá de la industria lanera a otras industrias, absorbiendo a otros sindicatos como el de Trabajadores Unidos de Queensland. Spence fue, de hecho, el iniciador, mucho antes que los sindicatos ingleses, del tipo de sindicato "general" organizado sobre una base de clase. La A. W. A., bajo su dirección, estaba entre el tipo representado por los sindicatos de trabajadores de la industria del gas y los de estibadores establecidos en Gran Bretaña en 1889 y la "gran central" favorecida por los sindicalistas industriales norteamericanos. Más tarde, se aproximó bastante más al primero de estos tipos pero, en sus primeras etapas, varios militantes esperaban —mucho antes del surgimiento de la I. W. W.— que se convirtiera en la gran organización de lucha de la clase obrera australiana.

Spence fue electo para el nuevo Parlamento de Nueva Gales del Sur en 1898 y para el Parlamento de la Comunidad Británica, al iniciarse en 1901; pero siguió atendiendo principalmente los asuntos sindicales, y no llegó a ser ministro hasta 1914. En 1916 apoyó a Hughes contra el Partido Laborista, en la cuestión de la conscripción, y perdió su puesto. Poco después se retiró de la política. Spence no era un gran teórico; su inmensa reputación descansaba en su capacidad de organizador. Creía firmemente en la unidad de la clase obrera y el sindicalismo más amplio como un medio para lograrla.

El otro líder, William Lane (1861-1917), contrasta agudamente con Spence. Es el único socialista relacionado con el movimiento obrero australiano, con pretensiones de ser considerado un teórico. Nacido en Inglaterra, Lane fue al Canadá a la edad de 14 años. Era periodista y, al emigrar a Australia en 1885, inició un periódico, *The Boomerang,* que logró una considerable circulación entre la clase obrera, principalmente entre los mineros y trabajadores rurales. En 1889 tuvo amplia responsabilidad en la campaña que recogió más de 30 000 libras para ayudar a los estibadores de Londres; y, ese mismo año, encabezó el establecimiento de la Federación Australiana de Trabajadores, que debía servir de centro laboral y político al movimiento obrero de todo el continente. De hecho, funcionaba sólo en Queensland, y nunca logró establecerse en gran escala en ninguna otra parte, aunque tenía el apoyo de Spence y su grupo de sindicatos. De la Federación Australiana de Trabajadores, que tenía un programa claramente socialista, nació, bajo la influencia de Lane, una organización política distinta, que se convirtió en el Partido Laborista de Queensland y se dedicó a recuperar, mediante la acción parlamentaria, lo que se había perdido en el curso de las luchas industriales de 1890-94. En 1890, bajo los auspicios de la Sección de Queensland, Lane fundó *The Queensland Worker,* que predicaba una doctrina socialista mucho más avanzada que cualquier otro periódico importante de Australia. Lane había escrito, antes de esto, numerosos folletos en favor del socialismo y de las ideas sobre el impuesto único de Henry George. Después de la denota de las huelgas marítima y de esquiladores, se convenció de que era impracticable establecer el socialismo en Australia, ante la fuerza del capitalismo y el predominio de las ideas industriales de lucro. Cayó en el utopismo, y concibió la idea de dirigir a un grupo de fieles para establecer una colonia en otro país, con caracteres comunistas. Pensó en Paraguay, donde las guerras del dictador López habían diezmado la población adulta masculina. Después de obtener una gran donación de tierra del gobierno paraguayo, logró recolectar en Australia un fondo de 30 000 libras; y, en 1893, adquirió un barco y se dirigió, con 240 compañeros socialistas, a establecerse en su colonia, a la que llamó Nueva Australia. A este viaje siguió

otro con 260 personas. La colonia tuvo pronto trastornos, tanto por disensiones internas como porque el clima desfavorable mató a muchos de los colonizadores. Lañe se trasladó a otro centro, Cosme, e hizo un segundo intento; pero allí también surgieron dificultades y, en 1899, él mismo lo abandonó. Muchos de los colonizadores sobrevivientes fueron regresados a Australia con la ayuda del gobierno de Queensland; pero algunos permanecieron, dividiéndose en pequeños grupos y renunciando a la vida comunista. Lañe mismo volvió al periodismo, estableciéndose en Nueva Zelandia donde, a partir de 1913, editó el *New Zealand Herald.*

En los ocho años que pasó en el movimiento obrero australiano Lañe causó mucha impresión en la imaginación de sus contemporáneos y se ha convertido en figura legendaria —el único romántico en toda su historia—. Fue un buen escritor, con fuerza; y, en un momento crítico del desarrollo del movimiento australiano, hizo mucho por encauzarlo en la dirección del sindicalismo laboral y de la acción política —considerándolos como igualmente necesarios y destacando la necesidad de un movimiento combinado que hiciera uso de ambas armas, bajo un control común. Su etapa utópica vino después, y no tuvo ningún aspecto muy original. Parece haber debido algo al utopista austríaco, Theodor Hertzka,[1] cuya novela, *Freeland,* publicada en 1890, describía la fundación de una comunidad socialista imaginaria en el África Ecuatorial. En la utopía de Hertzka, la producción debía realizarse principalmente por medio de asociaciones cooperativas, con administradores elegidos, que recibieran su capital del Estado y produjeran para un mercado competitivo. Esta concepción tenía algo en común con las de Louis Blanc y Lassalle. Lañe hizo un intento rudimentario por aplicar estas ideas en Paraguay, pero su Nueva Australia vivía demasiado al día, produciendo lo indispensable para comer, para que fuera posible probar realmente su valor.

La aventura de Lañe en Paraguay despojó hasta cierto punto a Australia de sus socialistas más activos, en el preciso momento en que los sindicatos se inclinaban hacia la política en la esperanza de reparar las pérdidas que les infligiera su derrota en el terreno laboral. Al adoptar su nueva orientación, los sindicatos no convirtieron a los consejos industriales y laborales existentes en organismos políticos. Comprendieron la necesidad, para fines políticos, de apelar a gran cantidad de los que no eran miembros de los sindicatos, incluyendo no sólo a los que habían abandonado los sindicatos después de la derrota, sino también a muchos trabajadores no calificados que no estaban organizados, y al mayor número posible de simpatizadores fuera de las clases asalariadas: burócratas —que estaban pobremente organizados, si lo estaban en alguna medida—, pequeños propietarios rurales, comerciantes

[1] Véase apéndice del cap. xn.

y otros parecidos. De acuerdo con esto, organizaron asociaciones políticas sobre una base de suscripciones individuales bajas, con una rama en cada zona electoral. Para empezar, en algunos Estados se evitó el nombre de 'laborista" y se utilizó en su lugar la designación de "progresista". No se pensó utilizar el término "socialista", ni eran los programas de carácter socialista, aunque incluían en algunos casos una demanda general —que se modificó después— de nacionalización de los medios de producción. Casi todos incluían la abolición de la votación de una misma persona en varias partes o varias veces; el impuesto a las propiedades rurales, con cuidadosas salvaguardias para el propietario que mejorara sus tierras; el impuesto directo graduado; la jornada legal de ocho horas (y, en algunDS casos, el salario mínimo legal); la obstaculización de la inmigración colonial y el cese de la inmigración ayudada por el Estado en todas sus formas; la reforma de las leyes relativas a amos y servidores y la otorgación de plenos derechos sindicales; una mejor legislación laboral y otras muchas reformas, que variaban de un Estado a otro. Casi todos favorecían también la legislación fiscal proteccionista, para salvaguardar a los trabajadores contra las importaciones que pudieran afectar adversamente a los salarios; pero, en esta cuestión, había una fuerte división de la opinión en Nueva Gales del Sur, que era por tradición un "Estado de libre comercio" —y el programa del Estado evitó tratar ese aspecto—. La única demanda específica muy extendida de socialización de algún género fue la proposición de establecer bancos estatales para romper el moponolio privado del crédito. En casi todos los casos, los programas también pedían la educación libre y universal, elemental y superior, y mayor adiestramiento técnico.

Aunque las nuevas asociaciones políticas se establecieron como organismos distintos de los sindicatos, en la práctica fueron dominados al principio, en gran medida, por los consejos sindicales de las grandes ciudades. Los sindicatos y sus ramas, así como los grupos políticos locales, enviaban delegados a sus conferencias y, en su mayoría, determinaban su política. Pronto surgieron trastornos, sin embargo, entre las nuevas organizaciones políticas y algunos de los miembros que obtuvieron asientos en las legislaturas de los Estados, bajo sus auspicios. Desde un principio, los nuevos partidos obtuvieron grandes éxitos electorales y, al estar los viejos partidos bastante divididos, se encontraron pronto sosteniendo el equilibrio del poder; excepto en Queensland, donde la lucha de clases eia muy aguda y los demás partidos se asociaron contra ellos, de modo que el Partido Laborista quedó en la oposición. En otros lugares, formaron parte casi siempre de la mayoría que apoyaba al gobierno, en posición de llevar al poder, si cambiaban su apoyo, a la otra parte. Los partidos políticos existentes en los diversos Estados no estaban divididos, por regla general, por

posiciones muy claras. Eran casi siempre grupos que seguían a líderes determinados y había muchos independientes susceptibles de cambiar su filiación. En Nueva Gales del Sur, el Estado más populoso, la batalla tradicional de los partidos se desarrollaba entre partidarios del librecambio y proteccionistas; pero en otras cuestiones no había una clara diferencia entre los partidos. La política en los Estados era, en gran medida, una cuestión de favores con grupos de presión determinados y había una gran corrupción en los asuntos de pequeña escala, especialmente en relación con las donaciones de tierra y el arreglo de contratos públicos. Hasta los años noventa, los laboristas se habían contentado, casi siempre, con actuar como un grupo de presión desde fuera, con sólo algunos de sus hombres en las Asambleas Legislativas, algunas veces como independientes y otras asociados a alguno de los viejos partidos. Cuando los laboristas decidieron integrar sus propios partidos no había ninguna razón para que prefirieran a un partido determinado de los antiguos en el poder; y estaban, pues, en libertad de hacer y deshacer gobiernos variando su apoyo de una a la otra parte. Esto hizo posible obtener considerables concesiones de los diversos gobiernos estatales; y este poder se utilizó para lograr, en una u otra forma, una legislación protectora del trabajo, incluyendo la abrogación de las leyes obsoletas sobre los sindicatos, así como cambios en el sistema impositivo favorable a las clases pobres. En relación con los salarios, los sindicatos, en esta etapa, después de sufrir una derrota en el terreno puramente laboral, favorecían en su mayoría el arbitraje obligatorio en las disputas laborales o, en su lugar, alguna forma de regulación legal de los salarios; y fue, en parte, bajo la influencia laborista que se desarrollaron los diversos sistemas de Juntas de Salarios y Tribunales de Arbitraje. No eran, sin embargo, un invento laborista. Fueron establecidos por gobiernos de integración variable y, en la mayoría de los casos, incluían disposiciones que eran objetadas por los sindicatos, incluso aunque no se opusieran a ellas en principio. Es innecesario detallar aquí la historia, con frecuencia relatada, del desarrollo de estas formas de reglamentación de los salarios en los diversos Estados. Nueva Gales del Sur abrió el camino con una Ley de Arbitraje promulgada en 1892, pero no introdujo su obligatoriedad hasta 1898; y, en lo sucesivo, el sistema fue enmendado en 1901 y de nuevo en 1908, introduciendo elementos tomados de Victoria. La Ley de Juntas de Salarios de Victoria fue aprobada en 1896 y siguieron otros Estados. El Tribunal de Arbitraje de la Commonwealth, limitado a cuestiones inter-estatales, empezó a funcionar en 1906, pero fue muy obstaculizado en un principio por interpretaciones judiciales que hacían que muchos de sus laudos fueran declarados nulos. Al principio, estas formas de intervención estatal en la reglamentación de los salarios y las condiciones eran, indudablemente, favorables a

los trabajadores, quienes las utilizaron para recuperar mucho de lo que habían perdido después de 1890. Fueron también favorables al aumento del número de miembros de los sindicatos y a la extensión del sindicalismo a ocupaciones en las que había sido débil o inexistente. Sólo cuando los sindicatos lograron lo más que estaban dispuestos a conceder los Tribunales de Arbitraje o las Juntas de Salarios, la reglamentación estatal fue sometida a agudas críticas del ala izquierda sindical, que la acusó de estabilizar al capitalismo, de arrebatar miembros a los sindicatos y de fomentar falsas ideas de comunidad de intereses entre patronos y obreros.

En efecto, cuando se lograron las primeras concesiones, se hizo cada vez más claro que había una estrecha relación entre los salarios que los árbitros y las Juntas de Salarios estaban dispuestos a otorgar, los impuestos proteccionistas destinados a limitar las importaciones y el costo de vida de la población australiana. Después del establecimiento de la Commonwealth en 1900, la protección de la industria australiana, especialmente contra las importaciones producidas por mano de obra mal pagada, se convirtió en parte de la política del Partido Laborista Federal; y la oposición de los librecambistas, que había sido fuerte en Nueva Gales del Sur, desapareció. La política oficial fue llamada "nuevo proteccionismo" y descansaba en un reconocimiento de que los salarios y condiciones que podía esperarse que otorgaran los arbitros, dependían en la práctica del nivel de los aranceles proteccionistas y de otros factores que afectaban los precios de los bienes de consumo. Pasó cierto tiempo antes de que se estableciera firmemente el nuevo Tribunal de Arbitraje de la Commonwealth frente al marcado deseo de los demás tribunales de restringir su jurisdicción en nombre de los "derechos del Estado"; pero, gradualmente, bajo la presidencia del juez H. G. Higgins, el Tribunal estableció su posición y empezó a aplicar su política de salarios a un campo cada vez mayor. La importancia del mecanismo de fijación de precios en los diversos Estados no descendió por ello; y los partidos laboristas de los Estados siguieron apoyándolo, a pesar de los crecientes ataques de los militantes sindicales. Las derrotas de los años noventa habían mantenido una honda renuencia, entre numerosos grupos de trabajadores, a confiar en la acción laboral por sí sola; y pocos políticos laboristas respondían positivamente a los sindicalistas industriales que pedían se reiniciaran los antiguos métodos de lucha de los sindicatos.

La política de la "Australia blanca" desempeñó también un papel importante en la política laborista federal. En 1901, el primer gabinete de la Commonwealth promulgó, con gran apoyo laborista, la Ley de Inmigración, que excluía a los inmigrantes de color con el fin de mantener el "nivel de vida australiano" y la "pureza racial" australiana. Los partidos laboristas de los diversos Estados habían

favorecido, tradicionalmente, la demanda de una "Australia blanca". Había, en efecto, un fuerte elemento de nacionalismo en todo el movimiento. Sólo algunos socialistas, principalmente inmigrantes, se opusieron a la exclusión de los inmigrantes de color en nombre de la solidaridad internacional de la clase trabajadora.[2] Así, a partir de 1890, el laborismo australiano desarrolló una política y un programa donde se destacaba la preservación y, de ser posible, el mejoramiento de los niveles de vida de los trabajadores, con la ayuda del Estado. Lo que habían tratado de obtener los sindicatos, y habían podido lograr con éxito por cierto tiempo, mediante la acción laboral, trataban de recuperarlo y conservarlo ahora utilizando el arma política, primero en los distintos Estados y después también en la Commonwealth.

Mientras los sindicatos creaban así sus propios partidos políticos y trataban de encontrar aliados fuera de sus propias filas para la lucha política, numerosos grupos minoritarios, especialmente en Nueva Gales del Sur y Queensland, trataban de conseguir apoyo para el socialismo, como doctrina social y como base para la acción de la clase obrera. Pero, por algún tiempo, estos grupos, aunque lograban adeptos, tuvieron muy poca influencia en las políticas inmediatas de los partidos laboristas de los Estados o de los sindicatos. Es verdad que cuando Ben Tillett, recordado por su triunfo en la huelga de los muelles de Londres, a cuyo éxito habían contribuido considerablemente los trabajadores australianos,[3] recorrió Australia en 1898, recibió una entusiasta recepción por su elocuencia socialista, pero fue aceptado mucho menos como socialista que como representante del "nuevo sindicalismo" y el efecto de su gira de propaganda fue mucho más aumentar el número de miembros de los sindicatos y reconstituir éstos, después de haber sido derrotados, que formar un movimiento socialista fuerte. Del mismo modo, Henry Hyde Champion, quien se había sacudido el polvo de Inglaterra y había ido a establecerse a Australia en 1894, aunque hizo una contribución sustancial a la reconstitución de las fuerzas laboristas, no hizo mucho por volverlas socialistas. Tom Mann, quien llegó en 1903, después de permanecer un año en Nueva Zelandia, y trabajó más de seis años en el movimiento laborista australiano, hizo más; pero sus intentos por convertir a los trabajadores australianos al socialismo tuvieron mucho mayor éxito al despertar la militancia laboral que no en ganarlos para la política socialista.

En los años cuarenta, la llegada de algunos cartistas ingleses —algunos como convictos y otros como inmigrantes voluntarios—, influyó, algo sobre los trabajadores australianos para dotarlos de una tradición

[2] Véase acerca de esta cuestión, en relación con la Segunda Internacional,, pp. 46 y 82-3 (tomo III).

3 Véase p. 309.

radical; pero no había habido afluencia, como en los Estados Unidos, de refugiados socialistas procedentes del continente europeo. Después de 1848, los inmigrantes obreros de Gran Bretaña habían traído consigo, no el socialismo, sino el "nuevo" sindicalismo de las sociedades unidas (Amalgamated Societies). Ramas de las sociedades inglesas de mecánicos, carpinteros y ensambladores, se formaron en Australia casi tan pronto como en Inglaterra y ayudaron a establecer el modelo para el fomento del sindicalismo en la economía australiana en desarrollo. Prácticamente, no se habló de socialismo en Australia hasta después de 1880 y, aun entonces, el mensaje fue llevado por inmigrantes de la Europa continental más que de Gran Bretaña. En los primeros años de la década de los ochenta, un grupo de inmigrantes franceses e italianos trataron, sin éxito, de establecer una tardía sección australiana de la I. W. M. A. —difunta por entonces en Europa—; y, alrededor de 1886, dos grupos de alemanes establecieron sindicatos social-demócratas en Adelaide y Melbourne. Entonces, en 1887, un grupo de inmigrantes de Gran Bretaña fundaron en Sydney la Liga Socialista Australiana. Eran sólo seis, pero iniciaron un periódico, *The Australian Radical.* Después se pelearon. El propietario de *The Radical* se hizo anarquista y la Liga lo repudió e inició un nuevo periódico, *The Socialist.* Ninguno tuvo larga vida.

Vinieron entonces las grandes huelgas del año 1890 y siguientes, seguidas por una extensión del interés por el socialismo. Algunas ramas de sindicatos se afiliaron a la Liga Socialista Australiana, y los socialistas se lanzaron a una campaña para la formación de un partido laborista en Nueva Gales del Sur, pero se retiraron después y trataron de establecer un Partido Laboral Socialista. En 1892, convocaron en Sydney un Congreso General Socialista Australiano, al que acudieron delegados de Nueva Gales del Sur, Victoria y Queensland, incluyendo a los grupos social-demócratas alemanes. Este Congreso, aunque pequeño, decidió establecer una Federación Socialista Australiana, y envió un delegado, F. Scensa, a representarlo al Congreso Socialista Internacional de Zurich, en 1893. Pero pronto surgieron desavenencias. Los social-demócratas, encabezados por los alemanes, se separaron y formaron una Federación Social Demócrata; y los anarquistas establecieron su propio grupo, con un periódico llamado *Justice.* La Federación Social Demócrata duró hasta 1896 y, por esa época, la Liga Socialista pareció moribunda. Pero después de ese año, la Liga, dirigida por Charles M. Barlow (m. 1900) revivió; publicó en Newcastle, centro de la industria minera de Nueva Gales del Sur, *The Collectivist y* después *The People,* y entabló una animada disputa con los sindicatos. Newcastle se convirtió en baluarte de la Liga Socialista, que dirigió una violenta campaña contra los líderes sindicales. Los acusó de traicionar a los trabajadores en relación con los propieta-

iios de las minas de carbón, por la política de precaución que habían seguido después de las serias derrotas de la huelga de 1896. En 1898, un grupo de inmigrantes italianos formó en Sydney el Club Socialista Internacional, al que se adhirieron contingentes escandinavos y alemanes. Este organismo entabló una disputa con la Liga Socialista, que incluía en su programa una cláusula que se oponía a la inmigración que pudiera reducir los niveles de vida de los trabajadores australianos. El Club objetó esta cláusula, apelando a la Internacional Socialista en apoyo de sus ideas en favor de mantener las puertas abiertas; y la Liga consintió en que se borrara. Entretanto, la Liga se había extendido a Victoria, donde se formó una rama en 1897; y, por ese tiempo, un organismo socialista, llamado Vanguardia Social-Demócrata, fue fundado en Queensland, donde tanto había hecho William Lane, con anterioridad, para popularizar las ideas socialistas. En 1900, la Liga Socialista trasladó su sede nuevamente a Sydney, donde siguió publicando *The Peo-pie.* En 1902 hubo una división en Victoria, donde se estableció un Partido Social Demócrata independiente.

En 1901, en las primeras elecciones de la Comunidad, después de la unión de las colonias australianas, la Liga Socialista presentó seis candidatos al Senado sin éxito. Participó en una aguda disputa con el nuevo Partido Laborista Federal y con el Consejo Industrial y Laboral de Sydney y se negó a permitir que sus miembros formaran parte de esos Consejos. La ligra sobrevivió para enviar a Claude Thompson como representante en el Congreso Socialista Internacional de Amsterdam, de 1904; pero su influencia decaía. Se produjo entonces un resurgimiento, principalmente bajo la influencia de Tom Mann quien, después de convertirse en editor del *Socialist* de Melbourne, en 1906, logró establecer en 1907 una Federación Socialista de Australasia, que debía incluir a Nueva Zelandia, con H. E. Holland,[4] del Club Socialista Internacional, como su secretario. Este nuevo organismo envió a Victor E. Kroemer para representarlo en el Congreso de Stuttgart de 1907. Al principio fue apoyado por algunos miembros laborista del Parlamento, encabezados por J. P. Jones (1872-r[1]) y Frank Anstey (1865-1940); pero la mayoría de ellos tuvieron que renunciar cuando la Federación Socialista de Australasia, dominada por el ala izquierda, decidió prohibir a sus miembros que se asociaran al Partido Laborista. Después de la salida de Tom Mann de Australia, en 1909, perdió pronto su importancia, aunque algunos de los que habían trabajado cerca de Mann, como H. E. Holland, Robert S. Ross, quien sucedió a Mann como editor de *The Socialist* y Frank Hyett, secretario del Partido Socialista de Victoria y del Sindicato de Ferroviarios, continuaron la tradición socialista.

Charles Eyre, de la Liga Socialista, al informar sobre las condicio-

[4] Véase p. 342.

nes del socialismo australiano al Congreso Socialista de Amsterdam de 1904, explicó su situación atrasada por el carácter principalmente pastoral y agrícola del país y por las distancias que separaban a los principales centros industriales. En su opinión, había habido un gran incremento, en los últimos años, de la intensidad de la explotación capitalista, a la que calificó de "no mucho menor que la que existe en Inglaterra". Se ocupó de la súbita y rápida extensión de las ideas socialistas después de la huelga marítima de 1890 y, refiriéndose sobre todo a Nueva Gales del Sur, atribuyó a los socialistas un gran papel en la creación de las ligas políticas laboristas que lucharon en las elecciones de 1891 con un éxito grande e inesperado.

Relató cómo a este éxito había seguido rápidamente, en Nueva Gales del Sur, una división en el partido laborista por la cuestión proteccionista y cómo habían surgido disensiones acerca de la relación existente entre los miembros electos, por una parte, y el Consejo Industrial y Laboral y la Liga política laborista por otra. Dijo que el socialismo inicial de las ligas locales había sido desvanecido por la infusión de miembros interesados sólo en objetivos inmediatos y que esta presión se había vuelto tan fuerte que los socialistas se vieron forzados a retirarse del Partido Laborista y fundar un Partido Socialista, basado en la idea de la lucha de clases, e incluyendo en su programa la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, de distribución y de intercambio.

En 1907, el informe australiano al Congreso Socialista Internacional de Stuttgart, fue firmado por J. P. Jones como presidente y Tom Mann como secretario de la sección de Victoria del Partido Socialista australiano. Era de tono optimista, y representaba una tendencia muy diferente de la del informe de 1904 de Charles Eyre. Jones y Mann definieron a los partidos laboristas, federal y estatales, como integrados principalmente por socialistas, siendo muchos de los miembros del Parlamento a su vez, miembros de organizaciones socialistas. Estuvieron de acuerdo en que el socialismo no era todavía ampliamente comprendido entre los sindicalistas de filas y los votantes laboristas, pero dijeron que se estaba realizando una enérgica propaganda y parecieron anticipar una rápida conversión de los partidos laboristas en organismos definitivamente socialistas. Este informe fue escrito poco antes del establecimiento de la Federación Socialista de Australasia y, por supuesto, antes de la división que obligó a renunciar a Jones y a los demás miembros laboristas del Parlamento.

La verdad tras estas declaraciones antagónicas era que, a principios de los años noventa los socialistas, aunque escasos, habían podido jugar un papel activo en las ligas políticas laboristas, que habían ayudado a establecer, y habían aprovechado los amargos sentimientos de lucha de clases engendrados por la derrota de los sin-

dicatos en su lucha por obtener los objetivos socialistas consignados en sus programas. Éste era el caso, especialmente, en Nueva Gales del Sur, donde la Liga se había declarado inequívocamente en favor de la nacionalización de los medios de producción, distribución e intercambio. Esas declaraciones, que se repitieron cuando se estableció en 1900 el Partido Laborista de la Commonwealth, no significaban que los diversos partidos laboristas hicieran en la práctica por la nacionalización o la incluyeran en sus plataformas de demandas inmediatas con las que se presentaban a las elecciones. Su socialismo, en tanto que significaba nacionalización, era sólo una aspiración, en un futuro incierto, cuando llegaran al poder. Pero cuanto más se acercaban al poder, más se inclinaban, a pesar de las protestas de los socialistas activos que había en sus filas, a descartar al socialismo de sus programas, por miedo de asustar a los electores que podían inclinarse a votar por las demandas inmediatas del laborismo, pero que eran hostiles al socialismo como credo sugestivo de revolución y confiscación. Sus opositores destacaban continuamente su compromiso con el socialismo, en la esperanza de influir a los votantes dudosos.

En Nueva Gales del Sur, donde los socialistas eran relativamente fuertes, la cuestión llegó al climax casi tan pronto como se formó el Partido Laborista; y, en lo sucesivo, los socialistas estuvieron dentro y fuera del partido —o, mejor dicho, algunos dentro y otros fuera, atacándolo— continuamente. W. A. Holman, líder del Partido Laborista de Nueva Gales del Sur, quien había pertenecido originalmente al ala socialista, pero no había seguido a sus extremistas que salieron del partido, se puso en contra de la cláusula socialista del programa tan pronto como vio que podía interferir con sus perspectivas de obtener una mayoría. En 1905, después de una lucha considerable, persuadió a la Conferencia Laborista de borrarla y poner en su lugar, como objetivo del partido, 'la obtención por los productores de plenos resultados en su trabajo mediante la propiedad colectiva de los monopolios y la extensión de las funciones industriales y económicas del Estado y el municipio". Esto no le impidió, en su célebre debate de 1905 con Sir George Reid, quien se había manifestado como el gran antagonista del socialismo, argumentar vigorosamente en favor de los méritos de la empresa estatal y municipal; tampoco evitó, cuando se convirtió en la principal figura del gobierno de Nueva Gales del Sur, que cooperara con Arthur Griffith (1864-1946) en levantar a numerosas empresas estatales, empezando con la fábrica de ladrillos abierta en 1910. Esta empresa fue seguida, después de ser Premier del Estado en 1911, por otras de minas, cañerías y concreto, molinos de aserrar, y una flota pesquera del Estado. Algunas de estas empresas fueron creadas después de la expulsión de Holman del Partido Laborista, en relación con la crisis sobre la

conscripción, en 1917. Fue y siguió siendo un creyente en las ventajas económicas de la empresa estatal y municipal, por la que abogaba como buen negocio más que como medio de abolir el capitalismo, y no sentía deseo de extenderlas más allá de un campo limitado. Su idea de la nacionalización era, en verdad, más anti-monopolista que socialista; y también iba dirigida contra la corrupción prevaleciente al adquirir el Estado sus suministros de empresas capitalistas o al cerrar contratos para obras públicas con empresarios privados, en vez de realizarlos directamente.

William Arthur Holman (1871-1934), hijo de un actor inglés, llegó a Australia a la edad de 17 años y se estableció en Sydney. Tenía una gran sed de conocimiento y grandes dotes oratorias naturales; fue el principal orador del movimiento laborista australiano. Al principio era de izquierda y fuerte puntal del pequeño grupo socialista de Sydney. Electo para la Asamblea de Nueva Gales del Sur en 1898, se convirtió pronto en su figura central, una vez que Hughes había transferido sus actividades al Parlamento de la Commonwealth. En 1910, fue Fiscal General del primer gobierno laborista de Nueva Gales del Sur, encabezado por James McGowan (1855-1922), quien pronto dejó que se convirtiera en el líder efectivo. Después de su ruptura con el Partido Laborista en 1917, siguió siendo Premier hasta 1920, cuando fue derrotado y se retiró de la política, volviendo a la barra de abogados. Hizo una tárdía reaparición como miembro del Parlamento de la Commonwealth, en sus últimos años, pero no ejerció ninguna influencia. En su tiempo, no obstante, fue una gran figura de la política australiana, con considerable influencia en las conferencias federales y en sú propio Estado.

Un inteligente francés, Albert Métin, escribió un libro sobre el movimiento obrero australiano a principios del siglo, y llamó a su obra *Le Socialisme sans doctrines*. Aceptó que los partidos laboristas existentes eran "socialistas" por su tendencia, pero observó que los socialistas auténticos eran pocos y tenían poca influencia sobre los sindicatos que dominaban a los parrtidos laboristas. Dijo que había observado que la palabra "socialista" se utilizaba comúnmente en Australia en un sentido peyorativo y se hablaba de los socialistas como "extremistas", aun en los círculos laboristas. Observó la limitación de los programas de los partidos laboristas y las estrechas líneas que dividían a muchos miembfos laboristas de los de otros partidos; y atribuía la escasa influencia de las ideas socialistas europeas al hecho de que casi ninguno de los líderes laboristas hablaba otro idioma que el inglés. Atestiguó el gran éxito que habían tenido los partidos laboristas, aun antes de 1900, al obtener la legislación que deseaban de los gobiernos en el poder, y admiró claramente estos logros. En la segunda edición de este libro, publicada en 1911, apenas modificó esos

juicios, aunque por esa época la propaganda socialista había recibido nuevos ímpetus, se había producido un gran aumento de la militancia laboral y los partidos laboristas habían crecido notablemente en fuerza parlamentaria. En 1904, el primer gobierno laborista de la Commonwealth, encabezado por John Christian Watson (1867-1941), se mantuvo en el poder por pocos meses, y diez años después los gobiernos laboristas estaban en el poder en la Commonwealth y en cinco de los seis Estados miembros. En los años de la guerra, el movimiento se dividiría y perdería terreno políticamente, por la disputa acerca del servicio militar obligatorio, en la que tuvo el papel principal W. M. Hughes. Pero, hasta ese momento, había aumentado regularmente su influencia, bajo la dirección del minero del carbón y .maquinista escocés, Andrew Fisher (1862-1928), quien había emigrado a Queensland en 1885 y había tenido influencia allí como político y periodista, antes de ser elegido para el Parlamento de la Commonwealth en 1901. En 1907, Fisher se convirtió en líder del partido y, al año siguiente, en Primer Ministro. Con breves intervalos, siguió en ese puesto hasta 1915, cuando renunció y fue a Londres como representante de la Commonwealth. Fisher era un líder prudente, que creía firmemente en la política de perseguir objetivos limitados, claramente formulados, y evitar teorías y compromisos a largo plazo. Fue principalmente responsable de la introducción de un impuesto progresivo sobre la tierra y del establecimiento del Commonwealth Bank, aunque las condiciones en que se permitió al establecimiento del Banco no guardaban mucho contacto con la demanda tradicional de los laboristas en favor de una estructura bancaria que eliminara a los bancos capitalistas y controlara el crédito, en interés del hombre de la calle y de las organizaciones laboristas. Tampoco logró Fisher llevar a vías de hecho una parte importante de la política del "nuevo proteccionismo", de acuerdo con la cual se proponía no sólo utilizar los derechos sobre las importaciones para proteger los niveles de vida australianos, sino también discriminar, en relación con ellos, a los patronos que no pagaban salarios justos y daban condiciones de trabajo satisfactorias. Esta discriminación la desautorizó, por inconstitucional, la Suprema Corte.

Cuando Fisher fue a Londres, William Morris Hughes (1864-1952), quien había sido Fiscal de la Corona durante su gobierno, tomó su lugar. Hughes había nacido en Londres: emigró a Nueva Gales del Sur en 1884, y fue fundador y secretario de la Unión de Trabajadores de hoteles, clubes y restaurantes de Sydney. En 1894 fue elegido para la Asamblea del Estado de Nueva Gales del Sur, donde desempeñó un papel prominente. En 1900 transfirió sus servicios a los Trabajadores del litoral de Sydney, siendo secretario de su Federación en 1902. Fue electo para el Parlamento de la Commonwealth en 1901 y Ministro de Relaciones Exteriores en el gabinete laborista,

de corta vida, de Watson, en 1904, antes de participar en el gobierno de Fisher. Hughes era un político excitable y demagogo. Su apoyo al servicio militar obligatorio en 1916 provocó su expulsión del Partido Laborista y lo llevó a aparecer como líder de una coalición nacional anti-laborista. Mantuvo su cargo hasta 1923, desempeñando un importante papel junto con Lloyd George, en las últimas etapas de la guerra y en la Conferencia de Paz. Después perdió su influencia, aunque volvió al gabinete, con Lyons, en 1934, y permaneció en él hasta la vuelta del Partido Laborista al poder en 1941.

Desde la formación de la Commonwealth, los partidos laboristas de los distintos Estados sostuvieron Conferencias bastante regulares para el desarrollo de una política común; y, en 1905, la Conferencia definió los objetivos del Partido en la siguiente forma:

> *a)* El cultivo de un sentimiento australiano, basado en la conservación de la pureza racial y el desarrollo en Australia de una comunidad ilustrada y con confianza en sí misma.
>
> *b)* El logro de resultados plenos en su trabajo para todos los productores, mediante la propiedad colectiva de los monopolios y la extensión de las funciones industriales y económicas al Estado y los municipios.

A estos objetivos añadió la Conferencia una "plataforma de lucha" de nueve puntos. Eran éstos: *1)* La conservación de una Australia blanca; *2)* la nacionalización de los monopolios; 3) pensiones de vejez; *4)* referendum sobre aranceles; 5) impuesto progresivo sobre la tierra; *6)* restricción de los préstamos públicos; *7)* leyes de navegación; 8) fuerza de defensa integrada por ciudadanos; *9)* enmienda a la Ley de Arbitraje. El cuarto de estos puntos fue el resultado de una disputa entre los que querían que el partido se pronunciara en favor del proteccionismo y los que estaban en contra del mismo. Acordaron transigir mediante la proposición de que se resolviera la cuestión mediante un referendum entre todo el pueblo.

En la misma Conferencia de 1905 se decidió que si el Partido Laborista volvía a ser elegido para tomar el poder, "el Ministerio de Trabajo sería recomendado por el Partido en Caucus". También se estableció que tanto el Primer Ministro como los miembros de su gabinete se apoyarían en el Partido como un todo. La Conferencia, no obstante, no estableció un comité ejecutivo que la representara en el periodo entre las reuniones. La constitución de ese organismo se propuso repetidas veces, pero no se estableció hasta 1915, con el nombre de Ejecutivo Político Australiano. Dos años más tarde los sindicatos, después de varios intentos que abortaron, establecieron por fin un organismo coordinador semejante. Había habido gTandes reservas, por

parte de las organizaciones estatales, políticas y laborales, respecto a la creación de un instrumento ejecutivo común. Los sindicatos habían estado acostumbrados, por mucho tiempo, a reunirse en Congresos generales que representaban a todos los Estados; y, como vimos, los partidos laboristas habían seguido el ejemplo. Pero, aunque la necesidad de esas reuniones era reconocida, hubo mucha oposición al establecimiento de un organismo común dotado de poderes ejecutivos.

Surgieron también muchos problemas respecto a la posición de los miembros del Parlamento en relación con los partidos laboristas responsables de sus candidaturas. Como hemos visto, este problema había surgido primero en Nueva Gales del Sur, en los años noventa. Allí, el intento del partido, fuera del Parlamento, por controlar a sus miembros del Parlamento había producido la separación de más de la mitad de los elegidos bajo auspicios laboristas, y su absorción en los partidos más antiguos. Frente a estas defecciones, los partidos laboristas adoptaron diversas formas de "compromisos", que hacían contraer a sus candidatos, obligándolos a votar de acuerdo con las decisiones políticas del partido y a aceptar el veredicto de la mayoría del grupo parlamentario acerca de cómo debía votarse en cualquier momento en que surgiera una división. Para este fin, los grupos parlamentarios recibieron instrucciones de celebrar reuniones para decidir por anticipado el camino a tomar. El compromiso varió mucho de una organización a otra, permitiendo a veces cierta amplitud en cuestiones que no formaban parte de la política declarada del partido, y exigiendo con frecuencia la adhesión incondicional a las decisiones mayoritarias.

El desarrollo de los partidos laboristas de la Commonwealth y de los Estados después de 1900 tuvo lugar con una secuela de creciente inquietud laboral, al producirse resultados cada vez menos favorables en los Tribunales de Arbitraje y en las Juntas de Salarios. Se acordó ampliamente que, en el mejor de los casos, el sistema de arbitraje obligatorio y la regulación de los salarios por el Estado no hacía más que mantener los niveles de vida de la clase trabajadora frente a los precios cada vez más elevados y que, con ese sistema, el poder de los sindicatos para imponer condiciones de trabajo satisfactorias era mucho menor que en los buenos tiempos anteriores a 1890. Excepto en el caso de los grupos peor pagados, que se beneficiaban de la aplicación de las ideas de "salario para vivir", esto era probablemente válido; porque, hasta 1890, los sindicatos habían sostenido una posición altamente favorable, no sólo en el sentido de mejorar los salarios, sino de imponer sus propias reglas en cuestiones tales como la reglamentación del aprendizaje, la jornada de ocho horas y el sistema de contratación exclusiva para los obreros sindicados y el contrato directo con el sindicato. Estas ventajas habían correspondido, sin duda, princi-

pálmente a los artesanos calificados y a grupos tan bien organizados como los de mineros y esquiladores; y los trabajadores mucho menos calificados, así como las mujeres, habían obtenido beneficios mucho menores. Pero los trabajadores calificados y, sobre todo, los mineros y trasquiladores tenían aguda conciencia de lo que habían perdido en los años de derrota y depresión posteriores a 1890 y no veían oportunidad de que los Tribunales de Arbitraje o las Juntas de Salarios les devolvieran su poder con el fin de forzar a los patronos a obedecer sus regulaciones unilateralmente impuestas.

En estas circunstancias, se formó un gran cuerpo de opinión contra el sistema de arbitraje, aunque siguió siendo defendido por muchos de los antiguos líderes sindicales que habían sufrido las derrotas de los años noventa, y por los partidos laboristas en los distintos parlamentos. Los moderados, como sus opositores en Gran Bretaña, señalaban los beneficios que se habían logrado en el sentido de mejores impuestos, mayores servicios sociales, y del hecho de que ya no podían ser aplastados por las grandes agrupaciones capitalistas; y, en Australia, argüyeron también que era necesario, en bien de los consumidores, poner límites a los aumentos de salarios que afectarían desfavorablemente el costo de la vida. Los partidos laboristas necesitaban obtener votos de otras personas, aparte de los miembros de los sindicatos: debían de tomar en cuenta a los votantes del campo y al "hombre de la calle" en las ciudades, si querían obtener una mayoría; y tenían miedo, en definitiva, de que una vuelta a la militancia sindical pudiera provocar una reacción tan peligrosa como la de 1890. En consecuencia, los líderes políticos veían en el arbitraje obligatorio un medio de conservar la paz en el terreno laboral.

Contra esta política de transacción, que convenía a las clases patronales cada vez más después del fracaso del "nuevo proteccionismo" de Andrew Fisher, el sindicalismo industrial militante empezó a levantar cabeza, esta vez no como doctrina nacional, sino en considerable medida bajo la influencia de las ideas importadas de Estados Unidos. Desde el establecimiento de la I. W. W. en los Estados Unidos en 1905, la propaganda industrial-sindicalista empezó a abrirse paso en Australia, especialmente entre los mineros y trabajadores del litoral.

Cuando se dividió la I. W. W., casi todos sus miembros australianos se pusieron de parte de los deleonistas, es decir, se negaron a repudiar de plano la acción política y exigieron la creación de un Partido Socialista revolucionario y la reconstitución del movimiento sindical sobre una base de unión por industrias y doctrina de lucha de clases. El movimiento tenía gran fuerza en Nueva Gales del Sur y sus líderes hicieron repetidos esfuerzos porque se adoptara el Preámbulo de la I. W. W. como base del movimiento sindical del Estado. Estos intentos fueron derrotados, pero los sindicalistas indus-

tríales lograron la fusión de algunos sindicatos de oficios en sindicatos de tipo industrial. También hicieron lo posible por minar las Leyes de Arbitraje, alentando huelgas ilegales. La I. W. W. llegó a su punto culminante de influencia en Australia sólo después de 1914, dentro de las circunstancias de la guerra; pero, a partir de 1908, fue muy activa al combatir la política del Partido Laborista de paz laboral, mediante el arbitraje y la regulación estatal de los salarios.

Las grandes disputas de Broken Hill, en 1908-9, fueron atribuidas, en gran medida, a la influencia de las ideas sindicalistas industriales. Los problemas comenzaron cuando dos compañías mineras que habían demandado reducción de los salarios respondieron a la oposición de los mineros con un despido en masa (paros). Los sindicatos consideraron que éste era ilegal, de acuerdo con la Ley de Arbitraje, pero el Tribunal de Arbitraje de la Commonwealth decidió que la ley que prohibía huelgas y paros no podía impedir que los patronos clausuraran sus minas, como lo habían hecho esas compañías. La cuestión de los salarios se remitió entonces al arbitraje y el Tribunal dio a los mineros casi todo lo que querían; pero las compañías se negaron a reocupar a muchos de los miembros activos del ala izquierda y los mineros se negaron a reanudar el trabajo sin éstos. En la nueva huelga que se produjo entonces hubo motines y la policía arrestó a muchos líderes mineros, incluyendo a Tom Mann, quien había sido organizador del Sindicato de Mineros durante la disputa. En los juicios que siguieron Mann fue absuelto, pero muchos otros fueron enviados a prisión. El líder de los mineros, Peter Bowling, fue sentenciado a dieciocho meses de prisión por incitación a la huelga y se impusieron sentencias todavía más fuertes a algunos piquetes acusados de amotinarse y de tratar de intimidar a los trabajadores no sindicados. En protesta contra las sentencias, el sindicato de mineros acudió al Consejo Industrial y Laboral de Nueva Gales del Sur para que se convocara a una huelga general, pero el Congreso Laborista, aunque protestó contra la conducta de las autoridades, no estaba dispuesto a actuar drásticamente, y nada se hizo.

El otro gran disturbio laboral que condujo a una aguda disputa entre la derecha y la izquierda fue la huelga de Brisbane de 1912. Los problemas surgieron en Brisbane al rechazar la Compañía de Tranvías una petición de los empleados para que se les permitiera usar sus emblemas del sindicato en horas de trabajo, lo que tenía por objeto lograr la implantación del sistema de no contratación a los no sindicados, presionando a éstos. Los tranviarios fueron a la huelga y elevaron su caso a la Federación del Trabajo de Queensland, que convocó a una huelga general en su apoyo. La huelga se redujo primero a Brisbane, pero se extendió después a todo el Estado. Se hizo un intento de extenderla más, a Nueva Gales del Sur; pero los sindi-

catos de Nueva Gales del Sur no querían ir más allá del apoyo financiero. El gobierno de Queensland apeló al gobierno de la Commonwealth, encabezado entonces por Andrew Fisher, para que acudieran tropas a sofocar los motines de Brisbane, pero Fisher se negó a intervenir. Esto no evitó, sin embargo, que el gobierno de Queensland tomara medidas drásticas contra los huelguistas, y de nuevo los tribunales actuaron severamente contra los líderes arrestados. La Federación del Trabajo de Queensland, después de algunos días, declaró terminada la huelga en los distritos del campo y, en Brisbane, los tranvías y otros servicios públicos fueron reanudados por esquiroles y se rompió la huelga. Esta derrota fue seguida de numerosas recriminaciones mutuas y contribuyó a ahondar las diferencias entre la derecha y la izquierda del movimiento sindical.

En los años inmediatamente anteriores a 1914, y en lo sucesivo hasta su extinción después de la batalla en torno al servicio militar, los líderes de la I. W. W. de Australia sostuvieron una furiosa batalla contra el Partido Laborista y los sindicatos que apoyaban al arbitraje. Su vocero principal fue Tom Barker, quien editaba un periódico, *Direct Action*. Fue finalmente deportado a Chile en 1918, y de allí fue a la Unión Soviética donde, con su antiguo aliado de la I. W. W., John Benjamín King, se radicó y obtuvo un cargo oficial. Con ellos, en los años de la guerra, estuvo Peter Larkin, hermano de James Larkin de Dublin. Todos recibieron duras sentencias, de acuerdo con la legislación de tiempos de guerra. Hasta 1914, la I. W. W. fue siempre pequeña como organización: actuaba principalmente a través de su influencia en algunos sindicatos y como extremo oponente de una política izquierdista que atraía una creciente simpatía de los socialistas y sindicalistas industriales que no compartían plenamente sus ideas. Ni siquiera contando con estos aliados llegó a poseer una mayoría dominante entre los sindicalistas, con excepción de los mineros y de los trabajadores del litoral. Los ferroviarios y la mayoría de los sindicatos de oficios permanecieron alejados y siguieron apoyando a los políticos laboristas tan claramente denunciados por la I. W. W.

Entretanto, en el célebre Laudo Harvester de 1907, el Juez Higgins, segundo Presidente del Tribunal de Arbitraje de la Commonwealth, había proclamado el principio del "salario para vivir". Después, el Tribunal, bajo su orientación, se dispuso a elaborar, mediante la resolución de las demandas individuales que se le presentaban, un sistema de jurisprudencia para fijar las relatividades de los salarios en las diversas ocupaciones que entraban dentro de su jurisdicción. Sí las ambiciones de los trabajadores se hubieran limitado al mantenimiento de los niveles de vida existentes para los trabajadores calificados, al logro de un mejoramiento moderado de los salarios y de las condiciones de los grupos peor pagados, no hubieran tenido mucho de qué quejarse

respecto a las actuaciones del Juez Higgins, que él definía orgullosamente, en su libro dedicado a ello, como *A New Province for Law and Order.* La jurisdicción del Tribunal de Arbitraje de la Commonwealth no se aplicaba más que a las disputas que se extendían a más de un Estado y había muchas quejas referentes a los laudos de los Tribunales de los distintos Estados. Además, la simple estabilización de los salarios reales no era, en absoluto, lo que quería el ala izquierda. Sabía que los salarios reales de los trabajadores calificados apenas habían vuelto a los niveles de 1890, y que los sindicatos tenían mucho menos fuerza para imponer su voluntad que antes de sus humillantes derrotas de los años noventa. Odiaban la tregua que, en nombre de ellos, el Partido Laborista había declarado, en efecto, con los grandes capitalistas, y resentían la más fuerte disciplina a la que se habían visto sometidos desde que los patronos se habían organizado contra ellos. Eran revolucionarios, no reformistas y, si no existía una doctrina socialista claramente definida en la cual apoyar su revolucionarísmo, su ausencia no lo hacía mucho menos intenso.

¿Por qué, podemos preguntarnos ahora, a pesar del desarrollo de un movimiento obrero tan poderoso, que mostró con frecuencia señales de una considerable militancia y luchó en numerosos conflictos laborales agudos, no pudo Australia producir un movimiento socialista de fuerza sostenida? La respuesta, creo, se encuentra en el hecho de que la sociedad australiana se había acercado a la democracia por otro camino. Se habían dado grandes batallas por el acceso a la tierra en los movimientos por una colonización más "nutrida", que dominaron a la política australiana en casi todo el periodo de autonomía colonial. Las sucesivas leyes sobre la tierra, mediante las cuales se puso ésta a la disposición de pequeñas fincas, a expensas de los grandes dominios acumulados en manos de los grandes ganaderos ocuparon la mayor parte de la atención parlamentaria; y la batalla en favor del "hombre de la calle" tenía que darse, en las primeras etapas, gracias a los liberales y radicales más que a los partidos laboristas o socialistas. Los trabajadores urbanos, mientras tanto, estuvieron por algún tiempo en situación de obtener casi todo lo que demandaban mediante la acción laboral, sin necesidad imperiosa de invocar la ayuda de la acción política o, en todo caso, de formar su propio partido político. Ellos —o, al menos, los más calificados— pudieron construir el nivel de vida probablemente más alto alcanzado por clase obrera alguna en el siglo xix, y poner en vigor un sistema de reglamentos sindicales que, en la economía en rápido desarrollo, los patronos se vieron obligados a aceptar. Cuando vino la crisis, en 1890, y los patronos la aprovecharon para quebrar el poder de los sindicatos, los trabajadores recurrieron rápidamente a la acción política, pero más como medio de restaurar la posición que habían perdido que para cambiar la

base de la sociedad. Tenían que pelear contra hombres ricos pero, en verdad, no había una clase aristocrática con pretensiones de controlar al Estado por derecho hereditario, un monarca que se opusiera a las ideas democráticas o una casta militar o un gran acervo de armas para someterlos. No podían ver al Estado, aun cuando tomaba duras medidas contra los trabajadores, como lo había concebido Marx o siquiera como lo consideraba el Partido Social Demócrata Alemán. Cuando entraron en la política se encontraron con que los antiguos partidos, en casi todos los Estados, y especialmente en Nueva Gales del Sur y Australia Meridional, estaban dispuestos a ir a su encuentro y disputarse su apoyo. Casi en seguida se vieron en posición de equilibrar el poder político y en la capacidad, si no aun de formar gobiernos, sí de hacerlos y deshacerlos a su gusto. Pudieron, aun antes de formar gobierno, obtener grandes concesiones en el terreno de la legislación laboral y social y, en el Juicio Harvester de 1907, obtuvieron el reconocimiento del principio del "salario para vivir" como base para la determinación de los laudos de arbitraje de la Commonwealth. Prácticamente se ganó todo lo que se incluía en las anteriores plataformas del Partido Laborista y, aunque los sindicatos militantes seguían sufriendo derrotas y los beneficios del arbitraje fueron disminuyendo cada vez más después de los primeros éxitos, muchos trabajadores australianos encontraban, en general, muchas razones de satisfacción en las políticas constitucionales moderadas que denunciaban los extremistas. La situación cambió cuando, en la Commonwealth y en los Estados, el Partido Laborista llegó a obtener una mayoría que le permitía formar sus propios gobiernos, en vez de buscar concesiones apoyando a este o aquel de los viejos partidos. El efecto de este reto fue empujar a los demás partidos a coaligarse contra ellos, en la esperanza de echarlo hacia atrás; y esta política tuvo gran éxito en un principio. No consiguió por mucho tiempo, sin embargo, evitar que el Partido Laborista obtuviera mayorías absolutas en casi todos los Estados, y en la Commonwealth. Pero estas mayorías se obtuvieron a costa de diluir considerablemente sus programas para atraer electores marginales. Los partidos laboristas dejaron de hablar de socialismo y se limitaron en su mayoría a las demandas inmediatamente alcanzables. En la Commonwealth, el Partido Laborista Federal, encontró dificultades especiales, porque la Constitución Federal le daba, a aquélla, facultades muy limitadas en los asuntos económicos, que quedaban casi todos en manos de los distintos Estados.

Andrew Fisher, en 1910, se vio incapacitado para poner en vigor una gran parte de la nueva "plataforma" laborista, sin pasar por encima de la Constitución y dotar a la Commonwealth de más amplias facultades. Presentó al pueblo una serie de proposiciones que se votaron por referendum, en 1911. Fisher quería plenos poderes para regular

el comercio (y n° sólo el exterior o el inter-estatal), para controlar a las empresas lucrativas, para regular los salarios y las condiciones de trabajo, dentro de los Estados y en las empresas inter-estatales, y para controlar a los monopolios y *trusts* de toda especie, incluyendo el poder de intervenirlos y administrarlos como empresas públicas. Estas proposiciones fueron decisivamente rechazadas, mostrando todos los Estados, con excepción de Australia Occidental, una mayoría hostil. Esta decisión fue considerada por Fisher como clara indicación de que el Partido Laborista no tenía la representación del pueblo para una política socialista constructiva, distinta de la política de protección laboral dentro del orden económico existente. Tenía toda la razón. A pesar de la presencia de un ala izquierda vital y enérgica, especialmente en las minas y los puertos, la gran mayoría de los australianos —y de los trabajadores australianos— no querían otorgar al gobierno poderes para introducir un nuevo sistema social: sólo querían poder invocarlo como instrumento que los ayudara a obtener cambios inmediatos y limitados que consideraban compatibles con la continuidad de sus tradiciones altamente individualistas.

CAPÍTULO XXIV

NUEVA ZELANDIA

La historia del laborismo y del socialismo en Nueva Zelandia es una madeja de paradojas. El país se caracterizó como la cuna de una especie de socialismo empírico antes de poseer siquiera un Partido socialista. Practicaba un sistema de arbitraje obligatorio en las disputas laborales, introducido por un ministro socialista, miembro de un gabinete liberal; pero fue también escenario de algunos de los más agudos conflictos laborales entre el capital y el trabajo. Fue, por un tiempo, el baluarte del sindicalismo industrial militante; pero, en su mayoría, los hombres que dirigieron a la extrema izquierda durante esta fase llegaron a ser líderes del Partido Laborista de Nueva Zelandia, que se hizo famoso por la adopción de un sistema de legislación de seguridad social muy alejado de sus primeras aspiraciones —o, cuando menos, realizado por métodos muy diferentes.

Los movimientos obreros de Australia y Nueva Zelandia estaban muy relacionados entre sí, especialmente en sus primeras etapas. Muchos de los hombres que dejaron huella en el movimiento neozelandés eran australianos o habían trabajado en Australia; y hubo mucho ir y venir de propagandistas, así como de trabajadores. Los visitantes extranjeros que llegaban a Australia solían visitar también Nueva Zelandia. Tom Mann estuvo allí de 1902 a 1903, y nuevamente en 1908; y antes Ben Tillett hizo dos jiras de propaganda que ejercieron una sustancial influencia. Los periodistas Robert S. Ross y H. E. Holland llegaron de Australia para editar *The Maoriland Worker;* y Holland, quien era neozelandés de nacimiento, llegó a ser líder del Partido Laborista de Nueva Zelandia. Los que venían a establecerse en las colonias, procedentes de Inglaterra y Escocia, también desempeñaron un papel considerable; pero apenas hubo influencia de la Europa continental. Hubo muchas influencias, sin embargo, de los Estados Unidos, traídas principalmente por australianos o neozelandeses que habían trabajado allí, e inspirados sobre todo por la I. W. W. y su antecedente, la Federación Occidental de Mineros, la influencia moderada de los Estados Unidos estuvo representada por W. T. Mills, quien pasó algunos años en Nueva Zelandia antes de 1914, como propagandista.

Al considerar los antecedentes del movimiento laborista es necesario tener en cuenta el gran cambio que se produjo en la economía neozelandesa en los años ochenta y noventa y que se llevó muy adelante después. Hasta los ochenta, Nueva Zelandia fue principal-

mente un país dedicado a la cría de ganado lanar, que ofrecía muy escasas oportunidades al pequeño agricultor. Tenía una población creciente de mineros y atravesaba por cierto desarrollo industrial, para la exportación y el mercado interior. Pero estaba dominada por las actividades de cría y explotación del ganado lanar y, económicamente, por los ricos propietarios de establos, la mayoría de los cuales había adquirido sus vastos dominios en condiciones ridiculamente favorables, y no estaban dispuestos en absoluto a compartir su posición privilegiada con otros, o a alentar oportunidades de establecerse en el campo que elevaran el costo de la mano de obra o independizaran a las clases trabajadoras. Australia fue, desde un principio, muy democrática en un sentido social. Nueva Zelandia, decididamente, no lo fue. Se desarrolló, intencionalmente, como un paraíso para los ingleses y debía reproducir, sin alteraciones fundamentales, la estructura de clases de la "metrópoli".

Por esto —es decir, por el monopolio de la tierra y la relativa escasez de empleos en los grandes dominios ganaderos—, las clases trabajadoras de Nueva Zelandia no pudieron lograr a mediados del siglo XIX nada parecido a los beneficios que consiguieron los trabajadores australianos. La busca de oro en Nueva Zelandia vino después, no en una escala comparable, y fue explotada en gran medida por métodos capitalistas. El número de inmigrantes tendió a exceder las oportunidades de ocupación y el desempleo alcanzó grandes cifras en los años malos y provocó gran malestar, al que poco se hizo por aliviar. Las actitudes sociales de las clases dominantes eran muy hostiles a las demandas obreras; y, aunque los trabajadores calificados empezaron a organizar sociedades de beneficiencia en los años sesenta y sindicatos a principios de la década de los setenta, la organización fue débil hasta los ochenta, aun entre los más calificados, y casi inexistente entre los trabajadores rurales y los grandes núcleos del proletariado de empleo ocasional en las ciudades. En los ochenta, los consejos industriales y laborales crecieron en las ciudades, uniendo a los sindicatos locales de oficios; pero las distancias eran grandes y las comunicaciones muy difíciles, y, en consecuencia, no había gran tendencia a unir o federar los sindicatos de la misma industria en todo el país. Los contratos colectivos y las huelgas permanecieron en un plano local; y los consejos industriales y laborales, conscientes de que se movían en un medio principalmente agrícola, actuaban más como grupos locales de presión que como representantes de un movimiento unido con una política clara. Sus principales demandas eran de tierras, impuesto sobre la renta, protección a la industria, educación técnica y jornada de ocho horas.

Entonces, en los años ochenta, la economía de Nueva Zelandia empezó a transformarse, principalmente como resultado de la refrige-

ración, que hacía posible la exportación de carnes y productos derivados de la leche al mundo entero. El carnero reemplazó a la lana como principal exportación; y siguieron la mantequilla y el queso en una escala siempre creciente. Siguieron existiendo los grandes dominios, pero muchos se dividieron, por la ley o por la actuación de fuerzas económicas. Se abrió el camino al pequeño agricultor y la prosperidad del país avanzó rápidamente. Como veremos, los adelantos no se extendieron a la masa del pueblo sin grandes luchas; pero Nueva Zelandia dejó de ser un país dividido en caballeros y trabajadores, con una pequeña clase intermedia, y se convirtió en un país de agricultores, grandes y pequeños, con una clase obrera considerable, especialmente en las minas y puertos, y una aguda división en su movimiento obrero entre una generación acostumbrada a la alianza con los liberales contra los aristócratas y una nueva generación ansiosa de probar las estrategias más militantes del socialismo y el sindicalismo industrial.

En los últimos años de la década de los ochenta, la organización de los Knights of Labor norteamericanos se extendió a Nueva Zelandia, así como a Australia. J. J. Scanlon, de Waihi, quien fue miembro del Parlamento en los años noventa, y presidente después de la Federación Minera, en los primeros años del siglo xx, perteneció a esa organización. Los Knights de Nueva Zelandia tenían un amplio programa. Su meta era una gran federación de los trabajadores del mundo, abierta a todos sin tener en cuenta la ocupación, para "asegurar a todos los trabajadores el pleno goce de la riqueza que crean". Demandaban la nacionalización de la tierra y de los servicios públicos, una banca pública, la organización cooperativa de la producción, pensiones de vejez, salario igual por trabajo igual, el voto para la mujer y menos horas de trabajo. Difundieron en el extranjero los escritos de Henry George y, después, de Edward Bellamy; y, en Nueva Zelandia, atrajeron a muchos radicales opuestos a la oligarquía dominante, incluyendo al líder liberal, John Ballance. En los años noventa, desaparecieron gradualmente, pero influyeron mucho en los inicios del movimiento obrero neozelandés.

Por esta época, John Ballance (1839-93) es una figura muy representativa. Nacido en Irlanda, hijo de un pequeño agricultor, llegó a Nueva Zelandia muy joven, abrió una tienda, dirigió un periódico y, en 1875, entró en política como campeón del "hombre de la calle". En 1878 puso en vigor una ley que creaba un impuesto sobre las propiedades territoriales; pero el gobierno que la promulgó tuvo corta vida, y los conservadores la abrogaron al año siguiente. De vuelta al poder, puso en vigor, entre 1884 y 1887, algunas medidas para la distribución de la tierra en pequeñas fincas; y, como Primer Ministro, entre 1891 y 1893, fue mucho más allá, iniciando amplios proyectos de distribución de la tierra, impuestos sobre la tierra progresivos, exceptuando a los pequeños propietarios y discriminando a los absentistas.

con excención por mejoras y enajenación de las tierras de la corona en arrendamiento perpetuo. Las reformas realizadas bajo su influencia —algunas puestas en vigor después de su muerte— incluyeron también el voto para la mujer, la abolición de la votación plural, el impuesto progresivo sobre la renta y mejor trato para los maoríes. Su ministro del trabajo, William Pember Reeves, sacó adelante, bajo su gobierno y en el de su sucesor, Seddon, una serie de leyes laborales para la protección de las condiciones de trabajo, y una Ley de Arbitraje obligatoria que, destinada a beneficiar a los trabajadores, se convirtió en la principal manzana de la discordia entre la derecha y la izquierda del movimiento obrero neozelandés.

John Ballance fue, sin duda, un hombre notable. Fue el arquitecto de la alianza liberal-laborista que dominó la política de Nueva Zelandia en los años noventa y en los primeros años del nuevo siglo. Los primeros miembros laboristas del Parlamento volvieron a serlo como sus seguidores, y poseía el firme apoyo de casi todos los líderes sindicales y de los consejos industriales y laborales. Fue quizá una suerte para él haber llegado al poder en el momento en que los sindicatos neozelandeses, lo mismo que los australianos, acababan de sufrir una seria derrota. Las relaciones entre Nueva Zelandia y las colonias australianas eran más estrechas por entonces, en algunos aspectos, que después de la constitución de la Commonwealth; y la gran huelga marítima de 1890, que empezó en Australia, se extendió a Nueva Zelandia, donde se convirtió en una lucha semejante entre los sindicatos que trataban de regular las condiciones de trabajo y los patronos que afirmaban la "libertad" de hacer contratos individuales con quienes les acomodara.

En 1889, bajo la dirección de J. A. Miller (1869-1940), secretario de los marineros, quien llegó a ser después Ministro liberal, algunos sindicatos habían formado en Dunedin un Consejo Marítimo, que incluía a ferroviarios, mineros y otros grupos, además de los marineros y trabajadores portuarios. Este Consejo quería convertirse en una combinación militante de todas las clases de trabajadores, en toda Nueva Zelandia. Se dispuso a imponer su voluntad, haciendo que sus grupos afiliados presionaran a cualquier patrono con el cual cualquiera de ellos tuviera una disputa. Para llevar a cabo esta política, lanzó en 1890 un boicot contra una empresa de editores —Whitcombe y Tombs— que empleaban cajistas con salarios inferiores a los generales. El Consejo convocó a los ferroviarios para que se negaran a manejar "artículos contaminados" consignados a esa empresa o procedentes de ella y se acercaron a los Comisionados de los Ferrocarriles para lograr su consentimiento. Los Comisionados lo negaron y suspendieron a muchos trabajadores que actuaron siguiendo las órdenes del Consejo. El Consejo convocó entonces a los ferroviarios a la huelga; pero, temiendo la

acción del gobierno, se negaron y el Consejo, que había estado amenazando con una huelga general, tuvo que desistir y aceptar la derrota.

Esto, sin embargo, no dio fin al problema. La gran lucha marítima en Australia ya había empezado; y la principal compañía naviera de Nueva Zelandia —la Union Steamship Company— pertenecía a la Asociación Australiana de Navieros, que estaba decidida a aplastar a los sindicatos de portuarios y marineros. El Consejo Marítimo de Nueva Zelandia estaba similarmente relacionado con los sindicatos marítimos de Australia; los patronos neozelandeses hicieron causa común con sus colegas de Australia, abrieron oficinas de reclutamiento para trabajo de emergencia en los distritos del campo y, con el apoyo de los agricultores, introdujeron grandes escuadrones de esquiroles paia trabajar en los puertos. Los liberales trataron de detener este reclutamiento, pero con poco éxito. Los comisionados de los ferrocarriles ordenaron a los ferroviarios que hicieran trabajo que correspondía ordinariamente a trabajadores que estaban en huelga; los que recibieron tales órdenes fueron a la huelga y se les despidió. El gobierno intervino entonces y trató de que los patronos y los comisionados de los ferrocarriles se reunieran con los sindicatos. Los comisionados se negaron a asistir y lo mismo hicieron casi todos los representantes de los patronos, a no ser que los sindicatos estuvieran de acuerdo, por anticipado, con su derecho a emplear mano de obra no sindicada. El intento de negociaciones fracasó y la huelga fue vencida, mediante el reclutamiento de esquiroles y la negativa persistente de los ferroviarios a hacer otra cosa que no fuera negarse a reemplazar a los trabajadores en huelga. El efecto fue aplastar el poder del movimiento sindical, como había sido aplastado simultáneamente en Australia, y desviar la atención de los líderes obreros al intento de recobrar mediante la acción política lo que habían perdido en el conflicto laboral.

La situación política de Nueva Zelandia era, no obstante, diferente de la de Australia porque los liberales, encabezados por John Ballance y Richard Seddon, se habían puesto de parte de los trabajadores hasta el punto de tratar de detener el reclutamiento de esquiroles. En consecuencia, los laboristas que se presentaron en las elecciones de 1890 aparecieron como seguidores de Ballance y no como un partido independiente, como sucedió en general en Australia. Esta combinación de liberales y laboristas obtuvo una notable victoria electoral, con seis representantes laboristas en las filas de la mayoría. John Ballance expulsó a los conservadores y, en 1891, formó un gobierno en el que ofreció un cargo a William Pember Reeves, como Ministro de Educación y de Justicia. Al año siguiente, Reeves fue transferido al nuevo Ministerio del Trabajo y, en 1894, movió en el Parlamento la Ley de Arbitraje Obligatorio que, en un principio, rescató a los sindicatos del fracaso que habían sufrido en 1890 y, en efecto, después de hacer sur-

gir una nueva especie de sindicalismo, condujo a la nueva rebeldía del ala izquierda que empezó en 1906.

William Pember Reeves (1857-1932) era neozelandés por nacimiento. Con formación de abogado, se dedicó al periodismo y después entró en la política. Fue miembro del Parlamento en 1887 y, en 1890, publicó su primer libro, *Some Histórica! Anieles on Communism and Socialism,* donde analizaba los escritos de los iniciadores del socialismo. Su carrera política en Nueva Zelandia fue breve. En 1896 aceptó el cargo de Agente-General de la colonia en Londres y conservó este puesto hasta 1908. En este periodo se convirtió en el intérprete de Nueva Zelandia para el público británico, publicando su análisis general del país, *The Long White Cloud,* en 1898, al que siguió un estudio del desarrollo de las políticas de regulación estatal én Oceanía, bajo el título de *State Experiments in Australia and* New *Zealand,* publicado en 1902. También se relacionó con la Sociedad Fabiana donde también participaba su esposa. Ambos escribieron folletos fabianos. En 1908 fue llamado por los Webb para asumir la dirección de la London School of Economics, donde permaneció hasta 1919. Entretanto, en 1917, había sido presidente del National Bank de Nueva Zelandia en Londres; y conservó este cargo por el resto de su vida, dedicándole todo su tiempo después de 1919. Reeves creía firmemente en una especie de "socialismo de Estado", que llevaba implícita la reglamentación por el Estado de las condiciones de trabajo, el abandono de la huelga como arma y la nacionalización de las empresas claves donde pareciera necesario para asegurar su conducta de acuerdo con el interés público.

Reeves empezó su labor en Nueva Zelandia con Ballance. Cuando Ballance murió en 1893, Richard John Seddon (1845-1906) lo sucedió como Primer Ministro y siguió ostentando ese cargo hasta su muerte. Seddon nació en Lancashire; había emigrado pronto a Victoria y se trasladó a Nueva Zelandia durante la fiebre de oro de 1866. Estableciéndose como tendero, fue muy activo en la política local y reunió muchos simpatizantes entre los trabajadores de las minas de oro y los agricultores. Desde 1881 fue miembro del Parlamento por el distrito minero del oro de Westland. En la Cámara fue el principal lugarteniente de Ballance, apoyando el mismo programa general, pero destacando especialmente el suministro de ocupación mediante obras públicas que debían realizarse bajo contratos colectivos con cooperativas de trabajo siguiendo el estilo que se había practicado en Francia y en Italia. También fue un fuerte partidario de las pensiones de vejez, de mejores servicios hospitalarios y sanitarios, y del desarrollo del gobierno local y creía firmemente en que se distribuyera la tierra a mayor número de personas, mediante la compra por el Estado de grandes propiedades para dividirlas y distribuirlas entre pequeños agri-

cultores. Después de la muerte de Ballance, siguió la política iniciada en 1891 y apoyó plenamente la legislación laboral de Reeves. En algunos aspectos, era mucho menos radical que Ballance —por ejemplo, en relación con la ley que otorgaba el voto a la mujer abrigó considerables reservas— pero creía que debía dar a sus partidarios lo que consideraba que éstos deseaban, a no ser que estuviera seguro de que les perjudicaría. Tenía gran habilidad para descubrir los sentimientos del electorado y, mientras vivió, como jefe del Partido Liberal, su influencia permaneció casi inconmovible. Tenía grandes simpatías entre los líderes de los sindicatos más antiguos, quienes recordaban la lucha de 1890; y recibió el apoyo de casi todos ellos cuando los más jóvenes empezaron a criticar fuertemente el funcionamiento del sistema de arbitraje sosteniendo que los salarios concedidos de acuerdo con él no estaban en relación con el alza de precios. En 1898, cuando se vio ante un movimiento por la formación de un Partido laborista o socialista independiente, formó una Federación Liberal y Laboral, para mantener la alianza entre el Partido Liberal y los consejos industriales y laborales locales.

La Ley de Arbitraje de Pember Reeves debía ayudar, decididamente al sindicalismo: en efecto, tenía un subtítulo que afirmaba sin lugar a dudas este objetivo. Debía funcionar con ayuda de un sistema de comités de Conciliación, elegidos por los sindicatos y los patronos, reservándose acudir al arbitraje de un juez de más alta jurisdicción si no lograban llegar a un acuerdo. El plan de conciliación, no obstante, no pudo funcionar porque los patronos se negaron a designar representantes; así, las disputas se resolvían, bien por acuerdo, inducido a veces por los amistosos oficios del Departamento de Trabajo, o bien al ser sometidas al arbitraje. Reeves no había pensado que los tribunales de arbitraje funcionaron de acuerdo con reglas legales rígidas; pero de hecho así era y los jueces, generalmente hostiles a las demandas sindicales, elaboraron un intrincado cuerpo de jurisprudencia. El sistema según el cual los sindicatos, para hacer uso de la ley, tenían que inscribirse produjo, en vista del carácter disperso y localizado de la industria de Nueva Zelandia, del desarrollo de numerosos sindicatos de oficios, pequeños y locales; y los funcionarios de estos sindicatos dedicaban casi todo su tiempo a los asuntos de los tribunales de arbitraje y, en efecto, vivían de eso, porque el procedimiento hacía casi indispensable que cada sindicato tuviera un funcionario remunerado para representarlo. En consecuencia, los funcionarios sindicales tenían interés personal en el sistema de arbitraje, que tendía a complicarse cada vez más. Los funcionarios de estos gremios locales de arbitraje dominaban los consejos industriales y laborales de los diversos centros y apoyaban vigorosamente, en su mayoría, la alianza liberal-laborista. Según la Ley había penas contra los huelguistas que paralizaban el

trabajo en violación de un laudo, y contra los sindicatos que sancionaban huelgas, estando registrados en el sistema de arbitraje. En la práctica, hasta cerca de 1906 no hubo huelgas, aunque el sistema de arbitraje estaba funcionando cada vez peor. En los primeros años, Rceves y sus sucesores trataron de actuar en estrecha unión con los consejos industriales y laborales, consultando regularmente a sus conferencias anuales, acerca de proposiciones de legislación laboral o de innovaciones administrativas. Pero, al pasar el tiempo, hubo menos consultas, especialmente después de los consejos, influidos por el éxito político del laborismo en Australia, establecieron en Nueva Zelandia una Liga Política Laborista en 1904 y empezó a quebrarse la alianza liberal-laborista.

Hasta 1901, la tarea de proceder contra los patronos por incumplimiento de los laudos de arbitraje correspondía a los sindicatos, que guardaban las multas o las distribuían entre sus miembros. La Enmienda de 1901 transfirió este deber a los inspectores de fábricas y retiró, así, a los sindicatos, una fuente de ingresos. Esto hizo decrecer la actitud favorable de los sindicatos hacia la Ley; y también actuó en su contra el hecho de que el Tribunal estuviera menos dispuesto a incorporar en sus laudos el principio de "preferencia a los sindicados" —es decir, el derecho de prioridad de los sindicatos a llenar los puestos vacantes, cuando pudieran proporcionar trabajadores adecuados— o limitaran esta preferencia, cuando se tomaba en cuenta, con condiciones cada vez más restrictivas, facilitando así la evasión de los patronos. Dada la condición de "preferencia" los sindicatos que gozaban de ella debían observar el principio de "participación abierta", es decir, de permitir la entrada de todo trabajador calificado. Pero había disputas en torno a quienes debían considerarse trabajadores "calificados", y acerca de quienes eran los "adecuados" cuando el sindicato no podía proporcionar un trabajador "calificado"; se producían también dificultades crecientes acerca de la negativa de los sindicados a trabajar con los no sindicados. Los patronos trataban de evitar el sistema de contratación exclusiva con los sindicados; y, en general, el Tribunal de Arbitraje se ponía de su parte. Los consejos industriales y laborales presionaban por una legislación que hiciera obligatoria la otorgación de "preferencia a los sindicados", en vez de opcional; los miembros laboristas de la Asamblea presentaron un proyecto de ley con este fin en 1903. Seddon votó en su favor; mas el proyecto fue derrotado. Esto tuvo algo que ver con la declinación de la popularidad del arbitraje, que después de 1901 no elevaba los salarios reales ni ayudaba al desarrollo de los sindicatos. En 1906, D. McLaren (1872-1939) atacó el sistema de arbitraje y obtuvo el apoyo de la Conferencia de consejos industriales y laborales. Pero no existía aún el deseo común de romper totalmente con el sistema y la mayoría de

los pequeños sindicatos le daban todavía todo su apoyo, porque sus líderes sabían que de eso dependía su existencia misma. Los consejos industriales y laborales no se comprometieron a apoyar a la Liga Laborista Política Independiente, cuando se estableció en 1904, aunque los sindicatos afiliados que lo desearan estaban en libertad de adherirse a ella. Los consejos, como tales, permanecieron alejados y muchos de sus miembros siguieron apoyando la alianza con los liberales.

No obstante, hasta cerca de 1906 los sindicatos aceptaron casi en su totalidad el sistema de arbitraje; y la insatisfacción se extendió sólo al deseo de enmendarla y de lograr que funcionara más positivamente. En 1908 fue enmendado, pero no como ellos deseaban. Se introdujo un nuevo plan de conciliación, con consejos consultivos en cada industria; y, al mismo tiempo, las penas contra las huelgas se hicieron mucho más severas como respuesta al importante estallido de huelgas de 1907 y 1908.

De este modo, Ballance y Seddon fueron los principales responsables del hecho de que, en Nueva Zelandia, el movimiento obrero, cuando entró a la política, permaneciera apegado a los liberales en vez de fundar un partido independiente. El movimiento por la independencia surgió, en un principio, no de los sindicatos de Nueva Zelandia sino de los inmigrantes de Australia y Gran Bretaña, y de algunos neozelandeses que volvían a su tierra, después de haber trabajado en los Estados Unidos.

Estos grupos, o algunos de ellos, fundaron un Partido socialista en Wellington en 1900, y surgieron organismos similares en otras ciudades. Hubo una importación considerable de libros socialistas y de folletos de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Los socialistas no tenían gran fuerza electoral: su preocupación inmediata era la propaganda más que las elecciones. Postularon, sin embargo, a F. E. Cooke (1866-1930), sin éxito, como candidato socialista en 1905. Su propaganda fue considerablemente favorecida por la actitud fuertemente imperealista de Seddon, en la guerra surafricana; y la hostilidad al imperialismo fue una de sus principales causas. El imperialismo de Seddon tuvo que ver también, quizá, con la votación de la Conferencia de consejos industriales y laborales de 1904, en favor del establecimiento de una Liga Laborista Política Independiente. Los principales patrocinadores fueron un periodista de Otago, originario de Australia, J. T. Paul (1874-?), quien había ido a Nueva Zelandia en 1899 y hacía en sus artículos del *Otago Daily Times* los mejores comentarios de los acontecimientos laborales, y con él D. McLaren, obrero del calzado de Glasgow, quien llegó a ser alcalde de Wellington en 1908 y fue electo para la Cámara de Representantes ese mismo año. Los socialistas permanecieron alejados de la Liga, que desapareció algunos

años después, en 1909, después de postular 11 candidatos en 1908, con solo uno elegido. Los socialistas postularon 5 candidatos, quienes corrieron la misma mala suerte, mientras que 7 de los 11 liberales-laboristas fueron elegidos. En 1904, los liberales habían alterado la ley electoral para establecer un sistema de dos votaciones, con la esperanza de obtener votos laboristas cuando el candidato laborista o socialista fracasara en la primera votación, pero esta innovación fue suprimida por los conservadores en 1913. Por el momento funcionó y la alianza liberal-laborista siguió existiendo a pesar de la integración de la Liga Laborista.

La verdadera amenaza a esta alianza vino cuando P. H. Hickey (m. 1926), quien había estado en los Estados Unidos y había participado activamente en el Partido Socialista Norteamericano y en la Federación Occidental de Mineros,[1] volvió a Nueva Zelandia en 1906 —el año de la muerte de Seddon—, entró al Partido Socialista de Nueva Zelandia y se dispuso a organizar un movimiento industrial-sindicalista militante, al estilo de la Federación Occidental de Mineros. Hickey se convirtió pronto en centro de un grupo, compuesto principalmente por mineros, quienes consideraban que, su interés principal era oponerse a la Ley de Arbitraje. La Ley, declaraban, lejos de proteger los intereses de los trabajadores, era utilizada para mantener bajos los salarios y atar a los trabajadores a contratos desfavorables respecto a la subida de precios y al aumento de las ganancias. La lucha tomó forma en 1907, en Petone, donde los trabajadores de los rastros, desafiando la Ley, fueron a la huelga y obtuvieron un aumento del 15%. Siguieron otras huelgas, con el mismo éxito; y, en 1908, se produjo la huelga de los mineros de Blackball, donde la cuestión original era si el descanso para la comida debía extenderse de quince minutos a media hora. El Tribunal de Arbitraje multó a los mineros por ir a la huelga contra el laudo que fijaba el periodo más corto y, cuando se negaron a pagar las multas, les embargó sus bienes. Los mineros respondieron a esta amenaza organizando las posturas en la venta de los bienes embargados y comprándolos por unos cuantos chelines. Otras zonas mineras se agruparon entonces en torno a los hombres de Blackball, y en agosto Hickey y sus amigos formaron la Federación Neozelandesa de Mineros, con P. C. Webb (1886-1950), como presidente, H. Timothy Armstrong (1875-1942) de Waihi, como vicepresidente, y Robert Semple (1878-1955), australiano de Nueva Gales del Sur, como organizador en jefe.

Estos hombres, y algunos otros relacionados con el nuevo movimiento de izquierda, estaban destinados a desempeñar un papel principal, no sólo en las luchas de los próximos años, sino en la historia posterior del Partido Laborista en Nueva Zelandia. P. C. Webb,

1 Véase p. 791.

quien fue presidente de la Federación de Trabajadores de Nueva Zelandia, al constituirse en 1910, fue elegido para la Cámara de Representantes en 1914. Durante la guerra, tuvo un papel principal en el movimiento anti-belicista y fue encarcelado. Después de la guerra recobró su posición en el Partido y fue Ministro de Minas en el gabinete laborista de 1935. También Armstrong fue miembro prominente de la Cámara y Robert Semple llegó, también, a ser miembro del gabinete en 1935.

La Federación Neozelandesa de Mineros, basó su organización y métodos en la Federación Occidental de Mineros norteamericanos, principal precursora de la I. W. W. Insistió en una fuerte centralización del control en manos del ejecutivo y trató de evitar el desgaste de sus energías en huelgas locales con el fin de conservar sus recursos para luchas de importancia clave, en las que convocaba a los trabajadores a que actuaran por el principio de que "una ofensa a uno es una ofensa a todos" y no vaciló en hacer el mayor uso posible de la huelga por solidaridad. Los propósitos de sus líderes no se limitaban, de ninguna manera, a una sola industria; y Hickey y sus amigos, tan pronto como organizaron a los mineros, procedieron a convertir a la Federación de Mineros en la Federación de Trabajadores de Nueva Zelandia, instando a todos los sindicatos a integrarla. A principios de 1910, el nuevo organismo estaba en acción, con el preámbulo de la I. W. W. como declaración de principios y la socialización de los medios de producción, distribución e intercambio como sus objetivos fundamentales. La Federación de Trabajadores proclamó que la base apropiada para la organización era el sindicalismo industrial más que el de oficios y apeló a todos los sindicatos a canceLr sus registros, siguiendo a la Ley de Arbitraje, y adoptar una política militante de solidaridad de clase. Su actitud respecto a la acción política era ambigua. Hickey y Semple habían estado organizando, donde podían, ramas del Partido Socialista, junto a los sindicatos de mineros y a otros sindicatos que ya formaban parte de la Federación de Trabajadores; y el programa político adoptado por la Federación en su Conferencia de 191O era prácticamente idéntico al del Partido Socialista. Pero la Federación incluía a sindicalistas industriales hostiles a toda acción parlamentaria y la Conferencia resolvió posponer su decisión sobre si debía o no dedicarse a esas actividades. Hickey y sus amigos seguían a Daniel de León más que a la I. W. W. de Chicago. Favorecían la acción política, suponiendo que fuera revolucionaria más que reformista en sus fines; pero daban mucha más importancia a la acción laboral militante.

Mientras Hickey, Webb y Semple constituían la Federación de Trabajadores y el Partido Socialista, los moderados también habían tratado de reorganizarse. En 1907, la Conferencia de consejos indus-

tríales y laborales decidió establecer una Federación de Trabajadores elásticamente organizada, con facultades muy limitadas, para actuar como organismo coordinador entre sus reuniones anuales y se eligió un ejecutivo para actuar a su nombre, pero éste obtuvo muy poco. En 1909, ante la desaparición práctica de la Liga Laborista Política, la Conferencia votó también en favor de un nuevo intento de establecer un Partido Laborista; y McLaren, en su nombre, hizo una jira por el país para lograr apoyo para la nueva federación y el partido proyectado En 1910, la Federación de Consejos Industriales y Laborales quedó definitivamente constituida, casi al mismo tiempo que la Federación rival de Hickey; y también se declaró en favor de la "apropiación pública" de los medios de producción, prefiriendo deliberadamente las palabras "apropiación pública" al término "socialización", y aclarando que lo que concebía era una extensión gradual de la propiedad pública, especialmente de los monopolios y del control público, y no una toma revolucionaria del poder. Estableció también un Partido Laborista, para que actuara en estrecha alianza con ella y para que funcionara por "medios puramente políticos", en oposición a la "acción directa" favorecida por la Federación de Hickey. En las elecciones de 1911, este partido postuló 20 candidatos, de los cuales sólo fueron elegidos 3, más un laborista no oficial. El Partido Socialista tenía 8 candidatos, todos los cuales fueron derrotados; y había algunos otros candidatos no oficiales, que también fueron derrotados. La misma Federación de Trabajadores postuló a Webb y a Hickey; y el futuro Primer Ministro, M. J. Savage, se presentó como socialista. En este momento, en 1911, la Federación de Consejos Industriales y Laborales y el Partido Laborista contrataron los servicios, como propagandista, del socialista norteamericano W. T. Mills, de Wisconsin, seguidor de Víctor Berger, quien había escrito en los Estados Unidos un enorme texto de organización obrera, *The Struggle for Existence,* que ahora se dedicó a pregonar por toda Nueva Zelandia. En junio de 1911, Mills inició lo que se llamó su "campaña de la unidad". Había trazado un plan grandioso de organización, mediante el cual se proponía unir a todos los sindicatos y organizaciones obreras políticas en un solo organismo, dividido, en el plano laboral, en diversos departamentos y, en el político, en numerosas oficinas regionales, con representación de las clases profesionales y de los pequeños patronos y agricultores. Este proyecto fue atacado en seguida con vehemencia por los partidarios de la Federación de Hickey y también se burlaron de él algunas de las principales figuras del Partido Laborista y los consejos industriales y laborales. Pero Mills era persuasivo al mismo tiempo que enérgico, y logró asegurar un gran núcleo de apoyo.

Por entonces entró en escena una nueva figura importante. Fue Peter Fraser (1884-1950), emigrante de Escocia, quien había perte-

necido al I. L. P. antes de llegar a Nueva Zelandia en 1910. Radicando en Auckland, trabajó como estibador y marinero, y fue pronto elegido secretario del Sindicato General de Trabajadores de Auckland. En 1911, este sindicato organizó una huelga contra la forma de trabajo por contrato en vigor en los muelles y obtuvo una rápida victoria. Se unió entonces a la Federación de Hickey. Inmediatamente después, los tranviarios de Auckland presentaron una demanda de mejores salarios y obtuvieron otra victoria, después de que Hickey recabó el apoyo de la Federación de Trabajadores. Fraser desempeñó en lo sucesivo un papel activo en los asuntos de la Federación. En 1913, fue secretario del recién establecido Partido Social Demócrata. En 1918, fue electo para la Asamblea Legislativa, y llegó a ser, a su debido tiempo, líder del Partido Laborista de Nueva Zelandia y Primer Ministro.

En 1911, la Federación de Hickey tenía su propio periódico, *The Maoriland Worker,* iniciado originalmente por el Sindicato de Esquiladores de M. Laracy y había traído al bien conocido periodista de izquierda australiano, Robert S. Ross, para editarlo. Al año siguiente, la Federación tropezó con su primer obstáculo serio. La disputa de Auckland estalló de nuevo, con una demanda de aumento de salarios, habiendo cancelado el sindicato su registro por la Ley de Arbitraje. Los patronos respondieron a la huelga procurando el registro de un nuevo sindicato rival, de acuerdo con la Ley, y haciendo que el Tribunal de Arbitraje emitiera un laudo aceptando esa solicitud y haciendo, en consecuencia, ilegal la huelga. La Federación de Trabajadores amenazó con una huelga de solidaridad, que podría convertirse en huelga general; pero los demás sindicatos no respondieron y tuvo que aceptar la derrota. Fue ésta la primera ocasión en que se utilizó ese recurso para derrotar a los que no eran partidarios del arbitraje; pronto sería utilizado en otros casos y desempeñó un importante papel en la destrucción del movimiento militante. Contra la derrota de Aucklahd, la Federación ganó una victoria en la huelga de tranvías de Wellington, donde fue apoyada por el Consejo Industrial y Laboral.

En 1912, la campaña de propaganda de Mills había preparado el camino para la propuesta Conferencia de Unidad, bajo los auspicios de la Federación de Consejos Industriales y Comerciales y el Partido Laborista. A pesar de la fuerte hostilidad de la Federación de Trabajadores, esta Conferencia resultó muy nutrida y Mills persuadió a sus miembros a que aprobaran su plan y a unir ambos cuerpos en un Partido Laborista Unido, con funciones laborales y políticas. El Partido Laborista Unido, adoptó el programa socialista gradualista del Partido Laborista, destacando especialmente el control público de las utilidades y decidió establecer los departamentos laborales propuestos, dejando la acción política en manos de los consejos industriales y la-

borales. Paul fue elegido presidente y Mills organizador, McLaren y Tregear formaron el ejecutivo. Inmediatamente después, la Federación de Trabajadores sostuvo su Conferencia y se reorganizó en numerosos departamentos laborales siguiendo la línea de la I. W. W. Ordenó a sus sindicatos afiliados que cancelaran su registro de acuerdo con la Ley de Arbitraje, rechazaron un llamado a la unidad, de Paul, quien se presentó en nombre del Partido Laborista Unido con tal fin, y respaldaron la decisión de una huelga general contra la guerra, presentada por Hardie y Vaillant en el Congreso Internacional Socialista de Copenhague, de 1910. La cuestión de su actitud ante la acción política surgió de nuevo frente a un llamado de ayuda del Partido Socialista y la Federación resolvió mantenerse alejada de la política, pero dejar a las organizaciones locales en libertad para hacer lo que les pareciera. H. E. Holland (1868-1933) fue traído de Australia para suceder a Ross como editor de *The Maoriland Worker;* y la Federación "Roja", como se la llamaba comúnmente, contribuyó así con otra figura notable al movimiento laborista de Nueva Zelandia. Holland había sido impresor en Sydney y había iniciado sus actividades públicas en el Ejército de Salvación antes de participar en el ala izquierda del movimiento socialista. Encarcelado varias veces por sus manifestaciones, llegó a ser un notable periodista y poeta. En Nueva Zelandia, después de la desaparición de la Federación "Roja", fue líder del Partido Laborista, durante su larga etapa de oposición, muriendo dos años antes de su victoria de 1935.

De acuerdo con la Ley de Arbitraje, cualquier sindicato con 15 o más miembros podía solicitar el registro del Tribunal de Arbitraje y podía presentar entonces sus reclamaciones ante el Tribunal, que tenía facultad para dictar un laudo que obligara, no sólo a los miembros del sindicato y a sus patronos sino a todos los trabajadores y patronos de la industria y zona en cuestión. Esto quería decir que, si un sindicato seguía el consejo de la Federación de Trabajadores de Nueva Zelandia y se negaba a registrarse, o cancelaba su registro, hasta un pequeño grupo de disidentes podía formar un sindicato rival y solicitar el registro. El Tribunal no estaba obligado a aceptar esas solicitudes, pero tenía plena autoridad para hacerlo; y, a partir de 1912, hizo frente una y otra vez a la campaña de la Federación de Trabajadores de Nueva Zelandia contra el arbitraje, con ese método. Los patronos, decididos a aplastar al nuevo movimiento militante como lo habían hecho en 1890, se unieron más y formaron un Fondo de Defensa común para combatir a la Federación "Roja". En 1912, la lucha llegó a su culminación, en la célebre huelga y despido en masa de las minas de oro de Waihi. El Sindicato de Mineros de Waihi era uno de los que había cancelado el registro y se había afiliado a la Federación de Trabajadores de Nueva

Zelandia. Su presidente, W. E. Parry (1878-1952), participó activamente en la Federación "Roja". Fue después miembro del Parlamento por Auckland y Ministro del Interior en 1935. En 1911, el sindicato de Waihi había obtenido, bajo los auspicios de la Federación, una victoria sustancial; pero, al año siguiente, los patronos lograron organizar un sindicato "blanco" de maquinistas, que obtuvo el registro según la Ley. Los mineros se negaron entonces a trabajar con miembros de este sindicato y los patronos, rompiendo el acuerdo hecho el año anterior, declararon un paro y anunciaron que no tendrían tratos con ningún sindicato que no aceptara el sistema de arbitraje. Procedieron, entonces, a organizar un segundo sindicato "blanco" de mineros y, con la ayuda de la Federación de Patronos, empezaron una importación en masa de esquiroles y obtuvieron también el auxilio de una fuerza policiaca armada especial, incluyendo a la policía montada, para proteger el derecho de los esquiroles a trabajar. Se produjeron escenas violentas, en el curso de las cuales se destruyeron muchas propiedades pertenecientes a los mineros, se apoderaron de la Casa del Minero y la saquearon, muchos mineros fueron lesionados y uno fue muerto por la policía. Cientos de arrestos de líderes y huelguistas siguieron y se pronunciaron severas sentencias contra hombres cuyo único delito fue el ser organizadores de la huelga. Finalmente, en una batalla campal, la policía y los esquiroles expulsaron a los huelguistas de la ciudad. La huelga fracasó.

En una etapa anterior de la disputa de Waihi, se habían hecho proposiciones de emplazar a una huelga general en su apoyo. Pero la Federación de Trabajadores de Nueva Zelandia había rechazado esta proposición, consciente de que los sindicatos se negarían, en su mayoría, a responder y por considerar que era mejor que las demás industrias siguieran trabajando y se pudiera recaudar dinero en ellas para mantener a los hombres en huelga. Se recogieron grandes sumas, en Nueva Zelandia y Australia, pero el gobierno obtuvo un mandamiento del Tribunal en el sentido de que los sindicatos registrados de acuerdo con la Ley de Arbitraje no podían contribuir legalmente con dinero para apoyar huelgas y esto controló la afluencia de contribuciones.

Las fuertes medidas adoptadas por el gobierno contra los huelguistas de Waihi se debieron, en gran parte, a la caída def gabinete liberal y a la vuelta al poder de los conservadores, quienes se llamaban a sí mismos Partido Reformista. El nuevo gobierno se dedicó enérgicamente a la tarea de quebrar, no sólo la resistencia de los mineros de Waihi, sino el poder de la Federación "Roja", que era claramente denunciada por los políticos como apóstol de la anarquía y la revolución. Lo era, sin duda, en teoría; pero en la práctica, sus métodos no fueron violentos hasta que fue provocada. En Waihi

no hubo desórdenes hasta que se enviaron fuerzas adicionales y se instituyó un Cuerpo de Defensa de los Ciudadanos contra los sindicatos; y, después de ello, la violencia parece haberse producido mucho más de parte de la policía y los esquiroles que de los huelguistas. Pero los periódicos no publicaron las razones de los huelguistas: casi todos fulminaron a los "rojos" y la opinión pública se vio muy influida en favor de la versión oficial del asunto.

Tampoco estaba el movimiento obrero unido en favor de los huelguistas. Muchos sindicatos fuera de la Federación de Trabajadores de Nueva Zelandia contribuyeron a ayudar a los hombres de Waihi; pero el Partido Laborista Unido y casi todos los consejos industriales y laborales se opusieron al movimiento y trataron de disuadir a los sindicatos de apoyarlo. Cuando terminó, no obstante, hubo una gran remoción de sentimientos en favor de los hombres de Waihi y contra la acción del gobierno y la policía y, sobre todo, contra el uso que se había dado a Ley de Arbitraje, para hacer fracasar la huelga. Se comprendió que la facultad del Tribunal para admitir el registro de los que eran, en efecto, sindicatos de esquiroles, y hacer que sus laudos aceptando tales solicitudes fueran obligatorios para toda la industria, exponía a los sindicatos a graves peligros, especialmente con un gobierno conservador muy hostil al laborismo en el poder. En consecuencia cuando, en enero de 1913, la derrotada Federación de Trabajadores de Nueva Zelandia convocó a una Conferencia de Unidad y envió invitaciones a toda clase de sindicatos, hubo una respuesta favorable. El Partido Laborista Unido aceptó una invitación a participar; y esto abrió las puertas a la participación del Partido Socialista. Algunos gremios de "arbitraje" y algunos consejos industriales y laborales permanecieron alejados; y, en la extrema izquierda, la pequeña sección neozelandesa de la I. W. W. de Chicago se negó a acudir, basándose en su oposición absoluta a la acción parlamentaria.

La Conferencia de enero dio como resultado una sorprendente victoria inmediata del ala izquierda. Acordó formar una Federación Unida de Trabajadores, incluyendo a todas las facciones; y la Federación de Trabajadores de Nueva Zelandia logró inducirla a adoptar, como ,base provisional, el Preámbulo militante tomado de la I. W. W.

La Conferencia aprobó una resolución pidiendo que la Ley de Arbitraje se enmendara para evitar el registro de sindicatos de "minorías" cuando habían dejado de registrarse los sindicatos principales. También decidió que debía haber dos organismos en vez del establecido según el proyecto de Mills, uno para los asuntos políticos y otro para los laborales; y prescindió de las proposiciones de Mills de una representación especial de las clases profesionales y de pequeños patronos y agricultores. Decidió dejar que cada sindicato

decidiera por sí mismo si debía o no registrarse de acuerdo con la Ley de Arbitraje; y modificó el control centralizado de la política de huelgas sobre la cual había insistido la Federación "Roja", en favor de un sistema que diera mayor autonomía a los sindicatos individuales, mientras no pidieran ayuda a la Federación. La unidad que encontró expresión en esta Conferencia, después de todos los insultos que se habían repartido las facciones rivales, se debió principalmente al resentimiento producido por la conducta del gobierno y al sentimiento de que la unidad era esencial para la supervivencia misma del movimiento; pero también ayudó mucho al *volte-face* por parte de Mills quien, asistiendo como delegado del Partido Laborista Unido, dio su apoyo al proyecto de la Federación de Trabajadores. Al lado de la nueva Federación Unida, la Conferencia de la Unidad decidió fundar un Partido Social Demócrata, donde debían fundirse el Partido Socialista y el Laborista, con la socialización de los medios de producción, distribución y cambio como sus fines

El Congreso de Unidad de enero sólo tenía poder para recomendar. Sus decisiones tenían que ser aceptadas por los organismos afectados, antes de que su nuevo plan pudiera entrar en vigor. En otra Conferencia, en julio de 1913, se reiteró lo esencial del plan de enero; pero, tras un agudo debate, el Preámbulo de la I. W. W. fue reprobado por 175 votos contra 161. En su lugar, la Conferencia se comprometió a una "organización sobre la base de sindicatos industriales, para ayudar al derrocamiento del sistema capitalista y establecer, en su lugar un Estado cooperativo, basado en la democracia industrial", lo que resultaba notablemente militante, en vista de la actitud pasada de muchos de los organismos representados. La Conferencia recomendó, además, que todos los sindicatos apoyaran al nuevo Partido Social Demócrata y eligió a Semple como organizador y a Hickey como secretario-tesorero de la nueva Federación de Trabajadores. W. T. Young, de la Federación de Marineros, fue electo presidente.

Por el Partido Social Demócrata, el veterano Edward Tregear (1846-1931), antiguo Secretario del Departamento de Trabajo fue electo presidente. Tregear había sido la mano derecha de Pember Reeves para establecer el sistema de Arbitraje, y había sido su patrocinador por mucho tiempo, tratando siempre de utilizarlo como medio de fortalecer a los sindicatos y provocando fuertes protestas de los patronos por su administración partidarista del Departamento. Se había retirado del Servicio Civil y criticaba cada vez más la manera en que se estaba pervirtiendo a la Ley de Arbitraje de sus fines originales de alentar a los sindicatos, en un arma contra las huelgas y las demandas de aumento de salarios; y, ya retirado, había llegado a desempeñar un importante papel como socialista. Ampliamente respetado por ambas alas del movimiento, era un candidato ideal para la presidencia

del nuevo partido. Con él, como secretario del partido, estaba Peter Fraser; y Mills fue escogido como organizador.

Había, no obstante, muchos miembros del ala derecha del movimiento laborista a los que desagradaron fuertemente las decisiones de la Conferencia de Unidad. El Partido Laborista Unido, formado el año anterior, se negó a desintegrarse o a fundirse con el Partido Social Demócrata y, bajo la dirección de Paul, decidió mantener su existencia independiente. McLaren también se negó a participar, y pronto se salió del movimiento laborista.

La Conferencia de Unidad había asignado al Partido Social Demócrata la tarea, entre otras, de promover una Ley de Derecho al Trabajo, una jornada máxima de seis horas, y el establecimiento de un Ejército de Ciudadanos, democráticamente organizado, pagado según los niveles generales de los salarios y que no podía ser utilizado, en ningún caso, para resolver las disputas laborales.

No es sorprendente que el ala derecha del Partido Laborista Unido se negara a aceptar el veredicto de la Conferencia y decidiera no disolverse. El Sindicato de Empleados de los Ferrocarriles también se retiró, pero casi todos los sindicatos aceptaron la nueva constitución, que había sido redactada para excluir a sindicatos que seguían funcionando según la Ley de Arbitraje.

Casi al mismo tiempo surgieron trastornos. Los carpinteros de ribera de Wellington fueron a la huelga contra una nueva forma de pago de salarios, que según ellos reduciría su remuneración, y los estibadores y marineros sostuvieron una reunión, en horas de trabajo, para considerar si debían apoyarlos. Los propietarios de barcos cancelaron entonces su acuerdo con los trabajadores del litoral y sometieron a un despido en masa a los que habían asistido a la reunión. Los demás fueron entonces a la huelga y los propietarios de barcos introdujeron esquiroles y formaron barricadas en el puerto. Los sindicados atacaron las barricadas y expulsaron a los esquiroles. La Nueva Federación, ansiosa de evitar que se extendieran los trastornos, trató de llegar a un acuerdo; pero los patronos exigieron que el sindicato de trabajadores de los muelles dipositara mil libras, como fianza contra futuros incumplimientos de los acuerdos. El gobierno intervino de nuevo, por la fuerza, del lado patronal. Reclutó una gran fuerza de agentes especiales, trajo a más esquiroles del campo y dio instrucciones al jefe de policía para que protegiera su derecho al trabajo. Los trabajadores de los muelles rechazaron entonces las condiciones de los patronos y remitieron la disputa a la Nueva Federación Unida de Trabajadores. La Federación se acercó al gobierno y pidió una reunión de todas las partes pero, en la reunión, los patronos no sólo pidieron garantías contra huelgas futuras, sino que se negaron a tratar con cualquier sindicato no registrado según la Ley de Arbitraje. Mientras se

celebraba la reunión, el gobierno dio más pasos para movilizar fuerzas contra los huelguistas.

En este punto, la disputa empezó a extenderse. Hubo huelgas de solidaridad en los demás puertos y entre los mineros. Cientos de agricultores, reclutados como agentes especiales, fueron trasladados a las zonas afectadas y tuvieron serios conflictos con la población urbana. Había barricadas en las calles de Wellington; en su mayoría, la pelea se producía con piedras y bastones, pero también hubo disparos de revólver. Unidades navales fueron llevadas a los puertos para amenazar a los huelguistas y se instaló un cañón en el muelle de Wellington. Los agentes especiales aumentaron a miles y desembarcaron marineros con bayoneta calada, que marcharon a través de las zonas obreras. La policía y los agentes especiales ocuparon los muelles de Auckland y los trabajadores respondieron con una huelga general que paralizó la ciudad, y a la que se unieron incluso los sindicatos arbitracionistas. La Federación emplazó a huelgas de solidaridad en Wellington, Christchurch y Dunedin. El Partido Laborista Unido lanzó un manifiesto en que se oponía a la huelga general. Pronto la huelga empezó a flaquear. Se formaron y registraron numerosos sindicatos de esquiroles y la Suprema Corte manifestó su decisión de que los sindicatos registrados no pudieran contribuir a los fondos de huelga de sindicatos no registrados. Se impuso la tendencia a volver al trabajo y muchos patronos se negaron a admitir nuevamente a obreros que no eran miembros de sindicatos registrados. Estos sindicatos pusieron en lista negra a muchos sindicalistas activos, privándolos así del trabajo aun después que la Federación, admitiendo la derrota, había declarado terminada la huelga. El gobierno puso rápidamente en vigor una nueva ley contra los piquetes y una Ley de Investigación de las Disputas Laborales, que ¡legalizaba las huelgas no avisadas. La Federación Unida de Trabajadores fue totalmente derrotada y el Partido Social Demócrata fue arrastrado por su caída, aunque ambos organismos siguieron existiendo.

Ésta era la situación en 1914. La izquierda había obtenido una victoria sobre la derecha en la Conferencia de 1913, sólo para ser totalmente derrotada antes de que terminara el año. Contra ellos estaba un gobierno muy hostil, una federación militante de patronos y una poderosa y triunfante Organización de Defensa de Ciudadanos, fuertemente apoyada por los agricultores y los patronos. Casi todos los sindicatos establecidos habían perdido sus derechos a contratar, que habían sido transferidos, en gran parte, a nuevos "sindicatos" formados con ayuda de los patronos y sostenidos por el Tribunal de Arbitraje.

En las elecciones generales de 1914, los social-demócratas y el Partido Laborista Unido entraron en las listas, en algunos casos con candidatos rivales para los mismos puestos. Ambos tuvieron sólo dos

triunfos, de 9 y 8 candidatos respectivamente; también fue electo un candidato laborista independiente.

Llegó entonces la guerra y, con ella, un rápido renacimiento del lado político. En 1916, el Partido Social Demócrata, el Partido Laborista Unido y numerosos comités de representación laborista locales se unieron para formar el Partido Laborista de Nueva Zelandia y la dirección del partido, que pronto había de convertirse en un gran poder en el campo, surgió principalmente de la antigua ala izquierda. El fin de socialización se conservó. Pero, en 1918, el partido declaraba que su plataforma inmediata no era el socialismo, sino "la línea de avance hacia el socialismo", y que "el Partido Laborista es experimental, más que doctrinario". Los viejos militantes, o muchos de ellos, habían renunciado al revolucionarismo en favor del Estado bienhechor, con el socialismo como objetivo a largo plazo. El movimiento sindical siguió, por algún tiempo, sin dirección u organización efectivas. En 1915, los mineros se separaron de lo que quedaba de la Federación de Trabajadores y se integraron a la Federación Australiana de Mineros como sindicato afiliado. Gradualmente, no obstante, la ocupación plena restauró la fuerza del sindicato y, en 1919, se formó una nueva alianza de trabajadores para ocupar el lugar de la Federación.

¿Por qué, en 1890, en 1907-1908 y todavía en 1913, cuando hizo falta una demostración, los militantes neozelandeses fueron derrotados? La razón inmediata es clara: los patronos, al combatirlos, descansaban en el apoyo del núcleo principal de agricultores quienes, como esquiroles y fuerza de agentes especiales, podían, con ayuda de la policía, romper en último término cualquier huelga importante. Además, los términos de la Ley de Arbitraje, aunque debían ayudar originalmente a los trabajadores después de su derrota de 1890 podían volverse, y así sucedió contra ellos por el uso dado por el Tribunal a su facultad para registrar sindicatos de esquiroles. La prohibición legal de las huelgas no importaba demasiado en sí. Las multas que podían imponerse a los huelguistas eran generalmente pequeñas y como estaba reglamentado que la huelga no era un "delito por persistencia", cuando habían pagado podían continuar legalmente la huelga. Lo que importaba era el poder del Tribunal para dictar laudos, ante solicitud de sindicatos de esquiroles, que resultaban obligatorios para todas las industrias, intimidando así a los trabajadores menos intransigentes para que obedicieran. El uso dado a esta facultad convirtió a algunos vigorosos sostenedores del sistema de arbitraje en opositores activos —por ejemplo, Edward Tregear—. El factor básico en la situación era que Nueva Zelandia era un país de agricultores, donde la industria desempeñaba sólo un papel secundario, y que se estaba convirtiendo cada vez más en un país de pequeños agricultores, para los cuales era de vital importancia que los puertos siguieran fundo-

nando, para que salieran sus productos a los mercados mundiales. Antes, Nueva Zelandia había sido un país dominado por grandes ganaderos y propietarios absentistas; y había sido posible agrupar **a** los no privilegiados contra ellos, como lo habían hecho Ballance y Seddon en la alianza liberal-laborista de los noventa. Pero cuando Ballance y Seddon terminaron su labor, los agricultores que habían ayudado a lograr la prosperidad cambiaron de posición y se convirtieron en fuertes opositores del ala izquierda laborista.

La izquierda, por su parte, contribuyó a arruinarse a sí misma con su extremismo, atribuible, en parte, a la juventud de sus líderes. En su celo contra el sistema de arbitraje tomó medidas que desunían **a** los trabajadores, aunque su única esperanza descansaba en la unidad. Como tenía sus baluartes entre los mineros y trabajadores de los muelles, hizo poco por conciliar a otros grupos de trabajadores, menos bien organizados, menos susceptibles a recibir influencias del mundo exterior y menos insatisfechos con el funcionamiento del arbitraje. Recibió el pago en la misma moneda, de parte de los patronos, quienes también eran adeptos al juego de la militancia y podían confiar generalmente, excepto en la etapa de Ballance y Seddon, en el apoyo del gobierno, sobre todo después de que los conservadores volvieron al poder en 1912.

La alianza liberal-laborista, mientras Seddon vivió, siguió teniendo el apoyo de un sector considerable de sindicatos, aunque perdió terreno desde la época de la guerra de los boers —es decir, desde el momento en que apareció Seddon como partidario activo del imperialismo—. El movimiento para formar un Partido Laborista Independiente había ido creciendo desde unos años antes de su muerte; pero había agudos desacuerdos acerca de la forma que debía adoptar el nuevo partido. H. E. Holland, notable líder del Partido Socialista, estaba muy a la izquierda y trabajaba al lado de Hockey y de la Federación de Trabajadores de Nueva Zelandia. Después de 1918, debía surgir como la principal figura del nuevo Partido Laborista, con la mayoría de los líderes de la izquierda de pre-guerra detrás de él y apoyando una política, no moderada, sino definitivamente parlamentaria y no laboral. Los partidarios irreconciliables de la acción exclusivamente laboral se pasaron, en su mayoría, al Partido Comunista. Los demás habían aprendido la lección de que el laborismo no podía esperar el éxito en Nueva Zelandia, de no hacerse campeón de una porción considerable de la población rural.

CAPÍTULO XXV

ÁFRICA DEL SUR

En África del Sur no puede decirse que haya existido un movimiento obrero antes de principios del siglo xx. Entonces se produjo un rápido desarrollo, principalmente entre los mineros de Witwatersrand, que culminó en los grandes disturbios de 1913 y 1914, sometidos por la autoritaria acción del gobierno surafricano, con el general Smuts como principal rompe-huelgas. En sus primeras etapas, el .movimiento estuvo casi completamente en manos de trabajadores calificados, los que habían llegado a Suráfrica procedentes del Reino Unido. Empezó con la formación de ramas de los sindicatos ingleses, como la Sociedad de Mecánicos, seguida por el establecimiento de sindicatos surafricanos de maquinistas y cajistas. Hasta finales del siglo xix, la fuerza de trabajo blanca calificada de África del Sur estaba compuesta principalmente por inmigrantes que procedían de Gran Bretaña, con algunos contingentes de Irlanda, Alemania, Italia, Rusia y otros países europeos. Había también en las minas muchos que habían trabajado antes en los Estados Unidos; y algunas ramas de los Knigths of Labor se establecieron en los años ochenta, pero no lograron arraigar. Los *afrikaners* no constituyeron un cuerpo numeroso en el trabajo industrial después de 1900, cuando su advenimiento a la industria minera afectó grandemente el carácter del movimiento sindical, introduciendo en él un fuerte elemento de sentimientos nacionalistas y raciales.

El socialismo, en pequeña escala, se desarrolló en los a los noventa, de la misma manera que el sindicalismo; principalmente a través de la fundación de ramas de las sociedades socialistas británicas. La Federación Social Demócrata estableció ramas en Cape Town y Durban, mientras que el Partido Laborista Independiente establecía una organización en el Transvaal, con sede en Johannesburg. La Sociedad Fabiana también tenía algunos partidarios, principalmente en Grahamstown; y en Johannesburg, surgieron grupos socialistas alemanes, italianos y rusos. En 1904, los socialistas surafricanos enviaron un delegado, Edvvard B. Rose, al Congreso Socialista Internacional de Amsterdam; y, en Stuttgart, en 1907, Mari Lucas representó a una recién formada Federación Socialista Surafricana, con su centro en Johannesburg. Por esa época los socialistas de Cape Town editaban un periódico, *The Cape Socialist,* en inglés, con un suplemento en afrikaans; y tres social-demócratas habían sido elegidos recientemente para la Asamblea de Natal. Había también algunos labo-

ristas en otras Asambleas, en el Transvaal y en El Cabo, pero todavía no se habían constituido en un partido organizado.

El Partido Laborista Africano se formó en 1907 o 1908, como resultado de una huelga de los mineros de Rand. Su principal promotor fue el mecánico W. H. Andrews, quien debía desempeñar un importante papel en los años siguientes, como expositor de las ideas de izquierda, e intentaría unir a los trabajadores blancos, hindúes y nativos en un movimiento común. Los principales colaboradores de Andrews en un principio fueron H. W. Sampson de la Asociación Tipográfica Surafricana y Peter Whiteside del Sindicato de Maquinistas y Bomberos. Casi al mismo tiempo les llegó un sostén importante, en el coronel F. H. P. Cresswell (1866-1948), quien se había peleado con la Cámara de Minas y se convirtió en campeón de las reclamaciones de los mineros blancos contra los intentos de las compañías de emplear una mayor proporción de trabajadores nativos e hindúes. Los salarios pagados a los trabajadores blancos eran mucho más altos que los pagados a los no blancos, que carecían en absoluto de organización que los protegiera y no eran admitidos a los sindicatos de los blancos. Las compañías mineras sostenían que las minas —especialmente las de oro— no podían operar económicamente si no se les autorizaba a reducir el número de trabajadores blancos, y sus intentos de hacerlo, coincidiendo con la entrada de gran número de africanos en la industria, fueron la causa primordial del gran levantamiento de 1913 y 1914.

Cresswell fue elegido como líder del recién fundado Partido Laborista, que en 1910 obtuvo 4 asientos en el Parlamento de la Unión y al año siguiente eligió 13 miembros de un total de 30 para el Consejo Municipal de Johannesburg. El partido tenía, por entonces, un número de afiliados de diversos sindicatos que ascendía a cerca de 75 000.

La huelga de 1907, que condujo directamente al establecimiento del Partido Laborista, fue un resultado del cese de la ocupación de mano de obra china. Obligados a repatriar a los chinos, las compañías mineras buscaban otra fuente de mano de obra barata, en parte entre los *afrikaners* y en parte entre los nativos. Los *afrikaners,* lo mismo que los nativos, carecían de organización sindical y muchos estaban dispuestos a aceptar trabajar con salarios considerablemente más bajos que los de los trabajadores ingleses. Las compañías pedían una reducción del 15 % de las tasas de salarios en vigor para los empleados blancos y, cuando los sindicatos controlados por ingleses se negaron, introdujeron esquiroles *afrikaners* para sustituirlos. La lucha, que fue dura, terminó con la derrota de los sindicatos, que se dedicaron entonces a organizar a los *afrikaners* para presentar un frente común. Entretanto, las compañías mineras negociaban con el gobierno portugués

el derecho a importar trabajadores nativos de Mozambique y, en 1909, la firma del Convenio de Mozambique puso a su disposición un gran número adicional de trabajadores nativos y les permitió llevar más hacia adelante su campaña por reducir la proporción de blancos en relación con los nativos.

No se produjo ningún otro acontecimiento importante hasta 1913, cuando se extendió espontáneamente una huelga en la mina de Kleinfontein contra la implantación de un día de trabajo más largo, los sábados, hasta que se paralizó toda la industria minera Rand. Los sindicatos, hasta ese momento, habían sido arrastrados por el curso de los acontecimientos en vez de controlarlos; pero, entonces, la Federación de Trabajadores del Transvaal empezó a considerar la posibilidad de una huelga general en apoyo de los mineros. Se decidió, en primer-lugar, organizar una manifestación de masas en Johannesburg; pero el general Smuts, con el pretexto de que la huelga había producido serios desórdenes, proscribió la manifestación y pidió al gobernador general que le prestara los servicios del ejército británico para sofocar a los mineros. La prohibición llegó demasiado tarde para evitar que los trabajadores se reunieran; y, el 4 de julio de 1913, se produjo una matanza. Los soldados dispararon contra los manifestantes y 21 personas, casi todas sin relación con la huelga, fueron muertas y 83 heridas. La forma en que el gobierno manejó la situación produjo una ola de indignación en toda Suráfrica. La huelga se resolvió en términos favorables a los mineros; pero las compañías se negaron a cumplir con esas condiciones y obtuvieron dinero del Estado para compensar a los esquiroles que se vieron obligados a despedir. Además, se negaron a reocupar a muchos líderes de la huelga y casi al mismo tiempo reiniciaron su intento de disminuir los salarios establecidos, introduciendo *afrikaners* con salarios más bajos.

Casi inmediatamente estallaron otros disturbios. Los ferrocarriles redujeron el número de trabajadores blancos empleados; y, en enero de 1914, los mineros del carbón de Natal declararon la huelga, en parte con demandas de mejores condiciones, pero también en protesta contra el trato de que habían sido víctimas algunos de sus líderes. Los trabajadores ferroviarios siguieron, cuando el gobierno se negó a reunirse con ellos para discutir sus reclamaciones; y la huelga de los ferrocarriles se extendió rápidamente a todo el país. El gobierno, con el general Smuts al mando, respondió a la huelga con las medidas más violentas. En esta ocasión, Smuts no invocó la ayuda de soldados británicos: se había provisto de una fuerza de ciudadanos, con guardias armados y rompe-huelgas, reclutados principalmente entre los agricultores boers. Los movilizó para ayudar a las fuerzas policiacas y, pocos días después del estallido de la huelga ferroviaria, declaró la ley marcial. Todos los miembros del comité del Sindicato Ferroviario

fueron arrestados y también los miembros del Consejo de la Federación de Trabajadores Industriales del Transvaal. Casi todos los líderes conocidos, incluyendo al coronel Cresswell, líder del Partido Laborista, fueron a la cárcel. Se suprimieron con gran violencia las reuniones y se implantó un reino del terror, en las zonas de disturbios. Pero no paró ahí la furiosa actividad de Smuts. Sacó a nueve de los líderes arrestados de la cárcel, los llevó de noche a Durban y los deportó, custodiados, a Inglaterra, a bordo de una embarcación llamada *Umgeni.* No había ninguna base legal para semejante acto, ni Smuts pretendió estar actuando de acuerdo con la ley. Después de esto, consiguió garantías del Parlamento Surafricano, mediante un estatuto especial.

La secuela inmediata de la conducta de Smuts, en 1913 y 1914, fue que el Partido Laborista obtuvo una clara mayoría, que conservó hasta 1917, en el Consejo Provisional del Transvaal. Pero Smuts había logrado, por el momento, aplastar el movimiento sindical de izquierda. El estallido de la guerra unos meses después produjo una división. La gran mayoría del Partido Laborista, todavía predominantemente británica, apoyó la guerra; pero un grupo encabezado por W. H. Andrews y S. P. Bunting se separó y formó una Liga Socialista Internacional, en oposición a la mayoría favorable a la guerra. Archie Crawford, mecánico, figura notable entre los deportados, cambió de opinión y regresó a Suráfrica como secretario de la nueva central sindical, la Federación Industrial Surafricana, que adoptó una posición moderada. La demanda de mano de obra producida por la guerra y la subida en los niveles de los precios crearon condiciones bajo las que los salarios aumentaron rápidamente después de 1914 y los patronos se mostraron dispuestos a reconocer y contratar con los sindicatos, en aras de la paz laboral. Sólo después de 1918 hubo una recurrencia de los trastornos laborales, primero en Johannesburg y Durban, en 1919, y después en Rand, en la gran lucha de los años siguientes. En 1922, Smuts trató una vez más de romper el movimiento de huelga general con medidas violentas y hubo una guerra civil en Rand, con muchos muertos y heridos de ambas partes. Fordsburg, principal suburbio obrero de Johannesburg, fue bombardeado con artillería; y, además de los muertos en la refriega, numerosos líderes obreros fueron ejecutados y muchos encarcelados. Hizo falta un ejército de 60 000 hombres, con armas, tanques y aeroplanos, para que los obreros regresaran al trabajo. Todo esto pertenece, sin embargo, a un periodo posterior al que debe cubrir este volumen. Lo mencionamos sólo porque los trastornos de 1919-22 fueron consecuencia directa de los de 1913 y 1914.

Los acontecimientos de estos años de preguerra alteraron considerablemente el carácter del movimiento obrero surafricano. Hasta 1914, no se había hecho prácticamente ningún intento de organizar

a los trabajadores nativos y el núcleo rápidamente creciente de *afrikaners* apenas había recibido la influencia del sindicalismo. Durante la guerra, no obstante, los sindicatos hasta entonces predominantemente europeos de trabajadores blancos se dedicaron efectivamente a organizar a los blancos, laboral y políticamente, y el movimiento sindical perdió gradualmente su carácter predominantemente británico y se convirtió en un movimiento combinado de trabajadores blancos, que buscaban el mantenimiento de los niveles y las condiciones de trabajo de los blancos y querían evitar que los patronos redujeran la proporción de trabajadores blancos en relación con los nativos. Entre los nativos se inició la organización, independiente de la de los blancos, con la fundación del Sindicato de Trabajadores Industriales y Comerciales, en 1919, y con huelgas de trabajadores portuarios y mineros nativos al año siguiente. No había, sin embargo, una acción común entre blancos y nativos: en verdad, los sindicatos blancos se hicieron más reaccionarios a medida que los *afrikaners* participaron más en ellos, y el Partido Laborista, en los años veinte, perdió terreno, ganándolo los nacionalistas, y no lograron obtener las considerables ventajas políticas que habían logrado antes de la guerra y durante ésta. Entretanto, el socialismo casi desapareció. El grupo surgido en torno a W. H. Andrews, quien había formado la Liga Socialista Internacional, entró en 1920 al Partido Comunista: Ta Federación Industrial Surafricana se disolvió en los trastornos de 1922 y el movimiento en general empezó a decaer.

CAPÍTULO XXVI

CHINA: SUN YAT SEN

En la actualidad, en cualquier análisis general del socialismo como fuerza mundial, el socialismo chino ocuparía una situación muy importante. Pero durante la etapa que tratamos en este volumen apenas puede decirse que haya existido en absoluto. China no tuvo un movimiento socialista organizado hasta después de 1914, y no participó en las actividades de la Segunda Internacional. La Revolución China de 1911-12 no fue, en ningún sentido, una revolución socialista: en efecto, ocurrió en una época en que el socialismo, considerado como doctrina esencialmente occidental, apenas había empezado a ser expresada en términos aplicables a China o a cualquier parte de Asia, con excepción del Japón. La principal figura de la izquierda, Sun Yat Sen, ha sido definido algunas veces como socialista y no hay duda de que había sido influido por ideas socialistas —y aun más por las de Henry George— pero, inclusive en sus últimos años, fue mucho más un nacionalista y anti-imperialista radical-revolucionario que un socialista, en el sentido ordinario de la palabra. No obstante, en sus trabajos se encuentran todas las ideas socialistas existentes en China antes de 1917.

Sun Yat Sen (1866-1925), era hijo de un campesino de Kwantung. Se rebeló en la infancia contra las costumbres tradicionales de su medio y fue enviado a reunirse con su hermano, quien se había establecido en Hawaii y se había convertido en agricultor y tendero próspero. Allí asistió a una escuela cristiana y se convirtió al cristianismo, para el escándalo de su familia. De vuelta a China, violentó nuevamente los convencionalismos de la aldea y se le permitió asistir a la escuela en Cantón y Hong Kong. Se relacionó con misioneros ingleses y norteamericanos, recibió adiestramiento como cirujano y practicó la cirujía por algún tiempo en un hospital de Macao, hasta que fue excluido por la ley portuguesa, que limitaba la práctica médica a los ciudadanos portugueses. En lo sucesivo dedicó su vida a la propaganda revolucionaria, viviendo y viajando por el extranjero y constituyendo grupos revolucionarios entre los emigrados chinos en todo el mundo. En 1895, participó en su primer acto revolucionario, un intento de apoderarse de Cantón y de lanzar desde allí una rebelión contra los manchúes. El plan fue descubierto y milagrosamente pudo escapar al extranjero, perseguido y ofreciéndose una recompensa por su cabeza. Fue a los Estados Unidos y de allí a Londres donde, al año siguiente, fue atraído engañosamente a la Legación china, don-

de se le mantuvo prisionero, con intención de embarcarlo secretamente con destino a China, para ser ejecutado. Sus amigos ingleses descubrieron lo que había sucedido y, tras algunas demoras, el gobierno británico insistió en que se le pusiera en libertad. Después, excepto cuando viajaba por las diversas comunidades chinas en el extranjero, vivió mucho tiempo en Japón, hasta la Revolución e influyó grandemente en los estudiantes chinos que acudían allí en gran número, en busca de una educación moderna, en la última etapa del dominio manchú.

En esta etapa, se llevaba a cabo en China una gran lucha entre los mantenedores del orden tradicional y los reformistas. La derrota de China en la guerra chino-japonesa de 1894 había creado un sentimiento de humillación nacional y muchos intelectuales chinos se habían "occidentalizado", porque veían en la adopción de las técnicas y de las ideas occidentales, el único medio de proteger a China contra su destrucción y repartición entre las grandes potencias. Había otros, sin embargo, encabezados por la emperatriz viuda, Tzu Hsi, quienes sostenían la idea opuesta de que los chinos debían rechazar todas las concepciones occidentales y darse a la tarea de expulsar a los extranjeros por todos los medios a su alcance. En 1898, un ilustrado reformista confucionista, Kang Yu-wei, obtuvo la atención del joven emperador, quien bajo su influencia dictó una serie de edictos, donde se proclamaban amplias reformas modernizantes, incluyendo la abolición del sistema tradicional chino de exámenes, la modernización del adiestramiento militar, el establecimiento de una universidad moderna en Pekín, la conversión de muchos templos en escuelas, la traducción de obras extranjeras al chino y la abolición de los empleos por prebendas. La emperatriz viuda respondió arrestando y encarcelando al emperador y asumiendo ella el poder. Hizo que fueran ejecutados muchos reformistas y otros huyeron al extranjero. Esta reacción produjo el fanático levantamiento anti-extranjero de los boxers en 1900. El ministro alemán y otros extranjeros fueron asesinados en Pekín y la sede de la Legación fue sitiada. También fueron asesinados muchos misioneros en el norte de China. Un ejército internacional, formado por contingentes de las potencias interesadas en China ocupó Pekín, sometió a los boxers y obtuvo una gran indemnización, imponiendo otras condiciones humillantes; y China se vio sujeta a crecientes presiones para concesiones de territorio y derechos de comercio e inversión por parte de las potencias rivales que sólo estaban de acuerdo en ver la decadencia de la autoridad en China como una oportunidad de expansión imperialista. Frente a esta opresión, incluso la emperatriz viuda y sus amigos reaccionarios empezaron a comprender la necesidad de cierta modernización y la derrota de Rusia por Japón en 1904-5 hizo que muchos chinos pensaran, por primera vez,

en que no existía una razón real para que el país no se equipara con el fin de reafirmar su independencia. Fue por esto que tantos jóvenes fueron enviados al Japón a estudiar, con el resultado de que experimentaron la influencia revolucionaria del doctor Sun Yat Sen.

En 1908, la emperatriz viuda y el emperador encarcelado murieron súbitamente, sin saberse con seguridad si su muerte se debió a causas naturales o no. El nuevo emperador era un niño y reinó gran confusión mientras los líderes rivales intrigaban por el poder. Yuan Shih-kai, quien había desempeñado un papel importante en el ascenso al poder de la emperatriz viuda y en sostener su autoridad, era el "hombre fuerte" del régimen; pero era muy impopular y sus rivales lo obligaron a retirarse. Los señores feudales locales afirmaron su independencia y la administración central, conmovida ya por los efectos del levantamiento de los boxers, empezó a disolverse. En el "doble diez" (el décimo día del décimo mes) de 1911 estalló una revuelta local en Wuchang, cerca de Hankow; y el general al mando de las tropas huyó, desconfiando de su lealtad. Sus fuerzas se unieron a los rebeldes, quienes obtuvieron una victoria prácticamente sin derramamiento de sangre. Siguieron otras revueltas en diversos lugares, hasta que casi todo el sur y el centro de China quedó en manos de los rebeldes, quienes todavía no tenían un líder común. El gobierno manchú, que todavía controlaba el Norte, se vio obligado a apelar a Yuan Shih-kai en su ayuda; y Yuan respondió al llamado. Entretanto, los rebeldes instaron a Sun Yat Sen a volver a China, para asumir el mando de la revolución, que había sido tan poco planeada que Sun viajaba por los Estados Unidos cuando estalló. No obstante Sun, en vez de regresar de inmediato a China, se trasladó rápidamente a Londres, donde emisarios de Yuan y los manchúes trataban de negociar un préstamo internacional de un consorcio de banqueros, para aplastar la rebelión. Sun logró convencer a los banqueros de que se abstuvieran —quizás convensiéndolos de que la dinastía manchú era cosa pasada—. Hecho esto, se apresuró a volver a China a tiempo para ser elegido Presidente de la República China, que fue proclamada, con Nankín como capital, a principios de 1912.

Sun Yat Sen encontró en China una situación muy confusa. El sentimiento contra los manchúes era enorme, sobre todo por las humillaciones que siguieron al levantamiento de los boxers, y había también una fuerte corriente de sentimientos anti-extranjeros dirigidos contra las grandes potencias imperialistas. Pero el movimiento democrático-nacionalista del cual era apóstol Sun tenía poco control en el Norte y parecía que la alternativa estaba entre una guerra civil, cuyo resultado era dudoso, y una división de China, que repugnaba al sentimiento nacionalista. Sun apoyó la tercera posibilidad de entrar en negociaciones con Yuan, sobre la base de que éste aceptara la abdi-

cación de la dinastía manchú y se uniera a la República. Si Yuan hacía esto, Sun ofrecía renunciar a la presidencia en su favor y convertirse en director de una organización económica para promover el desarrollo del país. Yuan aceptó sus términos y Sun renunció en su favor, convirtiéndose en director de una nueva Administración de los Ferrocarriles con amplios términos de referencia para el desarrollo económico de China y especialmente para su unificación a través de vías férreas y caminos. Estos proyectos de desarrollo habían desempeñado por mucho tiempo un papel importante en la propaganda de Sun y esperaba que el préstamo internacional, al cual retiró su oposición como parte del arreglo, se aplicaría principalmente a este fin. De acuerdo con los términos estipulados, Yuan debía ser un Presidente de la República con poderes estrictamente limitados, trabajando con un Primer Ministro aprobado por el Parlamento revolucionario y sujeto al control parlamentario. El gobierno republicano trasladó su sede de Nankín a Pekín, el emperador fue obligado a abdicar y muchos partidarios de Yuan fueron designados para ocupar altos cargos, junto a los líderes de la revolución.

Sun Yat Sen, como vimos, había reunido simpatizantes, hasta 1911, principalmente entre los chinos que vivían y estudiaban fuera de China, aunque también había podido establecer movimientos importantes en Hong Kong y en el barrio internacional de Shangai. Había hecho algunas visitas secretas a China después de su proscripción, pero cuando no había estado viajando por el mundo en busca de partidarios había vivido principalmente en Japón. Su nombre gozaba de gran prestigio, pero no era muy conocido personalmente para muchos de los líderes heterogéneos que habían hecho, en realidad, la revolución y, aunque logró que sus ideas básicas fueran aceptadas por la asamblea republicana en Nankín, es dudoso que fueran ampliamente comprendidas. Su sociedad revolucionaria, fundada en 1894 y llamada primero Hsing Chung Hui (Asociación para la Regeneración de China) y, desde 1905, T'ung Meng Hui (Alianza Revolucionaria) había fundado casi toda su fuerza en los chinos que vivían fuera de China. Desde 1911, reorganizada como el Kuomintang, o Partido Nacionalista, logró muchos partidarios en la propia China; pero no estaba bien organizada, e integrada por elementos ampliamente dispares, unidos sólo contra los manchúes y gracias a la hostilidad contra la interfe-" rencia extranjera en las cuestiones chinas. Tampoco tenía control alguno sobre los nuevos elementos que entraron a la República con Yuan Shih-kai. El propio Sun y el grupo que lo seguía apoyaban los "Tres principios" proclamados por muchos años por Sun como el fundamento necesario de la Revolución: nacionalidad, democracia y subsistencia. Pero, para Yuan y muchos otros que se habían pasado al bando vencedor, sólo el primero de estos principios tenía sentido. Eran,

en cierto modo, nacionalistas; pero no creían en la democracia y no tenían intención de poner en práctica la demanda de Sun de que se asegurara a todos un nivel de vida tolerable, significado de su tercer principio.

En consecuencia, era un hecho que surgieran disensiones. Sun, a la cabeza de la Administración de los Ferrocarriles, se vio discriminado y sin fondos. Muchos de sus amigos fueron sacados de sus puestos por Yuan y sustituidos por figuras reaccionarias o conservadoras en cuyo apoyo podía confiar Yuan. Fue Yuan y no Sun ni el Kuomintang quien recibió el apoyo de las grandes potencias y los banqueros internacionales como el hombre más capaz de restaurar la ley y el orden y susceptible a responder a sus requerimientos. Fue con Yuan con quien los banqueros reiniciaron las negociaciones de préstamos y con quien los representantes de las potencias en Pekín prefirieron tratar. Yuan por su parte, aunque había aceptado la República y obtenido la abdicación del emperador, no creía absolutamente en la maquinaria del gobierno democrático ni en el control parlamentario que los líderes del Kuomintang trataban de imponerle; y se dispuso a minarlos y a acrecentar su propio poder. No tardó mucho antes de que surgiera una seria disputa acerca de las condiciones en que debía hacerse el préstamo que Yuan negociaba con los banqueros extranjeros. Como garantía para el préstamo, los banqueros pedían embargo preventivo como pago anticipado del impuesto sobre la sal, que debía ser cobrado en el futuro por el Servicio de Aduanas Marítimas. Este servicio, que había sido administrado por un irlandés, Sir Robert Hart, como empleado del gobierno chino, había sido utilizado antes para lograr préstamos del extranjero; pero ahora se proponía, en efecto, transferir el control del gobierno chino - todavía no reconocido por las potencias extranjeras— a los banqueros, e insistir en que el total de la suma que éstos cobraran fuera transferido al centro, sin reservar nada para las administraciones provinciales chinas.

Los líderes del Kuomintang, el Primer Ministro y el Parlamento objetaron vigorosamente estas condiciones. También lo hizo el gobierno de Estados Unidos, presidido por Wilson, basándose en que significaban una interferencia ilegítima en la libertad de China para manejar sus propios asuntos. Los banqueros norteamericanos se vieron forzados a retirarse del consorcio, pero los demás siguieron adelante con el plan. Lo mismo hizo Yuan, quien hizo asesinar a su Primer Ministro, Sung Chiao-jen, designado por el Kuomintang, por su denuncia de los procedimientos. Ante esto, Sun Yat Sen, quien por mucho tiempo se había abstenido de atacar a Yuan, denunció abiertamente el asesinato y las condiciones en que Yuan había aceptado el préstamo. Sun y sus partidarios constituyeron un gobierno republicano rival en Nankín y repudiaron la autoridad de Yuan; pero Sun no

tenía fuerzas armadas importantes detrás y Yuan logró expulsarlo de Nankín hacia el Sur. Yuan disolvió entonces lo que quedaba del Parlamento republicano, y se dedicó a restablecer la autocracia, con él como emperador. Sun Yat Sen volvió al exilio. No obstante, el intento de Yuan de hacerse emperador despertó tanta oposición que sus consejeros extranjeros se alarmaron y le aconsejaron esperar. Las ceremonias fueron pospuestas y Yuan siguió gobernando como dictador, con el apoyo de los líderes reaccionarios.

En este momento, la situación fue abruptamente modificada por el estallido de la Guerra Mundial en 1914. El consorcio se rompió, con la expulsión de los alemanes; y Japón aprovechó la oportunidad para apoderarse de las concesiones alemanas en Shantung y para exigir importantes derechos adicionales en esa provincia. Al año siguiente, los japoneses prosiguieron en la actitud entregando un ultimátum a Yuan Shih-kai —los Veintiún Puntos— tan exagerados en sus demandas que estaban claramente destinados a reducir a China a la calidad de vasallo del Japón, mientras que las demás grandes potencias tenían demasiado de qué ocuparse para poder intervenir eficazmente. Yuan trató de que se modificaran las condiciones, pero tenía conciencia de que no estaba en situación de, oponer resistencia armada y, después de vanas discusiones, se vio obligado a aceptar la mayoría de ellas. Esta rendición puso fin a su autoridad en casi toda China. Se le consideró un simple instrumento de la agresión japonesa y el fuerte sentimiento anti-imperialista de los chinos se volvió contra él. Su control sobre la mayor parte del país desapareció cuando los señores feudales o virreyes de las provincias se negaron a obedecer sus órdenes. Trató de conseguir apoyo, prometiendo restaurar el gobierno parlamentario y reinstalar a los líderes del Kuomintang. Pero nadie creyó en sus promesas. Los republicanos, encabezados por Sun Yat Sen, establecieron un nuevo gobierno revolucionario en el sur de China.

Por entonces, junio de 1916, Yuan Shih-kai había muerto súbitamente y con él pereció lo poco que quedaba de su gobierno. China se dividió en numerosas regiones independientes, cada una gobernada por un señor feudal que no hacía caso a ninguna autoridad central y que, o bien gobernaba su provincia sin interferir con las demás o se unía a los señores feudales vecinos para tratar de obtener una mayor autoridad. Esta etapa de confusión total duró diez años, hasta la victoria de la segunda Revolución Nacionalista en 1926. Casi todo ese tiempo, Sun Yat Sen presidió el gobierno del Kuomintang en Cantón, aceptado unas veces en un área considerable y otras en limitado territorio, perdiendo más de una vez el control en la misma Cantón. El norte de China, entretanto, estaba dominado por distintos grupos de señores feudales, de los cuales los más importantes eran Chang Tso-lin, de Manchuria, y el general cristiano Feng. Al terminar la

Guerra Mundial, las grandes potencias se negaron a reconocer al gobierno de Sun y el Kuomintang recurrió a la ayuda de los rusos que, después de la Revolución Soviética, habían tomado la iniciativa de renunciar a todos los privilegios especiales, tales como la extra-territorialidad y las concesiones en territorio chino. Con la ayuda de consejeros rusos, encabezados por Borodin, el Kuomintang fue reorganizado como un partido nacional fuertemente disciplinado y se dieron pasos para adiestrar y equipar un ejército nacional del Kuomintang, con armas e ideas estratégicas modernas, bajo la jefatura de Chiang Kai-shek, a quien se consideraba entonces dentro del ala izquierda del movimiento republicano nacionalista. Entretanto, en el norte de China habían surgido y desaparecido una serie sorprendente de gobiernos. En 1922, Wu Pei Fu había derrotado a Chang Tso-lin y había convocado de nuevo al Parlamento de 1913 y reinstalado a Li Yuan-hung como Presidente; pero, en pocos meses, Li había huido de Pekín, y los señores feudales habían reiniciado sus disputas. En 1922, Feng cambio de posición y ayudó a Chang Tso-lin a derrotar a Wu. Tuan Chi-jui, otro señor feudal, fue puesto entonces a la cabeza de un gobierno provisional y envió convocatorias a las facciones contendientes para que mandaran representantes a Pekín para una Conferencia de Reorganización que devía resolver sobre el futuro gobierno de China. En 1925, Sun Yat Sen se dirigió al Norte para asistir a esta reunión y llegó a Pekín, pero allí cayó enfermo y después de varias semanas en el hospital, murió de cáncer, sin haber logrado nada. Dejó un "Testamento", que se convirtió en la base de la nueva Revolución del Kuomintang al año siguiente.

Estos acontecimientos no pertenecen, por supuesto, propiamente al presente volumen de este estudio, sino al próximo. Ha sido necesario resumirlos aquí porque sería imposible reseñar justamente, de otra manera, la contribución de Sun Yat Sen a la Revolución China o explicar los antecedentes de sus ideas sociales. No debo referirme, sin embargo, en este volumen, a la discutida cuestión de la influencia comunista rusa en el curso de la Revolución China, ya que esto pertenece totalmente a la etapa posterior a 1917. Las ideas sociales y políticas de Sun Yat Sen habían sido plenamente elaboradas en casi todos los aspectos mucho antes de la gran Revolución Rusa y no debían nada a la inspiración rusa, por mucho que haya podido ser influido por el ejemplo ruso en sus últimos años, en lo referente a la reorganización del Kuomintang como partido disciplinado. La filosofía social de Sun Yat Sen no tenía nada en común ni con el bolchevismo ni con el marxismo. Era un nacionalista, que repudiaba plenamente la concepción de la lucha de clases y se negaba a considerar al capitalismo, a diferencia del imperialismo extranjero, como el enemigo contra el cual debía luchar el pueblo chino. Creía ardien-

nacionales debían ser obligados a trabajar dentro de un firme marco de control político democrático y que el Estado debía aceptar la responsabilidad de proteger al pueblo contra la explotación y de asegurar una subsistencia razonable para la familia. Quería organizar una gran campaña para el mejoramiento de las técnicas agrícolas y la adopción de métodos cooperativos para la utilización de los implementos agrícolas, y en la venta y compra de lo necesario. En la industria, estaba totalmente dispuesto a dejar que los capitalistas la dirigieran, sujeto esto a la aceptación de los códigos reguladores establecidos por el Estado para la protección de los intereses de los trabajadores. Concebía que el patrono y el trabajador aceptarían por igual los "tres principios" y que se considerarían servidores cooperativos de la nación, dispuestos a cumplir con su mandato, y unidos por la comunidad del servicio. Sobre esta base, repudiaba, como nacionalista, la idea de la lucha de clases, suponiendo que ésta llevaba implícita una negación del propósito nacional común.

Es verdad que Sun se refirió algunas veces a sus ideas como si, en último término, coincidieran con Tas ideas básicas del socialismo, o del comunismo. Sostuvo en su libro sobre los "tres principios" que el tercer principio, subsistencia (Min-Sheng), "es comunismo, es socialismo"; pero explicaba también que había escogido deliberadamente la expresión "subsistencia", en vez de "socialismo", que él llamaba palabra "occidental", para distinguir su actitud de la de los socialistas occidentales, que destacan las diferencias de clases. Es posible que pensara que, en el curso del tiempo, el capitalismo estaba destinado a desaparecer y que, seguramente, gran parte de la inversión que China necesitaba para su desarrollo económico tendría que hacerse directamente bajo auspicios públicos. Pero estaba firmemente convencido de que, en la situación dada, China no podía prescindir de los capitalistas. En el Manifiesto que lanzaron conjuntamente él y Joffe, el emisario soviético, al aceptar la ayuda soviética, su actitud en relación con el comunismo fue claramente establecida.

> El doctor Sun Yat Sen sostiene que ni el orden comunista ni siquiera el sistema soviético pueden introducirse por el momento en China, porque no existen las condiciones para que tenga éxito el establecimiento del comunismo o del soviet. Esta opinión es enteramente compartida por el señor Joffe, quien es, además, de la opinión de que el problema principal y más inminente de China es lograr la unificación nacional y alcanzar su plena independencia nacional.

Sun habría dicho lo mismo, por supuesto, acerca del socialismo. Su propósito era unificar a todo el pueblo chino, con excepción de

los inveterados señores feudales y los traicioneros servidores de las potencias extranjeras, bajo la bandera del nacionalismo, y no dividirlos en clases enemigas.

Inmediatamente después de los "tres principios" estaba, en la doctrina social de Sun, la "constitución de los cinco poderes". En lugar de la división familiar del gobierno en tres elementos —legislativo, ejecutivo y judicial— presentaba un proyecto donde se añadían otros dos. Debían ocuparse, respectivamente, del "examen" y del "control". Al organismo "examinador" se confiaría, principalmente, la selección de los candidatos a los puestos públicos, es decir, debía suceder en esas funciones a las viejas oficinas examinadoras del régimen manchú, pero debía reformar sus métodos para tomar plenamente en cuenta todas las formas útiles del conocimiento moderno, incluyendo la habilidad técnica occidental. El organismo "de control" sería responsable de la acusación de los funcionarios deshonestos o inútiles y de investigar todo el desenvolvimiento de los asuntos públicos.

Cada una de las cinco partes de la estructura del gobierno debía ponerse en manos, de acuerdo con el plan de Sun, de un consejo (Yuan) electo separadamente; y cada consejo debía tener la misma autoridad dentro de la esfera que le era asignada. La concepción del gobierno que tenía Sun era, pues, esencialmente pluralista; pero detrás de los cinco consejos descansaría la autoridad directa del pueblo, objetivada en las instituciones de iniciativa, referendum y destitución de cualquier representante con quien pudieran estar insatisfechos. Concebía esta combinación de autoridad popular directa y administración funcional como la única reconciliación satisfactoria del perito con la democracia.

Sun, no obstante, no propuso el establecimiento inmediato de su nuevo sistema de gobierno. La creación del nuevo orden social llevaría implícitas, decía, tres etapas sucesivas: la revolución, la tutela y la realización. En la primera etapa, que tendría que llevarse a cabo bajo control militar, la revolución derrotaría a sus enemigos y establecería la República. Tan pronto como terminara la lucha por la República, la etapa militar tendría que dar paso al tutelaje, durante el cual los líderes del partido victorioso establecerían las nuevas instituciones fundamentales y emprenderían una gran campaña para inculcar al pueblo las nuevas actitudes y técnicas sociales. Esta segunda etapa daría paso rápidamente a la tercera, en la que el pueblo se gobernaría a sí mismo, plena y democráticamente, bajo el "sistema de los cinco poderes". Se observará que la segunda de estas etapas tiene cierto parecido con la concepción comunista de la "dictadura", especialmente por el papel que se asigna al partido durante su desarrollo. Pero la "dictadura" de Sun no debía ser la de una clase; y su idea era que sólo debería durar algunos años, mientras se crearan las instituciones

de la "constitución de los cinco poderes", en el inmenso territorio de la República China.

En la última exposición que hizo Sun de las tres etapas mediante las cuales debía crearse la "consitución de los cinco poderes" aparecía una modificación de su doctrina primitiva. Había pensado que cada una de las tres etapas debían seguir su curso y llegar a su fin simultáneamente en toda China. En la versión revisada de sus *Fundamentos de la reconstrucción nacional* (1924) volvió a la opinión de que la transición podría tener que realizarse en diferentes momentos en las distintas regiones y sustituyó la concepción del control centralizado, durante la transición, por otra en que se daba mucha mayor importancia a construir desde abajo, a través del desarrollo y la democratización de las instituciones locales y provinciales como preparación para la reorganización central.

Ésta idea de las tres etapas no fue tomada por Sun de los rusos, aunque estaba sin duda familiarizado con las primeras fases de la controversia entre los marxistas referente a la "dictadura del proletariado". Fue menos aún el fruto del consejo ruso después de 1917. Ya estaba expresada plenamente en el *Programa de reconstrucción nacional* de Sun, publicado en 1918, y había sido desarrollada por él mucho antes. En efecto, había producido controversias entre él y algunos compañeros revolucionarios en 1912, cuando los acusó de ir demasiado rápidamente hacia el establecimiento de las instituciones del gobierno parlamentario democrático, sin acostumbrar primero al pueblo a la idea, que le era totalmente ajena, o consolidar por anticipado los fundamentos del régimen republicano. Había querido que aceptaran, al cesar la lucha, la necesidad de un periodo de tutelaje bajo la dirección del partido y les había advertido el peligro de que el sistema democrático podía quebrarse si se entregaba al pueblo sin una etapa de instrucción previa respecto a su uso. El hecho de que fuera derrotado en esta cuestión fue, según él mismo, un factor que lo decidió en 1912 a dejar la Presidencia y concentrarse en la tarea de la reconstrucción económica.

He dedicado todo este espacio a las ideas de Sun Yat Sen, aunque no lo considero socialista, porque su influencia actuó sin duda vigorosamente en un sentido socialista y porque muchos de sus discípulos fueron o llegaron a ser socialistas. Además, como veremos en el próximo volumen de este estudio, hay una relación inextricablemente estrecha en los países económicamente atrasados, entre nacionalismo y socialismo. Esta relación fue integrada en movimientos y comentes reales de pensamiento sólo después de la revolución rusa de 1917 y, en gran medida, como consecuencia de ella. Pero Sun Yat Sen había comprendido mucho antes su importancia, por su experiencia del impacto sobre China de las políticas imperialistas rivales

de las grandes potencias y por su convicción de que los países coloniales y semi-coloniales sólo podían esperar salvarse de la conquista y la explotación construyendo Estados fuertes, que tomaran la iniciativa en la introducción de técnicas modernas y utilizaran contra los imperialistas todas las armas de resistencia cultural e ideológica con que las armara el nacionalismo, así como las armas de organización económica y rebeldía armada. Sun Yat Sen, más que ningún otro pensador social, elaboró la concepción del nacionalismo democrático como instrumento para la emancipación de los pueblos oprimidos y trató de unir a todas las clases, salvo las irreparablemente reaccionarias, en torno al lema de Confucio: "Todos trabajarán, bajo el cielo, por el bien de la nación." Rechazó, explícitamente, no sólo la "lucha de clases", sino toda la concepción materialista de la historia, tal como la expresó Marx, insistiendo en que los factores nacionales y culturales no influían menos que los económicos para trazar la pauta del desarrollo, y que la comprensión de las fuerzas sociales debe basarse en que el hombre sea tratado como un "ser total" y no sólo en sus relaciones económicas. Esto no significa que menospreciara la importancia de los factores económicos; pero no consideraba que empujaran al hombre hacia determinada meta, sino que los concebía como fuerzas que debían ser controladas y guiadas por el espíritu humano, expresado en las tradiciones y en la voluntad creadora de la comunidad nacional.

CAPÍTULO XXVII

JAPÓN

Japón no tuvo un movimiento socialista amplio antes de la primera Guerra Mundial, y, si existió de alguna manera, se eclipsó completamente en 1911, cuando el gobierno arrestó a la mayoría de los líderes socialistas y ejecutó a buen número de ellos, tras un juicio secreto, por delitos contra la Constitución. Los ejecutados fueron acusados de anarquistas y de realizar actividades terroristas: en verdad, parece que fueron partidarios de la "acción directa", influidos por la I. W. W. norteamericana. D. Kotoku, el más conocido entre las víctimas, había trabajado en los Estados Unidos por algunos años y regresó como apóstol de la "acción directa" y opositor de las actividades parlamentarias; pero la persecución de 1911 no se limitó, de ninguna manera, a su grupo, aunque fueron ellos quienes más la sufrieron. Las autoridades aprovecharon la oportunidad para quebrar a todas las organizaciones socialistas y a la mayoría de las sindicales, para suprimir los periódicos socialistas y encarcelar a muchos que escaparon a la ejecución; no fue posible que el movimiento se recuperara hasta mucho después de 1914, cuando empezaron a declararse las huelgas contra el alto costo de la vida. Sólo después de 1918 hubo un importante renacimiento socialista.

El socialismo japonés tuvo dos inicios distintos; uno entre los intelectuales y otro entre los trabajadores desprovistos de voto. Había sido precedido por un movimiento liberal que se centraba en la lucha por un gobierno parlamentario responsable; y las primeras expresiones de ideas socialistas procedieron principalmente de intelectuales liberales que las habían aprendido en Europa o en los Estados Unidos. I Iubo también partidarios de Henry George, encabezados por Ukichi Taguchi, economista, propietario y editor de *El Economista de Tokio.* El viejo político liberal, Firmio Yano, se convirtió al socialismo en 1902 y escribió un libro, *La nueva sociedad,* que tuvo una gran venta. Otro líder liberal, el conde Itagashi, fundó el Club Dokai en 1900, con ideas bastante socialistas. El año anterior, el conocido novelista, Rokwa Tokutomi, había escrito un relato socialista, *Kuroshio (Monzón),* que produjo también un efecto considerable. Otro influyente novelista socialista fue N . Kinoshita, cuyo *Pilar de fuego* apareció en 1903: había sido uno de los fundadores del Partido Socialista dos años antes.

El movimiento socialista intelectual, que empezó poco antes de 1890, llegó a su culminación durante la primera década de este siglo.

Pero desde la época de la guerra Ruso-Japonesa, a la que se opusieron vigorosamente casi todos los socialistas, retrocedió rápidamente, excepto entre los estudiantes; y muchos intelectuales que habían expresado su simpatía por el socialismo y habían destacado su semejanza con el espíritu japonés, se volvieron vigorosamente en su contra cuando se mostró como doctrina internacionalista. Esos "socialistas" habían sido atraídos por la idea cuando parecía subrayar el servicio al Estado contra el egoísmo individual y habían llegado a afirmar, en algunos casos, que el Japón era ya socialista por su espíritu y sólo necesitaba la democracia para serlo de hecho. Cuando el núcleo principal de socialistas organizados afirmaron su solidaridad con el pueblo ruso contra los autócratas e imperialistas de los dos Estados en guerra, esas personas se separaron inmediatamente del socialismo y algunos se convirtieron en sus perseguidores.

Al lado del "socialismo" de los intelectuales creció, en los años noventa, un pequeño movimiento socialista proletario. Japón había sido, por mucho tiempo, un país de gremios de oficios fuertemente organizados, para la protección laboral y para fines amistosos y benéficos; y, durante la década de los noventa, algunos de esos gremios se convirtieron en sindicatos al estilo occidental, bajo la dirección de hombres como Sakenobu Ota, de los yeseros, y F. Saito, de los carpinteros de barcos. Los impresores de Tokio formaron un sindicato en 1890. No ocurrió nada importante, sin embargo, hasta la época de la guerra Chino-Japonesa, que fue seguida por muchas huelgas en pro de mejores salarios, para compensar los más altos costos de vida. Entonces Sen Katayama (1858-1933), una de las principales figuras del periodo siguiente, regresó de los Estados Unidos y se dedicó a crear un movimiento socialista, con base en la organización sindical. Katayama, de origen campesino, había sido impresor en Tokio y después conserje en la Universidad. En 1844 fue a California con el fin de proporcionarse una mejor educación y, manteniéndose con su trabajo, siguió diversos cursos en varios colegios y universidades norteamericanas. Graduado en 1892, pasó tres años haciendo estudios superiores y, cerca de 1895, volvió a Tokio y se dedicó a la labor que él mismo se había designado. En 1897 se había convertido en secretario de un sindicato recién integrado de trabajadores de la industria del hierro, había fundado un periódico, El *Mundo Obrero,* y había establecido una sociedad llamada Rodo Kunaii Kiseikai (Sociedad para la Fundación de Sindicatos). Al año siguiente, estalló una gran huelga en los ferrocarriles nipones y logró organizar un sindicato de trabajadores ferroviarios y convertir a muchos gremios del ramo de la construcción y ebanista en sindicatos. Se formaron otros sindicatos en los arsenales del gobierno y entre los trabajadores de los muelles. Junto a la Rodo Kunaii Kiseikai, Sen Katayama y el pro-

fesor Isowa Abe, su principal colaborador intelectual, fundaron en 1897 una Asociación Socialista en Tokio y se dedicaron también a establecer, en estrecha relación con los sindicatos, numerosas sociedades cooperativas de consumo, algunas de las cuales pudieron sobrevivir cuando se suprimieron los sindicatos.

Hasta este momento, había permitido que prosiguiera el movimiento sin mayor interferencia de las autoridades, aunque *El Mundo Obrero* de Katayama tuvo problemas, algunas veces, con la censura. En 1899, algunos profesores, alarmados por el crecimiento de un movimiento obrero militante, establecieron una Unión de Reforma Social, que debía canalizar, en parte, a los intelectuales socialistas hacia actividades menos peligrosas; y este organismo ayudó a promulgar una ley que legalizaba las sociedades cooperativas, al año siguiente. Ese mismo año, no obstante, las autoridades se alarmaron y pusieron en vigor una ley policiaca de paz pública, que prohibía la incitación a la huelga y ponía severas limitaciones a los derechos de organización política, manifestación y reunión pública, así como de asociación sindical. A partir de este momento, la policía fue dotada de facultades muy amplias para suprimir los movimientos obrero y socialista. Estas facultades no se utilizaron siempre con la misma severidad; pero siempre podían ser invocadas cuando el gobierno quería recurrir a ellas. En especial, se prohibió a las mujeres y a los estudiantes participar en asociaciones políticas o acudir a reuniones políticas; la policía podía asistir a cualquier reunión política o sindical y darla por terminada cuando se le antojara y había una fuerte censura de los periódicos obreros y socialistas, que podían ser confiscados si publicaban artículos "subversivos" y ser totalmente clausurados y confiscada su imprenta en caso de que se repitiera la contravención. Estos reglamentos hicieron terriblemente precarias las vidas de los "agitadores" y de los periodistas de izquierda. Casi todos los líderes se pasaban la vida en la cárcel y los periódicos eran suprimidos una y otra vez, para volver a publicarse bajo nuevos nombres. La represión se hizo especialmente severa en tiempos de la guerra Ruso-Japonesa, en 1904-1905. Cedió, por cierto tiempo, después de la caída del gabinete Katsura, cuando el nuevo gabinete Saionji dio, por un tiempo, mayor libertad de propaganda y organización. Pero esta libertad relativa no duró mucho. Se reanudó la represión en 1908, y la persecución llegó al climax con los grandes juicios contra los "anarquistas" en 1910-11, que aniquilaron por el momento al movimiento socialista.

La nueva Ley de Policía de 1900 no hizo disminuir de inmediato las actividades de los socialistas. La nueva Ley Constitucional de 1899; que debía desembocar en una especie de gobierno parlamentario —pero con voto limitado y siendo los ministros nombrados por la Corona y responsables ante ella y no ante el Parlamento—, fue seguida, en

1900, por la formación de una Unión en favor del sufragio para todos los adultos; y, al año siguiente, los grupos socialistas sostuvieron una Conferencia y decidieron establecer un Partido Social Demócrata, con intención de acudir a las elecciones, aunque había pocas esperanzas de obtener asientos mientras no se extendiera el derecho al sufragio. El nuevo partido lanzó un Manifiesto, basado en gran parte en las ideas socialistas de Occidente. El gobierno respondió de inmediato procesando a los editores de los cuatro periódicos diarios que se atrevieron a publicar el Manifiesto y suprimiendo el partido, que se convirtió desde entonces en una Asociación de Propaganda Socialista (Shakai Shugi Kyokai), para evadir la prohibición. Los principales líderes eran, por esta época, Sen Katayama y el profesor Abe, los periodistas K. Kawakami, D. Kotoku y Sakai, K. Nishikawa, quien trabajó estrechamente con el grupo de Katayama, y el novelista N. Kinoshita. Un periódico. popular, *Nikoru,* dio su apoyo publicando una serie de artículos sobre el socialismo escritos por Abe y convocando a una gran manifestación pública en la que se aprobaron resoluciones en favor de la legislación sobre las fábricas y el sufragio universal. La policía prohibió primero las demostraciones, pero después dio permiso para que se efectuaran, a condición de que no se permitiera la asistencia de más de 5 000 personas. De hecho, acudió diez veces ese número y la policía no pudo hacer nada. Cuando fue suprimido el Partido Socialista, otro periódico popular, *Yorozu,* fundó un nuevo organismo, Risodan (Liga Progresista), con un programa que comprendía casi todas las demandas socialistas. Kotoku y Sakai eran los principales redactores de este periódico que, en los dos años siguientes, abogó por una política progresista y obtuvo gran apoyo de estudiantes y trabajadores. En 1903, sin embargo, cuando empezaron a aparecer las nubes de la guerra por las disputas ruso-japonesas en Corea y Manchuria, los propietarios de *Yorozu* objetaron la actitud antibelicista de sus principales colaboradores y Kotoku y Sakai se vieron obligados a renunciar. En 1902, Katayama había publicado durante algún tiempo *El Mundo Obrero* como diario; pero no había podido mantenerlo así y había vuelto a publicarlo como revista quincenal. Cuando se produjo la división con *Yorozu,* los grupos socialistas, con ayuda del doctor Tokyiro Kato —quien fue después delegado japonés ante el Congreso Socialista de Stuttgart de 1907— se unieron para fundar un nuevo periódico, el *Heimin,* que sería editado por Kotoku y Sakai; y este periódico se convirtió pronto en el principal núcleo de unión del movimiento socialista, no sólo en Tokio sino en todos los centros industriales. Ese mismo año, los socialistas realizaron un Congreso nacional en Osaka y lanzaron otro Manifiesto, que parece no fue objeto de molestias por la policía. Ese año, en verdad, el socialismo alcanzó la cima de su influencia entre los intelectuales.

pero tuvo que hacer frente, también, a su primera gran crisis, que surgió de las disensiones en torno a la amenaza de guerra con Rusia.

El Congreso de 1903 delegó a Katayama para acudir al Congreso Socialista Internacional en Amsterdam al año siguiente; y, en noviembre de 1903, salió del Japón para recorrer los Estados Unidos en una misión de propaganda, antes de dirigirse a Europa. En su ausencia, la Asociación Socialista y *Heimin* realizaron una enérgica campaña de propaganda. *Heimin* publicó una traducción del *Manifiesto Comunista,* que fue en seguida confiscada por la policía así como algunos otros libros y folletos socialistas. La Asociación organizó varias reuniones para mujeres, a las que no se permitía acudir a las reuniones de los hombres y el movimiento socialista entre los estudiantes hizo rápidos progresos. Cuando estalló la guerra, los socialistas enviaron un mensaje de saludo y solidaridad a los rusos; y fue publicado en *Iskra,* con una respuesta fraternal, escrita probablemente por Lenin. En Amsterdam, Katayama saludó públicamente a Plekhanov, como señal de solidaridad entre los trabajadores rusos y los japoneses.

Estos acontecimientos iniciaron una intensificada política de persecución en Japón. Muchos líderes socialistas fueron arrestados y encarcelados —Nishikawa por siete meses y Kotoku por cinco— y el *Heimin,* tras repetidas confiscaciones, fue totalmente suprimido. Fue sustituido de inmediato por un nuevo periódico, *Chokugen (Libre Expresión'),* que fue a su vez eliminado por la policía a fines de 1905. La ocasión para esta segunda supresión fue facilitada por la serie de disturbios que, empezando en Tokio en septiembre de 1905, se extendieron rápidamente a otras ciudades. Eran movimientos espontáneos, no provocados definitivamente ni dirigidos por los socialistas. Surgieron de la insatisfacción general debida a las condiciones bélicas y al disgusto ante la política belicista del gobierno. Se recurrió a los soldados y los disturbios fueron sofocados despiadadamente. Hubo nuevamente muchos arrestos y la Asociación Socialista fue disuelta. Pero estos disturbios provocaron la caída del ministro de la guerra, Katsura, e hicieron que se recurriera a una política más liberal, con Saionji.

Aprovechando el cambio en el gobierno, los socialistas iniciaron algunos periódicos y, en febrero de 1906, formaron un nuevo Partido Socialista, bajo la dirección del .doctor Kato, y empezaron a fundar ramas en las principales ciudades. En marzo, los tranviarios de Tokio declararon la huelga, suspendieron todo el tránsito, v obtuvieron una completa victoria. Antes de terminar el año, el diario *Heimin* había sido abierto otra vez, con Kotoku y Sakai de nuevo en el control. Vino entonces, en febrero de 1907, la gran huelga de las minas de cobre de Asió, encabezada por Nagaoka, quien se había labrado una influyente posición a través del periódico *El Amigo*

de los Mineros y como autor de himnos de los trabajadores, que circulaban ampliamente en hojas sueltas. La huelga de los mineros dio ocasión a serios disturbios y perjudicó grandemente a la propiedad de las compañías. Los soldados fueron llamados y hubo lucha cuerpo a cuerpo antes de que los trabajadores se rindieran. Más de 200 obreros fueron arrestados y el sindicato de mineros, formado en 1903, fue suprimido. Las compañías se negaron a emplear de nuevo a los huelguistas y lograron reemplazarlos con esquiroles. Mientras se desarrollaba la huelga, el Partido Socialista celebró un Congreso con el fin de revisar la política trazada el año anterior y hubo una vehemente disputa entre la izquierda y la derecha. Kotoku había visitado a los Estados Unidos en 1905 y regresó como partidario declarado de la acción directa y del sindicalismo industrial y opositor de la acción política. En su ausencia, el Congreso Socialista de 1906 había incluido en su programa una cláusula que le permitía actuar sólo "dentro de los límites de la ley"... En el Congreso de 1907 él y su grupo, en ausencia de Katayama, lograron que esta cláusula fuera suprimida, aunque no consiguieron que se aprobaran sus proposiciones positivas. Él programa de transacción adoptado comprometía al partido a "un cambio radical y fundamental de la sociedad existente, a la propaganda anti-militarista y anti-religiosa y a la campaña en favor del sufragio para todos los adultos". La proposición de Kotoku de borrar la referencia al sufragio de todos los adultos y la de Tazoye de afirmar la necesidad de acción parlamentaria fueron ambas derrotadas.

Estas resoluciones bastaron para que el gobierno suprimiera el Partido Socialista y para echar a andar una vigorosa lucha de facciones entre los parlamentaristas y los partidarios de la acción directa. Katayama, de vuelta al Japón desde los Estados Unidos justamente después del Congreso, se puso a la cabeza de los parlamentaristas, quienes iniciaron una nueva sociedad (no un partido) llamada Doshikai. Kotoku y Sakai fundaron una sociedad rival, Kinyokai; y cada grupo inició un nuevo periódico para apoyar sus opiniones. El grupo de Katayama, al mismo tiempo que alentaba la acción parlamentaria, no se oponía a la acción directa —el mismo Katayama había votado en Amsterdam en favor de la huelga general—. Él grupo de Kotoku, por otra parte, era violentamente anti-parlamentario.

Por entonces, en junio de 1907, otro grupo de mineros del cobre, empleados en las minas de Bessi, declararon la huelga y se repitieron los hechos que habían ocurrido en Asió unos meses atrás. Hubo nuevos disturbios, con grandes daños a la propiedad; de nuevo se llamaron soldados para sofocar el movimiento y muci os mineros fueron encarcelados. La huelga de Bessi, como los disturbios de Asió, fue espontánea: surgió de las malísimas condiciones de trabajo y de las protestas

contra la conducta despótica de los capataces de las minas. Ante los disturbios se asustaron muchos socialistas moderados y la alarma creció con la actitud extrema adoptada por el grupo de socialistas de Kotoku. Mientras la lucha de facciones se mantuvo en su climax, Katayama y su colaborador principal en el Doshikai, K. Nishikawa, se disgustaron. Nishikawa había persuadido a Katayama de que aceptara a su amigo Akabu como editor asociado de su periódico, *Noticias Socialistas;* pero pronto Katayama denunciaba a Akabu como anarquista y dos periódicos rivales, con el nombre de *Noticias Socialistas* aparecían en Tokio, mientras el grupo de Kotoku publicaba en Osaka un nuevo *Heimin,* editado por el líder local, Morichika. El gobierno arrestó entonces a Nishikawa, quien permaneció por tres años en prisión, arrepintiéndose de sus actividades socialistas. Resurgió en 1911, cuando el movimiento era totalmente reprimido, para escribir su retractación en un libro llamado *Confesiones.* Katayama, después del arresto de Nishikawa, trató de reorganizar el Partido Socialista en unión de Fujita, un extraño personaje que se había convertido en líder indiscutible de los voceadores de periódicos de Tokio y tenía una gran capacidad para organizar manifestaciones repentinas y para dar quehacer a las autoridades. Por esta época era imposible predicar abiertamente el socialismo, pero Katayama y Fujita recorrieron el país pronunciando discursos socialistas aunque evitando utilizar el término. En junio de 1908, las facciones rivales se unieron en una demostración de masas para recibir al periodista socialista Yamaguchi, que salía de la cárcel. Los manifestantes portaban banderas rojas, que fueron recogidas por la policía en el curso de violentos encuentros. Hubo nuevamente numerosos arrestos, seguidos de sentencias de doce a treinta meses de prisión para la mayoría de los líderes. Sakai estuvo entre los sentenciados por dos años. Los llamados "disturbios de las banderas rojas" fueron la señal de una gran campaña de prensa contra los socialistas y de una campaña de policía intensificada contra los mítines socialistas, especialmente en Tokio. Katayama, y los que escaparon a la detención, prosiguieron con la labor de propaganda, en lo sucesivo principalmente fuera de Tokio. Pero la represión se hizo gradualmente más severa; y, en mayo de 1910, culminó con un arresto general de agitadores socialistas y con el sometimiento de algunos de ellos, después de largos interrogatorios de la policía para obtener respuestas que fundaran la acusación, a un proceso como anarquistas, acusados de traición al Estado.

Los juicios, realizados en secreto y llevados a la Suprema Corte, prosiguieron durante todo el año. En enero de 1911, casi todos los acusados fueron condenados a muerte y las sentencias fueron ejecutadas inmediatamente, en la horca, sin el intervalo acostumbrado entre la sentencia y la ejecución. Los intentos de los socialistas, que habían

permanecido libres o que habían sido libertados, de organizar protestas, fueron sofocados. Todos los periódicos socialistas fueron suprimidos y las reuniones socialistas prohibidas.

Estos acontecimientos casi mataron al movimiento socialista japonés. Kotoku, líder de la izquierda, estaba entre los ejecutados. Katayama, quien había sido libertado después de ser arrestado e interrogado, fue encarcelado en enero de 1912 por apoyar una huelga de los tranviarios de Tokio, que tuvo éxito; y los sindicatos que tenían alguna relación con los socialistas fueron, en su mayoría, suprimidos y confiscados sus fondos —sólo se permitió la existencia de las sociedades cooperativas que habían fundado—. Las autoridades comprendieron, sin embargo, que la supresión no bastaba y que debía buscarse alguna salida a la acción obrera, si se quería evitar que resurgiera el movimiento militante. En consecuencia, algunos patronos ayudaron al ala derecha de los sindicatos y a los gremios de oficios sobrevivientes, así como a las sociedades amicales, a organizar un organismo central con un programa moderado de reforma social y laboral. La dirección del nuevo organismo, la Yuaikai, o Sociedad de Trabajadores, fue asumida por Bunji Suzuki, quien, denunciado por los socialistas que aún quedaban, se convirtió en líder de un movimiento obrero tolerado que proclamaba como meta la paz laboral. Ésta fue a partir de 1912, la única organización de trabajadores permitida. En los años de la guerra, de 1914 a 1918, a pesar de sus intenciones pacíficas, recurrieron a las huelgas en escala creciente ante la aguda subida de los precios. La Yuaikai fue afectada por estos acontecimientos, cambió su nombre por el de Federación de Trabajadores y empezó a trabajar más en el terreno sindical. Los patronos le retiraron entonces su reconocimiento y fundaron una organización rival, que se llamó Asociación para la Humanización del Trabajo y el Capital. Cuando se creó la Organización Internacional del Trabajo después de la guerra, la Yuaikai reclamó el derecho de designar los delegados para representar al Trabajo, de acuerdo con su estructura tripartita; pero el gobierno rechazó la reclamación e insistió en designar a los que debían representar a los trabajadores. El relato de la lucha que siguió pertenece, sin embargo, al próximo volumen de esta historia.

La historia del socialismo japonés hasta 1914 plantea, en forma extrema, los problemas que confrontaron los propagandistas del socialismo y el sindicalismo en países donde no había ninguna tradición de libertad democrática ni una tradición revolucionaria entre las clases pobres. La revolución no había surgido en Japón de abajo sino de arriba y había logrado transformar al país del atraso económico y el conservatismo social a la adopción de técnicas de producción muy avanzadas. También había alfabetizado a la gran masa del pueblo, para abrir el camino al uso extendido de la palabra escrita como instru-

mentó de propaganda. Pero no había liberalizado el sistema de gobierno ni había favorecido en las masas populares una respuesta a las doctrinas democráticas. Lo que controlaba, sobre todo, al movimiento socialista era que el internacionalismo de sus líderes intelectuales los colocaba en aguda oposición a las principales corrientes del sentimiento nacional, en una época en que Japón establecía, gracias a sus triunfos bélicos, su posición como gran potencia. Las actitudes antimilitaristas de los líderes socialistas les ganó mucha impopularidad en el núcleo principal de opinión fuera de algunos grupos particularmente oprimidos, como los mineros, y les costó la pérdida de gran parte del apoyo teórico que habían ganado, hasta 1904, entre las clases intelectuales. Lucharon duramente para abrirse paso entre estos obstáculos; pero el gobierno era demasiado fuerte para ellos, especialmente cuando se dividían entre sí. No es en absoluto sorprendente que la disputa entre los social-demócratas y los partidarios de la acción directa, que conmovía al socialismo europeo y norteamericano, tuviera sus ecos en Japón: pero dadas las condiciones existentes, era fatal, como pensaba Katayama, que los socialistas hicieran profesión pública de doctrinas extremistas lo que daba al gobierno la oportunidad, con apoyo de un núcleo amplio de la opinión pública, de reprimir a moderados y extremistas por igual, y de poner fin a lo que había parecido, por algunos años, una fuerza creciente de la vida japonesa.

El socialismo japonés no produjo ningún pensador notable, a no ser que haya algún genio cuya importancia se nos ha escapado, hasta ahora, no sólo al mundo exterior, sino también a su propio pueblo. Katayama no pretendió nunca ser un teórico: se sentía más bien inclinado a disminuir sus facultades intelectuales, en su ansiedad por ser aceptado como proletario mis que como intelectual. Sabía que el socialismo en Japón no tendría fuerza mientras no dejara de ser una cuestión de intelectuales de izquierda, que jugaban con ideas tomadas de Europa y los Estados Unidos; y se dispuso a trabajar, desde un principio, para persuadir a los trabajadores industriales a que se organizaran en sindicatos y a luchar por mejores condiciones como el fundamento necesario de un movimiento socialista efectivo. Era "parlamentarista", no tanto porque creyera en la posibilidad de constituir, dadas las condiciones existentes, un Partido Socialista que desempeñara un papel importante en la vida nacional, sino porque creía que la aceptación del constitucionalismo era necesaria para dar la oportunidad de que surgiera un movimiento obrero organizado, y comprendía que las manifestaciones revolucionarias de Kotoku daban a sus enemigos la oportunidad que esperaban para suprimirlos del todo. Sin duda compartía la opinión, derivada de los alemanes, de que era indispensable, para el éxito de la revolución socialista, establecer un partido de masas sobre una base constitucional; pero veía que, en Japón, esto

sólo podía hacerse empezando con sindicatos, porque los trabajadores ni tenían el derecho al voto ni podían esperar obtenerlo, de no crearse una fuerza formidable en el terreno laboral. No había posibilidad en Japón, como en tantos otros países, incluyendo a China, de construir el socialismo como la mejor expresión del sentimiento de nacionalismo popular, porque Japón ya había logrado el *status* de gran potencia independiente y el nacionalismo japonés era propiedad de los mismos grupos que debía combatir el socialismo. En Japón, el socialismo tenía que ser internacionalista y antimilitarista y tenía que oponerse a un patriotismo agresivo muy poderoso, que asumía, cada vez más, formas imperialistas. Esto dificultaba mucho su tarea: en verdad, la oportunidad real de crear un poderoso Partido socialista se produjo sólo cuando, en 1945, el pueblo japonés tuvo que hacer frente, al menos por el momento, a la derrota de sus esperanzas expansionistas.

CAPÍTULO XXVIII

CONCLUSIÓN: REFORMA Y REVOLUCIÓN

A lo largo de la etapa que cubre este volumen se produjo, en el plano internacional y en la mayoría de los países a los que he tenido que referirme, un debate continuo sobre la cuestión del revolucionarismo y el reformismo. Los que discutían esto no daban un sentido consistente a ninguno de los términos, ni tendría sentido un intento de clasificar a todos los socialistas bajo uno u otro encabezamiento. No obstante, la controversia era obviamente de la mayor importancia, y volvía una y otra vez a la raíz del problema. De dos maneras agudamente contrastantes se trataba de establecer una sociedad socialista en lugar del capitalismo, aunque había también otras posiciones intermedias posibles, dentro de las cuales entraban elementos revolucionarios y reformistas.

En un extremo estaban los que sostenían, no sólo que el socialismo solamente podía lograrse mediante la revolución, sino también que no podían obtenerse sin ella reformas importantes, que valieran la pena. "La clase obrera y la patronal no tienen nada en común", proclamaba la I. W. W. en su conocido Preámbulo; y había socialistas que, tomando al pie de la letra la teoría de la "miseria creciente", sostenían que en todas las sociedades capitalistas los trabajadores empeoraban, y debían empeorar, y las clases medias eran lanzadas a sus filas. Esto, en un sentido literal, era una tontería y una deformación de los hechos, lo que no impedía, por supuesto, que algunos lo creyeran. Era, sin embargo, un obstáculo considerable para inducir a muchos a *actuar* sobre el supuesto de su verdad: de tal manera que los movimientos extremistas que se basaban en su aceptación eran siempre movimientos de minorías muy pequeñas, aunque ocasionalmente pudieran arrastrar en su seguimiento a un núcleo considerable de insatisfechos.

Muchos partidarios de la revolución no adoptaban esta visión extremista. Sostenían que el socialismo no podía lograrse sin la revolución, pero no negaban que la situación material de los trabajadores, o cuando menos de muchos de ellos, había ido mejorando bajo el capitalismo. Algunos sostenían que mejoraría más aún, pero sólo dentro de ciertos límites. Otros argumentaban que el capitalismo ya había alcanzado, o estaba alcanzando, el zenit de su fuerza expansionista y estaba siendo o sería pronto víctima de sus propias "contradicciones", por lo que se vería obligado a empeorar las condiciones de vida de los obreros en el curso de su lucha por la supervivencia.

Si no se había llegado aún al límite, había posibilidades de que las luchas cotidianas lograran concesiones; y tanto las luchas como las concesiones fortalecerían a los trabajadores para la revolución, llegado el momento. Según esta opinión, la revolución no era un acontecimiento que pudiera esperarse inmediatamente; faltaba todavía un periodo de preparación, durante el cual se lograrían más simpatizadores y el proletariado se fortalecería para su tarea por venir. Pero —ya que ahora nos referimos sólo a los que creían en la revolución- ai terminar este periodo, la sociedad socialista tendría todavía que ganarse mediante la revolución. No había una forma en que pudiera transformarse el capitalismo en socialismo, mediante una simple acumulación de reformas parciales. Tampoco había una manera mediante la cual pudiera estabilizarse el capitalismo, o resolver el enigma del progreso perpetuo, para evitar su decadencia necesaria. Ésta era, en general, la opinión ortodoxa de los alemanes —la opinión de Wilhelm Liebknecht, de Bebel y de Kautsky— a los que hacían eco multitud de voces social-demócratas en muchos países capitalistas adelantados.

Si, por otra parte, el capitalismo había alcanzado, o casi había llegado, a los límites de su desarrollo y, por tanto, de su capacidad de hacer concesiones; si ya se encontraba ante crecientes "contradicciones", o estaba a punto de tener que hacerles frente, la revolución debía ser considerada entonces como un acontecimiento mucho más cercano y, en tanto que valiera la pena luchar por la obtención de mayores concesiones bajo el capitalismo, el valor descansaba más en la lucha que en las concesiones mismas, que no podían conservarse frente a la inminente decadencia del capitalismo. Según esta opinión, la "creciente miseria" o bien estaba comenzando o estaba a punto de comenzar y se convertiría en un medio de convencer a los obreros de las políticas revolucionarias; y la tarea importante en manera suprema de los socialistas era, la de preparar a los trabajadores para hacer la revolución llegado el momento, que sería pronto. Ésta era, en líneas generales, la opinión de los social-demócratas que formaban la izquierda de la mayoría oficial del Partido Social Demócrata Alemán —de Parvus y Rosa Luxemburgo— y también de un sector considerable del ala izquierda sindicalista e industrialista de Francia y otros países con influencia francesa.

Entre los que creían que el capitalismo fallecería rápidamente por sus contradicciones, no existía un acuerdo acerca de las fuerzas que precipitarían, en la realidad, este acontecimiento mundial. Algunos destacaban principalmente las crisis económicas inminentes de creciente severidad, que conducirían al desempleo en masa y al pauperismo y reiteraban las profecías de Marx a este efecto. Otros, como Rosa Luxemburgo, subrayaban las crecientes rivalidades imperialistas entre las grandes potencias capitalistas y esperaban que la señaí

para la revolución fuera dada por las guerras en las que se destruirían entre sí y se llevarían consigo todo el sistema. Estas explicaciones no eran, por supuesto, necesariamente opuestas y se combinaban a veces o se utilizaban indiscriminadamente, según conviniera a la ocasión. Al ahondarse la crisis internacional en la década que precedió a 1914, se dio mayor peso a la explicación en términos de las rivalidades imperialistas, y el otro argumento, que subrayaba con frecuencia al subconsumo como la fuente final de la crisis capitalista, perdió importancia, excepto en los textos marxistas, donde conservó su lugar familiar.

Formaba siempre parte de la ortodoxia establecida que, más tarde o más temprano, el capitalismo estaba condenado y que el socialismo estaba destinado a ocupar su lugar y que el principal factor para el establecimiento del socialismo sobre las ruinas del capitalismo debía ser el proletariado, la clase obrera actuando como clase en la realización de su misión histórica.

Los diversos grupos a los que me he referido hasta ahora creían todos en que el establecimiento del socialismo implicaba la revolución. Pero ¿qué querían decir cuando utilizaban esa palabra? Podían referirse a cosas muy distintas y con frecuencia no estaba claro, ni para los demás ni para ellos mismos, lo que querían decir exactamente. Podrían querer significar -y algunos lo hacían— que el establecimiento del socialismo *sería* una revolución, independientemente de los medios por los cuales se lograra. Así como el establecimiento del capitalismo sobre las ruinas del feudalismo *había sido* una revolución, aunque nadie pudiera citar una fecha precisa o identificarla, más que parcialmente, con un acontecimiento determinado, así la victoria del socialismo sobre el capitalismo *sería* una revolución, cualquiera que fuera la forma en que se produjera. Sobre esta base, aun un reformista estricto sería, al mismo tiempo, revolucionario, porque si socialismo *es* revolución, todo socialista tiene derecho a que se le llame así. Pero muy pocos de los que se llamaban revolucionarios se habrían sentido satisfechos de que se considerara el problema basándose en esta definición. La mayoría de ellos, cuando declaraban que el socialismo significaba la revolución, pensaban que no se produciría sin un rompimiento agudo con el orden establecido y sin la refundamentación consciente de la sociedad sobre una nueva base, lo que implicaba una nueva serie de valores y un cambio drástico en el sistema de clases.

Casi todos creían que tendría que producirse, en algún punto, un rompimiento definitivo con el viejo orden y, con ello, un cambio en los cimientos del poder; y consideraban que estos rompimiento y cambio eran los constituyentes de una revolución. ¿Significaba esto que consideraban a la revolución como lucha y matanza, al resistir el viejo orden con las armas mientras que las fuerzas armadas, o buena

parte de ellas, cambiaban de partido y se negaban a disparar, y eran fusilados o sometidos y desarmados los enemigos de los trabajadores, al mismo tiempo que la sangre corría por las calles? No necesariamente, aunque casi todos los revolucionarios, excepto los tolstoianos, consideraban que la revolución llevaba implícito un elemento de violencia física. El grado y extensión de la violencia podía ser grande o pequeño; eso dependería de las circunstancias. Además, mientras algunos revolucionarios *gustaban* e incluso se complacían en la idea de la violencia y de la "revolución sangrienta", otros la rechazaban con mayor o menor intensidad, y la consideraban como una necesidad infortunada, que debía mantenerse en el punto mínimo indispensable para el éxito de la revolución.

Ésta era una diferencia temperamental de gran importancia, y por supuesto, pocos revolucionarios se encontraban en uno de los dos extremos. Muchos que habrían retrocedido ante la violencia personal, a menos de verse obligados por la excitación de las masas, no retrocedían ante el uso de un lenguaje que debía excitar sentimientos violentos o expresaban pensamientos y giros violentos cuando se les excitaba el ánimo. Especialmente en los países más flemáticos, donde la policía no era el enemigo natural del pueblo, el ladrido de los revolucionarios era con frecuencia mucho más fuerte que su mordisco. La disposición a recurrir a la conducta violenta era mayor, generalmente, en los países atrasados o en las regiones fronterizas, como los distritos mineros del oeste de los Estados Unidos o las regiones mineras de Suráfrica, Australia, Nueva Zelandia y Chile o donde había diferencias raciales, además de las económicas.

La diferencia temperamental existía, sobre todo, entre los que tendían a pensar en términos de catástrofe y los que no tendían a ello. El revolucionarismo es siempre más dramático que el reformismo; y algunos prefieren el drama, mientras que otros lo repudian, al menos cuando amenaza afectar sus propias vidas. En los países más desarrollados, el revolucionario es generalmente algo romántico: en los países atrasados puede no serlo: un hombre enfurecido por la tiranía o la opresión, o deseoso de venganza, realiza fría y racionalmente la tarea que él mismo se ha asignado.

Es, por supuesto, en los países menos desarrollados donde "la revolución" puede significar, con frecuencia, para los que abogan por ella, la "revolución sangrienta"; porque generalmente hay muchas menos oportunidades de realizar cualquier clase de revolución sin derramamiento de sangre. En Rusia, en los Balcanes, y en casi toda América Latina, "la revolución" difícilmente podría concebirse sin relacionarla con los fusiles, la ejecución de los enemigos y, en general, con el hecho de forzar a la gente haciéndola temer por sus vidas. La cantidad real de sangre derramada puede ser o no grande; pero

existía la seguridad de que el viejo orden ofrecería al nuevo bastante resistencia mientras fuera posible, y los revolucionarios tendrían que estar preparados para usar la fuerza si querían lograr algo. Gandhi mismo pudo abrigar la idea de una revolución triunfante sin violencia en la India sólo porque iba dirigida contra un gobierno extranjero que *podría* ceder, en vez de recurrir a la fuerza, y no hacia la victoria de una clase de su propio pueblo contra otra. En países gobernados por una clase gobernante nacional y que no tienen tradición democrática, la clase dominante no deja de pesar sobre las espaldas del pueblo a no ser que se la obligue, y se la obligue por la fuerza. En esos países apenas es posible ser socialista sin ser, al mismo tiempo, partidario de la revolución por la fuerza. El zarismo no había dejado abierto otro camino. En verdad, en Rusia había "marxistas legalistas", como Peter Struve, pero ni siquiera ellos eliminaron el uso de la fuerza. Los bolcheviques, mencheviques, social-revolucionarios de izquierda y de derecha, comprendían todos la necesidad de la revolución, y sólo estaban divididos acerca de los mejores medios para realizarla.

Por otra parte, en los países más adelantados y especialmente donde había cierta experiencia y tradición de democracia burguesa y gobierno constitucional, "la revolución" no significaba necesariamente sangre. Era posible concebir que se produjera casi o totalmente sin derramamiento de sangre, de una de las siguientes maneras: *a)* por la integración de un núcleo de apoyo de masas tras un partido parlamentario; *b)* por la obtención, mediante ese partido, de una mayoría parlamentaria; *c)* por la votación, en la Cámara Popular, de una medida que proclamara una nueva Constitución o convocara una Asamblea Constituyente para que la redactara; *d)* por el rechazo de esta medida por la Cámara Alta y la Corona o la autoridad ejecutiva; *e)* por la presentación, de la Cámara Popular, de un ultimátum a las fuerzas que intentaran resistir, apoyado quizás por la amenaza de huelga general, y hasta de insurrección; *f)* por la rendición de las clases dominantes ante este ultimátum, al comprender que el movimiento popular es demasiado fuerte para resistirlo; y g) por la reunión de una Asamblea Constituyente con el fin de aprobar una nueva serie de leyes básicas que destruirían el viejo orden y pondrían las bases de una sociedad socialista.

De esta manera pensaban en la revolución, en sus momentos más optimistas, la mayoría de los principales social-demócratas alemanes y, en verdad, casi todos los líderes de la Segunda Internacional en la Europa Occidental, que se decían revolucionarios. No excluían la posibilidad de que las clases gobernantes ofrecieran cierta resistencia al hacer entrega del ultimátum; pero esperaban que no llegaría a los disparos o, al menos, a demasiados disparos, y esperaban que gran parte de las fuerzas armadas se negaran a disparar contra sus compa-

ñeros trabajadores. En todo caso, concebían las cinco primeras de las etapas anteriores como las etapas necesarias en la preparación de la revolución y esperaban que las etapas sexta y séptima seguirían. Esto pensaban Liebknecht y Bebel y Kautsky y esto constituyó la base de sus actos después de la abrogación de las Leyes Anti-Socialistas. Eso era lo que pensaban en Francia Jules Guesde y sus partidarios. Eso era, en efecto, lo que la mayoría de los socialistas revolucionarios *sui generis* de todos los partidos social-demócratas del occidente de Europa querían pensar y esto constituía la base de la política que seguirían. Eran demócratas al mismo tiempo que socialistas: sentían que no tenían *derecho* a hacer la revolución sin el apoyo o, al menos, el asentimiento de una mayoría del pueblo. Creían que el proletariado constituía la mayoría, o no tardaría mucho en serlo, y concebían la conversión en masa del proletariado a la causa socialista como un preliminar necesario para la revolución.

Al menos, así concebían la revolución si ésta se producía sin el factor de complicación de una guerra internacional; y un elemento de su hostilidad hacia la guerra era la idea de que, si ocurría, no era fácil que la revolución se produjera de manera tan ordenada, con una mayoría parlamentaria socialista en cada país preparándole el camino. Los debates de la Internacional acerca del curso que debían seguir los socialistas frente a la inminencia o el estallido de la guerra pusieron claramente de manifiesto la medida en que los alemanes en particular temían todo lo que significara un enfoque no parlamentario en la construcción de la sociedad socialista. Odiaban recurrir a la fuerza antes de que ésta hubiera sido utilizada para cerrarles el camino; y odiaban la huelga general contra la guerra, no sólo peque la consideraban justamente como impracticable, al menos en Alemania, sino también porque no podía tener éxito sin convertirse en una positiva insurrección. Preferían hacer a un lado esos problemas inconvenientes y seguir confiando en todo lo que ya habían probado su eficacia —la organización de un partido de masas y la ampliación del apoyo electoral—, sin preguntarse, como lo hacía constantemente la extrema izquierda, si su partido de masas y sus millones de votantes darían realmente la pelea, al presentar su ultimátum, y las clases dominantes lucharan a su vez en lugar de rendirse, disolvieran por la fuerza el Parlamento, confiscaran sus edificios y sus fondos, desintegraran sus organizaciones, encarcelaran o mataran a sus líderes y, en general, se comportaran como lo han hecho generalmente en el pasado las clases dominantes ante una oposición.

En la esperanza de hacer menos factible esa conducta, acogían entusiastamente la idea de un ejército de ciudadanos para reemplazar al ejército regular, aunque no había la menor oportunidad de lograrlo hasta el triunfo de la revolución. En la misma esperanza, respaldaron

todos los proyectos de pacifismo burgués —el arbitraje universal, el acuerdo de desarme y todo lo demás—. La revolución *tenía* que llegar por métodos parlamentarios y democráticos o, cuando menos, utilizar esos métodos hasta la quinta etapa, y era ineficaz considerar cualquier otro.

Era imposible que un ruso pensara de ese modo. Para los rusos, la revolución no era la última etapa de un proceso iniciado con algunas etapas constitucionales, sino la primera etapa necesaria para poner en movimiento el proceso. Los rusos tenían que empezar, o así lo creían, obteniendo una Constitución que sólo podían ganar por medios revolucionarios. Pero los social-demócratas rusos, tanto bolcheviques como mencheviques, sabían, o creían, que no estaban listos para hacer una revolución *socialista;* recurrían, pues, a la idea de que la Revolución Rusa no sería socialista, sino *burguesa* —una tardía Revolución Francesa en un país atrasado no lo suficientemente industrializado como para saltar directamente al socialismo—. Había variantes en esta actitud. En la extrema derecha estaban los convencidos de que los socialistas debían cooperar estrechamente con los liberales para hacer la revolución y ocupar entonces una posición subordinada en un gobierno burgués revolucionario o apoyar al gobierno desde afuera por un periodo lo suficientemente largo como para que la industrialización llegara al punto necesario en que los socialistas tomaran el poder por el mismo proceso democrático que tenían en mente los alemanes. En el centro estaba el núcleo principal de mencheviques, quienes sostenían que los socialistas debían ayudar a los liberales a tomar y a conservar el poder, pero no debían contaminarse, de ninguna manera, entrando en una coalición con ellos. Entre los mencheviques había opiniones diversas acerca de la probable duración de esta fase del constitucionalismo burgués; porque algunos creían que los socialistas podían actuar de tal manera fuera del gobierno que apresuraran la industrialización y la orientaran hacia un rápido crecimiento del poder proletario; mientras que otros pensaban, como el ala derecha, en un largo periodo de gobierno burgués. Finalmente, en la izquierda estaban los bolcheviques, a quienes persuadió Lenin de que la revolución socialista podía seguir rápidamente los pasos de su antecesora burguesa y que los socialistas no debían retroceder ante la posibilidad de entrar en una coalición para evitar que los liberales "ratearan" la revolución burguesa antes de que ésta hubiera logrado la victoria, pero debían estar dispuestos, en el momento en que se consideraran lo bastante fuertes, a dar a sus aliados burgueses una puñalada por la espalda —y si era necesario también a los mencheviques— y a hacer la revolución socialista sin esperar que el país se industrializara o que el proletariado llegara a constituir una mayoría de la población.

La concepción leninista de las dos revoluciones planteó necesa-

riamente, como problema crucial, el lugar de los campesinos en ambas. Por supuesto, todos los revolucionarios querían que los campesinos apoyaran la revolución en cada etapa. Ño era esa la cuestión. Se trataba de establecer si los campesinos debían ser considerados aliados potenciales del proletariado urbano en la construcción del nuevo orden o como simples instrumentos cuyas miserias y descontentos pudieran ser explotados para fortalecer la revolución —*cualquier* revolución— o como un factor intermedio. Después de 1905, en todo caso, se hizo claro que los levantamientos de campesinos tendrían que desempeñar un papel muy importante en la primera revolución burguesa y que los socialistas no podían, de ninguna manera, ignorarlos al hacer sus preparativos. Era también obvio, o al menos después de la reforma agraria de Stolypin, que los campesinos no podían apoyar *sólidamente* otra cosa que una revolución burguesa y que muchos de los campesinos de mejor posición— los *kulaks*— serían positivamente hostiles a la revolución socialista cuando llegara su momento. En consecuencia, Lenin tuvo que considerar muy seriamente, no sólo **a** los campesinos en general, sino también las divisiones de clases entre ellos, y trazar distinciones entre los campesinos cuasi-proletarios y los cuasi-burgueses, y hacer planes para dividir a la aldea misma, si no en la primera revolución, cuando menos sí en el curso de la segunda. En verdad, este proceso tendría que empezar aun antes de la primera revolución; porque serían los campesinos más pobres los que harían los levantamientos en las aldeas, que constituían una parte necesaria del mecanismo para derrocar al zarismo.

Los campesinos eran, además, de crucial importancia porque integraban la gran mayoría del ejército, y era necesario inducir al mayor número posible de ellos a negarse a obedecer las órdenes de disparar contra los revolucionarios. Todo esto significaba que los socialistas debían ofrecer a los campesinos algo que pudieran entender claramente como la promesa —para todos, con excepción de los que gozaban de buena posición— de beneficios concretos e inmediatos. Era necesario ofrecerles, obviamente, la tierra. El problema era que los campesinos querían tierra que pudieran cultivar por sí mismos en pequeñas parcelas, con la seguridad de conservarla; mientras que los social-demócratas no creían sólo en la nacionalización de la tierra, sino en el cultivo en gran escala y en la industrialización del campo. "No importa —decía Lenin—, lo único que importa es la revolución. Si, con el fin de ganar a los campesinos para la revolución, hay que darles la tierra para que la ocupen como desean, hay que dársela o, mejor dicho, prometérsela y decirles que la ocupen por su cuenta sin esperar **a** que se les dé. La nacionalización y la agricultura industrializada pueden esperar. La labor inmediata es hacer la primera revolución con la ayuda de los campesinos."

"Eso está muy bien —decían los críticos de Lenin—. Pero, si los campesinos obtienen la tierra ¿renunciarán, a ella algún día? ¿No se convertirán, de hecho, después de poseer la tierra, en los opositores más decididos de la segunda revolución^ socialista?" "Tenemos que correr el riesgo —respondía Lenin—. Nuestra tarea es hacer la primera revolución; y para ello debemos reunir el_mayor número posible de aliados. Nos enfrentaremos a los problemas futuros cuando hayamos ganado el primer asalto." "Pero va en contra, de nuestros principios establecer un régimen campesino atrasado y 'reaccionario —decían los críticos—. No olvidemos lo que ocurrió en Francia después de 1879. Los campesinos son la gran mayoría: ¿cómo, podremos realizar democráticamente la revolución socialista si tenemos a los campesinos en contra?" Ante lo cual quizás Lenin se hizo el desentendido.

No había duda para los social-demócratas rusos, bolcheviques y mencheviques por igual, de que la dirección de la revolución socialista tendría que corresponder a los trabajadores industriales, aunque lograran que el gran núcleo de campesinos se les aliara. No creían que los campesinos fueran capaces de dirigijr o guiar a la revolución en ninguna de sus fases. En la primera, la revolución burguesa era de vital importancia para los social-demócratas, —y especialmente para los bolcheviques— atraer al mayor número, posible de campesinos, para evitar que se convirtieran, orientados por los *kulaks,* en parte del bloque burgués. Como era seguro que los *kulaks* harían causa común con los partidos burgueses, esto significaba tratar de arrebatarles la dirección de la aldea, organizando a la masa de campesinos pobres, bajo la influencia proletaria, y poniéndolos a redistribuir la tierra sin esperar a que llegaran los comisionados del Estado o cualesquiera otros a hacerlo con autoridad legal. Tal proposición disgustó a muchos mencheviques, quienes querían que todo se hiciera en su debido orden y sostenían que debía decirse a los campesinos que esperaran hasta que la Asamblea Constituyente hubiera promulgado una nueva ley agraria. Pero un obstáculo mucho mayor en el camino de la política de Lenin era que los social-revolucionarios tenían muchos más simpatizantes campesinos que los social-demócratas; y se trataba de determinar si la mejor política era aliarse con ellos o disponerse de inmediato a destruir su influencia. La respuesta inmediata era clara. En la primera revolución, en todo caso, era necesario que los social-demócratas trabajaran con los social-revolucionarios y, por lo tanto, al mismo tiempo que hacían lo posible por fortalecer su propia posición en las aldeas, se ponían de acuerdo con ellos en cuanto a alentar a los campesinos para que se apoderaran inmediatamente de la tierra.

Esto era fácil; porque los social-revolucionarios querían que los campesinos tuvieran la tierra y no los instaban a que se apoderaran de ella, como los bolcheviques, a regañadientes y por razones tac-

ticas. Había un ala derecha de los social-revolucionarios que quería colaborar con los terratenientes liberales y los *zemstvos* progresistas y se oponía a incitar a los elementos más pobres de las aldeas contra los campesinos más prósperos. Este grupo, en su mayoría, favorecía la cooperación entre los campesinos —sociedades de compra-venta, sociedades de crédito, sociedades para compartir los implementos agrícolas, etc.— y la cooperación agrícola atraía principalmente a los campesinos de mejor posición. Pero el núcleo principal de los social-revolucionarios estaba integrado por partidarios de la revolución campesina, que creían en la posibilidad de restaurar la antigua comunidad campesina, con una nueva forma, y que Rusia podía transformarse en una sociedad agraria socialista sin pasar por la fase del capitalismo. Este tipo de social-revolucionarios estaba vigorosamente en favor de que los campesinos se apoderaran de la tierra. Su diferencia con los social-demócratas residía en que no querían, como ellos, ayudar primero al triunfo de la revolución burguesa para hacer después la revolución socialista. Para ellos no había más que una revolución, querían hacerla en seguida y confiaban en que los campesinos harían la mayor parte, mediante levantamientos espontáneos en todo el país.

Los social-revolucionarios eran fuertes entre las minorías nacionales del imperio ruso: en Ucrania y el Cáucaso, entre los musulmanes en Asia y, en general, en las regiones exteriores. Era necesario llegar a un acuerdo con ellos; pero esto significaba que los social-demócratas y los social-revolucionarios trabajarían juntos para hacer, no la misma revolución, sino dos revoluciones diferentes. Por eso, en 1905 y 1917, fue tan difícil la verdadera cooperación. La revolución, cualquiera que fuera su naturaleza, tenía que ganarse el campo lo mismo que las ciudades. En el campo tenía que resultar, si tenía éxito, en el establecimiento de gobiernos regionales, de los que algunos representarían a grupos nacionales en rebeldía contra el dominio imperial ruso y la mayoría estarían inspirados en la idea de un socialismo predominantemente agrario y se preocuparían mucho más por sus asuntos locales que por los de Rusia en general. En el centro, por otra parte, los bolcheviques y mencheviques trabajarían unidos para llevar al poder a la burguesía liberal y necesitarían para hacerlo del apoyo de los social-revolucionarios. Pero la mayoría de los social-revolucionarios odiaban a la burguesía liberal y no querían, en absoluto, llevarla al poder. Estaban, no obstante, menos lejos de Lenin que de los mencheviques, porque Lenin concebía que la segunda revolución seguiría rápidamente a la primera, odiaba tanto como ellos a la burguesía y no mantenía secreta su intención de apuñalarla por la espalda tan pronto como hubiera hecho lo que tenía que hacer para derrocar a la autocracia zarista. Lenin, por tanto, podía trabajar con los social-revolucionarios en la primera etapa de la revolución más fácilmente que los

mencheviques y, en verdad, que muchos de sus colegas bolcheviques. Porque Lenin sí creía que los campesinos podían desempeñar un papel vital en la revolución, mientras que otros, además de Trotsky, temían que, si se les dejaba en liberad de acción, destruirían las oportunidades de la revolución y desintegrarían simplemente al imperio ruso en numerosos Estados campesinos atrasados que se convertirían en baluartes de la barbarie oriental.

He analizado el problema de la participación de los campesinos en la revolución, totalmente desde el punto de vista ruso; pero no era de ninguna manera, por supuesto, un problema exclusivamente ruso ni siquiera un problema de los países predominantemente agrícolas. Todos los Partidos socialistas tuvieron que tomarlo en cuenta y asumió diversas formas de un país a otro. En Rumania y Hungría se parecía bastante al problema ruso, excepto por la existencia en Hungría de grandes núcleos de agricultores sin tierra; en Bulgaria y en otras partes de los Balcanes era esencialmente diferente, porque no había una clase importante de terratenientes que pudiera excitar el odio de los campesinos. En Austria, como en Rusia, se mezclaba al problema de los movimientos autonomistas de las minorías nacionales; en Alemania era una cosa en el Sur y otra muy distinta en el Este, con grandes núcleos de agricultores relativamente prósperos en Baviera, Badén y Renania, por ejemplo, y grandes masas de empobrecidos agricultores sin tierra en los grandes dominios del Este. También en Francia había amplias diferencias regionales, por ejemplo entre las regiones productoras de vid y las de labrantío; pero, en general, los franceses tenían que enfrentarse a una nutrida clase de propietarios rurales relativamente acomodados, quienes debían sus tierras a la gran revolución, y deseaban conservar la revolución más que llevarla adelante. España era una tierra de agudos contrastes entre algunas regiones fértiles cultivadas por agricultores relativamente prósperos; otras donde campesinos paupérrimos se hacinaban en minúsculas parcelas y otras regiones donde permanecían incultos grandes dominios y una gran masa de campesinos desposeídos existía precariamente a merced de los terratenientes. Italia tenía contrastes similares entre las regiones meridionales de los grandes latifundios y el Norte; pero en el Norte y Centro había también distritos, como Emilia, de grandes dominios y grandes núcleos de población asalariada y desprovista de tierra. Cada país tenía su propio problema campesino y en cada uno de ellos los socialistas tenían que intentar formular una política agraria, con muchas dificultades.

El problema campesino no era, de ningún modo, el único que presentaba dificultades a los social-demócratas rusos, para decidir qué clase de revolución debían hacer. Para los mencheviques, como vimos, había dos revoluciones, que debían producirse en un considerable

intervalo, durante el cual el gobierno burgués llevaría a cabo la industrialización, hasta que estuvieran maduras las circunstancias para que los socialistas tomaran el poder. Sólo entonces vendría la revolución socialista. Pero ¿qué clase de revolución sería esta segunda? Creo que la mayoría de los mencheviques la concebían de la misma manera que casi todos los social-demócratas alemanes pensaban en su revolución —es decir, en los términos de las etapas descritas en la p. 382 y no en términos de la violencia de cuya necesidad era obvia en la primera revolución—. Los mencheviques eran occidentalistas y grandes admiradores de la social-democracia alemana: querían que la primera revolución asimilara a Rusia a Occidente, para permitir que la segunda revolución se realizara a la manera Occidental. Lenin, por otra parte, aunque también admiraba a los social-demócratas —a quienes no había entendido bien, al menos antes de 1914— pensaba en la segunda revolución, más que en la primera, como una toma violenta del poder por una minoría. Lenin no estaba en absoluto dispuesto a esperar indefinidamente por la industrialización de Rusia bajo el control burgués, antes de hacer la segunda revolución. En un principio, no era nada claro su criterio para establecer el punto en que se haría posible la revolución socialista en Rusia; pero acabó por llegar a la idea, esencialmente nueva, de que, aunque Rusia tendría que convertirse en un país industrial desarrollado para estar madura para el socialismo y tendría que pasar, por tanto, por una etapa capitalista, no había necesidad de que esta etapa se desarrollara con un gobierno capitalista. Lenin concebía la noción de "capitalismo de Estado", es decir, de la práctica de métodos y técnicas capitalistas por un gobierno comunista, que ejercería la dictadura del proletariado, pero se abstendría de introducir el comunismo verdadero hasta que las condiciones para ello hubieran surgido bajo un régimen de "capitalismo de Estado".

Esto hacía posible adelantar la fecha de la revolución socialista o comunista, de tal modo que pudiera seguir rápidamente a la revolución burguesa. Porque, según esta opinión, la función de la revolución burguesa, en el terreno económico, era totalmente negativa. Sólo tenía que hacer desaparecer el zarismo y la autocracia, dejando en libertad a los comunistas, una vez hecho esto, para derrocarla y tomar de inmediato el poder. Las dos revoluciones de Lenin se realizarían, pues, rápidamente y deberían ser seguidas por un largo proceso de industrialización bajo el control comunista. Esta larga etapa de transición era llamada a veces "socialismo", para distinguirla del "comunismo", que le seguiría a su debido tiempo; descansando la distinción en algunos pasajes de la *Crítica al Programa de Gotha* de Marx, que se referían a la abolición de la renta no producida por el trabajo, pero no de las diferencias de ingresos producto del trabajo, en el periodo de transición.

Esto nos lleva a la concepción peculiar de la naturaleza de la revolución formulada por León Trotsky, quien no era bolchevique ni menchevique, ni un término medio, sino un pensador esencialmente independiente. La idea de Trostky, formulada parcialmente antes de la Revolución de 1905, pero mucho más clara y totalmente expresada a la luz de sus experiencias en 1905, tiene dos aspectos principales: uno interno y otro internacional. En lo interno no hacía, como Lenin, una aguda distinción entre dos revoluciones: en verdad, hacía de las dos una sola. Insistía en que la burguesía liberal de Rusia no tenía el valor ni la fuerza para hacer una verdadera revolución y que el proletariado tendría que, más que ayudarla a llegar al poder, asumir la dirección y hacer la revolución por su propia cuenta. Con una pobre opinión de los campesinos como aliados, destacaba principalmente el papel de los trabajadores industriales, a pesar de que eran pocos, subrayaba el carácter intensamente moderno de la industria en gran escala que poseía Rusia y daba gran importancia a los soviets de trabajadores urbanos como fuerzas creadoras de la revolución. Trotsky quería que los soviets se hicieran cargo de la administración de las ciudades y regiones vecinas y se constituyeran, en colaboración, en el gobierno de la nueva sociedad socialista. Como los demás social-demócratas, consideraba la rápida industrialización como esencial para el establecimiento de una sociedad socialista; y su concepción implicaba que este proceso tendría que realizarse bajo el control socialista y no burgués. De hecho, su hostilidad al campesinado le hizo ir más allá que Lenin en este aspecto e insistir en que la revolución victoriosa no sólo debía industrializarse a la máxima velocidad, bajo el control socialista, sino también apresurarse a socializar la agricultura lo mismo que la industria, y aplicar métodos industriales al cultivo de la tierra, para convertir al campesino reaccionario lo más pronto posible en un hombre moderno.

Éste era el aspecto interno de la doctrina de Trotsky. Su aspecto internacional era de importancia mucho mayor. El nombre que se da a las ideas de Trotsky sobre esta cuestión es el bastante confuso de "revolución permanente", y se dice con frecuencia que lo tomó del socialista germano-ruso, A. L. Helphand (1869-1924), mejor conocido por el seudónimo que usaba: Parvus. Parvus se había establecido en Alemania y convertido en uno de los principales escritores de la izquierda alemana, que colaboraba regularmente en la *Neue Zeit y* en otras revistas socialistas alemanas y también en *Iskra y* otras publicaciones rusas. Parvus se había mantenido fuera de la controversia entre mencheviques y bolcheviques y había tratado, como Trotsky, de desempeñar el papel de conciliador. Pero sus opiniones tenían mucho más en común con el bolchevismo que con el menchevismo. En 1904 Trotsky, disgustado con los mencheviques y con los bolcheviques, se

reunió con Parvus en Munich y, por algún tiempo, vivió y trabajó en estrecha colaboración con él. Esto sucedía en la época del estallido de la guerra entre Rusia y Japón; y este acontecimiento fue el tema para una serie dentículos sobre "La guerra y la revolución", que publicó Parvus en *Iskra* en 1904. Parvus consideraba la guerra ruso-japonesa como la primera de una serie de guerras imperialistas entre las grandes naciones-Estados. Marx en 1848 anunció la inminente caída de la nación-Estado y proclamó el internacionalismo esencial de la revolución proletaria; pero, en la segunda mitad del siglo xix, la nación-Estado, en vez de desaparecer, había aumentado progresivamente su fuerza y se había convertido, donde su poder era suficiente, en el centro de un sistema estatal imperialista. Además, las nacionalidades oprimidas habían afirmado cada vez más su derecho a constituir Estados nacionales, y el socialismo, mientras rechazaba el nacionalismo como credo, se había convertido, hasta cierto punto, en su aliado cuando afirmaba los derechos de un pueblo esclavizado o subyugado. Los socialistas de Austria-Hungría, y particularmente los del imperio ruso, se habían debatido, bastante infelizmente, con el problema nacional, desgarrados entre la simpatía por la causa de la autodeterminación nacional y su deseo de que la lucha de la clase obrera no se quebrara por la cuestión nacional; pero no se había llegado a ninguna solución satisfactoria del problema.[1]

Parvus intervino entonces, sosteniendo que el desarrollo del capitalismo y el colonialismo habían convertido al mundo en una vasta pista de rivalidades comerciales e imperialistas, de tal manera que existía, no sólo entre los países, sino entre los continentes, tanta interdependencia que el Estado nacional, aun en su forma de expansión imperialista, se estaba haciendo obsoleto. Este crecimiento de la interdependencia, no obstante, conducía, no a la unificación cultural o económica, sino a un choque mayor entre los Estados rivales, que debía resultar en guerras mutuamente destructivas. La guerra ruso-japonesa, decía Parvus, era una guerra, no tanto por Corea o Manchuria, como por la hegemonía en Asia,Oriental. La seguiría una serie de luchas similares en otras partes del mundo. Lo que le ocurriera a Rusia en Asia afectaría su suerte en Europa. El atraso económico de Rusia ya la había hecho caer bajo el control de las finanzas francesas. Las tensiones internas "producidas por el intento de jugar a la gran potencia imperialista, "a pesar de la debilidad de su estructura económica y social, produciría la. revolución en Rusia. "La Revolución Rusa conmoverá. a la burgúésia mundial... y el proletariado ruso puede muy bien desempeñar el papel de vanguardia de la revolución social." Esto se escribió, no hav'que olvidarlo, en 1904.

[1] **Véase capítulo** xn.

Así, Parvus pensaba ya en términos de revolución mundial más que de distintas revoluciones nacionales y sugería que los rusos podían convertirse en líderes de la revolución mundial, no a pesar del atraso de Rusia, sino por eso mismo.

Trotsky estaba, sin duda, muy influido por esas ideas. Hacia fines de 1904, cuando la revolución parecía en vías de realizarse en Rusia, trabajaba en un escrito en donde trataba de definir el curso que tomaría. Terminó este escrito inmediatamente después de la matanza de los manifestantes del Padre Gapon en San Petersburgo, en enero de 1905, lo que se conoce generalmente como el inicio real de la Revolución y lo tituló *El periodo hasta el nueve de enero* —la fecha de la matanza—. El folleto de Trotsky fue, principalmente, un ataque violento a los liberales por sus vacilaciones y su falta de objetivos claramente definidos e insistía en que no habría revolución si no asumía su dirección el proletariado industrial. Creía que la revolución empezaría con una huelga general, que llevaría a la calle a la clase obrera, la cual ocuparía las ciudades, se apoderaría de los edificios y constituiría su propia administración revolucionaria. Las ciudades, decía, serían los principales centros de actividad revolucionaria; pero no podían hacer por sí solas la revolución. También los campesinos debían intervenir como "fuente de energía revolucionaria": la agitación debía llevarse también, de inmediato, al campo. Debía hacerse propaganda en el ejército, predominantemente campesino, para que los soldados, a quienes no faltaban sus propios agravios, se negaran a disparar contra los manifestantes. "Debemos desarrollar la más intensa agitación entre los soldados, para que, en el momento de la huelga, todo soldado enviado a suprimir a los 'rebeldes' sepa que tiene frente a él al pueblo, exigiendo la convocatoria de una Asamblea Constituyente."

Parvus escribió un prefacio al impreso de Trotsky, donde se declaraba, mucho más inequívocamente que Trotsky, en favor de la revolución única. "El gobierno provisional revolucionario de Rusia —escribió—, será el gobierno de una democracia de los trabajadores... Como el Partido Social Demócrata está a la cabeza del movimiento revolucionario... este gobierno será social-demócrata." Debía ser un "gobierno coherente, con una mayoría social-demócrata", no un gobierno compuesto o dominado por la burguesía. Esta conclusión no era aceptable ni para los mencheviques, ni para los bolcheviques. Los mencheviques insistían en que, como la revolución sería necesariamente de naturaleza burguesa, debía dejarse que la burguesía la controlara, con los socialistas en la oposición. Lenin insistía en que la concepción de Parvus era imposibilista, porque esa dictadura revolucionaria de los trabajadores no tendría estabilidad si no se basaba en una gran mayoría del pueblo, teniendo en cuenta que el proleta-

riado ruso era sólo una minoría. En consecuencia, el gobierno revolucionario tendría que establecerse mediante una coalición, donde la pequeña burguesía y los elementos semi-proletarios tendrían que participar o inclusive predominar. "Sería muy peligroso —decía Lenin— abrigar ilusiones a este respecto."

Probablemente, ni Trotsky ni Parvus vieron claramente, en esta etapa, cuan lejos los llevaban sus doctrinas. Ninguno de ellos había combatido explícitamente la idea de que la función de la revolución —de lo que Lenin habría llamado la "primera revolución"— sería principalmente destructiva y que habría que construir el socialismo aun después de su triunfo. Pero Trotsky insistía en que el esfuerzo de la lucha revolucionaria debía corresponder al proletariado industrial y que esto lo forzaría a tomar el poder, a gusto o no. Dijo, además, que era inconcebible que el proletariado, una vez tomado el poder, lo cediera voluntariamente —lo que equivalía a decir que lo conservaría y utilizaría para hacer la revolución socialista.

Ahí quedó la discusión, mientras la revolución de 1905 seguía sus etapas, con Trostky a la cabeza del soviet de San Petersburgo. Pero la revolución fracasó y Trotsky fue arrestado. En la prisión, tuvo el ocio necesario para reflexionar sobre ella y reformular sus ideas sobre la revolución triunfante que debía de venir. Los resultados de sus reflexiones aparecieron parcialmente en la *Historia del soviet de San Petersburgo,* que él editó. Proclamó entonces que, la próxima vez, habría soviets en todas las ciudades del país, para tomar el poder, y soviets campesinos en el campo, para realizar la revolución agraria. "Es más fácil —escribió— formular este plan que llevarlo a cabo. Pero si la revolución está destinada a la victoria, el proletariado no puede dejar de asumir este papel."

Lo principal de la doctrina de Trotsky se expresó en un ensayo, "Balance y perspectivas", que se publicó como epílogo de su libro, *Nuestra Revolución.* Fue escrito en 1906, pero el libro no circuló ampliamente y el ensayo no fue conocido extensamente hasta después de 1917. Trotsky sostenía allí que el proletariado industrial, después de haber llevado el peso de la revolución, se vería obligado a conducirla hasta el socialismo, aunque no se produjera una revolución socialista en la Europa occidental. Sostenía que la debilidad de la burguesía rusa, que la incapacitaba para la dirección revolucionaria, se debía al hecho de que en Rusia el Estado había subordinado todo a sí mismo, de tal modo que el capitalismo se fue desarrollando, no como una fuerza independiente, sino como servidor del Estado. Las ciudades rusas habían sido centros, no de producción, sino de consumo. Los oficios industriales se desarrollaron principalmente, no en las ciudades, sino dispersos en las aldeas. No había, pues, en las ciudades, ni una gran clase burguesa productiva, ni gran número de

artesanos calificados. Si poseían alguna industria moderna, estaba en manos de extranjeros: engendraba, pues, un proletariado, pero no una clase media nacional. Pero el proletariado que creaba estaba muy concentrado y era capaz de fuerte organización. Estos hechos dictaban el camino de la revolución en Rusia.

Trostky consideró luego la revolución internacionalmente. Había tres importantes fechas revolucionarias: 1789, 1848 y 1905. En 1789, la burguesía francesa abrió el camino magistralmente, aunque se había producido un movimiento proletario coherente. En 1848, en el centro clave, Alemania, la burguesía había carecido del valor y la confianza en sí misma para llevar adelante la revolución y la clase trabajadora, aunque ya lo bastante fuerte como para asustar a la burguesía, no lo era aún suficientemente como para asumir la dirección. En 1905, en Rusia, los obreros habían tomado la iniciativa, frente a una burguesía todavía débil; y, aunque se les respondió duramente, no se haría esperar que llevaran la revolución a la victoria.

Contra los que hablaban de la inmadurez de Rusia para la revolución socialista, Trotsky decía: "En un país económicamente atrasado, el proletariado puede tomar el poder más pronto que en países donde el capitalismo está más desarrollado." Quería que los trabajadores industriales, aunque constituían una minoría, tomaran el poder, arrastraran a los campesinos a la revolución bajo su dirección y establecieran una dictadura donde se diera a aquéllos una participación subordinada. "El proletariado —decía— aparecerá ante el campesinado como liberador"; y los campesinos, después de haber sido estimulados y ayudados a apoderarse de los dominios de los terratenientes, aceptarían al proletariado como líder. Así, la minoría proletaria obtendría el apoyo de la mayoría para su dictadura. De esta manera, Trotsky, en 1906, se adelantaba inclusive a Lenin, al favorecer el apoderamicnto de la tierra por los campesinos. Por esa época sólo Stalin, entre los líderes del bolchevismo, manifestó la misma tendencia. Ambos vieron, como pronto lo vería Lenin, que era la única manera en que podría triunfar la revolución en el campo y hacer posible, así, su victoria duradera en las ciudades. Pero la insistencia de Trotsky sobre esto no le hizo creer que los campesinos podían convertirse en una fuerza realmente creadora para la revolución socialista. Pensaba que sólo el proletariado podía serlo. Esperaba un agudo conflicto con el campesinado, que seguiría al triunfo de la revolución; y creía que los campesinos derrotarían en ese momento a la revolución socialista, si ésta no se había convertido en internacional. "Sin el apoyo gubernamental directo del proletariado europeo, la clase trabajadora de Rusia no será capaz de mantenerse en el poder ni de transformar su gobierno temporal en una dictadura socialista estable y duradera."

Trotsky, entonces, compartía la opinión de Rosa Luxemburgo de

que era más probable que el capitalismo fuera suprimido por una guerra a muerte que por sus contradicciones económicas inherentes, que dieran por resultado que su capacidad expansiva quedara exhausta. Pero lo esencial de su argumento descansaba, no directamente en este punto, sino en su anticipación de lo que sería el curso de una Revolución Rusa nueva, triunfante en sus comienzos. Estaba convencido de que esto sucedería pronto: pero también estaba convencido de que, tan pronto como el proletariado tratara de hacerla socialista, los campesinos se volverían en su contra y, ayudados por fuerzas de la reacción ajenas a Rusia, podrían destruirla a no ser que viniera en su defensa el proletariado de los países más adelantados. "Abandonado a sí mismo, la clase obrera rusa será aplastada inevitablemente por la contrarrevolución, en el momento en que el campesinado le vuelva la espalda al proletariado. No les quedará otro remedio a los trabajadores que ligar la suerte de su propio dominio político y, en consecuencia, la suerte de la Revolución Rusa, con la de la revolución socialista en Europa." Como Trotsky planteaba la cuestión, no era sólo que los trabajadores de Europa salvarían a la Revolución Rusa, sino también que los obreros rusos pondrían su gran fuerza y energía "en la balanza de la lucha de clases del mundo capitalista en general". La Revolución Rusa se convertiría, así, en una revolución mundial, donde los socialistas rusos y occidentales lucharían unidos.

La doctrina de la revolución permanente de Trotsky no atrajo, por el momento, mucha atención. Después, la opinión de que la revolución socialista en Rusia no podía esperar sostenerse sin la ayuda de la revolución en Occidente, llegó a ser prácticamente un supuesto entendido lo mismo entre los mencheviques que entre los bolcheviques; pero, en 1906, casi nadie, con excepción de Trotsky, lo había planteado aunque, por supuesto, mucho se habló de la probabilidad de que la guerra precipitara la revolución mundial, e izquierdistas como Rosa Luxemburgo ya habían insistido en la necesidad de dar al movimiento revolucionario un carácter internacional y de pensar en términos, no de una serie de revoluciones nacionales, sino de una revolución mundial sobre una base de clase, que trascendiera las fronteras nacionales. La revolución mundial era ya una idea familiar; y se pensaba en ella, generalmente, como una lucha real, que se produciría probablemente como consecuencia de la guerra internacional. La idea pertenecía sobre todo a la extrema izquierda. Salvo cuando expresaban su deseo de que no estallara la guerra, ni siquiera en caso de que ayudara a precipitar la revolución mundial, casi todos los líderes occidentales se abstuvieron de referirse a ello.

Hasta ahora, hemos considerado en este capítulo sólo las opiniones de los socialistas que se consideraban revolucionarios, en el sentido de que sostenían que sería necesaria una revolución para la

creación de la sociedad socialista. Tenemos que revisar ahora la posición de los socialistas que rechazaban esta idea, los que, o bien se hacían llamar "reformistas", o no repudiaban el nombre cuando se les adjudicaba. Entre ellos estaban los revisionistas y reformistas alemanes, encabezados por Bernstein y Vollmar; los fabianos ingleses y casi todos los miembros del I. L. P. británico y del Partido Laborista; la mayoría de los escandinavos; el núcleo principal del Partido Socialista norteamericano, pero no, por supuesto, el Partido Laboral Socialista, ni la I. W W.; los suizos; un sector de los italianos; el grueso de los partidos laboristas australianos y una parte del partido neozelandés; los franceses partidarios de M·'lerand, pero no Jaurès ni el núcleo principal de socialistas franceses; y, quizás, los marxistas "legalistas" rusos. Los moderados franceses, excepto Millerand y sus similares, no pueden entrar en esta categoría porque la frase *la Révolution* tenía para ellos una referencia especial a la gran Revolución Francesa de 1879, a la que consideraban su misión preservar y complementar mediante la *révolution sociale.* Tenían su propia doctrina, derivada de Proudhon, de la revolución "permanente" o inmanente; pero, en muchos aspectos, estaban de acuerdo con quienes, en otros países, aceptaban el calificativo de reformistas.

La doctrina reformista, tal como la expone, por ejemplo, Sidney Webb, en *Fabián Essays,* descanzaba en una visión distinta de la concepción materialista de la historia de Marx. Los reformistas veían que las fuerzas de producción eran constantemente superadas por descubrimientos científicos y tecnológicos, y observaban que estos avances producían cambios en la estructura de la sociedad. Como Marx, veían en el desarrollo social una tendencia continua hacia la "socialización" del proceso de producción, que destruía la identidad del producto del trabajador individual y lo convertía en un simple contribuyente a un proceso social de producción. La "socialización" también tomaba la forma de una mayor escala de producción, mayor integración entre una fábrica y otra, entre las industrias y los mercados. Pensaban que iría progresando, con creciente concentración del control en manos de los grandes *trusts* y monopolios, aunque llegaran a ser expropiados y convertidos en propiedad pública, para ser administrados en pro del beneficio común. Hasta aquí coincidían con Marx; pero diferían al creer que, a medida que aumentara la producción, los trabajadores podrían mejorar sus condiciones y niveles de vida, en parte consiguiendo salarios reales más altos y, en parte, obteniendo del Estado, que democratizarían, un sistema creciente de servicios de beneficio social y una redistribución de los ingresos y la propiedad, a través de los impuestos destinados a confiscar la "renta" y obtenerla para mejorar la condición del pueblo y para el ulterior desarrollo de la fuerza productiva.

El aspecto político de esta doctrina reformista consistía que el Estado no era, por su naturaleza misma, como Marx había afirmado, una institución de clase, que existía para servir los intereses de una clase determinada, sino que debía considerársele neutral en esencia, como instrumento listo para ser utilizado por cualquier clase o grupo o colección de seres humanos que pudieran lograr su control. Así, si mediante el establecimiento de la democracia electoral y de un gobierno responsable, el Estado cayera en poder de la mayoría del pueblo, se convertiría, decían los reformistas, en instrumento de esa mayoría; y si el sistema democrático se instaurara por cambios constitucionales, sin recurrir a la violencia, el Estado capitalista se convertiría sin revolución en Estado del Pueblo y podría ser utilizado para la introducción del socialismo. Los reformistas no negaban que los Estados habían sido con frecuencia, en la práctica, los instrumentos de una clase dominante: negaban que esto tuviera que ser necesariamente o que el Estado pudiera *definirse* justamente como un instrumento del dominio de una clase. Los marxistas, por otra parte, insistían en que el Estado debía definirse sólo de esa manera y añadían que un Estado que hubiera sido el instrumento de una clase dominante no podía ser tomado por convertirlo en instrumento de una clase distinta. El viejo Estado tendría que ser destruido, y habría que poner en su lugar un nuevo Estado, que correspondiera a las necesidades de la nueva clase dominante.

Esto era, por supuesto, en parte una disputa sobre palabras; porque nadie negaba que el Estado tendría que variar su carácter para convertirse en instrumento de una clase distinta. Pero la concepción marxista suponía que este cambio debía tener lugar súbitamente, reemplazando de pronto el nuevo Estado al viejo, mientras que los reformistas pensaban en una transición gradual de las funciones del Estado, en la que sería imposible señalar el momento en que el Estado dejara de ser una cosa para convertirse en otra. La cuestión oscilaba, pues, entre el gradualismo y la concepción "catastrófica" más que en definiciones distintas del Estado.

Por supuesto, la concepción reformista suponía que el sistema social y económico existente no podía engendrar condiciones de "creciente miseria" para el núcleo principal del pueblo ni debía decaer súbitamente por sus "contradicciones" internas inherentes. El reformista podía sostener que el capitalismo era cada vez menos adecuado como medio para lograr el máximo de las fuerzas de producción disponibles; pero suponía generalmente que, en general, la producción de bienes y servicios seguiría aumentando más rápidamente que la población, a pesar de la ineficiencia capitalista, y que seguiría siendo posible aumentar el bienestar sin producir un desplome económico. Podía opinar que el bienestar crecería mucho más rápidamente a me-

dida que se produjeran nuevos avances hacia el socialismo; y podía argumentar que ocurrirían quebrantamientos parciales, a no ser que algunas partes de la estructura productiva —por ejemplo, los ferrocarriles— fueran administrados por el Estado. Pero sostenía que las grietas en la estructura existente podían enmendarse por métodos parciales; mediante la socialización de determinadas industrias, el desarrollo de leyes protectoras y servicios sociales, y la transferencia gradual de la "plusvalía" en manos de los ricos a las manos de la comunidad en general.

Así, los reformistas eran en líneas generales optimistas, y los revolucionarios pesimistas, acerca de las perspectivas de los niveles de vida y de producción sin una revolución. Pero, mientras los revolucionarios trazaban una aguda distinción entre "miseria creciente" bajo el capitalismo y "prosperidad creciente" bajo la planeación y la construcción socialista, los reformistas no reconocían tan aguda distinción. El socialismo era, para la mayoría de ellos, cuestión no de un absoluto sino de más o menos. Pensaban, como decía Bernstein de sí mismo, más en el proceso que en el resultado. El socialismo, en un sentido pleno, podría no llegar nunca: podría producirse algo más parecido al socialismo sin un rompimiento agudo en ningún punto. Por supuesto, muchos reformistas reconocían que podría producirse, de hecho, un rompimiento agudo; pero, en vez de celebrar esa perspectiva con gusto, como la "gloriosa revolución", esperaban evitar que ocurriera y hacían planes para volverla más improbable.

Los reformistas eran de muchas especies y clases. En un extremo, estaban los filántropos cuya preocupación única era el aumento del bienestar social y quienes se ocupaban principalmente del mejoramiento de la legislación social y de que los ricos tuvieran que pagar impuestos. No muy distantes estaban los que sostenían que eran estrechos los límites para los logros mediante estos métodos, a no ser que el Estado tomara también en sus manos, cuando menos, las industrias clave y se colocara así en posición de prescindir de los incentivos utilitarios de estas industrias y quitar a la producción las cadenas que le imponía la busca de la utilidad privada. Había discusiones entre los socialistas "caritativos" y los socialistas "socializantes", y también acerca del grado de "socialización" real indispensable para crear una base segura para la planeación económica socialista, y hasta qué punto podía actuar en su lugar el "control". Había, por otra parte, socializantes extremistas que querían que el Estado o el municipio se hicieran cargo de todo, en nombre de la "democracia de los consumidores", pero deseaban que esto se produjera gradualmente, por una secuencia de leyes del Parlamento que se refirieran a cada industria o servicio particular e insistían en que, como cuestión de justicia igualitaria, la socialización gradual significaba una compensación para

los propietarios existentes. Algunos añadían, como Shaw, que la compensación pagada debía derivarse totalmente de impuestos a los propietarios, de tal modo, que, en efecto, se compensaran unos a otros, sin costo para la comunidad. Algunos favorecían, en lugar de la compensación, sólo rentas temporales para facilitar la transición y algunos rechazaban totalmente la compensación en algunos casos —por ejemplo, en el de la tierra— basándose en que no podía existir un derecho a la propiedad privada de los dones de la naturaleza, sino solamente un derecho limitado en los bienes de capital creados por el hombre.

La disputa sobre la compensación ocupó con frecuencia, especialmente en Gran Bretaña, un lugar importante en las discusiones entre la izquierda y la derecha. La izquierda señalaba que el pago de compensación, si no iba acompañado de transferencias de propiedad al Estado por lo menos equivalentes, mediante impuestos sobre el capital —por ejemplo, sobre la herencia— reduciría la nacionalización a un simple cambio de la administración privada a la pública, y no llevaría consigo una disminución necesaria de la propiedad privada. Simplemente sustituiría los pagos de intereses a las utilidades, y sujetaría a los trabajadores, en las industrias transferidas, a una explotación muy parecida a la de antes. La izquierda ridiculizaba la idea de que podía obligarse a los ricos a pagar, a través de impuestos más altos sobre el ingreso y el consumo, las sumas necesarias para la compra por el Estado de industrias, sin impedir que se les cargara con impuestos más fuertes, al mismo tiempo, para la expansión de servicios sociales redistributivos y sostenía que las industrias administradas por el Estado, si debían ganar intereses para los antiguos propietarios, tendrían que ser manejadas en una forma esencialmente capitalista.

La derecha no se preocupaba mucho por estas críticas, por sólidas que fueran fundamentalmente; pero los gradualistas estaban, en su mayoría, dispuestos a posponer la expropiación de las clases poseedoras para un futuro no fijado, suponiendo que se les permitiera avanzar hacia la nacionalización, o alguna variante de ésta, por el camino más fácil. En cuanto a las rentas temporales, la derecha argumentaba que su adopción no constituiría una diferencial real, porque, por equidad, tendrían que ser lo bastante altas como para representar el valor total de los bienes transferidos; mientras que la izquierda negaba esta necesidad y quería que las rentas se pagaran sólo por el tiempo que tardara la socialización en hacerse general y que se consideraran como un aviso de que debían retirarse, dado por adelantado a toda la clase de los capitalistas, quienes recibirían así una justa advertencia de lo que debían esperar. La derecha, por supuesto, rechazaba esta opinión porque sus miembros, ni tenían en mente una fecha para la conclusión del proceso de socialización; ni siquiera pensaban que pu-

diera completarse, o que la propiedad privada de los medios de producción iba a cesar, dentro de un número determinable de años.

Los reformistas eran todos gradualistas, si se dedicaban a la política. Pero no era el caso de todos. Hertzka, por ejemplo,[2] propuso establecer en el África Central un nuevo Estado libre de impuestos sobre la renta y de intereses para los productores, que sirviera como modelo a todos los Estados del mundo, los que acabarían por copiarlo cuando hubiera probado su superior eficacia. Puede decirse que Hertzka no era socialista, ni siquiera reformista; pero, cuando menos, se había apropiado de algunas ideas socialistas. La fundación de comunidades ideales no fue, en general, una característica del periodo estudiado en este volumen, excepto en el caso de algunos grupos que se dispusieron, no tanto a regenerar al mundo, sino a llevar una "buena vida" lejos de las maldades y trivialidades, como, por ejemplo, los tolstoianos. El experimento de William Lane en el Paraguay fue un caso aislado y bastante desalentador en sus resultados; y no puede ser definido, por supuesto, como reformista. En su mayoría, los reformistas no estaban del todo disgustados con el mundo, o deseosos de huir de él, aunque consideraran necio gran parte de su comportamiento. Eran paridarios del Estado bienhechor del que creían que, con un sufragio democrático y un gobierno responsable ante los electores, podía ser utilizado como instrumento para la difusión de los medios que llevaran a una vida más conveniente.

Los socialistas reformistas eran casi todos, además, ardientes demócratas en política. No consideraban que tenían el derecho a establecer el socialismo, o a avanzar hacia él, sin un mandato popular y querían actuar por mandato de una mayoría de todo el pueblo, y no de una clase. Les disgustaba la idea de la lucha de clases aunque la aceptaban como hecho social. Se oponían a los llamados exclusivistas a una clase y eran terriblemente hostiles a la idea de la dictadura de clase. La palabra "dictadura" era apenas usada, de hecho, por los marxistas, excepto en Rusia, y ni siquiera allí era muy usada hasta que Lenin se ocupó de hacerlo. Cuando los alemanes la usaban no querían, por regla general, significar con ella un sistema exclusivo de dominio de la clase obrera, sino sólo que, en una sociedad democrática, el proletariado, como la clase más numerosa y mejor organizada, mandaría en realidad, sin necesidad de quitar el derecho al sufragio o discriminar a otros. Hemos visto cuánto hincapié pusieron los alemanes en la obtención de una mayoría por sufragio universal como presupuesto necesario para el socialismo; y no debemos olvidar que aun los bolcheviques exigían una Asamblea Constituyente para cuya elección no sólo los trabajadores tendrían derecho al voto. Puede haber sido, en

[2] Véase pp. 44 ss.

parte, porque aceptaba esta condición por lo que Lenin insistió tan vigorosamente en la distinción entre las dos revoluciones, la segunda de las cuales, la socialista, podía producirse sólo cuando el proletariado se hubiera convertido en una mayoría, o en todo caso sólo cuando el proletariado *sumado* a los demás elementos del pueblo que hubiera podido asimilarse se convirtiera en mayoría. Los reformistas insistían más aún en que los socialistas debían actuar sólo de acuerdo con el apoyo de la mayoría. Tomaban muy en serio el voto parlamentario, como expresión de la voluntad del pueblo y confiaban en ganar gradualmente a las mayorías en pro de medidas socialistas cada vez más avanzadas.

En este punto existieron grupos durante todo nuestro periodo que se opusieron vigorosamente tanto a los revolucionarios como a los "demócratas" reformistas. También esta oposición tenía sus alas izquierda y derecha, incluía en un extremo a los voluntaristas del movimiento cooperativo y, en el otro, a los apóstoles del anarco-comunismo y del sindicalismo revolucionario. Lo que unía a todos estos grupos discordantes era la oposición a la extensión de los poderes del Estado a la serie de todas las grandes actividades colectivas de la sociedad, ya se concibiera el Estado como una dictadura o como una democracia abierta. Sostenían que, aunque el deseo de utilidades en la industria era nocivo, no era deseable que, al suprimirlo, se convirtiera el Estado —aunque fuera un Estado electoralmente democrático— en el amo universal. Muchos sostenían que la democracia parlamentaria no era una democracia real porque el elector no tenía poder real para controlar a los representantes que elegía, ni para hacer algo específico, sino para ejercer su fuerza universal. Algunos anti-parlamentaristas deseaban suprimir totalmente el gobierno; pero lo que querían realmente era que, en vez de concentrarse la autoridad máxima en un solo lugar, se dividiera, funcional y localmente, de modo de limitarla al ejercicio de funciones particulares y, con ello, hacerlo más suceptible al control de aquellos a quienes se suponía que representaban y, al mismo tiempo, descentralizarla y acercarla, en estrecho contacto, a los que debían cumplir sus órdenes.

Así, los cooperativistas deseaban, en su mayoría, que asociaciones voluntarias de consumidores y productores se hicieran cargo gradualmente del funcionamiento económico de la sociedad, manejando sus asuntos con un mínimo de interferencia del Estado. Los sindicalistas, por otra parte, consideraban al sindicato como el instrumento primario de la democracia, sosteniendo que lo que era un hombre en su trabajo tendería a serlo en toda su forma de vida y que, si no era libre y autónomo como productor, al asociarse con sus semejantes, la socialización conduciría a un Estado de siervos, donde los políticos y los burócratas, en nombre de una democracia irreal, tiranizarían

al hombre común. Los anarco-comunistas, con otro acento, querían poner el poder en manos de las comunidades locales de amigos y vecinos, quienes administrarían sus negocios con un mínimo de maquinaria burocrática y actuarían, en lo posible, directamente en vez de transferir su poder a representantes, como tenía que hacerse donde la organización social se establecía en gran escala. Los socialistas gremiales, a diferencia de estas dos escuelas de pensamiento, daban gran importancia a la organización funcional, sosteniendo que la representación era real donde el representante era escogido para una tarea definida y limitada, pero irreal cuando se suponía que representara al "hombre completo" y expresara su voluntad en relación con todo. Todos estos críticos de la democracia parlamentaria eran "pluralistas", excepto quizás los anarco-comunistas. Todos querían, en vez de un Estado omnicompetente, diversos organismos de control social, cada uno con una labor particular y ninguno autorizado a intervenir autoritariamente sobre los demás.

Contra los pluralistas y libertarios, los social-demócratas, de derecha o de izquierda, abogaban por la soberanía unitaria del Estado y casi todos también eran partidarios de la centralización. Tanto los bolcheviques como los social-demócratas parlamentarios, consideraban la centralización creciente del poder como una característica indudable del progreso y se consideraban destinados a ser los herederos de la concentración capitalista y del poder centralizado del Estado moderno. Sobre esto se dividían los reformistas; porque algunos eran ardientes partidarios de la nacionalización, mientras que otros favorecían la municipalización, en la esperanza de aminorar la concentración del poder; y algunos ponían sus esperanzas, no tanto en el socialismo de Estado, como en una situación en la cual el Estado, actuando como planificador y coordinador, utilizara diversos organismos autónomos para la ejecución de sus fines sociales, en vez de concentrar la autoridad administrativa en sus propias manos.

Cuando, más arriba, traté de clasificar a los socialistas de diversos países respecto a sus actitudes hacia la revolución y la reforma, dejé intencionalmente fuera del análisis a algunos países. Se encontraban entre éstos, en particular, Austria y Bélgica. No me referí a Austria porque, para los socialistas austríacos, la cuestión se mezclaba inextricablemente con la de la supervivencia del Imperio austríaco y, por tanto, con la del nacionalismo. Los austríacos tenían que considerar la posibilidad de que el Estado austríaco se desintegrara por revoluciones nacionales, que podían o no ser socialistas o semi-socialistas. Algunos, principalmente los que pertenecían a los grupos no alemanes, querían que ocurrieran esas revoluciones: casi todos los socialistas germano-austriacos esperaban que el Estado austriaco se mantuviera unido por el establecimiento de alguna especie de autonomía cultural nacional,

que no destruyera su unidad económica o política. Esto tendía a hacer reformista a la social-democracia austríaca, en la práctica; pero no podía declararse, ante el carácter reaccionario del Imperio austríaco, contra la revolución. Estaba, pues, todavía más que la social-democracia alemana, entre dos aguas. Los belgas se encontraban frente a una situación menos complicada, pero bastante difícil también. No deseaban, por supuesto, desintegrar al Estado belga en Estados independientes, uno belga y el otro valón; pero la fuerza del catolicismo en la parte flamenca del país los enfrentaba con una situación en la que era muy improbable la obtención de una mayoría socialista y eran, por tanto, incapaces de aceptar la opinión optimista de los alemanes sobre una rápida victoria del socialismo, por presión parlamentaria. Esto los obligó a crear, entre sus partidarios, dentro del sistema existente, un modo de vida, en lo posible, socialista. Y los condujo a establecer y apegarse a la estrecha asociación de los sindicatos, las sociedades cooperativas y las mutualistas, con el partido político, y a aceptar el corolario de que, si establecían esa estructura, los católicos se verían obligados a hacer lo mismo, de modo que habría sindicatos, sociedades cooperativas e instituciones sociales rivales, y una clase obrera dividida. Titulé el capítulo dedicado a Bélgica, "La social-democracia estacionada" porque me parecía que los belgas fueron los primeros socialistas occidentales que comprendieron que la democracia parlamentaria no los conduciría a la victoria, como representantes de una clara mayoría del pueblo.

Otros, sin duda, podían haberlo comprendido por razones diferentes. Una y otra vez, en los escritos sociales del periodo, se encuentra el supuesto de que el proletariado constituye, o pronto constituirá, la gran mayoría del pueblo. Los alemanes lo afirmaban continuamente y hablaban como si la mayoría del electorado que esperaban ganar para su causa fuera una mayoría proletaria, aunque atraían ansiosamente a los electores no proletarios. Pero ¿era cierto que el proletariado constituía ya una mayoría o que estaba en proceso de constituirla[2]? La negativa venía principalmente de los sindicalistas, como Robert Michels, Georgcs Sorel y Hubert Lagardelle y también de muchos reformistas, que no querían hacer descansar su socialismo en un fundamento de lucha de clases. Estos críticos insistían en que las sociedades capitalistas avanzadas, lejos de polarizarse en dos clases hostiles de burgueses y proletarios, se subdividía cada vez más: una parte decreciente de trabajadores manuales, una parte creciente de burócratas y administradores y una parte cada vez mayor de personas poseedoras de las suficientes propiedades como para tener algo que perder además de las cadenas. Hemos visto cómo Kautsky y sus opositores opinaban de los hechos referentes a la desaparición del campesinado[3] y cómo las críticas al mar-

2 Véase vol. III, pp. 250 ss.

xismo se centraban en la teoría de la "miseria creciente", contradicha por el curso real del desarrollo capitalista. Era un hecho claro que, si "proletariado" incluía sólo a los trabajadores industriales manuales, era improbable que, bajo el capitalismo llegara a constituir una mayoría del pueblo y muy probable que el avance ulterior del capitalismo disminuyera su tamaño relativo. Esta disminución no ocurriría, por supuesto, en los países atrasados, donde el número relativo y el real de esos "proletarios" iría creciendo durante mucho tiempo; pero se aplicaría a los países que la mayoría de los socialistas consideraban casi maduros para el socialismo.

Esta dificultad podía salvarse volviendo a definir el término "proletariado" para incluir a la masa creciente de asalariados y, en caso necesario, también a los campesinos, con exclusión de los agricultores más prósperos. Pero esta definición hacía del "proletariado" una clase mucho menos homogénea, y mucho menos capaz de organización unificada y solidaria de clase en la acción. Las mismas características que, según se afirmaba, dotaban al proletariado de su aliento socialista, se convertían en propiedad, no del proletariado en general, sino de un sector del mismo. Este sector podía considerarse incluso como la "vanguardia", que por su cohesión y capacidad de organización agruparía tras de sí a todos los demás elementos, en la lucha por el socialismo, pero esto equivalía a decir que la fuerza que luchaba por el socialismo no era el proletariado como clase, sino más bien una *élite* del proletariado, y, por supuesto, no una mayoría del pueblo. Si esta *élite* había de gobernar, la dictadura sería, no de una mayoría, sino de una minoría imperando sobre la mayoría. Si no debía haber una dictadura, sino el gobierno que quisiera la mayoría, los socialistas, para ganar y obtenerla, tendrían que disolver su política, para responder a los deseos de los electores marginales.

Éste era el verdadero dilema socialista de los años anteriores a 1914, años que trajeron consigo el auge de grandes partidos socialistas parlamentarios en la Europa occidental, pero que —ni siquiera en Alemania— no acercaron a estos partidos a una mayoría que los capacitara para introducir el socialismo, con un mandato democrático. Los alemanes, como los demás, se habían visto obligados a disolver sus programas inmediatos para llegar a lo que habían llegado v parecía como si todavía fuera necesaria una mayor dilución, a pesar del repudio teórico del revisionismo y el reformismo en todas sus variantes.

¿Qué sucedería, pues, más tarde? Muchos socialistas, especialmente los que tenían simpatías izquierdistas, encontraron una salida profetizando que el capitalismo desaparecería pronto, bien en una crisis económica "definitiva" de desempleo en masa y sub-consumo, o bajo la tensión de una guerra inter-capitalista e imperialista, y que este derrumbe del viejo orden convertiría a la masa del pueblo a la causa del

socialismo o dotaría a los socialistas, como el único poder en pie después de la disolución del viejo orden, de la fuerza para establecer el socialismo sin esperar a la conversión en masa del pueblo y para ganar y conservar el apoyo de la mayoría, enfrentando a los desorganizados no socialistas con un hecho consumado. Contra esto, otros cuyas simpatías estaban con los reformistas, abrigaban la idea de que quizá el socialismo no era, después de todo, un sistema, sino más bien una tendencia y que la tarea de los partidos y de los movimientos socialistas no era, a fin de cuentas, establecer una sociedad socialista, sino más bien ir progresivamente en dirección del Estado bienhechor. Pero la mayoría de los socialistas no se comprometían con ninguna de estas actitudes o esperanzas. Seguían esperando lo mejor.

En algunos países, la cuestión de la acción revolucionaria apenas surgía, aunque en todos existían, al menos, pequeños grupos de revolucionarios, o de personas que se creían tales, del mismo modo que había generalmente pequeños grupos de reformistas aun en países donde la estructura estatal existente no dejaba campo, prácticamente, para reforma sin revolución. En Gran Bretaña, por ejemplo, la Federación Social Demócrata hablaba mucho de revolución y atacaba a los fabianos y al Partido Laborista por rechazarla; pero nunca hubo la menor posibilidad de intentar siquiera, en la práctica, una revolución. Keir Hardie apoyaba la huelga general contra la guerra, no como revolucionario sino como pacifista ardiente; y las escenas turbulentas de Liverpool y otros lugares, durante la etapa de gran inquietud de 1910-14, no tuvieron nada que ver con la revolución. Irlanda era, por supuesto, otro problema; pero los revolucionarios irlandeses eran nacionalistas y socialistas, en su mayoría. Aun en Irlanda la principal amenaza de revolución, hasta 1914, vino de los sindicalistas de Ulster y no de la izquierda. El Partido Laborista británico, con el que estaban conectados el Partido Laborista irlandés y los fabianos, no se dijo socialista hasta 1917 o 1918, aunque había aprobado numerosas resoluciones socialistas.

Tampoco surgió la cuestión de la revolución realmente, como problema práctico, en los Estados Unidos, o en Australia y Nueva Zelandia, aunque en todos esos países la I. W. W. combinaba su simpatía por la revolución con actividad laboral muy militante. En estos países, los partidos socialistas y laboristas incluían en sus filas a revolucionarios; pero, con excepción del Partido Laboral Socialista de De León, no había partidos revolucionarios. Los revolucionarios y los reformistas podían actuar conjuntamente en ellos porque la revolución no era una cuestión práctica. En todos el sufragio era amplio, aunque las mujeres todavía no tenían el voto y el sistema parlamentario funcionaba sobre una base de un gobierno responsable que abría el camino, no sólo a reformas parciales, sino a cambios estructurales en el sistema social, si una mayoría del electorado los deseaba claramente o daba persistente

apoyo a los políticos que los demandaban. En esos países, bajo las condiciones existentes hasta 1914, la revolución no podía ser una política práctica, excepto para una minoría nacional como los católicos irlandeses, y ni siquiera para ellos era fácil.

Aun en la Europa continental había países donde el problema de la revolución apenas surgía como cuestión práctica. Noruega tenía su revolución nacional, pero no social; pero en el resto de los países escandinavos, a pesar de la limitación del sufragio, apenas existía un movimiento revolucionario. Era más extenso en Holanda pero se basaba en la debilidad más que en la fuerza y era más una reacción contra la futilidad de la política parlamentaria que una expresión de voluntad revolucionaria. Tampoco era realmente "política práctica" la revolución en Bélgica, aunque sí lo era la fuerte presión en favor de la reforma parlamentaria mediante huelgas y manifestaciones. Muchos valores se consideraban revolucionarios; pero el Partido Laborista belga no tenía en sus filas muchos elementos de este tipo. Había algunos en la Suiza francesa, pero muy pocos, sin contar los exiliados, en la Suiza alemana. En todos estos países, aun en Suiza, había agudas luchas laborales, y en los países escandinavos, uno tras otro, las fuerzas en masa del capital y el trabajo chocaron en conflictos organizados; pero nunca hubo posibilidad de que las huelgas generales danesas, noruegas o suecas se convirtieran en revoluciones.

Tampoco hubo, en verdad, una perspectiva real de revolución en Alemania. Porque el núcleo principal de alemanes que creían en "la revolución" la habían pospuesto definitivamente para el día en que el socialismo hubiera obtenido una mayoría parlamentaria y, aun entonces, esperaban realizarla mediante procedimientos parlamentarios constitucionales. Los alemanes, con excepción de una minoría muy pequeña, eran en la práctica y por su actitud tan reformistas como los ingleses. El principal revolucionario entre ellos, Rosa Luxemburgo, no era alemana sino polaca v le preocupaba tanto la Revolución Rusa como la alemana; en verdad, las consideraba una sola. La revolución o, al menos, la revolución social, era un problema de la Europa oriental y, en su aspecto social, predominantemente rusa.

Quedan Francia, Italia, España y Portugal. Portugal tuvo una revolución, pero prácticamente sin existir un movimiento socialista. España hervía siempre en una revolución potencial, pero nunca pudo combinar sus fuerzas en un movimiento único; y la social-democracia española, con Iglesias, no era de hecho más revolucionaria que la alemana. Italia siempre fue susceptible a los motines; pero los socialistas tenían poca fuerza en la abatida zona meridional y un abismo separaba a los trabajadores industriales de las ciudades del norte del turbulento lumpenproletariado de Nápoles, y aun de Roma. Finalmente, en Francia los guesdistas se asemejaban a los alemanes, los

partidarios de Jaurès eran más bien defensores de una revolución pasada que partidarios de una nueva; los blanquistas, dirigidos por Vaillant, se habían desprendido de su celo conspiratorio, y la mayoría de los sindicalistas, aunque llamaban a su movimiento "sindicalismo revolucionario", no tenían intención inmediata de tratar de derrumbar por la violencia a la República burguesa. Francia tenía muchos revolucionarios, en la derecha y en la izquierda, y *pudo* haberse producido algún intento, además del de Boulanger, de dar un golpe revolucionario. Pero semejante intento podía venir, con más probabilidad de la derecha que de la izquierda: la idea de una revolución sindicalista no fue nunca más que una idea: nunca se convirtió en "complot".

En efecto, el socialismo de la Europa occidental, como quiera que se llamara, era un movimiento reformista y no revolucionario. En algunos países se luchaba todavía por el sufragio universal (o, al menos, masculino) y por el establecimiento de ún gobierno responsable y se utilizaba la demostración de huelga general como un instrumento para este fin. En otros países, estas condiciones existían ya, y se ocupaba principalmente de hacer demandas de legislación social o de las cuestiones sindicales. El único problema que obligó a enfrentar la cuestión de la acción revolucionaria fue el de la guerra; y ante ese conflicto el socialismo sintió malestar y no supo cómo resolverlo. Finalmente, se dejó persuadir —por Rosa Luxemburgo y Lenin, debe advertirse— a respaldar, en el Congreso Internacional de Sttutgart, y a reafirmar, en Copenhague y Basilea, los últimos párrafos de la resolución que establecía el deber de los socialistas ante la amenaza o el estallido de la guerra. Estos párrafos carecían de claridad: de otra manera no habrían sido aceptados de ningún modo. De cualquier forma que se interpretaran, comprometían al movimiento socialista internacional a mucho más de lo que era capaz de realizar en 1914, o con cualquier deseo unificado. La Segunda Internacional se desmembró y sólo en la Europa oriental se cumplió la profecía, hecha con tanta frecuencia, de que la guerra europea significaría inevitablemente la revolución europea.

BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

GENERAL

La fuente más amplia para la historia del socialismo en la etapa que cubre este volumen es la *Encyclopédie socialiste, syndicale et coopérative de l'Internationale ouvrière* (8 vols., 1912-13) de A. C. A. Compère-Morel. Las obras más importantes para el movimiento fuera de Francia son Le *Mouvement socialiste international,* de Jean Longuet, que hace una revisión de cada movimiento nacional, basado en gran medida en los informes presentados a los congresos; *La Révolution sociale,* de C. Rappoport; Un *-peu d'histoire,* de C. Rappoport y A. C. A. Compère-Morel y *Comment nous sommes socialistes,* de Sixte-Quentin. Véanse también *Social Struggles and Modem Socialism* (1925) y *Fifty Years of International Socialism* (1935), ambas de Max Beer; *Socialism and the Social Movement* (traducción de la versión revisada, 1909) de W. Sombart; *Histoire du socialisme européen* (1948) de Élie Halévy; *Histoire du mouvement ouvrier,* vol. II (1939) y vol. III (1953), de E. Dolléans; *Modem Socialism as Set Forth by Socialists* (edición revisada, 1910), de R. C. K. Ensor —una colección muy útil de documentos—; *Democracy and Socialism* (traducción inglesa, 1939), de A. Rosenberg; *Socialism and Democracy in Europe* (1913), de S. P. Orth; *Socialists at Work* (1908) de Robert Hunter; *Socialism as it is* (1912) de W. E. Walling; *The Socialist Tradition* (1946) de Sir Alexander Gray; *Über Sozialismus, Kommunismus, und Anarchismus* (1911), de K. Diehl; *History of Socialism* (revisada, 1913), de T. Kirkup y E. R. Pease; *Socialism in Thought and Action* (1920) y *Social-Economic Movements* (1944) de H. W. Laidler, *Central European Democracy and its Background* (1953), de R. Schlesinger; *The East European Revolution* (1950), de Hugh Seton-Watson; *Dictionary of Socialism* (1924), de A. S. Rappoport; *Histoire du socialisme au XX[e] siècle* (1948), de L. Valiani.

CAPÍTULOS I Y II

Hasta que aparezca la obra anunciada por J. B. Joli, el único libro en inglés que trate íntegramente la historia de la Segunda Internacional es *The Rise and Fall of the Second International* (Nueva York, 1932), de J. Lenz. Es un libro comunista, sin medios tonos. Existe un recuento mucho más equilibrado en *Labour and Internationalism* (1929), de L. L. Lorwin. Véanse también *The Workers' International* (1920) de R. W. Postgate; *Die Internationale* (sin fecha) de Rosa Luxemburgo y F. Mehring; *L'Internationale* (1895) de B. Malón; y los siguientes volúmenes de la *Encyclopédie socialiste* (1912-13) de Compère-Morel; Le Mouvement *socialiste international,* de J. Longuet; *La Révolution sociale,* de C. Rappoport; *Un peu d'histoire,* de C. Rappoport y Compère-Morel. Véase también *Socialism and Democracy in Europe* (1913), de S. P. Orth; *Socialism at Work* (1908), de Robert Hunter; *Socialism as it is* (1912), de W. E. Walling; *Democracy and Socialism,* de A. Rosenberg y otras obras generales mencionadas en la lista introductoria.

La fuente principal se encuentra, por supuesto, en los informes de los diversos congresos de la Internacional. La mejor colección está en la Biblioteca del Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. La London School of Economics tiene algunos, pero no llega a la colección completa. He tenido que utilizar copias en inglés, francés y alemán, según lo que pudiera encon-

trar. No he visto un informe completo del Congreso Posibilista de París de 1889. Sólo he encontrado la versión alemana del Congreso Marxista de ese año. Nc- está en la colección de la London School of Economics. Ésta incluye, sin embargo, el informe de Bruselas (1891), pero no el de Zurich (1893) ni el de Londres (1896), los cuales pude obtener, lo mismo que el informe de 1889, de la Internacional Socialista. La London School of Economics tiene los de París (1900), Amsterdam (1904) y Stuttgart (1907), pero no los de Copenhague (1910) ni Basilea (1912). Estos dos pude conseguirlos en la Internacional Socialista, junto con el volumen publicado en Estocolmo en 1918 (en francés) relativo a la proyectada Conferencia de Estocolmo de 1917. Los informes especiales de los movimientos socialistas de los diversos países, publicados por la Internacional fueron citados en la lista introductoria.

Muy útil para los orígenes de la Segunda Internacional es la *Histoire du premier mai* (París, 1953), de M. Dommanget. Véase también *Les Congrès ouvriers et socialistes français* (1901, reeditado en el volumen I de *L'Oeuvre de Léon Blum,* 1954), de Léon Blum.

CAPÍTULO III

CO

Véase *History of the Fabian Society* (edición revisada, 1925), de E. R. Pease; *Early History of the Fabian Society* (Opúsculo 41, 1892), de G. Bernard Shaw (publicado originalmente como *The Fabian Society: What it has done and how it has done it); Fabian Essays in Socialism* (1889), editado por G. B. Shaw, la Introducción a ediciones posteriores (1908) y *Sixty Years of Fabianism* (1948); Essays *in Fabian Socialism* (1932) de G. B. Shaw; *Memorials of Thomas Davidson, the Wandering Scholar* (1907), editado por VV. Knight; *The Fabian Society, Past and Present* (1942 y varias ediciones revisadas), de G. D. H. Cole.

Hay colecciones de los *Fabian Tracts,* publicadas en diversas fechas y con contenidos diversos. Entre las más importantes del primer periodo están los Números 2, *A Manifestó* (Shaw, 1884); 4, *What Socialism is* (Mrs. Wilson y otros, 1886); 5, *Facts for Socialists* (Webb, 1887 y otras ediciones sucesivas); 6, *The True Radical Programme* (Shaw, 1887); 7, *Capital and Land* (Olivier, 1888); 8, Facts *for Londoners* (Webb, 1889); 11, *The Workers' Political Programme* (Webb, 1890); 29, *What to Read* (Wallas, 1891); 40, *Fabian Election Manifesto* (Shaw, 1892); 42, *Christian Socialism* (Headlam, 1892); 45, *Impossibilities of Anarchism* (Shaw, 1893); 49, *A Plan of Campaign for Labour* (Shaw, 1894); 51, *Socialism True and False* (Webb, 1894); 61, *The London County Council* (J. F. Oakeshott, 1895); 67, *Women and the Factory Acts* (Beatrice Webb, 1896); 70, *Report on Fabian Policy* (Shaw, 1896); 75, *Labour in the Longest* Reign (Webb, 1897). Véase también el opúsculo no numerado. *Government Organisation of Unemployed Labour* (Webb y Podmore, 1886).

Respecto a los Webb, véase Margaret Cole, *Beatrice Webb* (1945) y *The Webbs and their Work,* editado por la misma (1949); *My Apprenticeship* (1926), *Our Partnership* (1948) y *Diaries, 1912-24,* de Beatrice Webb, editados por Margaret Cole y Barbara Drake (1952, con otro volumen en preparación); véase también *Beatrice and Sidney Webb* (1932) de M. A. Hamilton.

De los escritos de los Webb, aparte de los opúsculos fabianos ya citados, los más importantes de su primera etapa son *Socialism in England* (1890); *The London Programme* (1892), de S. Webb; *The Co-operative Movement in Great Britain* (1891), de B. Webb; *The History of Trade Unionism* (1894,

revisada en 1920); Industrial *Democracy* (1897) y *Problems of Modern Industry* (1898), de S. y B. Webb.

Hay más referencias a la Sociedad Fabiana, a los Webb y a Shaw en el capítulo IV. Véase además, *Modern Socialism* (1890), de A. Besant; *Land Nationalisation* (1892), de H. Cox.

00

Sobre el nuevo sindicalismo y sus antecedentes, véase *History of Trade Unionism* (1894), de S. y B. Webb; *Trade Unionism, New and Old* (1891), de G. Howell —que da el punto de vista del antiguo sindicalismo—; *Short History of the British Working-class Movement* (vol. II 1926, edición revisada en un volumen, 1948), de G. D. H. Cole; *The Common People* (1938, edición revisada 1946), de G. D. H. Cole y Raymond Postgate; *The Dockers' Strike* (1890), de H. Llewellyn Smith y V. Nash; *The Great Dock Strike* (1890), de H. H. Champion; *Memoirs* (1923), de Tom Mann; *John Burns, Labour's Lost Leader* (1950), de W. Kent; *John Burns* (1911), de J. Burgess; *John Burns* (Fabian Tract, 1943), de G. D. H. Cole; Sixty *Years, ¡889-1949* (1949), de la National Union of General and Municipal Workers; *History of the Dockers' Union* (1910) y *Memories and Reflections* (1931), de B. Tillett; *My Life's Battles* (sin fecha), de W. Thome; Record *of an Adventurous Life* (1911), de H. M. Hyndman; *The Miners, 1889-1910* (1949), de R. P. Arnot; *My Life for Labour* (1924), de R. Smillie.

Para los antecedentes, véase *The Rise and Decline of Socialism in England* (1926), de Joseph Clayton; *The Origins of the Labour Party* (1954), de H. M. Pelling; *A Bundle of Memories* (1915), de H. Scott Holland; *Toynbee Hall and the Settlement Movement* (1914), de W. Picht; *Life of Samuel Barnett* (2 vols., 1918), de Henrietta Barnett; *The Labour Movement* (1893, revisado en 1912), de L. T. Hobhouse; y *Democracy and Reaction* (1904, revisado en 1909), del mismo autor; *England, Arise!* (1931), de G. Elton.

The Labour Question (1896), de P. de Rousiers; *Christian Socialism in England* (1903), de A. V. Woodsworth.

Annual Reports on Strikes and Lock-Outs (de 1888), publicado por el Board of Trade del Departamento de Trabajo; *History of the Trades Union Congress* (2 vols., 1910 y 1916), de W. J. Davis; *Fifty Years of* Railway *Trade Unionism* (1922), de G. W. Alcock; *Short History of the General Union of Textile Workers* (1920), de B. Turner; *The Story of the Engineers* (1945), de J. B. Jefferys; *The Builders' History* (1923), de R. W. Postgate; *My Stormy Voyage through Life* (1925), de J. Havelock Wilson.

(m)

Lo que más se aproxima a una historia del Partido Laborista, en sus primeros días, es la obra *The Origins of the Labour Party* (1954) de H. M. Pelling. Véase también *British Working-class Politics 1832-1914* (1941), de G. D. H. Cole; *History of British Socialism* (1920), de Max Beer; Life *of Keir Hardie* (1921), de W. Stewart; *Life of James Ramsay MacDonald,* vol. I (1939), de G. (Lord) Elton; *England Arise!* (1931), del mismo autor; *Autobiography* (2 vols., 1934), de P. (Vizconde) Snowden; *Socialism over Sixty Years: the Life of Jowett of Bradford* (1946), de A. F. Brockway; *James Keir Hardie* (Fabian Tract, 1941), de G. D. H. Cole; *History of Labour Representation* (1912), de A. W. Humphrey; *J. Keir Hardie: From Pit to Parliament* (1923), de D. Lowe, un estudio de los primeros años de Keir Hardie, escrito por un cercano colaborador; *Early Socialist Days* (1927), de W. S. Sanders; J. Keir *Hardie: A Me-*

morid, (folleto, 19193, de J. Bruce Glasier; *Keir Hardie* (1935), de Hamilton Fyfe; *Souvenirs of Scottish Labour* (1919), de D. Lowe; */. Bruce Glasier: a Memorial* (1920), de W. Whiteley; *My Life for Labour* (1924), de R. Smillie.

Respecto a las obras de Keir Hardie, véanse *Keir Hardie's Speeches and Writings 1888-1915* (3» ed., 1928), editado por Emrys Hughes; *From Serfdom to Socialism* (1907); *India* (1909) y algunos folletos, incluyendo *Can a Man be a Christian on a Pound a Week?* (1901); *My Confession of Faith in the Labour Alliance* (1909); *The 1. L. P.: All about it* (1909); *Socialism* (1907), véanse también los archivos de *The Miner* y de *The Labour Leader.*

Los informes anuales del I. L. P. son una fuente importante; y lo mismo puede decirse de muchos folletos publicados por el Partido.

De Edward Carpenter, véase *Towards Democracy* (1883, revisado en 1905), *Civilisation, its Cause and Cure* (1889), *My Days and Dreams* (1916) y *Towards Industrial Freedom* (1917).

(iv)

Véanse los archivos de *The Clarion; Robert Blatchford: Portrait of an Englishman* (1951), de L. Thompson; *The Origins of the Labour Party* (1954), de H. M. Pelling; *British Working-class Politics* (1941), de G. D. H. Cole; *Here I Lie* (1937), de A. M. Thompson; Robert *Blatchford* (1910), de A. Neil Lyons.

De las obras del propio Blatchford, véanse *My Life in the Army* (1915), *Merrie England* (1893), *Dismal England* (1899), *Britain for the British* (1902), *God and My Neighbour* (1903), *Not Guilty* (1906), *The Sorcery Shop* (1909), *Tommy Atkins* (1895).

De A. Neil Lyons, véase especialmente *Arthur's* (1908).

Véase también, *Common Objections to Socialism Answered* (1908), de R. B. Suthers.

CAPÍTULO IV

CO

Para la historia general, véase mi *British* Working-class *Politics 1832-1914* (1941), que se continúa en mi *History of the Labour Party from 1914* (1948). Véase también, *Fifty Years' March* (1950), de F. Williams; *History of Labour Representation* (1912), de A. W. Humphrey; *Labour in Politics* (1925), de K. Hutchinson; *Arthur Henderson* (1938), de M. A. Hamilton y, con el seudónimo de "Iconoclast", *James Ramsay MacDonald* (1925); Life *of James Ramsay MacDonald,* vol. I (1939), de G. Elton; *James Ramsay MacDonald* (1938), de L. M. Weir; *Life of Keir Hardie* (1920), de W. Stewart. Pueden verse también las obras sobre Hardie o escritas por éste, en el capítulo m.

Otras biografías importantes incluyen, *Life of George Lansbury* (1951), de R. Postgate; *Life of Will Crooks* (1908), de George Haw; Life of *Sir Charles Dilke* (1917), de S. Gwynn y G. Tucknell; y entre las autobiografías, *My Life* (1928), de G. Lansbury; *Autobiography* (2 vols., 1934), de P. Snowden; *Workman's Cottage to Windsor Castle* (1931), de J. Hodge; *Memoirs* (2 vols., 1937), de J. R. Clynes; *Proletarian Pilgrimage* (1935), de J. Patón y Left *Turn* (1936); *Call Back Yesterday* (1953), de Hugh Dalton; *As It Happened* (1954), de C. R. Attlee.

Los *Annual Reports* del Partido Laborista son una gran fuente de información. También lo es *The Labour Year Book, 1916.* Los *Annual Reports* del

I. L. P. deben consultarse también y, hasta 1909, *The Labour Annual*, que luego se llamó *The Reformers' Year Book*.

Para el movimiento sufragista femenino, véase *The Home Front* (1933), de E. Sylvia Pankhurst y *The Suffragette* (1911); de M. W. Nevinson, Four *Years' Struggle for Freedom* (1913).

Para los irlandeses, véanse *james Connolly* (1924), de D. Ryan; *The Irish Labour Movement* (1919), de W. P. Ryan; *The Evolution of Sinn Fein* (1920), de R. M. Henry; *Disturbed Dublin* (1914), de A. Wright; *Labour in Irish History* (1914), de J. Connolly; y *Socialism Made Plain* (1909) del mismo autor.

Véase también, *The New* Party (1894), editado por A. Reid; *The Labour Party* (1906), de Conrad Noel; *The Coming Force* (1909), de F. H. Rose; *Birtish Social Politics* (1913), de C. H. Hayes; *The Book of the Labour Party* (3 vols. 1925); *The Encyclopaedia of the Labour Movement* (1928); *The Strange Death of Liberal England* (1936), de G. Dangerfield; *England,* 2870-1914 (1936), de R. C. K. Ensor; *A History of the English People, Epilogue* (1926 y 1931), de É. Halévy.

Para J. R. MacDonald, véase *Socialism and Society* (1905); *Socialism and Government,* (1909); *Socialism, Critical and Constructive* (1921); *The Socialist Movement* (1911); *Parliament and Revolution* (1919); *Socialism atfer the War* (1917); Tlte *Social Unrest* (1913); *Labour and the Empire* (1907).

De Philip Snpwden, véanse Tlie *Socialist Budget* (1907); *Socialism and the Drink Question* (1908).

Para los antecedentes generales, véase también *The Evolution of Modern Capitalism* (1907), *Imperialism* (1902), *The Industrial System* (1909), *The Science of Wealth* (1911), *The Crisis in Liberalism* (1911), *Work and Wealth* (1914), todas de J. A. Hobson; *The Condition of England* (1909), de C. F. G. Masterman; *Poverty* (1901), de B. Seebohm Rowntree; *Riches and Poverty* (1905) y *The Triumph of Nationalisation* (1920), de L. G. Chiozza Money.

Respecto a las críticas hostiles, véase *Bristish Socialism* (1908), de J. Ellis Barker.

Cn)

En relación con la Sociedad Fabiana después de 1900, véanse algunas obras mencionadas en el capítulo m y añádanse los *Annual Reports* (desde 1889); *Fabian News* (desde 1891); *The Practical Socialist* (1896-7), de T. Bolas y *Fabian Tracts,* especialmente los siguientes: 106 (Webb), Tfte *Education Muddle and the Way Out* (1901); 107 (Shaw), *Socialism for Millionaires* (1901); 108 (Webb), *Twentieth-Century Politics* (1901); 114 (Webb), *The Education Act, 1902: How to Make the Best of It* (1903); 116 (Shaw) *Fabianism and the Fiscal Question* (1904); 125 (W. S. Sanders), *Municipalisation by Provinces* (1905); 146 (Shaw), *Socialism and Superior Brains* (1909); 150 (E. Davies), *States Purchase of Railways* (1910); 162 (Mrs. Pember Reeves), *Family Life on a Pound a Week* (1912); 170 (Pease), *Profit-sharing and Co-partnership: A Fraud and a Failure?* (1913); 171 (Slesser), *The Nationalisation of Mines and Minerals Bill* (1913); 172 (Webb), *What about the Rates?* (1913).

Fabianism and the Empire (1900) de Shaw es un librito, no un opúsculo. Igualmente, su *Commonsense of Municipal Trading* (1904). *The Faults of the Fabian* (1906), de H. G. Wells, no se publicó y la mayoría de los interesantes documentos de la controversia Wells también se imprimieron sólo para que circularan dentro de la Sociedad.

Los Webb iniciaron *The New Statesman* en 1913 y publicaron sus primeros informes al Departamento de Investigaciones Fabianas, como suplementos.

Véanse especialmente *Cooperative Production and Profit-sharing, The Co-operative Movement, State and Municipal Enterprise* Ctodos en 1914), *Professional Organisation,* y *English Teachers and their Professional Organisations* (1915). Su .trabajo *What Syndicalism Means* apareció como suplemento a *The Crusade* en 1913. Las más importantes de las obras posteriores de los Webb sobre el socialismo incluyen *The State and the Doctor* (1910); *The Prevention of Destitution* (1911); *A Constitution for the Socialist Commonwealth of Great Britain* (1920); *The Consumers' Co-operative Movement* (1921); *The Decay of Capitalist Civilisation* (1923); Soviet *Communism: a new Civilisation?* (1935, revisada en 1941). De Sydney Webb son también *London Education* (1904); *Towards Social Democracy* (1916) y editada por él *How to Pay for the War* (1916). Beatrice Webb publicó también *The Case for the National Minimum* (1913); *Men's and Women's Wages: Should They he Equal?* (1920). La gran serie de volúmenes de los Webb sobre el *English Local Government* apareció entre 1906 y 1930. La sociedad Fabiana publicó una edición especial en dos volúmenes del Minority Report of the Poor Law Commission en 1909, con los títulos de *The Break-up of the Poor Law y The Public Organisation of the Labour Market.*

Los escritos posteriores de Shaw sobre el socialismo incluyen *Socialism and Superior Brains* (1910); *The Intelligent Woman's Guide to Socialism and Capitalism* (1928); *Everybody's Political What's What* (1942). Véase también el volumen editado por C. E. M. Joad, *Shaw and Society: an Anthology and a Symposium* (1953). Véase también *George Bernard Shaw* (1911), de A. Henderson y *Bernard Shaw* (1932), de Frank Harris.

H. G. Wells fue un escritor muy prolífico sobre los temas relacionados con el socialismo. Sus obras principales de propaganda socialista directa son *New Worlds for Old* (1908), el folleto fabiano *This Misery of Boots* (1907) y su A *modern Utopia* (1905). Pero muchas de sus obras, incluyendo algunas de sus novelas, tienen mucho que ver con el tema: por ejemplo, *Anticipations* (1901); *The Discovery of the Future* (1902); *Mankind in the Making* (1903); *Socialism and the Family* (1907); *The Great State* (publicado en 1912); *The Salvaging of Civilisation* (1921); *The Open Conspiracy* (1928); *The Work, Wealth and Happiness of Mankind* (1932); *The Anatomy of Frustration* (1936); *The New World Order* (1940); *Guide to the New World* (1941); *The Outlook for Homo Sapiens* (1942); entre sus novelas, *The Sleeper Awakes* (1899); *Kipps* (1905); *Tono-Bungay* (1909); Tne *New Machiavelli* (1911), con una sátira a los Webb, bajo el nombre del señor y la señora Bailey; *Marriage* (1912); *The World Set Free* (1914); *Joan and Peter* (1918), sobre la educación; *The Shape of Things to Come* (1933). Véase también su *Experiment in Autobiography* (1934).

Sobre los fabianos y la Insurance Act de 1911 véase TTte *Insurance Bill and the Workers* (1911), publicado por la Fabian Society. Véanse también las numerosas publicaciones del Comité Nacional para la Prevención de la Cesantía, incluyendo un número de Beatrice Webb y su diario *The Crusade* (1910-13), editado por Clifford Sharp (1883-1935), quien fue el primer editor del *New Statesman* en 1913.

Véase también *The Rural Problem* (1913), de H. D. Harben (informe fabiano).

(ni)

Para los antecedentes generales de los años anteriores a 1914, véase mi obra *World of Labour* (1913); *The Strange Death of Liberal England* (1936), de G. Dangerfield; *The Common People* (revisado en 1946), de G. D. H. Cole

y R. Postgate; Short *History of the British* Working-class *Movement* (revisado en 1948), de G. D. H. Cole; *Memoirs* (1923), de Tom Mann; *Socialism* (Melbourne, 1905); *The Industrial Syndicalist* (1911) y From *Single Tax to Syndicalism* (1913) del mismo autor; *Industrial Warfare* (1912), de J. Watney y J. A. Little; *The Labour Unrest* (1912), de F. Henderson; *The 1911 Transport Workers' Strike* (1912), de B. Tillett; *Men and Rails* (1913), de R. Kenney; *The Worker and his Country* (1912), de Fabian Ware.

El *Daily Herald* se inició en 19Í2 y el *Daily Citizen* un poco después ese mismo año.

Los trabajos contemporáneos sobre el sindicalismo incluyen *Syndicalism* (1912), de J. H. Harley; *Syndicalism* (1912), de J. R. MacDonald; *What Syndicalism Means* (1913), de S. y B. Webb; *Socialism and Syndicalism* (1913), de P. Snowden; *Syndicalism and Labour* (1911), de Sir A. Clay; véase también *The Real Democracy* (1913), de J. E. F. Mann, N. Sievers y R. W. T. Cox y *The Servile State* (1912), de H. Belloc.

Para el socialismo gremial, véase *National Guilds* (1914) de S. G. Hobson y A. R. Orage; *The Restoration of the Guild System* (1906) y *Old Worlds for New* (1917), de A. J. Penty; *The Acquisitive Society* (1920), de R. H. Tawney; *Self-Government in Industry* (1917), *Chaos and Order in Industry* (1920), Guild *Socialism Re-state* (1920), *Social Theory* (1920), *Labour in the Commonwealth* (1918), de G. D. H. Cole y de éste y W. Mellor, The *Greater Unionism* (1913) y *The Meaning of Industrial Freedom* (1918); *Direct Action* (1920), de W. Mellor; *Roads to Freedom* (1918), de Bertrand Russell; *Guild Socialism* (1922), de N. Carpenter; *The Meaning of National Guilds* (1920), de M. B. Reckitt y C. E. Beckhofer; *National Guilds and the State* (1917), de S. G. Hobson; *The Guild State* (1919), de G. R. S. Taylor; *An Alphabet of Economics* (1917), de A. R. Orage. Véanse también los archivos de *The New Age*.

Para el sindicalismo industrial, véase *The Miners' Next Step* (1912), publicado por el Comité Extraoficial de Reformas de los Mineros de Nueva Gales del Sur; Don't *Shoot!* (1912) de F. Crowsley (famosa hoja suelta).

CAPÍTULO V

Los informes de los Congresos del Partido Social Demócrata Alemán: Halle (1890), Erfurt (1891), Berlín (1892), Colonia (1893), Frankfurt-on-Main (1894), Breslau (1895), Gotha (1896), Hamburgo (1897), Stuttgart (1898), Hanover (1899), Mainz (1900), Lübeck (1901).

Geschichte der deutschen Sozialdemokratie (4 vols., edición revisada de 1922; edición original en 2 vols., de 1898), de Franz Mehring; Die *Entstehung der Deutschen Republik, 1871-1918* (1928, traducción inglesa, 1931), de A. Rosenberg; *Aus meinem Leben* (3 vols., 1911; traducción abreviada de los volúmenes 1 y 2, con el título de *My Life,* 1912), de A. Bebel; *Geschichte der •politischen Parteien in Deutschland,* vol. IV (1924), de L. Bergstrasser; Die *deutschen Parteien* (1932), de S. Neumann; Die *Geschichte der Berliner Arbeiter-Bewegung* (3 vols., 1907-10), editado por E. Bernstein; La *Democratic socialiste allemande* (1903), de E. Milhaud; *German Social Democracy* (1896), de Bertrand Russell; *The Socialist Movement in Germany* (Opúsculo fabiano, 1913) e *Industrial Organisation in Germany* (1913), de W. S. Sanders.

En relación con el Programa de Erfurt, véase el texto en *Modern Socialism* (1903), de R. C. K. Ensor y el comentario de Karl Kautsky *Das Erfurter Programm* (1892, traducción inglesa de 1910 y fragmentos reproducidos en numerosos folletos publicados en diversas ediciones. Apareció una traducción francesa en 1909).

Véase también, de Kautsky *Einfluss der Volksvermehrung* (1880); *Karl Marx' ökonomische Lehren* (1887, traducido como *The Economic Doctrines of Karl Marx* 1925); *Thomas More und seine Utopia* (1888, traducido como *Sir Thomas More and his Utopia); Vorläufer des Sozialismus* (1894); *Bernstein und das sozialdemokratische Programm* (1899); Die *Agrarfrage* (1899); *Handelspolitik und Sozialdemokratie* (1901); Die *soziale Revolution* (1902, traducción inglesa de 1903); Der *Ursprung des Christentums* (1908); *Der Kampf um die Macht* (1909); *Parlementarismus und Demokratie* (1911); Der *Politische Massenstreik* (1914); *Die Diktatur des Proletariats* (1918); Die *materialistische Geschichtsauffassung* (1927); Krieg *und Demokratie* (1932); *Sozialisten und Krieg* (1937).

De Bernstein, véanse *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie* (1899, traducido como *Evolutionary Socialism,* 1909); Die *heutige Sozialdemokratie in Theorie und Praxis* (1906); *Sozialismus und Demokratie in der englischen Revolution* (1908, traducción inglesa de 1930); *Erinnerungen* (vol. I, 1917, traducción inglesa, 1920); vol. II (1926); vol. III (1928).

Véanse también los archivos de la *Neue Zeit* (editada por Kautsky) desde 1883 y de *Sozialistische Monatshefte* (editado por Bernstein) desde 1897.

Pueden verse, además, las siguientes obras: Die *christliche Arbeiterbewegung in Deutschland* (1907), de A. Erdmann; *The Evangelical Social Movement in Germany* (1898), de P. Göhre; *Uber die nächsten Aufgaben der deutschen Sozialdemokratie* (1891), de G. von Vollmar; Die *Bauern und die Sozialdemokratie* (1893), del mismo autor; *Zukunftstaat und Sozialdemokratie* (1893), de A. Bebel; *Gewerkschaften und politische Parteien* (1900), del mismo autor; *Uber die politische Stellung der Sozialdemokratie* (1893), de W. Liebknecht; Die *Gewerkschaften und die Sozialdemokratie* (1896), de Parvus; *Sozialreform oder Revolution* (1899), de Rosa Luxemburgo; *Wilhelm Liebknecht* (1900), de Kurt Eisner; *Erinnerungen* (1890, traducción francesa, 1901), de W. Liebknecht; y *Briefwechsel mit August Bebel and Karl Kautsky,* de Victor Adler, editado por Friedrich Adler (1954). Este libro contiene una serie de cartas, donde se examina la controversia revisionista.

CAPÍTULO VI

Los informes de los congresos del Partido Social Demócrata: Munich (1902), Dresden (1903), Bremen (1904), Jena (1905), Mannheim (1906), Essen (1907), Nuremberg (1908), Leipzig (1909), Magdeburgo (1910), Jena (1911), Chemnitz (1912), Jena (1913). También los informes de los congresos sindicales, especialmente el de Hamburgo (1905).

Los archivos de *Neue Zeit* y de Die *sozialistische Monatshefte* de Bernstein, de 1897. También *Gleichheit* de Clara Zetkin y *Kommunale Praxis* de Südekum.

De Bebel, véanse *Gewerkschaftsbewegung und politische Parteien* (1900); *Akademiker und Sozialismus* (1905); *Sozialdemokratie und Antisemitismus* (1906); Die *Sozialdemokratie im deutschen Reichstage* (1907); *Aus meinen Leben* (3 vols., 1911, traducción inglesa abreviada de los volúmenes I y II, 1912); Die *Frau* de Bebel fue publicado por primera vez en 1883 y se hicieron muchas ediciones (traducción inglesa, 1885).

De los trabajos de Bernstein posteriores a 1900, véanse Zur Frage: *Sozialliberalismus oder Collectivismus* (1900); Zur *Geschichte und Theorie des Sozialismus* (1900); *Allerhand Welttheorisches* (1905); Der *Streik* (1906); *Parlementarismus und Sozialdemokratie* (1907); *Sozialismus und Demokratie in der grossen englischen Revolution* (1908); Die *Arbeiterbewegung* (1910).

Véase también Die *Genossenschaftsbewegung* (1901), de A. von Elm; *Sozialdemokratisches Reichstagshandbuch* (1901), de Max Schippel; Die Revo-

lution (1907), de G. Landauer; *Militarismus und Antimilitarismus* (1907) de Karl Liebknecht; *The Future belongs to the People* (1919) del mismo autor; Der *Klassenliampf des Proletariats* (1908), de Parvus; Die *taktischen Differenzen in der Arbeiterbewegung* (1909), de A. Pannekoek; *Nach 10 Jahren* (1913), de I. Auer; *Monarchical Socialism in Germany* (1913), de E. Roberts; *Kolonialpolitik und Sozial-demokratie* (1914), de G. Noske.

Sobre la posición de Kautsky después de la controversia revisionista véase especialmente Der *Kampf un die Macht* (1909), que es en gran parte una respuesta a Der *Massenstreik* (1906), de Rosa Luxemburgo. Sobre Rosa Luxemburgo, véase la bibliografía al capítulo xi.

Véase P. Scheidemann, *Memoirs of a German Social Democrat* (2 vols., traducción inglesa, 1939).

Véase también *The Progress of the German Working Classes* (1905), de VV. J. Ashley.

CAPÍTULO VII

Las obras generales más útiles referentes al movimiento obrero y socialista francés en este periodo son *Histoire du mouvement ouvrier,* vol. II, 1871-1936 (1939), vol. III (1953), de E. Dolléans; *Histoire du socialisme en France* (1901, 5* edición, 1950), de Paul Louis y *Syndicalism in France* (1914, publicada originalmente en 1912 como *The Labour Mouvement in France,* de L. Levine; *Histoire du syndicalisme français* (1945), de R. Bothereau; *Histoire du mouvement ouvrier* (2 vols., 1936), de R. Garmy; e *Histoire du mouvement social en France* (1904, revisado en 1910), de G. Weill. Véanse también los otros volúmenes de la *Histoire socialiste,* editada por Jean Jaurès (1901-8); *Essais sur le mouvement ouvrier en France* (1901), de D. Halévy.

Sobre la serie de congresos obreros y socialistas véase *Les Congrès ouvriers et socialistes 1876-1900* (1901), de Léon Blum. Hay una lista completa de los informes en *Mouvements ouvrier et socialiste, chronologie et bibliographie* (1950), de E. Dolléans y M. Crozier que contiene también la más extensa bibliografía general. Véase también L. de Seilhac, *Les Congrès ouvriers de France* (1899).

Sobre Jules Guesde y el Partido Obrero, véase A. Zévaès, Les *Guesdistes* (1911); *Jules Guesde* (1929), y *Aperçu historique du parti ouvrier français* (1899); *Jules Guesde* (1937), de Compère-Morel; *Livre rouge de la justice rurale* (187?); Le *Collectivisme devant la 10e chambre* (1878); *Essai de catéchisme socialiste* (1878); *Collectivisme et révolution* (1879, nueva edición, 1906); *Services publics et socialisme* (1883); Le *Problème et la solution: les huit heures à la chambre* (1895); Le *Socialisme au jour le jour* (1898); *État politique et morale de classe* (1901); *Quatre Ans de lutte socialiste* (1901); De *la propriété* (1914); y sus memorias, *Çà et là* (1914), de Jules Guesde. Véase también de Jules Guesde y P. Lafargue, Le *Programme du parti ouvrier* (1883) y *La Démocratie socialiste allemande devant l'histoire* (1893). Sobre Lafargue, véase Paul *Lafargue* (1933), de J. Varlet y *Droit à la paresse* (1883), de Lafargue; *Religion du capital* (1887); *Le Communisme et l'évolution économique* (1892); *Propiété* (1895); *Programme agricole* (1895); Le *Socialisme et la conquête des pouvoirs publics* (1899); Le *Socialisme et les intellectuels* (1900); La *Question de la femme* (1904); *Le Déterminisme économique de Karl Marx* (1907). La revista de Guesde, *Égalité,* se publicó de 1877 a 1882; editó después *Le Socialiste,* fundada en 1885.

Sobre Brousse y los broussistas, o posibilistas, véase Les *Possïbïlistes* (1911), de S. Humbert v Le *Suffrage universel et le problème de la souveraineté du peuple* (1874); *La Crise; sa cause, son remède* (1879); Le *Marxisme dans*

Véase también, de Kautsky *Einfluss der Volksvermehrung* (1880); *Karl Marx' ökonomische Lehren* (1887, traducido como *The Economic Doctrines of Karl Marx* 1925); *Thomas More und seine Utopia* (1888, traducido como *Sir Thomas More and his Utopia); Vorläufer des Sozialismus* (1894); *Bernstein und das sozialdemokratische Programm* (1899); *Die Agrarfrage* (1899); *Handelspolitik und Sozialdemokratie* (1901); *Die soziale Revolution* (1902, traducción inglesa de 1903); *Der Ursprung des Christentums* (1908); *Der Kampf um die Macht* (1909); *Parlementarismus und Demokratie* (1911); *Der Politische Massenstreik* (1914); *Die Diktatur des Proletariats* (1918); Die *materialistische Geschichtsauffassung* (1927); Krieg *und Demokratie* (1932); *Sozialisten und Krieg* (1937).

De Bernstein, véanse *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie* (1899, traducido como *Evolutionary Socialism,* 1909); Die *heutige Sozialdemokratie in Theorie und Praxis* (1906); *Sozialismus und Demokratie in der englischen Revolution* (1908, traducción inglesa de 1930); *Erinnerungen* (vol. I, 1917, traducción inglesa, 1920); vol. II (1926); vól. III (1928).

Véanse también los archivos de la Neue Zeit (editada por Kautsky) desde 1883 y de *Sozialistische Monatshefte* (editado por Bernstein) desde 1897.

Pueden verse, además, las siguientes obras: Die *christliche Arbeiterbewegung in Deutschland* (1907), de A. Erdmann; TJie *Evangelical Social Movement in Germany* (1898), de P. Göhre; *Über die nächsten Aufgaben der deutschen Sozialdemokratie* (1891), de G. von Vollmar; *Die Bauern und die Sozialdemokratie* (1893), del mismo autor; *Zukunftstaat und Sozialdemokratie* (1893), de A. Bebel; *Gewerkschaften und politische Parteien* (1900), del mismo autor; *Über die politische Stellung der Sozialdemokratie* (1893), de W. Liebknecht; Die *Gewerkschaften und die Sozialdemokratie* (1896), de Parvus; *Sozialreform oder Revolution* (1899), de Rosa Luxemburgo; *Wilhelm Liebknecht* (1900), de Kurt Eisner; *Erinnerungen* (1890, traducción francesa, 1901), de W. Liebknecht; y *Briefwechsel mit August Bebel and Karl Kautsky,* de Victor Adler, editado por Friedrich Adler (1954). Este libro contiene una serie de cartas donde se examina la controversia revisionista.

CAPÍTULO VI

Los informes de los congresos del Partido Social Demócrata: Munich (1902), Dresden (1903), Bremen (1904), Jena (1905), Mannheim (1906), Essen (1907), Nuremberg (1908), Leipzig (1909), Magdeburgo (1910), Jena (1911), Chemnitz (1912), Jena (1913). También los informes de los congresos sindicales, especialmente el de Hamburgo (1905).

Los archivos de Neue Zeit y de Die *sozialistische Monatshefte* de Bernstein, de 1897. También *Gleichheit* de Clara Zetkin y *Kommunale Praxis* de Südekum.

De Bebel, véanse *Gewerkschaftsbewegting und politische Parteien* (1900); *Akademiker und Sozialismus* (1905); *Sozialdemokratie und Antisemitismus* (1906); Die *Sozialdemokratie im deutschen Reichstage* (1907); Aus *meinen Leben* (3 vols., 1911, traducción inglesa abreviada de los volúmenes I y II, 1912); Die Frau de Bebel fue publicado por primera vez en 1883 y se hicieron muchas ediciones (traducción inglesa, 1885).

De los trabajos de Bernstein posteriores a 1900, véanse Zur Frage: *Sozialliberalismus oder Collectivismus* (1900); Zur *Geschichte und Theorie des Sozialismus* (1900); *Allerhand Welttheorisches* (1905); Der *Streik* (1906); *Parlementarismus und Sozialdemokratie* (1907); *Sozialismus und Demokratie in der grossen englischen Revolution* (1908); Die *Arbeiterbewegung* (1910).

Véase también Die *Genossenschaftsbewegung* (1901), de A. von Elm; *Sozialdemokratisches Reichstagshandbuch* (1901), de Max Schippel; Die Revo-

lution (1907), de G. Landauer; *Militarismus und Antimilitarismus* (1907) de Karl Liebknecht; *The Future belongs to the Peoplc* (1919) del mismo autor; Der *Klassenliampf des Proletariats* (1908), de Parvus; *Die taktischen Differenzen in der Arbeiterbewegung* (1909), de A. Pannekoek; *Nach 10 Jahren* (1913), de I. Auer; *Monarchical Socialism in Germany* (1913), de E. Roberts; *Kolonialpolitik und Sozial-demokratie* (1914), de G. Noske.

Sobre la posición de Kautsky después de la controversia revisionista véase especialmente Der *Kampf un die Macht* (1909), que es en gran parte una respuesta a Der *Massenstreik* (1906), de Rosa Luxemburgo. Sobre Rosa Luxemburgo, véase la bibliografía al capítulo XI.

Véase P. Scheidemann, *Memoirs of a German Social Democrat* (2 vols., traducción inglesa, 1939).

Véase también *The Progress of the German Working Classes* (1905), de VV. J. Ashley.

CAPÍTULO VII

Las obras generales más útiles referentes al movimiento obrero y socialista francés en este periodo son *Histoire du mouvement ouvrier,* vol. II, 1871-1936 (1939), vol. III (1953), de E. Dolléans; *Histoire du socialisme en France* (1901, 5* edición, 1950), de Paul Louis y *Syndicalism in France* (1914, publicada originalmente en 1912 como *The Labour Mouvement in France,* de L. Levine; *Histoire du syndicalisme français* (1945), de R. Bothereau; *Histoire du mouvement ouvrier* (2 vols., 1936), de R. Garmy; e *Histoire du mouvement social en France* (1904, revisado en 1910), de G. Weill. Véanse también los otros volúmenes de la *Histoire socialiste,* editada por Jean Jaurès (1901-8); *Essais sur le mouvement ouvrier en France* (1901), de D. Halévy.

Sobre la serie de congresos obreros y socialistas véase *Les Congrès ouvriers et socialistes 1876-1900* (1901), de Léon Blum. Hay una lista completa de los informes en *Mouvements ouvrier et socialiste, chronologie et bibliographie* (1950), de E. Dolléans y M. Crozier que contiene también la más extensa bibliografía general. Véase también L. de Seilhac, *Les Congrès ouvriers d" France* (1899).

Sobre Jules Guesde y el Partido Obrero, véase A. Zévaès, *Les Guesdistes* (1911); *Jules Guesde* (1929), y *Aperçu historique du parti ouvrier français* (1899); *Jules Guesde* (1937), de Compère-Morel; *Livre rouge de la justice rurale* (187?); *Le Collectivisme devant la 10e chambre* (1878); *Essai de catéchisme socialiste* (1878); *Collectivisme et révolution* (1879, nueva edición, 1906); *Services publics et socialisme* (1883); Le *Problème et la solution: les huit heures à la chambre* (1895); Le *Socialisme au jour le jour* (1898); *État politique et morale de classe* (1901); *Quatre Ans de lutte socialiste* (1901); *De la propriété* (1914); y sus memorias, *Çà et là* (1914), de Jules Guesde. Véase también de Jules Guesde y P. Lafargue, Le *Programme du parti ouvrier* (1883) y *La Démocratie socialiste allemande devant l'histoire* (1893). Sobre Lafargue, véase *Paul Lafargue* (1933), de J. Varlet v *Droit à la paresse* (1883), de Lafargue; Religion *du capital* (1887); Le *Communisme et l'évolution économique* (1892); *Propiété* (1895); *Programme agricole* (1895); Le *Socialisme et la conquête des pouvoirs publics* (1899); Le *Socialisme et les intellectuels* (1900); *La Question de la femme* (1904); *Le Déterminisme économique de Karl Marx* (1907). La revista de Guesde, *Égalité,* se publicó de 1877 a 1882; editó después *Le Socialiste,* fundada en 1885.

Sobre Brousse y los broussistas, o posibilistas, véase Les *Possibilistes* (1911), de S. Humbert y Le *Suffrage universel et le problème de la souveraineté du peuple* (1874); *La Crise; sa cause, son remède* (1879); Le *Marxisme dans*

l'Internationale (1882); *La Propriété collective et les services publics* (1883); *Marx et l'Internationale* (1889). Brousse editó Le *Prolétaire,* de 1877 a 1882.

Sobre los blanquistas, véase Les *Blanquistes* (1912), de C. Da Costa.

Sobre los seguidores de Allemane, véase Les *Allemanistes* (1912), de M. Chausy; *Mémoires d'un Communard* (sin fecha), de Jean Allemane.

Sobre los socialistas independientes, véase Les *Socialistes indépendants* (1911), •de A. Orry y los archivos de la *Revue Socialiste* (desde 1885) y *La Petite République* (desde 1892). Después se convirtió en órgano, primero del grupo de Millerand y después del de Briand. Véanse también los estudios de Jean Jaurès, por G. Tery (1907), C. Rappoport (1915), Lévy-Bruhl (1933), F. Challaye (1948) y, en inglés, de M. Pease (1917) y J. Hampden Jackson (1943). De las obras de Jaurès, véase *Une Défense du socialisme* (1894); *Bernstein et l'évolution de la méthode socialiste* (1900); *Patriotisme et internationalisme* (1895); *Action socialiste* (1899); Le *Travail* (1901); *L'Armée nouvelle* (1910). Jaurès editó la *Histoire socialiste.*

Sobre Millerand y Waldeck-Rousseau, véase A. Millerand, Le *Socialisme réformiste français* (1903) y *Travail et travailleurs* (1908); *L'Oeuvre de Millerand* (1902), de A. Lavy; *Questions sociales* (1900) y *L'Etat et la liberté* (1906), de Waldeck-Rousseau; y *Waldeck-Rousseau* (1913), de P. Reynaud.

En relación con Benoît Malón, véase la *Revue Socialiste* (1880-1881 y a partir de 1885). De sus obras, véanse *La Question sociale* (1876); Le Nouveau *Parti* (2 vols., 1881-2); *Histoire du socialisme* (5 vols., 1882-86); *Manuel d'économie sociale* (1883); Le *Socialisme intégral* (1891); *Lundis socialistes* (1893); Le *Monde social* (1895). Véase también *Socialisme intégral et marxisme* (1896), de G. Renaud.

Sobre el desarrollo de los sindicatos en los años setenta, véase *Les Grèves et la loi sur les coalitions* (1873); *Le Mouvement ouvrier à Paris de 1870 à 1873* (1874); *Monographies professionnelles* (4 vols., 1886), de J. Barberet; *De la semaine sanglante au congrès de Marseille* (1911), de A. Zévaès; *Rapports et résolutions des congrès ouvriers de 1876 à 1883* (1883), de J. Dormoy.

Respecto a las Bolsas de trabajo y a los primeros desarrollos del sindicalismo, véase *Histoire des bourses du travail* (1902), de F. Pelloutier; Les *Bourses du Travail* (1893), de G. Molinari; Les *Bourses du travail et la C. G. T.* (1910), de C. French; L'Art et *la révolte* (1896), de F. Pelloutier; *L'Organisation corporative et l'anarchie* (1896); Le *Congrès général du parti socialiste français* (1900); *Qu'est-ce que la grève générale?* (1895), del mismo autor; *La Vie ouvrière en France* (1900), de F. y M. Pelloutier; *pernand Pelloutier: sa vie, son oeuvre* (1911), de M. Pelloutier, *Pernand Pelloutier, Griffuelhes et Emile Pouget* (1938), de E. Dolléans. Véase también *Le Mouvement socialiste,* editado por H. Lagardelle desde 1899; *Syndicats ouvriers* (1902), de L. de Seilhac; La C. G. T. (1908), de E. Pouget; Le *Parti du travail* (1905) y Les Bases *du Syndicalisme* (1905), del mismo autor; *Histoire du Mouvement syndical en France* (1907, revisado en 2 vols., 1947 y 1948) de P. Louis; Le *Mouvement syndical* (1912), de S. Humbert; *La Grève générale* (1905), de E. Buisson; *L'Action Syndicaliste et les anarchistes* (1900), de P. Delesalle; *La C. G. T. —historique, buts, moyens* (1907) y Les *Deux Méthodes du syndicalisme* (1905), del mismo autor; *L'Évolution du Syndicalisme en France* (1908), de Mlle. Kritsky; *Histoire du syndicalisme français* (1937), de G. Lefranc; *Histoire du mouvement syndicale en France* (1947), de J. Montreuil; *L'Évolution des syndicats ouvriers en France* (1901), de H. Lagardelle; La *Grève Générale et le socialisme* (1905), editado por H. Lagardelle; Le *Journée de huit heures* (1905), de L. Niel; *Chronique du mouvement syndical ouvrier en France*

1791-1946 (1947), de G. Thorel; *Traditionalisme et syndicalisme, 1884-1941* (1943), de P. Vignaud.

Para el sindicalismo posterior, véase bibliografía del capítulo VIII.

Sobre el *status* legal y sociológico de los sindicatos, véase *Le Code civil et le droit nouveau* (1904), de M. Leroy; y, del mismo autor, *La Coutume ouvrière* (2 vols., 1913) y *Syndicats et services publics* (1909); *L'Ouvrier devant l'état* (1904), de P. Louis; *Le Fédéralisme économique* (1900) y *Les Syndicats de fonctionnaires* (1906), de J. Paul-Boncour; *Les Instituteurs et le syndicalisme* (1908), de M. T. Laurin.

Sobre el caso Dreyfus, véase *J'accuse* (1898), de É. Zola; Tout *Le Crime* (1900), de J. Reinach; *La Révolution dreyfusienne* (1909), de G. Sorel y *The Dreyfus Case* (1898), de F. C. Conybeare.

Sobre el escándalo de Panamá, véase *Les Affaires de Panama* (1934), de A. Dansette.

Sobre el desarrollo general del socialismo francés después de 1871, véase *Le Socialisme en France depuis 1871* (1908); *L'Introduction du marxisme en France* (1947) y *Le Socialisme en 1912* (1912), de A. Zévaès; *Le Monde socialiste* (1896), de L. Seilhac; *La France socialiste* (1896) y *Le Socialisme* (1906), de Terrail-Mermeix; *Les Étapes du socialisme* (1903), de P. Louis; *Socialisme et anarchisme* (1905), de A. Hamon; *La Tactique socialiste et les décisions des congrès internationaux* (2 vols., 1905) y *Pour l'union socialiste* (1899) de E. Milhaud; Le *Socialisme à l'oeuvre* (1907), editado por G. Renaud; *Les Anarchistes* (1912), de J. Prolo.

Para otras obras sobre la teoría socialista, véase *Socialisme collectiviste et socialisme libéral* (1890), de E. d'Eichthal y, por el mismo autor, *Nationalisation du sol et collectivisme* (1891); *Socialisme, communisme et collectivisme* (1892); *Socialisme et problèmes sociaux* (1899); *Les Bases du droit socialiste* (1900); *L'État socialiste et la propriété* (1905); Pages *sociales* (1909); *L'Anarchisme* (1885); *Philosophie du socialisme* (1896); Le *Capital de Marx résumé* (1883, revisado en 1887); *Principes socialistes* (1893), de G. Deville; *Essai sur le socialisme scientifique* (1890), de P. Argyriades; *Du socialisme* (1894) y La *Question agraire et le socialisme en France* (1912), de A. C. A. Compère-Morel; *L'Évolution sociale* (1893), de B. Lavergne; La *Société collectiviste* (1895), de H. Brissne; La *Question agraire et le socialisme* (1898), de H. Lagardelle; *La Religion socialiste* (1898), y Le *Régime socialiste* (1903), de G. Renaud; *Les Moyens pratiques du socialisme* (1900) y La Crise *socialiste* (1903), de E. Fournière; *Manuel socialiste* (1900), de A. Richard; Les *Tendances du socialisme* (1906), de J. Longuet; *Dialogues socialistes* (1901), y Les *Nouveaux Aspects du socialisme* (1908), de É. Berth; *Opinions sociales* (1903), de Anatole France; Le *Socialisme et la concentration industrielle* (1911), de H. Bourgin.

Sobre el movimiento social católico, véase *Histoire du catholicisme social en France, 1871-1931* (1946), de G. Hoog; *Cinquante Années du syndicalisme chrétien* (1937), de J. Zirnheld.

Entre las obras anti-socialistas, deben anotarse las siguientes: *Contre le socialisme* (1896), de L. Say; Le *Socialisme en 1907* (1907), de É. Faguet; *La Tyrannie socialiste* (1893), de Yves Guyot; y, del mismo autor, *Les Principes de 1789 et le socialisme* (1894); y *Sophismes socialistes* (1908); Le CoHeciivisine (1884), de P. Leroy-Beaulieu. Véase además, *Psychologie du socialisme* (1898), de G. Le Bon.

Acerca de la unificación de los partidos socialistas, puede verse *L'Unité socialiste* (1912), de J. L. Breton; y *Projets d'unité socialiste* (1901), de A. Briand.

Véase también *L'Anarchie et le collectivisme* (1904) y *Temps futurs* (1900), de A. Naquet.

CAPÍTULO VIII

Las referencias para las primeras fases del sindicalismo se encuentran en la bibliografía correspondiente al capítulo vu. Para las fases posteriores, véanse las obras allí citadas de Dolléans, Levine, Louis, etc., y los archivos de *Mouvement Socialiste y* la *Voix du Peuple.* Véase también *Histoire du syndicalisme français* (1945), de Bothereau; *La Confédération Générale du Travail* (1910), de A. Pawlowski; *Le Syndicalisme contemporain* (1911), de A. Zévaès. Hay mucho material útil en *Paul Delesalle: le syndicalisme révolutionnaire* (1952), de Jean Maitron.

Para el sindicalismo en general, véase además, *Le Syndicalisme contre l'état* (1910), de P. Louis; *Syndicalisme et démocratie* (1908), de E. Bougie; *Syndicalisme révolutionnaire et syndicalisme réformiste* (1907), de F. Challaye; *Guide pratique des syndicats professionnels* (1908), de G. Séverac; *Les Syndicats jaunes* (1908), de R. Warin.

Deben mencionarse las siguientes obras de autores ingleses: *What Syndicalism Means (Crusade,* suplemento, 1912), de S. y B. Webb; *Syndicalism* (1912), de J. Ramsay MacDonald; *Socialism and Syndicalism* (1913), de Philip Snowden; *Revolutionary Syndicalism* (1913), de J. A. Estey; *Syndicalism and the General Strike* (1912), de A. D. Lewis; *Syndicalism and Labour* (1911), de Sir A. Clay; *Syndicalism* (1912), de J. H. Harley; Frow Single *Tax to Syndicalism* (1913), de Tom Mann; *The Industrial Syndicalist* (1910-11), del mismo autor; *Syndicalism and Philosophical Realism* (1919), de J. W. Scott; *The World of Labour* (1913) y apéndice sobre el sindicalismo en *Self-Government in lndustry* (1917), de G. D. H. Colé.

Sobre Griffuelhes, véase *Histoire du mouvement ouvrier,* vol. II, de Dolléans; *L'Action syndicaliste* (1908) y Voyage *révolutionnaire* (1910), de V. Griffuelhes; además, los archivos de *La Bataille Syndicaliste* desde 1911 y Les *Objectifs de nos luttes de classe* (1910), de V. Griffuelhes y L. Niel.

De Pouget, véase Le *Parti du travail* (1905); Le *Syndicat* (1905); Les Bases *du Syndicalisme* (1905); Le *Confédération Générale du Travail* (1908); Le *Sabotage* (1910, traducción norteamericana de A. Giovannitti); y de É. Pataud y É. Pouget, *Comment nous ferons la révolution* (1909, traducción inglesa, con el título de *Socialism and the Co-operative Commonwealth,* 1913); y los archivos de Le *Père Peinard* (1889-94 en París y 1894-95 en Londres).

Para las obras de otros líderes de la C. G. T., véase Les *Orientations Syndicales* (1910), de V. Diligent; Le *Syndicalisme Français* (1911) y Le *Syndicalisme français contre la guerre* (1912), de L. Jouhaux; ABC *syndicaliste* (1908), de G. Yvetot y *Manuel du soldat* (1903), del mismo autor.

Acerca de Lagardelle, véanse los archivos de *Mouvement socialiste* y de él mismo Le *Socialisme ouvrier* (1911); *L'Évolution des syndicats ouvriers en France* (1908) y los simposios que editó, *La Grève générale et le socialisme* (1905) y *Syndicalisme et socialisme* (1908).

De Sorel, véanse Les *Illusions du progrès* (1906); *La Décomposition du marxisme* (1908); *L'Avenir socialiste des syndicats* (1898, reimpreso en 1901); *Réflexions sur la violence* (1908); *Introduction à l'économie moderne* (1903); *La Ruine du monde antique* (1901); La *Révolution dreyfusienne* (1909); *Lettres à Paul Delesalle* (1948).

De É. Berth, *Les Méfaits des intellectuels* (1914); *Dialogues socialistes* (1901) y Les *Nouveaux Aspects du socialisme* (1908).

De G. Hervé, véase *Leur Patrie* (1905) y *Mes Crimes* (1912).

CAPÍTULOS IX Y X

Para los antecedentes generales de este capítulo y el siguiente, véase *Prussia* (2 vols., nueva edición, 1905), de D. Mackenzie Wallace; *L'Empire des tsares* (4» ed., 1907-8), de A. Leroy-Beaulicu; *Rtissen über Russland* (1906), de J. Melnik (editor); *Modern Russia* (1912), de G. Alexinsky; *La Russie à la fin du XIX' siècle* (1900), de V. de Kovaletsky; A *History of Russia* (1926), de Bernard Pares; *Russia and Reform* (1907); *My Russian Memoirs* (1931); y *The Pall of the Russian Monarchy* (1939), del mismo autor; Essai *sur l'histoire de la civilisation russe* (1901), de P. Milyukov; Le *Mouvement intellectuel russe* (1918), y *Russia and its Crises* (traducción inglesa, 1905), del mismo autor; *Russia: a Social History* (1931); y *History of Russian Literature* (1927), de D. S. Mirsky; Brief *History of* Russia (2 vols., traducción inglesa, 1933, el original ruso consta de 4 vols.), de M. N. Pokrovsky; *An Economie History of Russia* (2 vols., 1914, nueva edición, 1925), de J. Mavor; *The Economic Development of Russia, 1905-1914* (1926), de M. S. Miller; *History of the Jews in Russia and Poland* (1918), de S. M. Dubnov; *Memoirs* (1921), del Conde Witte; *The Background of the'Russian Revolution* (1929), de A. F. Meyendorff; *Pioneers of Russian Social Thought* (1951), de R. Hare; *The Spirit of Russia* (2 vols., traducción inglesa, 1919), de T. G. Masaryk; *The Origin of Russian Communism* (traducción inglesa, 1937) y *The Russian Idea* (1947), de N. Berdyaev; *The Russian Peasant* (2 vols., 1942) y *Russia in Flux* (1941), de Sir John Maynard; *Rural Russia under the Old Regime* (1932), de G. T. Robinson; *The Russian Peasant Mouvement* (1937), de L. Owen; To *the Finlad Station* (1940), de E. Wilson; *Agricultural* Russia on tJie Eve *of the Revolution* (1930), de G. Pasvolsky; *Ideals and Realities in Russian Literature* (1905), de P. Kropotkin; *Abrégé de l'histoire de l'Ukraine* (1920), de Hrushevski; *Esthonia* (1941), de J. Hampden Jackson.

Sobre los narodniks y las teorías sociales sobre las que se apoyaba su movimiento, véase *Russian Sociology* (1915), de J. F. Hecker; *Underground Russia* (1883), de S. Stepniak; *The Russian Peasantry* (2 vols., 1888) y *The Career of a Nihilist* (1889), del mismo autor; *Histoire du développe-tent économique de la Russie depuis l'affranchissement des serfs* (1899, traducción francesa, 1902), de N. F. Danielson; *La Critique du darwinisme social* (1910), de Y. A. Novicov; y A *Critical Study of the Narodnik Movement* (1926, tesis mecanografiada en la Biblioteca de la Universidad de Londres), de A. I. S. Branfoot. Véase también Die *Briefe von Karl Marx und Friedrich Engels an Danielson* (1929).

Para la historia de los movimientos socialistas, véase From Peter *the Great to Lenin: a History of the Russian Labour Movement* (1935), de S. P. Turin; *Memoirs of a Revolutionist* (traducción inglesa, 1899), de P. Kropotkin; *The Russian Revolutionary Movement* (1905), de K. Zilliacus; *Geschichte der revolutionären Bewegungen in Russland* (1883), de A. Thun; *Geschichte der russischen Sozialdemokratie* (1926), de Y. Martov y T. Dan; *Histoire du terrorisme russe, 1886-1917* (1930), de Spindovich; Azeff, *The Russian Judas* (1934), de B. Nikolaievski; *History of Bolshevism* (1932, traducción inglesa, 1934), de A. Rosenberg; *Outline History of the Communist Party of the Soviet Union* (2 vols., sin fecha), de N. Popov; *History of the Communist Party in the Soviet Union: Bolsheviks* (1939), anónimo; *History of Anarchism in Russia* (? 1926), de E. Yaroslavsky; *Siberia and the Exile System* (2 vols., 1891), de G. Kennan.

Véanse, además, las siguientes memorias y biografías: *My Life as a Rebel* (1938), de A. Balabanova; *Mein Leben* (1930) y *Lenin* (traducción inglesa,

1925), de L. Trotsky; *The Prelude to Bolshevism* (1919) y *The Crucifixion of Liberty* (1934), de A. F. Kerensky; *Memories of Lenin* (1942), de N. K. Krupskaya; *Reminiscences of Lenin* (1929), de K. Zetkin; *Memoirs of a Revolutionist* (1925), de V. Figner; *Leonid Krasin: his Life and Work* (1929), de L. Krasin; *Lenin: a Political Biography* (sin fecha), Instituto Marx-Engels; *Lenin* (1928), de V. Moren; *Leon Trotsky; the Portrait of a Youth* (1925), de M. Eastman; *Stalin: a Political Biography* (1949) y *The Prophet Armed —Trotsky 1879-1921—* (1954), de I. Deutscher; *Three Who Made a Revolution* (Lenin, Trotsky, Stalin), (1948), de B. D. Wolfe.

Sobre la cuestión agraria, véase, además de las obras ya citadas, *Die Agrarfrage in Russland* (1908), de P. Maslov; *Zemlya i Pravo* (1917), de V. Chernov y sus memorias, *Pered Burey* (Nueva York, 1953, en ruso); *Lénine et le paysan russe* (1924), de M. Gorki.

De las obras de Lenin hasta 1914, las siguientes son las más importantes. Casi todas pueden encontrarse en los dos volúmenes titulados *The Essentials of Lenin* (1947); *Who the Friends of the People Are and How They Fight the Social Democrats* (1894); *The Tasks of the Russian Social Democrats* (1898); *The Development of Capitalism in Russia* (1899); *What is to be Done?* (1902); *One Step Forward, Two Steps Back* (1904); *Two Tactics of Social Democracy in the Democratic Revolution* (1905); *The Agrarian Programme of the Social Democrats in the First Russian Revolution* (1907); *Materialism and Empirio-Criticism* (1908); *The All-Russian Conference of 1912* (1912); *The Right of Nations to Self-determination* (en *Prosveschenije,* 1914), (Hay trad. esp. de todas las obras de Lenin.) Véanse también sus *Collected Works,* vol. IV, *The Iskra Period, 1900-1903* (en 2 vols., 1929). Además, *Leninism* (2 vols., 1940), de J. Stalin; *Briefe an Maxim Gorki, 1903-12* (1924), de V. I. Lenin; y *The Letters of Lenin* (1937). *Imperialism* de Lenin no apareció hasta 1917.

De Trotsky véase *Die russische Revolution, 1905* (1923); The *Revolution Betrayed* (1937).

De G. V. Plekhanov, véase su In *Defence of Materialism* (1895); *Anarchism and Socialism* (trad, inglesa, 1918); y *Fundamental Problems of Marxims* (1908). Véase también su *N. G. Chernishevsky* (en alemán, 1910).

Sobre el empiriocriticismo y sus derivaciones, véase A. Bogdanov, *Empirio-Monism* (3 vols., 1905-6); *La psicología de la sociedad* (1904); y *La ciencia de la conciencia social* (1914) —todas en ruso—.

Sobre los marxistas legalistas, véase *Critical Notes on the Question of the Economie Development of Russia* (en ruso, 1884), de P. B. Strube; *Modem Socialism and its Historic Development* (traducción inglesa, 1910); *The Theoretical Basis of Marxism* (en alemán, 1905); y *Geschichte der russischen Fabrik* (1900), de M. Tugan Baranovsky.

Sobre la Revolución de 1905, véase *Russland in der Revolution* (1909), de L. Trotsky; *La Révolution russe de 1905* (1931), de P. Gorin: *Russia's Message* (1908), de W. E. Walling; Das *Proletariat und die russische* Revolution (1908), de F. Lipkin; Tlie *Story of My Life* (1905), del Padre Gapon; *The Second Duma* (1940), de A. Levin; y los largos informes de *L'Internationale ouvrière et socialiste: rapports soumis au Congrès Socialiste International de Stuttgart* (2 vols., Bruselas, 1907). Véase también para los antecedentes la publicación similar de la Oficina Socialista Internacional en 1904, titulada *L'Organisation socialiste et ouvrière en Europe, Amérique et Asie* (2 vols., Bruselas, 1904). Véase, además, Die *russische Revolution und die sozialistische Internationale* (1932), de P. B. Axelrod.

CAPÍTULO XI

No hay casi nada en inglés ni en ninguna lengua, con excepción del polaco y el ruso, acerca del movimiento socialista en Polonia. He tenido que recoger mi material de fuentes dispersas. He utilizado mucho la obra Rosa *Luxemburg; her Life and Work* (1940), de Paul Frölich. Véase también *The Rise of Polish Democracy* (1944), de W. J. Rose; *The Cambridge History of Poland* (vol. II, 1941), del mismo autor; *Poland and the Poles* (1919), de A. B. Boswell; *History of Poland* (1942), de O. Halecki; *Russo-Polish Relations* (1945), editada por S. Konovalov; y *The Rise of Polish Democracy* (1944), de W. J. Rose. Hay informes sobre el movimiento socialista polaco en los siguientes volúmenes publicados por la Internacional Socialista: *L'Organisation socialiste et ouvrière en Europe, Amérique et Asie* (1904) y *L'Internationale ouvrière et socialiste* (1907).

Sobre Lituania, véase *La Lithuanie* (1933), de A. Bossin.

Sobre Pilsudski y el Partido Socialista Polaco, véase *Pilsudski* (1936), de G. Humphrey; *Pilsudski* (1935), de E. Y. Patterson; *Pilsudski and Poland* (1929), de R. Landau.

Los escritos más importantes de Rosa Luxemburgo son los siguientes: *Die industrielle Entwicklung Polens* (1898); *Sozialreform oder Revolution?* (1889, trad. francesa, 1932); *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften* (1906, trad. francesa, 1909); *Die Akkumulation des Kapitals* (1913); *Die Akkumulation des Kapitals oder was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben* (1919); *Die Krise der Sozialdemokratie* (*.The Junius Letters,* 1916, trad. inglesa, 1918); *Die russische Revolution* (ed. Paul Levi, 1922); *Briefe aus dem Gefängnis* (1922, trad. inglesa, 1923); *Briefe an Karl und Luise Kautsky* (ed. L. Kautsky, 1923, trad. inglesa, 1925). Hay una edición completa de sus obras en alemán, editada por Clara Zetkin y Adolf Warski (1932-8). Muchos de sus trabajos más importantes aparecieron en la Neue Zeit.

Véase también Rosa *Luxemburgo, Karl Liebknecht, Leo Jogiches* (1921), de Karl Radek; y el ensayo sobre ella escrito por Paul Louis, Cent *cinquante Ans- de pensée socialiste,* nueva serie, (1953).

CAPÍTULO XII

Hay poco en inglés sobre el movimiento socialista austríaco, In SearcJi *of the-Millennium* (1945), de Julius Braunthal da una buena pintura, desde el punto de vista autobiográfico, del periodo anterior a 1914 y del movimiento de la. "Pequeña Austria" después de 1918; y los libros generales sobre la historia austro-húngara tienen, por supuesto, algo que decir sobre ello, aunque no mucho. El Programa de 1901 del Partido Social Demócrata Austríaco está traducido en *Modern Socialism* (1903; tercera edición, 1910), de R. C. K. Ensor. Véase también la edición de Braunthal de una colección de artículos de F. Austerlitz del *Arbeiter Zeitung,* titulado *Austerlitz spricht* (1931) y Das *sozialdemokratische-Programme* (1914), de R. Danneberg.

Sobre la historia del sufragio véase el capítulo en *Govemments and Parties in Continental Europe* (2 vols., 1896), de A. L. Lowell y el artículo *Austria* en la undécima edición de la *Encyclopxdia Britannica* (1910). Para los antecedentes generales, véase TTte *Habsburg Monarchy* (1913), de Wickham Steed; *The Habsburg Monarchy* (1948), de A. J. P. Taylor; Les Races et les *nationalités en Austriche-Hongrie* (1898), de B. Auerbach; *The Dissolution of the Habsburg Monarchy* (1929), de O. Jászi; *Pederalism in Central and Eastern Europe* (1945), de R. Schlesinger; Les *Conditions du travail en Austriche-Hongrie* (1890), de A. Decruis y Delabarre.

En alemán, la obra clásica es *Geschichte der österreichischen Sozialdemokratie* (5 vols., 1922-25), de Ludwig Brügel. Véase también *Die österreichische Sozialdemokratie* (1907), de K.. Schwechlers y *Geschichte der österreichischen Gewerkschaftsbewegung* (2 vols., 1927-28), de J. Deutsch. Consúltense también los informes de los socialistas austríacos en *L'Internationale ouvrière et socialiste: rapports soumis au Congrès Socialiste International du Stuttgart* (2 vols., Bruselas, 1907) y el informe similar publicado por el Congreso de Amsterdam, con el título *L'Organisation socialiste et ouvrière* (Bruselas, 1904).

Sobre Victor Adler, véase la colección de sus *Aufsätze, Reden und Briefe* (5 vols., 1939))' el artículo biográfico de L. Brügel en *Neue österreichische Biographie,* vol. III (1926). Hay también un estudio de Max Adler en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus* de 1923. Véase además *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky,* editado por Friedrich Adler (1954) (importante para la controversia revisionista).

De Friedrich Adler véase su *Ernst Mach's Überwindung des mechanischen Materialismus* (1918); y también *Vor dem Ausnahmgericht* (1923), un informe completo del juicio de Adler por el asesinato de Stürgkh. El alegato de Adler encierra fuertes críticas al Partido Austríaco.

De Otto Bauer véase su estudio, Die *Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie,* publicado originalmente en 1907 cuando tenía sólo 25 años. Véase también su ensayo corto, Der Weg *zum Sozialismus* (1919), traducido al francés como *La Marche au socialisme* (1919). Véase también su *Weltbild des Kapitalismus,* publicado en 1924 en el segundo volumen de Der *lebendige Marxismus,* una colección de estudios ofrecida a Kautsky en su septuagésimo cumpleaños; y también su *Die österreichische Revolution* (1923), de la cual hay una traducción inglesa mal resumida (1925) y su *Bolchewismus und Sozialdemokratie* (1919). Hay un estudio de su pensamiento por Paul Louis, *Cent cinquante Ans de pensée socialiste* (nueva serie, París, 1953). Véase también el capítulo dedicado a él por Braunthal, *op. cit.* El ensayo de Louis se refiere principalmente a sus escritos posteriores a 1918. Gran parte de su obra se publicó en *Kampf y* en la *Neue Zeit.*

De Karl Rxnner, véase su *Grundlagen und Entwicklungsziele der österreichischen-ungarischen Monarchie* (1906); Der *Kampf der österreichischen Nation um den Staat* (1903) y Der *deutsche Arbeiter un der Nationalismus* (1910) —en inglés *The Institutions of Private law and their Social Functions* (1929).

De Max Adler, véanse de sus numerosas obras las siguientes: *Kausalität und Téleologie; Marx als Denker; Kant und der Marxismus; Marxistische Probleme.* Véase también, en francés, su *Démocratie politique et démocratie sociale* (Bruselas, 1930) y *Métamorphoses de la classe ouvrière* (París, sin fecha).

Sobre Bohemia y los checos, véase *The Making of a State* (1929), de T. G. Masaryk y también su crítica del marxismo, *The Social Question* (1898). Véase además *Bohemia's Case for Independence* (1916) y *My War Memçirs* (1929), de E. Benes; *Bohemia under Hapshurg Misrule* (1915), de T. Capek; el artículo de L. Kuchnelt sobre "The Bohemian Background of German National Socialism" en el *Journal of the History of Ideas,* de junio de 1943; el folleto •sobre *Tha Evolution of Socialism in Czechoslovakia* publicado por el Partido Social Demócrata de los Trabajadores checos en 1924; *Les Précurseurs de l'indépendance tchèque et slovaque à Paris* (1936), de M. Levée; *La Formation de l'état tchécoslovaque* (1923), de M. Mercier; *A History of the Czechs and Slovaks* (1943), de R. W. Seton-Watson; *Czechoslovakia* (1938), de E. P. Young; *The Political Parties in Czechoslovakia* (1936), de J. Chmeler; *Les Tchèques et la Bohème contemporaine* (1897), de J. Bourlier; *The Political Parties in Czechoslovakia* (1936), de K. Hoch.

CAPÍTULO XIII

El mejor libro sobre el movimiento obrero húngaro es *A Magyar Nagyipari Munkásság Kinlakulasa, 1807-1914* (1938), de G. Rezler. Como no leo el húngaro, pedí a mi amigo Thomas Balogh que me tradujera algunos pasajes vitales para mí, y también que revisara este capítulo, cosas que hizo gentilmente. Otro libro útil es *Studien zur Sozial- und Wirtschaftspolitik Ungarns* (1902), de J. Bunzel (especialmente para el movimiento agrario).

Véase también *Racial Problems in Hungary* (1908), de R. W. Seton-Watson; *The East European Revolution* (1950), de H. Seton-Watson; *Hungary* (1934), de C. A. Macartney y, del mismo autor, *Hungary and her Successors* (1937); *The Development of Hungarian Constitutional Liberty* (1908), de J. Andrassy; *A Short History of the Hungarian People* (1931), de F. Echhart; *Modern Hungary, 1660-1920* (1923), de Horvath; *Hungary* (1944), de Tibor Mende; *The Evolution of Hungary* (1923), de P. Teleki; *Hungary* (1887), de A. Vanberg; *Hungary* (1917), de A. B. Yolland; *La Gentry, sa genese et son rôle en Hongrie* (1913), de V. Concha; *Hungary: a Sketch of the Country, its People, and its Conditions* (1907), de J. dc Vargha.

De E. H. Schmitt, véase su *Kaiechismus der Religion des Geistes* (1895).

CAPÍTULO XIV

Para su panorama genera!, véase *Peuples et nations des Balkans* (1926), de J. Ancel; *The Balkan Peninsula* (1915), de F. Fox; *La Guerre des Balkans et l'Europe, 1912-13* (1914), de G. Hanotaux; *The Untamed Balkans* (1941), de F. W. L. Kovacs; *The Balkans* (1892), de W. Miller y *Trade and Politics in the Near East* (1898), del mismo autor; *The Inner History of the Balkan War* (1914), de R. Rankin; The *Balkan Wars, 1912-13* (1915); de J. G. Schurman; *The East European Revolution* (1950) y *Eastern Europe between the Wars* (1945), de H. Seton-Watson; *The Economics of Peasant Farming* (1939), de D. Warriner; *The Rise of Nationality in the Balkans* (1917), de R. W. Seton-Watscn y Tire *South Slav Question and the Hapsburg Monarchy* (1911), del mismo autor.

Sobre el socialismo búlgaro, véase *The Socialist Movement in Bulgaria* (1931), de T. Tchitchovsky; varios artículos sobre Blagoev y otros iniciadores en Free *Bulgaria.* Véase también *Bulgaria Past and Present* (1936), de G. C. Logio; *La Bulgarie économique, 1879-1911* (1920), de K. G. Popoff y La *Bulgarie coopérative* (1927), del mismo autor; *Bulgarische Wirtschafts-Geschichte* (1929), de I. Sakasov; *Histoire de Bulgarie, 1878-1912* (1924), de N. Staneff.

Sobre Rumania, véase *Pagini din istoria contimporana a Romanici 1881-1916* (1932), de I. C. Atanasiu; La *Réforme agraire en Roumanie* (1928), de V. Bercam; The *Land and the Peasant Reform in Rumania* (1930), de D. Mitrany; *The Agrarian Revolution in Rumania* (1924), de J. L. Evans; Roumanie: its *History, Politics and Economics* (1933), de G. C. Logio; The Making *of Roumania* (1934), de T. W. Riker, A *History of the Roumanians* (1934), de R. W. Seton-Watson; *Roumania: Political Problems of an Agrarian State* (1951), de H. L. Roberts; La *Situation économique et sociale du paysan en Roumanie* (1895), anónimo; *La Roumanie contemporaire* (1905), de A. Belessent.

Sobre Serbia, véase The *Birth of Yugoslavia* (1922), de H. Baerlcin; *The Story of Serbia* (1914), de L. F. Church; The *Guardians of the Gate* (1918), de R. G. D. Laffan; *Serbia: her History and her Customs* (1915), de V. M. Petrovitch; *A History of Serbia* (1917), de H. W. V. Tempcrly; La *Serbie contemporaire* (2 vols., 1902), de J. Mallat.

Sobre Grecia no hay nada en inglés, aparte de las obras generales. Véase *Rapport succinct sur le mouvement syndicaliste et socialiste en Grèce* (1918), de A. Sidens y otros. Acúdase a *Turkey, Greece and the Great Powers* (1917), de G. F. Abbott; *The Modern Greeks* (1945), de A. R. Burn; *La Grèce économique* (1939), de G. N. Cafinas; *A Short History of Modem Greece* (2* éd., 1946), de E. S. Forster; *Greece* (1944), de K. Gibberd; *Greece* (1945), de A. W. Gomme; *Modem Greece* (1931), de J. Mavrogordato; *Greek Life in Town and Country* (1905), de W. Miller; A *History of the Greek People 1821-1921* (1922), *Greece* (1928), del mismo autor.

Sobre Turquía y Macedonia, véase *Turkey* (1935), de T. L. Jameson; *Nationalism in the Near East* (1929), de H. Kohn; *The Making of Modern Turkey* (1936), de H. Luke; *Modern Turkey* (1925), de E. G. Mears; *Modem Turkey* (1940), de J. Parker y A. Smith; *The Caliphs' Last Heritage* (1915), de Sir Mark Sykes; *Turkey* (1926), de A. J. Toynbee y K. P. Kirkwood; *Turkey* (1942), de B. Ward; *The Process of Change in the Ottoman Empire* (1937), de W. W. Wright; *Macedonia* (1906), de H. N. Brailsford; *Turkey in Revolution* (1909), de C. R. Buxton; *The Ottoman Empire* (1913), de W. Miller.

CAPÍTULO XV

Hay muy poco en inglés y francés. *Le Mouvement anarchiste dans les montagnes neuchâtéloises et le jura bernois* (1947), de C. Thomann quien se refiere principalmente al periodo examinado en el segundo volumen de mi obra. No lo conocía cuando publiqué ese volumen. Véase también *The Trade Unions in Switzerland* (1947), de E. Weckerle; *Les Conditions du Travail en Suisse* (1890), de E. Arago; *Geschichte der sozialistischen Ideen in der Schweiz* (1931), de R. Grimm; Les *Institutions ouvrières de la Suisse* (1867), de G. Moynier.

Para un panorama general, véase también *The Model Republic* (1895), de G. Baker; *Real Democracy in Operation* (1920), de F. Bonjour; *Government and Politics of Switzerland* (1920), de R. C. Brooks; *Switzerland Past and Present* (1924), de A. Hill; *Social Switzerland* (1897), de W. S. Dawson; *The Swiss Democracy* (1908), de H. D. Lloyd.

CAPITULO XVI

Para la historia de los orígenes del socialismo y los movimientos obreros en Bélgica, hay una serie de libros de Louis Bertrand, el fundador de la Cámara del Trabajo de Bruselas. Incluyen *Histoire de la démocratie et du socialisme en Belgique depuis 1820* (2 vols., 1906-7); *Histoire du socialisme* (1906); L'Ouvrier *belge depuis un siècle* (1924); *Histoire de la cooperation en Belgique* (2 vols., 1903); Les *Précurseurs du mouvement coopératif* y sus biografías cortas de César *de Paepe* (1909) y *Edward Anseele* (1925) y sus memorias, *Souvenirs d'un meneur socialiste* (1927). Jules Destrée y Emile Vandervelde colaboraron en un volumen, Le *Socialisme en Belgique* (1898, revisado en 1903). Vandervelde escribió también Le Parti *ouvrier belge,* 1885-1925 (1925); sus otras obras importantes se mencionan más abajo. Para la historia del movimiento véase, además, *Histoire du mouvement socialiste belge* (1931), de Joseph Devalte; *Histoire du mouvement ouvrier belge,* de N. Masson; *The Trade Union Movement in Belgium* (1925), de C. Mertens; *Le Mouvement syndical en Belgique* (1936), de Delsinne; Les *Syndicats et le parti socialiste* (1907), de Louis de Brouckère; La *Grève générale en Belgique* (1907), del mismo autor, en colaboración con Vandervelde y Vandermissen; La *Coopération socialiste* (sin fecha) de Victor Serwy; La *Coopération* (1930), de E. Dutillend; Cent *Années de*

mutualité en Belgique (1930) y *L'Évolution et les conquêtes de la mutualité* (1923), de A. Jauniaux. La "Centrale d'Éducation Ouvrière" publicó en 1953 un folleto muy útil, *Évolution et structure du mouvement ouvrier socialiste en Belgique.* Sobre los hermanos Defuisseaux véase *Le Cathéchisme du peuple* (1886) y *Le Grand Catéchisme du peuple* (1886), de A. Defuisseaux; *Les Hontes du suffrage censitaire* (1887), de L. Defuisseaux y la biografía de Alfred Defuisseaux por Léo Collard.

De las obras de Vandervelde, las más importantes son *Enquête sur les associations professionnelles d'artisans et d'ouvriers en Belgique* (2 vols., 1891); Le *collectivisme* (1893); *La Question agraire en Belgique* (1897, revisada en 1905); Le *Collectivisme et l'évolution industrielle* (1900, trad. inglesa, *Collectivism and Industrial Evolution,* 1907); *La Propriété foncière en Belgique* (1900); *L'Exode rural et le retour aux champs* (1902); *Essais socialistes* (1906); *La Belgique et le Congo* (1911); *Coopération neutre et coopération socialiste* (1913); *Trois Aspects de la révolution russe* (1917); Le *Socialisme contre l'état* (1918); *Faut-il changer notre programme?* (1923); Le *Parti ouvrier belge,* 1885-1925 (1925); *L'Alternative* (1933). Véase también *Emile Vandervelde, L'Homme et son oeuvre* (por diversas plumas, 1928) y Emile *Vandervelde: sa doctrine, son action,* de Vandenberghe.

Entre las obras de Louis de Brouckère, las siguientes merecen ser mencionadas: *La Misère intellectuelle en Belgique de* 1830 *à 1905* (1905); Le *Travail et la pensée* (1945); *La Notion sociale de l'égalité* (1945); Les *Syndicats et le parti socialisae* (?); Le *Contrôle ouvrier* (1924); La *Coopération et les pouvoirs publics* (1951); La Place *rationnelle des syndicats dans les sociétés modernes* (1934).

De Hector Denis, véase su *Histoire des systèmes économiques et socialistes* (1897, revisada y ampliada en 2 vols., 1904-7). Véase también *L'Impôt* (1889); *La Dépression économique et sociale et l'histoire des prix* (2 vols., 1895); y sus *Discours philosophiques* (1919).

De Guillaume de Greef, véase su *Introduction à la sociologie* (2 vols., 1886-1889); *L'Économie sociale d'après la méthode historique* (1923); La *Structure générale des sociétés* (3 vols., 1908); y *La Constituante et le régime représentatif* (1892). Véase también el estudio sobre él de D. W. Douglas, *Guillaume de Greef: the Social Theory of an Early Syndicalist* (Nueva YorT;, 1925).

Sobre el Congo, véase *Red Rubber* (1906), de E. D. Morel y *The Black Man's Burden* (1920), del mismo autor.

CAPÍTULO XVII

No hay nada en inglés sobre el movimiento obrero holandés. Véase Les *Syndicats de Hollande: chrétiens ou catholiques?* (folleto, 1910), de A. Aalberse. En holandés, *Gedenkschriften* (1927-31), memorias de P. J. Troelstra.

Para el panorama general, véase *Holland* (1886), de J. E. T . Rogers; *The Making of Modem Holland* (1944), de A. J. Barnouw; *Holland* (1936), de J. E. Morris; *The Dutch Nation* (1944), de G. J. Renier; *The Netherlands* (1943), editado por B. Landheer; *Holland and the Dutch* (1913), de D. C. Boulger; *Holland of To-day* (1912), de G. Wharton; Les *Conditions du travail dans les Pays-Bas* (1890), de L. Legrand.

CAPÍTULO XVIII

Sobre los países escandinavos, en general, véase *The Scandinavian Countries* (1948), de B. J. Houde; *The Northern Tangle* (1946), de Rowland Kenney; Les *États Scandinaves de 1870 à nos jours* (1899), de C. Schefer.

(0

Véase *Die sozialdemokratische und Gewerkschafts-Bewegung in Dänemark* (1907), de E. Helms; *Parvus et le parti socialiste danois* (1918), de P. G. La Chesnais; *Der Socialismus in Dänemark* (1874), de R. Meyer; *Les Conditions du Travail en Danemark* (1891), de C. Thomson; *Cooperation in Danish Agriculture* (1918), de H. Faber; *Danish Agriculture: its Economie Development* (1937), de E. Jensen; *Denmark* (1927), de C. Holland; *Denmark: a Social Laboratory* (1939), de P. Mannichc; *Denmark and the Danes* (1932), de E. C. Williams; *The Danish Popular High School* (1907), de A. Poulsen.

GO

No hay mucho en inglés sobre el movimiento obrero sueco antes de K)14. Hay un buen capítulo sobre los sindicatos en *Comparative Labour Movements* (1952), de W. Galenson. Véase el capítulo sobre la huelga general sueca, en mi libro *World of Labour* (1913) y el informe oficial (en francés) sobre *La Grève et les lock-out en Suède en 1909* (1912). Hay alguna, aunque escasa información en *Sweden: the Middle Way* (1936), de M. W. Childs y en *Social Sweden* (1952), publicado por la Oficina Sueca de Bienestar Social. Véase también *The Trade Union Movement in Sweden* (1927), de S. Hanssen.

Véase también Le *Mouvement ouvrier en Suède* (1900), de C. Lindley; *The Government of Labour Relations in Sweden* (1942), de J. J. Robbins; *The Swedish Collective Bargaining System* (1941), de P. Norgren; Den *Svenska Socialdemokratiens ldentveckling* (1941), de H. Tingsten; *Sweden's Cooperative Enterprise* (1940), de N. Lamming; *The Rise of Modem Industry in Sweden* (1934), de A. Montgomery; *Modern Sweden* (1937), editado por E. Nylander; *A Short History of Sweden* (1934), de R. Svanström y C. Palmstierna; *Co-operative Sweden To-day* (1952), de J. W. Ames; *La Vie économique de la Suède* (1913), de H. Key.

(m)

Véase *Labour in Norway* (1949), de W. Galenson; *History of the Norwegian People* (1932), de K. Gjerset; *Norway* (1925), de G. Gathorne Hardy; *Norway and the Union with Sweden* (1905), de F. Nansen.

Civ)

No hay prácticamente nada en inglés sobre el movimiento obrero finlandés. Hay un folleto en francés: *La Finlande et le socialisme finlandais* (1923).

Para los antecedentes, véase *Finland* (1939), de J. Hampden Jackson; *Finland: the New Nation* (1936), de A. Rothery; *Suomi: the Land of the Finns* (1926), de A. M. Scott; *Nationalism in Modem Finland* (1931), de J. H. Wuorinen; Finland: *the Land of a Thousand Lakes* (1912), de E. Young; *Finland* (1931), de K. Gilmour; *Finland: The Republic Farthest North* (1929), de E. van Cleet; *Finland* (1931), de T. W. Atchley; *La Guerre d'indépendance de Finlande, 1918* (1938), de J. V. Hannela; *L'Oeuvre de protection sociale en Finlande* (1928), de E. Kuusi; *Finland: a Nation of Co-operators* (1931), de T. Odhe; Die *Oherflächengestaltung Finlands* (1938), de V. Tanner; *La Finlande* (1931), de J. L. Perret.

CAPÍTULO XIX

Hay un acervo de libros en inglés sobre el movimiento socialista italiano. Los dos más recientes son *The Lábour Movement in Italy, 1848-1904* (Nueva York, 1946), de H. L. Gualtieri y *The ltalian Left: A Short History of Politicai Socialism in Italy* (1949), de W. Hilton Young. Éste cubre el periodo de 1892 a 1948. Ambos se refieren al anarquismo y al sindicalismo, lo mismo que al socialismo. En italiano, véase *Storia critica del movimiento socialista italiano dagli inizi fino al 1911* (Florencia, 1926), y, en francés, *Le Prolétariat et la bourgeoisie dans le mouvement socialiste italien des origines à 1906* (París, 1921, edición original en italiano, 1908), de Robert Michels. Véase también I *congressi socialisti italiani dalla Prima alla Terza Internazionale* (Milán, 1920), de F. Meda y, del mismo autor, II *partito socialista italiano* (Milán, 1921). No he leído *Socialismo e socialisti in Italia* (Florencia, 1919), de A. Angiolini y E. Ciacci; li *partito socialista dalla fondazione al 1900* (Milán, 1951), de G. Cortese; *Cinquantanni di socialismo in Italia* (Ancona, 1946), de P. Gentile; *Storia del movimento operaio italiano* (1946), de R. Rigola, Saggio *sulla storia del movimento operaio in Italia* (1930), de G. Zibordi. L. Valiani no ha publicado todavía el segundo volumen de su *Storia del movimento socialista,* cuyo primer volumen se refiere al periodo de la Primera Internacional, aproximadamente hasta 1880; y su *Storia del socialismo nel secolo XX°* empieza en 1900. El enfoque de ambos es internacional, pero lo dedicado a Italia es útil.

Las siguientes referencias son de obras que abarcan un terreno más estrecho: *Andrea Costa* (Roma, 1900), de P. Orano; Il *partito operaio italiano* (1885) *e 11 movimento operaio socialista italiano. 1882-1894* (Milán, 1946), de O. Gnocchi-Viani; también sus *Dieci anni di camere del lavoro* (1899) y *Ricordi di un internationalista* (1909); *Osvaldo Gnocchi-Viani* (Verona, 1948), de P. Mantovani; *Le socialisme en Italie* (Bruselas, 1895), de Enrico Ferri; li *gruppo parlamentare socialista* (Imola, 1902), de Andrea Costa; *Introduzione alla storia del partito socialista italiano dalla origine al congresso di Imola* (1921), de R. Mondolfo; *Socialismo mazziniano* (Roma, 1895), de G. A. Belloni; *Mazzini e Bakunin* (Turin, 1927), de N. Roselli.

Sobre los anarquistas, véase *Errico Malatesta* (Nueva York, 1922), de M. Nettlau; I *partiti anarchici in Italia* (Milán, 1878), de R. Bonghi; *L'anarchia* (Milán, 1921), de E. Malatesta; *L'anarchia e gli anarchici* (Milán, 1894), de E. Sernicoli; *Amilcare Cipriani* (Milán, 1920), de P. Valera. Véanse también las referencias que se dan sobre el anarquismo en el volumen II de esta obra.

Sobre los movimientos sociales católicos véase *La democrazia cristiana italiana* (Roma, 1904) y Dalla *democrazia cristiana al partito populare italiano* (Florencia, 1920), de Romolo Murri; II *movimento cattolico in Italia, 1870-1922* (Florencia, 1923), de E. Vercesi; li *movimento sindicale cristiano* (Roma, 1950), de L. Riva Sanseverino; *Catholic Socialism* (Turín, 1891, trad. inglesa, 1895), de F. S. Nitti.

Sobre el movimiento sindica], véase *Le Mouvement ouvrier en Italie* (París, 1910), de A. Lanzillo; *Le Syndicalisme européen* (París, 1919), de Paul Louis; *Storia del movimento operaio italiano* (hasta 1926; Milán, 1947) v *Cento anni di movimento operaio* (Milán, 1935), de Rinaldo Rigola; *Storia del sindicalismo* (Turín, 1947), de I. M. Sacco; li *movimento operaio* (Palermo, 1903), de A. Loria; *Il movimento sindícale in Italia* (Roma, 1950), de G. Candeloro; La *lotta sociale in Italia, 1848-1925* (Florencia, 1948), de G. Spadolini; *Storia del primo maggio* (Milán, 1946), de G. Sacerdote.

Sobre las doctrinas socialistas, véase In *memoria del manifesto dei comunisti* (Roma, 1895); *Del materialismo storico* (Roma, 1895-6, trad. francesa, 1897);

Discorrendo di socialismo e di filosofia (Roma, 1898); *Scritti vari di filosofia e di politica* (Bari, 1906); *Lettere a Engels* (Roma, 1949), de Antonio Labriola; *SociaUsm and Positive Science* (Roma, 1904, trad. inglesa, 1905), de Enrico Ferri; *Il socialismo moderno* (Milán, 1886), de O. Gnocchi-Viani y *Dal mazzinianesimo al socialismo* (Milán, 1893), del mismo autor; Pro *e contro il socialismo* (Milán, 1897) y *Revisione del marxismo* (Bolonia, 1945), de F. S. Merlino; *Verso la giustizia sociale* (2 vols., Milán, 1916), de Achille Loria; Treni' *anni di "Critica Sociale"* (Bolonia, 1921), de F. Turati y además su Le *vie maestre del socialismo* (Bolonia, 1921) y *Anna Kuliscioff* (Milán, 1926); *Filippo Turati* (Roma, 1924), de A. Levy; Le *vie nuove del socialismo* (Roma, 1907), de I. Bonomi; *Riforma e rivoluzione sociale* (Milán, 1904) y *Economia, socialismo, sindicalismo* (Ñapóles, 1911), de Arturo Labriola; *Problemi del socialismo contemporaneo* (Lugano, 1906), de A. O. Olivetti; li *materialismo storico di F. Engels* (Genova, 1912, trad. francesa, 1916), de R. Mondolfo. Véase también *Historie Materialism and the Economies of Karl Marx* (1900, trad. inglesa, 1914), de B. Croce.

De Loria, véase, en inglés, su *Economie Foundations of Modem Society* (1899), y su *Economie Synthesis* (1914).

Mouvements ouvriers et socialistes (chronologie et bibliographie): L'Italie, des origines à 2922 (Paris, 1952), de Alfonso Leonetti es mucho más de lo que sugiere su título. Contiene un excelente recuento analítico y una lista muy completa de libros y artículos.

Para un panorama general véase también *Italy To-day* (1901), de Bolton King y T. Okey.

CAPÍTULO XX

El mejor libro en inglés es *The Spanish Labyrinth* (1943), de Gerald Brenan. Los siguientes, que se refieren principalmente a una etapa posterior, tienen sólo algunos pasajes pertinentes: *The Spanish Cockpit* (1937), de F. Borkenau; *Homage to Catalonia* (1938), de G. Orwell; Spaili *To-day* (1936), de E. Conze; *Behind the Barricades* (1936), de J. Langdon Davies, interesante en lo que se refiere al cooperativismo, la agricultura y la pesca.

Véase también The New *Spain* (1933), de Sir G. Young; *Origins of Modem Spain* (1934), de J. B. Trend; *Spain* (1930), de S. de Madariaga; *Towards the* New *Spain* (1933), de J. A. Brandt —sobre la Revolución Española de 1868 a 1874—; *Spain from Within* (1910), de R. Shaw —sobre los obreros catalanes—. Véase también, sobre los bakuninistas, *Revolution in Spain* (1939), de K. Marx y F. Engels, una reimpresión de artículos y cartas.

En francés hay más material disponible. Véase especialmente Le *Mouvement catalan* (1913), de A. Marvaud; *L'Espagne au* XX* *siècle* (1913) y La *Question sociale en Espagne* (1910), del mismo autor; Les *Conditions du travail en Espagne* (1890), de P. Cambon; *La Révolution espagnole* (1931), de A. Germain; L'Espagne *Républicaine* (1933), de G. y J. P. Moch; *Cánovas del Castillo* (1930), de C. Benoist; *Les Inquisiteurs en Espagne,* 2892-2897 (1897, un relato de las persecuciones, escrito por un anarquista español), de Tañida del Mármol. *Bakounine* (1938), de H. E. Kaminsky es también útil, lo mismo que *Georges Sorel* (1927), de S. Pirou.

En español, véase El *partido socialista obrero* (1918), de J. J. Morato; El *partido socialista* (1931) y Pafclo *Iglesias* (1931), del mismo autor; *Historia del socialismo obrero español* (1902), de F. Mora; El *proletario militante* (vol. I [-1881] (1901); vol. II (1923), de A. Lorenzo.

De obras más antiguas, véase *La cooperación* (?), de F. Garrido; La *reacción y la revolución* (1854), La *federación* (1880), y Las *nacionalidades* (1882), de F. Pi y Margall.

Sobre Cataluña, véase *Lo catalanisme* (1886), de V. Almirall.

Sobre Portugal, véase *Portugal Old and New* (1917), de G. Young y *Le Portugal et ses colonies* (1912), de A. Marvaud.

CAPÍTULO XXI

La historia más reciente y completa del movimiento socialista norteamericano de «ste siglo puede encontrarse en *The American Socialist Movement, 1897-1912* (Nueva York, 1952), de Ira Kipnis. Véase también la edición de 1910 de *History of Socialism in the United States* (1* ed. 1903), de Morris Hillquit y *American Socialism at the Present Day* (1912), de Jessie M. Hughan. Hay un cúmulo de información en *Socialism and American Life* (2 vols., Princeton, 1952), de D. D. Egbert y S. Persons. Véase también *Seventy Years of Life and Labor* (2 vols., 1943), de Samuel Gompers.

Sobre la I. W. W., la mejor fuente es todavía *The 1. W. W. —a Study in American Syndicalism* (1918), de P. F. Brissenden. Véase también *American Syndicalism: the* I. *W. W.* (1913), de J. G. Brooks. Véase, además, *Industrial Socialism* (folleto, Chicago, 1911), de W. D. Haywood y Frank Bohn y *Bill Haywood's Book* (autobiografía, Londres, sin fecha); *Industrial Unionism* (Chicago, 1909), de W. E. Trautmann y otros folletos; *The New Unionism* (Nueva York, 1917), de A. Tridon; *Trade Unionism in the United States* (1917), de R. F. Hoxie; *American Labor Unions* (1914), de Helen Marot; *The* I. *W. W. —its History, Structure and Methods* (1917), de Vincent St. John; *Class Unionism* (Chicago, 1909), de E. V. Debs y otros muchos folletos; *Economic Discontent and Its Remedy* (Terre Haute, Ind., 1902), de T. V. Hagerty; *Socialism in America* (Nueva York, 1916), de J. Macy.

Sobre De Leon y el Partido Laboral Socialista, véase la bibliografía del volumen II de esta obra. Sobre el sindicalismo norteamericano en general, véase *A History of Trade Unionism in the United States* (1922) y *A Theory of the Labor Movement* (1928), de S. Perlman; y para consulta, *History of Labor in the United States* (4 vols., 1918-35), de J. R. Commons y socios.

Sobre Debs, véase *Debs: his Life, Writings and Speeches* (Girard Kearns, 1908); *Debs: his Authorised Life and Letters* (Nueva York, 1919), de David Karsner; *Eugene V. Debs: A Man Unafraid* (Nueva York, 1930), de M. Coleman; *The Burning Cross* (Life of Debs, 1949), de R. Ginger.

Sobre la historia del Partido Socialista Norteamericano véase, para el punto de vista de la izquierda, *The Crisis in the Socialist Party* (histórica, 1936), de W. Z. Foster; Front *Bryan to Stalin* (1937) y Pages *from a Worker's Life* (1937) —ambas constituyen la autobiografía de Foster—; también *Loose Leaves from a Busy Life* (1934), de Morris Hillquit.

Para la exposición de las doctrinas socialistas norteamericanas, véase *Socialism in Theory and Practice* (1909) y *Socialism Summed Up* (1913), de Morris Hillquit; *'Why I am a Socialist* (1900), de G. D. Herrón; *Mass and Class* (1904), de W. J. Ghent; *Socialism is Coming — Now* (1912), de W. Gaylord; *What is Socialism?* (1901), de W. T. Mills; *The Common Sense of Socialism* (1908), de John Spargo; *Forces that Make for Socialism in America* (1905); *Socialism: a Summary and Interpretation of Socialist Principles* (1906, revisado en 1913); *The Substance of Socialism* (1909) y *Applied Socialism* (1913), del mismo autor; *The Constructive Programme of Socialism* (1908), de C. D. Thompson; *Twentieth Century Socialism* (1913), de Edmond Kelly; *Why* I *am a Socialist* (1910), de C. E. Russell; *Socialism and Character* (1912), de V. D. Scudder; *The Socialist Programme* (1908) y otros muchos folletos, de A. M. Simons; *Confessions of a Drone* (1905) y *The Socialist Machine* (1905), de

J. M. Patterson (el "Socialista millonario")' Para opiniones más izquierdistas, véase *Evolution Social and Organic* (1908), de A. M. Lewis; *Science and Revolution* (1905), de E. Untermann y *Socialism as it is* (1912), de W. E. Walling, así como *Larger Aspects of Socialism* (1913), pero, para las ideas posteriores de Walling, véase *American Labor and American Democracy* (1926).

Sobre Weyland y el "Appeal to Reason", véase *Lessons of Life: a Story of Twenty Years of Socialist Agitation* (1912), de J. A. Weyland y de Gaylord Wilshire, *Wilshire Editoriais* (1906) y la segunda serie, titulada *Socialism Inevitable* (1907).

Sobre Clarence Darrow, véase *Darrow for the Defence* (1943), de I. Stone: y, sobre el caso McNamara, *Los Angeles* (1933), de M. Mayo y *The National Dynamite Plot* (1913), de O. E. McManigal (por el que se convirtió en informador).

Véase *The Iron Heel* (1907), de Jack London; *The Valley of the Moon* (1914) y otros cuentos. Véase también *Jack London, American Rebel* (1947), de P. S. Foner; *The Jungle* (1906), *OU* (1927), *Jimmie Higgins* (1919) y otros cuentos, así como *The Industrial Republic* (1907), de Upton Sinclair.

Sobre Canadá, véase *Socialist Party in Canada: Constitution and Bylaws* (c. 1905); *The Proletariat in Politics* (1907), de C. M. O'Brien; *The History of Trade Union Organisation in Canada* (1928), de A. H. Logan.

Véase también *Dominion cf the North* (1944), de D. G. Creighton.

CAPÍTULO XXII

La mejor fuente es *Le Mouvement ouvrier en Amérique latine* (1953), de Victor Alba. Naturalmente, la mayoría de la bibliografía está en español, que conozco muy poco. He "manejado" estos libros, más que leído. El material mexicano es el más abundante: por ejemplo, *La revolución mexicana* (1931), de L. Araquistáin; *Historia social y económica de México* (1940), de A. Cué; Mexico on *the Verge* (1921), de E. J. Dillon; *Pancho Villa* (1952), de P. Foix; El *movimiento obrero en México* (1952), de A. A. López; *El movimiento revolucionario de 1906* (1945), de C. D. Padua; *La lucha de clases a través de la historia de México* (1934), de R. Ramos Pedrueza; *Cárdenas: Mexican Democrat* (1952), de W. C. Townsend; *Morones of Mexico* (1926), de J. H. Retinger.

Para un panorama general sobre México, véase *Mexico of the Twentieth Century* (2 vols., 1907), de P. F. Martin; *Modern Mexico* (1914), de R. J. MacHugh; *The Real Mexico* (1914), de Hamilton Fyfe; La *evolución social de México* (3 vols., 1905), de Justo Sierra.

Sobre otros países, véase en general, El *movimiento obrero latinoamericano* (1946), de T. M. Poblete; *The Evolution of Modern Latin American* (1946), de R. A. Humphreys; *Historical Evolution of Hispanic America* (1932), de J. F. Rippy; *Latin America: its Rise and Progress* (1913), de F. G. Calderón; *South America To-day* (1912), de G. Clemenceau; *The Republics of Central and South America* (1913), de C. R. Enock; *South America* (1913), de W. H. Koebel.

Sobre Argentina y Uruguay, véase *Sociología argentina* (1913), de José Ingenieros; *La République Argentine* (1912), de E. Garzón; *The Argentine Republic* (1911), de A. S. Pennington: *Historia del socialismo argentino* (1940), de J. Oddonc; *A History of Argentina* (1938), de R. Levine; *Argentines of To-day* (1920), de W. B. Parker; *Argentina, Brazil and Chile since Independence* (1935), de J. F. Rippv; *Modern Argentina* (1907) y *Cuban Liberation* (1953), de W. H. Koebel; *Socialismo en el Uruguay* (1928), de J. R. López; y Uruguay (1912), de W. H. Koebel.

Sobre Brasil, véase *Forty Years in Brazil* (1914), de F. Bennett; *Brazil* (1910), de P. Denis; *Le Brésil* (1899), de E. Levasseur; The New Brazil (1901), de M. R. Wright.

Véase también *Chile: an Account of its* Wealth *and Progress* (1912), de J. P. Canto; *Modern Chile* (1913), de W. H. Koebel; Chile: *its Land and People* (1914), de F. J. G. Maitland; The *Republic of Chile* (1905), de M. R. Wright.

CAPÍTULO XXIII

History of Trade Unionism in Australia (1921), de J. T. Sutcliffe es un libro bueno e informativo. *Short History of the Australian Labour Movement* (2* ed., 1944), de B. Fitzpatrick es ameno y cubre un periodo amplio. No menos ameno es su libro The *British Empire in Australia* 1834-1939 (1941). Los cuatro volúmenes de Sir T. A. Coghlan, sobre *Labour and Industry in Australia from* 1788 to 1901 (1918) contiene mucha información. El autor (1857-1926) adquirió gran experiencia como técnico del gobierno en estadísticas y otras funciones administrativas por muchos años. *History of the Australian Labour Movement: a Marxist Interpretation* (1945), de E. W. Campbell, es exactamente lo que anuncia su título. Le *Socialisme sans doctrines* (1901), de Albert Métin es una interesante investigación hecha por un francés: su título es ya casi clásico. The *Labour Movement in Australasia* (1906), de V. S. Clark, un observador norteamericano, no es malo, aunque bastante superficial. Véase también The *Australian Labour Mouvement* (1886), de J. Norton. Para el panorama económico, *Economic History of Australia* (1938), de E. O. G. Shann, es indispensable. Véase también The *Economic Development of Australia* (1944), de A. G. L. Shaw; *History of the White Australia Policy* (1923), de M. Willard; *History of Australian Land Settlement* (1924), de S. H. Roberts; la *Cambridge History of the British Empire,* -vol. VII (1933); *Australia* (1930, revisado en 1945), de W. K. Hancock; *Thirty Years: The Commonwealth of Australia 1901-1931* (1933), de A. N. Smith; Les Nowve?¡es *Sociétés anglo-saxonnes* (1901), de P. Leroy-Beaulieu, se refiere a Nueva Zelandia, Suráfrica y Australia.

Hay un valioso capítulo de Lloyd Ross sobre el movimiento obrero en el volumen sobre *Australia* (1947), editado por C. Hardey-Grattan, que contiene también otras contribuciones importantes. Véase también *Australian Socialism* (1909), un libro hostil de A. St. Ledger. Entre las obras más especializadas se encuentran *Queensland Politics during Sixty Years* 1859-1919 (1919), de C. A. Bernays; *History of the* New *South* Wales *Labour Party* (1904, revisado en 1910), de G. Black; The *Labour Party in* New *South Wales* (1892), de T. R. Roydhouse y H. J. Tapperell; *Australian Labour Leader* (1945), de H. V. Evatt (una biografía muy detallada de W. A. Holman, de Nueva Gales del Sur); *State Socialism in Victoria* (1933), de F. W. Eggleston; How *Labour Governs in Australia* (1923), de V. G. Childe; *Social Services in Australia* (1939), ed. por W. G. K. Duncan; Socialism at *Work* (1918), editado por el gobierno de Queensland.

De William Lane, véase su The *Working Men's Paradise* (1892), y la biografía de Lloyd Ross, *William Lane and the Australian Labour Movement* (1938). Véase también Bluestone: the *Story of James Stephens* (1945), de C. A. Turnbull, una historia de los primeros tiempos del movimiento en favor de la jornada de ocho horas.

Sobre el Partido Laborista Australiano, véase *Socialism as defined in the A. L. P.'s Objectives and Platform* (1906), de G. H. Reid y W. A. Holman, informe de un famoso debate al que se refiere el texto. Véase también *Democracy in the Dominions* (Toronto, 1947), de A. Brady.

Sobre la reglamentación de los salarios, véase *A New Province for Law and Order* (1922), de H. B. Higgins y la biografía de Higgins por N. Palmer (1931); *The Fixation of Wages in Australia* (1929), de G. Anderson; y ei *British Blue Book,* de E. Aves, *Report on the Wages Boards and Industrial Conciliation and Arbitration Acts of Australia and New Zealand* (1908); State *Experiments in Australia and New Zealand* (2 vols., 1902), de W. Pember Reeves.

CAPÍTULO XXIV

En este capítulo me ha ayudado mucho que D. W. Crowley me facilitara el manuscrito de su libro, todavía inédito, *The New Zealand Labour Movement, 1894-1916.* El capítulo estaba escrito antes de que yo conociera el libro, pero lo he revisado fundándome en él; afortunadamente, aunque añadí mucho a mis conocimientos, no tuve necesidad de corregir mis juicios fundamentales. También utilicé la breve *Outline History of the New Zealand Labour Movement* (Auckland, 1941), (hay una edición posterior revisada, sin fecha), de Sid Scott. No he visto Early *Labour History* de R. Scott ni *History of the Labour Movement in Neiv Zealand until 1894,* inédito, del doctor Salmond, libros a los cuales se refiere. Utilicé por supuesto *The Long White Cloud* (1898, revisado en 1924), de W. Pember Reeves y su folleto fabiano.

Varias de las obras que se citan en la bibliografía sobre Australia abarcan también a Nueva Zelandia. Se encuentran en este grupo *Labour Movement in Australasia,* de V. S. Clark; Le *Socialisme sans doctrines,* de A. Matin; *Report on* Wages *Boards,* etc., de E. Aves; State *Experiments in Australia and New Zealand* (1902), de W. Pember Reeves y *Democracy in the Dominions,* de A. Brady.

Otras obras útiles comprenden *Newest England* (1903), de II. D. Lloyd; *New Zealand in Evolution* (1909), de G. S. Schofield; La *Démocratie en Nouvelle Zélande* (1904, trad, inglesa, 1914), de A. Siegfried; *New Zeland: a Short History* (1936), de J. C. Beaglehole; *The Life and Work of Richard John Seddon* (1907), de J. Drummond; *Social Welfare in New Zealand* (1913), de H. H. Lusk; *New Zealand in the Making* (1930) y *Short History of New Zealand* (1935), de J. B. Condliffe; *The Quest for Security in New Zealand* (1942) y *Poverty and Progress in New Zealand* (1941), de W. B. Sutch; *Socialism in New Zealand* (1938), de J. A. Lee; de P. H. Hickey, sus *"Red Fed" Memoirs — being a brief survey of the birth and growth of the Federation of Labour from 1908 to 1915 and the days that immediately preceded it* (Nueva Zelandia, 1925), un libro con experiencias directas y muy izquierdista; *What is socialism? Does New Zealand Stand in Need of it?,* de Tom Mann (folleto, 1902); The *tragic Story of the Waihi Stake* (1913), de H. E. Holland.

Hay también algunos artículos históricos interesantes de H. Roth en *Here and. There,* de 1952.

CAPÍTULO XXV

He podido encontrar muy poca bibliografía que se refiera directamente al movimiento socialista en Suráfrica. La *Economic History of South Africa* (1924), de M. H. de Kock tiene dos capítulos sobre problemas laborales. Hay un informe importante del gobierno surafricano sobre *European Employment and Labour Conditions* (1913). The *Choice before South Africa,* de E. S. Sachs (1952) tiene breves referencias al periodo anterior a 1914. Véase también el artículo sobre "The South African Stiike" en The Round *Table* de marzo de 1914.

Para obtener una opinión muy partidista, véase The *Syndicalist Conspiracy in South Africa* (1914), de J. C. Smuts. Para la primera etapa, véase The *South African Labour Question* (folleto, 1903), de J. W. Root; *White Labour in the*

Transvaal (folleto, 1901), de E. B. Rose; *A Visit to the Transvaal* (1905), de T. Burt.

Para el panorama económico, véase *The Industrialisation of South Africa* (1939), de G. C. R. Bosman; *A Modern Economic History of South Africa* (1931), de D. M. Goodfellow; *The Economic Development of the Bristish Empire,* vol. Il1 (1936), de L. C. A. y C. M. Knowles; y *A History of South Africa — Social and Economic* (1941), de C. W. De Kiewiet. Para el panorama general, véase la *Cambridge History of the British Empire,* vol. Il1 (1936); *The Rise of South Africa* (5 vols., 1930), de Sir G. E. Cory; *South Africa* (1931), de C. J. Hofmeyr.

Otra obra útil es Race *and Economics in South Africa* (1934), de W. C. Ballinger.

CAPÍTULO XXVI

La obra de Sun Yat Sen sólo se encuentra parcialmente en inglés. *The Three Principles of the People* (1924) fue publicada en inglés en Shanghai en 1927. *A Programme of National Reconstruction* (1918), no ha sido totalmente traducido. La primera parte apareció en inglés en *Memoirs of a Chinese Revolutionary* (1927) y la tercera parte como TJre *International Development of China* (1922). *Outlines of National Reconstruction* (Nankin, 1929- en inglés) es obra posterior, a la que el texto se refiere como *Fundamentals.* Fue escrita en 1924. Véase también *Kidnapped in London* (1897) de Sun Yat Sen, y "My Reminiscences" también de Sun Yat Sen (en el *Strand Magazine,* marzo de 1912).

Hay algunos estudios sobre Sun Yat Sen en inglés. Véase especialmente *Strange* Vigour: *a Biography of Sun Yat Sen* (1944), de Bernard Martin; *Sun Yat Sen, Liberator of China* (1931), de H. B. Restarick; Die *geistigen Grundlagen des Sun Yat Senismus* (1931), de Tai Chi-tao; *Sun Yat Sen and the Chinese Republic* (1925) y *The Political Doctrines of Sun Yat Sen* (1937), de P. Lineburger; *Sun Yat Sen* (1934), de L. Sharmen; *Soun lat Senn* (1932), de G. S. de Morant; Dr. *Sun Yat Sen: his Life and Achievements* (Shanghai, 1925 —publicado por el Kuomintang—); *Sun Yat Sen and the Awakening of China* (1912), de J. Cantlie y C. S. Jones; *Sun Yat Sen: His Political and Social Ideals* (1933), editado por L. S. Hsü; *The Triple Doctrine of Sun Yat Sen* (Wuchang, 1931), de P. M. D'Elia.

Para el panorama general y la Revolución China véase *China and the Manchus* (1912), de H. A. Giles; *China and the West* (1925), de W. E. Soothill; *China and Foreign Powers* (1927), de Sir F. Whyte; Inner *History of the Chinese Revolution* (1930), de Tang Leang-li; TTte *Invasion of China by the Western World* (1937), de E. R. Hughes; *War and Politics in China* (1943), de Sir John Pratt; *China's Revolution* (1912), de E. J. Dingle; *The Chinese Revolution* (1930), de A. N. Holcombe; *The Fight for the Republic of China* (1918), de B. L. Putnam Weale; *Understanding China* (1942), de H. B. Ruttenberg; *Living Issues in China* (1932), de H. T. Hodgkin y *China in the Family of Nations* (1928); *Chiang Kai-shek and the Unity of China* (1943), de Joyce Reason; *An American Diplomat in China* (1922), de P. S. Reinsch; *The Chinese* (1934), de K. S. Latourette; CJiina, *the Far East and the Future* (1943), de G. W. Keeton; *China Struggles for Unity* (1939), de J. M. D. Pringle; La *Chine nationaliste, 1912-1930* (1931), de J. Rodes; *Political Parties in China* (1930), de J. C. H. Lynn; y artículos en el *China Year Book* (de varios años) y en el *Survey of International Affairs* de 1926.

CAPÍTULO XXVII

No hay casi nada en inglés sobre el movimiento laboral anterior a 1914 en Japón, excepto *The Labour Movement in Japan* (Chicago, 1918) y the *Socialist and Labour Movement in Japan,* publicado por el *Japan Chronicle* (1921), de Sen Katayama. Véase también *Le Mouvement ouvrier au Japan* (1921), de F. Challaye.

Para el panorama social, véase *A Short Economic History of Modern Japan* (1946), de G. C. Allen; *The Evolution of New Japan* (1913), de J. H. Longford; *Japan: The Rise of a Modern Power* (1917), de R. P. Porter; *Economic History of Japan* (1938), de T. Tsuchiya; *The Japanese Empire and its Economic Condition* (1911), de J. Dautremer; *The Japanese Nation* (1912), de I. Nitobe; *Japan To-day* (1904), de J. A. B. Scherer; *The Political Development of Japan, 1867-1909* (1910), de G. E. Uyehara.

Para los antecedentes generales, véase también *Japan* (1931), de I. O. Nitobe; *A History of Japan* (2 vols., 1925), de J. Murdoch.

INDICE DE NOMBRES DE LOS TOMOS III Y IV

Sobre Brasil, véase *Forty Years in Brazil* (1914), de F. Bennett; *Brazil* (1910), de P. Denis; *Le Brésil* (1899), de E. Levasseur; *The New Brazil* (1901), de M. R. Wright.

Véase también Chile: *an Account of its Wealth and Progress* (1912), de J. P. Canto; *Modern Chile* (1913), de W. H. Koebel; Chile: *its Land and People* (1914), de F. J. G. Maitland; The *Republic of Chile* (1905), de M. R. Wright.

CAPÍTULO XXIII

History of Trade Unionism in Australia (1921), de J. T. Sutcliffe es un libro bueno e informativo. *Short History of the Australian Labour Movement* (2* ed., 1944), de B. Fitzpatrick es ameno y cubre un periodo amplio. No menos ameno es su libro The *British Empire in Australia* 1834-1939 (1941). Los cuatro volúmenes de Sir T. A. Coghlan, sobre *Labour and Industry in Australia from 1788 to 1901* (1918) contiene mucha información. El autor (1857-1926) adquirió gran experiencia como técnico del gobierno en estadísticas y otras funciones administrativas por muchos años. *History of the Australian Labour Movement: a Marxist Interpretation* (1945), de E. W. Campbell, es exactamente lo que anuncia su título. Le *Socialisme sans doctrines* (1901), de Albert Métin es una interesante investigación hecha por un francés: su título es ya casi clásico. The *Labour Movement in Australasia* (1906), de V. S. Clark, un observador norteamericano, no es malo, aunque bastante superficial. Véase también The *Australian Labour Mouvement* (1886), de J. Norton. Para el panorama económico, *Economic History of Australia* (1938), de E. O. G. Shann, es indispensable. Véase también The *Economic Development of Australia* (1944), de A. G. L. Shaw; *History of the White Australia Policy* (1923), de M. Willard; *History of Australian Land Settlement* (1924), de S. H. Roberts; la *Cambridge History of the British Empire*, -vol. VII (1933); *Australia* (1930, revisado en 1945), de W. K. Hancock; *Thirty Years: The Commonwealth of Australia 1901-1931* (1933), de A. N. Smith; Les NowveJles *Sociétés anglo-saxonnes* (1901), de P. Leroy-Beaulieu, se refiere a Nueva Zelandia, Suráfrica y Australia.

Hay un valioso capítulo de Lloyd Ross sobre el movimiento obrero en el volumen sobre *Australia* (1947), editado por C. Hardey-Grattan, que contiene también otras contribuciones importantes. Véase también *Australian Socialism* (1909), un libro hostil de A. St. Ledger. Entre las obras más especializadas se encuentran *Queensland Politics during Sixty Years 1859-1919* (1919), de C. A. Bernays; *History of the New South* Wales *Labour Party* (1904, revisado en 1910), de G. Black; The *Labour Partyin New South Wales* (1892), de T. R. Roydhouse y H. J. Tapperell; *Australian Labour Leader* (1945), de H. V. Evatt (una biografía muy detallada de W. A. Holman, de Nueva Gales del Sur); State *Socialism in Victoria* (1933), de F. W. Eggleston; *How Labour Governs in Australia* (1923), de V. G. Childe; *Social Services in Australia* (1939), ed. por W. G. K. Duncan; *Socialism at Work* (1918), editado por el gobierno de Queensland.

De William Lane, véase su *The Working Men's Paradise* (1892), y la biografía de Lloyd Ross, *William Lane and the Australian Labour Movement* (1938). Véase también *Bluestone: the Story of James Stephens* (1945), de C. A. Turnbull, una historia de los primeros tiempos del movimiento en favor de la jornada de ocho horas.

Sobre el Partido Laborista Australiano, véase *Socialism as defined in the A. L. P.'s Objectives and Platform* (1906), de G. H. Reid y W. A. Holman, informe de un famoso debate al que se refiere el texto. Véase también *Democracy in the Dominions* (Toronto, 1947), de A. Brady.

ÍNDICE GENERAL

Este libro se terminó de imprimir el día 11 de Julio de 1974 en los talleres de Lito Ediciones Olimpia, S. A., Sevilla 109; y se encuadernó en Encuademación Progreso, S. A., Municipio Libre 188, México 13, D. F. Se tiraron 5 000 ejemplares.

Historia del pensamiento socialista

IV. La segunda Internacional
SEGUNDA PARTE

El período 1889-1914 estudiado en el volumen anterior en relación con Rusia, Francia, Alemania e Inglaterra, es completado ahora con el análisis de esa corriente en el resto del mundo por esos mismos años, tan importantes como preludio de la primera Guerra Mundial. El problema central de la época es la inclinación del socialismo hacia una actitud reformista, con ciertas excepciones de trascendencia en la Europa oriental. Cole descubre las contradicciones de este movimiento en Austria, teóricamente revolucionario y reformista en la práctica; explica el "callejón sin salida" de la social-democracia belga y los equilibrios peculiares del socialismo institucionalizado en los países nórdicos; advierte la ausencia de un movimiento socialista en Portugal, la revolución "potencial" en España —los impulsos sin unidad de propósito— y los estallidos espontáneos de una Italia donde los socialistas tenían escasa fuerza. Son de especial interés los capítulos dedicados al débil socialismo *sui generis* de los Estados Unidos, a la Revolución Mexicana y a la China de Sun Yat Sen, base indispensable para comprender el proceso posterior de la Revolución en el más grande de los países asiáticos.

Este volumen prepara al lector para acercarse, en posesión de los antecedentes esenciales, a la etapa siguiente de esta monumental obra de Cole, *Comunismo y social-democracia (1914-1921)*, que lo conducirá, con el ritmo acelerado de los acontecimientos contemporáneos; al umbral de nuestros días cuando se dirimen decisivamente en el plano mundial las dos posiciones antagónicas fundamentales: capitalismo y socialismo.

cfe

FONDO DE CULTURA ECONOMICA